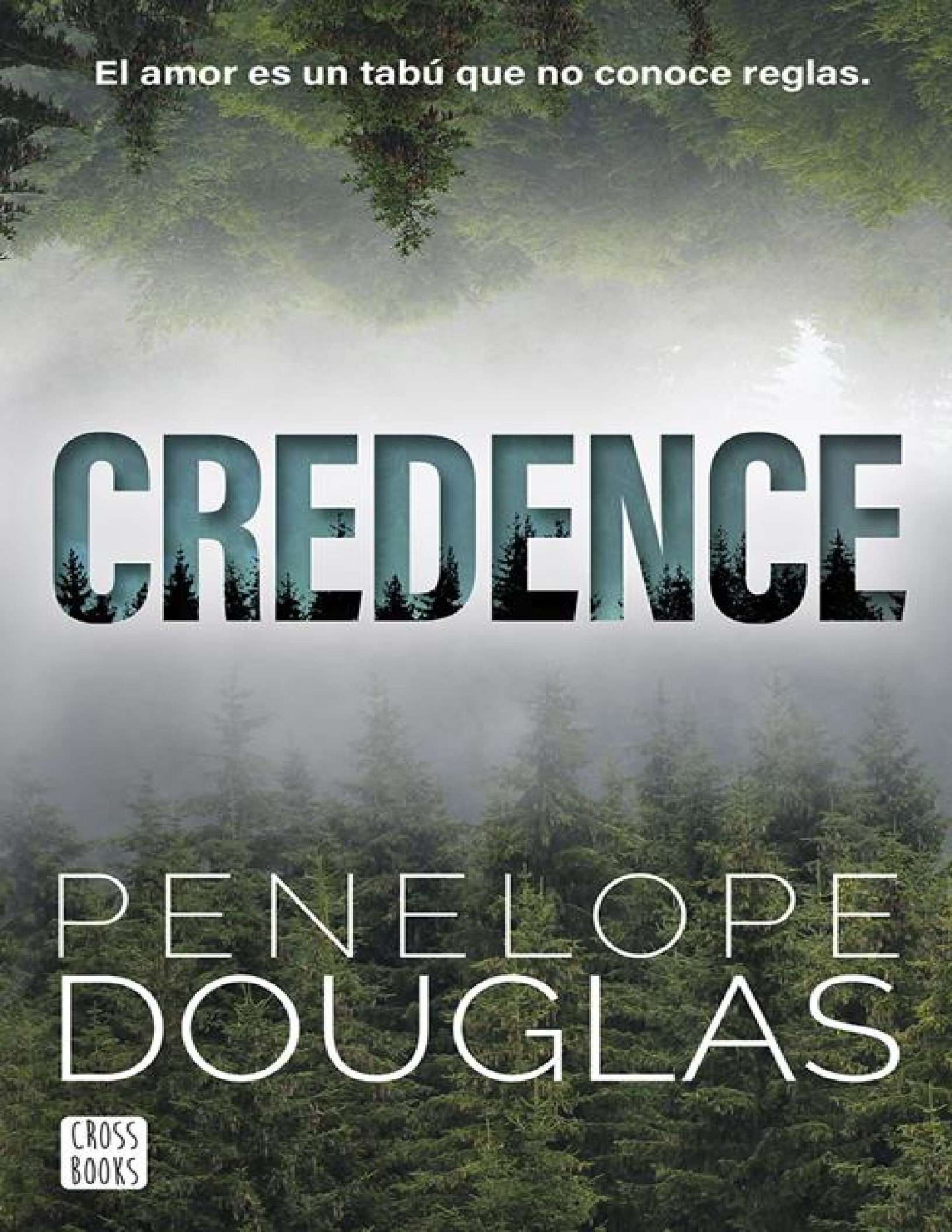

El amor es un tabú que no conoce reglas.
CREDENCE
PENELOPE
DOUGLAS
CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Advertencia de contenido

Cita

Lista de reproducción

Capítulo uno. Tiernan

Capítulo dos. Tiernan

Capítulo tres. Tiernan

Capítulo cuatro. Tiernan

Capítulo cinco. Jake

Capítulo seis. Tiernan

Capítulo siete. Tiernan

Capítulo ocho. Tiernan

Capítulo nueve. Noah

Capítulo diez. Tiernan

Capítulo once. Tiernan

Capítulo doce. Tiernan

Capítulo trece. Tiernan

Capítulo catorce. Noah

Capítulo quince. Tiernan

Capítulo dieciséis. Tiernan

Capítulo diecisiete. Jake

Capítulo dieciocho. Jake

Capítulo diecinueve. Tiernan

Capítulo veinte. Tiernan

Capítulo veintiuno. Tiernan

Capítulo veintidós. Noah

Capítulo veintitrés. Tiernan

Capítulo veinticuatro. Tiernan

Capítulo veinticinco. Tiernan

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete. Tiernan

Capítulo veintiocho. Tiernan

Capítulo veintinueve. Tiernan

Capítulo treinta. Tiernan

Capítulo treinta y uno. Tiernan

Capítulo treinta y dos. Tiernan

Capítulo treinta y tres. Tiernan

Capítulo treinta y cuatro. Tiernan

Capítulo treinta y cinco. Tiernan

Capítulo treinta y seis. Tiernan

Epílogo. Kaleb

Agradecimientos

Notas

Créditos

CREDENCE

Penelope Douglas

Traducción de Mariona Gastó



Advertencia de contenido

Este libro trata temas emocionalmente difíciles, ya sea de forma explícita o solo mencionada, como relaciones tóxicas, consentimiento dudoso, maltrato infantil, traumas de la infancia, *bullying*, suicidio y relaciones intrafamiliares sin consanguinidad que podrían considerarse incestuosas.

No es luz lo que necesitamos, sino fuego; no es la llovizna suave, sino el trueno. Necesitamos la tormenta, la tempestad y el terremoto.

FREDERICK DOUGLASS

Lista de reproducción

Blue Blood, LAUREL
break up with your girlfriend, I'm bored, Ariana Grande
Dancing Barefoot, U2
Devil In a Bottle, Genitorturers
Do You Wanna Touch Me (Oh Yeah), Joan Jett
Fire It Up, Thousand Foot Krutch
Gives You Hell, The All-American Rejects
I Found, Amber Run
Kryptonite, 3 Doors Down
Look Back at It, A Boogie wit da Hoodie
Nobody Rides for Free, Ratt
The Hand That Feeds, Nine Inch Nails
Way Down We Go, KALEO
Wow., Post Malone

Capítulo uno

Tiernan

Es raro. El columpio de neumático del jardín es el único indicio de que en esta casa vive una niña. Nunca ha habido dibujos en ninguna parte; ni en las paredes ni en la nevera. Nada de libros para niños en las estanterías. Ni tampoco zapatos en la puerta de entrada o flotadores en la piscina.

Es la casa de una pareja, no de una familia.

Miro por la ventana. La brisa mece el columpio que cuelga del roble y jugueteo distraídamente con la suave cinta roja con la que me he atado el pelo.

Él siempre tenía tiempo para empujarla en el columpio, ¿o no? Siempre tenía tiempo para ella.

Y ella para él.

Se oyen los pitidos de los *walkie-talkies*, un ruido amortiguado detrás de mí, gente que baja las escaleras y portazos en el piso superior. La policía y los paramédicos andan muy ocupados arriba, pero estoy segura de que pronto querrán hablar conmigo.

Trago saliva sin pestañear.

Cuando puso ese columpio de neumático hace diez años, pensé que era para mí. Me dejaban jugar, pero quien realmente disfrutaba allí era mi madre. Solía quedarme hasta tarde mirándolos por la ventana de mi habitación; mi padre empujaba a mamá y la magia que desprendían al divertirse y reírse tanto hacía que quisiera estar ahí con ellos. Pero sabía que, cuando me vieran, esa magia se transformaría. Desaparecería.

Así que me quedaba apoyada en la ventana y me limitaba a mirar.

Igual que ahora.

Me muerdo la comisura de los labios mientras veo cómo unas cuantas hojas verdes revolotean por delante del columpio y aterrizan dentro del neumático en el que mi madre se había sentado en innumerables ocasiones. Sigo teniendo grabada en la mente la vívida imagen de verla con su camisón blanco y aquella clara melena balanceándose en medio de la oscuridad mientras ella se columpiaba, porque la última vez que la vi así fue anoche.

Alguien se aclara la voz detrás de mí. Pestañeo y bajo la vista.

—¿Te dijeron algo? —me pregunta Mirai con la voz entrecortada.

Tardo un segundo en responder. Niego sutilmente con la cabeza sin girarme siquiera.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

No puedo contestar a su pregunta porque no estoy segura.

Siento que se acerca, pero se detiene a unos cuantos metros detrás de mí. La camilla rechina cuando la bajan de la primera ambulancia por las escaleras y la llevan hacia afuera.

Levanto la barbilla y me preparo para la hostil conmoción que me espera en el exterior mientras los paramédicos abren la puerta principal. Las llamadas y preguntas; las bocinas que no paran de sonar a medida que se va amontonando más gente en las puertas de la entrada del patio, desde donde los medios de comunicación pueden ver, sin duda alguna, el cuerpo que se están llevando.

«¿Cuándo fue la última vez que hablé con mis padres?».

—La policía ha encontrado algunos medicamentos en su baño —me informa Mirai dulcemente—. Estaban a nombre de tu padre, así que han llamado a su médico y les ha contado que tenía cáncer, Tiernan. —Permanezco inmóvil—. A mí nunca me dijeron nada —sigue—. ¿Tú sabías que estaba enfermo?

Vuelvo a negar con la cabeza sin apartar la vista del columpio.

Oigo que Mirai traga saliva.

—Se ve que intentó someterse a algunos tratamientos, pero el cáncer era agresivo —continúa—. El médico dijo que... Que no llegaría a finales de año, cielo.

Fuera, una ráfaga de viento agita el columpio y me quedo mirando cómo gira a medida que se enrosca la cuerda cada vez más.

—Parece ser que... tus padres... —La voz de Mirai se va apagando; es incapaz de acabar la frase.

«Ya lo sé». Lo sé desde esta mañana, cuando los he encontrado. Toulouse, el terrier escocés de mi madre, no paraba de rascar a su puerta para entrar en la habitación, así que se la he abierto yo. Me ha parecido extraño que aún no se hubieran despertado, pero he dejado entrar al perro de todos modos. Sin embargo, al levantar la vista antes de cerrar la puerta, los he visto.

En la cama. Abrazados el uno al otro. Vestidos.

Mi padre llevaba su traje favorito de Givenchy, y mi madre, el vestido de Óscar de la Renta que se puso en el Festival de Cannes de 2013.

Mi padre tenía cáncer.

Se estaba muriendo.

Lo sabían y mi madre no pensaba dejarlo marchar sin ella. Creía que si mi padre ya no estaba, no le quedaba nada más.

Nada.

Me escuecen los ojos, aunque esa sensación se esfuma enseguida.

—La policía no ha encontrado ninguna nota —dice Mirai—. ¿Por casualidad tú...?

Me giro y la miro a los ojos. Mirai enmudece enseguida. Menuda pregunta más tonta.

Aprieto la mandíbula y me trago el nudo que tengo en la garganta. Entre todas las niñeras que he tenido a lo largo de mi vida y todos los internados y campamentos de verano a los que me han mandado para que estuviera ocupada (y donde me han criado miles de personas, pero nunca mis padres), me he convertido en alguien bastante inmune a todo lo que pudieran hacer. Y, aun así, parece ser que todavía hay cosas que me duelen.

No me dejaron ninguna nota. No tenían nada que decirme, ni siquiera en una situación como esta.

Pestañeo para deshacerme las lágrimas y me doy la vuelta de nuevo. Intento centrarme otra vez en el columpio, que sigue enroscándose y meciéndose con el viento.

Oigo a Mirai sollozar silenciosamente detrás de mí. Lo sabe. Sabe cómo me siento porque lleva en esta casa toda la vida.

Al cabo de poco, la veo pasar por delante de la ventana. Ni siquiera me había dado cuenta de que había salido.

Va directa al columpio, tijeras en mano. Las levanta y las acerca a la cuerda. Aprieto los puños con fuerza bajo los brazos mientras me quedo mirando cómo empuña las tijeras una y otra vez hasta que el columpio se queda colgando de un hilo antes de desplomarse y caer al suelo.

Al final, se me cae una lágrima. Una sola. Y, por primera vez desde que llegué a casa a principios de verano, siento algo parecido al amor.



Horas más tarde, cuando el sol ya se ha puesto, me encuentro sola en casa, sumida en el silencio. Los periodistas siguen al otro lado de la verja.

Mirai quería que me quedara con ella en su diminuto estudio de una habitación. Estoy completamente segura de que mis padres le pagaban lo suficiente para vivir en cualquier otro sitio; no obstante, como se pasaba la vida aquí día y noche y acompañaba a mi madre en todos sus viajes, esa acabó siendo la opción más lógica antes que alquilar un piso o algo incluso más grande. Aun así, he rechazado su oferta amablemente.

Mirai se ha llevado a Toulouse (ese perro debe de verme como un gato, porque le caigo fatal) y me ha dicho que volvería a primera hora de la mañana.

Debería haber sido más amable, pero es que, cuando me ofreció que fuera con ella, yo solo quería que se marchara todo el mundo. Tanto ruido y atención me ponen nerviosa y no quiero tener que escuchar todas las llamadas que Mirai tendrá que hacer esta noche; eso no haría más que recordarme el caos que se está desatando ya en el mundo y en las redes sociales.

Están hablando de mis padres.

Están especulando sobre mí; seguro.

Les doy lástima. Hay quién se pregunta cuánto tardaré en seguir el mismo camino que mis padres y si será por una sobredosis o si me suicidaré directamente. Todo el mundo opina y todo el mundo cree que lo sabe todo. Y yo que pensaba que ya estaba en el punto de mira antes de que ocurriese esto...

Me acerco a los fogones y exhalo. Mis padres se han ido y me han dejado a mí aquí para que me ocupe de toda esta mierda.

La olla empieza a echar vapor; apago el fuego y vierto el ramen en un bol. Me humedezco los labios, que tengo secos, y me quedo

mirando el caldo amarillento a la vez que me ruge el estómago. No he comido ni bebido nada en todo el día, pero tampoco estoy muy segura de que tuviera la intención de comerme esto cuando me he puesto a prepararlo. Es que siempre me ha gustado cocinar. Seguir la receta, seguir los pasos... Sé qué es lo que hay que hacer. Es relajante.

Envuelvo el bol con las manos y siento cómo el calor se extiende por la cerámica y me recorre los brazos. Se me ponen los pelos de punta. Cuando me decido a tragar un poco de caldo, me doy cuenta de que esa acción requiere más energía de la que tengo ahora mismo.

Están muertos y no he llorado. Me preocupa más lo que pase mañana y cómo voy a gestionar todo esto.

No sé qué hacer. Me sube la bilis a la garganta con solo pensar que tendré que entablar aunque sea una mínima conversación con directivos del cine o viejos amigos de mi madre y de mi padre en las próximas semanas mientras les doy sepultura y me ocupo de gestionar toda la herencia. Me entran náuseas. No puedo hacerlo.

No puedo hacerlo.

Sabían que no tengo lo que hay que tener para hacer frente a situaciones de este tipo. No puedo sonreír o fingir lo que no siento.

Saco unos palillos del cajón, los meto en el bol y me lo llevo arriba. Al acabar de subir las escaleras, me alejo de su habitación sin ni siquiera pararme un segundo y giro a la izquierda para ir a mi cuarto.

Voy hacia el escritorio y me detengo. El olor del ramen hace que se me remuevan las tripas. Dejo el bol en la mesa y me acerco a la pared; me apoyo en ella y me dejo caer lentamente hasta acabar sentada en el suelo. Al entrar en contacto con el parqué, se me

relajan los músculos y me entran ganas de tumbarme y apoyar la cara allí mismo.

¿Es extraño que me haya quedado en casa esta noche cuando mis padres han muerto esta misma mañana en este mismo pasillo, a solo unos metros de mi habitación? El forense ha estimado la hora de la muerte alrededor de las dos de la madrugada. Yo no me he despertado hasta las seis.

La cabeza no me para de dar vueltas y me debato entre querer olvidarme de lo que ha pasado y querer procesar cómo se han desarrollado los hechos. Mirai viene cada día a casa. De no haberlos encontrado yo, lo habría hecho ella. ¿Por qué no se esperaron a la semana que viene, cuando yo ya hubiera vuelto a la escuela? ¿Se acordaban siquiera de que yo estaba en casa?

Echo la cabeza hacia atrás, me abrazo las piernas y cierro los ojos. Me escuecen.

No me dejaron ninguna nota.

Se vistieron para la ocasión. Dejaron al perro fuera. Le pidieron a Mirai que viniera más tarde esta mañana.

No me escribieron ninguna nota.

La puerta de su dormitorio, cerrada, acecha desde la otra punta del pasillo, frente a mí. Abro los ojos, desvío la vista hacia delante y miro a través de mi puerta hacia su cuarto.

En casa todo sigue igual.

No ha cambiado nada.

Pero entonces se oye un zumbido amortiguado en alguna parte. Pestañeo y una sensación de malestar me devuelve a la realidad. ¿Qué es?

«Pensaba que había apagado el móvil».

Los periodistas tienen que pedir una solicitud de comentarios a los representantes de mis padres y lo saben. Aunque eso no impide

que los más ávidos (que son la mayoría) consigan hacerse con mi número.

Levanto el brazo y palpo la mesa en busca de mi teléfono, pero cuando voy a desbloquear la pantalla, veo que está apagado.

El zumbido continúa. Caigo en ello y el corazón me da un vuelco.

«Mi móvil privado». Ese que tengo enterrado en el cajón.

Las únicas personas que tenían ese número eran mis padres y Mirai. Estaba pensado solo por si había alguna emergencia, porque sabían que el otro lo apagaba muy a menudo.

Aun así, como nunca lo utilizaron, dejé de llevarlo encima.

Me arrodillo, abro el cajón del escritorio y desenchufo ese iPhone viejo. Vuelvo a sentarme en el suelo y miro la pantalla.

Colorado. No conozco a nadie que viva en Colorado.

Pero aquí nunca me llama nadie. Quizá sea un periodista que se las ha ingeniado para rastrear el móvil, aunque sería raro porque no está a mi nombre.

Respondo:

—¿Hola?

—¿Tiernan? —pregunta un hombre al otro lado de la línea.

Su voz es profunda, aunque se le nota un hilo de sorpresa, como si no esperara que fuera a contestar.

O como si estuviera nervioso.

—Soy Jake van der Berg —se presenta.

Jake van der Berg...

—Tu tío Jake van der Berg —aclara.

Y entonces me acuerdo.

—El hermano de...

—Tu padre —acaba la frase por mí—. Hermanastro, de hecho, pero sí.

Se me había olvidado completamente. En esta casa apenas se mencionaba a Jake van der Berg. No crecí rodeada de ningún pariente, de modo que no recordaba en absoluto que tuviera un tío.

Mi madre se crio en familias de acogida temporal; nunca llegó a conocer a su padre y no tenía hermanos. Mi padre solo tenía un hermanastro más joven del que se había distanciado y al que yo nunca llegué a conocer. De pequeña, nunca tuve tías, tíos o primos, y los padres de mi padre estaban muertos, o sea, que yo tampoco tuve abuelos.

Que me llame después de diecisiete años solo puede deberse a una cosa.

—Eeeh... —balbuceo mientras busco algo que decir—. La asistenta de mi madre se encargará de organizar el funeral. Si quieres que te dé más detalles, yo no sé nada. Ahora te doy su número.

—No voy a ir al entierro.

Me quedo en silencio un segundo. Jake suena nervioso.

Y tampoco ha dicho que lamentara «mi pérdida», lo cual me parece más bien atípico. Que tampoco es que necesite que me lo diga, pero si no llama por nada de eso, ¿para qué se ha puesto en contacto conmigo? ¿Cree que mi padre lo mencionó en el testamento?

Sinceramente, puede que lo hiciera. A saber.

Pero antes de que pueda preguntarle qué quiere, carraspea.

—Tiernan, antes me ha llamado el abogado de tu padre —me informa—. Como soy tu único familiar en vida y todavía eres menor, parece ser que tus padres te han dejado bajo mi tutela.

¿Bajo su tutela?

«Parece ser». Es como si él tampoco estuviera al tanto de esto.

No necesito estar bajo la tutela de nadie.

—Sin embargo —continúa—, como cumples los dieciocho en un par de meses, tampoco te voy a obligar a que hagas nada. No te preocupes.

Vale. Me quedo pensativa un segundo. No tengo muy claro si me siento aliviada o no. No he tenido ni tiempo de asimilar que todavía no soy una adulta con todas las de la ley ni todo lo que eso conlleva ahora que mis padres ya no están hasta que él me ha garantizado que da igual. Mi vida seguirá siendo la misma.

«Bien».

—Estoy seguro de que, habiendo tenido la vida que has tenido, habrás visto mucho más mundo que nosotros y te puedes cuidar perfectamente.

—¿Nosotros? —susurro.

—Mis hijos y yo —aclara—. Noah y Kaleb. Son un poco mayores que tú, pero no mucho; deben de sacarte algunos años.

O sea, que tengo primos. O... primastros.

Qué más da. Eso y nada viene a ser lo mismo. Jugueteo con el hilo azul cielo de los *shorts* del pijama.

—Solo te llamaba para contártelo —concluye—. Si quieres independizarte, yo no voy a ponerte ninguna pega. No tengo interés alguno en complicarte aún más la vida y cambiarte la rutina.

Me quedo mirando el hilo y lo sujeto con las uñas mientras me aprieto el pantalón. «Pues muy bien».

—Bueno... Gracias por llamar.

Me separo el teléfono de la oreja, pero entonces Jake vuelve a hablar:

—¿Quieres venir? —pregunta enfatizando bien la primera palabra, y yo me acerco el aparato otra vez—. No quiero que pienses que no eres bienvenida —se disculpa—. Puedes venir. Es solo que... —Se le apaga la voz, me quedo escuchando y él se ríe por lo bajo—.

Vivimos más bien apartados del mundo. No es que sea un lugar demasiado divertido para una chica joven, sobre todo si la chica en cuestión no sabe ni quién narices soy, ¿me entiendes? —Adopta un tono más serio—. Tu padre y yo no... Nunca nos poníamos de acuerdo en nada.

Me quedo allí sentada, sin mediar palabra. Sé que lo más educado sería hablar con él. O quizá espera que le haga alguna pregunta, como por ejemplo qué les pasó a él y a mi padre o si conocía a mi madre.

Pero es que no quiero hablar. Me da igual.

—¿Te contó que vivíamos en Colorado? —pregunta en voz baja—. Vivimos cerca de Telluride, pero en las montañas. —Cojo aire y lo suelto mientras me enrollo el hilo del pantalón en el dedo—. Cuando hace buen tiempo y se puede conducir, no tardamos mucho en llegar al pueblo. En invierno, en cambio, cuando nieva, nos quedamos completamente aislados; a veces, durante meses. Es un estilo de vida muy distinto al tuyo.

Levanto la vista y paseo lentamente los ojos por mi yerma habitación, esa en la que no he dormido casi nunca. Estanterías repletas de libros que nunca he acabado de leer. Un escritorio donde descansan pilas y pilas de diarios personales preciosos que siempre compraba pero en los que nunca escribía. Pensé en decorarla un poco durante los periodos de vacaciones de la escuela, que es cuando venía a casa, pero siempre me pasaba lo mismo con todo: nunca compraba papel para la pared porque nunca me decidía por uno en concreto. No tengo imaginación.

«Mi estilo de vida... Ya...».

La puerta del cuarto de mis padres sigue allí delante, pesada, al final del pasillo.

«Cuando nieva, nos quedamos completamente aislados; a veces, durante meses», ha dicho.

—Nada de televisión por cable. No se oye nada en toda la casa. En ocasiones, no tenemos ni wifi —sigue—. Lo único que se oye es el viento, las cascadas y los truenos.

Hay algo que me cala hondo; no tengo muy claro si es lo que dice o su voz. «Lo único que se oye es el viento, las cascadas y los truenos».

En realidad, parece un lugar increíble. Suena todo bastante bien. Allí nadie puede encontrarte.

—Mis hijos están acostumbrados a vivir aislados, pero tú, en cambio... —Cojo otra vez el hilo y me lo enredo de nuevo en el dedo. «¿Pero yo...?»—. Vine aquí cuando era un poco mayor que tú. —Cavila y le oigo sonreír—. Tenía las manos suaves y un lío enorme en la cabeza. Casi no me sentía ni vivo.

Noto un nudo en la garganta y cierro los ojos.

—Currar de sol a sol tampoco está tan mal. —Suspira—. Te permite trabajar mucho, encontrar consuelo y mantenerte ocupado. Hemos construido todo cuanto tenemos. Y vivimos bien.

Quizá eso es lo que necesito. Huir igual que hizo él a mi edad. Hacer algo completamente distinto. Ahora solo estoy cansada.

—¿Has vivido bien, tú? —pregunta casi susurrando.

Permanezco con los ojos cerrados. Me duelen los pulmones. He vivido genial. Tengo un armario a rebosar de ropa y bolsos de marca, algo que cualquiera espera de la hija de una estrella de la televisión. He estado en más de veinte países y puedo comprarme todo lo que me apetezca. Tengo una casa enorme. Mi nevera está llena hasta los topes. ¿Cuánta gente daría lo que fuera por vivir tan bien como yo? Soy muy afortunada.

—¿Quieres venir, Tiernan? —insiste.

Capítulo dos

Tiernan

Me quito los cascos inalámbricos y me los cuelgo en el cuello mientras echo una ojeada a mi alrededor. La zona de recogida de equipaje de este aeropuerto solo tiene dos cintas transportadoras. Mide lo mismo que un baño en el aeropuerto de Los Ángeles.

¿Está aquí? Giro sobre mí misma en un intento por reconocer a alguien que no he visto en la vida, aunque seguramente él sí me reconozca. A estas alturas, Internet está repleto de fotos de mi familia.

Sigo a la multitud y me dirijo hacia la segunda cinta, donde espero a que salga mi equipaje. Sin lugar a dudas, me he pasado con todo lo que he cogido, ya que muy probablemente no me quede demasiado tiempo, pero la verdad es que he hecho las maletas sin pensar qué metía dentro y qué no. Jake me envió un billete (aunque me dijo que si no quería, no tenía que montarme en el avión), abrí las maletas y empecé a llenarlas. Me sentí muy aliviada al tener algo que hacer.

Miro el móvil para asegurarme de que no tengo ninguna llamada perdida suya por si quería decirme dónde me esperaría. En vez de eso, me encuentro con un mensaje de Mirai:

> El forense confirmará a finales de semana cuál fue la causa de la muerte. Solo quería que lo supieras, porque seguro que saldrá en todas las noticias... Si necesitas hablar, me tienes aquí. Siempre.

Me guardo el móvil en el bolsillo trasero y cojo una bocanada de aire, aunque luego me olvido de soltarlo. «La causa de la muerte». Ya sabemos cómo murieron. Todos los lunáticos religiosos de Twitter se están encargando de tachar públicamente de pecadores a mis padres por haberse quitado la vida. He sido incapaz de leer esos comentarios. Puede que no tuviera una relación extremadamente fácil con Hannes y Amelia de Haas, pero paso de oír los reproches de mierda de la gente; personas que, además, ni los conocían.

Debería apagar el teléfono. Debería...

Frunzo el ceño a más no poder. «Debería irme a casa».

No conozco a este tío y no me gusta estar con desconocidos.

Pero anoche pirarme de allí me pareció genial.

La cinta empieza a girar y vuelvo a la realidad. Miro hacia el equipaje de los pasajeros, que ya empieza a salir, y no tarda en aparecer una de mis maletas negras delante de mí. Cuando me agacho para cogerla, alguien se me adelanta. Levanto la vista y me encuentro cara a cara con un hombre.

Bueno, cara a cara tampoco. Es más alto que yo. Me mira y abro la boca para decir lo que sea, pero no recuerdo... nada. Tiene la vista clavada en mí y, mientras permanecemos ahí en medio, mirándonos el uno al otro, ni siquiera pestañea.

¿Será él?

El hermanastro de mi padre es de descendencia holandesa, eso lo sé porque también lo era mi padre, y este tipo mide metro noventa como mínimo, está en forma, tiene el pelo corto y de un color rubio oscuro, y los ojos azules. A pesar de ser intimidante y de estar apretando la mandíbula, le traiciona su mirada, donde atisbo cierta diversión.

—¿Jake? —pregunto.

—Buenas.

¿«Buenas»? No aparta la mirada de mí y yo, durante un segundo, tampoco puedo. Sabía que él y mi padre no eran hermanos de sangre, pero, por algún motivo que desconozco, pensé que se parecerían.

No podría haber estado más equivocada. Ni siquiera se me ocurrió que, además, se llevasen bastantes años. Jake debe de ser, por lo menos, diez años más pequeño que Hannes. Debe de tener unos treinta largos o unos cuarenta y pocos, quizá.

Tal vez por eso no se llevaran bien. Con tanta diferencia de edad, a lo mejor de pequeños no tuvieron mucho en común.

Nos quedamos aquí quietos un segundo. En estas ocasiones, la gente suele darse un abrazo o hacer algo por el estilo; yo, en cambio, doy un paso atrás y me alejo un poco de él, por si acaso.

Jake, que tampoco se acerca para abrazarme, desvía la mirada hacia un lado.

—¿Esta también? —Señala otra maleta.

Tiene una voz profunda aunque con un timbre más bien suave, como si yo le diera un poco de miedo, pero nada más. Se me acelera el corazón.

¿Qué me ha preguntado?

Ah, sí, el equipaje.

Giro la cabeza hacia un lado y veo que se acerca mi otra maleta negra.

Asiento con la cabeza una única vez y espero a que llegue hasta donde estamos nosotros.

—¿Cómo has sabido quién era? —quiero averiguar al acordarme de la decisión con la que ha cogido mi maleta sin preguntarme siquiera cómo me llamo para asegurarse de que era yo.

Él se limita a reír para sus adentros.

Cierro los ojos un segundo y caigo en que seguramente haya visto fotos mías en alguna parte, de modo que no debe de haberle resultado demasiado difícil reconocerme.

—Ya... —susurro.

—Perdona —se disculpa mientras pasa por mi lado para cogerla.

Me roza el cuerpo con el suyo y doy un paso hacia atrás.

Saca la maleta de la cinta.

—Además, eres la única persona en este aeropuerto con equipaje de Louis Vuitton, así que... —añade.

Aparto los ojos de la maleta y lo miro. Lleva unos vaqueros sucios a la altura de las rodillas y una camiseta gris de esas tiradas de precio.

—¿Conoces la marca? —pregunto.

—Más de lo que me gustaría —responde mirándome a los ojos—. Esa vida también fue la mía, ¿recuerdas?

«Esa vida». Y lo dice como si las marcas y los artículos de lujo le quitaran la esencia a todo. Puede que la realidad de una persona no sea la misma que la de otra, pero las cosas son como son.

Me aclaro la voz y me inclino para coger una maleta.

—Ya llevo yo algo.

—Tranquila. —Niega con la cabeza—. No te preocupes.

Me cuelgo la mochila en la espalda y cojo la bolsa de mano, mientras Jake sujeta mis dos maletas.

Por mí, podemos ponernos a andar ya, pero Jake se me queda mirando entre tímido y divertido.

—¿Qué? —le interrogo.

—Nada, perdona —contesta y niega con la cabeza—. Es que eres una copia de tu madre.

Bajo la vista. No es la primera vez que me lo dicen, y que conste que es un cumplido. Mi madre era preciosa. Carismática, esbelta...

Pero nunca me sienta bien. Es como si siempre la vieran primero a ella.

Ojos grises y cabellera rubia (aunque la mía es natural y ella se teñía para conseguir un toque más dorado).

Mis cejas son de un color más oscuro, pero también es natural. Y eso es, en parte, motivo de satisfacción para mí. Me gusta porque hacen que me resalten los ojos.

Jake inspira profundamente.

—¿Algo más? —pregunta, e intuyo que habla del equipaje.

Niego con la cabeza.

—Vale. Vámonos.

Me guía hasta la salida y yo lo sigo manteniendo una distancia prudencial. Vamos esquivando a las pocas personas que hay aquí y salimos fuera.

En cuanto cruzamos la puerta, respiro el denso aire de finales de agosto. Huele a asfalto y a los árboles que rodean el *parking* que queda a lo lejos. La brisa me acaricia el vello de los brazos y, aunque el cielo está despejado y me rodea un paisaje completamente verde, me entran ganas de desatarme la chaqueta que me he anudado a la cintura y ponérmela. Cruzamos el paso de peatones sin apenas tener que mirar a un lado y a otro; hay más tráfico en el aparcamiento del club de campo de mis padres un domingo por la tarde del que hay en este aeropuerto. Me gusta. Nada de bocinas o de altavoces de tanta potencia que hasta hagan temblar el suelo.

Se detiene detrás de una camioneta negra y tira una maleta directamente en la caja sin abrir siquiera el portón trasero. Luego echa el brazo hacia atrás y hace lo propio con la otra.

Cuando voy a coger mi bolsa de mano para echarle un cable, Jake se apresura a pillarla antes de que pueda hacerlo yo. Se le marcan los tendones del brazo y le reluce la piel bajo la luz del sol.

—Debería de haber traído menos cosas —reflexiono en voz alta.

Se da la vuelta.

—No estás solo de visita.

Ya. Puede. Aún no lo tengo claro, pero pensé que sería mejor traer un montón de ropa, por si al final decidía quedarme.

Subimos a la camioneta y me abrocho el cinturón a la vez que Jake pone la llave en el contacto. En un acto reflejo, me llevo las manos al cuello para ponerme los cascos. Pero entonces me detengo. Sería de mala educación; acabo de conocerlo. A mis padres siempre les dio bastante igual, pero sí que me pedían que me quitara los cascos cuando estuviera con otras personas.

Los suelto y me quedo mirando a la radio. «Por favor, que suene algo de música».

Se enciende nada más arrancar la furgoneta. Suena *Kryptonite* a todo volumen y me siento aliviada, aunque la sensación dure poco. No soy muy de hablar.

Sale del aparcamiento, descanso las manos en el regazo y miro por la ventana.

—Me he estado informando y hay un instituto en línea con el que puedes continuar tus estudios —dice sin bajar el volumen de la radio.

Desvío la mirada hacia él.

—Aquí hay muchos jóvenes que tienen que trabajar en los ranchos y eso, o sea, que es bastante habitual que reciban la educación necesaria en casa o estudien de forma virtual.

Ah.

Me relajo un poco. Por un segundo, me había imaginado que esperaba que fuera a ir al instituto. Venía preparada para vivir en un lugar diferente, pero no para acostumbrarme a nuevos profesores y

compañeros de clase. Apenas he llegado a conocer a los que han estudiado conmigo en los últimos tres años.

Aunque, de todos modos, tampoco debería haberse tomado tantas molestias. Yo ya me he ocupado de todo.

—Puedo continuar en Brynmor —le cuento mirando por la ventana otra vez—. En la escuela a la que iba en Connecticut se han mostrado muy abiertos a ayudarme durante mi... ausencia. Los profesores ya me han enviado los programas didácticos y podré hacerlo todo en línea.

Nos adentramos en la carretera y de vez en cuando van apareciendo algunas casas en los laterales. También se vislumbran algunos ranchos al estilo de los años ochenta con vallas metálicas oxidadas, bungalós e incluso un taller Craftsman. Todos los edificios reposan bajo la sombra de unos árboles de hoja perenne enormes que rodean los jardines.

—Vale —contesta Jake—. Me parece genial. Pero diles que a lo mejor te quedas sin conexión a Internet a ratos; el wifi en mi casa va y viene y, cuando hay tormenta, se cae del todo. Quizá les venga bien enviarte todos los deberes de golpe para que vayas avanzando los ratos que te sea imposible conectarte a las clases.

Lo miro y veo que aparta la vista de la carretera para mirarme a mí. Asiento.

—Aunque quién sabe —balbucea—. Puede que después de una semana en la cabaña ya estés corriendo montaña arriba.

¿Y eso porque...?

Ladea la cabeza, bromeando.

—Aquí no tenemos centros comerciales ni *caramel macchiatos* cerca.

Es normal que piense que quizá no voy a estar cómoda con ellos o que echaré de menos la «vida» que tengo en casa, pero dar por

sentado que soy una tiquismiquis y que no puedo vivir sin consumir en un Starbucks ya es otra cosa muy distinta. Supongo que tenemos que darle las gracias al mundo de la televisión por hacer creer a la gente que las chicas californianas son todas unas niñas estúpidas que se visten con tops ajustados sin tirantes; sin embargo, como vivimos en una región donde suceden el veinte por ciento de los asesinatos en serie del país y estamos rodeadas de sequías, incendios forestales, terremotos y derrubios, también somos fuertes.

Seguimos conduciendo un rato más y, por suerte, no vuelve a entablar conversación. Atisbo el pueblo en la lejanía y logro distinguir algunas estatuas de madera y una de las calles principales con edificios cuadrados, pegados los unos a los otros, a ambos lados. Hay gente merodeando y charlando en las aceras, y de las farolas cuelgan algunas macetas con flores, lo cual le da al lugar un aire pintoresco y para nada descuidado. Algunos adolescentes han aparcado sus furgonetas en el bordillo y están sentados en los portones de las cajas. Me fijo en los negocios: son todos familiares; nada de cadenas comerciales.

Levanto la vista y veo un cartel que cuelga de lado a lado de la calle donde se lee lo siguiente:

¡EL FESTIVAL DE VERANO CAÑÓN DE CHAPEL PEAK!
DEL 26 AL 29 DE AGOSTO

Chapel Peak...

—Esto no es Telluride —comento mientras desvío la vista hacia él.

—Te dije que vivíamos a las afueras de Telluride —me corrige—. Muuuy a las afueras de Telluride.

Pues mira, mejor aún. La zona de Telluride es conocida por sus pistas de esquí, donde también hay muchas tiendas y se pueden

comer productos de alta calidad. No vivir en Telluride será una experiencia distinta. Y me apetece vivir algo distinto.

Mientras avanzamos, voy mirando las tiendas que pasamos de largo. Grind House Café. Oficina de correos de Porter. The Cheery Cherry Ice Cream Shop. The...

Giro la cabeza para mirar la marquesina de rayas rojas y blancas de una tienda no muy grande y me entran ganas de sonreír.

—Una tienda de chuches...

De pequeña me encantaban las tiendas de chuches. Hace años que no piso una.

En el letrero se lee: «Rebel's Pebbles». Suena como si estuviéramos en el lejano Oeste.

—¿Tienes carné de conducir? —me pregunta.

Vuelvo a mirar al frente y asiento.

—Perfecto. —Se queda un momento en silencio y noto su mirada clavada en mí—. Puedes utilizar cualquiera de nuestros vehículos siempre que quieras. Lo único que te pido es que me digas adónde vas, ¿de acuerdo?

«Cualquiera de nuestros vehículos». ¿Se refiere a los suyos y a los de sus hijos? Que, por cierto, ¿dónde están?

No es que esperara que también vinieran a recogerme al aeropuerto, pero quizá no lo han hecho porque no les hace demasiada gracia que vaya a vivir con ellos, lo cual me deja un poco inquieta. Eso tampoco lo había pensado antes. Vivían la mar de tranquilos en su agradable refugio donde la testosterona volaba por doquier y ahora que llega una chica creen que tendrán que callarse sus bromitas subidas de tono cuando esté delante.

Aunque es jueves. O sea, que quizá solo estén trabajando.

Y ahora que lo pienso...

—¿A qué te dedicas? —le pregunto.

Me mira.

—Mis hijos y yo personalizamos motos de *cross*, *quads*, *buggies*...

—¿Tenéis un taller?

—¿Cómo?

Me aclaro la voz.

—¿Tenéis un... un taller? —repito un poco más alto.

—No. Trabajamos por encargo; lo hacemos todo en el garaje de casa y luego enviamos el producto una vez terminado —me cuenta.

No puedo evitar volver a mirarlo. Su cuerpo llena todo el espacio en el asiento del conductor; tiene las manos en el volante y se le tensan los músculos de su moreno antebrazo.

Es tan distinto a mi padre... Él odiaba estar al aire libre y siempre llevaba camisas de manga larga, menos para dormir.

Jake me mira a los ojos.

—Pronto empezaremos a recibir muchos encargos. Estaremos ocupados todo el invierno y luego, en primavera, los mandaremos. Justo a tiempo para el inicio de la temporada.

O sea, que trabajan desde casa. Los tres.

Estarán siempre allí.

Me froto las palmas de las manos y me quedo mirando al frente, perdida en mis propias cavilaciones. Se me acelera el pulso.

Mis padres se habían encargado de que tuviese una habitación individual, incluso en Brynmor. Prefiero estar sola.

No es que sea una ermitaña. Hablaba con mis profesores y debatíamos sobre lo que fuera, y me encanta viajar y hacer de todo, pero necesito espacio para respirar. Un lugar tranquilo, para mí sola, donde pueda relajarme. Y los hombres hacen ruido. Sobre todo, los jóvenes. Si trabajan desde casa, estaré con ellos cada día, toda la jornada.

Cierro los ojos un segundo porque, de repente, me arrepiento de haber venido. ¿Por qué lo he hecho?

A mis compañeras de clase les caía fatal porque se tomaban mi silencio como una señal de esnobismo.

Pero la cosa no va así. Es solo que necesito tiempo. Nada más.

Por desgracia, son pocos los que tienen la paciencia suficiente para darme la oportunidad de mostrarme tal y como soy. Estos chicos me verán como una maleducada, igual que las chicas de mi escuela. ¿En qué momento se me ocurrió ponerme deliberadamente en una situación como esta, en la que me veré obligada a conocer a gente nueva?

Me fuerzo a relajar los músculos de la cara de inmediato y a respirar despacio. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a esconderme detrás del teléfono para disimular lo a punto que estoy de sufrir un ataque de pánico, Jake pega un volantazo a la izquierda, damos la vuelta y cogemos la carretera por la que hemos venido, pero en dirección opuesta.

Genial. Me está llevando al aeropuerto otra vez. Ya lo he asustado.

Al contrario de lo que creía, mientras él vuelve a conducir a toda prisa por la calle principal y yo me agarro al cinturón para sujetarme, veo que cruza un par de semáforos y da otro volantazo a la izquierda antes de aparcar a un lado de la calzada.

Para en seco y salgo disparada hacia delante. Antes de que pueda siquiera plantearme qué está pasando, apaga el motor y salta de la camioneta.

Eeeh...

—Venga —me anima mirándome antes de cerrar con un portazo.

Echo una ojeada a través del parabrisas y veo un letrero de color negro de estilo victoriano en el que aparece «Rebel's Pebbles»

grabado en dorado.

Me ha traído a la tienda de chuches.

Salto de la camioneta con mi minibandolera de viaje colgada y lo sigo por la acera. Abre la puerta, suena una campanilla, y me deja pasar antes de entrar él.

Enseguida huelo el embriagador aroma a chocolate y caramelo, y empiezo a salivar de inmediato. No he comido nada desde esta mañana, y solo porque me he obligado a zamparme unos cuantos arándanos antes de volar.

—¡Spencer! —grita Jake.

Oigo el ruido de una sartén en la trastienda y algo (quizá la puerta de un horno) se cierra de golpe.

—¡Jake van der *Bong*! —Un hombre se acerca desde detrás de una pared acristalada secándose las manos mientras se dirige hacia nosotros—. ¿Cómo estás, macho?

«¿Van der *Bong*?». Desvío la mirada hacia Jake y él me sonríe.

—Ignóralo —contesta—; nunca he fumado cachimba. Bueno, a ver, ya no lo hago. Ya no me va. —Le dedica una sonrisa al otro tipo —. Eso era cosa de mi antiguo yo. Mi yo malvado.

Ambos ríen y se dan un apretón de manos mientras yo me quedo mirando al hombre que ha salido de la trastienda. Debe de tener la misma edad que Jake, aunque no es tan alto como él; viste una camisa de franela roja y azul, y lleva el pelo desaliñado.

—Spence, esta es mi sobrina, Tiernan —le cuenta Jake.

El señor Spencer me mira, acaba de secarse la mano y me la tiende.

—Conque sobrina, ¿eh? —Parece curioso—. Tiernan. Qué nombre tan bonito. ¿Qué tal?

Asiento una única vez y le aprieto la mano.

—Que coja lo que quiera —afirma Jake.

—No, no hace falta. —Niego con la cabeza.

Pero Jake arquea una ceja y me advierte:

—Si no llenas tú la bolsa, te la llenará él y solo comerás regaliz negro y palitos de menta.

Arrugo la nariz con solo pensarlo. El otro hombre ríe por lo bajo. No quiero regaliz negro ni de coña.

Jake se aleja con una bolsa de plástico en la mano y empieza a llenarla de caramelos masticables. Yo me quedo aquí plantada por puro orgullo. Siempre me pasa lo mismo. No me gusta andar complaciendo a los demás.

Entonces huelo el azúcar, la sal y el rico aroma a chocolate que proviene del horno y me roba todos los sentidos. Me encantaría probar un poco.

—¿A qué esperas, De Haas? —grita mi tío.

Pestañeo.

Cierra el tarro de caramelos y se dirige hacia el de los gusanos de gominola mientras me mira. Yo también lo miro. Me llama por el apellido, lo cual debería de sonar juguetón. Al salir de su boca, en cambio, suena más bien... brusco.

Exhalo y voy a por una bolsa.

—Pago yo —le aviso.

—Como quieras —contesta sin mirarme.

Abro la bolsa, paso de largo el puesto de los chocolates y me dirijo a las chuches que no contienen tantas calorías. Cojo unos cuantos aros de melocotón, algunos triángulos de sandía y tiburones azules. Añado unos pocos caramelos blandos y Sour Patch Kids, aunque sé que no voy a comerme nada de eso.

Perdida en mis propios pensamientos, me acerco a otro tarro, hundo la cuchara y saco un montón de chuches rojas.

«Los Swedish Fish tienen sirope de maíz, colorante y aditivos a montones», dijo mi madre en una ocasión. Me quedo mirando las chuches; antes me encantaban, pero no he vuelto a probarlas desde que tenía trece años. Por aquel entonces, estaba dispuesta a todo con tal de que mi madre me apreciara. Quizá, si comía lo mismo que ella, me maquillaba como ella, me compraba bolsos de Prada y de Chanel igual que hacía ella y me ponía cualquier monstruosidad estridente de Versace, mi madre...

Sacudo la cabeza, alejo esas cavilaciones de mi mente y meto dos cucharadas enteras de chuches en la bolsa. Jake aparece a mi lado y mete la mano directamente en el tarro.

—Estas también son mis favoritas —me cuenta antes de llevarse un par de gominolas a la boca.

—¡Eh, tú, capullo! —oigo que grita Spencer.

Jake se limita a reír. Bajo la vista de nuevo, cierro el tarro y le doy la vuelta a la bolsa para cerrarla.

—La bolsa cuesta siete noventa y cinco cojas lo que cojas, o sea, que, ya puestos, llénala —me dice Jake mientras pasa por mi lado y se aleja de los tarros de chuches.

«Siete noventa y cinco». Es casi tan cara como las botellas de agua suiza en las que se bañaba mi madre. ¿Cómo salió Jake tan distinto a ellos?

Me paseo por ambos pasillos, y cuando llego delante de la vitrina de los pastelitos de chocolate y me acuerdo de lo bien que sabía todo eso, se me hace la boca agua.

—¿Ya? —pregunta Jake al pasar por mi lado.

Lo sigo hasta el mostrador y dejo la bolsa en la encimera para evitar que se me adelante y pague él.

Saco el efectivo enseguida. El otro hombre, Spencer, parece que me entiende y suma lo mío sin dudar apenas.

Pago y me separo un poco para que pase Jake.

Con la vista puesta en mí, cuenta lo de mi tío.

—¿Te quedarás mucho tiempo en... el pico? —me pregunta, un poco dubitativo de repente.

¿El pico?

Jake responde por mí:

—Sí, seguramente se quede hasta el verano que viene.

De golpe, el hombre desvía la mirada hacia Jake con cierta aprensión.

—No te preocupes. —Jake ríe mientras paga a Spencer—. La protegeremos de los peores energúmenos.

—¿Desde cuándo eres capaz de controlar a Kaleb? —le replica Spence, cogiendo el dinero.

Kaleb. Uno de sus hijos. Miro a Jake, que me devuelve la mirada y niega con la cabeza, restándole importancia al comentario.

—Gracias —le digo a Spencer.

Este asiente con la cabeza y nos sigue con los ojos mientras nos vamos, lo cual hace que me sienta más enervada que cuando he entrado.

Subimos a la camioneta, mi tío arranca y vuelve a conducir en la dirección que habíamos tomado antes.

En los maceteros hay petunias de color rosa, cuyos pétalos contrastan con el azul del cielo al agitarse con el viento. Unos hombres jóvenes con camisetas de tirantes llevan sacos de no sé qué desde el muelle de carga de un almacén hasta una *pick-up*. Seguro que aquí todo el mundo se conoce.

—No es Telluride, pero a mí me basta. No quiero volver a pisar un sitio tan grande en la vida —suelta Jake.

Estoy de acuerdo con él. Yo tampoco quiero; al menos, durante un tiempo.

Pasamos por delante de la última tienda, cruzamos unas vías y subimos por una carretera pavimentada rodeada de árboles de hoja perenne.

La carretera se va estrechando. Miro por el parabrisas y veo que, a medida que nos alejamos del pueblo, los árboles son cada vez más grandes y no dejan que pase la luz de la tarde-noche. Algunos caminos secundarios sin asfaltar, llenos de oscura gravilla, se unen a la angosta carretera y los sigo con la vista, pero apenas vislumbro nada. ¿Llevarán a otras propiedades? ¿A alguna casa?

Seguimos subiendo y el motor va emitiendo zumbidos a cada zigzag que hace Jake o a cada curva que toma, hasta que ya no veo absolutamente nada del pueblo, unos kilómetros más abajo. Algunos rayos de sol se cuelan por las ramas de los árboles y pestañeo porque me molestan. Jake coge uno de los caminos sin asfaltar, y los baches hacen que me bambolee en el asiento.

Me agarro al salpicadero con una mano y miro al frente; el camino está lleno de abetos. Seguimos conduciendo montaña arriba unos veinte minutos más.

—No es un camino fácil —me dice mientras el cielo va oscureciéndose—, así que si alguna vez quieres bajar al pueblo, asegúrate de que te acompañe uno de mis hijos. —Asiento—. No quiero que conduzcas por aquí sola si no es a plena luz del día, ¿estamos?

Ya, yo tampoco. Hablaba en serio cuando dijo que vivían «aislados». Aquí más vale tener todo lo que puedas necesitar, porque eso de bajar un momentito a la tienda a por leche, azúcar o jarabe para la tos viene a ser más bien complicado.

Gira a la derecha y se adentra por un acceso de grava empinado. Las piedras rechinan bajo los neumáticos y empiezo a distinguir algunos edificios en la lejanía. Los árboles dejan entrever algunas

luces, lo cual no resulta muy complicado, porque ya casi ha caído la noche.

—En invierno, la carretera por la que acabamos de subir se queda bloqueada por la nieve —me informa, echándome una mirada—, y como el terreno es empinado y se congela, es imposible bajar al pueblo durante meses. Las carreteras permanecen cerradas. Ya te llevaremos a la tienda de chuches para que cojas suministros antes de que empiece el mal tiempo.

Hago caso omiso de su broma y miro por la ventana, intentando ver mejor los edificios que quedan delante con la poca luz del sol que brilla todavía. Sin embargo, los árboles que hay por todas partes no son de gran ayuda. Hay algo que parece un establo, un par de cobertizos, unas cuantas construcciones pequeñas más en medio de todo, y entonces...

Lleva la camioneta hasta un terreno plano y aparca justo delante de una casa con unas ventanas inmensas, en la que tan solo se percibe algo de luz en el interior. Paseo la vista por mi alrededor, a izquierda y derecha, arriba y abajo, y observo el lugar en cuestión. Es inmenso. Está oscuro y no puedo apreciar bien todos los detalles, pero es una casa grande, de tres pisos y con terrazas enormes en los distintos niveles de la edificación.

De repente, me siento un poco más aliviada. Cuando me habló de una cabaña, enseguida me imaginé a unos preparacionistas con lo mínimo para sobrevivir mientras esperan a que llegue el fin del mundo, pero decidí quedarme con la posibilidad de tener más espacio y privacidad lejos de Los Ángeles y casi ni pensé en que quizá acababa de aceptar vivir en una choza. Haber tomado una decisión de forma tan precipitada y no saber muy bien a qué atenerme no me ha preocupado hasta que he llegado aquí. Tener o

no Internet es lo de menos, pero sí que esperaba unos mínimos; como disponer de agua corriente, por ejemplo.

Jake baja de la camioneta y yo me quedo mirando la casa desde mi asiento. «Creo que estamos de suerte».

Sigo dubitativa un segundo; abro la puerta y salto de la camioneta, mochila en mano. Tal vez haya exagerado algo. Tal vez tampoco tuviera por qué ponerme tan nerviosa. Es bastante parecido a lo que yo esperaba. Cojo aire y el fresco aroma a agua y rocas hace que se me pongan los pelos de punta. Me encanta este olor. Me recuerda al campamento de verano al que fui hace unos años, cuando fuimos a caminar por Vernal Fall, en Yosemite.

Jake lleva mis dos maletas, y aunque el aire es bastante frío, me dejo el jersey atado a la cintura y lo sigo. Subimos unos escalones de madera. La fachada del piso de abajo está repleta de ventanas, de modo que puedo ver lo que hay en el interior. Parece una sala gigante con techos altos, y a pesar de que todo es de un mismo color (la madera es marrón, el cuero es marrón, las astas son marrones y las alfombras también son marrones), consigo distinguir algo de piedra.

—¡Hola! —grita Jake al entrar y dejar mis maletas—. ¡Noah!

Avanzo y cierro la puerta con cuidado.

Dos perros aparecen corriendo hacia nosotros: un labrador de color marrón y otro más flacucho con el pelo gris y negro y unos ojos también negros y vidriosos. Jake se agacha y los acaricia mientras echa una ojeada a su alrededor.

—¿Hay alguien aquí? —vuelve a gritar.

Levanto la vista de inmediato y veo un par de niveles de vigas en el techo, aunque este cae ligeramente hacia la izquierda y la derecha, donde queda la cocina. En este piso no hay muchas paredes: el salón, el comedor, la sala de estar y la cocina se mezclan

en un único espacio, sin dejar demasiada intimidad a quienquiera que esté aquí.

Aunque es grande.

—¡Sí, aquí! —Oigo que responde una voz masculina.

Un chico sale de la cocina con un par de botellines de cerveza en las manos y, mirando a Jake, niega con la cabeza.

—Manda huevos. La jodida Shawnee se ha vuelto a escapar —cuenta.

Se acerca a nosotros y creo que va a pasarle una cerveza a Jake, pero entonces me mira y se detiene.

Tiene el pelo de un color rubio oscuro peinado hacia atrás y cubierto por una gorra que se ha puesto del revés. No debe de ser mucho más mayor que yo; quizá tenga unos veinte o veintiún años. Pero su cuerpo... Lleva una camiseta verde de manga corta bajo la cual se aprecian unos brazos fuertes y morenos, y está cuadrado. Abre sus ojos de color azul clarísimo y sonríe de medio lado.

—Este es Noah —nos presenta Jake—. Mi hijo pequeño.

Aunque tardo un segundo en reaccionar, acabo por darle la mano para saludarle. Sin embargo, en lugar de hacer lo propio, Noah me pasa un botellín y dice:

—Vete acostumbrándote al sabor. Bebemos un montón.

Las frías gotas del botellín me empapan la palma de la mano y miro a Jake. Este me coge la cerveza y mira a su hijo.

—¿Y tu hermano?

—Sigue ahí —responde Noah, sin quitarme la mirada de encima.

—Ya...

¿Ahí dónde? Empiezo a preguntarme a qué se estarán refiriendo, pero me deshago del pensamiento y me seco la mano en los vaqueros. Todavía siento los ojos de Noah clavados en mí. ¿Por qué me mira tanto?

Levanto la vista hacia la suya y sonríe. ¿Debería decirle algo? ¿Debería decirlo él? Supongo que es raro. Al fin y al cabo, somos primos. ¿Se supone que tengo que abrazarlo o algo por el estilo? ¿Estoy siendo borde si no lo hago?

Qué más da.

—¿Cuánto rato ha pasado desde que has empezado a buscar a Shawnee hasta que te has rendido? —le pregunta Jake con la voz un poco áspera, evitando suspirar aunque quiera hacerlo.

Noah le dedica una amplia sonrisa y se encoge de hombros.

—Mira, yo creo que si no la encontramos, no se volverá a escapar.

Jake levanta una ceja y me mira.

—Tenemos una yegua joven que siempre parece encontrar la forma de escaparse de su cuadra —me explica antes de volver a dirigir la vista hacia su hijo, como cansado del tema—. La cosa es que los caballos son caros y debemos dar con ella.

Su hijo levanta la cerveza y se aleja.

—Solo he venido a recargar las pilas. —Y entonces se me queda mirando a los ojos mientras se dirige hacia la otra punta de la casa —. Si vas a ducharte, asegúrate de dejar algo de agua caliente —me advierte.

Me quedo mirando cómo pasa por el lado de la chimenea de piedra y se aleja por el largo pasillo. Luego se oye una puerta mosquitera cerrarse en la parte trasera. ¿Va a ir a buscar el caballo por la noche?

—Ahora ya ha oscurecido. Te enseñaré el resto de la propiedad por la mañana, pero, de momento, aquí tienes la cocina —comenta Jake yendo hacia la derecha.

Es espaciosa. Él da la vuelta a la isla, pero yo me quedo atrás.

—No hay ni que decir que puedes coger lo que quieras —me dice mirándome a los ojos—. Iremos muchas veces al pueblo antes de

que llegue el mal tiempo de aquí a un par de meses, o sea, que podemos llenar la despensa de lo que más te guste. Y también prepararemos algunas conservas. —Cierra la puerta de la nevera, que imagino que ha dejado abierta su hijo—. Intentamos cultivar, pescar y cazar tanto como podemos para alimentarnos a base de eso.

Con razón pensaba haber visto yo un granero y un invernadero entre el resto de las construcciones. Si se quedan aislados del pueblo durante tanto tiempo debido a la nieve, es lógico que no quieran depender constantemente de las tiendas de alimentación y demás que hay allí abajo.

Me indica que le siga y luego abre una puerta que hay en uno de los laterales de la cocina.

—La lavadora y la secadora están aquí, en el taller —me informa mientras enciende la luz. Baja algunos peldaños y veo otra camioneta (esta vez, roja) aparcada en el garaje.

Jake coge una cesta de mimbre que hay en el suelo y la deja encima de la secadora. Sin embargo, cuando voy a bajar las escaleras, veo algo que me llama la atención y me quedo quieta. Tienen un ciervo colgando; le han atado las patas, lo han colgado del techo y ahora se ha formado un charco de sangre bajo este. Su cornamenta queda suspendida a solo treinta centímetros del suelo y se mece muy ligeramente.

¿Qué cojo...? Me quedo mirándolo boquiabierta.

De repente, aparece Jake a mi lado, arriba del todo de las escaleras.

—Lo que te decía... Cultivar, pescar y cazar. —Es como si mi expresión le divirtiera—. No serás vegetariana, ¿no?

Se va antes de que pueda responder siquiera. Me alejo del garaje, vuelvo a entrar en la casa y cierro la puerta. No soy vegetariana,

pero, ahora que lo pienso, nunca he llegado a conocer al animal antes de que se convirtiera en la carne que me voy a comer.

Trago saliva un par de veces para humedecerme la boca.

—Salón, baño, televisor. —Va señalándolo todo mientras lo sigo por la casa—. No tenemos tele por cable, pero sí muchísimas películas, y también podrás ver lo que quieras por Internet siempre y cuando no falle la conexión.

Avanzamos por la estancia principal, decorada con sofás de cuero con un aire rústico, una mesa de café y algunas sillas. La chimenea es tan grande que podría sentarme dentro, y el tubo es tan largo que incluso atraviesa las vigas. Hay madera y cuero por todas partes. En esta casa huele igual que en un Home Depot con una nota de beicon tostado.

—¿Quieres la contraseña del wifi? —me pregunta Jake.

Al acordarme de que incluso aquí puedo conectarme a Internet, me quedo pensativa un segundo.

Le resultará extraño que le diga que no, así que acepto.

—Claro.

—El nombre es Cobra Kai.

Desvío la mirada directa hacia Jake. «Muy gracioso», pienso.

Voy a buscar qué redes me salen disponibles, pero solo encuentro la suya.

—¿Contraseña?

Se queda un momento en silencio y responde:

—«Un hombre te enfrenta, es tu enemigo. ¿El enemigo no merece...?»

Niego con la cabeza y tecleo «Piedad». Me conecto enseguida.

Jake se acerca a mí y mira la pantalla. Cuando ve que he puesto bien la contraseña, asiente impresionado.

—Puedes quedarte —bromea.

Se queda cerca de mí. Cojo aire, doy un paso atrás y me quedo mirando la sala, esperando a que me enseñe algo más. No obstante, se queda donde está, observándome, y puedo ver que sus ojos esconden algo que no se atreve a decir. Quizá se encuentre en la misma situación que yo y se esté preguntando qué narices pinto yo aquí y qué va a hacer conmigo durante esta semana, este año o el tiempo que sea hasta que me vaya.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Estoy cansada.

Asiente para sí mismo, como si acabara de recordar que mis padres murieron hace un par de días y me he pasado las últimas horas cruzando cuatro estados para llegar hasta aquí.

—Por supuesto.

Pero yo ni siquiera pienso en nada. Ahora solo me apetece estar sola.

Coge mis maletas y lo sigo escaleras arriba. El pasamanos da la vuelta a la esquina del piso. Me detengo un segundo y me doy la vuelta para observar las siete u ocho puertas que hay a lo largo del pasillo, perdiéndome en un sitio que es nuevo para mí.

—Mi habitación. —Jake señala una puerta de color marrón oscuro que queda justo delante de nosotros y luego va adentrándose por el pasillo e informándome a medida que pasamos por delante de otras estancias—. El baño, el cuarto de Noah y el tuyo, que es este de aquí.

Deja mi equipaje delante de una puerta en una de las esquinas del pasillo. La tenue luz que proviene de la araña de hierro forjado que cuelga del techo casi no me deja ver lo que hay a mi alrededor, pero la verdad es que ahora me da bastante igual.

Y entonces caigo en que solo me ha indicado dónde están su habitación, la de Noah y la mía.

—Tienes otro... hijo —suelto—. ¿Me has dado su habitación?

Aquí hay más puertas. No estaré invadiendo su espacio, ¿verdad?

Jake se limita a girar la cabeza hacia la derecha y señalar la única puerta que hay al fondo. La única puerta que hay entre mi habitación y el baño.

—La habitación de Kaleb está en el tercer piso —me cuenta—. Es la única habitación que hay allí, o sea, que tampoco hace falta que subamos a ver nada. Aunque tiene unas vistas increíbles. Corre el aire y tiene mucho espacio, y a Kaleb le gusta tener espacio. —Suspira; sus palabras están cargadas de frustración. Abre la puerta de mi cuarto y los perros se apresuran a entrar, incluso antes que nosotros—. Acuérdate de lo que te acabo de decir cuando lo conozcas y no te tomes nada de lo que haga o diga como algo personal.

Me quedo quieta un segundo. ¿A qué se refiere exactamente? Aunque la gente también dice lo mismo de mí. Vuelvo a echar una ojeada a su puerta; supongo que hay unas escaleras que te llevan arriba, porque Jake ha dicho que su habitación está en el tercer piso. ¿Estará Kaleb allí? Su hermano ha dicho que seguía «ahí».

Jake abre la puerta de mi cuarto, lleva las maletas dentro y yo lo sigo. Se oye el clic de la lámpara y, de repente, se llena todo de luz.

Siento cómo se me ensancha el corazón y casi sonrío.

Es bonito.

Tampoco es que esperase mucho, pero es una habitación acogedora y ordenada. Y hasta tengo mi propia chimenea. La habitación está rodeada de puertas abatibles; hay una cama, una cómoda y una silla acolchada, todo de colores silvestres. Además, queda mucho espacio libre para moverme de un lado a otro o tumbarme en el suelo, como hago a menudo.

Se me dibuja un bostezo en la cara y se me humedecen un poco los ojos.

—Aquí tienes las toallas —me dice Jake desde el pasillo—. Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.

Vuelve a acercarse. Es tan grande que ocupa todo el marco de la puerta, y yo me quedo en medio del cuarto.

—¿Te gusta? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Es bonita —susurro.

Noto cómo me mira y se me tensan los músculos.

—No hablas mucho, ¿verdad? —Lo miro y él sonríe—. Le pondremos remedio.

«Buena suerte».

Jake coge el pomo de la puerta y se dispone a cerrarla, pero entonces levanto la vista hacia él y le interrumpo:

—Odiabas a mi padre, ¿no? —le pregunto. Él se endereza y se me queda mirando—. ¿No te resultará incómodo tenerme aquí..., tío Jake?

Si odiaba a mi padre, ¿no voy a recordarle a él?

Me observa con una mirada penetrante y responde, sereno:

—Tiernan, cuando te miro no veo a tu padre.

Me quedo quieta. No tengo muy claro lo que me está queriendo decir ni si sus palabras deberían hacerme sentir mejor.

«Eres una copia de tu madre». En el aeropuerto me ha dicho que era una copia de mi madre. ¿Es que la vio a ella al mirarme? ¿A eso se refiere?

Se le oscurece la vista y se frota la palma de la mano con el pulgar antes de cerrar el puño.

Me quedo ahí plantada y se me encoge un poco el estómago.

—Y no tienes que llamarme «tío» —suelta—. Tampoco es que lo sea del todo, ¿no?

No tengo ni tiempo de responderle. Jake chasquea la lengua para llamar a los perros y estos lo siguen. Salen de la habitación, cierra la puerta y me quedo sola en mi cuarto.

Permanezco aquí, quieta, pero los nervios me recorren de arriba abajo. Una llamada, un avión y cuatro estados más tarde, por fin caigo. No conozco a esta gente.

Capítulo tres

Tiernan

Tumbada en la cama, bostezo, arqueo la espalda y me estiro a la vez que me llega el olor a café recién hecho.

Joder... He dormido como el culo.

Estiro el brazo para coger el móvil de la mesita de noche y ver qué hora es. Mi mano se desploma al vacío. Aquí no hay nada.

¿Qué...?

Y entonces empiezo a asimilar todo lo demás. La aspereza de las sábanas. El chirrido de la cama bajo mi cuerpo. La almohada que no es la de plumas a la que mi nuca está acostumbrada.

Pestañeo para despertarme y compruebo que una tenue luz matutina atraviesa las puertas de cristal e ilumina el techo de mi habitación.

Bueno, en realidad esta no es mi habitación.

Apoyo los codos para incorporarme. La cabeza me da vueltas y los párpados se me cierran cuando vuelvo a pestañear.

Y en ese momento me acuerdo de todo. De lo que ha pasado. De dónde estoy. De cómo hui a toda prisa porque fui impulsiva y ni siquiera lo pensé dos veces. De la incerteza que ayer me revolvió un poco el estómago porque nada de esto me resulta familiar.

De que esto no me gusta y de que se me había olvidado que tampoco me gustan los cambios.

De cómo me miró anoche.

Agudizo el oído y oigo cómo el viento agita las ramas de los árboles en el exterior y cómo se cuela por la chimenea.

No se oyen conversaciones distantes que provengan desde el despacho de mi padre, ni tampoco el sonido de las seis pantallas planas que encendía mientras se cambiaba. Nada del séquito de estilistas y asistentas que correteaban por toda la casa para arreglar a mi madre y prepararla para el día que tenía por delante, porque no salía nunca de casa a no ser que la hubieran peinado y maquillado como es debido.

Nada de teléfonos sonando o de paisajistas con sus máquinas cortacéspedes.

Por un momento, echo de menos mi casa. De repente, me vienen algunas imágenes a la cabeza. Los cuerpos de mis padres en unas mesas de autopsia frías y de metal. Alguien metiéndolos en los refrigeradores de la morgue. La piel azul de mi padre y el pelo mojado de mi madre, sin maquillaje. Todo lo que fueron, todo lo que el mundo reconocería de ellos, ya no está.

Y me quedo aquí, helada y esperando a que me escuezan los ojos. A que se me humedezcan. A que se me forme un nudo en la garganta.

Quiero que se me llenen los ojos de lágrimas.

Deseo que se me llenen de lágrimas.

Pero no sucede. Y eso me preocupa más que la muerte de mis padres en sí. Hay un nombre para describir a las personas que no sienten pesadumbre alguna. Para describir a las personas que no consiguen empatizar. Para describir a las personas que presentan un claro comportamiento antisocial.

Yo no soy una sociópata. Lloré durante la batalla de Invernalia en *Juego de tronos*. Pero ahora que mis padres han muerto (los dos), ¿no voy a llorar ni una sola vez?

Por lo menos aquí a todo el mundo le dará igual mi vida y cómo gestiono su muerte. La única persona de casa que lo entendería

sería Mirai.

Y entonces me acuerdo y pestañeo.

—Mirai...

«Mierda». Me deshago de las mantas y salto de la cama. Me dirijo a la cajonera donde dejé el móvil cargando, lo cojo, lo enciendo y aparecen un montón de notificaciones que no había visto antes, la mayoría de las cuales son llamadas perdidas de la asistenta de mi madre.

No escucho ninguno de los mensajes de voz. Marco el número de Mirai y, mientras me acerco el teléfono al oído, caigo en que en la costa oeste todavía no son ni las seis de la madrugada.

Pero responde casi en el acto.

—Mirai —suelto antes de que pueda decirme algo.

—Tiernan, gracias a Dios. —Respira fatigosamente, como si hubiera corrido hasta donde tenía el móvil o como si se acabara de despertar.

—Perdona, tenía el móvil en silencio —le cuento.

—¿Estás bien?

—Sí.

Se me ponen los pelos de punta. Abro la maleta, saco mi sudadera negra y me la paso por la cabeza para abrigarme mientras intento que no se me caiga el móvil.

—Y... ¿vas a quedarte? —pregunta tras una breve pausa—. Ya sabes que no tienes por qué hacerlo. Si no estás cómoda en esa casa o te sientes fuera de lugar...

—Estoy bien —le digo—. Tienen una casa bonita y Jake es... —Busco el adjetivo adecuado y se me apaga la voz. ¿Cómo es Jake?—. Hospitalario.

—Hospitalario —repite con un evidente tono de sospecha.

Carraspeo.

—¿Qué tal todo? —pregunto, cambiando de tema—. ¿Me necesitáis para algo?

—Tú cuídate —me corta enseguida—. No volveré a molestarte. Llámame si quieres; yo, encantada de que lo hagas, pero voy a limitarme a escribirte mensajes de vez en cuando para asegurarme de que estás bien. Quiero que te olvides de todo durante un tiempo, ¿de acuerdo? De lo demás, ya me ocupo yo.

Miro a mi alrededor. Me alegro de tener esta habitación para mí sola; al menos tengo un espacio que es única y exclusivamente mío donde puedo venir si no me apetece estar con nadie.

Aun así, cuando pienso en salir del cuarto y encontrarme con gente nueva, se me encoge el estómago y...

«Cómprame un vuelo para regresar a casa, Mirai», quiero decirle.

Pero no lo hago.

Jake parece dispuesto a dejarme ir a mi bola y a no presionarme demasiado, pero Noah es majo. Demasiado majo.

Y todavía tengo que conocer a Kaleb. Otra persona más en la lista.

Me acerco a las puertas abatibles. Necesito que me dé el aire.

La última de mis preocupaciones tendría que ser lo que la gente diga o piense sobre si estoy o no en casa (y lo que diga o piense de mis padres), pero es inevitable. De repente, me envuelve la sensación de que, ahora mismo, debería estar en mi casa y no alejada de todo lo ocurrido. Sobre todo porque me he plantado en medio de la nada con un tío al que mi padre odiaba y en un lugar que huele a mierda de caballo, a animales muertos y a ciervos en descomposición.

Sujeto el teléfono con el hombro mientras abro las puertas.

—Creo que me quedaré...

Permanezco boquiabierta. Es como si me sintiera más alta de golpe.

—Tú haz lo que necesites —responde Mirai.

Pero casi ni me entero de lo que me dice. Me quedo mirando a la lejanía y camino por el largo porche de madera que da a mi habitación mientras contemplo la extensión que se abre ante mí y que la oscuridad de anoche me impidió ver.

El corazón me late con fuerza.

Conque eso es «el pico». Aún no se me había ocurrido: si le habían puesto Chapel Peak al pueblo era por algo.

A lo lejos, entre los árboles que se extienden más allá de mi balcón, descansa una montaña con un imponente pico de granito gris. Está rodeada de pinos verdes, y arriba del todo, en la cima, reposan unas nubes blancas. Es tan bonito que hasta se me corta la respiración.

«Flipa, colega».

Está allí, cual torre, en medio del cielo azul. Sin pensarlo, alargo la mano, como si quisiera coger la montaña, pero entre mis dedos no pasa más que aire.

Respiro y huelo el olor a tierra y a piedra desde aquí. Ya ni me acuerdo de la peste a animal muerto de anoche. La fragancia del agua flota en el aire, que es fresco pero humedece el suelo. Cierro los ojos y vuelvo a respirar.

Se me pone la piel de gallina.

Tengo que irme ya. No quiero acostumbrarme a este olor, porque si lo hago, pronto dejará de ser especial.

—Si quieres venir al funeral, ven —prosigue Mirai, como si a mí todavía me importara la conversación que estábamos manteniendo —. Y si no quieres venir, no creo que nadie critique el hecho de que la única hija de Hannes y Amelia de Haas no haga acto de presencia

debido a estar totalmente consternada por el fallecimiento de sus padres.

Abro los ojos. Una parte de mí quiere sonreír, pero la otra está decepcionada conmigo misma porque sé que no me iré. Al menos, hoy no. Levanto los ojos y miro el pico; todavía no quiero dejar de contemplar estas vistas.

Trago saliva y me acuerdo de Mirai.

—Gracias —contesto—. Me tomaré unos días para pensármelo.

El funeral no será hasta dentro de cuatro o cinco días como mínimo. Acudirán personas del mundo entero que tienen que organizarse para viajar hasta California, y además, hay que prepararlo todo. Aún tengo tiempo.

—Te quiero, Tiernan —dice.

Me quedo quieta. Mirai es la única persona que me lo dice.

Me inundan los recuerdos, y ahora entiendo cosas que antes no entendía.

Todas las veces que Mirai (a diferencia de mi madre o mi padre) me llamó cuando yo estaba en la escuela para preguntar si necesitaba algo. Todos los regalos que había debajo del árbol de Navidad y que sé que me compró ella (no mis padres). Las tarjetas de cumpleaños que firmaba en nombre de ellos. Todas las películas para adultos a las que me llevó porque no podría haber entrado al cine sola y todos los libros que me dejó en la mochila porque sabía qué era lo que más me gustaba leer.

Los primeros pendientes largos que tuve me los regaló ella.

Y lo único que soy capaz de hacer es asentir con la cabeza mientras sujeto el puto teléfono al oído.

—Respira, ¿vale? —añade.

—Adiós.

Cuelgo con un nudo en la garganta y sigo mirando esas increíbles vistas mientras la suave brisa me acaricia el pelo y el olor puro del aire me embriaga como si de una droga se tratase.

A lo lejos, un pájaro carpintero está taladrando un árbol, el viento sopla entre los álamos temblones y los pinos, y el bosque se vuelve cada vez más oscuro cuanto más lejos miro, hasta que ya no veo nada más.

¿Irán a pasear por allí? ¿Jake, Noah y Kaleb? ¿Se adentran alguna vez en el bosque? ¿Van a explorar?

Una motosierra rompe el silencio con su fuerte ruido. Pestañeo y vuelvo a la realidad. Me doy la vuelta, dejo el móvil en la cama y me acerco a una de las maletas para sacar el neceser. Me dirijo hacia la puerta, agarro el pomo y lo giro lentamente.

Este chirría y me estremezco. A mis padres no les gustaban los ruidos de buena mañana.

Salgo al pasillo, más bien poco iluminado, intentando ser sigilosa. Al oscuro suelo de madera y a los revestimientos también del mismo material solo les da la poca luz que emiten un par de apliques de pared y la lámpara de araña rústica que cuelga del techo. Paso de puntillas por delante de la habitación de Jake (según me contó anoche), camino hacia la siguiente puerta y acerco la mano al pomo.

Sin embargo, antes de que pueda hacerlo yo, la puerta se abre de par en par y la luz del baño ilumina todo el pasillo. Ante mí, una mujer joven prácticamente desnuda. Lleva el pelo de color caoba y unos mechones desordenados le envuelven la cara y le caen por encima de los pechos, al aire.

«Dios...». Giro la cabeza. ¿Quién narices es? ¿La mujer de mi tío? En ningún momento me dijo que estuviera casado, pero tampoco mencionó no estarlo.

La vuelvo a mirar rápidamente y veo que sonríe y se cruza de brazos.

—Disculpa —me dice.

Tiene el vientre plano y tonificado, la piel suave, y no lleva ningún anillo. No es su mujer. Y, por supuestísimo, tampoco es la madre de sus hijos. No tengo ni idea de cuántos años tendrá Kaleb, pero Jake dijo que Noah era su hijo pequeño y esta mujer no es tan mayor como para tener hijos de esa edad.

En realidad, creo que la chica solo tiene unos cuantos años más que yo. Quizá sea la novia de uno de los hijos de Jake.

Se queda ahí quieta un segundo. Al principio me he quedado en *shock*, pero ahora ya estoy empezando a cabrearme. «Tía, muévete; haz algo, ¿no? Que tengo que entrar».

—La diferencia entre la *pizza* y tu opinión es que la *pizza* sí la he pedido —suelta.

Me tambaleo y giro la cabeza para mirarla, pero veo que tiene los ojos clavados en mi suéter. Bajo la vista y me fijo en que lo que acaba de leer es lo que pone en la parte delantera del jersey.

Se ríe, sale del baño y pasa por mi lado. Me meto dentro enseguida y, cuando voy a cerrar la puerta, se me ocurre algo y saco la cabeza al pasillo. Por desgracia, lo único que oigo es una puerta que se cierra. No he visto en qué habitación ha entrado.

Cierro la puerta, me lavo la cara, me cepillo los dientes y me quito la cinta con la que suelo atarme el pelo para que no me caiga a la cara durante la noche. Mi madre adoptó esa costumbre hace años porque alguien le comentó que era mucho mejor que usar una goma normal y corriente.

Así que, por alguna razón, yo también empecé a hacerlo.

Cuando ya he acabado de peinarme, abro la puerta igual de sigilosamente que antes, cuando he abierto la de mi cuarto, y echo

una ojeada al pasillo para asegurarme de que no aparecen más desconocidos sin ropa. Supongo que es positivo que no se corten ni un pelo a pesar de tenerme a mí aquí.

Como no veo a nadie, salgo disparada hacia mi habitación y, de camino, huelo el mismo olor a café que me ha despertado antes y que proviene del piso de abajo. Hago la cama, me pongo unos vaqueros y un top de manga larga y empiezo a deshacer las maletas. Pero al sacar un montón de camisas, me detengo.

A lo mejor no me quedo. Vuelvo a meterlas en la maleta y la cierro. Más vale esperar.

Me quedo en medio de la habitación unos ocho segundos más, pero por más que lo intente, no se me ocurre nada que pueda hacer para evitar ver a los demás. Salgo de mi cuarto, exhalo, cierro la puerta y, sin pensarlo dos veces, voy hacia las escaleras y bajo. Cuando antes lo haga, mejor.

En cuanto piso el salón y miro a mi alrededor, me relajo un poco. Aquí abajo no hay nadie. Un par de lámparas encendidas iluminan la sala, y al desviar la vista hacia la izquierda, veo la cocina. La luz proveniente de las lámparas que cuelgan encima de la isla no es demasiado fuerte. Tampoco hay nadie. Aun así, me fijo en que la lucecita roja de la cafetera está encendida y voy hacia allí, descalza, aunque me mantengo al tanto por si aparece alguno de los chicos.

Cojo una taza del escurreplatos y me sirvo un poco de café.

—Buenos días.

Pego un salto. La taza casi se me cae y derramo un poco de café por el borde; siseo ante la quemadura de las gotitas.

Giro la cabeza y veo que Jake entra en la cocina y abre la nevera.

—Buenos días —susurro mientras me limpio la mano.

—¿Cómo has dormido? —pregunta.

Vuelvo a mirarlo. Saca una bebida de la nevera. El sudor le envuelve el cuerpo entero: los brazos, el cuello y la espalda. Lleva la camiseta colgando del bolsillo trasero de los pantalones. Y todavía son las siete de la mañana. ¿A qué hora se despiertan?

—Bien —murmuro mientras cojo un trozo de papel de cocina y limpio el café que se ha caído.

Para ser sincera, he dormido como el culo, pero si se lo digo, no parará de preguntarme más cosas; es mejor que no le cuente la verdad.

—Me alegro —responde.

Y se queda ahí, mirándome.

Cojo otro trozo de papel y limpio un poco más la encimera de madera.

—¿La temperatura?

¿Eh? Lo miro, dubitativa.

—La temperatura de tu habitación —explica—, que si estaba bien.

Tiene el pelo empapado en sudor y unos claros mechones se le pegan a la frente y a la sien mientras me mira. Asiento y vuelvo a alejarme.

Pero Jake no se mueve.

Se queda ahí y me entran ganas de suspirar. Esta es una de esas situaciones en las que los demás esperan que entable cierta conversación.

La cocina se hace cada vez más pequeña y el silencio se vuelve ensordecedor. Lo único que oigo es un pájaro graznando a lo lejos. Intento pensar en algo que decir. A cada segundo que pasa me siento más y más incómoda y me dan ganas de salir pitando.

Pero, entonces, Jake se acerca. Casi me roza el brazo con el pecho y me enderezo. Cuando intento alejarme, se pone justo delante de mí y apaga la cafetera.

—Quería que lo encontraras caliente. —Noto su aliento en la parte superior de la cabeza.

El corazón empieza a latirme con más fuerza. «¿Que lo encontrara caliente...?». Ah, el café. Que ha dejado la cafetera encendida por mí.

—Tienes unas manos bonitas. —Me miro las manos alrededor de la taza—. Tu padre también las tenía —añade con cierta ironía en la voz.

Aprieto las cejas con todas mis fuerzas. ¿Eso ha sido una pullita?

—Mi padre tenía las manos bonitas —musito antes de dar un sorbo al café sin ni siquiera mirarlo—. O sea, ¿que los hombres de verdad son los que usan sierras y *pick-ups* en lugar de bolígrafos Montblanc y móviles? —le pregunto.

Giro la cabeza y clavo los ojos en él. Jake entorna los suyos y me devuelve la mirada.

—Pues nada. Ahora ya está muerto. Tú ganas —le suelto.

Baja la barbilla. Ninguno de los dos aparta la mirada, y veo cómo se le tensa la mandíbula. Me doy la vuelta y doy otro trago a la bebida.

Por muy mal que se llevara con mi padre, la última persona a quien debería de estar insultando es a la huérfana de su hija. La educación siempre va por delante. Este tío es un imbécil.

Sin embargo y a pesar de eso, siento una extraña sensación en el estómago y bebo un poco más de café para tranquilizarme.

La siento. Siento la necesidad de explotar.

De pequeña me sentía triste; cuando la tristeza se fue, la reemplazó el mal humor. Más adelante, el mal humor también desapareció y entonces dejé de sentir por completo. Se me había olvidado lo bonito que era que me invadieran mis propias emociones.

Me gusta que no me caiga bien.

—Vale —dice alguien entrando en la cocina—. Me piro.

Desvío mi mirada, aunque todavía noto la de Jake clavada en mí, y veo a la chica que antes iba desnuda (pero que ahora ya se ha vestido) con una mochila de cuero marrón que le cuelga del hombro. Se acerca a Jake, le pasa una mano por el cuello y se inclina hacia él; Jake duda un segundo. Sigue con los ojos puestos en mí, pero entonces se gira hacia ella y deja que lo bese.

O sea, que es su ligue. Me quedo mirando lo suave que tiene el cutis, aunque la cara le quede medio cubierta por la gorra que lleva puesta. Es delgada, está fuerte y es muchísimo más joven que Jake.

Resulta que estos tres no están tan aislados de la civilización como yo creía. Al menos, no hasta que empiece el mal tiempo.

Saca la punta de la lengua y la cuela en la boca de Jake durante una milésima de segundo, antes de apartarse. Yo vuelvo a centrarme en mi café y un enfado un tanto extraño se apodera de mí. ¿Habrá mucha gente yendo y viniendo de esta casa?

—¿Nos vemos esta noche? —le pregunta ella.

—Puede. —Hace una pausa antes de repetirlo—: Puede.

La chica debe de haberle hecho un puchero.

Le planta otro beso y se va. Exhalo, medio aliviada de que no me haya presentado a otra persona.

—¿Quieres echarme un cable? —me pregunta Jake.

Lo miro, pero ya no recuerdo qué quería preguntarle. Se parece muchísimo a su hijo.

Con el pelo rubio despeinado. Su sonrisa de medio lado. Las bromas constantes que, aunque no pronuncien, se esconden detrás de sus ojos... ¿Cuántos años tendrá Jake? Mi padre tenía cuarenta y nueve, y sé que Jake es más joven que él, pero hasta ahí llega mi información.

Teniendo en cuenta que tiene hijos de veinte años o más, intuyo que debe haber cumplido los cuarenta y pocos.

Claro que también podría ser algo mayor. Por lo que parece, le da mucho el sol y se mantiene en forma. No es que mi padre tuviera sobrepeso, pero tampoco se parecía en nada a Jake.

Vuelvo a levantar la vista y doy otro sorbo al café.

—¿Con qué?

—Ya verás. Ponte los zapatos.

Se aleja, llama a Danny y a Johnny y, después de un minuto, los perros lo siguen hasta el taller. Estoy a punto de poner los ojos en blanco. ¿Les ha puesto Danny y Johnny a sus perros? He aquí otra referencia a *Karate Kid*.

Bebo un poco más de café, que ahora ya se ha enfriado, tiro lo que sobra, pego media vuelta y subo a mi habitación.

Me calzo y voy a por el móvil para ponérmelo en el bolsillo trasero, pero me detengo.

Me lo quedo mirando y dudo un solo segundo antes de apagarlo y dejarlo cargando.

Salgo de la habitación, cierro la puerta y voy hacia las escaleras, no sin poner atención cuando paso por delante de la habitación de su hijo (el único que he conocido de momento). ¿Estará ya despierto?

No oigo nada.

Salgo de la casa y me acerco al pórtico. Me hago a la luz del día y miro a la derecha; desde aquí abajo puedo observar la cima del pico, que se levanta en medio de los árboles.

Respiro profundamente y cierro un segundo los ojos, embriagándome del olor a madera y pino. El aire matutino es fresco y hace que se me ponga la piel de gallina, pero no es algo que me moleste. La casa está envuelta de árboles con grandes troncos; miro

hacia el bosque, a lo lejos, donde las copas de los árboles hacen que el suelo sea cada vez más oscuro. Me entran unas ganas enormes de echar a caminar por allí. Seguro que podría caminar horas y horas sin ver ni oír a nadie.

El porche delantero es gigantesco; mide casi lo mismo que el interior de la casa. Hay un saliente que cubre casi la mitad de este y en él descansan unas mecedoras de madera y un columpio. Fuera hay un par de camionetas aparcadas justo donde el terreno empieza a extenderse hacia el inmenso bosque que baja hacia el pueblo, que queda a lo lejos.

O, al menos, creo que es el pueblo. El camino de grava que llega a la propiedad viene de esa dirección. No he visto qué hay detrás de la casa, pero intuyo que será bosque y más bosque.

Miro a la derecha y veo a Jake caminando hacia la entrada de la propiedad, aunque se para justo delante de las escaleras. Se ha vuelto a poner la camiseta.

—¿Sabes montar? —pregunta.

¿A caballo o...?

Me limito a asentir. Supongo que se refiere a montar a caballo.

—¿Y disparar?

Niego con la cabeza.

—¿Sabes responder con algo que no sean movimientos de cabeza y monosílabos?

Me lo quedo mirando. No estoy acostumbrada a que me pregunten eso.

Al ver que no respondo, Jake se ríe por lo bajo, niega con la cabeza y me indica que lo siga.

Bajo del porche y camino por un jardín pequeño, donde no abunda precisamente el verde y hay algunos charcos y alguna que otra mancha de barro. La hierba está bastante alta y, mientras lo

sigo hacia el granero, el rocío me moja los bajos de los vaqueros y el empeine, que me queda al descubierto porque me he puesto mis bailarinas Tieks de color turquesa. La madera gris que queda cerca de los cimientos está agrietada y se cae a pedazos. Alzo la vista y veo que la puerta donde guardan el heno, arriba del todo del granero, está abierta; no obstante, las demás, las que quedan abajo, siguen cerradas. Antes de llegar a la entrada, Jake gira a la izquierda y abre la puerta de un edificio adjunto más bajo. Lo sigo por el umbral y enseguida huelo a animales. Es un establo.

Se dirige a la tercera cuadra y yo me quedo atrás mientras la abre. Saca a una yegua que tiene algunas marcas de pintura en la nariz y en las patas, desde las rodillas hasta los talones. Ya lleva el sillín puesto. Me miro las bailarinas, cuyas suelas están llenas de barro. Tengo unas bambas en la habitación, pero si decido quedarme, tendré que bajar al pueblo y comprarme unas botas de trabajo.

Y pronto.

Jake coge las riendas y guía el caballo fuera del establo. Lo sigo y veo que Noah se acerca hacia nosotros y tira un par de palas en un montón que hay al lado del granero.

—Madre mía, ¿estás bien? —suelta, mirándome con cara de preocupación—. ¿Te ha atacado un animal y no me he enterado?

¿Qué?

Y entonces descubro que su desconcertante mirada me recorre de cintura para abajo. Sigo la dirección de sus ojos y me fijo en los rotos y descosidos (hechos a propósito) de mis pantalones de marca que la *personal shopper* de mi familia me metió en el armario hace unas pocas semanas.

Los rotos del oscuro pantalón dejan entrever un poco los muslos. Levanto la vista y compruebo que en el rostro engreído de Noah se

dibuja una sonrisa que parece más bien una mueca. Jake se ríe por la nariz.

Aprieto la mandíbula y miro a otra parte.

Me está vacilando, pero yo no estoy de humor para esto.

Claro que tampoco lo he estado desde hace unos años, o sea, que supongo que ahora soy así y punto.

Me coloco el pelo detrás de la oreja y él pasa por mi lado apretando los labios para contener la risa.

—Tiernan —me llama Jake.

Me acerco a mi tío, que está al otro lado del caballo y me tiende el estribo. Alargo los brazos, cojo las riendas con una mano, me agarro al sillín con la otra y meto el pie izquierdo en el estribo. Me doy impulso, paso una pierna por encima del animal y me siento; luego, hago lo propio con el pie derecho. Me queda perfecto, no hace falta que Jake ajuste nada. No le he preguntado qué vamos a hacer ni adónde vamos, porque tampoco es que me importe. No voy a llevarle la contraria.

Miro alrededor en busca de su caballo, pero, de repente, se monta en el mío y se sienta detrás.

¿Qué hace?

—He dicho que sé montar —protesto.

Sin embargo, Jake estira los brazos y coge las riendas, obligándome a soltarlas. Me agarro al borrén delantero de la silla con ambas manos y me echo lo más hacia delante que puedo, porque lo tengo justo detrás; es como si estuviera casi sentada en su regazo.

La rabia va apoderándose de mí y el corazón empieza a latirme con más fuerza.

—No necesito que me ayudes —me quejo de nuevo.

Se limita a chasquear la lengua, da un golpecito para que el caballo eche a andar y nos alejamos del granero. Damos la vuelta a la valla de madera y nos adentramos en el bosque; el caballo galopa por la empinada colina y nos perdemos entre las sombras de los árboles. Me sujeto con fuerza al borrén para no chocar con el cuerpo de Jake.

Pero por más que lo intente, sigo sintiéndolo detrás de mí.

Los árboles nos tapan los rayos del sol, el día se va oscureciendo y refresca cada vez más, pero siento algo agradable al estar aquí montada. A la yegua se le tensan los músculos contra mis piernas mientras nos lleva montaña arriba. El pulso se me acelera un poco y no me disgusta. En realidad, es una sensación más bien nueva. Y el firme cuerpo de Jake a mis espaldas hace que me sienta segura. Al menos, un rato.

—¿Estás incómoda? —pregunta.

Noto cómo le vibra la voz en mi espalda.

Pero no respondo.

—¿Estás cómoda? —insiste, cambiando el enfoque de la pregunta.

Vuelvo a quedarme callada. ¿Qué más le da? Se ha montado en el mismo caballo que yo en contra de mi voluntad. ¿Qué más da que esté o no cómoda ahora?

Le da igual. Solo quiere que le proporcione una respuesta.

Suspira y noto su aliento en el oído.

—Ya... A tu padre también se le daba bien cabrearme con pocas palabras.

Pero no le oigo. Estoy sentada delante de él, con sus piernas pegadas a las mías y envuelta entre sus muslos.

Arropada. Protegida.

«¿Estás incómoda?».

No lo sé, pero sé que quizá debería estarlo. Es extraño. No deberíamos estar así sentados.

Seguimos subiendo por la montaña y dejamos la casa atrás. El caballo levanta piedrecillas y polvo a su paso. El terreno se va nivelando, Jake hace que vayamos un poco más rápido, me relajo al notar su cuerpo a mi alrededor y los dos rebotamos al trotar.

Sopla un par de veces, como si tuviera algo en la cara, y entonces noto el roce de sus dedos en mi cuello. Me tenso y me estremezco ante el tacto de su piel.

—Hazme un favor —me pide mientras me coloca el pelo por encima del hombro derecho—. Átate bien el pelo siempre que puedas. Podrías enganchártelo con cualquier máquina.

Me cojo el pelo y me lo acomodo a un lado para que no le moleste.

Nos detenemos en la cima de la montaña.

—Torre de agua, taller... —Va señalándolo todo mientras giramos y nos quedamos con la vista puesta al final del peñasco, hacia su propiedad—.Y por allí también hay un invernadero.

Sigo su mirada hacia la edificación que descansa entre los árboles que hay un poco más abajo, a lo lejos. El rancho entero se ve muchísimo mejor. La casa está situada justo en medio. Desde aquí arriba vemos la parte trasera: a la izquierda queda el garaje (o el taller al que creo que se refería), y al otro lado, el granero. A mano derecha hay una torre de agua. El peñasco rocoso donde nos encontramos ahora mismo está situado detrás de la casa, e imagino que en algún lugar de la propiedad también debe de haber un depósito de propeno y un generador.

Las hojas de los árboles bailotean al son de la brisa matutina, algún animal bate las alas a mi derecha y suena algo ligero pero constante en la lejanía. Puede que sea agua.

Jake se separa del acantilado y seguimos avanzando. Nos alejamos aún más de la casa y continuamos adentrándonos en el bosque. Bajo la mirada y veo cómo sujeta las riendas con las manos, que casi tiene apoyadas en mi regazo. Como tiene los brazos a mi alrededor, apenas puedo moverme, y a pesar de que a estas horas de la mañana el aire es fresco, no tengo frío.

—No puedes subir aquí con la camioneta. Con los caballos o los *quads*, en cambio, no tendrás problema, pero dile a Noah que te enseñe a conducirlos antes que nada, ¿vale? —me dice.

Asiento. Un verano fui a un campamento de deportes extremos, pero seguramente querrá que Noah me enseñe cómo funcionan de todos modos.

Avanzamos aún más. Tengo un poco de hambre; llevo muchas horas sin comer y me apetecería tomarme otro café, porque los párpados me pesan una barbaridad y se me van cerrando con el vaivén del caballo, pero me quedo callada. Al estar aquí fuera, ni siquiera estoy pensando en nada. Y es una sensación agradable.

Cierro los ojos.

Al cabo de poco, sin embargo, el ruido del agua se intensifica y el caballo se detiene. Abro los ojos y descubro que estamos al borde de un acantilado. Miro a lo lejos.

El pico.

El corazón me da un vuelco y contengo la respiración mientras observo el paisaje frente a mí, que ahora se ve a la perfección.

Dios mío...

Más abajo, entre dos montañas, se aprecia un valle estrecho. De una de las montañas cae una larga cascada, cuya agua se une al río. El pico, una roca de color gris oscuro y rodeada de verde, descansa a lo lejos, entre ambas montañas. Es precioso.

—¿Te gusta? —pregunta Jake.

Asiento.

—¿Te gusta? —repite con un tono más serio. Quiere que responda con palabras, lo sé.

Me quedo mirando al frente y solo soy capaz de susurrar:

—Me encanta.

—Ahora que ya sabes el camino, puedes venir aquí tanto como quieras. —Siento cómo se menea detrás de mí, y la silla se mueve un poco—. Eso sí: tendrás que llevar protección si sales sola de casa, ¿entendido?

Vuelvo a asentir. Casi ni oigo lo que me dice. Me he quedado boquiabierta.

Me agarra la barbilla y me gira la cara para que lo mire.

—Esto es muy importante —insiste—. ¿Me sigues? No estamos en Los Ángeles. Ni en Denver. Aquí hay osos tibetanos, pumas, coyotes, alguna que otra serpiente de cascabel... Tienes que estar atenta. Ahora estás en su territorio.

Aparto la cara de entre sus manos y vuelvo a mirar hacia delante, pero entonces distingo que levanta algo desde detrás de mí. Alejo la vista del pico y vuelvo a mirar a Jake. Tiene una escopeta.

O un rifle.

Abre la cámara y me enseña las balas, largas, puntiagudas y doradas. Cierra el pestillo, carga bien el arma y me mira para asegurarse de que me estoy fijando en cómo lo hace.

—¿Ves ese puente de cuerdas roto que hay allí?

Miro a la otra punta del río y veo los restos de madera de un puente de cuerdas que cuelgan de una pared rocosa.

Dios. Cuando me doy cuenta de la altura a la que está todo, se me detiene el corazón. ¿En serio había quien utilizara ese puente en su día?

Me coloca el rifle entre las manos.

—Apunta.

Cojo el arma. El cañón de acero está envuelto por una cubierta oscura de madera, y en parte, me siento aliviada. Al menos no quiere hablar.

¿Habrá matado a aquel ciervo con esto?

Exhalo.

No lo creo. Como buen hombre de montaña que es, seguro que tiene un armario lleno de armas.

Dudo un segundo y, finalmente, levanto el rifle, me apoyo la culata en el hombro, envuelvo el guardamonte con la mano y pongo el dedo en el gatillo. Cierro el ojo izquierdo y sigo mi línea de visión hasta la boca del artefacto.

—Bien. Ahora ralentiza tu respiración —me indica—. La cámara ya está cargada; tú solo mira hacia abajo, alinéate y...

Aprieto el gatillo. La bala sale disparada, rompe el silencio y choca contra la pared rocosa que hay a la otra punta de donde nos encontramos, levantando un poco de polvo a su paso. El tablón de madera se parte en dos; ambas partes caen y cuelgan de sus respectivas cuerdas encima del acantilado.

El aire me revuelve un poco el pelo. Bajo el rifle y abro los ojos mientras la explosión del disparo se vuelve cada vez más lejana hasta desaparecer y dejar que el tranquilo sonido del agua lo inunde todo de nuevo.

Jake permanece sentado detrás de mí, sin moverse. Le paso el arma y vuelvo a centrarme en el pico a la vez que un pájaro de grandes dimensiones atraviesa mi campo de visión.

Jake carraspea.

—Eeeh... Iba a proponerte que los chicos vaciaran unas cuantas latas de cerveza para que practicaras esta noche, pero... me da a mí

que no va a hacer falta. Creía que habías dicho que no sabías disparar.

—Sé disparar, lo que no puedo hacer es cazar —aclaro—. Cuando me lo has preguntado, pensaba que te referías a eso.

El pico es inmenso. Y está muy cerca. Que algo tan grande me recuerde lo pequeña que soy, pero que, a la vez, formo parte de un mundo que está repleto de cosas maravillosas, me produce una sensación extraña. Es genial poderlo ver cada día; así me servirá siempre de recordatorio.

Jake baja del caballo y yo me echo un poco hacia atrás. El sillín sigue caliente, pues, hasta hace un segundo, él estaba aquí sentado.

—Voy a echar una ojeada a unas trampas. Volveré andando. —Bajo la vista y lo miro a los ojos mientras cojo las riendas—. Cuando llegues a casa, desensilla el caballo antes que nada y luego ve a preparar el desayuno —me ordena.

En un acto reflejo, entorno los ojos. «¿Que cocine?».

No tengo ningún problema a la hora de ayudar en casa, pero ¿por qué me toca cocinar a mí?

Aparto la mirada.

—Contribuiré con lo que haga falta, pero no pienso quedarme en la cocina. —No tengo muy claro si lo que sucede es que no quiero cocinar o que me molesta que pretenda que me limite a eso.

«Vamos a dejar a la niña cocinando, porque, evidentemente, no sabrá montar a caballo ni cazar, ¿no?».

—Bueno, a ver... ¿Puedes ocuparte de la cosecha? —pregunta, y me enderezo porque ya sé dónde quiere ir a parar—. ¿Desbrozar la tierra? ¿Regarla, abonarla...? —prosigue—. ¿Airearla? ¿Plantar semillas? ¿Sabes cómo prepararlo todo para almacenar parte de lo que recolectemos para dárselo de comer a los caballos y al ganado durante el invierno? —Sigo sin mirarlo siquiera—. ¿U ordeñar vacas?

—continúa, divirtiéndose—. ¿Entrenar a los caballos? ¿Utilizar una motosierra? ¿Despellejar un ciervo? —«Que sí, vale», pienso—. ¿Envasar frutas y verduras? ¿Conducir un tractor? ¿Construir una moto desde cero? —Aprieto la mandíbula y sigo sin responder—. Pues a cocinar se ha dicho —canturrea—. Todos aportamos nuestro grano de arena, Tiernan. Eso si es que quieres comer, claro.

Haré lo que me corresponda e incluso más, pero en lugar de darme órdenes podría pedírmelo como es debido.

Desvío la mirada hacia él otra vez.

—Que no eres mi padre, ¿eh? He venido por voluntad propia y puedo irme cuando quiera.

Sin embargo, en lugar de marcharse e ignorarme, sonríe y un brillo pícaro le atraviesa la mirada.

—Puede. O puede que sea yo quien decida que, a fin de cuentas, estar un tiempo aquí no te vendrá mal y que no puedes irte. —Su hostilidad hace que se me acelere el corazón—. Al menos, hasta que te vea reír —añade—. O gritar o chillar o llorar o enfadarte o bromear o lo que sea, con tal de que no todo sean respuestas a base de movimientos de cabeza y monosílabos.

Me lo quedo mirando. Siento tanta rabia que me queman los ojos.

Jake arquea una ceja.

—Quizá incluso decida cumplir la voluntad de tus padres y no dejar que te vayas hasta que tengas edad suficiente.

—Tendré «edad suficiente» en diez semanas.

—De aquí a ocho ya habrá nevado. —Se ríe y se aparta de mí.

Me da la impresión de que hasta tengo ganas de soltar un gruñido.

—El beicon nos gusta bien tostadito, Tiernan —me ordena mientras se va alejando.

Capítulo cuatro

Tiernan

Dejo la silla en el banco del granero. Me da igual si va aquí o no.

No va a obligarme a quedarme si no quiero, ¿verdad?

Que lo haga o no me asusta menos que el hecho de pensar que realmente sí puede hacerlo. Vine pensando que me tratarían como a una invitada y que él tenía un poder sobre mí que no usaría ni de broma.

Pues bueno: creo que lo ha hecho. A lo mejor piensa que puede sacarse un sobresueldo conmigo si le pago por la habitación.

O a lo mejor cree que, como soy una mujer, se me da bien cocinar. Aunque no sea el caso.

Salgo del establo y me dirijo a la casa por el atajo que cruza el taller y que me lleva directa a la puerta de la cocina.

Niego para mí misma. «No puedo irme a casa».

Y no quiero volver a Brynmor. Dios, solo con pensar que tendría que ver a gente que conozco... Cierro los ojos. «O notar el olor de esa casa...».

No puedo. Las paredes blancas, desnudas... Estar sentada en una clase llena de personas con las que no sé cómo hablar...

Me da un vuelco el estómago y me detengo. Apoyo la cabeza contra algo que cuelga del techo del taller. Abrazo el saco de boxeo y cierro los ojos.

«No puedo irme a casa».

Me agarro al cuero, lo aprieto con fuerza y empiezo a asimilarlo todo; a asimilar mi nueva realidad.

Da igual dónde vaya. Puedo irme a otro lugar y alejarme de cualquier sitio en el que no desee estar o de toda esa gente a la que no quiero ver, pero yo seguiré siendo yo. Huyendo, escapándome, escondiéndome...

No hay escapatoria.

Una ola de calor me recorre el brazo; cierro el puño y golpeo el saco. El impacto casi no hace mella en el cuero. Repito el gesto una y otra vez, y mis pequeños puñetazos, al principio irrisorios, se van volviendo cada vez más y más fuertes porque estoy hecha una mierda y cansada y confundida... Y no sé cómo sentirme mejor.

«Quizá incluso decida cumplir la voluntad de tus padres y no dejar que te vayas hasta que tengas edad suficiente».

Aprieto los dientes. De pronto, siento que tengo muchísima energía. Suelto el saco, me alejo un poco, echo el brazo hacia atrás y estampo el puño en el centro.

«Al menos, hasta que te vea reír». El cabreo me recorre el cuerpo y doy otro puñetazo. «O gritar o chillar o llorar o enfadarte o bromear o lo que sea, con tal de que no todo sean respuestas a base de movimientos de cabeza y monosílabos».

Golpeo el saco con el puño otra vez.

Y otra.

Gruño.

—«De aquí a ocho ya habrá nevado» —susurro burlona, imitándole.

Planto el puño un par de veces más en el saco y doy un paso hacia atrás para pegar una patada. Y otra. Y otra más.

«Y encima he dejado que se fuera sin decirle nada a pesar de que acababa de ordenarme cómo quería que le preparase el jodido beicon». Si alguien hace algo por ti (en plan, prepararte el

desayuno), no vas y le exiges que lo haga de una forma determinada. Te lo comes y punto.

Dios, ojalá tuviera beicon vegano para fastidiarle el día. Sonrío divertida, pero me obligo a ponerme seria otra vez.

Continúo pegando puñetazos y patadas al saco. Una gota de sudor me recorre la frente cuando pienso en todas las cosas que podría haberle dicho. ¿Por qué me molesta tanto no haber sido yo quien tuviera la última palabra?

¿Por qué siempre lo dejo pasar absolutamente todo y nunca digo nada?

Pego otro puñetazo y de repente veo que hay alguien allí, agarrando el saco por detrás.

—Hey —saluda Noah mirándome.

Es como si le hiciera gracia. Me paro en seco y me enderezo.

Entorna un poco más los ojos, divertido, y veo cómo se le dibuja una sonrisa de satisfacción en la cara.

—No te cortes —me anima.

Va vestido con una camiseta azul marino que le resalta el color de los ojos y lleva la misma gorra que ayer, echada hacia atrás. Se parece muchísimo a su padre.

Bajo la vista y me alejo, respirando con dificultad. Me queman los músculos del abdomen.

Pero Noah sigue alentándome:

—Vamos. —Da un golpecito en el saco, justo donde he pegado el último puñetazo—. Mi padre podría sacar de quicio hasta a un santo. ¿Por qué crees que colgué este saco de boxeo?

Suspira y se yergue.

—Vale. ¿Vas a preparar el desayuno, pues?

No puedo evitar fruncir el ceño, me doy impulso hacia un lado y suelto una patada bien fuerte contra el saco. Noah se aleja de golpe,

justo antes de que yo toque el cuero con el pie; abre los ojos como platos y pone las manos en alto. Me quedo mirando el vaivén del saco.

No quería darle a él. Aunque habría sido una bonita coincidencia.

Sin embargo, aún noto cómo se apodera la energía de mis piernas, y hasta desearía que apareciera mi tío ahora mismo para pedirle que sujetara el saco.

Estoy enfadada.

Estoy enfadada de verdad.

Y eso me alegra.

Sigo aquí.

Noah se ríe por la nariz, se acerca y me pasa un brazo por los hombros.

—Tienes agallas.

Estoy demasiado cansada para alejarme, así que no le aparto el brazo mientras volvemos dentro.

—Venga, ayúdame con el desayuno —me dice.



Dejo un tercer plato en la mesa, coloco un tenedor y un cuchillo para la mantequilla justo al lado, y luego voy hacia el armario para guardar el plato que sobra.

—No, no —me detiene Noah cerrando la nevera con el pie y dejando la mantequilla y la mermelada encima de la mesa—. Deja ese plato en la mesa. Kaleb es capaz de aparecer en cualquier momento.

Miro la mesa, me giro y guardo el plato en el armario.

—El plato de Kaleb ya está en la mesa.

—¿No vas a comer?

—Claro que sí —responde Jake de repente, entrando en la cocina.

Se acerca a la nevera, saca una jarra de zumo y la deja en el centro de la mesa. Luego se sirve una taza de café y se sienta.

—No tengo hambre —contesto.

Me acerco al fregadero y enjuago el cuchillo y la espátula que acaba de utilizar Noah.

—Ayer no cenaste —señala Jake—. Siéntate.

—No tengo hambre.

Y antes de que pueda añadir nada, salgo de la cocina y me dispongo a subir las escaleras. Noto su mirada pegada en la espalda, y cuanto más me alejo, más me preparo para la bronca que está a punto de caerme.

Pero no dice nada.

Permite que me vaya. Llego a mi habitación enseguida y cierro la puerta.

La verdad es que me muero de hambre.

Siento una punzada en el estómago. Los huevos revueltos que he preparado mientras Noah se ocupaba de tostar el beicon tenían una pinta increíble.

Por suerte, no ha insistido demasiado en que habláramos mientras preparábamos el desayuno; pero si como con ellos, tendré que entablar conversación. Mejor me espero a que hayan salido para picar algo.

Tengo el móvil en la cama. Veo que centellea una luz verde y lo cojo.

Lo desbloqueo y en la pantalla de inicio aparecen las aplicaciones de redes sociales y de correo electrónico; todas con decenas de notificaciones. En Twitter, por ejemplo, hay más de noventa y nueve.

Siento un nudo en el estómago.

Ahora apenas uso Facebook, de modo que Twitter me pareció una buena alternativa para mantenerme al día con las noticias. Instagram me la descargué porque me sentí presionada por los compañeros de unos campamentos de verano que dormían en la misma habitación que yo (de quienes ya ni me acuerdo) y que decían que así podríamos seguirnos la pista.

Deslizo el dedo hasta el icono de Twitter. Sé que no debería abrirlo. No estoy preparada para esto.

Sin embargo, entro en la aplicación. La pestaña de notificaciones no deja de actualizarse.

Una persona me dice:

> Lamento tu pérdida...

Sigo bajando. Algunas notificaciones son tuits directos en los que la gente me da el pésame y otras son conversaciones en las que me han etiquetado.

RowdyRed escribe:

> Sé valiente. Mucho ánimo.

Y otro tuit directo para mí:

> Cómo puede una madre tomar la decisión de abandonar a su hija por su marido? Lo siento muchísimo. Te merecías algo mejor.

A lo que alguien responde:

> Cállate! No tienes ni la menor idea de por lo que estaban pasando...

Voy leyéndolos todos, tuit por tuit. No tardo demasiado en perder el poco interés que tenía en consultar los mensajes directos.

Hay gente que me dice cosas poco agradables porque no puede decírselas a mis padres. Otros se lo dicen entre ellos en una misma conversación.

> Suicidarse es cometer un homicidio contra uno mismo. Y el homicidio es el peor de los pecados.

> Tu cuerpo le pertenece a Dios. Quitarte la vida es robarle a ÉI!

Otro gilipollas sube una foto de mi madre casi desnuda, de una de las primeras películas que rodó, y la acompaña del siguiente comentario:

> Al menos tu madre hizo algo bueno para el mundo.

Cierro los ojos y no vuelvo a abrirlos hasta que he bajado un poco más.

Pero la conversación en cuestión se pone cada vez más fea. Quienes escriben en ella o no se dan ni cuenta de que estoy etiquetada en cada uno de sus comentarios o son unos insensibles y les da completamente igual.

> La hija ni siquiera se ha pronunciado. Creo que tiene Asperger o algo.

> Total. No has visto sus fotos? Es como si no sintiera absolutamente nada.

Y, entonces, Tom «Estado Profundo» aparece con su infinita sabiduría:

> Eso de tener Asperger no es más que una excusa que utiliza la gente de hoy en día. En mi época, a eso se le llamaba ser fría de cojones.

Yo no soy fría.

Y por supuesto, hay quienes están preocupados por los proyectos que mi padre no llegó a terminar:

Quién va a acabar la trilogía de El cazador del sol ahora que De Haas ya no está entre nosotros?

Tengo la impresión de que debería decir algo. Escribir un tuit o lo que sea, aunque creo que a esa gente le da igual lo que pueda decir. Aun así, me siento en la obligación de recordarles que detrás de esta pantalla hay una persona, y que...

Niego con la cabeza y vuelvo a cerrar los ojos.

No quiero que piensen que no quería a mis padres.

Aunque tampoco tengo claro que los quisiera.

Trago saliva y empiezo a escribir un tuit.

Gracias por todo vuestro apoyo mientras...

¿Mientras qué? ¿Mientras lloro su muerte? Me detengo, selecciono el texto y lo borro.

Vuelvo a intentarlo:

Gracias por acordaros de mi familia y rezar por nosotros en estos momentos tan...

¡No! Borrar. Todo lo que escribo me suena falso. No soy muy de expresar mis sentimientos, y menos aún en público.

Ojalá pudiera hacerlo. Ojalá fuera más fácil. Ojalá yo fuera distinta y...

Escribo:

Ojalá...

Pero no se me ocurre nada.

Me quedo pensativa un segundo. Siento la necesidad de decir algo, pero no tengo el valor suficiente. Elimino el borrador y salgo de la aplicación.

Pulso el icono de Twitter y hago clic en borrar. Luego hago lo mismo con Facebook, Instagram, Snapchat y el correo electrónico. Voy a App Store y las desinstalo todas; así desconectaré por completo. Quiero decir algo, pero todavía no estoy preparada para lo que me puedan responder, así que voy a evitar torturarme. Sigo teniendo todas las cuentas, pero de esta manera no podré acceder a ellas de forma inmediata.

Vuelvo a enchufar el móvil y me pongo a hacer otra cosa. Me paso una hora deshaciendo las maletas y reorganizando mi habitación sin pensarlo demasiado. En realidad, nunca he llegado a decidir si voy a quedarme o no, pero lo que sí sé es que no me marcharé hoy y tengo que hacer algo para mantenerme alejada de esos tres.

La ropa interior, en el primer cajón; en los demás: los pijamas, la ropa de deporte y las camisetas. El resto de las prendas, las cuelgo: chaquetas, blusas, camisas, pantalones, vaqueros... De izquierda a derecha y de más oscura a más clara.

Pongo los zapatos en el suelo del armario, plenamente consciente de que mis tacones no van a ver la luz del sol mientras esté aquí, pero tampoco es que me esperase algo distinto. Me parece bien no tener que arreglarme para nadie.

Coloco las pocas revistas y libros que he traído en una estantería que hay empotrada en la pared. Sitúo el maquillaje, el secador de pelo y las planchas, todo bien ordenado, al lado del escritorio y llevo el champú y el acondicionador al baño. Dejo el gel en el borde de la bañera, cojo el cepillo de dientes y echo un poco de pasta encima de las cerdas.

Me lavo los dientes, meto el cepillo en la funda de viaje otra vez, vuelvo a llevármelo a la habitación con la pasta de dientes y lo guardo en la mesita de noche. En casa el cepillo de dientes lo

guardaba en el baño, porque nadie más entraba ahí, pero los tíos son asquerosos. No bajan la tapa del váter y, según un estudio que leí una vez, cuando tiramos de la cadena, la materia fecal se eleva y vuela por el aire. Las bacterias pueden acabar en todas partes. No, gracias.

Me peino, me hago una coleta y miro a mi alrededor en busca de algo que hacer en mi habitación, que está impecable. Lo que sea.

No quiero salir del cuarto y, aunque quizá mañana me dé por volver a hacer las maletas, al menos no he pensado en mis padres mientras lo ordenaba todo. Ni tampoco cuando me he enfadado con Jake antes.

Exhalo, salgo de la habitación, cierro la puerta tras de mí y bajo las escaleras. Oigo el ruido de un taladro que proviene del taller y un martilleo en la parte delantera de la casa y, a pesar de que sé que no tengo ni puñetera idea de motos, salgo.

Me encuentro a Jake a mi izquierda, con la mano apoyada en la pared mientras clava un revestimiento.

—¿Te ayudo? —pregunto de mala gana sin mirarlo a los ojos.

Jake se detiene y, de refilón, veo cómo me mira.

—Ven. Sujeta esto —responde.

Bajo del porche, cruzo el jardín y me acerco a él. Pongo la mano al lado de la suya y sujeto el tablón. Coloca un clavo y lo remacha; luego, clava dos más.

Se agacha para coger otro tablón de madera y lo imito para ayudarle, pero entonces le atisbo algo en la cintura. Vuelve a tener la camiseta metida en el bolsillo trasero del pantalón e intento adivinar el tatuaje que se le intuye.

«Mi México». Las letras son de color azul marino y forman un arco un poco más arriba del lateral de la cadera izquierda, justo por encima de donde le llegan los pantalones.

Sujeto el tablón y Jake coloca un clavo en el centro. Al ver otro martillo en la caja de herramientas que hay por aquí cerca, lo cojo y pillo también un clavo de la lata de café.

Cuando coloco el clavo en el tablón, Jake señala unos centímetros más arriba.

—Aquí —me indica mientras toca con la mano la fila de clavos de los otros tablones—. Tienes que seguir el mismo patrón.

Asiento con la cabeza y lo pongo donde me ha pedido. A pesar de notar sus ojos fijos en mí, procedo a martillear.

—Mira, así —dice acercándoseme.

Aparto el martillo y el clavo. Jake se aleja de inmediato.

Vuelvo a colocar el clavo en su sitio y le atizo un martillazo. Sin embargo, en lugar de darle en el medio, le doy a un lado y el trozo de metal acaba doblado. Aprieto los dientes y saco el clavo. Cojo otro y vuelvo a intentarlo.

Jake sigue mirándome.

—Si no dejas que lo intente, no aprenderé nunca —me quejo.

Se aparta un poco.

—Yo no he dicho nada —responde divertido.

Seguimos trabajando en silencio, cada uno a su rollo, tablón tras tablón, clavo tras clavo. Cada vez voy más rápido y deja de mirarme tan fijamente, seguro que es porque ya no le estoy haciendo perder el tiempo, aunque está claro que esto tienen que hacerlo dos personas. ¿Por qué no le estaba ayudando Noah? Cierto es que está trabajando en el garaje, pero si le hubiera echado un cable habrían ido muchísimo más rápido.

Y entonces recuerdo lo que me ha dicho Noah esta mañana, solo que ahora, horas más tarde, entiendo a qué se refería.

No parece que se lleven demasiado bien.

Casi me da por sonreír un poco. De repente, siento cierta complicidad con Noah.

Jake coge otro tablón, lo agarro por un lado y lo colocamos justo debajo de la última pieza de revestimiento que hemos instalado antes. Cuando bajo la mano para sujetarlo mejor, me clavo algo y siseo.

Suelto el tablón y levanto la mano. Tengo un trozo largo y grueso de madera clavado en la palma.

Hago una mueca y tiro con delicadeza del trozo que sobresale de la herida. Como no logro sacármelo, intento tirar aún más fuerte. Siento una punzada de dolor en toda la mano. Con tan poca luz, no veo lo que hago.

Aun así, antes de que pueda darme la vuelta para ir hacia dentro, Jake me coge la mano y se queda mirando la astilla.

—Ya me la quito yo sola —digo, intentando alejarme de él.

Jake me ignora.

Con la vista clavada en mi mano, aprieta con fuerza justo donde se hace visible la astilla y la parte en dos.

Aparto el brazo de un tirón y cojo aire entre dientes.

—¿Quién te ha enseñado a disparar? —pregunta mientras aprieta el trozo de astilla que sigue en mi mano—. Me cuesta imaginar a Hannes haciendo cualquier actividad al aire libre que no incluya un yate o un carrito de golf.

Levanto la vista de inmediato para mirarlo. He aquí la segunda pullita en lo que va de día.

Jake me mira un segundo, como si esperase alguna respuesta.

—No parece que te entristezca oír su nombre.

Y lo afirma, no lo pregunta.

Su comentario hace que me quede un poco cohibida y tensa. Ya sé qué es lo que espera.

No estoy actuando bien y se ha dado cuenta.

Aparto la mirada. Se oye el ruido de una moto a lo lejos, aunque cada vez está más cerca.

—No quiero hablar de mi padre.

—Ya, yo tampoco.

Deja el pulgar debajo de la astilla para intentar levantarla y sacarla, y yo intento apartar la mano.

—Para —me quejo.

Jake la agarra con más fuerza todavía y se acerca la mano a él.

—Deja de moverte.

Mientras continúa intentando sacarme la astilla, el ruido de los motores es cada vez más fuerte. Y entonces veo cómo se acercan unas cuantas motos de *cross*. Unos cinco chavales aparcan justo detrás de la camioneta de mi tío, se quitan el casco y se echan a reír por lo bajo. Van todos vestidos con una equipación colorida, muy rollo *motocross*. O *supercross* o lo que sea que hagan.

Noah sale del taller y se acerca a uno de ellos.

—¿Qué hay, tío?

Se dan un apretón de manos y Noah sigue limpiándose el aceite de los dedos mientras se pasea entre las motos y les echa una ojeada.

—Hey, ¿cómo va? —le saluda otro—. ¿Has salido a entrenar hoy?

Se ponen a charlar. Jake me agarra con más fuerza aún, se gira y me guía hacia el taller.

Se acerca a la mesa de trabajo, enciende una lámpara y me coloca la mano debajo para ver mejor.

—Lo siento —se disculpa.

—¿Por...?

Lo miro.

—Por provocarte con lo de tu padre —responde sin apartar los ojos de la astilla—. Soy un capullo. Y soy el menos indicado para hablar, porque estoy convencido de que la he cagado a más no poder con mis hijos.

Miro hacia otro lado y veo a Noah conversando con sus amigos, uno de los cuales está montado en la moto y enciende un cigarrillo. Y entonces me mira.

—No eres como creía que serías —confiesa Jake en voz baja.

Vuelvo a mirarlo.

—Complicada —aclara—. No es fácil saber por dónde vas a salir. Y aunque lo fuera, no estoy seguro de que pudiera servirte de consuelo. —Dibuja una sonrisa discreta—. No me afecta que hayan muerto, Tiernan, pero me sabe mal que te afecte a ti.

Aparto la mirada otra vez y vuelvo a dirigirla hacia los chicos que hay fuera.

—No me afecta.

El chico del grupo de amigos de Noah que lleva un corte de pelo a lo «niño de fraternidad» y que tiene unos ojos claros como el cielo sigue sin apartar su mirada de mí y me sonríe pícaro mientras fuma. ¿Será Kaleb?

Siento que Jake también me mira.

—No quiero hablar de mi padre —reitero antes de que retome la conversación.

De golpe, noto que me duele la mano entera, como si acabara de morderme una araña. Siseo y lo miro a los ojos otra vez.

¿Qué cojones ha hecho? ¡Qué daño!

No obstante, cuando vuelvo a mirarlo, me olvido completamente de la astilla y hasta me quedo momentáneamente sin aliento.

Me mira con esos ojos penetrantes, como si estuviera enfadado a la vez que... un poco desconcertado, y percibo que me envuelve

cierta calidez. Es como si estuviera intentando descifrarme.

No tiene los ojos azules. Yo pensaba que sí, que eran como los de Noah. Jake, en cambio, los tiene verdes, del mismo color que la hierba en verano.

Una brisa atraviesa las puertas del taller y oigo cómo hablan y ríen los chicos fuera, a lo lejos, mientras un mechón de pelo que se me ha caído de la coleta me roza los labios.

Jake baja la vista hacia mi boca y vuelvo a quedarme sin aliento. Me envuelve de nuevo esa misma calidez.

Una gota de sudor le recorre el cuello y a mí se me eriza la piel al fijarme en su pecho desnudo.

Estamos demasiado cerca.

Eh...

Trago saliva. Tengo la boca superseca.

Al fin, Jake pestañea repetidamente, se lleva mi mano a los labios y, cuando me chupa la palma para intentar sacar la astilla, siento el calor de su boca en la piel.

Muerde la astilla con los dientes y tira de ella. Noto cómo me succiona la piel, un cosquilleo hace acto de presencia y abro un poquito la boca.

Le acaricio la barba de cuatro días con la punta de los dedos.

«Puedo hacerlo yo solita. No hace falta que me ayudes».

Lo pienso, pero no logro pronunciarlo en voz alta.

—Joder —dice alguien fuera.

Desvío la atención de mi tío y miro hacia allí. Noah está observando la moto de uno de sus amigos.

El tío que parece sacado de la portada de una revista vuelve a mirarme fijamente.

—¿Quién es esa? —le pregunta a Noah.

Este le sigue la mirada hasta llegar a mí, pero lo ignora.

—No te acerques a los chicos de por aquí, ¿entendido? —me advierte Jake, y yo lo miro—. Si te echas novio, tampoco podrás verlo durante el invierno. Además, no son tu tipo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque ya te lo digo yo. No son tu tipo. Ya te avisaré cuando haya uno que sí lo sea.

Menudo neandertal. Virgen santísima.

Me quedo callada; no me apetece discutir ahora. No es que ande buscando novio, pero puedo cuidar de mí misma. Sus hijos lo han tenido a él siempre al lado, pero yo estoy acostumbrada a tomar mis propias decisiones.

—Están aburridos —me cuenta—. Y cuando uno está aburrido, solo quiere dos cosas, pero la cerveza no dura para siempre.

¿Y en qué se diferencian de otros chicos de mi edad, exactamente? Ya sé qué buscan los adolescentes. Ya sé qué buscan los hombres en las mujeres. No soy frágil como el pétalo de una rosa.

Sigue mordisqueándome la palma de la mano y siento un revoloteo en el estómago.

Lo miro. Ahora vivo con tres hombres más o menos jóvenes y de buen ver, que, además, forman parte de lo que él ha llamado «los chicos de por aquí», sobre los que me está avisando.

—¿Y no os aburrís, aquí, en invierno? —lo provoco en voz baja para que no nos oiga nadie más—. Cuando la cerveza se acaba, quiero decir.

Entorna los ojos. Me ha entendido. ¿Acaso él y sus hijos son distintos, en este sentido? ¿Me encontraré a más mujeres desnudas cuando vaya al baño?

Por fin, agarra la astilla y tira de ella. Me duele, pero no aparto la mirada.

Me baja la mano y pasa el pulgar por la herida.

—Ya está. —Aparto el brazo y me limpio la poca sangre que queda.

—¿Te arrepientes de haber venido?

Para mi asombro, la pregunta no me desconcierta. Seguramente porque no me importaría sonar borde en caso de que la respuesta fuera que sí.

—No lo sé —contesto con sinceridad.

No soy feliz, pero tampoco lo sería en casa o en Brynmor; quizá no lo sería en ninguna parte. No esperaba ser feliz por el simple hecho de venir aquí. Da igual.

Miro fuera del taller, donde los chicos están revolucionando los motores y se preparan para irse. Como es de esperar, Noah no se une a ellos; se aparta.

—¿Te gusta estar aquí? —insiste Jake.

—No lo sé —vuelvo a responder.

—¿Dónde preferirías vivir?

No lo sé. ¿Por qué quiere saberlo? No...

Al final, lo miro a los ojos y me muerdo la comisura del labio.

—No quiero vivir... —Intento buscar las palabras adecuadas, pero se me apaga la voz—. No quiero vivir...

Pero, a juzgar por mi entonación, parece que la frase se quede ahí. Como si esa fuese mi respuesta: «No quiero vivir».

Me mira medio alarmado.

—No quiero vivir en ningún sitio en concreto —me apresuro a responder.

Puede que mis expectativas fuesen un poco distintas a la realidad que he encontrado aquí; sin embargo, creía que, por lo menos, tres hombres solteros no tendrían ganas de entablar conversación

sentimental alguna. Este tío, en cambio, parece que quiera conectar. Y está empezando a fastidiarme.

Me doy la vuelta y empiezo a alejarme del taller en el mismo momento en que las motos emprenden la marcha.

—Prepara unos cuantos bocadillos, por favor —me pide Jake—. Déjalos en la nevera para que podamos cogerlos y llevárnoslos cuando nos apetezca. De lo que sea. No somos tiquismiquis.



«No somos tiquismiquis».

Entro en la casa, me dirijo a la cocina y abro ambas puertas de la nevera de par en par. Saco todo lo que necesito de los cajones de las verduras para preparar los sándwiches.

Me está manteniendo ocupada. Debería darle las gracias. Y, además, me está pidiendo que haga algo que no implica hablar con la gente. Me gusta cocinar; puedo hacerlo sola mientras escucho música.

Y preparar bocadillos es pan comido.

Doy golpecitos con los dedos en el pomo de la puerta de la nevera, que sigue abierta. Qué sé yo. Me irrita y punto; es como si eso de tener mi custodia le divirtiera un poco demasiado. A mis padres les habría dado completamente igual que me hubiera dedicado a montar orgías en mi habitación, siempre y cuando no acabara en Snapchat.

Pero este tío...

Está dejando claro quién manda aquí. Que, oye, no tengo interés alguno en montar una orgía (ni tampoco en ligarme a nadie, ahora

mismo), pero he cuidado de mí misma desde hace un montón de años y ahora resulta que tengo que echar el freno. Es mucho pedir. Puede que solo tenga diecisiete años, pero es como si fuese muchísimo más mayor.

Además, ¿por qué narices quiere comer ahora? Ha desayunado hace una hora.

Y al pensar en eso, me rugen las tripas. Me tambaleo un segundo y me llevo la mano a la barriga.

No he comido nada para desayunar.

En realidad, no he comido nada desde que me zampé unos cuantos arándanos para desayunar ayer por la mañana.

Saco la carne de la nevera, el condimento y un poco de lechuga. Me pongo al lío, empiezo a preparar los bocadillos y voy pegando mordiscos a uno para meterme algo en el estómago. Corto los demás sándwiches en diagonal y coloco los triángulos en un plato grande que envuelvo con el papel film que he encontrado en uno de los cajones de la isla. Luego, guardo la bandeja en la nevera.

No tengo claro si van a comer solo eso, pero es todo lo que les pienso preparar. Voy a ver si necesita que vaya al pueblo a por algo. Me vendría bien conducir un rato.

Justo cuando estoy por cerrar la puerta de la nevera, veo que cae una gota en el cajón de las verduras. Me agacho y coloco la mano en el pequeño charco.

Gotea.

Miro detrás de la nevera e intento descifrar de dónde viene el agua. El motor se ha congelado y está cubierto de hielo.

Me levanto y me muerdo la comisura de los labios. ¿Se lo digo? Seguro que lo sabe.

Me fijo en que tienen un iPad en la encimera. Lo cojo y lo enciendo. Me pide que ponga la contraseña y enseguida pruebo con

«piedad». La pantalla se desbloquea al instante.

Entro en YouTube, busco el modelo de la nevera y aparecen algunos vídeos. Me paso la hora siguiente vaciando la nevera y apartándola de la pared con todas mis fuerzas hasta que lo consigo y puedo desenchufarla. Después, voy a por algunas herramientas al taller y me pongo a trabajar siguiendo las indicaciones del vídeo: desatasco el motor, derrito el hielo que lo envuelve y freno el goteo del conducto antes de volver a ponerlo todo en su sitio. No estoy segura de si funcionará o de si he acabado de estropearla, pero por lo menos tengo la ventaja de ser rica. Si me he cargado la nevera, compraré otra.

De repente, caigo en una cosa y dejo de apretar con el destornillador. ¿Puedo comprar otra? A ver, los menores no pueden heredar dinero. Quienes tienen poderes hasta que sean suficientemente mayores son sus tutores.

O sea, que, técnicamente, mi herencia está completamente en manos de mi tío. A no ser que mis padres tuvieran un fideicomiso (por recomendación de su abogado), pero...

¿Debería preocuparme? El dinero nunca me ha importado, porque siempre lo he tenido. Yo voy soltando este discurso, pero como luego no me pueda pagar los estudios, otro gallo cantará. ¿Mis padres confiaban ciegamente en Jake para que me cuidara y se asegurara de que estuviera bien... o es que no tenían a nadie más? No sé si puedo confiar en él, pero en quienes no confío para nada cuando se trata de asegurarse de que yo esté bien es en mis padres. Mi futuro está en manos de este tío.

Al menos, hasta dentro de unas semanas.

A pesar de que se me ha acelerado el pulso, continúo arreglando la nevera mientras me pierdo en mis propios pensamientos y vuelvo a apretar la tapa del motor. Estiro el brazo hacia la parte trasera del

electrodoméstico y lo enchufo de nuevo. El motor comienza a emitir un suave ruidito y se empieza a notar el aire fresco de la nevera otra vez. De momento, vamos bien.

—¿Lo has hecho tú? —pregunta alguien.

Me giro y veo a Noah, sin camiseta, sudado y sin aliento al lado de la isla, con los ojos clavados en la pantalla del iPad que he dejado en la encimera.

Luego desvía la mirada hacia la parte de la nevera que goteaba y que ahora ya está seca.

—Buen trabajo. Hace tiempo que queríamos arreglarlo.

Me doy la vuelta de nuevo, aunque antes aprovecho para echarle otra ojeada. No lleva ningún tatuaje en el pecho ni en los brazos. No sé por qué, pero me sorprende. Quizá porque como su padre tiene uno, pensé que Noah también lo tendría.

Vuelvo a meter las cosas en la nevera. A lo lejos, oigo el ruido de una máquina; debe de ser Jake.

—Bueno, ¿cuándo cumples los dieciocho? —pregunta Noah.

Se apoya en la isla y se me queda mirando, pero yo continúo con lo mío.

—El 1 de noviembre.

—Y entonces, ¿te irás?

Lo miro y tardo un segundo en asimilar lo que me quiere decir.

Tampoco es que ahora esté obligada a quedarme. Cuando hablé con su padre por teléfono me dijo que podía hacer lo que quisiera, ¿no?

—Yo me iría —prosigue—. Me iría en menos que canta un gallo. No tienes por qué estar aquí, pero mírate. Y yo, que sí tengo que estar, daría lo que fuera por marcharme.

—Es un lugar como otro cualquiera —respondo en voz baja mientras voy colocando los condimentos en la puerta de la nevera.

—¿Por...?

—Porque las personas seguimos siendo las mismas, vayamos donde vayamos —suelto.

Me detengo y lo miro. El pelo, sudado, le cae por encima de los ojos, y sujeta la gorra con los dedos. Me mira como desconcertado.

—Hay mucha gente feliz en Cleveland, igual que la hay en París —prosigo—. Pero también hay quien está triste.

—Ya, bueno... Yo preferiría estar triste en la playa.

Río por la nariz y no puedo evitar sonreír. Aunque me ha hecho un poco de gracia, me doy la vuelta de inmediato y me obligo a desdibujar la sonrisa.

Sin embargo, Noah se planta a mi lado y guarda la salsa A.1. y la de Heinz en el estante de la puerta.

Me mira y me da un vuelco el estómago.

—Tienes una sonrisa preciosa, primita. Si te quedas, haré que sonrías más.

Ay, Dios. Mira qué encantador.

Lo ignoro y acabo de meterlo todo en la nevera. Me da igual que las cosas estén donde tengan que estar o no. Se ríe por lo bajo y me ayuda. Entre los dos, terminamos rapidísimo.

Jake entra y se dirige hacia la nevera. Yo me aparto para dejarlo pasar.

Recojo las herramientas que he utilizado antes y me alejo para depositarlas de nuevo en el taller, de donde las he sacado. Sin embargo, la voz ronca de mi tío hace que me detenga.

—¿Dónde está la salchicha? —pregunta.

Me doy la vuelta y veo que rebusca entre los estantes de la nevera, donde nada está en el mismo sitio que antes.

—Estaba pasada, tenía moho —le informo.

La he tirado junto con algunas otras cosas.

Jake se me queda mirando y me enderezo.

—Pues se corta el trozo que esté mal y ya está —responde.

¿Que se corta?

Qué asco. Hay niveles y niveles de deterioro. El moho lo único que hace es evidenciar qué parte está peor.

—Tú no pierdes el tiempo ¿eh? —rezonga mientras lo aparta todo, como si buscara algo más—. Lo has cambiado todo de sitio.

—Papá... —Noah intenta intervenir, pero su padre se queda ahí plantado y mira a su hijo.

—¿Y tú dónde narices has ido? —le pregunta.

Se ha marchado antes. ¿Acaso no podía?

Noah se limita a apretar la mandíbula y, en lugar de responder, niega con la cabeza y se va. No sé si me da envidia o qué. Él tampoco se lleva bien con su padre, pero al menos este le presta atención.

Bajo la vista y toco la pantalla del iPad para cerrar la pestaña de YouTube en la que aparece el vídeo que he utilizado para arreglar la nevera.

—Oye —continúa Jake girándose hacia mí y con la voz un poco más baja—, no tienes que hacerlo todo y más, ¿vale? Nos las arreglamos bien, cada uno con lo suyo, o sea, que tú limítate a hacer lo que yo te pida. Todo esto de reorganizar la nevera o los armarios o decorar la casa o cualquier cosa por el estilo, no hace falta. Para serte sincero, tampoco me tomaré demasiado bien que lo hagas. Si te faltan ideas y te aburres, avísame y me aseguraré de que no te falte trabajo.

Asiento.

Y dejo las herramientas en la encimera antes de salir de la cocina.



Por la noche, al cabo de horas de que haya estallado una intensa tormenta después de cenar, me despierto de golpe. Tengo absolutamente todos los músculos del cuerpo tensos y me arden. Me agarro con fuerza a las sábanas que tengo al lado; respiro agitadamente y el sudor me envuelve el cuello.

Abro la boca e intento tomar una bocanada de aire, pero no puedo moverme. Joder. Deseo tragar saliva, pero no consigo humedecerme la garganta hasta que lo intento por cuarta vez consecutiva.

Estudio la habitación con la vista. El miedo se apodera de mi mente, aunque, cuando miro a mi alrededor, no tengo muy claro el porqué.

La habitación está a oscuras, las gotas de la tormenta siguen azotando las ventanas y oigo cómo aporrean también la terraza que hay justo fuera.

Estiro los dedos lentamente y separo las manos de las sábanas. Me siento y hago una mueca; me duelen el hombro y el cuello de haber estado tanto rato en la misma posición.

«¿He tenido una pesadilla?». Cierro los ojos; unas lágrimas que no recordaba tener en los ojos aparecen y se unen a las que ya me han empapado la cara.

No recuerdo nada, pero debo de haber estado llorando o gritando porque no solo me duelen los nudillos de haber apretado los puños, sino también la garganta. Miro enseguida hacia la puerta y me alivia ver que sigue cerrada. Menos mal que no he despertado a nadie.

Me deshago del edredón y me acerco a la cómoda para coger el móvil.

De pequeña tenía unos episodios terribles por la noche durante los cuales gritaba y lloraba. Era una paranoia nocturna increíble. Me desvelaba y seguía gritando y llorando, pero en ningún momento despertaba del sueño. Me dijeron que solo eran pesadillas, y cuando terminaban, cuando Mirai o la niñera que fuera conseguía que volviera a dormirme, se me olvidaba; nunca me acordaba de nada. Solo era consciente de lo que había pasado porque me dolían muchísimo los músculos, tenía la garganta seca y me quemaban los ojos de tanto llorar.

Cojo el móvil y lo enciendo.

«La una y cuarto de la madrugada». Me dan ganas de llorar, pero no cedo.

Mis padres decían que siempre me ocurría alrededor de esta misma hora. Como si fuera una especie de reloj biológico o algo así.

Pero dejé de tener estas pesadillas. No me había vuelto a pasar desde que tenía... ¿nueve o diez años, quizá?

Vuelvo a dejar el móvil en la cómoda, apoyo los codos y me sujeto la cabeza con las manos.

Soy adulta. Estoy sola.

Vuelvo a desviar la mirada hacia la puerta. No quiero que me oigan gritar como una condenada.

Noto cierto escozor en el brazo, bajo la vista y veo tres especies de medias lunas de color rojo. No tardo ni un segundo en adivinar de qué se trata. Me acuerdo como si fuera ayer.

Me he clavado las uñas mientras dormía.

La bolsa de chuches sigue en la cómoda. Estiro el brazo, la cojo y la tiro a la basura que hay al lado. ¿Qué demonios he hecho mientras dormía? ¿Cómo no me he despertado? ¿Qué sucederá si

regreso a Los Ángeles y estoy sola? ¿O cuando vaya a la universidad y comparta habitación?

No debería quedarme sola.

Pero no estoy segura de tener que permanecer aquí con ellos. Puede que me esté volviendo a pasar todo esto a raíz de la muerte de mis padres.

O quizá sea por algo más.

Capítulo cinco

Jake

Tiernan no debería estar aquí. La hemos pifiado.

No puedo aportarle nada bueno. A duras penas consigo tener controlados a mis propios hijos. Noah es capaz de hacer las maletas y pirarse en cualquier momento, y Kaleb...

Ay, Señor, Kaleb... Jamás he podido imaginarme qué le deparará el futuro, porque esa clase de hombres nunca viven mucho. Está ganándose demasiadas enemistades.

Aparto las sábanas. A pesar de que he podido dormir a mis anchas porque hoy Jules no se ha quedado, he tenido una noche de mierda.

Tengo que empezar a pasar el pestillo cuando me vaya a dormir. A ver, ¿a qué tío no le gusta despertarse a las dos de la madrugada con una pelirroja de veintitrés años desnuda encima de él? Pero es que Jules ha empezado a tomárselo como una rutina.

Y el sexo tampoco es que sea espectacular.

Me froto la cara con las manos. «Yo qué sé». Quizá sí que lo es; a lo mejor solo estoy aburrido. Y no puedo hablar con ella. Ni con las tres anteriores.

Y, obviamente, lo último que me falta es meterme otra responsabilidad más en casa ahora mismo.

O cuando sea. Soy un padre horroroso, y ya soy demasiado mayor para llevarme más sorpresas como la de tener a una adolescente viviendo bajo mi techo. Hannes, que seguro que está en el infierno, puede irse a tomar por el culo.

Me siento, cuelgo las piernas por el lateral de la cama, me levanto y cojo los vaqueros de la silla.

«Menudo hijo de puta». Llevaba más de veinte años sin hablar con mi hermanastro ni con nadie de la familia, pero aun así le pareció que merecía la pena ponerme en el testamento. ¿Es que acaso no tenía a nadie más que conociera a su hija y que se la hubiera quedado la mar de a gusto?

Pero no. Tuve que llamarla esa noche y algo en su voz hizo que las palabras me salieran por la boca antes de pensar siquiera en lo que estaba diciendo.

Esta criatura tiene problemas.

Lo cual no la diferencia en nada de mis dos hijos, pero es que si esta niña es así es por culpa de Hannes y Amelia. Pensé que sería diferente; muy distinta de cómo es realmente. Callada, geniuda, asustadiza. No tengo ni idea de cómo acercarme a ella. No soy lo suficientemente listo para esto. La gente como ella, que no demuestra emoción alguna, encuentra otras formas de soltar sus sentimientos.

¿Cómo lo hará Tiernan? ¿A través de las drogas? ¿Del alcohol? ¿A base de cortes?

¿Con sexo?

Paro. Me viene a la mente una imagen de Tiernan en el asiento trasero de un coche, con la cara sudada, el pelo pegado a la mejilla, los ojos cerrados y la respiración acelerada.

Exhalo, tiro de la camiseta que hay en la silla y me la meto en el bolsillo trasero del pantalón para ponérmela luego. «Más le vale que no». No voy a regalarle otro coño al pueblo. Estiro el cuello hacia un lado y hacia el otro, y oigo cómo cruje en ambas ocasiones.

Hannes y Amelia nunca deberían haberla tenido. Jamás entendí qué vieron el uno en el otro, pero supongo que es esa mierda de

que «Dios los cría y ellos se juntan». Lo mejor que le puede haber pasado a Tiernan es haberlos perdido a los dos. Lo único que me sabe mal es que no ocurriera antes.

Voy hacia la puerta de mi habitación, la abro y cruzo el pasillo en dirección a su dormitorio.

Llamo a la puerta.

—Tiernan.

Son poco más de las cinco de la mañana. Me paso la mano por el cuello porque me duele. No quiero despertarla, pero ayer no tuve la oportunidad de disculparme; la niña se quedó en su cuarto todo el puñetero día.

Y no pienso dejar que se esconda aquí solo porque fui un capullo.

Como no responde, vuelvo a llamar.

—¿Tiernan?

En la casa reina un silencio casi sepulcral. Solo se oye, muy ligeramente, la música que se pone Noah para dormir, que se cuela por el umbral de la puerta de su habitación.

Dudo un segundo, abro despacio la puerta del cuarto de Tiernan para no asustarla y meto la cabeza.

—Tiernan, soy Jake —digo en voz baja.

Siento su olor y me detengo.

Huele a...

A piel mojada por la lluvia. Tengo un *déjà vu* y cojo una profunda bocanada de aire. Piel muy sutilmente perfumada. Como ese punto suave y escondido que hay detrás de las orejas de cualquier mujer y que huele a ella y, a la vez, a una ligera mezcla entre perfume, champú y sudor.

Y, de repente, lo saboreo. Era el lugar donde más me gustaba besarla.

Joder, se me había olvidado.

Me aclaro la garganta y me enderezo.

—Tiernan —la llamo, aunque suena más bien a reprimenda. Al instante, me siento irritado y ni siquiera sé por qué.

Entro en el cuarto y enseguida me doy cuenta de que la cama está hecha y no hay ni rastro de Tiernan. Se me para el corazón un segundo; abro la puerta de par en par y echo un vistazo a la habitación.

No se habrá ido, ¿no?

Las luces están apagadas, pero la tenue luz del día se cuela por las puertas del balcón y me fijo en que la habitación está exactamente igual que cuando llegó, aunque ha cambiado cuatro cosas de lugar. Tiene algún que otro objeto personal encima del escritorio y de la cómoda, y hay unas chanclas al lado de la mesita de noche.

Vale, pues no se ha ido. De todos modos, no tengo muy claro cómo lo habría hecho, porque estamos en el quinto pino y alejados de todo, aunque, viendo cómo es, no me parecería descabellado que lo intentara.

Salgo de su cuarto, cierro la puerta y, cuando paso por delante de la de Noah, la golpeo con fuerza un par de veces antes de ir hacia las escaleras. Tiene que mover ya el culo. Que tenga que hacerle de despertador a mi hijo de veinte años me parece absurdo.

Cuando piso el salón, el olor a café me invade y me doy cuenta de que no soy el único que está despierto. Tiernan está en la mesa, trabajando. Voy hacia la cafetera y, al pasar por su lado, miro por encima de su hombro para ver qué hace.

Lleva un moño despeinado y creo que está pegando algo.

Me sirvo una taza de café y trago con fuerza.

—Gracias por arreglar la nevera —digo sin mirarla.

Cuando Noah me informó ayer de que había sido cosa de Tiernan y estaba todo desordenado porque lo había tenido que sacar para arreglarla, me sentí como un idiota.

Como un completo idiota.

Primero me quedé sorprendido, pero luego me sentí más bien impresionado. Muchísima gente se limita a reemplazar lo que se rompe por algo nuevo o contrata a alguien para que lo arregle; muy pocas son las personas que se toman el tiempo de aprender a hacerlo por su cuenta, por más vídeos y manuales de instrucciones que puedan encontrar en Internet.

Tiernan es autosuficiente.

Como no dice nada, me giro, doy un sorbo al café y me acerco poco a poco a ella.

Está pegando cuidadosamente las piezas de un plato que se le debe de haber roto.

Es uno de los platos verdes. Sonrío disimuladamente.

No tendría que haberse preocupado. Esos platos cuestan menos que nada, y se rompen con solo mirarlos.

Me fijo en su cara. Está concentrada; tiene la boca cerrada y respira tranquilamente, como si ni se hubiera percatado de que estoy aquí.

—¿Tiernan? —repito.

Sigue sin responder. Madre mía, es como si estuviera hablando con mis hijos. ¿Es que todos los adolescentes son iguales?

Pega la última pieza, la sujeta en su sitio un segundo, coge una servilleta de papel y seca las burbujas de cola que quedan.

—¿Puedo ayudarte hoy con algo? —pregunta de repente alzando la vista.

¿Qué?

Me mira. Unos cuantos mechones de pelo le caen por encima de los ojos y le envuelven la cara. Ya vuelve a pillarme desprevenido. Estaba esperando que me respondiera vete a saber qué después de cómo me comporté ayer, pero... está dispuesta a olvidarlo. ¿Debería insistir más para hablar un poco con ella o mejor la dejo hacer?

Me paso la mano por el cuero cabelludo. Da igual. Si quiere ponérmelo fácil, no seré yo quien se queje.

—Sí —respondo, a la vez que suspiro aliviado.

Se levanta y se queda de pie. Entonces baja los ojos hasta mi pecho y, de golpe, aparta la mirada.

Aprieto los labios, me saco la camiseta del bolsillo trasero y me la pongo. Entre Hannes (que nació con un traje puesto) y Brynmor (donde sus compañeras son todo chicas), imagino que no está acostumbrada a ver a hombres sin camiseta. Pero, ahora que está aquí, tendrá que ir acostumbrándose.

—¿Dónde quieres que vaya? —pregunta, dispuesta a hacer lo que sea menos quedarse en la cocina.

Sonrío ampliamente.

—Tengo que, eh..., ordeñar a Bernadette —Me giro para coger una taza de café.

Me mira extrañada.

—La vaca —aclaro—. Hay que dar de comer a los caballos y limpiar las cuadras; Noah te enseñará cómo tienes que hacerlo.

—¿Y luego?

¿Cómo que «y luego»?

Agarro la taza y me inclino en la encimera.

—Nosotros tenemos cosas que hacer en el taller, o sea, que si luego quieres preparar el desayuno... nos harías un favor.

Ayer debería de habérselo pedido más amablemente.

Asiente con la cabeza sin mediar palabra y yo me pongo a andar.

—El beicon, tal cual lo preparaste ayer, ¿vale? —digo mirándola cuando paso por su lado.

Tiernan sigue con la mirada clavada en el suelo, pero la levanta de inmediato y me mira a los ojos.

—Vale.

Me la quedo mirando.

Ojalá sonriera. Con todo lo que le ha pasado, tampoco espero que lo haga demasiado, pero es que creo que no suele hacerlo mucho en general.

Es guapa, eso sí. Al menos, sus padres hicieron algo bien. Tiene la piel impecable, como si fuera de porcelana; los pómulos, marcados y rosados; las cejas ligeramente más oscuras que el pelo, y unas pestañas largas que le envuelven esos ojos de un color gris turbulento que son iguales que los de Amelia, aunque más penetrantes porque tienen un aro oscuro que le rodea el iris, como tenía Hannes.

Se parece muchísimo a su madre. Tiene el mismo cuello esbelto que ella, la curva de la cintura, la espalda y esos hombros que a veces la hacían parecer una mujer imponente. Esas características convertían a Amelia en una mujer fría. En Tiernan, sin embargo... En Tiernan hacen que uno se pregunte cómo debe de moverse y doblarse envuelta en los brazos de alguien.

«De alguien».

Un calor me recorre el cuerpo y le aguanto la mirada un segundo. «Amelia y Hannes». Una expresión divertida se me dibuja en la comisura de los labios, pero la reprimo enseguida.

No necesito que se quede. Que se vaya o no tampoco es de mi incumbencia.

Pero puedo prohibirle que se marche si quiero.

Aunque solo sea para quemar los últimos cartuchos de aversión que siento hacia su padre. Aunque solo sea para hacer que Tiernan pague su deuda.

Para joderle un poco la vida.

Para hacerle...

Se humedece los labios, también rosados, y me quedo un segundo sin aliento.

«Si fuera otra clase de hombre...».

Dejo la taza, me acerco al armario, cojo mi gorra de los Rockies del perchero y me la pongo. Tengo que salir de aquí. No tengo ni idea de qué narices tengo en el cerebro, pero estos pensamientos no están bien. Tiernan es responsabilidad mía, no una oportunidad para vengarme. Por no hablar de lo callada y aburrida que es; hasta me da un poco de lástima. No puedo torturar a alguien que no va a defenderse.

Enseguida oigo que Noah baja las escaleras. Va a por un café con la camiseta colgándole del hombro y sin zapatos ni calcetines.

—Hoy tenemos mucho trabajo —lo aviso, a sabiendas de que siempre tarda unos veinte minutos entre que se despierta y sale por la puerta—. Enséñale a Tiernan a limpiar las cuadras y a darles de comer a los caballos.

Asiente sin mirarme siquiera y bosteza.

Me calzo las botas y vuelvo a la cocina. Quiero meter el café en un termo para llevármelo fuera.

—¿Llevas una camiseta debajo? —pregunta Noah.

Lo miro y compruebo que Tiernan asiente. Se ha puesto unos vaqueros y una blusa campesina que, aunque no es muy elegante, es blanca.

—Pues quítate la camisa —le advierte mientras coge la bebida. Tiernan arquea una ceja—. Te daré una nueva —continúa, dejando

de cualquier manera su camisa de franela encima de una silla—. Y quítate los zapatos.

Cruza la cocina, abre la puerta del taller y saca un par de botas de lluvia viejas y llenas de barro de cuando él tenía unos trece años. Las deja en el suelo y las empuja para acercárselas.

Es buena idea. Dudo que Tiernan quiera cargarse su ropa de marca.

Desvío la mirada hacia ella, convencido de que se habrá quedado desconcertada. No obstante, duda tan solo un segundo antes de desabrocharse la blusa.

Carraspeo y aparto la vista. Debería haber ido al baño para eso.

Atisbo, por el rabillo del ojo, cómo se quita la camisa y la deja doblada encima de una silla. Lleva algo debajo y me fijo en que Noah se acerca a ella. Aun así, sigo sin mirar y aprovecho para coger una manzana antes de irme fuera.

Una especie de gancho invisible va tirando de mi barbilla, como si quisiera obligarme a mirarla, pero pestañeo un par de veces y salgo de la cocina de un tirón mientras pego un mordisco a la manzana.

Todo esto no son más que gilipolleces.



Al cabo de una hora, mientras subo hacia los establos con el *quad* lleno de balas de heno, me suena el móvil.

Lo saco, miro quién es y descubro que aparece el mismo prefijo que el de la zona donde vivía Tiernan.

—¿Sí? —respondo.

No quiero que me vengan con mierdas, pero quizá sea el abogado de sus padres, así que...

—Hola. ¿Es el señor Van der Berg? —pregunta una mujer con un acento ligeramente marcado—. Soy Mirai Patel, la asistenta de la señora De Haas.

Sujeto el teléfono con la oreja mientras me pongo los guantes de trabajo.

—¿Cómo puede ser que una muerta siga teniendo asistenta?

No responde, y a mí me entran ganas de reír. ¡Un punto para mí por haber conseguido ser desconsiderado!

—¿Qué quiere? —pregunto mientras cojo una bala y la dejo al lado del establo—. Si lo que desea es hablar con Tiernan, tiene su propio teléfono; puede llamarla a ese número.

—En realidad, quería hablar con usted.

Por el amor de Dios... ¿Y eso por qué?

La señora Patel se queda callada un segundo y luego pregunta:

—¿Cómo está?

¿Qué cómo está? ¿Me llama para preguntarme eso?

—Está bien —suelto de mala gana mientras bajo otra bala de heno del *quad*.

En vista de que no responde, cojo el teléfono y me dispongo a colgar. No tengo tiempo para estas cosas.

—Mire, no sé cómo decirle esto sin que suene extremadamente raro —continúa por fin—. Así que se lo diré sin más.

Muy bien. Miro a través de la entrada del establo y distingo las cabezas de Noah y de Tiernan que sobresalen por la puerta de una cuadra mientras preparan el heno.

—Me gustaría que volviera a casa —continúa Patel.

«Tiernan puede irse cuando quiera. Yo no la obligué a venir», pienso.

Aunque seamos sinceros: ¿quién es esa mujer para decirme qué tengo que hacer con mi sobrina?

Mirai Patel prosigue:

—Yo no puedo forzarla a que lo haga y seguramente se enfadaría si supiera que estoy hablando con usted, pero...

—¿Pero qué?

—Estoy preocupada por ella —confiesa finalmente—. Tiernan no es una chica expresiva y, teniendo en cuenta las circunstancias en las que murieron sus padres, la niña no ha podido gestionar sus problemas con ellos. Quiero estar a su lado para ayudarla. Me preocupa que se lo vaya quedando todo para sus adentros y acabe explotando.

—¿Explotando?

¿Quién es esta mujer? ¿Cómo tiene el cinismo de pensar que yo no puedo ocuparme de todo esto? En realidad, no puedo, pero esto ella no lo sabe.

—Seguro que ya se ha dado cuenta de que no habla mucho —insiste Patel.

¿Y...? Si lo que tengo que hacer es apañármelas con una niña que no habla, entonces puede que esté más que preparado.

—¿Y usted cree que puede hacerlo mejor? —le pregunto.

—Creo que usted no la conoce, pero yo sí.

Aprieto el móvil con fuerza.

¿Una mujer a la que no conozco de nada y de la cual no he oído hablar nunca me suelta que quiere criar a la hija de mi hermano y encima espera que tengamos una conversación amistosa?

—Y yo creo que si le cedo la custodia de Tiernan, estaría poniendo en sus manos no solo el apoyo emocional de mi sobrina, sino también todo su dinero. ¿O me equivoco, señora Patel?

Se queda callada y sonrío para mis adentros. ¿Para qué querría, una persona que no tiene obligación alguna de cuidar de una niña huérfana, cargar con la responsabilidad que supone algo así a no ser que la huérfana en cuestión esté forrada?

Pero entonces responde con voz firme:

—He tenido acceso a su dinero desde que empecé a trabajar para sus padres hace diez años. Tiernan puede confiar en mí. ¿Puede confiar en usted también? —Entorno los ojos—. Se me ocurren mil formas en las que la fortuna de Tiernan podría venirle bien a su negocio, señor Van der Berg.

Aprieto tantísimo los dientes que me da incluso un tirón en la mandíbula. ¿De veras piensa eso? Tiraría todo ese dinero por el retrete antes de aceptarlo.

—Tiene que estar... con su familia —acabo por decir.

—Tiene que estar con alguien que la quiera.

—Hasta aquí la conversación.

Me aparto el teléfono de la oreja, pero entonces la oigo hablar otra vez y vuelvo a acercármelo.

—Se despertaba cada noche a eso de la una de la madrugada —me cuenta—. Todos los días a la misma hora, sin alarma ni nada. ¿Lo sabía, señor Van der Berg?

Enmudezco. No tengo claro si lo que me está diciendo es verdad o no y, en caso de que lo sea, odio que sepa algo de lo que yo no tengo ni la menor idea.

—¿Sabe por qué? —insiste.

Miro hacia el establo. Tiernan sale de una de las cuadras tapándose la nariz y la boca con el brazo; el olor le da arcadas. Noah le propina una palmadita en la espalda y se ríe. Ella le pega una bofetada, pero lo único que consigue es que mi hijo se ría todavía más.

—Yo diría que ese es precisamente el tipo de cosas que sabe la familia; la de verdad —me vacila Patel—. Adiós, señor Van der Berg.

Y cuelga.

Me quedo mirando la pantalla un segundo y vuelvo a desviar los ojos hacia Tiernan. Está bromeando con Noah, que tiene una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara y no deja que ella le coja el rastrillo, por más que lo intente. Al final, Tiernan se sale con la suya y entra decidida en la cuadra.

Río en silencio. Tiernan es mucho más fuerte de lo que cree esta mujer. Puede que Mirai Patel le tenga aprecio, pero ya ha estado con ella durante diez años y, ¿de qué le ha servido a la niña? Patel ya ha tenido su oportunidad.

Me saco un pañuelo del bolsillo trasero, lo sacudo y junto dos puntas para formar un triángulo mientras voy hacia el establo. Me acerco a Tiernan, que está en una cuadra, inclinada revolviendo el heno. Lleva puesta una gorra de Noah y le sobresale la coleta por detrás.

—Hey. —Le toco la espalda.

Se levanta de golpe, se gira y choca con mi pecho.

Levanto el pañuelo y le señalo la cara.

—Está limpio —la tranquilizo—. Camuflará un poco el mal olor.

Me acerco para cubrirle la boca y la nariz, pero niega con la cabeza.

—Estoy bien.

Me río por lo bajo. No esperaba menos.

—¿Por qué eres tan cabezota?

Me coloco detrás de Tiernan y le ato las puntas del pañuelo antes de que pueda llevarme más la contraria.

Vuelvo a ponerme delante de ella. Entre la gorra y el pañuelo que le cubre el resto de la cara, solo se le ven los ojos.

Parece que vaya a atracar un banco, y casi suelto una carcajada. Sin embargo, me ahorro la bromita, porque no parece muy contenta.

—No tienes que ir tan de dura —bromeo y le doy un golpecito a la visera—. Aquí dentro apesta que te cagas, pero te acostumbrarás.

En lugar de darme las gracias, se limita a girarse y sigue con lo suyo.

Y yo me quedo aquí un segundo, tieso y frustrado. «Seguro que ya se ha dado cuenta de que no habla mucho».

Sí, señora, la niña no habla mucho. Me doy la vuelta lentamente dispuesto a irme, pero antes de marcharme giro la cabeza para observarla.

Y, al hacerlo, veo que ella también me está mirando. Ha dejado de rastrillar.

Sus ojos, oscuros a la sombra de la visera, hacen que se me pare el corazón. Me detengo.

Tiernan hace como si nada: vuelve a bajar la cabeza y se pone a trabajar otra vez. Y yo me quedo aquí quieto, mirándola.

«Que se lo vaya quedando todo para sus adentros y acabe explotando», ha dicho Mirai.

Sonrío con discreción. Quizá la criatura necesita justamente eso.



—¿Ya habéis terminado? —pregunto desde la caja de la camioneta cuando se me acercan Noah y Tiernan.

Estoy limpiando la retama y lo que queda del heno, de suciedad y de la mierda en general que he ido llevando de aquí para allá esta semana.

—Tranquilo —suelta mi hijo—. Lo hemos hecho bien. Aunque esta de aquí está a tope.

—¿Queda algo por hacer? —Tiernan me mira con el pañuelo alrededor del cuello mientras espera a que le responda.

¿Algo más?

Respira fatigosamente. Saco el teléfono y miro qué hora es. Han acabado muchísimo más rápido que cuando lo hacían Noah y Kaleb.

Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo.

—Quita la ropa del tendedero —le digo—. Y necesito agua limpia y con jabón. Que esté caliente. —La miro—. Y, después, el desayuno.

Asiente, se da la vuelta y entra en casa.

Noah la sigue con la mirada.

—Me acuerdo de cuando empecé a ayudarte yo también —dice, melancólico—. Era hasta divertido. Al menos, los primeros minutos.

Niego con la cabeza. Dudo que Tiernan lo encuentre divertido.

—Si le enseñamos cómo se hace, no os daréis ni cuenta de que me he ido —suelta.

Lo miro con cara de pocos amigos mientras empujo otro montón de escombros desde la camioneta.

—Hoy no es un buen día para que me cabrees —le advierto.

Ni Noah va a marcharse ni Tiernan está aquí para hacerse cargo de sus tareas.

De refilón, compruebo que me observa. Espera que tengamos esta conversación, pero no pienso darle el gusto. Ya hemos hablado del tema y no tengo nada más que añadir. No se va a ir a ninguna parte. Que tiene veinte años, joder. No sabe lo que quiere ni tampoco lo que le conviene.

Se tardan dos segundos en cometer un error, pero luego hay que apechugar con ellos toda la vida. Y no quiero que mis hijos tengan

que sufrir tanto.

Salto de la camioneta y me dirijo a la casa para prepararme el agua con jabón yo mismo antes de que Noah pueda rebatirme nada.

Capítulo seis

Tiernan

—¿Te importa si cojo la camioneta para ir al pueblo y comprar algo de comida? —pregunto desde la mesa mientras desayunamos y jugueteo con el beicon tostado, que cruje en el plato cual patata de bolsa—. Y, de paso, si necesitáis algo, también puedo recogerlo.

Jake, que está masticando la comida, me mira y yo clavo los ojos en su entrecejo, concentrada, para intentar olvidarme de que no lleva puesta la puñetera camiseta. Ahora en serio: ¿es que estos dos nunca se acaban de vestir del todo? Las mujeres nos aguantamos, por mucho calor que haga y por más que sudemos; no vamos por ahí medio desnudas.

—¿Qué más necesitas, aparte de beicon? —me pregunta.

Hago caso omiso a su broma y sigo con mi cara de póquer.

Al final, se ríe.

—Claro que puedes coger la camioneta.

Se lleva la mano al bolsillo trasero, abre la cartera, saca algo de dinero y lo deja en medio de la mesa. Noah se acaba el vaso de leche.

—Tengo dinero —afirmo.

Puedo pagarme lo que haga falta. Jake me reprime:

—Yo también. En esta casa no nos hace falta el dinero de los De Haas.

«El dinero de los De Haas».

Vuelve a guardarse la cartera en el bolsillo y miro los cien pavos que ha dejado en la mesa. Es muchísimo más de lo que necesito.

Aunque creo que ya lo sabe. Solo quiere demostrarme que puede mantener mis elevados estándares igual que lo hacía su hermano.

Por desgracia, soy incapaz de callarme la boca.

—Para no querer el dinero de los De Haas, bien que te has metido a uno de ellos en casa.

Levanto la vista y le aguanto la mirada. Si tanto le molesta tener dinero de los De Haas en esta casa, sin duda alguna también debe de molestarle tenerme a mí aquí.

—Eres de los nuestros —aclara explícitamente—. Y seremos nosotros quienes paguemos todo cuanto necesites.

Me lo quedo mirando un poco más. Noah se inclina y coge el dinero.

—Yo voy con ella. Tengo que pillar algunas cosas.

Nos levantamos, enjuagamos los platos y los metemos en el lavavajillas.

—Cuando hayáis acabado de guardar la compra, tirad las bolsas de plástico en el barril —dice Jake que sigue comiendo en la mesa—. Quemaré toda esa porquería por la tarde.

Me detengo y lo miro desde detrás.

—¿Que quemarás porquería? —repito mientras pienso en qué argumento puedo darle para que no rechiste—. No lo hagas. Por favor... Es malo para ti, porque es aire nocivo, y es perjudicial para el planeta. —Doy la vuelta a la mesa para colocarme frente a él—. Por algo es ilegal.

Quemar hojas es una cosa, pero plástico y...

Suelta el tenedor, que repiquetea al caer en el plato, y coge la taza de café.

—Los camiones de la basura no llegan hasta aquí, cielo.

—Encontraremos otra solución —objeto—. No puedes quemar plástico o papeles entintados o...

—Las californianas estáis muy concienciadas con todo esto del medioambiente, ¿eh? —Noah se ríe desde el fregadero—. Nada de pajitas de plástico, hay que llevar siempre las bolsas de la compra desde casa... Me comentan por el pinganillo que, además, tiráis la cadena del váter una vez sí y otra no.

Frunzo tanto el ceño que incluso me duele.

—Sí, y en algunas ocasiones hasta nos duchamos juntas para ahorrar agua. Es maravilloso.

Oigo a Jake reírse por la nariz; bajo la vista de nuevo y arqueo una ceja sin que nadie me vea. No tengo ni la menor idea de dónde acaba de salir este sarcasmo; es nuevo incluso para mí. Aprieto la mandíbula. No pienso sentirme orgullosa de ello.

Me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo y miro a Jake otra vez.

—Y el dinero de los De Haas se lo ganaron mis padres a base de mucho esfuerzo. Aportaron su granito de arena al mundo. La gente aprecia lo que hacían, aunque a ti no te cayeran bien. O a mí.

En cuanto las palabras salen de mi boca, pestañeo. Me he sorprendido a mí misma. Aun así, a pesar de que tuviera algunos problemas con mis padres, acabo de darme cuenta, por primera vez, de que soy muy protectora en cuanto a lo que a su legado se refiere.

—El mundo los recordará —señalo.

—Yo también. —Jake se recuesta en la silla y me mira divertido—. Sobre todo contigo rondando por aquí.

Me quedo dubitativa un momento. Por alguna razón, sus palabras me perturban. Habla como a largo plazo. Como si fuera a quedarme.

—Puede que me marche pronto —suelto de repente.

Sin embargo, enseguida me arrepiento. Me ofreció quedarme con ellos cuando no tenía por qué hacerlo. Y vine por voluntad propia.

Debería ser más agradecida.

Aunque... también es cierto que ayer me amenazó con obligarme a que me quedara contra mi voluntad.

—A veces eres un poco capullo —le digo.

Noah gira la cabeza de golpe hacia nosotros, abre los ojos como platos y alterna la mirada entre su padre y yo.

—Yo soy un trozo de pan, Tiernan —responde mi tío antes de levantarse agarrando la taza de café por el asa—. Aún no has conocido a Kaleb.

Oigo a Noah reírse de una broma interna que ellos han pillado pero yo, claramente, no. Doy media vuelta y me dirijo a mi habitación para asearme.

—¡Y ponte una camisa como Dios manda antes de salir! —me grita Jake.

Gruño en silencio y subo las escaleras con más ímpetu del normal sin hacerlo a propósito siquiera.

«Hazte tú mismo la comida». Provocarme nunca trae nada bueno.



Me ducho en un santiamén; me deshago del empalagoso sudor, de la suciedad y de la peste del establo. Estoy bastante segura de que tendré que volver a ducharme luego, aunque sea para lavarme el pelo, porque ahora mismo no tengo demasiado tiempo.

Me peino y vuelvo a ponerme la gorra que me ha dejado Noah esta mañana. Salgo de la habitación a toda prisa con unos vaqueros limpios, una camiseta y mi bolso tipo bandolera.

En realidad, Jake tiene bastantes cosas en la despensa, sobre todo si hablamos de productos frescos. Sin embargo, cuando vine, con las prisas, me olvidé de coger algunas... otras cosas que necesito.

Al salir veo que Noah ya me está esperando. Está sentado en una moto de *cross* con el casco puesto y otro en la mano.

Dudo un segundo y miro hacia la camioneta que tiene justo detrás. ¿Vamos a ir por separado o...?

—¿Qué haces? —le pregunto mientras bajo los anchos escalones de madera.

—Llevarte al pueblo.

Me pasa el casco, lo observo y luego dirijo mi mirada hacia él. Algunos mechones rubios le acarician la frente.

Levanto las cejas. ¿Vamos a ir hasta el pueblo en moto?

—¿Y dónde se supone que vamos a meter la compra? —le pregunto.

Noah se ríe por lo bajo, le da al contacto, gira el manillar y revoluciona el motor.

—Sube, que no muerdo —me dice antes de dedicarme una mirada más bien pícara—. Al menos, no a mis primas pequeñas.

Casi pongo los ojos en blanco. Cojo el casco y me lo coloco encima de la gorra, pero la parte de delante choca con la visera. Es muy incómodo. Intento arreglarlo un poco, pero al final me quito primero el casco y luego la gorra.

Noah me agarra los brazos para que pare.

—Así. —Coge la gorra y me la pone del revés, con la visera hacia atrás, antes de colocarme el casco encima.

Vaya.

Suerte que no me haya dicho que me quitara la gorra. La verdad es que prefiero dejármela puesta, porque llevo el pelo hecho un

desastre.

Me abrocha el cierre debajo de la barbilla e intento apartar la mirada, pero no puedo; tiene los labios encorvados en una media sonrisa despreocupada que hace que un escalofrío me recorra de los pies a la cabeza. Y luego están esas pestañas negras que le tapan los ojos azules. Y la camiseta sin mangas (porque se las ha cortado) que deja a la vista sus dorados y musculados brazos. Y los pantalones, que siempre lleva hechos una pocilga, porque para impresionar a alguien no necesita demasiado esfuerzo.

Me puede la envidia. No sigue un plan; vive al día.

A lo mejor no habría estado tan mal tener primos de pequeña. Podría haber venido aquí en verano y divertirme pasando horas al sol, ensuciándome y bromeando con él.

Además Noah no me pone tan nerviosa como Jake.

Me mira a los ojos y yo aparto la vista. Me deshago de sus manos y me acabo de abrochar el casco.

—¿Has ido en moto alguna vez? —me pregunta.

—No. —Me monto detrás de Noah y me coloco el bolso a un lado.

—No voy demasiado rápido —me tranquiliza—. Pregúntaselo a cualquier chica.

—Yo no soy una chica cualquiera —lo corrijo, rodeándole la cintura con los brazos y agarrándome las manos—. A mí, si me haces daño, vas a tener que llevarme a casa igualmente y seguirás viéndome a diario.

—Eso es cierto.

Se baja la visera del casco y arranca. Me quedo sin aliento.

¡Joder! Me agarro todavía más fuerte en un acto reflejo y le aprieto las piernas contra el cuerpo. Me da un vuelco el estómago. La moto se tambalea más que la camioneta. Desvío la vista de un lado a otro intentando mantener el equilibrio, pero, como Noah no

ralentiza, poco puedo hacer aparte de sujetarme. Puede que él sepa lo que hace, pero para mí es algo nuevo. Pestañeo con fuerza y me limito a bajar los ojos y a no mirar a la carretera.

Estas cuestas eran bastante empinadas cuando subimos con Jake el otro día. Creo que es mejor que no mire, así no sabré cómo es bajarlas en moto. ¿Será legal conducir por aquí?

Me sujeto con más fuerza con la vista clavada en su camiseta para no tener que ver nada más; sin embargo, al cabo de un minuto, intento soltarme un poco. Estoy pegada a su espalda a más no poder. Seguro que Noah está incómodo.

Aun así, quita una mano del manillar y me obliga a seguir agarrándome a él, de modo que vuelvo a tener el pecho aplastado contra su espalda.

Gira la cabeza y se levanta la visera.

—¡Cógete bien! —grita.

Vaaale... Vuelvo a agarrarme a él con fuerza.

Seguimos conduciendo por ese camino empedrado hasta llegar a uno que está asfaltado; luego, giramos a la izquierda y volvemos por donde vine hace un par de días. La gravedad hace que mi cuerpo no se despegue del de Noah en todo el trayecto.

Cuando llegamos a la zona asfaltada y el terreno queda un poco más nivelado, levanto la vista y miro a ambos lados. Hay árboles por todas partes y atravesamos una zona frondosa llena de cuestas, acantilados y desprendimientos de rocas. Cuando vine por aquí anteayer, estaba todo oscuro y no vi casi nada; ahora lo veo todo muchísimo mejor.

Jake lo decía en serio. Aunque muchos de los árboles pierdan las hojas cuando llegue el invierno, aún quedarán muchísimas coníferas que, con las nevadas, obstaculizarán la visión. El paisaje cambia: de repente, lo que hace un segundo eran barrancos se convierte en

escarpados acantilados, y van apareciendo algunos montones de rocas que han caído de alguna zona inestable a ambos lados de la carretera. Incluso ahora, que aún hace buen tiempo, es peligroso estar aquí. El Ayuntamiento no va a pagar a nadie para que suba a quitar la nieve y echar sal en las carreteras solo por una familia.

Cosa que, por lo que entiendo, es precisamente lo que quiere mi tío. ¿Querrá Noah lo mismo? Recuerdo lo que dijo ayer:

«Yo me iría. Me iría en menos que canta un gallo. No tienes por qué estar aquí, pero mírate. Y yo, que sí tengo que estar, daría lo que fuera por marcharme».

Entonces, ¿por qué se queda? Jake no puede obligarlo. Noah ya es adulto.

Giramos y conducimos por la carretera hasta llegar a la autovía, aunque tardamos otros veinte minutos largos en contemplar el pueblo a lo lejos. Vislumbro un par de campanarios entre las copas de los árboles. Las calles están rodeadas por edificios de cemento donde descansa la sombra de los muchos arces que, como es de esperar, en octubre, cambiarán su color y se vestirán de naranja y rojo.

Llegamos al primer *stop*. Noah reduce la velocidad y se levanta la visera.

—¿Tienes más? —le pregunto—. Más primas, quiero decir.

No sé ni por qué me importa.

Niega con la cabeza.

—No. —Y entonces se lo repiensa—. Bueno, quizá. No lo sé.

Nosotros somos primos por parte de su padre, o sea, que la parte que falta es la materna. ¿Dónde está su madre? No conozco a Jake desde hace mucho, pero me cuesta imaginármelo tranquilo, en casa, con esposa. ¿Estuvo casado?

Por un lado, me resulta fácil pensar en él de una forma bonita, criando a dos hijos completamente solo. Por el otro, en cambio, tampoco me cuesta imaginar que sacara tanto de quicio a alguien como para que la persona en cuestión acabase saliendo por patas.

Estoy a puntísimo de preguntarle a Noah acerca de su madre, pero como me diga algo triste, como que está muerta o que lo abandonó al nacer, no sabré qué responder. Porque nunca sé qué decir cuando alguien me cuenta algo triste que yo no puedo remediar. Me sale una especie de compasión falsa.

Se agarra al manillar y se le marcan las venas del antebrazo. Arranca y me sujeto con más fuerza todavía mientras avanzamos por la calle principal del pueblo, rodeada de tiendas a ambos lados.

Se acerca a una y aparca. Da marcha atrás y deja la moto de cara, lista para salir en cualquier momento.

—Si quieres, te enseñaré a ir en moto —ofrece al bajar mientras nos quitamos los cascos—. Pero, a cambio, tendrás que quedarte.

Lo imito y dejo el casco en el otro manillar antes de ponerme bien la gorra y seguirlo por la acera.

—Casi no me conoces y no soy simpática —digo entre dientes—. ¿Por qué quieres que me quede?

—Porque en el pico todo es siempre igual. No cambia nada. Nunca.

¿A qué se refiere?

Entro en la tienda sin responder, porque tampoco sé de qué me está hablando.

—Hey, Sheryl —saluda a la mujer que hay en el mostrador, y esta le sonríe mientras le pasa la bolsa a una clienta.

Miro a mi alrededor. La tienda es muy pequeña. Madre mía, pero si solo hay seis pasillos... Espero que tengan ramen.

—Pilla lo que necesites —me dice—. Nos vemos en la caja en un rato.

Se aleja y desaparece por uno de los pasillos de la derecha.

Cojo una cesta. Por suerte, Noah se ha ido en dirección opuesta a la mía. Me dirijo a la farmacia, al fondo del todo.

Es una tienda pequeña pero resultona, con un rollo parecido a las de principios del siglo XX con cajas registradoras *vintage* y madera refinada por todas partes. Paso por delante de una barra en la que hay un par de clientes sentados en taburetes, disfrutando de batidos caseros; en esta misma barra descansan un dispensador de refrescos antiguo y una carta de helados con crema, frutas y nueces, además de otros dulces.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta sonriente el farmacéutico.

—Sí —respondo en voz baja—. Quisiera que me mandaran una receta aquí, si puede ser. ¿Le doy el número de teléfono de la farmacia de mi zona?

—Claro. —Se saca un bolígrafo de la bata blanca y coge un bloc de notas—. Lo hacemos enseguida. Llamaré a tu farmacia y podemos tenerlo hoy mismo.

Genial.

—¿Qué número es? —pregunta.

Se lo dicto y miro mientras lo escribe: «213 555 3100».

—¿Y tu nombre es...?

—Tiernan de Haas. Nací el 1 de noviembre de 2001.

—¿Y de qué es la receta?

Doy un vistazo rápido a mi alrededor en busca de Noah.

—Eeeh... Es la única receta que tengo en esa farmacia.

Levanta la vista y ríe ligeramente.

—Solo me hace falta saber cuál es para confirmarlo.

Doy un golpecito con el pie.

—Tri-Sprintec —me apresuro a responder sin apenas mover los labios.

Asiente como si nunca hubiera tenido un primo extremadamente indiscreto y bromista a quien le encantaría saber que tomo pastillas anticonceptivas e interesarse en por qué las necesito si, total, me pasaré el invierno encerrada en una casa en la montaña a la que no vendrá ningún hombre.

Lo miro mientras llama a la farmacia y apunta algo en el ordenador antes de colgar y desviar la vista hacia mí.

—Dame diez minutos. —Se da la vuelta y se dirige a la trastienda.

Me siento tentada de pedirle que me dé suficientes para algunos meses, pero todavía no sé si me quedaré, de modo que si veo que necesito más para todo el invierno, ya volveré. Y la próxima vez bajaré con la camioneta y sin Noah.

Para ser sincera, no me hace falta tomarme esas pastillas, y menos aún todo el invierno. Sin embargo, llevo con esa rutina desde los catorce años y me resulta más fácil seguir tomándomelas que parar y luego tener que empezar otra vez.

Doy vueltas por la tienda y cojo unas cuantas cosas más que tenía apuntadas en la lista: algún que otro tentempié que me guste, crema solar, los complejos vitamínicos que olvidé en casa y unas cuantas velas. También pillo unos auriculares de más, bolis y papel. En el último pasillo encuentro el ramen; es de esos baratos que valen menos de cincuenta centavos, pero me apetece.

—Hey —me saluda una voz femenina desde detrás.

Me doy la vuelta y veo a una chica más o menos de mi edad con los ojos puestos en mí.

—Hola. —Le devuelvo el saludo, pero doy un paso hacia atrás. Está muy cerca.

Va con unos vaqueros ajustados y botas de trabajo. Tiene el pelo largo, oscuro y rizado. Esconde las manos en los bolsillos de un jersey de camuflaje y frunce los labios, que lleva pintados de rojo.

—Bonita gorra —señala.

Ah, ¿sí? Creo que ni siquiera he leído lo que ponía cuando me la ha dado Noah; me la he puesto y punto. Aunque nueva no es.

—Gracias.

Aprieta los labios y entorna los ojos. ¿Sabe quién soy? Todavía no he conocido a nadie.

Paso por su lado y sigo caminando por el pasillo.

—¿Eres la novia de alguno de los moteros? —me pregunta, siguiéndome.

Cojo una esponja de baño y champú, y desvío la vista hacia la chica. «¿La novia de alguno de los moteros?».

Ah, claro. Que aquí hacen *motocross*. No acabo de entender por qué ha llegado a esa conclusión.

—No. Disculpa.

Continúo alejándome por el pasillo, pero me sigue.

—¿Y de dónde has sacado la gorra?

La gorra... Me detengo, la miro y abro la boca como si fuera a responder, pero la cierro de inmediato. ¿He hecho algo malo? ¿Quién es esta chica?

—Si no eres de los del grupito de *motocross*, ¿de dónde la has sacado? —insiste.

—Me la han dado —respondo seria antes de dirigirme hacia la caja, no sin antes coger un paquete de café en grano—. ¿Hay algún problema?

—Era solo por saber. No vives aquí, ¿verdad?

Casi me da por reírme por la nariz. Suena muy esperanzada.

No digo nada. No tengo claro si será cosa de los pueblos pequeños, pero en el lugar de donde yo vengo no vamos soltando información personal a cualquier entrometida incontrolable. Puede que piense que soy borde, pero en Los Ángeles lo llamamos «cómo conseguir que no te roben, no te violen y no te maten».

—Pues sí. Sí que vive aquí —responde Noah mientras se acerca a mí—. Vive con nosotros.

Deja un montón de porquerías en el mostrador y me rodea con el brazo mientras le sonríe a la chica, como si estuviera restregándole algo.

¿Qué está ocurriendo aquí?

Algo me llama la atención y bajo la vista hacia la compra de Noah. Entorno los ojos y empiezo a contar: uno, dos, tres...

Ocho paquetes de preservativos. Ocho.

Lo miro y arqueo una ceja.

—¿Seguro que no necesitas el *pack* ahorro que venden por Internet?

—¿Llegará esta noche? —responde de mala gana, mirándome.

Pongo los ojos en blanco, aunque en realidad me apetece sonreír o incluso... reírme. Qué tonto es.

Pero no lo hago.

Aparto la vista, porque no consigo dar con una respuesta ocurrente, y Noah se ríe. Sin embargo, cuando vuelve a mirar a la chica, se le vuelve a tensar el rostro.

—Quítate de en medio —la avisa.

La chica alterna la mirada entre Noah y yo, y finalmente se aleja, justo cuando Sheryl empieza a sumar el total de lo que hemos comprado. Cojo un par de bolsas reutilizables de un estante que hay cerca y las dejo con el resto de la compra.

Creo que no me equivocaba. La chica no intentaba ser amable, porque parece que Noah se haya puesto de los nervios con solo verla.

—Cici Diggins —me explica mientras saca el dinero que nos ha dado antes su padre—. Cuando ve que llega al pueblo una chica más guapa que ella, le puede la inseguridad.

¿Está hablando de mí?

—No le hará ninguna gracia que vivas con nosotros —añade.

—¿Por...?

—Ya lo verás. —Se ríe y coge las bolsas—. Va a ser divertidísimo ver cómo avanza todo esto.

«¿Cómo avanza todo esto?». Frunzo el ceño. A mí los dramas no me van.

Dejo que Noah salga fuera con la compra y corro hacia la farmacia para recoger lo mío. Me hago con la bolsa y meto el blíster de las pastillas en el bolsillo trasero de los pantalones antes de salir.

Al acercarme a la moto veo una mochila enorme atada delante del manillar y exhalo. Menos mal que no tengo que sujetar toda la compra y agarrarme a él de camino a casa.

Vuelvo a ponerme la gorra del revés y cojo mi casco. Noah tiene el suyo en la mano y mira al otro lado de la calle con una sonrisita de superioridad en los labios.

Le sigo la mirada.

Un tío (creo que el mismo que fue ayer a su casa con el grupo de moteros) está sentado en la mesa de una cafetería con otros chavales más y le aguanta la mirada a Noah.

Pensé que quizá era Kaleb, pero este chico no tiene pinta de haber crecido ordeñando vacas o limpiando las cuadras de los caballos. Va con los típicos vaqueros que se ponen los tíos que se lavan el pelo con acondicionador, y tiene toda la pinta de llamarse

Blaine y de que le gusten las chicas que responden al nombre de Kassidee.

—¿Lo conoces? —pregunto mirando a Noah.

Asiente.

—Terrance Holcomb. La próxima estrella del *motocross*. —Me acerca tanto a él que nuestros cuerpos se pegan el uno al otro y yo me quedo sin aliento mientras Noah me abrocha el cierre del casco —. Y a quien mira no es a mí, Tiernan.

Noah se me acerca todavía más; me roza el pecho con el suyo, un cosquilleo se me cuela en el estómago y me quedo en blanco. ¿De quién estábamos hablando?

Se inclina hacia mí y se aproxima tanto que le noto el aliento en la cara. Me sonríe pícaro y entonces me fijo en que tiene una cicatriz de unos ocho centímetros en la barbilla.

—¿Qué haces? —le pregunto.

¿Por qué está tan cerca?

Noah se limita a sonreír, travieso, otra vez.

—Se lo estoy restregando —contesta antes de desviar la mirada detrás de mí, hacia el chico que hay al otro lado de la calle, y apretarme un poco más la correa del casco—. Que se entere de que no puede ni tocarte.

«¿Porque...? ¿Porque soy vuestra? Puaj».

—Das asco —murmuro.

Noah ríe entre dientes y me empuja con gracia mientras se pone el casco.

Volvemos a subir a la moto y vamos directos a casa. Juro que pensé que perderíamos el tiempo con sus amigos o alguna novia, pero Noah arranca y sale del pueblo a toda leche, como si tuviera prisa.

O como si tuviera prisa por dejarme en casa.

Empiezo a asimilarlo todo mentalmente. La escenita que ha montado porque ha visto a ese tío en el pueblo. El consejo de Jake de no acercarme a los chicos de por aquí. El hecho de que hoy me haya dicho que me pusiera una camisa como Dios manda antes de salir de casa... No se llevarán bien, pero algo sí que tienen en común: son los dos un agobio, padre e hijo.

Aunque tampoco está tan mal. Quizá incluso me habría gustado que mi padre se comportase así de vez en cuando. Estar demasiado encima de la gente todo el rato no está bien, pero con moderación... No sé, supongo que es como sentir que alguien se preocupa por ti. A lo mejor me habría gustado que hubieran sido más estrictos conmigo cuando era pequeña.

Por desgracia para Jake y para Noah, no fue mi caso. Y ahora ya es un poco tarde.

Me agarro con fuerza a Noah mientras volvemos a subir por las montañas. Por suerte, ahora va muchísimo más lento. La gravedad me empuja hacia atrás, y tengo miedo de caerme de la moto.

Aprieto tanto las manos para sujetarme bien que me arden los músculos.

Llegamos a una zona más plana, relajo un poco los brazos y Noah frena la moto en un lado de la carretera, al borde de un precipicio.

El estómago me da un vuelco, pero entonces miro a través de los árboles que hay más abajo y contemplo las vistas. El pueblo se extiende a nuestros pies en medio de un valle rodeado de montañas, árboles y terreno que se propaga a lo lejos. Ante mis ojos, una explanada inmensa que hace que se me ensanche el corazón.

—Guau —musito.

Nos quedamos aquí sentados un rato, admirando el panorama. Noah se quita el casco y se pasa la mano por el pelo.

—No hablas mucho, ¿verdad? —pregunta.

Pestañeo y vuelvo a la realidad. «Acabo de perder a mis padres. ¿Debería estar más parlanchina?».

Me trago las palabras antes de que me salgan de la boca. Si soy así, no es porque hayan fallecido mis padres, pero tampoco tengo que dar explicaciones a nadie solo porque tenga una idea preconcebida de lo que «es normal».

—Mi padre piensa que, como tus padres eran un incordio, no te pone triste que se hayan muerto —dice con los ojos clavados en el valle—. Yo creo que no es eso, sino que estás más bien enfadada porque, en realidad, la cosa iba al revés. ¿Me equivoco? Eran tus padres quienes te veían a ti como un incordio.

Aprieto la mandíbula. ¿Noah y su padre hablan de mí? ¿Y quién dice que no estoy triste? ¿Qué sabrá él de todo esto? ¿Es que acaso hay una serie de comportamientos que hay que adoptar cuando se muere un familiar? Si alguien se suicida tras la muerte de un ser querido, ¿significa que está más triste que yo?

Suelto a Noah.

—Que aquí también tenemos Internet, ¿eh? —suelta—. Hannes y Amelia de Haas. Estaban obsesionados el uno con el otro.

Gira la cabeza y veo cómo mueve los labios al hablar, pero me he quedado helada. Noah continúa:

—Tuvieron una hija porque creían que era lo que tocaba, pero luego se dieron cuenta de que ser padres no era tan fácil como pensaban. Tenerte a ti los alejó a ellos.

Trago saliva para deshacerme del nudo que comprime mi garganta y siento cómo se me empañan los ojos, pero no permito que aparezcan las lágrimas. ¿Cómo sabe todo esto?

—Así que, cuando ya no eras tan pequeña, se aseguraron de que alguien más se encargara de ti —sigue—. Y te metieron en

internados, te mandaron a campamentos de verano, contrataron canguros...

Me empieza a temblar la barbilla y no hago nada para impedirlo, porque, de todos modos, Noah no puede verlo.

—Para ti, tus padres no eran un incordio. Tú los querías —sentencia.



Horas más tarde, cuando ya llevo un buen rato en la cama, sus palabras siguen retumbando en mi cabeza. «Tenerte a ti los alejó a ellos. Eran tus padres quienes te veían a ti como un incordio. Tú los querías».

No.

Intento alejarme, pero algo me agarra la mano y me duele. Tiro de ella y grito, pero todavía me duele más, y aunque sigo dando pasos hacia atrás, no me muevo del sitio por más que lo intente. Ni tampoco consigo zafarme de lo que sea que me está agarrando.

¿Qué es? «Suéltame. Suéltame».

Los quise en su día. De verdad. Pero...

Agito la mano para deshacerme de lo que sea que no me suelta, pero no puedo girarme ni salir corriendo.

Los quise en su día. Pero ahora ya no.

No lo sé. Qué sé yo.

Abro los ojos de repente y noto que estoy rozándome el vientre, desnudo, con el dedo pulgar, que tengo frío. Pestañeo, me siento y hago una mueca. El dolor es cada vez más punzante. Bajo la vista y veo que tengo la mano enganchada en la camiseta y metida en lo

que, cuando me acosté, no era más que un agujero pequeño en la tela (aunque ahora se ha desgarrado y es enorme).

Saco la mano y cierro el puño para activar el flujo sanguíneo.

—Mierda —susurro.

Alargo el otro brazo hacia la mesita de noche y tiro el despertador acompañando el gesto con un gruñido.

Vine para tener un poco de espacio. Para alejarme de todo. Sin embargo, todavía estoy peor que cuando llegué. Llevo tres días aquí y ya estoy teniendo pesadillas y malestar por la noche, algo que no me ocurría desde que cumplí nueve o diez años. Toda esta mierda me sobra. Noah no tenía razón alguna para sacar a colación temas de mi vida privada, y menos aún si de esos temas él no sabe de la misa la media. Si quiero hablar de lo que sea, ya lo haré.

Tengo el labio superior sudado; me lo seco, retiro las sábanas para destaparme, enciendo la lámpara, me pongo de pie y busco la maleta debajo de la cama. No tengo que irme a casa, pero tampoco tengo que quedarme. No les caigo bien. Y a mí ellos tampoco. Hay miles de sitios donde la gente me dejaría en paz. Siempre he querido ir a Costa Rica. Alquilar una casa en un árbol. Pasear entre arañas y serpientes. Vivir rodeada de insectos cuyo tamaño no es ni medio normal. Todo eso se me antoja muchísimo más placentero que permanecer aquí.

Salgo disparada de la habitación y bajo las escaleras. La casa está completamente a oscuras y solo se oye el tictac del reloj de pie a lo lejos.

Jake se despertará en unas horas. Debería marcharme ya. No sé si llegaré muy lejos; con las maletas y todo, creo que tardaré unos dos días solo en llegar al pueblo.

Cuando llego al final del pasamanos, giro y me dirijo a la cocina. Abro la puerta del garaje y bajo los cinco escalones que hay hasta

llegar a la lavadora y la secadora. Voy con los *shorts* del pijama y, como la noche es fría, se me ponen los pelos de punta. Abro la secadora y saco las pocas piezas de ropa que he metido antes, incluida la camisa de franela de Noah.

Cojo una camiseta limpia y me subo la que llevo puesta en un santiamén para cambiarme lo más rápido posible.

Pero entonces oigo el pomo de la puerta del taller.

Giro la cabeza hacia la izquierda y me bajo otra vez la camiseta.

Abro la boca de par en par y se me pasan mil cosas por la cabeza mientras agudizo el oído por si han sido solo imaginaciones mías. Jake y Noah están durmiendo arriba, ¿no? Y es la una y pico de la madrugada.

No ha pasado ni un segundo y ya vuelvo a oír el mismo ruidito, acompañado de un golpe seco al otro lado de la puerta. Salto y pillo una barra de acero un poco oxidada de la mesa de trabajo. Me quedo aquí plantada un segundo antes de echarme atrás y decidir que quizá sea mejor volver arriba y avisar a mi tío.

Sin embargo, antes de que pueda darme la vuelta, alguien abre la puerta de golpe. Cojo aire y el viento que entra en el taller hace revolotear las hojas. Y mientras voy chocando con todo para llegar hasta la barandilla, veo un animal muerto y sangre. Me caigo de culo y me llevo las manos detrás para amortiguar el impacto. Me he quedado sin aliento. ¿Qué diablos...?

Un tipo en vaqueros, descamisado, aparece en medio del marco de la puerta. Tiene el torso desnudo y ensangrentado, pues lleva un animal muerto colgando del cuello. Me lo quedo mirando con la boca seca y un nudo en la garganta. El chico se dirige a la mesa de madera, donde tira el ciervo muerto, con sus largas astas incluidas, y se da la vuelta para cerrar de nuevo la puerta del taller de una patada.

Contemplo la escena aterrorizada. Chorros de sangre le atraviesan la espalda y le recorren la columna vertebral. Desvío la mirada hacia el animal, cuya cabeza cuelga por el borde de la mesa. Aparto los ojos un segundo y me trago la bilis.

El ciervo que había aquí el día que llegué yo, ¿también lo trajo él?

Me doy la vuelta. Él me mira a los ojos mientras se acerca al lavamanos que hay al lado de la secadora. Vuelve a apartar la mirada y abre el grifo.

Intento humedecerme la boca, salivar como sea, pero la sangre que le envuelve el cuerpo... Dios. Aprieto los puños a mis espaldas.

¿Quién...?

Y entonces caigo.

Es él. Es Kaleb; el hijo mayor.

Coge la manguera y se inclina por encima del lavabo. Se moja el pelo y se pasa el agua por la espalda para limpiarse. Luego vuelve a ponerse de pie y lo miro mientras se moja el cuello por detrás. Lleva un tatuaje muy fino y borroso que va desde la nuca hasta el hombro; es un texto o algo por el estilo.

Se desliza las manos por el vientre y se le contraen los músculos. El agua le cala los pantalones. La bombilla que cuelga del techo se balancea de lado a lado a causa del viento que se ha colado por la puerta, iluminando a Kaleb un segundo y dejando que se lo trague la oscuridad al otro.

Vuelve a girar la cabeza y me mira. Me estudia de arriba abajo con los ojos y, a continuación, los fija en mi cuerpo; entorna la vista y aprieta la mandíbula. A mí me da un vuelco el estómago y se me ponen los pelos de punta. De pronto, la habitación parece muchísimo más pequeña.

Cojo aire.

—Eh... Eres, esto... —tartamudeo mientras me levanto—. Eres, eh..., Kaleb, ¿verdad?

Me mira a los ojos de nuevo y veo que en realidad no son tan oscuros. Son verdes.

Pero tiene pinta de estar enfadado.

Frunce sus negras cejas y su mirada queda escondida bajo la sombra. Da media vuelta, como si yo no estuviera aquí, y acaba de lavarse. Cierra el grifo, coge un paño del taller para secarse la cara y el cuello, y luego hace lo propio con el pelo (que lleva empapado), no sin antes peinárselo hacia atrás.

¿Hola?

¿Qué problema tiene este tío? ¿Por qué no me contesta?

Pero cuando se gira hacia mí, tira el trapo en el lavamanos y me mira a los ojos de nuevo. Me aguanta la mirada y ladea ligeramente la cabeza. Casi me río. Ese gesto le da un aire muy inocente, como si fuera un perrito curioso.

Y, entonces, vuelve a desviar su penetrante mirada hacia mi estómago y se me agita el pecho al respirar, cada vez con más y más pesadez. Aprieto los muslos. Sin pensarlo, me llevo la mano al mismo punto donde él ha clavado los ojos. Y entonces lo noto.

Noto el tacto de la piel desnuda de mi vientre.

Se me entrecorta la respiración y bajo la vista. Todavía llevo la camiseta agujereada con la que me he despertado antes, y se me ve la barriga. Menuda vergüenza. Llevo todo el rato...

En ese instante, muevo la mano y me rozo el pecho por la parte lateral inferior de la prenda, que también está al puto descubierto, con los dedos. Me quedo sin aire al instante y tiro de mi camiseta tanto como me permite la tela antes de caminar hacia atrás con la intención de salir pitando escaleras arriba.

No obstante, en cuanto me muevo, Kaleb hace lo mismo y viene directo hacia mí. Se me acerca y aprecio las gotas de agua que le resbalan por la piel. Me pongo a correr hacia las escaleras, pero me agarra y me empotra contra la pared.

¿Qué...?

Me quedo sin aliento y el miedo se apodera de mí.

Incrusta su cuerpo contra el mío, me sujeta de la cintura con una mano y planta la otra en la pared que tengo detrás, justo por encima de mi cabeza. Coloca la frente encima de la mía y me mira a los ojos. Es un abrazo íntimo y me da la impresión de que me besará en cualquier momento, pero no lo hace. Abro la boca para decir algo; sin embargo, cuando le noto el aliento (caliente y embriagador) en los labios, me da la impresión de que el cuarto empieza a dar vueltas.

Kaleb es frío, pero yo noto un halo de calor que me recorre el cuerpo por dentro. Es como si fuera a echarme a sudar.

Levanta el brazo y acaricia mi cinta roja con los dedos antes de llevarse un mechón de pelo a la nariz y olerlo.

Y entonces se inclina hacia un lado y me pasa la nariz por la oreja, el nacimiento del pelo y la frente, inhalándome.

Oliéndome.

Es raro, pero no puedo moverme. Mi cuerpo reacciona ante el placer que me provoca su gesto y tiemblo. Se me tensa todo; los pezones se me endurecen hasta que se rozan con la camiseta y cierro los ojos un segundo porque me encanta la corriente eléctrica que me corre por las venas ahora mismo.

Debería apartarlo de mí.

Aun así y por alguna razón que desconozco, no puedo levantar los brazos.

—No, eh... —balbuceo—. Creo que no deberíamos...

Pero entonces coloca una mano entre los dos y, con la frente pegada a la mía y una mirada fogosa, empieza a desabrocharse el cinturón y los pantalones.

Guau. ¿Qué? Abro la boca a más no poder.

—Espera. Para. —Le apoyo las manos en el pecho—. No puedes... ¿Qué ha...?

Vuelve a ejercer presión con su cuerpo contra el mío. Se le acelera la respiración, tiene la boca un poco entreabierta y siento su erección, dura, mientras se frota entre mis piernas.

Suelto el aire con dificultad y los párpados se me mueven a mil revoluciones por segundo.

Me desliza las manos por la parte trasera de los *shorts* y me agarra el culo antes de cogerme en brazos y darme la vuelta. El estómago me pega un vuelco increíble y lo único que puedo hacer es sujetarme a él mientras me deja en el capó de un coche y me tira hacia delante para acomodarse entre mis piernas.

—Kaleb —digo intentando apartarlo de mí—. Kal...

Me coge el pelo por detrás y me empotra todo el cuerpo otra vez mientras se me cierne sobre la boca, hambriento y salvaje, para besarme y silenciarme. Me cuela la lengua entre los labios y las palpitaciones que siento me hacen gemir.

«¡Para!».

Hostia puta.

Mece las caderas por encima de mi cuerpo, cada vez más rápido, y se le acelera la respiración mientras me muerde y juguetea con mis labios antes de succionarme la lengua con muchísima fuerza. Me arden los muslos.

¿Qué demonios está haciendo? ¡Joder! ¿Nos hemos presentado o algo parecido?

Trago saliva.

—¡Para! —grito, sintiendo las pulsaciones cada vez más fuertes—. Para. ¡Para ya!

Pero Kaleb se inclina sobre mí, obligándome a apoyarme en el coche, y baja su cálida boca al vientre.

Sacudo la cabeza y las lágrimas se me van acumulando en el rabillo del ojo porque esta sensación es genial, pero no quiero que me guste. No quiero que siga bajando. No quiero rodearle el cuerpo con las piernas. Nada de lo que está haciendo hace que me sienta bien; no es cariñoso y no está consiguiendo que me ablande y desee devolverle los besos.

Cierro los ojos mientras sus labios me van succionando y mordiendo el vientre, y noto cómo el aire me acaricia el pecho izquierdo, lo cual me indica que ha vuelto a salírseme de la camiseta. Percibo que se detiene y clavo las uñas en el coche porque sé que lo ve.

Espero. Quiero sacudir la cabeza para que pare, pero no puedo ni intentarlo siquiera. Y entonces... Se mete un pezón entre los dientes y el calor de su boca se me esparce por todo el cuerpo. Gimo con fuerza y escucho cómo chirrían mis uñas al agarrarme al capó del coche.

—Para, por favor —digo en voz baja, aunque sé que me oye.

Gruñe y tira de mí hacia el final del vehículo antes de volver a acercarme la boca al estómago y empezar a quitarme los pantalones del pijama.

Aprieto los dientes.

—Para —musito.

Pero me ignora. Continúa besándome el cuerpo, cada vez más abajo, siguiendo la curva de mis caderas. Una ola de calor se me abre paso en la entrepierna y es tan intensa que casi me quema. Es como si necesitara tener algo ahí.

—Para —repito.

Me baja los *shorts* y las bragas por debajo del culo y se agacha todavía más para besarme el pubis, solo unos centímetros por encima del clítoris. Me levanto y gruño mientras le pego un guantazo en toda la cara.

—¡Te he dicho que pares! ¡Para!

Se queda helado y me mira a los ojos, penetrante. El sudor le recorre el cuello y le cuesta respirar mientras me agarra con fuerza de la cadera.

—Cuando alguien te dice que pares, ¡le haces caso y paras! —grito—. ¿Es que no lo entiendes, joder? ¿Eres idiota o algo así?

Jadea. Siento el calor de su respiración. Sigue teniendo la mirada llena de deseo. Y, aunque odio admitirlo, yo también lo noto. Durante un segundo (quizá un poco más), yo también he deseado lo mismo. Durante un segundo, he vuelto a ablandarme.

Y me ha costado parar.

Pero es su culpa. Le he dicho que parase unas seis veces y claramente no he sido yo quien ha ido mendigando atención; o sea, que si ahora tiene las pelotas hinchadas, la culpa no es mía. No tengo que querer al primero a quien me tire, pero tampoco se trata de que me sienta asustada. Y él es como un robot.

Me mira sin soltarme y le devuelvo la mirada.

—Guau. Hey, hey, hey —dice alguien mientras viene hacia el garaje a toda prisa—. ¡Para! Suéltala, tío.

Noah se acerca, aparta las manos de Kaleb de mis brazos y lo aleja de mí.

—Tío, no es una de las del pueblo —le cuenta mientras lo sujeta por los hombros y lo mira a los ojos.

Sin embargo, Kaleb sigue con la vista puesta en mí. Salto inmediatamente del capó del coche y me coloco bien los pantalones,

no sin darme cuenta de que ha vuelto a estudiarme el cuerpo con la mirada. ¿Que no soy una de las del pueblo? ¿Acaso les parece bien tratar a otra persona así?

—Macho, ¡mírame! —le ordena Noah.

Kaleb aparta los ojos de mí poco a poco y, al final, se centra en su hermano.

—Es la hija del..., del hermano de papá —le explica con un poco de humor en la voz—. ¿Te acuerdas? ¿Sabes el hermanastro ese al que odia? Pues esta es su hija. —Me señala—. Es de la familia. Se quedará con nosotros durante un tiempo. No te la puedes follar.

Y entonces lo suelta y se ríe por la nariz.

—¡No tiene gracia! —me quejo, ahora que por fin he recuperado la voz, antes de mirar a Kaleb—. ¿Y a ti qué narices te pasa? ¿Eh?

—Dale un poco de tregua —dice Noah—. Cuando viene de estar por ahí, en las montañas, durante tanto tiempo, siempre vuelve muerto de hambre.

—¡Pues que coma!

—Eso hacía —responde Noah mirándome.

Comiendo.

Comiéndome.

«Ay, qué jodidamente listos que sois, ¿no? Capullos».

Kaleb me mira, vuelve a ladear un poco la cabeza y se pasa el pulgar por la comisura de los labios, igual que cuando uno acaba de comer.

«Ahí, en las montañas. Ahí». A eso se referían. Kaleb a veces desaparece y se va por el bosque.

Quizá debería volver a desaparecer.

—¿Por qué no paras de responder por él? —le pregunto a Noah.

—Porque Kaleb no habla.

—¿Cómo?

—Que no habla, Tiernan. —Gira un poco la cabeza y puedo ver cómo mueve los labios al hablar—. Lleva sin hacerlo desde que tenía cuatro años.

Observo a Kaleb. No tengo muy claro cómo procesar esta información. Siento un poco de pena y creo que se ha dado cuenta, porque me mira mientras se vuelve a abrochar los pantalones y se quita el cinturón tan cabreado y con tanta fuerza que pega un latigazo al aire.

Aprieto la mandíbula.

—¿Y también está sordo? —respondo de mala gana—. Le he ordenado un montón de veces que parase.

—Te oye perfectamente —dice Noah, suspirando—. Lo que pasa es que no está acostumbrado a... chicas...

—¿Que le digan que no?

—A chicas como tú —termina la frase Noah.

¿Como yo? Hay miles de chicas como yo en el pueblo.

Kaleb vuelve a mirarme antes de darse la vuelta y subir las escaleras para entrar en la casa. Noah me observa ahora a mí y mi indumentaria. Me bajo la camiseta enseguida, pero estoy demasiado enfadada para sentir ninguna vergüenza.

Ya ni me acuerdo de por qué he bajado al taller.

¿Mudo? ¿Está mudo? Poder, puede hablar. Noah ha dicho que no habla desde que tenía cuatro años, no que hubiese perdido la capacidad de habla cuando tenía cuatro años. ¿Por qué no habla?

¿Y qué hace solo en medio del bosque?

Aún veo sus ojos, clavados en mí, cuando me ha empotrado contra la pared y ha apoyado su frente en la mía. La forma en la que me miraba...

Su boca en mi... Me sonrojo.

—No volverá a hacerlo —me asegura Noah antes de girarse y mirarme divertido—. Mi hermano no sabía quién eras, Tiernan. Lo siento.

Sigue ahí quieto un segundo y luego se va detrás de su hermano.

Y yo no me muevo del garaje. Me quedo mirando las marcas del capó del coche cuya pintura he rascado hace solo unos minutos. Y permanezco aquí un rato, pensando en qué habría pasado si no hubiese llegado Noah. Si yo no me hubiese obligado a apartar a su hermano de mí.

Y pienso también en hasta qué punto habría sido culpa de Kaleb.

Capítulo siete

Tiernan

A la mañana siguiente, oigo unas risas, abro los ojos y pestañeo.

Sonaba como la voz de una chica.

Apoyo los codos en la cama para levantarme y aguzo bien el oído. Oigo un vaivén continuo procedente de la habitación de Noah. Alguien gime, y a esto le siguen unos golpes en la pared.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer otra vez en la cama. Estos tres viven a tope, ¿eh? Debe de ser genial que tus follamigas vengan a ti. Cada día, al amanecer.

Se oyen puertas que se abren y se cierran, y miro el móvil para ver qué hora es: las cinco y media pasadas. Giro la cabeza; mi maleta, vacía, sigue abierta en el suelo, justo al lado del montón de ropa recién lavada que subí anoche.

No acabé de guardar las cosas. Ni tampoco me cambié. Sigo con la misma camiseta rota con la que me vio Kaleb.

Los recuerdos me revolotean por la cabeza y se me acelera la respiración a medida que me voy acordando de todo lo que ocurrió en el garaje.

¿Quién iba a decir que cedería tan fácilmente? Estaba dispuesta a rodear con las piernas a cualquiera que me demostrara la más mínima atención.

Cierro los ojos y todavía lo siento. Siento la necesidad de Kaleb de seguir descendiendo el recorrido de sus besos. Me llevo la mano al vientre por debajo de las sábanas y, por un segundo, me imagino que es la suya. ¿Le gustó tocarme?

Pestañeo y sacudo la cabeza. «No».

«No».

Me deshago de las sábanas y me siento. Se pasó de la raya. Y lo peor es que no habría intentado todo eso con una completa desconocida si no fuera porque ya le ha funcionado en otras ocasiones. No es que le gustara tocarme. Es que estaba cachondo y yo podría haber sido cualquier otra chica.

Me levanto, me quito la camiseta y me fijo en unas manchas rojas que hay en el dobladillo. Tardo menos que nada en asimilar lo que es.

Sangre.

La sangre del ciervo.

Puaj. Todavía tenía sangre por el cuerpo cuando se puso... encima de mí. Gruño entre dientes y tiro la camiseta a la papelera, aunque la mitad se engancha en el borde y se queda colgando por fuera.

Me pongo otra, cojo el cepillo y la pasta de dientes, abro la puerta de la habitación y voy directa al baño. En el pasillo se oyen los gemidos, los gritos y *Wow.*, de Post Malone, que suena también en la habitación de Noah. Me apresuro y abro de un tirón la puerta del baño, donde me encuentro a mi tío de pie, delante del lavamanos y con una toalla a la cintura.

Me detengo. Tiene el torso mojado y el pelo le brilla bajo la tenue luz. Aparto la vista rápidamente. La casa es grande. Lo suyo habría sido tener otro baño.

Estoy a punto de disculparme por haber entrado sin llamar, pero la puerta tiene pestillo. No es mi culpa que no lo haya pasado.

Hay otra puerta que da al baño y que lo conecta con su habitación. Se abre y aparece la misma mujer que me encontré el otro día. Lleva un vestido rojo ceñido con escote *halter* que ha

combinado con unos tacones negros, y se ha recogido el pelo en una coleta. Lo besa en la mejilla y reposa ahí sus labios lo suficiente como para que le dé tiempo a mordisquearle ligeramente la barbilla a Jake antes de pasar por mi lado sin apenas mirarme y salir. La sigo con la vista mientras se va al piso de abajo y desaparece; luego giro la cabeza y, sin pensarlo, desvío la mirada hacia las oscuras escaleras que conducen a la habitación de Kaleb.

—¿Te duchas? —me pregunta Jake.

Me doy la vuelta, desvío la mirada hacia el espejo y lo miro a los ojos mientras se limpia un poco de dentífrico que tiene en la boca. Una gota de agua le recorre la espalda.

—No, solo quería... lavarme los dientes. —Me giro, lista para marcharme—. Ya me espero.

—Somos cuatro personas y solo tenemos una ducha —señala para que me detenga—. No tengas vergüenza.

—¿La tendrías tú si yo anduviera por casa con una toalla y ya está?

Es que en serio, eh.

Me mira a los ojos con una discreta sonrisa en los labios y asiente.

—Intentaré acordarme de coger la ropa para vestirme antes de salir del baño, ¿vale? —Y entonces se explica—: Lo intentaré. Hace muchísimos años que no tenemos a una mujer en esta casa.

Arqueo una ceja. «En esta casa hay mujeres constantemente».

—Ya sabes a qué me refiero —añade Jake, a sabiendas de lo que estaba pensando.

«Lo que tú digas».

—No tienes que cambiar tus costumbres —respondo—. Si no me quedo...

Vuelve a mirarme y coge el bote de espuma de afeitar sin mediar palabra, aunque sé que quiere decir algo. Entro, sacudo un poco la cabeza y mojo el cepillo de dientes antes de poner la pasta. No voy a esperar a que termine. ¿Cómo puede ser que un hombre que vive en medio de las montañas no se deje barba?

Tapo la pasta de dientes y la dejo detrás del grifo.

—Ya te duchaste ayer, después de trabajar —susurro mientras me acerco el cepillo de dientes a la boca—. ¿Sueles ducharte también por las mañanas?

—Solo si vuelvo a ensuciarme por la noche —contesta gracioso.

Me quedo helada un segundo; levanto la vista y veo cómo se esparce la espuma por el cuello y la barbilla sin dejar ni un centímetro de piel a la vista. ¿Cómo iba a ensuciarse un hombre por la noche en su propia cama? Me acuerdo de la chica de piernas tonificadas y labios rojos que acaba de salir de ahí.

Pestañeo y me pongo a lavarme los dientes.

—Ayer hiciste un buen trabajo en las cuadras —me dice.

¿En serio?

—Los chicos llevan haciéndolo toda la vida, pero les importa una mierda. Me gustó ver cómo las habías dejado.

Asiento una única vez, pero no levanto la cabeza. Lo está diciendo para que baje la guardia.

—¿Tienes novio, Tiernan? —pregunta.

Levanto la vista y me mira con la mitad de la cara cubierta de espuma mientras se lava las manos.

—¿En Los Ángeles? —aclara—. ¿Algún ligue?

Escupo la pasta, pero en lugar de responder a su pregunta, continúo cepillándome los dientes.

—¿Has estado con un hombre alguna vez? —pregunta sin andarse con rodeos, al ver que no contesto—. ¿Una, aunque sea?

Empiezo a cepillarme más despacio y se me entrecorta la respiración. ¿Está preguntándome si me he acostado con alguien?

Siento el roce de la ropa en la piel y la sangre me corre por las venas. Agarro el cepillo con fuerza.

Vuelvo a escupir, me aclaro la boca y, al fin, lo miro a través del espejo. ¿Qué quiere?

—Todavía eres una niña —dice, al adivinar mi respuesta—, y aún necesitas que te eduquen un poco más. —Echa la cabeza hacia atrás y se pasa la cuchilla de afeitar por el cuello, en dirección ascendente —. Deberías quedarte. Eso de tener una mujer en casa está bien.

Lo miro, aunque intento no hacerlo. A cada trazo, va descubriendo un trozo más de su suave y morena piel. Todavía tiene un poco de agua en los hombros y en el pecho, bien musculados. Y hay que ver cómo le queda esa toalla alrededor de la cintura... Pestañeo y aparto la vista, aunque no puedo evitar echarle otra ojeada. Me gusta mirarlo.

De cara, Kaleb y su padre no se parecen, pero cuando se quitan la camiseta resulta evidente que son familia.

Quizá debería contarle lo de anoche. Que su hijo me acorraló e intentó follarme en el capó de su coche y que quizá este no sea un lugar tan seguro para mí como él cree.

No nos llevamos bien. Noah me toca las narices y duermo aún peor de lo que dormía antes de llegar.

Quizá debería decirle que me marcho.

Al final, en lugar de eso, me pongo un poco de espuma de afeitar en la mano y empiezo a esparcirla por la cara. Jake deja de afeitarse y se me queda mirando.

Con las mejillas cubiertas de espuma, parezco Papá Noel. Vuelvo a coger el cepillo de dientes y utilizo como cuchilla el mango.

—No tienes ni idea de cómo criar a una chica —le digo.

Sonríe con suficiencia mirándome a través del espejo.

—Supongamos que eso es cierto... ¿Quieres que te enseñe a ser un hombre, pues?

—Puedes intentarlo.

Empuño el cepillo de dientes, lista para aprender. Quizá así me dejará hacer algún tipo de «trabajo de hombre».

Se ríe por la nariz, se inclina sobre el lavamanos y lo imito.

Imito su técnica, trazo a trazo: hacia arriba para afeitarse el cuello y hacia abajo para rasurar la mejilla, el mentón y la zona que envuelve el labio superior. Estamos el uno al lado del otro, mirándonos a través del espejo y parando de vez en cuando para aclarar las «cuchillas» antes de continuar.

Me roba una mirada, sonríe y luego acaba de afeitarse. Me roza el brazo con el suyo, el corazón empieza a latirme con más fuerza y el olor de su cuerpo recién salido de la ducha inunda el baño.

Cuando terminamos y ya solo quedan unos cuantos grumitos de espuma, coge una toalla del toallero y me limpia la cara. Por un segundo, me siento como una niña pequeña y me entran ganas de reír.

Pero entonces aparta la toalla, me mira y la sonrisa que estaba reprimiendo se precipita hasta lo más hondo de mi estómago. A él le ocurre lo mismo. Está tan cerca...

Me aguanta la mirada y nos quedamos así, rodeados por un calor tan sofocante que...

Trago saliva y veo que su nuez imita el movimiento de la mía.

—Creo que no lo he conseguido —dice, apenas susurrando—. No hay forma de esconder lo que eres.

Una niña.

Es como si esa obviedad casi le doliera.

Se aleja y se limpia la cara con cuidado.

—Tengo hambre. ¿*Pancakes* para desayunar?

Apenas lo oigo. Me quedo allí plantada, mirándolo, y las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda reprimirlas:

—Puede que nunca llegue a ser un hombre, pero tampoco seré una niña para siempre.

Guardo silencio el tiempo suficiente para ver que lo he desconcertado. Sonriente, me doy la vuelta y salgo del baño.

Claro que podré asumir más responsabilidades.

Cuando sea una mujer.



Vierto un poco de masa de *pancakes* en la plancha y oigo cómo chisporrotea mientras voy llenando otro cucharón para hacer otro montoncito, y así repetidamente. Me quedo mirando cómo se van formando burbujitas en la masa cuando entra en contacto con el calor, mientras me acaricio la uña del pulgar.

Por una vez, me alegra de verdad ser yo quien les prepare el desayuno. Jake y Noah están fuera, haciendo sus tareas matutinas, pero aún no he visto a Kaleb, y en lugar de esconderme en mi habitación por miedo a encontrármelo, prefiero mantenerme ocupada.

¿Por qué narices no tengo la maleta hecha?

Después de haber dejado a mi tío aturdido como el que más antes en el baño, me he vestido y he hecho la cama, sabiendo que mi equipaje continúa vacío en el suelo. Sin embargo, aunque no se hubiese dado lo de anoche con Kaleb, no tengo claro si habría vuelto a hacer las maletas ya entonces.

Deposito el cucharón en el bol y cojo la espátula para girar los *pancakes*. La masa salpica un poco.

A lo mejor, por eso volvía siempre a casa cuando tenía una pausa en el colegio. Porque estaba desesperada por no estar sola.

Me doy la vuelta para coger un plato y me encuentro con Kaleb.

Me detengo. Se apoya contra la nevera y me observa. A mí me da un vuelco el corazón y aprieto los muslos. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Me mira con sus ojos verdes y la misma expresión curiosa que le vi anoche. Oigo que la sangre me ruge con fuerza en los oídos y este sonido acalla el chocar de las ramas contra la casa, agitadas por el viento.

¿Qué está mirando?

Aprieto la mandíbula, cojo el plato de la isla, me doy la vuelta de nuevo y pongo los *pancakes* en el plato. Kaleb vuelve a ir con vaqueros, pero esta vez los lleva limpios y parece que se haya duchado, aunque su pelo está enmarañado, como si acabara de despertarse. Supongo que Jake no le obliga a cumplir la norma de despertarse a las cinco y media, como tenemos que hacer Noah y yo.

Me arde la espalda con la mirada, pero al cabo de un segundo, oigo que abre la nevera, la cierra, y luego noto que se me acerca. ¿Va a disculparse? ¿Y si yo no hubiese sido su primastra? ¿Y si, cuando anoche se negó a ignorar mis protestas, hubiese sido su prima de sangre?

Voy quitando los *pancakes* de la plancha lentamente y, acto seguido, echo cuatro montoncitos de masa más mientras él se sirve un vaso de zumo. Aun así, a pesar de tener los ojos puestos en mi tarea, lo único que consigo distinguir es a Kaleb a mi lado. Huele...

A cuero. A jabón de almizcle. O sea, que debe de haberse duchado ahora mismo. Anoche olía a... lluvia, árboles, leña y sudor. Olía al bosque. Al acordarme de esto, una ola de calor se me acomoda en la entrepierna.

Sacudo la cabeza. «Por el amor de Dios».

—Deja el zumo fuera —le digo.

Pero no me hace caso.

Se gira, como si no me hubiese oído, coge el zumo y vuelve a meterlo en la nevera.

—¿Te gustan los arándanos? —le pregunto—. ¿Y el suero de mantequilla?

Me importa un bledo lo que le guste. Solo quiero que consiga que me vaya arriba y me ponga a hacer las maletas.

—¿Las pepitas de chocolate? —continúo, presionándonos a los dos—. ¿La calabaza? ¿Los cereales integrales?

Coge el vaso de zumo que se ha servido y va hacia la mesa mientras se lo bebe y hace como si yo ni existiera.

Estrangulo la espátula al darle la vuelta a los *pancakes* y respiro con fuerza por la nariz.

—¿Cuántos quieres? —prosigo—. ¿Tres? ¿Cuatro?

Me giro para ver si está asintiendo o negando con la cabeza, o si me está indicando cuántos quiere con los dedos. Kaleb se limita a dejar el vaso en la mesa y a echar una silla hacia atrás.

Desenchufo la plancha, añado los *pancakes* recién hechos al plato y cojo el sirope y los tenedores. La puerta principal se abre de par en par y el suelo cruje bajo el andar de Jake y Noah, que entran disparados. ¿Cómo saben que acabo de terminar de preparar el desayuno ahora mismo?

Llevo los *pancakes* a la mesa y deposito el plato en el medio a la vez que Noah coge un vaso de leche y Jake se lava las manos.

Ambos se lanzan a la mesa de inmediato.

El aroma de los *pancakes* de arándanos impregna el aire mientras los chicos se sientan y yo me doy la vuelta para coger los platos de la isla. Mi enfado no deja de aumentar.

Coloco un plato delante de Jake, uno delante de Noah, y el último lo dejo en mi sitio. Noto que Kaleb me mira fijamente porque no le he puesto plato.

«No cocino para ti».

Noah y Jake deben de darse cuenta de que pasa algo, porque se quedan quietos en el acto. Levanto la vista y compruebo que nos están mirando alternativamente a Kaleb y a mí, y aunque sé que Noah es consciente de la tensión que hay entre los dos, no sé si Jake se ha fijado todavía. Seguramente, Noah no dijera nada anoche por miedo a meter a su hermano en problemas.

Aun así, Kaleb coge el plato de *pancakes* que hay en el medio de la isla sin pestañear siquiera, le pone tres a Jake y tres a Noah y, a continuación, se detiene un segundo y me aguanta la mirada. Acto seguido, vuelve a dejar el plato en la mesa, justo enfrente de él, y se queda con los *pancakes* restantes. Coge el sirope, se sirve un poco y me deja sin desayuno.

«Capullo».

Noah carraspea, pero lo oigo reír. Jake suspira, coge su plato y me lo pone delante; alarga el brazo sobre la encimera, pilla otro y, con el tenedor, le quita un par de *pancakes* a Kaleb, que tiene el plato hasta los topes.

—Veo que ya os conocéis —refunfuña Jake.

Sin embargo, los chicos empiezan a comer y nadie responde.

—Tienen buena pinta, Tiernan —señala Jake con ánimo de disipar un poco la tensión—. Los *pancakes* de arándanos eran lo único que tu padre y yo...

—Me da igual —le espeto, y aparto el plato.

Se quedan todos callados. Me levanto y cojo una manzana de la cesta de la fruta. La muerdo y voy hacia la nevera para llenarme la botella de agua.

Sé que estoy siendo una maleducada, y lo siento.

A lo mejor me voy de excursión. Estiraré las piernas y les daré algo de espacio.

La cocina sigue en silencio durante un rato hasta que Noah dice:

—Hoy terminaré de arreglar la moto de los Lawrence. —Supongo que estará hablando con su padre—. Vendrán los chicos e iré al circuito de Ransom's Run para probarla.

—No te pases el día entero con eso —contesta Jake con un tono de voz más agresivo—. Tenemos más cosas que hacer.

La paciencia que había mostrado hace unos minutos ha desaparecido. Lo he cabreado y soy consciente de ello.

Giro la cara y me fijo en que, ahora, se dirige a Kaleb mientras apuñala un *pancake* con el tenedor.

—Y tú tampoco desaparezcas —le ordena al mayor de sus hijos.

Los tres hombres guardan silencio mientras se apresuran a terminarse el desayuno y la tensión de la sala se vuelve más espesa que el barro.

Vuelvo a tapar la botella y me dispongo a marcharme y a dejar que sean ellos quienes frieguen los platos. Sin embargo, cuando me doy la vuelta, pillo a Kaleb mirándome otra vez. Aunque ahora tiene la vista puesta en mis piernas.

Llevo unos *shorts* vaqueros rotos, aunque tampoco es que sean tan cortos, y una camisa de franela abotonada hasta el cuello.

Paseo la mirada por la mesa y me doy cuenta de que soy la que más ropa lleva de los cuatro. Jake y Kaleb van sin camiseta, y la de

Noah tiene los laterales cortados, dejando su suave y moreno pecho a la vista.

Como el pelo negro y la cara morena de Kaleb.

Como los musculados hombros y la estrecha cintura de Jake.

Como las venas de los antebrazos de Noah y...

Me yergo, trago saliva, pego media vuelta y salgo escopetada de la cocina.

Tengo que salir de aquí.



Piso el acelerador y conduzco por el camino de la entrada hasta llegar a la cima de la pendiente, donde noto la gravilla bajo los neumáticos. Apago el motor, cojo los guantes de trabajo que hay en el asiento del copiloto, salto de la camioneta y me los pongo mientras voy hacia la caja.

—¿Has llegado bien? —me pregunta Jake mientras se me acerca y baja la puerta trasera.

Asiento con la cabeza.

—¿Te han ayudado los chicos?

—Sí.

Subimos los dos a la caja y empezamos a descargar las balas.

Después de desayunar, me ha pedido que fuera al pueblo a cargar unas cuantas balas de paja, y al enterarme de que podía ir sola, he aceptado encantada. Necesitaba aire. Espacio. Era una alternativa igual de buena que ir de excursión, y oye, hasta he podido ir a Tack & Feed por primera vez. Por suerte, no había ninguna estantería con

periódicos o revistas sensacionalistas, así que me he ahorrado saber nada de casa.

Oigo música y a gente riendo en el garaje. Desvío la vista y diviso unas cuantas motos aparcadas en un lateral. Deben de ser los amigos de Noah, esos que ha mencionado antes cuando ha dicho que iría a probar la moto más tarde.

Hay un par de chicas por ahí y los otros están hablando en el garaje. Me las quedo mirando, con sus vaqueros y sus tops de verano, riendo y sonriendo. ¿Hasta cuándo hará buen tiempo para ir en moto? Parece divertido.

Jake y yo tiramos de las cuerdas de las balas para bajarlas y las llevamos al establo. Al pasar, una de las chicas me sonríe.

Ninguna lleva maquillaje, una manicura bonita o ropa elegante, pero tampoco les hacen falta. Son bonitas, van vestidas para provocar y, por un segundo, quiero ser una de ellas.

Llevo una bala al establo y la dejo en una de las cuadras. ¿Irá Kaleb con ellos?

¿Cómo puede relacionarse con sus amigos si no habla? Porque... ¿tiene amigos? O sea, si es así estando mudo, a saber lo que le saldría de la boca si hablase.

Sacudo la cabeza. La curiosidad por lo que le pasara a los cuatro años para que dejase de hablar me invade la mente, pero la echo a un lado. Todos tenemos problemas.

—Quiero oírte —jadea alguien.

Ralentizo al llegar a la cuadra.

—Enséñame qué quieres que haga —susurra una chica.

Casi se me cae la bala.

Apenas se le oye la voz; es tan fina que parece que pendiera de un hilo.

Bajo la bala y doy un paso hacia atrás. Podría ser cualquiera. Ahora mismo aquí hay muchísima gente, y no quiero que me carcoma la vergüenza. Retrocedo despacio.

Pero entonces oigo un gruñido, paja crujiendo y un sutil grito. Me detengo *ipso facto*.

—Voy a hacerte gemir —le dice ella—. Y te va a gustar muchísimo.

No sé por qué, pero doy un paso al frente con discreción. Sigo los sonidos que provienen de la última cuadra que hay al final del establo, llego a la puerta (cuya mitad superior está entreabierta) y vuelvo a poner la oreja, atenta.

—Venga... —dice ella, gimiendo.

Aguanto la respiración y observo por una grieta de la puerta. Veo piel y manos, y a él recorriendo la larga melena negra de la chica con los dedos mientras ella se arrodilla entre sus piernas y le chupa la...

Aparto la vista un segundo y siento que me sonrojo.

Pero entonces ella empieza a gemir con sutileza y vuelvo a desviar la atención hacia allí.

La chica va moviendo la cara hacia delante y hacia atrás, le va acariciando los muslos al chico por encima de los vaqueros que aún lleva puestos, le agarra el cinturón y le baja un poco más los pantalones. Ahora puedo verle las caderas y la curva del culo.

A ella no le veo la cara ni tampoco puedo distinguir lo que le está haciendo, aunque ya lo sé.

Levanto la vista y me fijo en los músculos del chico y en su piel, que vuelve a estar bañada en sudor. Sé quién es antes de verle la cara.

Kaleb tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, y está respirando con pesadez mientras agarra a la chica por el pelo para

moverla mientras ella se mete y se saca la polla de la boca. Se le tensan los músculos del antebrazo y el pelo casi le tapa los ojos, pero yo sigo fijándome en su expresión y me olvido de la chica. Tiene las puntas del pelo empapadas en sudor y pegadas a la piel, y va apretando los labios de vez en cuando, porque...

Le gusta. La oigo gemir a pesar de tener la boca llena, y él continúa acercándole la cara al cuerpo una y otra vez mientras arruga la frente.

Y entonces abre los ojos.

Kaleb vuelve a echar la cabeza hacia delante y me mira fijamente a los ojos a través de la grieta de la puerta, como si supiera que llevaba un rato allí.

«Mierda».

Se me corta de nuevo la respiración. Se me tensa el cuerpo y el bochorno se apodera de mí, pero Kaleb empieza a moverse más rápido, embistiéndole la boca a la chica sin apartar sus ojos de los míos en ningún momento.

Abro la boca porque es la única parte de mi cuerpo que reacciona. A ella ya ni siquiera la veo mientras él se inclina sin soltarle el pelo con una mano y con la otra se sujeta a un aparador mientras le folla la boca. Empieza a mover las caderas cada vez más y más deprisa, y de repente sus ojos me miran con tanta fuerza que me acuerdo de anoche, cuando me empujó contra la pared y... me olió.

Una gota de sudor me resbala por el vientre, por debajo de la camisa, y casi me muevo al mismo ritmo que él, extasiada.

Me apoyo contra la puerta, acercándome los pocos centímetros que puedo.

La chica gime y Kaleb y yo nos aguantamos la mirada. Lo único que veo es cómo se habría movido conmigo anoche.

Si no lo hubiese detenido.

Pero entonces oigo un gemido y no me doy cuenta de que se me ha escapado a mí hasta que veo que se le dibuja una sonrisa a Kaleb en los labios. Inhalo con fuerza y entonces me percato de lo que estoy haciendo.

«Joder». Me doy la vuelta y me tapo la boca con una mano mientras cierro los ojos con fuerza.

Mierda.

Oigo a Kaleb gruñendo por lo bajo detrás de mí. Acto seguido, sisea y empieza a respirar con fuerza y rapidez mientras yo me quedo apoyada contra la cuadra y escucho cómo se corre.

Tiemblo, ella gime y yo echo a correr hasta que salgo del establo y regreso fuera, donde me recibe el aire del mediodía.

¿Por qué lo he hecho? ¿Qué narices estaba haciendo yo?

Una fina capa de sudor me recorre la espalda. Ojalá me hubiese puesto un top debajo para poder quitarme la camisa de manga larga que llevo.

Este chaval es repugnante. Jake tenía razón. Él y Noah no son nada en comparación con... eso.

Además, estoy segura de que se divierte y se aprovecha de los beneficios que supone ir de alma atormentada y misteriosa que no habla, lo que le da ese toque dulce y seductor; tanto que las mujeres quieren salvarlo.

Me importa un bledo lo que le pasara a los cuatro años.

Además, yo no he hecho nada malo. He oído un grito. He ido a ver qué sucedía. Al descubrir la escena, el *shock* se ha apoderado de mí y ha impedido que me moviera. Y punto.

Me quito la gorra de Noah y le doy la vuelta para que la visera me cubra del sol mientras me aproximo a la camioneta. Jake está barriendo la caja.

—¡Hey, Tiernan! —me llama Noah.

Me pongo tensa y me pregunto si me habrá visto espiando a su hermano. Me doy la vuelta y observo que todos están subiéndose a las motos; hasta las chicas a las que he visto antes se suben cada una a una moto. Noah me sonríe desde la suya.

Arqueo las cejas.

—¿Quieres venir con nosotros? —me pregunta.

Miro detrás de él y reconozco al chico que vimos ayer en el pueblo.

Terrance. El único que parece que no le caiga bien a Noah, aunque supongo que se moverán por los mismos círculos y, como es un pueblo pequeño... Se pone el casco y se me queda mirando con una sonrisa en los ojos.

Miro a Jake en busca de una escapatoria.

Él baja de la camioneta y me señala con la barbilla.

—Yo tengo que bajar al pueblo igualmente. Ve —me dice—. Diviértete, pero no te alejes de Noah.

Me da un vuelco el estómago. No me gusta estar con gente que no conozco. No me gusta estar con gente, y ya está.

Sin embargo, me doy la vuelta y veo a Kaleb saliendo del establo mientras se pone la camisa. La chica que estaba con él en la cuadra lo sigue.

Es la chica que me encontré ayer en la tienda. La que trató de incordiarme.

Me la quedo mirando. Vaqueros ajustados, un top verde holgado y una melena negra y larga. Siento un nudo inmenso en el estómago.

—Venga. —Noah me tiende un casco—. Súbete a mi moto.

Y a saber por qué, ahora tengo incluso ganas de hacerlo. Los pies se me mueven por voluntad propia.

Me acerco a Noah, y al pasar miro a Terrance Holcomb a los ojos.

No obstante, cuando me subo a la moto de Noah, me pongo la gorra del revés e intento coger el casco, alguien más alarga la mano y lo pilla antes que yo.

Levanto la vista y veo a Kaleb. Duda solo un segundo. Me mira y tira el casco al suelo, lejos de mí. Me coge del brazo y me aleja de las motos. Trastabillo y me yergo justo a tiempo mientras él se me acerca y me obliga a retroceder.

El corazón me late con fuerza mientras Kaleb sigue mirándome fijamente y, entonces, señala la casa con la barbilla. No hace falta que tercie palabra para que entienda que me está diciendo que entre.

Que me aleje del resto. Y de él.

—Kaleb —oigo que lo reprende Noah.

Pero el grupo empieza a mofarse de la situación, y por más enfadada que esté, noto que me empiezan a escocer los ojos.

«Aléjate». Me mira fijamente y vuelve a hacer un gesto con la barbilla. «Aléjate».

«Tú no vienes».

Jake sigue de pie en la caja de la camioneta, y entonces se da cuenta de que sucede algo. Aprieto la mandíbula para no llorar. De repente, lo único que me apetece es alejarme. Ir a alguna parte donde no me vean, no me miren y no me detesten.

—No, da igual —respondo en voz baja a Noah, atragantándome con las lágrimas que me inundan la garganta.

Me voy alejando en dirección a la casa.

—Tiernan —me llama Jake.

Pero yo lo corto:

—Total, tampoco quería ir —contesto con los ojos húmedos—. Parece aburrido.

Subo las escaleras a toda velocidad y entro en la casa. Oigo cómo revolucionan los motores, al cabo de poco se marchan pitando y las motos emiten un agudo sonido.

Voy hacia la escalera, pero me detengo en medio del salón al darme cuenta de que arriba tampoco hay nada para mí. Otra puerta cerrada. Otro lugar donde esconderme. Otro cuarto donde pasar el rato hasta que...

Bajo la vista y noto que se me cierra la garganta.

«Hasta que no tenga que preocuparme por si me ven».

Me tiembla la barbilla y me cae una lágrima. Me la seco.

No quiero pensar, porque entonces estaré jodidamente sola. Y esto es lo mismo de siempre.

Oigo el motor de la camioneta fuera. Cierro los ojos y me pongo a pensar que debería alegrarme de que mi tío también se marche. Debería estar agradecida porque no me haya seguido hasta aquí. No somos el tipo de personas a las que les gusta sincerarse, ¿a que no?

Me está dando espacio.

De todos modos, cuando se va y el rugir del motor desaparece carretera abajo, solo me quedo un minuto más aquí antes de subir las escaleras y abrir la puerta de mi habitación.

Paso de largo junto a mi maleta, que sigue vacía en el suelo, y cojo la mochila. Reviso hasta dos veces el botiquín de primeros auxilios que tengo dentro, pillo la crema solar y la meto en el bolsillo delantero. Desenchufo el móvil del cargador, salgo del cuarto, bajo las escaleras, relleno la botella de agua y me hago con unos cuantos tentempiés.

Echo a andar hacia la puerta de entrada, pero entonces caigo en algo y me detengo.

Protección.

Vuelvo a cruzar la cocina, abro la puerta del garaje, bajo unos cuantos escalones y me quedo contemplando la hilera de rifles que hay en la estantería.

Ojalá no tuviera que llevarme ninguno. Si me pusiera a andar por ventura con un arma de fuego colgando del hombro, parecería idiota (o una terrorista). Pero mi tío lleva razón. Esto no es la ciudad. Aquí podría tener problemas.

Me muerdo los labios. No tengo ni idea de qué estoy mirando. No sé cuál es más preciso o fácil de utilizar, así que me limito a coger el único que sé manipular y abro el cajón de abajo para pillar unas cuantas balas. Cargo el arma y me cuelgo la tira en el hombro.

Busco rápidamente entre las herramientas de mi tío hasta encontrar una linterna. Luego, cojo una toalla limpia de la cesta que hay encima de la secadora, lo meto todo en la mochila, cierro la cremallera y me la cuelgo en la espalda, lista para salir.

Una vez fuera del taller, rodeo la casa y me dirijo hacia el bosque. Echo a andar por la pronunciada pendiente por donde me llevó Jake a caballo el otro día. Creo que me acuerdo del camino. Es todo recto hacia arriba y luego hay que girar por unas rocas; después, sigues y te vas adentrando en el bosque. Tendría que estar el camino marcado... Diría.

Tal vez debería mandarle un mensaje a mi tío y decirle a dónde voy.

En lugar de eso, me guardo el móvil en el bolsillo y ahí se queda.

Al llegar a la cima de la montaña, con los ojos y las orejas bien abiertos, sigo el camino de tierra que da la vuelta a unas cuantas rocas. Sin embargo, al cabo de unos minutos, aquel dolor de cabeza que parece que me aporree siempre la parte trasera del cráneo desaparece. Tomo unas profundas bocanadas de aire; huele a las hojas de plantas perennes y a tierra húmeda.

A lo mejor debería volver y ponerme las botas viejas que me prestó ayer Noah, pero ahora mismo me da igual que mis bambas no tengan tracción alguna. Ya no siento nudos en el estómago y lo único que oigo es el crujir de los árboles y el agua que corre por alguna parte.

Al cabo de un rato, ni siquiera me centro en lo que tengo a mi alrededor; solo sigo la ruta sin tener demasiado claro que, en efecto, sea una ruta en sí. El viento azota los árboles y logra que me adentre cada vez más en este silencio y en esta soledad, y entorno los ojos por si consigo ver algo a lo lejos, pero el follaje es demasiado frondoso.

Me quito la gorra de Noah y sacudo la cabeza para soltarme la melena. Me gusta notar la brisa en el pelo y el viento, que me ayuda a despejar la mente. Cierro los ojos.

Pero, de pronto, oigo que cae una piedra detrás de mí, como si se hubiese desprendido de una pared rocosa o algo por el estilo. Me giro en el acto y paseo la vista por el bosque por donde acabo de venir.

Si es un animal, no lo voy a distinguir hasta que la criatura en cuestión decida dejar de esconderse. Trago saliva e intento descubrir qué puede ser con la mirada.

Pero no encuentro nada.

No se mueve nada.

Guardo silencio un rato más para asegurarme de que, efectivamente, no hay nada y me doy la vuelta. De vez en cuando, voy girando la cabeza por encima del hombro y mantengo los ojos bien abiertos por si acaso. Es probable que no sea nada. Los árboles se caen, las rocas se desprenden, los animales corren...

Llego a la cima de otra empinada cuesta. El suelo se nivela y yo observo la ruta que tengo delante en un intento por recordar cuánto

me queda por andar.

Aun así, cuando miro hacia la izquierda, tengo que echar una segunda ojeada para verlo bien.

Sonrío. Pero lo hago de verdad.

Voy hacia el estanque por donde pasamos Jake y yo el otro día, aliviada por no haberme perdido. Bajo de las rocas, camino hacia la pequeña playa que hay y me quedo contemplando la pared rocosa que bordea el agua. Un frondoso follaje envuelve los laterales y los árboles se alzan en lo alto, pero el sol brilla tanto que se cuela por el bosque y los rayos centellean en el agua estancada.

No hay nada, ni gente, ni se oye ruido alguno, y el calor del sol sienta genial.

Por un segundo, me planteo desnudarme. Miro a mi alrededor por si descubro a alguien espiando, pero al final decido no quitarme la ropa. Casi.

Suelto el rifle y la mochila antes de desabotonarme la camisa de Noah. Como llevo un sujetador de deporte debajo, me la quito y la dejo en el suelo, al lado de la gorra. Le doy al *play* de mi lista de Spotify y también dejo el móvil en el suelo antes de ir hacia el agua sin desprenderme de los zapatos. Ya se me secarán a la vuelta. Preferiría que de aparecer luego alguien, no me pillara en ropa interior. O sin zapatos, en caso de que el invitado sea un animal.

Camino un poco y entonces echo a correr. Nado en medio del pequeño estanque al son de *Look Back at It* y se me dibuja otra sonrisa que no logro contener.

Me siento bien. El agua está fría; noto un escalofrío por todo el cuerpo y me envuelve una repentina ola de energía. Me hundo bajo la superficie y luego vuelvo a sacar la cabeza del agua con el pelo empapado y echado hacia atrás.

Me tumbo. Aquí, flotando con esta ligereza y el agua que me cubre los oídos, me siento sola.

Aunque, por una vez, no me siento abandonada.

Jugueteo con los dedos bajo el agua y el pelo me flota alrededor. Vuelvo a sonreír, porque es la primera vez que el mundo me parece un lugar grande desde que llegué. Viene bien salir. Perderse un poco.

Siempre se me olvida.

Oigo un ruido muy sutil y levanto la cabeza sin moverme del estanque mientras diviso una moto de *cross* que se acerca a la orilla.

Me desaparece la sonrisa y entro en tensión. ¿Quién es?

Se quita el casco y veo a un chico de melena rubia oscura; lleva el pelo en punta, despeinado pero sexi, y no tardo ni un segundo en darme cuenta de que se trata de Terrance Holcomb. A quien todavía no he conocido oficialmente.

—Hey —grita bajando de la moto.

No respondo. ¿Qué hace aquí? Miro a mi alrededor y escucho atentamente. ¿Vendrán todos?

Camina hacia el agua. Se quita las botas y los calcetines, y entonces me doy cuenta de que piensa entrar. Se mete en el estanque con los vaqueros puestos, aunque sí se deshace de la camisa y la tira en las rocas.

Se agacha, pone las manos en forma de cuenco y coge un poco de agua para echársela a la cara y pasársela por el pelo, la nuca y el pecho.

Me encaaaaaaantan los tatuajes tribales. «A saber a qué tribu pertenece». Casi se me escapa la risa.

Me señala con la barbilla.

—¿Qué tal el agua?

—Fría.

Se mete, se sumerge entero y viene directo hacia mí. Saca la cabeza del agua (salpicándome) y, sonriendo, se pasa una mano por el pelo para echárselo hacia atrás.

Empiezo a deslizarme hacia un lateral para poder pasar por su lado nadando y salir.

—Relax —me dice—. No todo el que tiene un pene supone una amenaza.

—Eso es justamente lo que diría alguien con pene.

—Tiernan, ¿verdad? —pregunta y ladea la cabeza—. Terrance Holcomb.

Me detengo, flotando en el agua.

—Pensaba que os habíais ido todos con las motos.

Sonríe.

—Ellos sí. Yo me he escaqueado.

—Me has seguido.

Debe de haberme oído decir que quería ir de excursión cuando aún estábamos en la casa y habrá supuesto que acabaría aquí. Empiezo a nadar en dirección a la orilla.

—Si te vas, no sé si volveré a pillarte a solas —me dice. Giro la cabeza y lo miro, y Terrance añade—: Son muy protectores con lo que es suyo.

Ahora que hago pie, me freno y me giro para mirarlo.

—Yo no soy suya.

—Todo lo que está entre los límites de su propiedad es suyo. —Pasa por mi lado. El agua nos cubre a ambos hasta los hombros—. Aquí arriba tienen unas normas distintas, Tiernan.

Aunque me gustaría discutir con él, creo que Jake, Noah y Kaleb le darían la razón. La advertencia de Jake sobre los chicos de por aquí. Kaleb, que me ha obligado a regresar a casa en lugar de dejar

que fuera con ellos en moto. Noah y lo posesivo que se puso ayer en el pueblo.

—¿Qué quieres? —le pregunto, cambiando de tema.

—Eres el nuevo y reluciente juguete de Chapel Peak —responde —. Yo solo te estoy echando un ojo.

Arqueo las cejas.

—Uf. He sonado mucho más cursi de lo que pensaba —susurra—. Lo siento.

—¿Por qué? —respondo—. Los juguetes están para jugar.

Permanece boquiabierto y nos quedamos mirándonos el uno al otro mientras esas palabras, cargadas de significado, penden entre nosotros.

Y entonces, como si nos hubiésemos coordinado a propósito, nos echamos a reír a la vez.

—Tú sí que has sonado cursi ahora —contesta.

«Ya... Pero por un segundo, hasta parecías esperanzado».

Ni él ni yo hacemos ademán de salir del estanque. Simplemente seguimos flotando en el agua y vamos pasando por el lado del otro lentamente.

—¿Ya has visto algún caimán? —bromea.

Entorno los ojos.

—¿Qué?

—En el estanque. Hay unos cuantos. ¿Lo sabías?

Anda...

—No. Se han ido, mira por dónde —le respondo—. Aunque sí he visto unos cuantos unicornios.

Ríe a sabiendas de que si quiere vacilarme, tendrá que currárselo más.

—Muy bien —contesta—. Mi ex se lo tragó que no veas. Era tan tonta que pensaba que el Distrito de Columbia era un nuevo estado.

Acaricio el agua con las manos. Se me va hundiendo el cuerpo en el estanque de nuevo y Terrance se va acercando cada vez más.

Entorna los ojos para mirarme intensamente, aunque de un modo calmado, y me da un vuelco el estómago. Sé lo que quiere. ¿Se sentirá igual que Kaleb?

—¿Tienes novio? —me pregunta casi susurrando y con un tono de voz grave.

—¿Te importa?

Sonríe, engreído.

—Creo que lo necesitas.

Por favor... A juzgar por su mirada, podríamos estar casados, que le daría igual.

Además, yo no quiero compromiso alguno. A lo mejor los Van der Berg no se equivocan al vivir así. Van a por lo que quieren cuando les hace falta y no tienen que responsabilizarse de nada porque, total, es como si vivieran en el punto más lejano de la luna la mitad del año. Y no hay mujer (ni persona cuerda) que desee vivir así. Para ellos, es la situación perfecta.

Y puede que para mí también.

—Bajan al pueblo cada viernes por la noche a pasárselo bien —me cuenta Terrance, aproximándose.

Sonrío interiormente. No tienen que bajar al pueblo. El pueblo acude a ellos.

—Además, siempre se ligan a las más guapas —prosigue—. Hasta ahora. A la más guapa la piensan dejar en casa y quedársela para ellos, ¿no?

Me pongo tensa. Terrance se me acerca todavía más, pero no retrocedo.

—¿Y si yo subiera el viernes por la noche, cuando estés sola? —me pregunta en voz baja—. ¿Me dejarías entrar?

Lo tengo cerca a más no poder. Cierro los puños bajo el agua, porque la presión que siento en la parte baja del estómago no desaparece; igual debería hacer algo. Igual debería hacer algo que no haría nunca, porque quiero sentir y esta incomodidad lleva atormentándome desde mi primera mañana aquí, cuando monté a caballo.

—¿Querrías pasártelo bien tú también? —me pregunta Terrance.

Trago saliva y le doy rienda suelta a la imaginación durante un segundo. Supongo que podríamos hacerlo ahora mismo. Aquí, en la orilla. Seguramente podríamos estar horas hasta que alguien viniera a buscarme.

Los chicos se divierten. ¿Por qué no debería divertirme yo?

Total, cuando me marche, no volveré a ver a este tío nunca más.

Nada hacia mí. Retrocedo y él camina para acortar la distancia. Cuando el agua me llega a la cintura, Terrance me envuelve con un brazo justo por ahí y me acerca.

Le coloco las manos en el pecho. «No».

Baja la vista y sonríe. Yo también la bajo y me fijo en que, como tengo el sujetador mojado, se me marcan las tetas y se me notan mis duros y pequeños pezones.

Levanto los brazos para cubrirme.

A diferencia de anoche, que fui incapaz de aunar la fuerza de voluntad necesaria para frenar el recorrido de la boca de Kaleb.

Terrance me agarra la cara y me acerca a él; sin embargo, antes de que pueda apartarme, se oye el rugir de unas motos en algún punto, detrás de los árboles. Los dos giramos la cabeza de inmediato en esa dirección.

Kaleb y Noah aparecen en escena y frenan justo encima de las rocas. Noah apoya el caballete enseguida y salta de la moto.

—¡Sal de aquí de una puta vez! —me riñe—. ¡Rápido!

Pego un salto.

Noah baja la cabeza para mirarme. Yo levanto la mía y veo a Kaleb bajando de la moto con una...

¿Una... escopeta?

¿Está de coña?

Kaleb se queda al lado de su vehículo con los ojos fijos en Terrance. Está ladeando la cabeza con una expresión calmada. Y tiene una escopeta colgando de la mano, en un lateral, como quien no quiere la cosa.

Una escopeta.

Se les ha ido la chaveta a todos.

Salgo del estanque a trompicones, empapada, y recojo la mochila y la camisa del suelo. Sin embargo, cuando voy a por el rifle, Noah se me adelanta, me agarra de la muñeca y tira de mí. Trastabillo por las rocas.

—Hostia puta —se queja Terrance a mis espaldas. Me giro y veo que sale del agua haciendo aspavientos con los brazos, amenazando a mis primos—. ¿Qué vas a hacer con eso? ¿Eh, Kaleb?

Sonríe mientras Kaleb carga la recámara.

Mierda.

Noah me obliga a subirme a la moto, detrás de él.

—Sube, venga.

Aun así, Terrance se pone a hablar otra vez y yo titubeo.

—No vais a poder quedárosla para vosotros solos —advierte a mis primos—. Es la chica más guapa que haya visto cualquiera de por aquí desde hace tiempo, y yo solo estoy intentando ganármela antes de que tengáis a todos los perros ladrándoos a la puerta para probar esa ricura.

Kaleb levanta el arma y yo me estremezco.

—¡Venga, Tiernan! —me grita Noah.

Me subo a la moto, agarro la mochila y la camisa con una mano, y con la otra me abrazo a Noah.

Arranca y da media vuelta.

—Hasta pronto, Tiernan —oigo decir a Terrance.

Noah acelera y conduce montaña abajo.

A medida que vamos alejándonos del estanque, me giro otra vez y veo que Kaleb sigue plantado en el mismo lugar. Mirando fijamente a Terrance y agarrando el arma con fuerza.

Capítulo ocho

Tiernan

Regresamos a toda pastilla a casa y, al llegar, Noah frena en seco al lado de la camioneta de su padre. La rueda trasera se levanta y me choco con él.

¿Qué narices les pasa a estos tíos? En cuanto la rueda vuelve a tocar el suelo, salto de la moto y voy directa a la casa.

No obstante, Noah se apresura a seguirme y vuelve a agarrarme por la muñeca.

Aparto el brazo de mala gana de inmediato.

—Suéltame.

—¿Dónde estabas? —pregunta Jake, aproximándose a nosotros.

En lugar de responder, sigo andando y me pongo la camisa de franela otra vez para taparme.

—Tengo que ducharme.

No he hecho nada malo.

Aun así, Jake me bloquea el paso. Me agarra por el hombro y me exige una respuesta.

—Tengo que ducharme —repito, y me giro despacio para zafarme de él.

Se me queda mirando con toda su altura y yo levanto la vista.

—¿Qué narices habría pasado si no te hubiésemos encontrado? —me espeta Noah.

—¿Tú qué crees que habría pasado?

—Pues estabais bastante cerca —señala, y luego mira a su padre —. Estaba en el lago con Holcomb.

—Te dije que te mantuvieras alejada de los chicos de por aquí —me repite Jake.

Muevo la cabeza sin dejar de agarrar la mochila con fuerza.

—He ido de excursión —respondo seria—. No lo he invitado. Ha aparecido él solo. ¿Hemos acabado? —Fulmino a Noah con la mirada —. ¿Kaleb con un rifle? ¿En serio?

Me doy la vuelta y me dirijo otra vez hacia la casa.

—¡Has dejado el rifle en la orilla! —me grita Noah—. ¡No ibas protegida!

—¿Y qué crees que iba a hacer él? —le pregunto, girándome de nuevo—. ¿Atacarme?

Noah aprieta la mandíbula y yo no puedo evitar añadir:

—Igual no le habría hecho falta. —Me cuelgo la mochila del hombro—. En parte, me estaba cayendo bien.

Da un paso al frente como si fuera a seguirme, pero Jake levanta las manos para impedírselo y lo retiene. Casi sonrío.

Mi tío se da la vuelta. Se le ha agotado la paciencia.

—Ve a ducharte —me ordena.

Me giro y subo las escaleras. A lo lejos, oigo que Noah me grita, enfadado:

—Mientras estés aquí, eres una Van der Berg. Como permitas que ese capullo te toque, te juro por Dios que me aseguraré de que no puedas sentarte en toda una semana.



Noah.

El calmado, amable y feliz Noah.

Menuda sorpresa. Y menudo capullo.

La yegua sacude las patas mientras cepillo su rojizo pelaje. Es relajante, como cocinar. Lo hago con unos movimientos largos y suaves. Tengo los auriculares puestos, pero no estoy escuchando música porque se me ha olvidado poner la *playlist* cuando he entrado en el establo hace una hora.

La cepillo con una mano y luego la acaricio con la otra para darle muchos mimos. Me gustan los animales.

Y Colorado. En realidad, hoy ha estado bien. Eso de ir al bosque.

Ni siquiera se ha torcido tanto la cosa cuando ha aparecido ese tal Holcomb. Que sí, que ha sido un capullo. No es que se me fuera la pinza. El tío me habría follado, luego habría fanfarroneado y no me habría vuelto a hablar en su vida a no ser que quisiera repetir, pero...

Qué sé yo.

Ha hecho bromas conmigo y yo le he seguido el juego. Era evidente lo que quería el chaval. Y yo no he tenido que fingir nada ni hacerme la tonta.

Y una parte de mí deseaba que fuera así de fácil. Conectar sin tener que llevarnos bien.

Sí, me he sentido tentada.

No se me da bien hablar o encontrar las palabras correctas, pero a lo mejor puedo ser una chica dulce, amable y feliz en la cama. A lo mejor, ahí sería cariñosa.

Las lágrimas hacen que me escuezan los ojos, pero pestañeo para deshacerme de ellas mientras le peino las crines a Shawnee.

Ellos me odian, yo me odio y también los odio a ellos.

«No». Freno y me detengo a pensar. No los odio. Simplemente es que sé que será en vano. Yo no sé conectar con la gente.

Salgo de la cuadra, lanzo el peine a la mesa donde están los demás utensilios para cepillar a los caballos y cruzo el taller para volver a la casa. Me quito las botas de lluvia llenas de barro con los pies, pero me dejo la sudadera negra; abro la puerta y entro en la cocina. A estas horas de la tarde ya está empezando a refrescar, y presiento que va a llover.

Al entrar, oigo que alguien sisea.

—El maldito cabrón ese...

Me giro para cerrar la puerta, aunque antes echo una ojeada rápida. Kaleb está plantado en la mesa, con la nariz ensangrentada, y su padre está intentando curársela. Sin embargo, Kaleb le quita el trapo de las manos y se lo lleva a la nariz él mismo. Tiene los labios arrugados en una mueca.

¿Se lo habrá hecho Terrance Holcomb? Estaba un poco preocupada por la escopeta que le he visto a Kaleb, pero pensaba que era solo para asustarlo. Total, no ha venido la poli.

Noah abre la nevera, saca un paquete de hielo y la vuelve a cerrar. Cruzo la cocina y me dirijo hacia las escaleras.

—Ponte con la cena —me dice Jake al pasar.

—No tengo hambre.

—Nosotros sí —suelta entre dientes.

Me detengo y giro la cabeza. Están los dos alrededor de Kaleb, que tiene más rasguños, sangre y suciedad por la mandíbula, el hombro y la cadera. Me azota una punzada de culpabilidad, aunque el otro seguro que ha quedado peor. Además, yo no le he pedido a Kaleb que hiciera nada de esto por mí.

—No es mi problema —contesto de mala gana, y fulmino a mi tío con la mirada—. Si quieres tener sirvienta, contrata a una.

Gira la cabeza de golpe hacia mí.

—Y como no estoy haciendo lo que se me pide, mándame a casa —añado.

Este no es mi lugar. Por eso, estoy mejor sola. Porque no tengo que sentirme así constantemente. Avergonzada, humillada, culpable... Si evitas ponerte en ciertas situaciones, no lo pasarás mal.

Noah y Jake se quedan petrificados un segundo y yo miro a Kaleb.

—No me siento mal por ti en absoluto —le digo sin poder reprimirme—. Te lo tenías merecido, porque me has utilizado como excusa para pelearte con alguien. No estabas defendiendo mi honor.

Me asesina con la mirada.

—Te mueres de ganas de pegarle un puñetazo a lo que sea, como si fueras un troglodita. Y te has divertido.

Salta de la mesa y me mira fijamente a los ojos mientras se me acerca, como si viniera a por mí.

Pero Jake se le adelanta.

—No nos conoces —señala—. Ni se te ocurra venir aquí y faltarle al respeto a mi familia.

—Llevo tres días en esta casa y me habéis intimidado, amenazado e insultado. Os habéis comportado como unos matones —me defiendo—. ¿No era eso lo que queríais? ¿Que gritara? ¿Que me enfadara? ¿No me lo dijiste tú?

—¡Dije que te vendría bien pasar un tiempo aquí y no me equivocaba! —contesta Jake—. No tienes ni idea de lo que significa colaborar. O formar parte de un equipo. De una familia.

Se me acerca y yo voy retrocediendo hacia el salón mientras él acorta la distancia que nos separa.

—Déjame que te aclare una cosa, niña —gruñe—. La cría, aquí, eres tú. Y el adulto soy yo. Si haces lo que te diga, no habrá

problemas. Esta metodología nos funciona. —Se me queda mirando con sus centímetros de más por encima de mí—. ¡Haz-lo-que-te-digo!

Me estremezco un segundo, pero entonces sacudo la cabeza y suelto:

—Sois insufribles.

—Y tú una mimada.

Agacho la cabeza ante su acometida y cierro los ojos con fuerza. Nunca me habían gritado hasta ahora. Jamás. Y acabo de darme cuenta de eso. Me tiemblan las manos.

Es denigrante. Me siento como una mierda.

—Aquí no tenemos criadas ni mayordomos —prosigue Jake.

Toco la pared con la espalda. Siento que el enfado se apodera de mí y aprieto los dientes.

Él continúa:

—No tenemos asistentas para que te limpien el puto culo. ¡Ni tampoco acceso directo al psiquiatra para que te recete las pastillas que necesitas para aliviar el dolor que sientes por lo superficial que es tu vida!

—¡Todo esto lo sientes tú! —grito levantando la vista por fin para mirarlo y defenderme—. ¡Los problemas que tengas tú con nuestra familia no son cosa mía!

¿A mí qué más me dan las criadas, los mayordomos y las pastillas? Está mezclando todas sus mierdas personales con esto.

—¿Hay algo que sí lo sea? —replica—. ¿Te importa alguien más aparte de ti misma? No nos preguntas nada sobre nuestras vidas. Apenas comes con nosotros. No te sientas con nosotros. ¡Te importamos un bledo!

—¡Porque siempre estoy en la cocina! —le grito mirándolo y prácticamente rozándole el pecho con el mío.

—Eres una mocosa —exhala furioso—. ¡Una mocosa esnob y egocéntrica de pacotilla!

—¡No! Es solo que...

Guardo silencio. Frunzo el ceño y aparto la mirada. *Mecagüen*... Maldito Jake. No soy ninguna mocosa. Soy...

—¿Es solo que qué? —me provoca—. ¿Eh?

No soy una mimada. Me escuecen los ojos por las lágrimas y me tiembla la barbilla. Me dan igual los lujos. Y el dinero. No es que sea antipática porque ellos vivan aquí y lo hagan de forma distinta a como vivo yo. No es eso. Es solo que...

—¡¿Solo que qué?! —repite, gritando—. Qué calladita estás ahora, ¿no?

—Papá... —dice Noah desde la cocina.

Aunque yo no lo veo. Mi tío me tapa la vista y no puedo evitar que se me vayan acumulando las lágrimas en los ojos.

—No soy...

Trago saliva sin tener ni idea de qué decir. Sin tener ni idea de cuál es mi problema. Jake tiene razón, ¿a que sí? Una persona educada (y normal) podría mantener una conversación cualquiera. Una de esas triviales. Les haría preguntas. Sonreiría, haría bromas...

Sacudo la cabeza más para mis adentros que a modo de respuesta a su pregunta.

—Es solo que... no estoy acostumbrada a...

—¿A qué? —me espeta—. ¿A las normas? ¿A no poder gastar todo el dinero que te apetezca? ¿A un armario pequeño?

—A la gente —suelto.

No sé en qué momento me he dado cuenta de eso, pero me sale solo.

Jake tiene razón. No tengo ni idea de cómo interactuar con los demás.

Empiezan a brotarme las lágrimas, resbalándome mejilla abajo, y yo sigo con la vista puesta en el suelo.

—No estoy acostumbrada a la gente —susurro—. En casa no me hablan.

Jake guarda silencio, y tampoco oigo que los chicos hagan movimiento alguno. Con tanto silencio, parece que la habitación se haya encogido.

Levanto la vista. Ya me da igual que me vea los ojos rojos y la cara empapada.

—Nadie me habla.

Y antes de que le dé tiempo a decir nada, echo a correr escaleras arriba, desesperada por meterme en mi cuarto, lejos de donde puedan verme. Cierro la puerta con pestillo, me dejo caer de espaldas en la cama y me tapo los ojos con los brazos para frenar el curso de las lágrimas.

Dios, ¿por qué acabo de hacer eso? Soy un puñetero caso perdido. Ahora Jake me enviará a casa, porque me dejo llevar por mis emociones y lidiar conmigo supone un esfuerzo demasiado grande.

Me pongo a llorar en silencio, cubriéndome la cara con el brazo.

No debería haberlo hecho. Yo nunca me peleo con nadie, pero preferiría pelearme que echarme a llorar. Eso es lo que hacen los débiles para poner fin a una discusión. Es injusto ponerse a discutir cuando alguien empieza a sollozar.

«Ay, mira a esa pobre niñita rica. Sus papis le dejaron tener de todo cuanto quisiera, pero no estuvieron a su lado, abrazándola y dándole besitos cada día. Pobre criaturita».

Ahora me verán con peores ojos que antes. Me verán frágil. Que me desmorono a la mínima. Que soy una molestia y tienen que andarse con pies de plomo cuando estén cerca de mí.

¿Cuántos niños habrían vivido la mar de felices con mis padres con tal de disponer de comida y ropa para ponerse? Poseo lo impensable y acabo de desmoronarme por nada delante de ellos.

Todo el mundo debería tener la suerte que he tenido yo.



—¿Te lo puedes creer? —oí que decía mi madre.

—Venga, anda —dijo mi padre, riendo—. Ya sabíamos que pasaría.

Entré en el estudio de mi padre con cautela y los vi a él y a Mirai sonriendo. Mi madre tenía las palmas de las manos juntas justo delante del pecho mientras se reía.

Entonces alargó los brazos y abrazó a mi padre.

Sonreí.

—¿Qué ocurre? —pregunté con un hilo de voz, adentrándome en la sala.

Pero ellos siguieron sin apartar la mirada uno del otro.

Mirai me observó y se le ensanchó la sonrisa.

—A tu madre...

La voz de mi padre la interrumpió:

—Tengo que llamar a Tom —le dijo a mamá mientras pasaba al lado del escritorio—. Tenemos que cambiar toda la promoción para la nueva película.

Alterné la vista entre papá y mamá, y me detuve frente al sofá para que pudieran verme.

—Amelia de Haas, la actriz nominada a los Óscar —recitó mi padre como si estuviese leyendo una cartelera.

Abrí la boca a más no poder y sonreí de oreja a oreja.

—¿A los Óscar?

¿En serio? Es increíble.

—Bueno, no —bromeó mi madre, que seguía sin prestar atención a nada ni nadie que no fuera papá—. ¿Y si gano? Entonces seré la actriz ¡ganadora! de un óscar. Mejor espérate un poco.

Mi padre volvió a reír y desanduvo el camino para regresar al otro lado del escritorio y besarla.

—Mi mujer.

Se miraron el uno al otro con los ojos llenos de emoción y alegría. Pasé por su lado y me acerqué, intentando que me vieran.

Quería abrazar a mamá y felicitarla. Quería que supiera que estaba orgullosa de ella.

—Mamá...

—Ve a llamar a la gente —le ordenó a Mirai, sin escucharme siquiera—. Ya sabes lo que toca.

Mirai me miró a los ojos con una omnipresente lástima y luego miró a mis padres, apenada, antes de salir del cuarto en silencio.

—Felicidades —le dije a mi madre mientras me acercaba sin dejar de sonreír.

Pero ella ya se había alejado.

—Venga, vayamos al despacho de Jane —le dijo a mi padre—. Voy a tener que emitir un comunicado.

—Estoy orgullosísimo de ti, cariño —le dijo él.

Se marcharon los dos, y con ellos desaparecieron el ruido y el júbilo del despacho. Como si yo no fuera más que una sombra. Un fantasma que había atravesado las paredes de la sala y al que no habían visto ni oído.

Me quedé ahí, mirando cómo se alejaban por el pasillo, doblaban una esquina y se esfumaban. Apreté las manos frente a mí e intenté

deshacerme del nudo que sentía en la garganta.

Me alegraba por ella. Quería decirle que era increíble y que me encantaban sus películas.

Quería que lo supiera.

¿Por qué nunca compartía todo lo maravilloso que le ocurría conmigo? Porque ella era la primera persona a quien yo quería acudir de pequeña para contarle algo bueno que me había pasado, fuese lo que fuese.

Hasta que dejé de intentarlo.

Y permanecí ahí. Con la vista perdida. «No pasa nada».

No era mi día. Era el suyo. No tenía que ser yo quien pidiera atención.

Oí que la puerta principal se cerraba de golpe, y la casa, con todo lo que quedaba dentro, se sumió en un silencio y una quietud absoluta.

Como si nadie viviera en ella.

Como si ahora que mis padres se habían ido, ya no quedara nada.



Al abrir los ojos, las lágrimas no me permiten ver con nitidez. Me siento, cuelgo las piernas por el lateral de la cama y tomo unas cuantas bocanadas de aire bastante profundas.

Es la primera hora de la mañana. Lo sé por la tonalidad azul de la luz que se cuela por las puertas que dan al balcón.

Una lágrima me resbala hasta el labio y me la seco con la mano. Aún me acuerdo de muchísimos detalles de cuando crecí con ellos; detalles que por sí solos no tendrían nada de horrible, pero que, tras

años de conversaciones que me pareció interrumpir, ocasiones en las que no me invitaron o en las que parecía que no fuese bienvenida, y afecto que se daban mutuamente con una facilidad increíble pero que nunca compartían conmigo... me dolían. Me dolía todo, y lo fui interiorizando año tras año hasta que, al final, me di permiso para que no me importara.

O para dejar de demostrar que me importaba.

Suspiro y echo la cabeza hacia atrás, pero entonces veo algo. Me giro para mirar con atención y descubro una bolsa blanca en la mesita de noche. Entorno los ojos y alargo el brazo para coger esa bolsa de papel desgastada que ya no tiene nada de nueva.

¿Es...?

El bulto que hay en el fondo de la bolsa me cabe en la palma de la mano y, antes incluso de abrirla, huelo el olor a canela de los ositos de gominola.

¿Cómo ha llegado esto aquí? Si tiré toda la bolsa ayer...

Aunque ahora hay algo escrito en negro en la parte delantera de la bolsa. Voy estirando el papel poco a poco y busco un rayo de luz que me queda cerca para leerlo:

Tus padres nunca fueron dulces contigo. Por eso tampoco lo eres tú.

Desvío la vista hacia la puerta del cuarto y compruebo que está abierta. Anoche la cerré con pestillo antes de acostarme.

A pesar de que la cabeza me va a mil por hora, no se me acelera el corazón. Debería estar cabreada. Alguien se coló en mi cuarto mientras yo estaba durmiendo. Y hurgó en la basura.

Alguien que me está vacilando con una bolsa de papel.

Aunque no se equivoca. Acaricio la caligrafía con el pulgar.

La forma en la que está escrito... «Por eso tampoco lo eres tú». Es infantil, pero simple.

Me levanto y vuelvo a tirar todo el contenido a la basura, aunque guardo la bolsa. La aplano y la guardo encima de la cómoda. No sé si culpar a mis padres es razón suficiente para justificar que sea tan jodidamente miserable, pero hay alguien en este mundo que me entiende, y ni siquiera me ofende que me haya dicho que no soy dulce. Ya sé que no lo soy, y alguien entiende por qué.

Salgo de mi cuarto y bajo las escaleras. El viento sopla fuerte en el exterior y azota los árboles que rodean la casa, y parece que se oiga el perenne sonido de una cascada de fondo. Me dirijo a la cocina y me acerco al fregadero en silencio para servirme un vaso de agua.

Me quedo mirando por la ventana. La brisa matutina levanta las plumas de las gallinas que hay en el corral.

No quiero irme a casa. Pero tampoco quiero quedarme aquí y que no paren de fijarse en lo que hago o dejo de hacer porque su mundo sea un poquito peor ahora que yo me he adentrado en él. Mi vida no es asunto de Jake van der Berg.

No me doy cuenta de que he empezado a rellenar el filtro de la máquina del café hasta que alguien me coge el paquete con delicadeza.

Levanto la vista y veo a mi tío. Está a mi lado, poniendo café molido en el filtro. Supongo que seguirá tenso. Furioso. Malhumorado, como mínimo, porque le causo demasiados problemas.

Pero lo noto calmado. Y callado. Saca unas cucharadas de café de la bolsa y las va vertiendo en la máquina antes de cerrar la tapa en silencio y darle al botón de encendido.

Un burbujeante sonido indica que ya empieza a hervir. Jake coge una taza de café de la rejilla y se la coloca justo delante.

—Me iré a casa —digo con un hilo de voz.

—Ya estás en casa. —Me coloca otra taza delante.

Me tiembla un poco la barbilla.

Giro la cara. No quiero que me vea llorar de nuevo, pero entonces noto que me acaricia el pelo por detrás de la oreja y ese gesto me lleva a cerrar los ojos. Es tan agradable que tengo ganas de llorar otra puñetera vez.

Sin esperar ni un segundo más, me acerca a él, me abraza y me sujeta la cabeza a la altura de su pecho.

Suelto todo el aire que tengo en los pulmones y dejo caer los brazos a los costados porque no soy capaz de devolverle el abrazo, aunque tampoco me aparto. Una camiseta ajustada le cubre el torso; aun así, noto su calor corporal en la mejilla. Su familiar aroma me embriaga y me va calmando hasta que las lágrimas empiezan a sucumbir.

Me han abrazado muchas veces. Más de las que me gustaría, la verdad. Por lo visto, los abrazos se han puesto de moda. Mujeres que son totales desconocidas se abrazan cuando las presentan. Los conocidos sin más se abrazan. La gente con la que te cruzas por la calle te abraza todo el puto tiempo, como si fuerais los mejores amigos de toda la vida, aunque casi ni te rocen al hacerlo.

Odio el afecto fingido.

Pero este abrazo es distinto.

Me está agarrando fuerte. Como si en caso de soltarme, me fuera a caer.

Se me empiezan a relajar músculos que ni siquiera sabía que tenía; me da un beso en el pelo y un cálido cosquilleo me recorre entera. Me entran unas ganas mortíferas de colarme en esa calidez y ponerme a dormir.

¿Por qué les costaba tanto hacer esto a mis padres? No es nada extraño que quisiera que lo hiciesen. Es normal. Querer compartir la

vida con las personas a quienes queremos. Reír y llorar e ir coleccionando recuerdos juntos.

Porque solo podemos ser felices cuando compartimos nuestra vida con los demás.

Las lágrimas cuelgan de mis pestañas y una repentina y apremiante necesidad de abrazarlo se va apoderando de mí.

Ya no quiero estar sola.

Ya no quiero irme a casa, porque estaré sola.

Siento un cosquilleo en el cuero cabelludo cuando me susurra:

—Todos tenemos nuestras mierdas, Tiernan. —Guarda silencio un momento, y cuando respira, se le mueve el pecho de una forma que me reconforta—. No estás sola. ¿De acuerdo?

Me levanta la barbilla. Lo miro a los ojos y casi me quedo sin respiración al vislumbrar el cariño con el que me está mirando.

—No estás sola —repite en un susurro.

Bajo los ojos hasta sus labios y, por un segundo, me uno a él. Respiramos al unísono y cierta calidez se me cuela bajo la piel mientras estudio la tez morena de su cara, su suave boca y la rugosa barba que le envuelve la mandíbula.

Vuelvo a sentir aquella repentina y apremiante necesidad de abrazarlo y hundirle la cara en el cuello, pero Jake me acaricia la mandíbula con el pulgar. La ola de calidez que noto bajo la piel me va descendiendo por el cuerpo. La delicada sonrisa que se le había dibujado antes en los labios desaparece cuando se me queda mirando.

Al final pestañea, y el hechizo se rompe en cuanto baja la mano.

—Vístete, ¿vale? —me dice—. Ponte pantalones y una camisa de manga larga. Esta mañana te vienes conmigo.

Me suelta y sirve el café mientras el frío matutino se apodera de mí. Y yo me quedo aquí, deseando seguir entre sus brazos.

Aunque noto que el corazón se me ensancha un poquito. «Esta mañana me voy con él». Subo las escaleras y me pongo unos vaqueros limpios y unos calcetines.

Me recojo el pelo y dudo un segundo antes de llamar a la puerta de Noah. La última vez que me habló, amenazó con azotarme.

Tras llamar unas cuantas veces, por fin oigo sus pasos.

Abre la puerta. Parece que tenga resaca, y se apoya con una mano en el marco y con la otra en la puerta, como si intentara mantener el equilibrio.

No pienso disculparme. Pero tampoco espero que lo haga él.

—¿Puedes prestarme una camisa de manga larga? —le pregunto.

Asiente y se gira, mientras cierra los ojos y bosteza.

—Claro, pasa.

Entro y me encuentro con su armario abierto y una camisa de franela esperándome ahí mismo.

—Qué temprano, joder —se queja—. ¿Ya quiere que me levante?

—No ha dicho nada.

—Bien —musita antes de dejarse caer de nuevo en la cama, boca abajo.

Lleva los mismos vaqueros que ayer. Paseo la vista por su cuarto y me fijo en el montón de ropa, zapatos y varias cosas más que tiene tiradas por ahí. La habitación está desordenada, pero no está sucia del todo.

Cojo la camisa, salgo del cuarto y cierro la puerta tras de mí. Me ato la prenda a la cintura y, al darme la vuelta para ir hacia abajo, oigo algo a mis espaldas. Muevo la cabeza y veo que Kaleb está bajando por las escaleras que dan al tercer piso.

Se dirige al baño y, a pesar de que estoy a menos de dos metros de él, hace como si no me hubiese visto, se mete en el lavabo y cierra de un portazo.

Me quedo aquí quieta un segundo. Como el pasillo está a oscuras, apenas he podido ver los cortes que se hizo ayer en la cara, pero sí he podido apreciar el del labio.

No es mi culpa que se peleara con el otro. Pero aun así...

Me aproximo a la puerta y levanto la mano para llamar, pero me detengo. Acerco la oreja, pero no oigo nada, y me cuesta alejarme de aquí.

Tengo una pomada... para los cortes..., si la quiere.

Tengo...

Ay, qué más da. Cierro el puño, bajo la mano y me dispongo a marcharme.

Desciendo las escaleras y descubro a Jake en la terraza. Salgo y me uno a él. Me pasa una taza de café y se queda con la vista puesta en el bosque y la niebla que envuelve las camionetas.

—Me gusta despertarme temprano —me cuenta—. Es el único momento del día en que la casa y todo lo que la rodea está en silencio, y aún estoy lleno de energía para disfrutar de la calma.

Levanto la vista hacia él. «Yo también», pienso. Le doy un sorbo al café y me obligo a hablar, a pesar de que el instinto me dice que es mejor que me calle. Pero quiero hacer el esfuerzo.

—Me gusta que trabajéis todos en casa —confieso, y veo que me mira por el rabillo del ojo—. Siempre hay gente por aquí.

Gente que es un poco brusca, maleducada y autoritaria, pero también se me podría describir a mí con un par de adjetivos de esos.

Me sonríe de medio lado y yo bebo un poco más de café antes de dejar la taza en la barandilla.

—Venga —me dice, dejando también la suya.

Pasa a mi lado y lo sigo. Bajamos las escaleras y nos dirigimos al establo, donde cogemos un cinturón de herramientas de la mesa de trabajo.

Cruzamos el establo hasta llegar al prado donde están Bernadette y Shawnee paseando al aire fresco.

Sigo a Jake con la mirada fija en su nuca mientras él se abrocha el cinturón de herramientas.

Preguntas. Me dijo que nunca les hacía preguntas.

No es que no las tenga, pero es que hacer preguntas significa entablar una conversación.

—Sujétame esto —me dice, levantando un trozo de valla del corral.

Me acerco y me agacho para levantar el tablón de tal modo que quede nivelado mientras él pasa por la abertura para colocarse al otro lado. Saca un clavo y un martillo, y va fijando el tablón en su sitio mientras yo sigo aguantándolo.

—¿Cómo es que Kaleb no habla? —pregunto.

Coge otro clavo y empieza a clavarlo sin mirarme siquiera.

—No sé si debería informarte yo del tema, si no sale del propio Kaleb.

—¿Tiene algo que ver con su madre?

Jake levanta la vista de golpe para mirarme.

—¿Qué sabes de su madre?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que nada —respondo—, pero está claro que de alguna parte salieron tus hijos y no será de la chica de veinticinco años que abandona cada mañana tu habitación.

Ríe mientras martillea otro clavo.

—Cada mañana tampoco, gracias.

O sea, que sí tiene veinticinco años (o menos) porque no me ha corregido en lo de la edad.

El silencio pende en el aire y Jake adopta una expresión más pensativa mientras hunde otro clavo.

—Su madre está en la cárcel —me cuenta—. Le cayeron entre diez y quince. En Quintana.

Quintana.

Entre diez y quince... ¿años?

Me quedo mirando a mi tío, que no ha establecido contacto visual alguno, y ahora sí que se me van amontonando las preguntas. ¿Qué hizo? ¿Estaría él involucrado también en lo que fuera?

¿Seguirán hablando Noah y Kaleb con ella?

Jake continúa avanzando por el prado y yo lo sigo. Se ha caído otro tablón.

¿Cuándo la condenaron? ¿Cuánto tiempo lleva Jake criando a los chicos él solo?

Lo sigo observando con una mirada más relajada. Tiene que haber sido duro. Seguro que es un tipo de dolor distinto. Que te arrebaten a alguien *versus* que alguien quiera dejarte.

—¿La querías? —pregunto.

Aunque bajo la mirada enseguida, avergonzada. Claro que la quería.

—Me volqué en ella porque era incapaz de dejar de querer a otra persona —me cuenta.

Entorno los ojos.

Jake interrumpe lo que está haciendo, coge la cartera, la abre y saca una foto.

Me la pasa.

Observo la foto, lo reconozco al instante y sonrío un poco.

En realidad, no es una foto en sí. Es una polaroid con una arruga muy marcada en medio, en la que aparecen las caras de otras personas un poco borrosas.

Sale él tumbado en un mantel de pícnic, descamisado y con unas bermudas de color caqui. Y está abrazando a una chica de ojos

oscuros cuya melena, oscura como la noche, le cae por la espalda; acercándola a él.

Se le ve más pálido y más delgado que ahora, pero sonríe como lo hace alguien cuando se está riendo de ti para sus adentros o cuando piensa que solo sirves para hacer algo a puerta cerrada. Aunque lleva un corte de pelo conservador y esa cara de crío, que le hacen parecer el típico *quarterback* capullo de una serie de la CW.

—¿Eres tú? —Lo miro e intento disimular las ganas de reír.

Me roba la foto y me mira con el ceño fruncido.

—Años ha, solía ser en el que más se fijaban, para que lo sepas.

«¿Años ha?». Yo diría que lo sigue siendo.

Coge una pala y empieza a rellenar de tierra el hoyo del poste de la valla.

—Tu abuelo tenía una casa en Napa Valley —me cuenta mientras le sujeto el poste en cuestión—. Solíamos ir cada verano a jugar al golf, emborracharnos, hacer gilipolleces...

«¿Solíamos?». ¿Mi padre también?

Casi no me acuerdo de mi abuelo. Murió cuando yo tenía seis años, pero sé que se divorció de su primera mujer (mi abuela) cuando papá tenía doce años, y luego escogió a otra holandesa para que fuera su segunda mujer. Y esta ya tenía un hijo: Jake.

—Había cumplido dieciocho años cuando conocí a Flora —prosigue mi tío—. Dios, era guapa de cojones. Su familia trabajaba en la finca. Eran inmigrantes. Pobres... —Me mira—. Y, evidentemente, nuestras familias no lo aceptaban.

Casi tengo que contener las ganas de reír. No porque me haga gracia, sino porque lo entiendo. Por primera vez me doy cuenta de que Jake y yo formamos parte de una misma familia y de que él la conoce tan bien como yo.

—Flora no tenía traje de baño —prosiguió—. No lo tuvo en todo el verano. Me acuerdo bien. Y ni siquiera se me ocurrió que fuera porque no podía permitírselo, porque a mí me encantaba ir al lago y verla nadar en ropa interior y una camiseta. Tenía cuerpazo y la ropa mojada se le amoldaba a la perfección.

Me lo imagino: a él, con sus hormonas alborotadas y sus emociones a flor de piel. ¿Cómo será Jake enamorado?

Suspira.

—Era más sexi que cualquier bikini. No quería que se terminase el verano. No podíamos apartarnos el uno del otro. Yo estaba pillado hasta las trancas.

Pero Flora no está aquí ahora.

—Una noche, tu madre...

—¿Mi madre? —Levanto la vista de golpe hacia él.

Pero Jake me esquiva la mirada con los labios apretados.

—Tu madre era una promesa del cine y hacía poco que había empezado a salir con tu padre —me explica—. Fue de fiesta con Flora y la emborrachó; cuando Flora se despertó, estaba en la cama con otro hombre. —Por fin me mira y deja de trabajar un momento —. Otro hombre que no era yo.

Mi madre se la llevó de fiesta la emborrachó y...

—Mi padre —digo, juntando las piezas.

Jake asiente.

—Tu abuelo sabía que yo no iba a alejarme de Flora, así que tus padres lo ayudaron a deshacerse de ella.

Pestañeo con fuerza. No me puedo creer que los haya defendido delante de mi tío. De él. No me extraña que los odie.

—Flora se sintió tan culpable de pensar que se había acostado con otro —sigue Jake mientras camina hacia el establo para dar de comer a los caballos— que a mi familia no le costó nada convencerla

de que nuestra relación se había acabado, si no quería que yo me enterase de lo que había hecho. «Ah, y, toma: cincuenta mil pavos para los gastos de la mudanza. Piérdete, niña. No lo llames».

—¿Y nunca has intentado buscarla?

—Sí —confiesa—. Descubrí que vivía en un apartamento en San Francisco. —Guarda silencio un segundo y luego se pone los guantes —. Ni siquiera me dejó entrar. No podía ni mirarme a los ojos. Me dijo que no podía volver a verme y que no quería que la volviese a llamar.

Corta el cordón de las balas de paja y yo cojo un rastrillo para ir esparciéndola por la cuadra.

—¿Cuándo descubriste la verdad? —pregunto.

Permanece callado un instante, y cuando por fin habla, lo hace con un hilo de voz:

—Al cabo de una semana de haberme marchado de su piso, más o menos. Cuando me llamó su hermana para decirme que había fallecido.

¿Que había fallecido?

Me detengo.

—¿Se suicidó?

Asiente y sigue trabajando.

—Dios mío.

—Seis horas después, hice las maletas y nunca volví a mirar atrás —me cuenta con una sonrisa prieta—. Pillé la carretera con la intención de ir a Florida, pero terminé aquí y... ya nunca quise volver a marcharme. —Se le relaja un poco la mirada y cosas que yo creía saber se van desvaneciendo mientras el rompecabezas empieza a cobrar sentido—. Me mudé aquí con una caravana destartalada y sin agua corriente. Ahora tengo una casa, un taller, un negocio y a mis

dos hijos. Las cosas me han salido mucho mejor de lo que me merecía.

¿Por qué pensará que no se merece lo que tiene? Nada de lo ocurrido fue culpa suya. Él intentó encontrarla. Si lo que querían los demás era comerle el coco a la chica, iban a descubrir la forma de hacerlo.

Mis padres. ¿Habrían hecho lo mismo si yo me hubiese enamorado de alguien que no encajara con la imagen que querían mostrar al mundo?

—Lo siento —me apresuro a decir—. Siento que mis padres se...

—Tus padres, Tiernan —me corta y me mira fijamente a los ojos —. No eres tú la culpable.

Pero, aun así, me cuesta asimilarlo. Mi madre tampoco era tan distinta de Flora. Era igual de pobre que ella, pero al menos Flora tenía una familia. Mi madre había sido una huérfana que no tenía a nadie. ¿Cómo es que no se había puesto del lado de la chica?

Bajo la vista hasta la cintura de Jake. La camiseta le cubre el tatuaje que tiene en un lateral, pero me acuerdo de las palabras: «Mi México». Ha dicho que Flora era inmigrante; ¿se lo tatuó por ella? ¿O será porque, igual que los *cowboys* se escapaban por la frontera en su día, Colorado se convirtió en la vía de escape de Jake? ¿En su México?

—Tenemos que divertirnos un poco —suelta, animando el ambiente con una sonrisa—. Mañana iremos todos al lago.

¿Al lago? ¿No al estanque?

—Nos llevaremos música y cervezas —prosigue—. Y saltaremos desde los acantilados.

—¿Que saltaremos desde los acantilados?

Me estudia el cuerpo con la mirada durante un único segundo y pregunta:

—Tienes bañador, ¿no?

Aunque su pregunta suena más a una advertencia que a otra cosa, porque ni de coña querrá que me bañe con ropa, como ayer.

O en ropa interior, como Flora.

Sí, tengo un... bikini. El terror se me arremolina en el estómago. Normalmente, me pongo lo que me haya comprado nuestra *personal shopper* sin importarme lo que sea, pero creo que, estando mañana con ellos, sí me va a importar.

¿Cómo puede ser que no tenga un bañador de una pieza? ¿O una camiseta de neopreno? Ufffffff.

Me paso las próximas dos horas como un torbellino: yendo de una tarea a otra, agradecida por la distracción. Jake, Noah y yo terminamos los quehaceres matutinos; preparo el desayuno y Noah friega los platos. Luego les echo un cable en el taller y respondo los correos electrónicos del negocio según lo que me va dictando mi tío mientras trabaja.

Jake y yo cargamos un par de motos a la camioneta, atamos bien las cuerdas y él vuelve a ponerse la camisa antes de sacarse las llaves del bolsillo. Sé que tiene que bajarlas al pueblo para dárselas a quien tenga que entregarlas; sin embargo, de repente se detiene y mira detrás de mí.

Le sigo la mirada.

Kaleb está al otro lado del establo, con los pantalones colgándole de las caderas, sin camiseta y con el sol acariciándole el pecho, desnudo y empapado en sudor, mientras baja el hacha y parte un tronco en dos.

Se frota la barbilla con el hombro. Se le han abierto algunas heridas y la sangre que le brota le resbala por las mejillas.

—Ve a por el botiquín —me dice Jake mientras camina hacia el asiento del conductor—. Kaleb necesita ayuda.

—Sí, ayuda profesional —musito—. Me...

Tengo en la punta de la lengua lo ocurrido la otra noche en el taller.

Y lo de ayer en el establo.

Pero... supongo que no puedo echarle toda la culpa a Kaleb. Será mejor que no diga nada.

—Ayer amenazó al tío ese con una escopeta —acabo por decir.

Kaleb me da miedo.

No obstante, Jake se da la vuelta y me responde, enfadado:

—Ese tío tiene un local en el pueblo para montarse orgías y un marcador en la pared para apuntar la nota que le pone a cada chica del uno al diez. En ese marcador hay más de trescientos nombres de jóvenes a las que él y sus amigos se han tirado en lo poco que han vivido hasta la fecha. —Me señala la cara con el dedo y yo, con la frente arrugada, retrocedo un poco—. Tuviste una suerte de cojones de que fuera Kaleb quien te encontrase y no yo, porque yo no me habría esperado a que te marcharas antes de matar al puto chaval.

Arqueo una ceja, pero no insisto más.

—Y ahora mueve el culo —me ordena.

Se da la vuelta y se sube a la camioneta. Cuando arranca, sigo arrastrando los pies otro minutito más antes de entrar en el establo y coger, de mala gana, el botiquín del armario.

Kaleb no quiere que lo ayude yo. Tiene tantas ganas de que lo ayude como yo de ayudarlo.

Y sigo estando completamente convencida de que ni él ni Noah intentaban mantenerme a salvo. Aunque en el caso de que lo que me ha contado Jake sea verdad, entonces tuve suerte de que aparecieran.

Pero no. Creo que Terrance tenía razón en lo que dijo. Estos tres son territoriales. Podrían haberse encontrado a cualquier tío aquí

arriba con su prima pequeña y se habrían cabreado y peleado igual.

Voy caminando con pesadez hasta donde está Kaleb. Me detengo e intento evitar el contacto visual.

Levanto el botiquín y se lo acerco.

—Estás sangrando —afirmo.

Se me queda mirando un segundo. Luego se vuelve a secar la sangre con el hombro antes de coger otro tronco y seguir pasando de mí.

Abro el botiquín y saco el Neosporin.

—La crema hará que se te cierren las heridas —le explico con voz calmada e intentando esmerarme—. Póntela.

Se detiene y pasea su indecisa mirada de mí al bote de crema que tengo en la mano.

Dejo caer los hombros y me obligo a relajarme. Hoy no quiero peleas.

—Siéntate —le digo con un tono de voz amable—. Por favor.

Entorna los ojos, pero no se mueve.

Señalo el tronco de árbol y bajo la voz hasta prácticamente susurrar:

—Por favor, siéntate.

Kaleb espera unos segundos, mirándome fijamente, y entonces... se sienta.

Dejo el botiquín, cojo una toallita desinfectante y me acerco a él, evitándole la mirada ahora que quedo un poco más alta.

Le limpio la sangre de la cara y le voy pasando la toallita por los rasguños; sin embargo, parece que sus ojos sigan todos y cada uno de mis movimientos. Me siguen cuando me agacho para limpiarle la sangre seca y cuando vuelvo a levantarme para abrir el bote de crema. Pero no es como la otra noche, cuando me deseaba. Ahora

es como si tuviese miedo de mí. Como si esperase que fuera a hacer el movimiento equivocado.

Trago saliva.

—Si vas hidratándote las heridas, no vas a tener costras y se te van a curar antes —le aconsejo, esparciéndole el ungüento por la mandíbula—.Ve poniéndote crema, ¿vale?

Le cubro toda la herida generosamente con la crema, y al notar ese olor a tierra, madera y aire húmedo, pestañeo. Es como si fuese el aroma personal de Kaleb.

No dice nada. Respira de forma tan controlada que el pecho se le va hinchando y deshinchando a un ritmo perfecto, como si estuviese haciéndolo a propósito para mantenerse calmado.

Tiene las manos apoyadas en los muslos y los puños apretados. Desvío los ojos hacia él y cruzamos la mirada. Un escalofrío me recorre entera. Hasta parece que Kaleb tuviera miedo.

Me acerco por puro despecho y le pongo más crema de la necesaria.

—No disparaste al chico de ayer, ¿verdad? —bromeo.

Lo miro. Kaleb sigue observándome en silencio.

Para mi sorpresa, distingo un brillo de diversión que resplandece en su mirada.

Se me detiene un segundo el corazón y noto una especie de ola de calor en las tripas. No está sonriendo, pero es algo dulce. Y me recuerda a cómo me sentí con él la otra noche durante unos breves segundos. Como si pudiera hundirme en alguien.

Carraspeo y me levanto.

—Listo. —Vuelvo a tapar el bote y se lo paso—. Toma.

Lo coge y se me queda mirando sin pestañear ni una sola vez.

—Vuelve a ponértela antes de irte a dormir —le digo.

No asiente ni hace nada que me indique que me ha oído. Simplemente sigue mirándome embobado.

—¡A comer! —grita Noah.

Me sobresalto. Miro hacia la otra punta del campo y veo que se dirige a la otra camioneta.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta—. Voy a por unas hamburguesas con queso.

No tengo claro si está hablando conmigo o con su hermano, pero desvío la vista hacia atrás, en dirección a Kaleb, y compruebo que sigue mirándome.

Y no me siento... segura si me quedo aquí a solas con él.

Debería ir con Noah.

—Voy —le contesto, sin apartar la mirada de Kaleb mientras me alejo.

La forma en que me mira me dice que estoy haciendo lo correcto.

No debería quedarme aquí a solas con él.

Capítulo nueve

Noah

Ella estira el brazo y me tira unas cuantas piezas del tablero de Ajedrez Mágico de Harry Potter; algunas hasta caen al suelo.

Hago una mueca.

—¡Noah, levántate! —oigo que grita mi padre al otro lado de la puerta de mi habitación. Baja las escaleras y el sonido de sus pasos se va difuminando.

Joder. La chica de encima de mí se inclina, agarra la cabecera de la cama y mueve sus caderas arriba y abajo de mi polla. Vamos... Mi carne dura palpita con calor, pero no logro correrme. Agarro sus caderas, guiándola cada vez más rápido.

—¿Estoy más buena? —pregunta jadeante.

—Sí.

—¿Y mis tetas? —Me abraza por el cuello y me empotra el pecho en la cara—. ¿Te gustan más?

Pongo los ojos casi en blanco, pero le muerdo el pezón por si acaso. Tiene las tetas más bonitas que Rory, eso es cierto, pero al menos Rory sabía lo que eran los preliminares. Que esta tía intente subírseme encima a las seis de la mañana y espere que esté dispuestísimo a atender sus necesidades es simplemente ofensivo.

Por suerte, he podido recurrir a unos sórdidos recuerdos del instituto para ponerme en situación.

Se echa hacia atrás y se acaricia el cuerpo con las manos, apretándose los pechos mientras su rubia melena le envuelve la

figura. Entonces le da un golpe a la pared que hay al lado de la cama y gime de placer.

Joder, macho. En caso de que Tiernan siga durmiendo, ya se habrá despertado.

Bajo la mano de Remi de la pared y me siento para besarla y que así deje de gemir. Que grite por la noche es una cosa, pero que lo haga por la mañana es un recordatorio general de que llego tarde a trabajar porque me estoy tirando a la hermana de dieciocho años de mi ex en mi cuarto.

—¡Noah! —grita mi padre desde abajo.

Que sí, ya... «Córrete de una vez». Venga...

La cabeza me da vueltas. No estoy por la labor.

Pero tampoco quiero salir de mi habitación y tener que enfrentarme a mi padre. Empiezo a menear las caderas más rápido, besándole el cuello y tirándole del pelo mientras me la follo desde abajo y ella empieza a gemir más fuerte.

Venga, nena. Córrete.

—Me encanta follarte —canturrea.

Asiento. Vale, bien.

—Me alegro de que por fin me haya tocado mi turno aquí arriba.

«Tu turno...».

—Dame duro. —Jadea—. Soy la putita de papi.

Ufff. ¿Qué cojones ha sido eso? Cierro los ojos y noto que se me revuelven las tripas.

—No me harás daño, Noah —me dice.

Cáááállate de una puta vez.

—Inténtalo, venga.

Hasta aquí. Aprieto los dientes, la abrazo por la cintura y cambio de posición. La pongo boca abajo y le tapo la boca con una mano mientras le separo las rodillas para que se abra más de piernas.

Me la follo con rudeza y rapidez; se mueve la cama y cruje el cabezal mientras yo sigo con la vista puesta en la ventana que hay justo detrás. Solo quiero quitarme esto de encima.

Aprieto la mandíbula. Al notar el sudor de Remi, tengo la sensación de que las paredes se van cerrando cada vez más. Y no quiero notarlo.

Cierro los ojos.

Tengo que salir de esta habitación.

De esta casa.

Del bosque.

Alejarme de la montaña.

Me da igual no volver a ver ni un puto árbol más en toda mi vida; ahora que me he follado a todas las mujeres en ochenta kilómetros a la redonda y que no puedo ni mirarme al espejo, tal vez se me haya acabado la paciencia y no vuelva a tener miedo de enfrentarme a mi padre.

Prefiero las noches. Cuando estoy cansado y lo único que quiero es echar un polvo antes de irme a dormir. Las mañanas, en cambio... no me despierto donde quisiera despertarme ni con ganas de hacer la mierda que me toca hacer pero no quiero. Estoy cansado.

Al cabo de un minuto, noto cómo reverberan sus gemidos en la palma de mi mano; se le contrae el coño, que me estruja la polla, y gruño hasta que ella ha terminado, obligándome a respirar pesadamente con la boca pegada a su oreja para que piense que yo también me he corrido.

Me pica la piel en las zonas del cuerpo que rozan el suyo.

Aparto la mano.

—Me encanta notar tu semen dentro de mí —exhala.

«No me he corrido. ¡Y llevo el condón puesto, tonta del culo!».

—¡Noah! —Oigo que mi padre golpea la pared de troncos que tenemos abajo con el bate de béisbol—. ¡Levántate!

Me froto la cara con las manos y salgo de Remi.

Vaya gilipollas. Una fría pátina de sudor me cubre el cuerpo entero. Me levanto, me quito el preservativo y lo tiro. Me pongo unos vaqueros y le lanzo su camiseta, pero noto que me mira mientras se sienta. Necesito urgentemente que me dé el aire y algo de espacio para revolcarme en mi propia vergüenza.

Es inaceptable que no pueda correrme ni una sola vez. Que soy bueno en la cama, leches. Las mujeres se van de mi cuarto con una sonrisa.

No es como la cama de mi padre, que cuando las tías se dan cuenta de que solo quiere follar y no una relación, se convierte en una especie de *boulevard* de los sueños rotos. Ni tampoco es como el cuarto de Kaleb, en el piso de arriba, que parece Skid Row [1] y del que las mujeres tienen suerte de salir vivas.

A mí, en cambio, se me dan muy bien estas cosas.

Remi se me queda mirando con una sonrisa pícara en los labios, como si ahora tuviésemos que hacer planes para quedar otro día o algo por el estilo. Sin embargo, me agacho para darle un pico rápidamente, y con un poco de suerte, entenderá que es una especie de «adiós».

Y un: «Espero que cuando salga de la ducha ya te hayas marchado. Por favor, te lo suplico».

Me giro, cojo una cerveza Bud de la neverita que tengo en el cuarto, salgo de la habitación y cierro la puerta tras de mí.

Le quito el tapón y me lo guardo en el bolsillo. Esta mañana necesito la ayuda del alcohol.

Echo a andar por el pasillo cerveza en mano. Oigo unos pasos a mi derecha y me giro. Tiernan está subiendo las escaleras.

Sorbe por la nariz. No parece triste; más bien frustrada.

—Qué asco —gruñe para sus adentros con la voz pesada y un sollozo—. Tengo... como mierda de gallina en las uñas. Puaj. ¿Cómo es posible que este tío sea tan raro? Que compre la carne de pollo en una tienda, como todo el mundo.

Casi se me escapa la risa, pero consigo controlarme. Aún no me ha visto y tampoco quiero que lo haga. Es graciosísima y me gusta verla enfadada. Es lo único que arroja un poco de luz en este enorme hoyo de mierda en el que me encuentro.

Aunque la entiendo. Limpiar el corral no es nada divertido.

—Y más le vale que le sirva como lo he hecho, porque no pienso «repetirlo quince veces hasta que quede perfecto» —añade, con las comillas incluidas, imitando la voz grave de mi padre y sus estúpidas órdenes de macho alfa.

Río en silencio, divertido a más no poder. He aquí alguien que lo odia tanto como yo.

Vale, bueno, tampoco lo odio. Es solo que... me odio a mí mismo.

Tiernan va hacia el baño y no puedo evitar apresurarme y coger el pomo de la puerta antes que ella.

—Hay otro baño abajo —bromeo, sin poder reprimir las ganas de joderle un poco más la mañana.

—Tengo que ducharme. —Me mira con la frente arrugada, los ojos rojos y los labios apretados.

Dos trenzas la mar de graciosas le caen por ambos lados de la cabeza, e intenta zafarme la mano del pomo.

—Vamos a ir a pescar —le cuento, colocándome frente a ella en una lucha por la puerta—. Vas a ensuciarte otra vez.

Me da un golpe en la mano.

—¡He llegado antes! —Me tira de los brazos y me da un empujón a la altura del pecho—. Si tienes que mear, ¡ve tú abajo!

—Yo también tengo que ducharme.

—¿Por qué? —se burla, y me repite lo que yo acabo de decirle—: Vamos a ir a pescar.

—Porque esta mañana yo me he ensuciado más que tú —la chincho, riéndome.

Me mira provocadora, indicándome que sabe perfectamente de qué clase de suciedad estoy hablando, pero ni cede ella ni cedo yo. Le tiro de una de las trenzas, me pega un codazo y, al ver que se le escapa media sonrisa, río mientras seguimos peleándonos.

Al final abro la puerta, pero solo sirve para que ella se apresure a ponerse delante de mí para colarse en el baño. Le piso el pie y trastabilla, pero la agarro por la cintura y la echo hacia atrás mientras ella decide no abandonar la lucha y se sujeta al marco de la puerta.

Río y, de repente, siento la necesidad de tumbarla en el suelo y hacerle cosquillas hasta no poder más. Qué ganas de llevarla al lago. Creo que nunca he jugado con ninguna mujer sin la intención de tirármela.

La aparto del marco de la puerta y Tiernan grita, pero enseguida empieza a reír y a dar patadas con las piernas desnudas, porque lleva unos *shorts* vaqueros, ensuciando la pared con sus apestosas Vans.

—Joder, qué mal hueles —digo—. ¿Te has revolcado por la mierda o qué?

—¡La he pisado! —gruñe.

Me río. Es como tener una hermana pequeña. A lo mejor el día no irá tan mal como pensaba.

Sin embargo, cuando lo pienso, otra voz irrumpe en escena.

—¿Noah? —dice alguien.

Me da un vuelco el estómago. Me detengo y la sonrisa se me va desdibujando poco a poco. Tanto Tiernan como yo guardamos silencio. La suelto y nos erguimos mientras giramos la cara hacia la puerta de mi habitación.

Y ahí plantada está Remi, mirándonos.

Claramente no ha pillado la indirecta de que quería que se marchara, porque se ha limitado a ponerse una de mis camisetas en lugar de volver a vestirse con su ropa.

Encoge un dedo para indicarme que me acerque y, para ser sincero, preferiría cortarme el testículo izquierdo.

Meto a Tiernan en el baño, la sigo, cierro de un portazo y paso el pestillo. La empujo para que se siente en el lavabo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —me pregunta, fulminándome con la mirada.

—Tú quédate aquí sentada —le ordeno, mientras pongo la mano por detrás de la cortina de la ducha y abro el grifo—. Sigue... Sigue aquí sentada hasta que se vaya, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

«Porque necesito mantener a esta tía alejada de mi polla. ¿Por qué si no, idiota? Si me ducho solo, Remi igual intenta meterse aquí conmigo o alguna mierda así».

Sin embargo, en lugar de responderle eso, le digo:

—Tú solo hazlo.

Tiernan arruga la frente confundida, y yo sacudo la cabeza.

Tengo la impresión de que el sudor de Remi me oprime los pulmones junto con los recuerdos de las otras miles de mañanas que me he despertado con alguien muy parecida a ella a mi lado. Soy un mierda. Y cuanto más rato paso sobrio, más rato tengo que hacerle frente a esta realidad. Le doy un sorbo a la cerveza.

Sin embargo, mientras lo hago, Tiernan salta del lavabo y va hacia la puerta.

Le tiro de la parte de atrás de los vaqueros y choca conmigo.

—¡Noah! —me grita.

Pero yo la agarro por la cintura con los brazos y la alejo de la puerta.

—No te marches. Quiere volver a enrollarse conmigo.

—Ufff.

Sigo sin soltarla y vuelvo a darle otro trago a la cerveza.

No obstante, cuando alguien llama a la puerta de madera, tanto Tiernan como yo nos quedamos petrificados.

Noooooo...

—¿Noah? —oigo que me llama Remi—. ¿Vendrás al bar esta noche? —pregunta desde el otro lado.

—¡Sí! —grita Tiernan—. Ven...

Le tapo la boca con la otra mano.

Y entonces oigo a alguien más que me grita cabreado desde abajo:

—¡Noah!

Me estremezco. ¿Qué cojones pasa? ¿Todo el mundo se ha obsesionado hoy conmigo o qué? Gracias a Dios que Kaleb no habla.

Tiernan se mueve para zafarse de mí y, sin saber muy bien por qué, yo la sujeto con más fuerza mientras me alejo de la puerta del baño y cierro los ojos.

—¡Noah! —vuelve a gritar mi padre.

—¡Estoy en la ducha! —suelto al final.

Madre mía.

Pero entonces Tiernan me propina una patada en la pierna con el talón, trastabillo y nos caemos los dos.

Me doy con la parte de atrás de las rodillas en la bañera, pierdo el equilibro y acabamos los dos dentro. Como aún estoy sujetando a Tiernan, ella choca con mi pecho.

Grita, tira de la cortina de la ducha y esta se suelta de un par de anillas. Impacto con la columna vertebral en los azulejos y Tiernan me da un golpe en la barbilla con la cabeza.

Gruño.

—Por el amor de Dios —grita y escupe mientras el agua de la ducha le empapa la ropa y el pelo, e intenta sentarse—. Estás loco. ¿Qué narices ha sido eso?

Le tapo la boca con la mano y vuelvo a acercarla a mí.

—Necesito que te quedes.

El agua sigue bajando mientras el vapor va llenando el aire. Pongo atención e intento escuchar si las personas de quienes estoy escondiéndome dicen algo. Siento un montón de nudos en el estómago; claramente, soy un niñato.

—¡Noah! —vuelve a gritar mi padre cabreado.

Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

—¿Por qué no se calla de una puta vez?

Le quito la mano de la boca a Tiernan, pero cuando intenta alejarse de mí, vuelvo a agarrarla por la clavícula y la acerco otra vez.

—Si nos quedamos muy muy callados, se irán —le explico.

—¿Tú has visto a tu padre? —me espeta—. Es más grande que la puerta, Noah. Le basta con hacer fuerza con la mano para echarla abajo, y como entre aquí, me obligará a hacer más tareas. ¡Y yo ya he cumplido con lo que me correspondía esta mañana!

—¡Chissst! —Le cubro la boca de nuevo—. Si no hacemos nada, pero nada de ruido, se callarán.

Musita algo bajo mi mano; algo que suena a:

—Tú eres tonto.

Sonrío. En parte me da la sensación de que somos unos críos y estamos escondiéndonos de nuestros padres. Como si estuviéramos jugando al escondite. En el fondo, es algo que nunca hice realmente. Kaleb dejó de hablar cuando yo tenía tres años. Era demasiado pequeño para acordarme ahora de nada, así que tampoco lo recuerdo como alguien con ganas de jugar.

Aunque hubo algunas ocasiones, pocas, en las que sí jugué con mi padre. Guardo algunos buenos recuerdos de antes de que se hiciera mayor y se volviera más malhumorado.

Miro a Tiernan.

Ayer estaba enfadado con ella.

Aunque luego se me pasó.

«En casa, no me hablan. Nadie me habla».

Primero me dieron ganas de arrancarle la cabeza, y luego, de abrazarla.

La entendí. Entendí cómo se sentía.

De golpe, se le acelera la respiración y le aprieto la nariz antes de que estornude.

Aun así, estornuda igualmente y me escupe en la mano. Al oír el pequeño gemido que se le escapa, río por la nariz. Me lavo la mano con agua y vuelvo a abrazarla por la cintura.

—¿Cómo era vivir en Los Ángeles? —pregunto—. Cuéntame algo de tu vida.

Lo que sea. Quiero viajar a alguna parte aunque no pueda salir de esta bañera.

Pero Tiernan permanece en silencio.

Vuelvo a echar la cabeza hacia atrás y me quedo con la vista puesta en el techo.

—¿Alguna vez te has sentido como si estuvieses metida en una caja? —musito—. ¿Y que, hagas lo que hagas, no consigues ver otra cosa que no sean siempre las mismas cuatro paredes? ¿Que por más que te alejes, las vistas siguen siendo las mismas?

—No me preguntes qué hay que hacer para ser feliz —responde —. Yo he acabado en Colorado.

Ya. Eso a mí no me funcionaría.

Pero ¿a ella...?

—¿Y te ha funcionado? —le pregunto, y al ver que guarda silencio, le tiro sutilmente de la trenza—. ¿Primita?

A pesar de que aparta la cabeza de golpe y me mira con el ceño fruncido, veo que se le escapa una sonrisa.

—Las vistas están un poco mejor, sí.

Desvía la mirada y luego vuelve a centrarla en mí.

—Te sale sangre de la nariz —señala.

Me paso la mano por la nariz, la alejo un poco y descubro que tengo los dedos manchados de sangre. Los sumerjo en el agua unas cuantas veces para limpiármelos.

—No hace falta que seas tan violenta —le digo a la vez que la toco en el costado por haberme pegado semejante cabezazo.

Se retuerce.

—No, para —se queja mientras la sigo chinchando—. No me gustan las cosquillas.

Me río y sigo clavándole los dedos en los costados. Ella grita e intenta apartarse, pero no puede irse a ninguna parte.

—¿Noah? —Golpean la puerta—. ¿Sales? Tengo que irme.

Tiernan me mira y yo le doy otro golpecito.

—«Noah no está aquí» —le digo que responda ella.

Me da un golpe en la mano para apartármela.

—No.

—Dilo.

—¡No! —grita en voz baja.

Vuelvo a hacerle cosquillas en el costado y ella se echa hacia atrás.

—Dilo.

—Es cruel —contesta con los labios apretados—. ¡No!

Le agarro el brazo.

—Mira que te retuerzo el brazo.

Vuelven a llamar a la puerta a la vez que Tiernan me pega otro manotazo.

Me dispongo a hacerlo. Le agarro el antebrazo con ambas manos con fuerza y veo que abre los ojos a más no poder, asustada, mientras yo empiezo a retorcerle la extremidad y ella empieza a darme patadas y a gritar:

—¡Ayyyyy!

Forcejeamos, salpicamos de agua todo el baño, y Tiernan me pega y me da patadas. Casi estampa su codo en mi entrepierna.

—Para —balbucea, aunque entonces estalla en una risita incontrolable y, por fin, la suelto.

—Estás riendo —señalo.

—Qué va. —Se sienta y se serena.

Se me ralentiza la respiración y me ocurre lo mismo con los latidos del corazón mientras ella se aparta un mechón de pelo de la cara. Aun así, no hace ademán alguno de salir de allí.

Me echo hacia atrás con los brazos apoyados a ambos lados de la bañera y ella se recuesta contra la pared, con las piernas levantadas y dejando caer los pies, con las Vans puestas, por el lateral.

—¿Por qué no quieres sonreír? —pregunto.

No pide nada; es como si no quisiera nada. Ayer, cuando Kaleb la excluyó de nuestros planes, hizo como si no le hubiese dolido.

Alargo el brazo y le acaricio el entrecejo con el pulgar.

—Siempre tienes esto arrugado —le digo antes de bajar la mano hasta la comisura de los labios, que es la zona que debería estar arrugada—, en lugar de esto.

Me mira. El agua sigue cayendo a nuestro alrededor y veo que unas cuantas gotitas le resbalan por la cara hasta colársele entre los labios. Unos labios carnosos y rosas que parecen de gominola: dulces y tiernos.

En un acto reflejo, aprieto los dientes.

—¡Noah! —grita mi padre aporreando la puerta.

Sin embargo, yo apenas pestañeo. No puedo quitarle los ojos de encima a Tiernan. Sus piernas mojadas, el agua que le baja por la parte del canalillo que le queda a la vista porque a mi camisa le faltaba un botón...

Me aguanta la mirada.

—Noah no está aquí —contesta Tiernan.

Sonrío. Alargo el brazo para hacerle cosquillas en el cuello y ella intenta morderme antes de que yo me separe y ría por lo bajini.

Mi padre se aleja. No sé si se habrá tragado lo que le ha dicho Tiernan, pero al menos ha dejado de insistir.

Con un poco de suerte, Remi también se habrá pirado. Antes me sentía mal por intentar quitarme a las chicas de encima cuando ya habíamos terminado, pero ahora ya no tengo energía para preocuparme por algo así.

Aunque tampoco es que sea culpa de Remi. Soy consciente de ello. Pero es que me recuerda a las trivialidades en las que pierdo el tiempo.

Tiernan alarga el brazo por detrás y coge el botellín de cerveza que se me ha escurrido de las manos en algún momento.

Me mira y arquea una ceja.

—Vamos a ir a pescar —le digo—. Hoy beberemos todo el día.

Le robo el botellín, que sigue medio lleno, y le doy un sorbo.

Sacude la cabeza, pero sonríe con la mirada.

Nos quedamos en silencio durante unos cuantos segundos y me da la impresión de que ella tampoco quiere salir del baño.

—Me encanta la playa —murmura finalmente.

Levanto la vista de golpe para mirarla.

—En Los Ángeles —aclara sin mirarme—. Creo que era lo que más me gustaba de allí; lo único.

Ah, claro. Le había pedido que me contara cómo era su vida en California.

Me mira y se le escapa una sonrisa.

—Te pegaría —reflexiona.

Y tanto que me pegaría. A mí me pega todo.

Se detiene un momento y se queda con la vista perdida en otra parte.

—Cuando tenía catorce años me obsesionaba la música antigua. No sé por qué.

La escucho. Me gusta poder hablar con alguien en casa. Tiernan continúa:

—Descubrí que Surf City USA era, en realidad, Huntington Beach, en California. Así que una mañana que llovía cogí el Ford Woody del 47 de mi padre —ríe un poco—, de todo lo que tenía, era lo único por lo que yo sentía una clara debilidad, y conduje hasta Surf City. Mis padres aún estaban durmiendo y yo no tenía clase porque estábamos en la semana de vacaciones de primavera. Nunca les había cogido prestado un coche. Ni siquiera tenía carné de conducir. Simplemente pillé una mochila, la llené de libros y... conduje.

Baja la vista y arruga la frente, aunque no sé muy bien por qué. Entorno los ojos y me la quedo mirando mientras ella juguetea con

el dobladillo de la camisa, abstraída.

Ese día pasó algo.

Cuando vuelve a hablar, lo hace casi susurrando:

—Cuando llegué, aún era temprano. Me senté en la playa y me quedé mirando las olas del mar. —Tiene la mirada llena de melancolía—. Era precioso. A la gente le encanta contemplar el océano al amanecer o al atardecer, pero a mí me gusta hacerlo justo antes de que amanezca o justo cuando acaba de anochecer. —Me mira y una pizca de diversión le ilumina sus ojos grises—. Está todo en calma y el agua adopta un tono azul grisáceo, como las nubes cuando hay tormenta. Es un océano de nubes de tormenta —cavila —. El sonido de las olas es como un metrónomo que te atraviesa el cuerpo. Como las gotas de agua que te van cayendo en los hombros. La infinidad del horizonte y la ilusión de simplemente poder ir y perderte en alguna otra parte. Donde no hay nadie. Y reina la paz.

Una especie de solemnidad envuelve a Tiernan, y yo agarro el botellín de cerveza con ambas manos mientras la observo.

—Al cabo de un rato —prosigue—, me levanté, cogí la mochila y me la ajusté bien. Los libros pesaban tanto que casi me cedieron las rodillas.

Traga saliva.

—Pero resistí —musita—. Y me metí en el agua.

Cojo la botella con más fuerza. «Me metí en el agua».

—Fui adentrándome hasta que el agua me cubrió la cintura... —continúa en un hilo de voz, con la mirada perdida— y luego los hombros.

Con una mochila repleta de libros en la espalda que no hacía sino hundirla más y más.

—Y cuando el agua me llegó a la boca, me puse a nadar —me cuenta—. Dar brazadas en el agua con tanto ímpetu y rapidez como pudiera no era fácil, porque yo tampoco tenía tanta fuerza, y sabía que, en cualquier momento, el peso de la mochila me hundiría, pero quería seguir nadando. Tenía que adentrarme más. —Duda un segundo y susurra las siguientes palabras, como si estuviese pensando en voz alta—: Lo suficiente para no poder volver. Para que me fuera imposible volver. Dejé de rozar la arena con los pies. Lo estaba consiguiendo. Estaba yendo cada vez más y más lejos.

Conozco esa sensación. La necesidad de llegar a un punto de no retorno, perder la opción de dar vuelta atrás, aunque yo siempre me rajo. El miedo a hacer cosas que luego no voy a poder deshacer es superior a mí.

—Me acuerdo bien del final —me explica con unas gotas de agua brillándole en la piel, ahora morena—. Me ardían los músculos porque había echado mano de absolutamente toda mi fuerza para mantenerme a flote con la mochila en la espalda. Era el final, porque ahí supe que me hundía. El peso me estaba hundiendo. —Sacude la cabeza con delicadeza—. Y yo me iba diciendo: «Ríndete. Que pase. Hazlo. Tú hazlo. Déjalo ya».

Me la imagino. Tiernan con un muelle cerca mientras lucha por mantener la cabeza por encima de la superficie, a sabiendas de que prácticamente nada puede evitar que acabe ahogándose.

—Solté la mochila. —Pestañea—. No llegué ni a hundirme un poco, siquiera.

Lógico. Eso ya lo sabía. A fin de cuentas, ahora está aquí, ¿no?

—¿Por qué la soltaste? —pregunto.

—No lo sé. A lo mejor es que no iba en serio.

Alargo el brazo y le rozo la mandíbula con la parte exterior de los dedos.

—O a lo mejor es que sabías que podías con todo y que iría todo bien.

A todo el mundo se le pasa por la cabeza suicidarse, aunque sea por un minuto.

Y normalmente, ese pensamiento deriva de una única sensación: la soledad.

Debería haber estado con nosotros. ¿Por qué no se puso mi padre en contacto con su familia? ¿Por qué no la invitó a pasar los veranos aquí? Los suyos la habrían dejado. Seguramente se habrían alegrado de quitársela de encima.

Y yo también me habría alegrado de poder hablar con alguien. De sentirme menos solo.

—¿Llegaron a enterarse de que te habías escapado? —pregunto.

Asiente.

—Al cabo de un mes. Cuando les llegó una factura de la biblioteca porque no había devuelto unos libros: los que había abandonado en el fondo del mar.

Se me escapa la risa y vuelvo a tirarle de la trenza. Ella también sonríe. «Primera lección para cuando le robes el coche a tu padre, cielo: no dejes huellas».

Doy otro sorbo a la cerveza y le paso el botellín a Tiernan.

—¿Has vuelto alguna vez a esa playa?

—Siempre que llueve —contesta, y me mira—. Aunque ahora solo voy con un libro y los auriculares.

Le da un gran sorbo a la bebida y me la vuelve a pasar.

Me gusta estar así. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me sentí tan bien en nuestra casa.

—Puedes con todo —oigo que me dice. Levanto la vista y me la encuentro mirándome—. Todo irá bien —añade.

Me ha repetido mis propias palabras.

Y lo que es más todavía: no he tenido que decirle nada. Ojalá mi padre pudiera ver también más allá de sus narices.

—Enjuágate —me dice mientras se levanta—. Y date prisa.

Me termino la cerveza de un trago y dejo el botellín en el platillo del jabón. Me enjuago y luego Tiernan pasa a mi lugar. Nos rozamos con el pecho al cambiar de posición y yo echo la cabeza hacia atrás para dejar que el agua me moje el pelo. Ella se apresura a ir hacia el final de la bañera para darme privacidad.

—Igual te interesaría salir —le digo tirándole dos veces de la trenza—. Para que pueda desnudarme.

—Estoy empapada.

«Tú misma».

Me quito los vaqueros, los escurro y los tiro fuera de la bañera. Tiernan sigue el movimiento de la prenda. Se le tensa la espalda y se agarra las manos por detrás, como para obligarse a tranquilizarse.

Me lavo y me froto los músculos del cuello, pero soy incapaz de quitarle los ojos de encima en ningún momento.

Tiernan necesita muchísimas cosas, pero no es nada que se pueda comprar. Necesita reír y emborracharse. Necesita que le hagan cosquillas y que la abracen y que la lleven en brazos y que le hagan bromas. No quiero verla llorar, pero si lo hace, quiero que sepa que cuenta conmigo para que la consuele.

Que sepa que ahora tiene un hogar.

Giro el teléfono de la ducha hacia la pared para no seguir mojándome, cojo la toalla de la barra y me la envuelvo por la cintura.

Me acerco a Tiernan y me coloco justo detrás. Me gusta verla así de nerviosa. Apenas respira.

Y entonces, se me ocurre algo más que también necesita una chica joven. Y me desaparece la sonrisa.

¿Cómo será cuando se deja llevar?

Le cojo una trenza y le acaricio el pelo con los dedos mientras me relamo los labios, que, de repente, se me han quedado secos.

Levanta la vista para mirarme, ahora, con ojos grandes, y pestañeo para salir de este trance.

Vuelvo a tirarle de la trenza con delicadeza y le pregunto:

—¿*Pancakes* de arándanos?

Pestañeo repetidamente y le pongo mis mejores pucheros.

—¿Con extra de arándanos? —le suplico.

Aprieta los labios, se cruza de brazos y me aparta la mirada de nuevo.

Pero no dice que no.

—Gracias. —Y entonces le planto un beso en la frente y le tiro de la trenza con fuerza otra vez; me río y salto de la bañera. Al salir, Tiernan me da un golpe en la espalda.

Paso la cortina para cerrarla y que se duche tranquila mientras cojo otra toalla para secarme.

Me doy la vuelta, me agarro al pomo de la puerta y quito el pestillo. Sin embargo, veo por el rabillo del ojo que algo sale de la bañera y me detengo.

La camisa de franela de Tiernan, la mía, está en el suelo del baño; aquí, tirada.

Levanto la vista y cojo el pomo con más fuerza a la vez que, al otro lado de la cortina blanca de la ducha, se mueve su figura. Lo siguiente en caer al suelo son sus *shorts* vaqueros, y aparto la vista sin dejar de agarrar el pomo.

Se me aviva el cuerpo.

Ya lo oigo. La gélida brisa que soplará en el ático en un par de meses. El olor a nieve que acompañará este invierno.

Meses de calma y oscuridad y habitaciones en las que esté Tiernan en esta casa. Momentos, duchas, preocupaciones, noches en silencio...

Y ahora hasta puede que me haga ilusión quedarme aquí.

No lo pienso. Vuelvo a girar el pomo y la miro a través de la cortina.

Casi puedo ver cómo se le pega la ropa interior al cuerpo. Y me acuerdo de sus musculadas piernas.

¿Y si le gusto? ¿Y si lo probamos solo una vez? ¿En plan secreto? ¿Algo de lo que mi padre jamás tenga que enterarse?

Igual hoy no, pero tal vez mañana. O la semana que viene. Aquí, en la ducha, donde nadie pueda vernos.

Pero entonces sacudo la cabeza y abro el pestillo otra vez para salir rápidamente.

Dios mío de mi vida. Eso no es lo que necesita Tiernan.

Y a mí no me hace falta sumarle otro nombre a la lista de tías con quienes me he enrollado.

Debería hacérmelo mirar. Que la pobre criatura acaba de perder a sus padres...



—Oh, ¡guau! —exclama Tiernan saltando de la camioneta y mirando hacia la cascada.

Hemos tardado dos horas en llevar a cabo las tareas, cargar la camioneta de cervezas, tentempiés y material de pesca, y subir hasta aquí.

Cierro de un portazo a la vez que Kaleb echa a andar hacia el agua.

—¡Sí!...

Paseo la vista desde el pequeño estanque hasta la cascada que cae justo encima y que salpica la superficie, y me fijo en la tranquilidad del agua al bajar por un riachuelo que queda a la derecha.

—No me extraña que decidieras quedarte —le dice Tiernan a mi padre, sonriendo.

Él también le sonríe, y se quita la camisa.

Miro a Tiernan, que se está sonrojando y decide apartar la vista hacia la cascada de nuevo.

Aprieto los dientes.

—¿Verdad? —contesto con sarcasmo—. Como no hay ningún otro lugar en el mundo con algo que ofrecer...

Miro a mi padre y observo que él me devuelve la mirada con los ojos entornados.

—Ve a por la neverita —me ordena.

Sonrío para mis adentros mientras obedezco. Saco la neverita de la caja y voy hacia la orilla. Tiernan me sigue. Me irrita que fuera sola al estanque, pero me alegro de que la hayamos traído nosotros al lago por primera vez. Es mejor.

—¿No viene nadie más, aquí? —pregunta.

Dejo la neverita y me fijo en que Tiernan está mirando la pequeña y vacía orilla.

—Sí —respondo—, pero aún es temprano. Aunque en invierno tendremos el lugar para nosotros solos.

Me quito la camisa y los zapatos de un puntapié.

—Un lago helado —reflexiona—. Para nosotros solos. Maravilloso.

Los acantilados se alzan delante de donde estamos y el agua cae entre los árboles y el follaje que nos envuelven y nos protegen de la fuerte luz del sol. A la izquierda, en cambio, los árboles ceden un poco para dejar paso al riachuelo que desciende entre las rocas. El olor a granito y a musgo me llena las fosas nasales, y si no fuera porque ya he estado aquí en un sinfín de ocasiones, igual hasta disfrutaría del paisaje.

Miro a Tiernan. Esta vista me gusta más. Lleva unos *shorts* blancos y una de sus camisas a cuadros; esta es rosa y azul, y está hecha como están hechas las camisas caras. Estudio bien su *outfit*. ¿Se piensa bañar con eso puesto o...?

—¿Estás bien? —le pregunto al ver que se le pierde la mirada.

Cuando desvío la mía hacia el mismo punto, descubro que está mirando a Kaleb, que sube al acantilado que hay al lado de la cascada con los vaqueros puestos.

—Sí.

—Vamos a bucear —le propongo—. ¿Quieres venir?

—¿A bucear? —Se coloca las gafas de sol—. ¿No asustaréis a los peces?

Río.

—Excusas, excusas...

Camino por el agua, y cuando ya he andado unos cuantos metros, me sumerjo. La cascada lo salpica todo y agita el agua calmada del lago. No puedo evitar sonreír mientras sigo a mi hermano.

—Tiernan es claramente un buen motivo para quedarse en este lugar, ¿a que sí? —le grito a Kaleb, que está a unos metros encima de mí—. Me gusta tenerla en casa.

Kaleb continúa avanzando, trepando por la pendiente que lleva al punto más alto de la cascada.

—Asiente si piensas lo mismo que yo —le digo.

Al final, me mira con sus ojos oscuros a matar como de costumbre y se detiene.

Pero yo sigo escalando.

—Sé que lo piensas —lo provoco—. La otra noche ibas tan a fondo que la chica no pudo soltar ni una palabra.

Desvía la vista hasta el punto en la orilla donde se encuentra Tiernan. Yo hago lo mismo y me fijo en que se ha quitado la camisa y se ha quedado con la parte de arriba del bikini. Cuando se pone mi ropa, esconde su cuerpazo a la perfección. Tiene unos pechos que son casi demasiado grandes para el sujetador que lleva ahora. Aun así, se sienta en su propia toalla sin quitarse los *shorts* y apoya los brazos en las rodillas antes de levantar la vista para mirarnos con las gafas de sol puestas.

—¿Cómo era? —le pregunto a mi hermano.

Sin embargo, al girarme, veo que Kaleb sigue escalando. Tiene el pelo, el cuello y la sien empapados en sudor.

—¿Kaleb? —lo llamo y le tiro una piedrecita en la pierna—. ¿Cómo era Tiernan?

Me mira frunciendo el ceño, pero sigue avanzando.

Vuelvo a desviar la vista hacia ella. Mi padre se sitúa a su lado en cuclillas y le enseña a poner el cebo en el anzuelo. Hay que reconocer que tiene mérito: le está haciendo disfrutar. Yo odio ir de pesca, joder.

—A saber cómo será cuando esté contenta —le digo a Kaleb—. Cuando se entregue a alguien y se permita gozar.

Me encantaría ver cómo es cuando está viva.

—Me jodió lo de ayer, ¿sabes? Verla de esa forma. —No sé si mi hermano me está escuchando, pero yo sigo con la vista puesta en Tiernan—. Nos necesita.

Y yo necesito a alguien más en casa, como tenga que pasarme aquí todo el invierno.

Me giro hacia Kaleb de nuevo y compruebo que ha dejado de escalar. Me está mirando.

—No la asustes —le advierto—. Te lo digo en serio. Si Tiernan se queda, yo me quedo. —Y añado—: Al menos durante el invierno.

Capítulo diez

Tiernan

—Has dicho que no querías pescar —dice mi tío, detrás de mí.

Enrollo el hilo, giro la cabeza para mirar por encima del hombro y veo que se me acerca.

Vuelvo a darme la vuelta.

Me ha encontrado.

La camisa de franela que llevo atada a la cintura me azota los muslos y siento un escalofrío en la espalda y los hombros, desnudos.

Se detiene a mi lado y ceba el anzuelo.

Después de que los chicos se marcharan al acantilado, Jake ha intentado que pescara, se ha puesto a hablar de las funciones del hilo y de la caña y de cómo hay que tirarla; sin embargo, yo apenas lo estaba escuchando. Contemplar a Kaleb lanzarse desde arriba del todo de la cascada ha hecho que me diera un vuelco el estómago aún mayor que cuando he interactuado por primera vez con Noah esta mañana.

Porque no quería que saliera de la ducha.

Porque esperaba que me tocase.

—No te gusta que te presten ayuda, ¿verdad? —me pregunta Jake.

Inspiro. «No». Y precisamente por eso he decidido escabullirme aquí cuando él no estaba mirando, e intentar hacerlo por mi cuenta.

Me quedo observando cómo fluye el agua justo en el punto en el que el hilo de la caña se pierde bajo la superficie. ¿En serio hay peces que nadan en un lugar con tanta corriente?

—No es que me la estuvieses pidiendo, ¿eh? —prosigue, intentando captar mi atención—. Era yo quien te la estaba ofreciendo.

—Soy una persona solitaria.

Se le escapa la risa por la nariz. La corriente tira de la caña y yo recojo un poco de hilo mientras mi tío lanza la suya y se oye el fuerte ruido de la bobina.

Carraspea.

—¿Y cómo es que sabes disparar, pero no pescar?

—Porque nunca quise aprender.

—¿Y ahora?

Lo miro.

—No quiero ser la única que no sabe cómo se hace.

No quiero que los chicos lo hagan todo por mí. Además, aprender cosas nuevas me sirve para mantener la mente ocupada. Tengo conocimientos de papiroflexia, sé tocar tres canciones con el ukelele y teclear setenta palabras por minuto, y solo tardé tres meses en aprender a hacer el pino, de forma autodidacta.

—Competitiva, ¿eh? —me pregunta.

—No, ¿por...? —Arqueo una ceja—. ¿Es un rasgo de los De Haas?

Levanto la vista hacia él. Esperaba que fuera a soltarme algo de mi familia; sin embargo, me mira a los ojos y responde:

—Ahora eres nuestra.

«Ahora eres nuestra».

«Mientras estés aquí, eres una Van der Berg», me dijo Noah.

Jake me aguanta la mirada con otra tranquila por su parte, y la forma en que me observa hace que sienta cierta calidez en el pecho, aunque no entiendo por qué. Parece que Noah y Kaleb estén a kilómetros de distancia.

Aparto los ojos. De repente, me doy cuenta de que solo va medio vestido. Él, en cambio, sigue con la vista puesta en mí. Lo veo por el rabillo del ojo mientras guardo un poco el hilo. Me envuelve su olor: una mezcla de hierba, café y algo que no sé ubicar.

—Estas cosas son como sogas —me dice mientras me tira de una de las trenzas.

Aprieta mi gruesa y rubia trenza con el puño y la suelta. Carraspea y pregunta:

—¿Puedo decirte una cosa?

Lo miro y se me acelera el corazón.

—Los peces suelen estar en un lugar donde haya corriente o un cambio de profundidad —me explica—. ¿Ves ese remolino de allí? ¿Y el agua estancada que hay al lado de la roca?

Desvío la vista hacia el punto que está señalando. Paso de largo del pequeño rápido y de las aguas bravas, y me fijo en aquel pequeño y sutil torbellino.

Asiento.

—Tienes que tirar el anzuelo allí —me informa—. Habrá peces esperando insectos, pececillos y demás animales para que se los traiga la corriente.

Ah.

Tiene sentido. Pensaba que los peces nadaban por todas partes.

Deja su caña, coge la mía, guarda el hilo y luego me toma de la mano y me guía hacia el arroyo.

Agarro el instrumento con más fuerza y noto las muescas de su áspera palma sujetándome la mano. Casi me entran ganas de entrelazar los dedos con los suyos para notarlo un poco más.

Al meter los pies en el agua, se me empapan los zapatos al instante. Seguimos avanzando un poco y él se coloca detrás de mí,

cogiéndome la mano y colocándomela, junto con la suya, justo encima del mango.

Me quedo quieta. Su pecho, desnudo, me envuelve la espalda, también desnuda, y cierro los ojos un segundo.

Echamos los brazos hacia atrás al unísono y él tira la caña, dejando que el hilo vuele hasta el agua estancada y recogiéndolo después.

—Si no te gusta pescar —dice desde detrás, con la voz grave y ronca—, hay una cueva bastante chula detrás de la cascada. No es muy profunda, pero se está muy tranquilo.

Volvemos a tirar la caña en un intento por llegar justo detrás de ese punto.

—Suena al típico lugar al que van los adolescentes a hacer cosas impúdicas —bromeo.

—A ver... —Se ríe.

Guau, genial. Habiendo crecido en un lugar como este, ya me imagino lo que hacen los chicos ahí.

—Si algún chico te lleva allí —me cuenta—, ahora ya sabrás a qué va.

Deja de guardar el hilo y yo dejo de respirar. Eso ha sonado a...

DIOS MÍO.

—Estaré más segura contigo —me apresuro a añadir a la vez que giro la cabeza para mirarlo—. Sí, ¿no?

Se me queda mirando. Parece que él también haya dejado de respirar.

—Sí —musita.

Acaba de recoger el hilo y yo cojo la caña sola. Echo el brazo hacia atrás despacio para que tenga tiempo de apartarse. Tiro la caña y aprieto el botón con el pulgar justo cuando echo el brazo

hacia delante con fuerza. El hilo, de un tono plateado bajo la luz del sol, centellea al volar, y lo dejo caer justo al otro borde del lago.

—Bien —dice—. Otra vez.

Su calor me envuelve la espalda, y el resto de mi cuerpo echa de menos su calidez. Vuelvo a recoger el hilo.

Agarro el mango, inhalo por la nariz y por fin consigo descifrar qué es eso a lo que huele Jake y que no he sabido ubicar antes. Leña quemada. Huele a una noche de otoño.

Incapaz de contenerme, me echo un poco hacia atrás y le rozo el pecho con la espalda; él coloca una mano encima de la mía para coger el mango.

—¿Te molesto?

—No. —Niego con la cabeza.

«Aquí estoy yo, diciendo que no necesito ayuda, pero, por favor, no apartes la mano».

Me agarra la mano y nos quedamos sujetando el mango con mi brazo apoyado en el suyo.

Me echa el brazo hacia atrás.

—Atrás —susurra mientras yo coloco el pulgar en el botón y él apoya el suyo justo encima. Y entonces tiramos con un golpe de muñeca a la vez que Jake dice—: Suelta. —Y dejamos que el hilo haga su recorrido hasta hundirse a lo lejos.

Al hacerlo, el viento lo hace silbar y el peso del anzuelo cae al agua con un *plop*.

A Jake se le hincha y deshincha el pecho rápidamente a mi espalda. Apenas lo oigo cuando dice:

—Bien, Tiernan.

Pero no se mueve.

Una ligera capa de sudor me cubre la frente; se me agita la respiración y me pregunto si estará mirando cómo se me mueven los

pechos. Espero...

—Desde que se marchó su madre, nunca hemos vuelto a tener a una mujer viviendo en casa —me cuenta—. No... No se me da bien cuidar a las mujeres.

Giro la cabeza por encima del hombro para mirarlo.

Él sacude la cabeza y susurra:

—Por más que lo intente.

La aflicción le arruga la frente y Jake permanece con la vista puesta en el arroyo. Se me instala un nudo en la garganta.

Su primer amor se suicidó y la madre de sus hijos acabó en prisión. Jake se siente responsable.

—Pensaba que al tenerlos aquí recluidos, estaría protegiendo a Kaleb y a Noah —me explica mientras tanto, sin apartar la vista del hilo de pescar—. Aunque creo que simplemente me rendí. No quería fracasar otra vez.

Lo miro a los ojos y me fijo en lo joven que tiene aún la mirada. Una mirada que lo delata y deja entrever todo aquello que aún anhela.

—Ya no quería seguir intentándolo —murmura.

Y, entonces, baja la vista hacia mí y el mundo se detiene.

—Pero ahora te tenemos a ti —añade.

Su acalorada mirada me deja petrificada y noto una fuerte sensación bajo la piel que me suplica algo.

Sus manos. La aspereza de sus manos.

Una ola de calor se me acomoda en la parte baja del vientre y me humedezco. Me late la entrepierna, noto aquel fluido escurridizo y me sonrojo a causa de la vergüenza.

La caña se me resbala de los dedos. Me sobresalto, cojo aire y me quedo mirando cómo se la lleva la corriente, con fuerza.

—Lo siento —me disculpo enseguida. Me quedo boquiabierta, doy unos pasos hacia atrás y miro a Jake—. Lo...

Estoy sobre unas rocas mojadas y me cuesta mantener el equilibrio.

Él niega con la cabeza.

—No pasa nada —responde amablemente, mirándome—. Tiernan...

—Lo siento muchísimo —repito y salgo corriendo en dirección a la orilla, en busca del lago.

Necesito hundirme en el agua. Necesito meter todo el cuerpo bajo esa fría agua.

Dios mío. ¿Pero qué ha sido eso? ¿Sabía Jake en lo que estaba pensando yo? ¿Podía notarlo? Él se muestra vulnerable conmigo y yo ahí, cachonda.

Echo a correr con ímpetu hacia el estanque. No veo a los chicos por ninguna parte. Me bajo los *shorts* y me quito de golpe los zapatos. Me meto en el agua y, tras andar un poco, me sumerjo. El frescor me cubre entera y me acaricia el cuero cabelludo. Se me abren los poros de la piel, soltando más calor, y yo sigo buceando; no quiero salir del agua y dejar toda mi vergüenza al descubierto.

Cuando me duelen los pulmones de aguantar tanto la respiración bajo el agua, saco la cabeza a la superficie y tomo una profunda bocanada de aire. El agua sigue cayendo con fuerza de la cascada, silenciando cualquier otro ruido a su alrededor y envolviéndome en una especie de silencio mientras las gotas me salpican la cara.

Jake debe de pensar que soy una niñata. Sensible. Inestable.

Cierro los ojos y vuelvo a hundir la cabeza debajo del agua. Por Dios...

Nado alrededor de la cascada, agarrándome a la roca mientras el agua me azota la espalda. Ya no se ve el sol; me doy impulso para

salir e inhalo profundamente mientras me echo el pelo hacia atrás.

Miro a mi alrededor. El agua sigue cayendo a mis espaldas, resguardándome de todo. Me fijo en la entrada de la cueva que me ha comentado antes Jake y voy siguiendo el saliente de la roca para llegar hasta allí, porque, por ahora, es un lugar decente para esconderme.

Toco con los pies las escarpadas rocas que hay bajo el agua y unas corrientes heladas me rozan la piel mientras avanzo para sujetarme. El agua va entrando en la cueva, que tiene salientes a ambos lados, y se me ponen los pelos de punta al examinar esta oscura guarida. A saber cuántas cuevas y recovecos más hay por los laterales.

Echo la cabeza hacia atrás y noto cómo me caen unas gotas en la cara mientras el techo llora. Inhalo el mohoso olor a roca mojada y a tierra oscura que se me cuela en los pulmones.

En la pared que tengo a la derecha hay un pulpo rojo gigante pintado con espray, aunque el paso del tiempo ha desgastado y despintado un poco el color. ¿Estaría ya aquí la última vez que vino mi tío a la cueva?

¿Vendrán aquí los chicos?

Me da un vuelco el estómago justo cuando cierro los ojos para que se me calme el corazón y le doy rienda suelta a mis pensamientos.

No debería haberme imaginado esas cosas de Noah en la ducha. Debería haber frenado a Kaleb cuando empezó.

No debería sentir... nervios cuando estoy cerca de Jake van der Berg. Quiero que me presten atención desesperadamente y estoy confundida.

Sienta bien.

Y, ahora mismo, es lo que deseo. Sigo con los ojos cerrados y me pierdo en las profundidades de mi mente, en esta oscura cueva, envuelta en el fuerte ruido del agua, para que nadie pueda oír mis pensamientos excepto yo.

Aquí estoy segura.

Está conmigo. Agarrándome de la mano.

Lo sigo mientras me guía hacia las profundidades de la gruta; quiero ir con él. Quiero que quiera estar conmigo en un lugar oscuro y privado.

Me detengo. Él camina a mi alrededor, se me acerca y me baja las tiras del top. Se me cae el bikini y, por instinto, trato de cubrirme, pero él alarga el brazo desde atrás y me envuelve los pechos con las manos antes de que yo pueda hacer nada.

Gruño al imaginarme todo esto y me agarro a una roca para sujetarme. Las diminutas palpitaciones que notaba en la entrepierna se intensifican; meto una mano debajo del agua y la cuelo dentro de la ropa.

Respiro con pesadez. Joder. Dios, quiero...

Quiero...

Me aprieta y me acerca con fuerza contra su pecho, húmedo, sin decir nada. Es un secreto.

Se me endurecen los pezones, pequeños aunque rígidos, y se me ven a través del top del bikini. Me froto el clítoris con el dedo corazón en círculos pequeños y lentos. Me sujeto a la roca que me queda a la altura de la cabeza; me imagino que lo tengo detrás y sacudo la cabeza en un intento por imaginarme a cualquier otra persona.

Podría ser cualquiera.

Pero sigo visualizando ese mismo cuerpo fuerte y moreno. Sus ásperos dedos agarrándome la piel. Y estoy tan húmeda y cachonda

y tan...

Vacía.

Me froto con más ímpetu, gimiendo y con la boca abierta en busca de aire, completamente sola en esta cueva. Pero necesito algo más. Algo que yo no puedo darme.

Algo sólido dentro de mí y pegar la boca a la suya y comprobar que se fija en mi cuerpo, ese que desea tocar pero que no puede, y que me agarre con sus posesivas manos mientras me mira con lujuria y hace que el corazón me lata desbocado en el pecho.

Odia a mi padre, pero me desea.

Noto cómo me palpita el clítoris y siento que el orgasmo está cada vez más cerca. Quiero que sea él quien me haga gritar, correrme y sentir todo eso que tan harta estoy de no sentir. Quiero quedarme sin aliento.

Fóllame.

Fóllame.

—¡No! —grita alguien de repente—. ¡Para!

Abro los ojos y me quito la mano de debajo de la ropa. Las palpitaciones de la entrepierna se me intensifican a más no poder, siento el dolor causado por el orgasmo y luego desaparece.

—No. He dicho... —Sin embargo, la voz de la chica se va apagando y yo miro alterada a mi alrededor en busca de alguien.

¿Quién es?

Dios, como alguien me haya visto...

Giro la cabeza y estudio esta gruta, vacía; tampoco veo a nadie en el estanque ni cerca de la cascada.

—¡Ah! —grita una chica y, mientras retrocedo, oigo algo de ruido.

Cuando hemos llegado no había nadie en la orilla, y tampoco he visto que viniera alguien luego. ¿Quién...?

Sin embargo, justo cuando vuelvo a meterme en el agua y me preparo para salir pitando, distingo una silueta en la oscuridad y me quedo petrificada al descubrir a una mujer joven que sale de una especie de túnel o cueva contigua.

Al verme se detiene.

Cici Diggins. La chica de la farmacia que estaba un poquitín demasiado interesada en mi vida. Debe de haber llegado cuando yo me he ido a pescar. Lleva un bikini azul y su larga y oscura melena mojada le envuelve el cuerpo. Me fijo en que le sale un poco de sangre de la nariz.

Entorno los ojos. ¿Por qué le está sangran...?

Pasa por mi lado por encima del saliente, se mete en el agua y desaparece al otro lado de la cascada.

¿Qué narices...? ¿Quién le ha pegado?

Y, entonces, escucho el ruido de unas piedrecitas y me giro justo a tiempo para ver a Kaleb salir del mismo túnel del que acaba de salir ella.

El agua le resplandece en sus oscuros ojos, que encuentran los míos, y él echa a andar hacia delante. Va vestido solo con los vaqueros, y se mete en el agua, que lo cubre hasta la cintura.

Echa a andar decidido hacia mí y yo retrocedo hasta la cascada sin pestañear.

¿La ha pegado él? Le estudio la cara y el cuerpo, y confirmo que no tiene ninguna marca que denote autodefensa.

Estamos en un lugar oscuro y somos los únicos que se encuentran aquí. A medida que se me va acercando más y más mirándome fijamente, se me encoge el corazón y noto un nudo en la garganta.

Pero entonces... se limita a pasar por mi lado. Se hunde bajo la cascada y él también desaparece. Por suerte, el miedo provocado

por lo que estaba haciendo yo hace nada aquí mismo, bajo el agua, teniéndolos a ellos tan cerca, queda eclipsado por lo que narices estuviese pasando en ese túnel.

¿De qué estarían discutiendo? No le habrá hecho eso Kaleb a Cici, ¿no?

¿Y cómo narices discutes con alguien que no habla? ¿De qué sirve?

Buceo para abandonar la cueva y salgo a la superficie cuando estoy en medio del lago. A lo lejos, vislumbro que mi tío está cargando la camioneta con la ayuda de Noah. Me quedo observando cómo trabajan los chicos y me sonrojo al acordarme de mi fantasía. Mientras me lo imaginaba, nunca llegué a ponerle cara, pero sé quién era.

«No pasa nada».

Todo el mundo divaga. Todo el mundo se masturba. Si fuera a terapia, me dirían que estoy buscando una alternativa para lidiar con mis problemas. Es solo eso. Y es mejor que recurrir a las drogas o al alcohol.

La brisa hace que se agite un poco el agua y yo hundo los labios para humedecérmelos mientras continúo con la vista puesta en los chicos, que siguen cargando la camioneta.

«Aunque me ha gustado». Notarlo a mi espalda, el olor que desprendía su cuerpo e imaginarme su cama inundada de ese aroma...

—¡Tiernan, rápido! —me grita Noah.

Pestañeo y levanto la vista hacia él, que se sube a la moto.

—Hay una carrera efímera en Gent —grita—. ¡Vámonos!

¿Una carrera efímera?

Kaleb se monta en la otra moto, Jake se sube a la camioneta y yo asiento rápidamente y me pongo a nadar hacia la orilla.

No tengo muy claro qué es esto de una carrera efímera, pero tiene pinta de alboroto. Y de que habrá muchísima gente.

Dos cosas que suelo odiar de por sí, pero puede que esta vez Jake se equivoque. Puede que lo que yo necesite ahora mismo sea, justamente, una buena distracción que nada tenga que ver con la familia.

Estoy bastante segura de que vivo bajo el mismo techo que tres de los tíos más atractivos del pueblo, pero ahora nos vamos a... ¿Gent, era? Un lugar lleno de carne fresca, como diría Noah.



—¿Qué es una carrera efímera?

Jake me mira mientras se abre paso entre la multitud y gira hacia una zona más despejada que hay a la izquierda.

Con la vista puesta delante de mí, atisbo unas colinas verdes a ambos lados, detrás de las cuales se va poniendo lentamente el sol, y me escuecen los ojos a causa del humo de la fogata. Se oyen petardos a lo lejos (que seguramente sobraron del Día de la Independencia) y huele a barbacoa.

—Una buena oportunidad para hacer contactos —contesta—. Ya casi se ha terminado la temporada. Solo vienen unos cuantos pilotos, proveedores y patrocinadores para aprovechar un poco más la temporada antes de que se termine y así ganar algo de dinero extra.

La camioneta rebota un poco sobre el terreno de hierba y barro y, al final, Jake echa el freno y deja el vehículo «aparcado».

—¿Y qué hago yo aquí? —pregunto.

—No mover el culo de nuestra carpa; eso harás.

Salta y yo lo sigo hacia la caja mientras él baja la puerta trasera.

Gruño, pero lo ayudo a descargar. Noah se acerca a toda prisa con la moto y Kaleb lo sigue. Aparto la mirada y cojo el otro lado de la carpa para echarle un cable a Jake.

¿Cómo habrá acabado Cici con sangre en la nariz? Tengo que hablar con Jake de eso. Vivo con Kaleb, y Jake no tiene ni idea de lo agresivo que se puso conmigo la otra noche. ¿Y si hay más cosas que desconoce?

Giro la cabeza por encima del hombro para volver a mirar a Kaleb. Ya casi se le han secado los pantalones y ahora lleva una camiseta negra puesta. Se quita el casco, lo cuelga en el manillar sin prestar atención alguna a la gente que lo llama y se acerca para coger una cerveza de la neverita.

Ni siquiera me mira. Da media vuelta y se pierde entre la multitud.

—Tiernan.

Vuelvo a centrar la atención en mi tío y sigo andando.

Solo tardamos veinte minutos en montar toda la mercancía, la equipación, los pósteres y demás. Nosotros dos solos, porque los chicos se han largado y no nos ha quedado otra. Jake coloca las motos de sus hijos a ambos lados de la mesa y yo saco el altavoz con *bluetooth* que hemos utilizado mientras pescábamos y lo sincronizo con mi móvil antes de poner una *playlist*.

Suena *Nobody Rides for Free*,[1] de Ratt. Mi tío ríe por lo bajo y me sonríe. Supongo que la canción se adecúa a la situación.

Me remango, cojo unas cuantas pegatinas de la mesa y me coloco delante de la carpa para ir repartiéndoselas a la gente que pasa por aquí. Jake me mira y yo le sonrío de medio lado mientras él se acerca a una pareja que está admirando una de las motos.

No sé por qué, pero en parte me hace sentir mal que Kaleb y Noah se hagan de rogar tanto para echarle un cable. Yo soy la menos indicada para ponerse del lado de los padres, pero Jake ha pasado muchísimo para llegar aquí y construir todo lo que tiene, y se merece una familia.

Supongo que no me gusta verlo siempre solo.

—Yo me voy —anuncia Noah, agachándose para meterse debajo de la carpa y pillar el casco.

Va vestido con la equipación de competición: unos pantalones negros y naranjas y un dorsal de manga larga con el número setenta y ocho tanto en el pecho como en la espalda. ¿Va a competir?

Al verme, se detiene y sonríe. Vuelve a dejar el casco, se me acerca por detrás, me pasa un brazo por la cintura, me sube la camiseta y me ata las puntas más arriba, justo debajo del pecho, dejándome el vientre al descubierto. A continuación, me guiña uno de sus presumidos ojos azules y yo arrugo la frente.

—Si les enseñas carne, correrán —me dice—. Aunque igual debería añadirle un «se» delante...

Le pego un manotazo. ¡Qué asco!

Él ríe y se aleja para ir a por el casco. Me toco el nudo de la camiseta e intento deshacerlo para bajármela de nuevo.

Pero justo entonces aparece un tío delante de mí.

—Hey —me dice a la vez que me tiende la mano para que le dé una de las pegatinas de cortesía Van der Berg.

Sonríe y yo le medio sonrío mientras le paso un adhesivo.

Vaaaaale.

—No hables con ningún patrocinador —oigo que dice mi tío.

Me giro y veo que Noah coge algo de la neverita y se lo mete en la boca antes de alejarse.

—Si gano, igual lo hago —responde con la boca llena.

—Si gana la moto —lo corrige Jake, enfatizando bien las últimas dos palabras—. Asegúrate de que todo el mundo sepa quién la ha hecho.

Unas cuantas personas más pasean por delante de mí y se detienen para coger una pegatina.

Noah pasa por mi lado rápidamente, sale de la carpa y oigo que el presentador se acerca al micrófono. Resuena tanto que parece que lo tenga metido dentro de la boca.

Los pilotos revolucionan los motores y la gente se apresura a subir a la colina para tener mejores vistas, supongo. Yo giro la cabeza para mirar por encima del hombro y descubro que mi tío está sentado en una silla, con la cara hundida en el motor (o el carburador o lo que sea eso), fingiendo que tiene que fijar bien ese tornillo.

—¿No vas a mirar? —le pregunto.

No responde. Agarro las pegatinas con fuerza con ambas manos y desvío la vista hacia el gentío. El circuito de tierra pasa por delante de donde estamos nosotros, pero la línea de salida me queda fuera del campo de visión. Es medianoche y las estrellas iluminan el cielo; las luces del estadio emiten algo más de luz desde lo alto de la colina.

¿Estará Kaleb pendiente de su hermano? Alguien debería estarlo.

Las piernas me piden que vaya donde están todos los demás, pero me quedo aquí plantada.

El circuito se despeja y el presentador empieza a gritar a través del micrófono. Ya sé que las carreras suelen empezar cuando bajan la valla de salida, pero no sé si también tengo que oír un disparo o algo por el estilo.

Sin embargo, al cabo de poco, la aglomeración de personas que hay en la colina empieza a animarse y a moverse de un lado a otro,

lo cual me indica que ya ha empezado. Van desviando la vista de acá para allá y yo estiro la columna y salto un poquito, desesperada por ver qué está pasando.

Miro a mi tío en busca de una reacción, la que sea, pero está plenamente centrado en esa rueda trasera, como si fuese lo más importante del mundo.

Noah debería tener a alguien prestándole atención.

Me inclino hacia delante para mirar a la multitud que se encuentra en la colina y observo que se mueve lentamente hacia la izquierda mientras sigue el recorrido de los pilotos con la mirada. Desvío la vista en esa dirección justo a tiempo para descubrir cómo un montón de motos de *cross* circulan a toda velocidad por la curva. Levantan barro a su paso y, a medida que se van acercando, el ruido de los motores es cada vez mayor; me inclino un poco hacia delante y las veo desaparecer detrás de un salto antes de que vuelvan a aparecer rápidamente, volando por el aire justo antes de perderse de nuevo al tocar el suelo.

La tierra me tiembla bajo los pies y el ruido de la multitud y de las motos me reverbera por todo el cuerpo. Me pongo de puntillas para distinguir a Noah y sonrío.

Las motos pasan a toda velocidad por delante de mí y me da un vuelco enorme el estómago cuando echo la cabeza hacia atrás y compruebo que Noah, vestido con sus pantalones naranjas y negros y su dorsal, coge aire y permanece con el cuerpo recto como un palo justo encima del manillar antes de volver a sentarse. Río y me llevo la mano a la cabeza mientras lo veo corriendo con la moto con el casco puesto.

De repente, siento una inmensa necesidad de llevarme las manos a la boca para animarlo a pleno pulmón.

Sin embargo, me detengo a medio camino y me limito a aplaudir. Le sienta bien.

Le sienta de maravilla. Y va el primero.

La misma moto verde que vi en casa de los Van der Berg hace un par de días también va por delante. Intuyo que será la de Terrance Holcomb.

Giro la cabeza sin dejar de sonreír y veo que mi tío sigue centrado en el trabajo. ¿Cómo puede ser que no preste atención a la carrera?

La envidia me paraliza. Parece que Noah se lo está pasando en grande.

Pero ya no puedo seguir conteniéndome. Me doy prisa antes de que Jake pueda detenerme y echo a correr para cruzar el circuito una vez que han desaparecido las motos y así subir a la colina.

Miro a mi alrededor intentando buscar a Kaleb por aquí cerca, pero no lo veo.

Me uno a la multitud que hay en la cima y me hago un hueco entre dos personas justo a tiempo para bajar la vista y ver cómo Noah acelera para llegar el primero a la meta, echándole un pulso a Holcomb.

Revoluciona el motor, levanta la rueda delantera y le mete gas para cruzar la línea de llegada con unos segundos de margen sobre todos los demás antes de bajarla al suelo.

El presentador vuelve a gritar por el micrófono, la gente deja de animar y distingo que Noah levanta el puño al aire.

Aplaudo con disimulo. Tengo el corazón tan acelerado que poco más puedo hacer. «Bien hecho».

En parte, estoy un poco celosa de que a Noah se le dé tan bien algo así. A mí nunca se me ha dado bien nada.

Me doy la vuelta, regreso a la carpa, los espectadores se dispersan y vuelven a poner música.

Jake sigue ocupado trabajando en algo que estoy convencida de que ya está arreglado y yo me dirijo al puesto de comida que tenemos junto a la carpa para agenciarme unos cuantos nachos con queso.

Les doy un discreto mordisco y me acerco a mi tío.

—¿Quieres un poco?

Me mira a los ojos y ni siquiera se fija en lo que tengo en la mano.

—No, gracias.

Me lo quedo mirando mientras hundo otro nacho en el queso.

—Es muy bueno —le digo, refiriéndome a Noah.

Él se limita a asentir y sigue trabajando.

Entorno los ojos. Jake no es como mi padre.

Pero en eso se le parece un poco.

Hannes tampoco me habría mirado porque no le habría importado. Jake se niega a apoyar a Noah en esto. Pero ¿por qué?

Me acerco a él, dispuesta a abandonar la comida y con intención de ponerme de nuevo a repartir pegatinas, pero se nos aproxima un montón de gente, rodeando a Noah. Lo observo mientras se quita el dorsal y lo tira encima de la mesa mientras me mira socarrón y me roba los nachos de la mano. Unta un poco de queso en su dedo y me mancha la nariz justo antes de acercar la cara y chuparme el queso de ahí mismo. Frunzo el ceño.

—Noah —me quejo y me retuerzo para apartarme.

Él se limita a reír.

«Iba a felicitarte. Pero me la suda». Me limpio el queso y sus babas de la nariz.

Camina hacia su padre y se lleva mis nachos con él.

—Podría ser de mucha más ayuda para Van der Berg Extreme si saliera en la tele, ¿sabes?

—Ya. ¿Y luego qué? —Jake levanta la vista hacia su hijo—. ¿Qué piensas que harás cuando se te hayan acabado tus quince minutos de gloria o tengas un accidente que te mande a casa y te deje en silla de ruedas?

Noah se ríe por lo bajo y sacude la cabeza.

—¿Me has mirado siquiera? —le pregunta—. ¡He ganado! Les he ganado a todos. Soy bueno. Y me encanta.

—Competir en *motocross*...

—No es una profesión —termina Noah por él con un tono de voz que me da a entender que ya han tenido esta conversación cientos de veces—. Pues estar encerrados en el pico tampoco es vivir. Deberías ponerte a pensar más en eso.

Da media vuelta y me vuelve a pasar de mala gana los nachos. Se marcha de nuevo, mosqueado, y le rodea la cintura a una chica joven antes de desaparecer con ella entre la multitud.

Me arriesgo a desviar la mirada hacia Jake y lo encuentro con la mandíbula apretada mientras gira la llave de tubo en el sentido de las agujas del reloj como si fuera la boca de su hijo y estuviese cerrándole el pico en lugar de estar ajustando una rueda.

Conque esas tenemos...

Resulta fácil saber qué es lo que tanto valora Jake y eso que tanto le gusta acerca de vivir la vida con sus propias reglas, lejos del terror de nuestra familia.

Pero Noah se desvive por algo más. No es que esté loco ni que le importe todo un bledo o que no tenga aspiración alguna. Es que no es feliz.

Dejo el plato, me acerco y me apoyo en la mesa donde está trabajando mi tío.

—¿Tiene razón? —le pregunto mientras, de fondo, se oye al presentador, que anuncia el inicio de otra carrera—. ¿Te escondes

ahí arriba?

Me observa un segundo y alarga el brazo alrededor de la moto para tocar no sé qué.

—Bájate la camisa —me ordena.

Arqueo una ceja y reprimo una sonrisa.

Tira la herramienta, se apoya en la mesa, inclinado, y suspira.

—Malditos críos... —se queja y sacude la cabeza.

Me mira y sonríe con tristeza. Puede que no quiera que Noah sufra como sufrió él, pero si algo sabe Jake es que los padres no siempre aciertan en lo que es mejor para los hijos. A ver... ¿Quién sabe si Flora hubiese sido quien más feliz lo hubiese hecho el resto de su vida?

Aun así, él se habría escapado con ella porque, al final, no elegimos lo que sentimos. Y Noah hará la mismo.

—Hey —dice alguien.

Al girarme, veo a Cici Diggins entrando en la carpa con las manos en los bolsillos de los vaqueros y los ojos puestos en mí.

Me quedo petrificada. Las interacciones que hemos compartido hasta ahora no es que hayan sido especialmente agradables. ¿Qué quiere?

Mi tío se aleja y va a buscar algo a la caja de la camioneta. Vuelvo a mirar a Cici; no se le ve nada en la nariz, es como si ni siquiera hubiese estado sangrando antes.

—Hola —contesto finalmente.

Me tiende una mano y se presenta:

—Cici.

Acepto el apretón.

—Tiernan.

Será que no nos habíamos presentado como es debido, supongo.

—¿Estás bien? —le pregunto señalándole la nariz.

Ella se limita a reír por lo bajo.

—Quien se hace daño a sí misma soy yo.

Le suelto la mano. No tengo muy claro a qué se refiere.

Giro la cabeza para mirar detrás de mí. Jake abre la puerta de la camioneta y busca algo en la guantera.

—Bueno, ¿quieres bailar?

Me giro de golpe hacia Cici otra vez y me la quedo mirando. ¿Qué?

Hay gente moviéndose alrededor de la fogata y suena una canción a través de unos altavoces grandes que hay en las cajas de los camiones del *parking*. Aunque es una lenta. Y la gente está bailando muy pegada.

Niego con la cabeza.

—No.

Aun así, ella me tira de la mano y me arrastra hasta la hoguera. Me cuesta seguirla e intento zafarme de su mano.

—Eh, para —le ordeno.

Yo no sé bailar.

Hace que me gire, me coge por la cintura y me acerca a ella. La empujo, pero Cici es demasiado rápida. Me agarra por el nudo de la camisa y me empotra contra ella con tanta fuerza que casi me desnuco.

Aprieto los dientes con los labios separados. Siento cómo se rozan nuestros vientres justo a la altura donde ella tiene levantado ese top blanco.

—Tranquila —me dice sonriendo socarrona—. Ya sé que eres hetero.

Se mueve balanceando las caderas y frotándose un poco conmigo. El maldito corazón me late a una fuerza desorbitada mientras intento mantenerme en pie.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes?

—¿Me estás diciendo que cabe la posibilidad de que no lo seas? —me pregunta, provocándome.

Pongo los ojos en blanco.

—No deberías serlo —añade—. Conmigo estarías muchísimo más segura que con un tío. Yo, al menos, no puedo dejarte preñada.

No puedo evitarlo. Se me escapa la risa y me relajo un poco.

Pero tampoco mucho.

—¿Por qué no te dejas de tonterías? —le espeto—. Solo estás haciendo esto para llamar la atención de Kaleb.

Y con *esto* me refiero al numerito este de bailar pegada a una chica. Kaleb seguro que se fijará porque Cici está haciéndolo nada más y nada menos que con alguien que vive bajo el mismo techo que él.

Miro a mi alrededor. Seguramente Kaleb no esté ni aquí. No lo he vuelto a ver desde que ha aparcado la moto. Debe de haberse ido a casa con alguien más.

Cici me baja la mano hasta la cintura y se me acerca tanto que casi me roza la nariz con la suya.

No sé por qué, pero me quedo aquí, firme. Impávida.

—Para llamar su atención necesitaría muchísimo más que esto —me amenaza con la voz grave—. ¿Tienes planes para luego?

Aparto la mirada. Sé exactamente a qué se refiere.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas. No pienso permitir que sea Kaleb quien me desvirgue en un trío. De hecho, no pienso permitir que Kaleb me haga nada nunca más.

—Nos has oído discutir en la cueva —me susurra en el oído—. Estabas espiándonos.

Ah, ¿sí?

—Nos has seguido —me provoca— porque tú también lo deseas. Estabas celosa.

Se me dibuja una sonrisa y me muevo al ritmo de la música mientras levanto los brazos y le rodeo el cuello.

«Ya basta».

Le acerco la boca a la oreja y le susurro:

—Yo ni siquiera sabía que os encontrabais allí. Estaba escondiéndome porque me estaba masturbando en el agua.

Se le escapa la risa con fuerza, levanta la cabeza y me mira, incrédula.

Me sonrojo. No sé por qué acabo de decirle esto, pero la verdad es que tampoco me importa. No me gustan estos juegos y no pienso jugar al suyo.

—¿En serio? —me pregunta, casi impresionada—. ¿Pero tú no eres famosa o algo así? Podría meterme en Twitter y contarle a todo el mundo lo que me acabas de decir.

«Podrías. Sea o no cierto».

Total, estas maniobras no la ayudarán a salirse con la suya. Si no lo consigue, no es porque esté yo en el medio.

—Cada uno hace lo que le da la gana —le respondo apretándole las caderas mientras bailo—. Así que me da igual. Todo. Lo que tú hagas o dejes de hacer no es asunto mío.

Entonces miro por detrás de su hombro y lo veo.

A Kaleb.

Está de pie a lo lejos, apartado de la multitud, solo y apoyado en el tronco de un árbol. Me está mirando fijamente mientras se lleva un botellín de cerveza a los labios y le da un sorbo. Noto un nudo en la garganta y trago saliva.

A pesar de que el nudo que tengo en el estómago se va haciendo más y más grande cada vez que Kaleb me mira, la sangre que me

bombea el corazón me recorre el cuerpo entero con la cálida promesa de algo.

De algo que aún tiene que suceder.

No puedo contenerme.

—Y, dentro de unas semanas —le digo a Cici—, yo ni siquiera sabré lo que se dice en Internet porque estaré encerrada en el pico durante muuuchos y muuuchos... —guardo silencio un momento antes de proseguir para dar más efecto a la última palabra—: meses.

«Con él». No las pronuncio en voz alta, pero esas palabras quedan colgando en el aire.

Quiero que suene a amenaza, aunque no tenga mucho peso. No hace falta que Cici sepa que Kaleb me da miedo o que me trata peor que a los animales a los que caza. Esos al menos los valora.

Vuelvo a separarme y la miro a los ojos, consciente de que a partir de noviembre y hasta abril, quien tendrá la sartén por el mango seré yo. Si quisiera. «¿En serio quieres cabrearme?».

—Atrévete —me amenaza.

—Igual no tendré que hacer nada.

Desvío la vista por detrás de Cici, señalando los oscuros ojos verdes de Kaleb, que continúa mirándonos fijamente como si no hubiese nadie ni nada más en esta fiesta. Ella me sigue la mirada, comprueba que nos está mirando y, a pesar de que mi amenaza es completamente infundada, mi última frase no.

A fin de cuentas, Kaleb ya vino a por mí una vez.

De repente, noto que alguien me agarra del brazo y tira de mí. Ahogo un grito y, al levantar la vista, veo a mi tío.

—Todo aquel que tiene polla os está mirando —gruñe Jake, observándome con reprobación.

¿Mirando? ¿Qué?

Tardo un segundo en caer en lo que está diciendo, pero entonces paseo la vista alrededor de la hoguera y me fijo en que la gente nos está mirando a Cici y a mí. Sobre todo, unos cuantos grupitos de tíos que hay hacia la parte exterior del círculo y que están sonriendo y susurrándose cosas los unos a los otros.

Lo miro de mala gana y me zafo de su mano.

—¿Nos habrías obligado a parar si estuviese bailando con un tío?

—Si hubieses estado bailando con un tío así en público, te habría dado un buen azote. —Mira rápidamente a Cici y luego vuelve a mirarme a mí—. Nos vamos a casa.

Me coge de la mano y tira de mí para regresar a la carpa.

¿Qué narices hace? Si estuviese haciendo algo que fuera a manchar su reputación, tal vez me preocuparía, pero no estaba haciendo nada malo. Vale, algunos tíos se han puesto cachondos observando cómo bailaban un par de chicas. La verdad es que yo ni siquiera estaba intentando bailar bien; me encontraba demasiado metida en la conversación que mantenía con Cici.

Jake se abre paso entre la multitud y me agarra con tanta fuerza que me duele la muñeca. Sacudo el brazo para zafarme de su mano y paso enfadada por su lado, en dirección a la camioneta. Abro la puerta trasera, me subo al asiento del copiloto y cierro de un portazo.

Que guarden la carpa ellos solitos.

Sacudo la cabeza.

Ya es la segunda vez que me gritan por llamar la atención sin que lo haya hecho aposta. Esta obsesión tan posesiva que tienen con proteger mi inocencia es ridícula. El simple hecho de que ellos tengan «experiencia» no significa que sean más maduros ni más sabios que yo. Hasta me atrevería a decir que lo son incluso menos. Lo cual ha resultado bastante evidente desde que llegué.

La camioneta tiembla y se tambalea mientras mi tío y Noah guardan la carpa, la mesa, las sillas y las demás cosas en la caja. Miro por el retrovisor y veo a un tío subido en la moto de Noah con una chica detrás. Me resultan vagamente familiares. A lo mejor es algún amigo suyo que le ha cogido la moto prestada.

Oigo a gente riendo fuera de la camioneta mientras cierran la puerta y, al girar la cabeza, compruebo que una mujer se sienta a mi lado.

Me llega una vaharada de su perfume. Levanta la vista y me sonríe a la vez que cierra la puerta.

—Hola.

—Hey.

Oigo más risitas detrás de mí y, cuando Jake y Noah se suben a los asientos delanteros, cierro los ojos. Estoy tan cabreada que hasta aprieto los puños.

Perfecto. Perfectísimo. No quiero girarme y ver a cuánta gente han metido en la caja. Simplemente fulmino a mi tío con la mirada a través del retrovisor.

Él me mira a los ojos un segundo, pero arranca la camioneta y aparta la vista enseguida.

Si yo bailo con alguien parezco una zorra, pero ellos pueden follar sin parar noche sí y noche también y, aun así, no se dan cuenta de lo paradójica que resulta la situación.

Jake arranca. No tengo ni idea de si Kaleb sigue en la hoguera o de si está en la caja de la camioneta, detrás de mí, pero me cruzo de brazos. Estoy demasiado cabreada para que me importe ahora eso.

Aceleramos por la autopista bajo el cielo nocturno y subimos montaña arriba, en dirección a la casa, mientras suena música por la radio. Oigo a alguien gritando alegre detrás de mí, en medio de esta

oscura noche, y Noah abre un botellín de cerveza delante, en el asiento del copiloto.

O sea, ¿que se supone que tengo que pasarme la noche entera escuchándolos a todos mientras las horas avanzan dale que te pego?

—«Te habría dado un buen azote...» —repito mirando a Jake a los ojos a través del retrovisor—. No me han pegado en la vida.

Levanta la vista para mirarme también a los ojos y responde:

—Pues si quieres probarlo, tú sigue así.

La chica que tengo al lado se retuerce en el asiento y, de repente, la tensión que se respira aquí dentro aumenta un poco.

Capullo.

—¿Me pegarás por hacer algo que a ti no te gusta?

—Se llama corregir a la gente —contesta de mala manera con la vista puesta en la carretera—. Y lo haré porque me preocupo por ti.

Noah gira la cabeza para mirarme. A continuación, mira a su padre y le pregunta en un susurro:

—¿Qué me he perdido?

Jake niega con la cabeza una única vez como para darle a entender que deje el tema.

—No puedes privarme de estar con alguien ni de que me acueste con fulanito si me apetece —le informo—. Se llama doble moral, Jake. Vosotros podéis estar con tías. ¿Por qué no puedo disfrutar yo de la compañía de quien sea?

—Nosotros podemos estar con mujeres porque no estamos con nadie.

—Yo tampoco estoy con nadie.

—Eres una chica joven que vive en mi casa —me espeta—. Estarás con nosotros hasta que seas lo suficientemente mayor.

—¿El día de mi cumpleaños?

Me mira arqueando una de sus oscuras cejas, pero no responde, sino que vuelve a centrarse en la carretera.

¿Seré lo suficientemente mayor cuando cumpla los dieciocho en unas cuantas semanas? ¿Parará entonces?

Por supuesto que no. Seré lo suficientemente mayor cuando a él le parezca porque yo soy demasiado estúpida como para no meterme en líos.

Además, que esté o no preparada para mantener relaciones sexuales es una cosa, pero la intimidad es otra. Todos queremos ser especiales para alguien. Y la familia no cuenta. Me gustaría conocer a alguien algún día.

—¿Sabes una cosa? Tu lógica no tiene sentido —le digo mirándolo a través del retrovisor—. Si una mujer está contigo, también te hará lo que pueda hacerte cualquier otra mujer. En cambio, si yo estoy con vosotros, a mí no me haréis lo que pueda hacerme cualquier otro hombre.

Noah se atraganta, escupe la cerveza y mancha el coche de alcohol mientras mira ojiplático a su padre y se lleva una mano a la boca para toser.

Yo reprimo una sonrisa.

En pleno ataque, Noah intenta respirar y se limpia el líquido del pantalón. Jake se me queda mirando por el retrovisor.

Pero no contesta.

Y esta vez la primera persona en apartar la mirada no soy yo.

Capítulo once

Tiernan

—¡Ah! —Oigo un fuerte gemido y me levanto de golpe de la cama a la vez que abro los ojos.

Toso. Tengo la frente empapada en sudor.

Ese olor... Se me escapa un sollozo y me escuecen los ojos. Tengo el pelo pegado a la cara, la respiración agitada y un nudo cada vez más grande y doloroso en el estómago.

¿Qué narices...? Vuelvo a toser. Me cuesta respirar.

Dios. Solo recuerdo algunas cosas del sueño, pero aún percibo ese hedor. Estas intensas y empalagosas velas que hacen que me den ganas de vomitar...

Me entran náuseas, y al notar que me sube algo por la garganta, me llevo el dorso de la mano a la boca. Escucho el eco de la conmoción por toda la casa, pero el dolor me azota el cuerpo; ya no aguanto más. Me quito del tirón las sábanas de encima, salto de la cama, caigo a cuatro patas y voy hacia la papelera.

Pillo la que tengo al lado del escritorio y me inclino justo encima, con arcadas.

La peste me inunda las fosas nasales y me llena la garganta. No recuerdo de qué iba el sueño, pero sé que no podía respirar. Y sigo sin poder hacerlo. Intento coger aire.

Me sube la bilis y me tambaleo mientras toso y suelto arcadas sin dejar de agarrarme con ambas manos a la papelera que tengo justo debajo de mí. ¿Por qué sigo oliéndolo? Noto que me impregna ese olor, igual que impregnaba todos los muebles del cuarto de mis

padres, empiezo a llorar mientras me froto los brazos para darme algo de calor y siento que la suciedad se me cuela, pesada, bajo la piel.

Tiemblo. Los sollozos me van saliendo, libres, las náuseas van desapareciendo y la tristeza empieza a invadirme. Noto como si volviera a estar en esa casa. No me había dado cuenta de que llevaba días sin sentirme así.

Sin notar el frío. Sin notar el estéril silencio y el dentado aire azotándome las fosas nasales. Sin notar que estaba en una casa cuyas paredes eran demasiado gruesas y donde absolutamente todo era puntiagudo.

Voy inspirando profundamente y me acomodo el pelo detrás de la oreja. El olor exterior a madera y a árboles va eclipsando, poco a poco, el recuerdo de aquellas velas.

Me dejo caer en el suelo, sentada, y apoyo la espalda contra la pared. Descanso los brazos en las rodillas y cierro los ojos con fuerza mientras las lágrimas me siguen humedeciendo las mejillas.

Qué asco de sensación.

No quiero volver a sentirme así. Sacudo la cabeza. No quiero volver allí nunca más.

Ahora me encuentro aquí. Estoy en Colorado, con ellos y con el viento y con la calidez del fuego y con olores nuevos.

El techo cruje sobre mí. Abro los ojos y levanto lentamente la vista para mirar hacia arriba.

Kaleb. Su cuarto queda justo encima del mío. Desplaza un mueble arrastrándolo por el suelo. Oigo otro crujido por aquí y un golpe por allá, pero entonces escucho un grito justo detrás de mí y noto un golpe en la pared.

El cuarto contiguo al mío es el de Noah. Apoyo el dorso de la mano en la pared, al lado de la cabeza, y noto cómo su cabecero

vuelve a golpear la pared una y otra y otra vez a un ritmo cada vez más rápido.

Bajo la mano y los oigo gemir y jadear. Las lágrimas vuelven a nublarme la vista, pero accedo a que resbalen por la mejilla sin sollozar.

Ojalá Noah estuviera solo. Seguramente permitiría que me metiese en su cama con él esta noche, si quisiera. Como si fuera un hermano mayor y estuviese intentando mantener los lobos a raya porque he tenido una pesadilla.

Aunque tampoco lo intentaría, por muy solo que estuviera, pero...

Es una fantasía bonita.

Que me aporta calidez.

Seguridad.

Consuelo.

Noah es así.

Me levanto y apoyo la frente en la pared mientras escucho cómo los chicos hacen el amor a las chicas y el dolor se apodera de mí. Porque yo estoy aquí sola, perdida en el olvido y... celosa. ¿Por qué estoy celosa?

Cierro los ojos con fuerza y las lágrimas me resbalan por los labios, que tengo también apretados. Niego con la cabeza.

Echo a andar, abro la puerta de la habitación y saco la cabeza al pasillo. Aquí, el ruido que retumba por toda la casa es aún mayor. Las chicas ríen en el cuarto de Noah mientras oigo un grito en el piso de arriba, seguido de un gemido. Paso por delante con la mente nublada y bajo las escaleras, despacio.

El frío aire que noto en las piernas es como un alivio que me calma los músculos. Debería ponerme un albornoz, pero es que me importa una mierda. Mañana tengo que entregar el primer trabajo del instituto y aún me falta un montón para terminarlo; además,

seguramente debería volver a entrar en Twitter y ver si la chica esa cumplió con sus amenazas, pero esta noche soy incapaz de preocuparme por absolutamente nada de eso.

Deambulo por el salón, a oscuras. El fuego que había encendido antes ya se ha apagado y, a mi derecha, veo el imponente y negro agujero de la chimenea, manchado de hollín. Las agujas del reloj dan la hora, pero pierdo la cuenta mientras me dirijo hacia la cocina y trago saliva en un intento por deshacerme de la sequedad que noto en la garganta.

Lleno un vaso de agua, me lo acerco a los labios y doy unos cuantos sorbos rápidamente; no tardo nada en vaciar el contenido. Vuelvo a llenar el vaso de inmediato y echo la cabeza hacia atrás, bebiéndomelo todo hasta quedar satisfecha.

Me quedo con la vista puesta al otro lado de la ventana que hay encima del fregadero. En unas semanas, el terreno estará cubierto de nieve. La casa será un lugar tranquilo que no pisarán mujeres en meses, porque viven muy lejos.

Son como demonios. ¿Cómo pueden hacer esto año tras año?

¿Y cómo voy a hacerlo yo este?

No son mis padres. Interactúan conmigo, y cada vez que lo hacen, una marabunta de emociones a las que no estoy acostumbrada y que, por ende, no sé cómo controlar se apoderan de mí o acabo diciendo algo estúpido.

«O mi cuerpo quiere reaccionar de una forma que no debería».

Aclaro el vaso y vuelvo a dejarlo en el escurreplatos. Me apoyo en el borde del fregadero y sigo mirando a través de la ventana, con la vista perdida.

Me volveré loca, encerrada aquí con ellos durante meses. Me volverán loca. Alguien acabará muerto.

Oigo algo parecido al tintineo de unas llaves a la derecha. Me sobresalto y giro la cabeza de repente.

Veo a Jake en la esquina de la mesa de la cocina que queda a oscuras. Me yergo y se me acelera el corazón. Me está mirando.

Le cuelga el llavero del coche de un dedo y lo hace girar, y mientras coge las llaves con la mano. Tiene un botellín de cerveza cerca, y me fijo en que va con vaqueros pero sin camiseta.

Me sonrojo y, de pronto, ahora que me está mirando, me siento muchísimo más expuesta porque llevo poca ropa. Pensaba que estaría en su habitación.

Aunque no tiene pinta de haber estado ahí en toda la noche. Todavía lleva las botas de trabajo puestas.

Me contengo para no temblar, pero se me endurecen los pezones como rocas y se me marcan por debajo del top, así que me cruzo de brazos. No sé si lo ha visto, pero al cabo de un segundo se frota los labios con el dedo.

—¿Qué...? —No me sale la voz y carraspeo—. ¿Qué haces?

Arriba suena *Devil in a Bottle* a todo volumen, pero Jake sencillamente se sienta. He aquí de dónde viene el silencio de Kaleb. No hablar y no comunicarse son dos cosas muy distintas.

Doy un paso hacia la isla de la cocina para cubrirme y le pregunto con delicadeza:

—¿Y tu... amiga?

—En casa.

Todas las mujeres han venido con nosotros desde la carrera, o sea, que debe de haberla llevado él mismo al pueblo. A saber por qué han dejado la noche a medias.

—¿No estabas de humor? —bromeo.

Sin embargo, en lugar de reír y pasar del tema, ladea la cabeza sin quitarme los ojos de encima y el centelleo que le atisbo en la

mirada hace que me dé un pequeño vuelco el estómago.

No me ha gritado. ¿Por qué? Estoy aquí abajo, medio vestida y en bragas. ¿Por qué no me está pegando la bronca y diciéndome que vaya a ponerme algo encima? ¿O que me vaya a dormir?

—Tenía hambre —le cuento sin apenas mirarlo a los ojos—. ¿Quieres comer?

Sigue quedándose aquí sentado y con la vista puesta única y exclusivamente en mí.

Aunque tampoco dice que no. Y tampoco me manda que vaya a vestirme.

«Dime que estoy teniendo una rabieta. Dime que suba escopetada y me ponga un pijama».

Pero no lo hace.

Y yo retrocedo. El corazón me late con fuerza, pero me siento valiente. Me giro y voy a por unos cuantos huevos de la nevera. Me la estoy jugando, porque estoy convencida de que, en cualquier momento, me pegará la bronca.

Sigo insistiendo. Doy la vuelta a la isla para coger la sartén y sigo a la espera de que me ordene que vaya arriba.

Pero no lo hace y me escuecen los ojos. A lo mejor estoy metiéndome en un lío.

O a lo mejor es que me gusta que me miren.

Aun así, no subo a mi cuarto.

Sigo caminando por la cocina, a oscuras, y coloco la sartén en el fogón sin encender las luces. Pongo algo de mantequilla en la sartén para que vaya calentándose mientras casco los huevos y los bato. Les añado algo de ajo y de condimento criollo mientras todavía noto sus ojos clavados en la espalda y en todos y cada uno de mis movimientos. No tengo ni idea de cómo llevo el pelo después de haber dormido y de lo que ha pasado al despertarme, pero me

encanta notar cómo me cae por encima de los hombros y por detrás. En cierto modo, es como tener a alguien tocándome.

Las braguitas de seda de color rosa claro me acarician el culo; las tiras me quedan justo debajo de las caderas y dejan unos cinco centímetros de piel expuesta entre ese punto y la camisola. Levanto el brazo para guardar las especias y se me tensan los músculos de las piernas y del culo; quiero que Jake lo aprecie.

—¿Por qué estás despierta? —me pregunta con voz ronca.

Pongo los huevos en la sartén.

—¿Quién podría dormir con tanto ruido?

Tal vez pueda dormir con Kaleb haciendo ruido, pero es imposible que lo consiga teniendo a Noah al lado haciendo lo mismo.

Ellos hacen ruido, pero es distinto al de Noah. Es ensordecedoramente silencioso.

Bajo la vista de nuevo y siento que el calor se me apodera del rostro a medida que vuelvo a acercarme a la nevera, descalza, esta vez para coger el queso y echar un montón a los huevos antes de empezar a removerlos y bajar el fuego. Jake tiene la vista clavada en mí. Lo noto, y mi cuerpo entero también es consciente de ello. Cierro los ojos con fuerza una milésima de segundo y siento cómo se me cuela una ola de calor en la parte baja del vientre.

Se me engancha un poco de queso fundido en los dedos y siseo ante el escozor. Me apresuro a lamerme el dedo para quitarme la comida y me chupo el pulgar para hacer lo propio. Luego, pongo la mitad de los huevos en un plato y se lo paso a Jake.

—Toma —consigo susurrar mientras levanto el plato.

Pero, de repente, lo tengo aquí mismo, detrás de mí. Me coge el plato y lo deposita en la encimera.

Yo me quedo petrificada.

Me cubre la espalda con el pecho y vuelvo a olerlo, igual que antes, mientras pescábamos. Su cálida piel roza la mía y se me pone la piel de gallina a la altura de los brazos y las piernas. Solo que esta vez no salgo corriendo.

Quiero sentir todo esto.

—¿Por qué te has escapado de mí cuando estábamos en el lago? —pregunta.

Guardo silencio.

Sin embargo, siento que me abrasa la piel y lo único que noto, mientras la música sigue sonando a todo volumen arriba, es a él.

—¿Por qué has salido corriendo?

Niego con la cabeza. «No lo sé. Es...».

—Tiernan —me llama en un sofocado suspiro.

Como si se arrepintiera. Como si supiera perfectamente por qué he salido por patas.

—Creo que esto no es una buena idea —dice, detrás de mí—. No somos... una buena influencia para una niña.

—No soy una niña.

—¿Te has metido en la cama con un hombre alguna vez? —pregunta con la voz entrecortada.

Se me detiene un segundo el corazón.

Niego lentamente con la cabeza.

Él se inclina hacia mí para preguntarme al oído:

—¿Te han besado alguna vez?

Asiento.

—¿En algún lugar que no sea en la boca?

Siento una ola de calor en la entrepierna.

—No, tío Jake.

Se le agita el pecho al respirar tras de mí, con la boca pegada a mi pelo, y yo sigo sin darme la vuelta porque me da miedo romper el

hechizo.

Alarga el brazo, apoya la mano en la encimera justo encima de la mía y coloca los dedos justo encima de los míos mientras, con uno de la otra mano, me recorre la columna vertebral descendiendo por ella. Una sutil capa de sudor me cubre la piel.

Se oyen portazos en el piso de arriba y unos pasos que salen a toda leche de una de las habitaciones, seguramente en dirección al baño. Oigo que alguien abre la ducha y una chica se echa a reír.

—Siento que tengas que ver todo esto —me dice Jake con un tono afligido—. Cuando la nieve está por llegar, aprovechamos al máximo porque sabemos que no volveremos a ver nada bonito en todo el invierno.

Sigue recorriéndome la columna vertebral lentamente con el dedo.

«En todo el invierno».

Bajo la vista hasta donde se unen nuestras manos, me acuerdo de cómo me estaba mirando desde la mesa hace un minuto y pienso que es como si hubiese algo que apenas estuviese reprimiendo. Y eso que aún no ha llegado la nieve.

Este año no estarán aquí encerrados sin ninguna mujer. Tendrán a una.

El calor de su aliento se me cuela a través del pelo hasta rozarme la nuca, y se me endurecen los pezones mientras sigue provocándome con la mano con una delicadeza tan dolorosa.

«En todo el invierno...».

—Creo que deberías irte, Tiernan.

Entorno los ojos, pero giro la mano porque necesito sentir su palma contra la mía. Es una sensación increíble y me tiemblan los párpados.

—¿Del pico? —le pregunto.

¿O me está diciendo que me vaya de la cocina?

No responde. Caigo en la cuenta de a qué se refiere y me da un vuelco un poco más fuerte el estómago.

Noto que se me clavan unas agujas en el cuello.

—Me has dicho que estaba en casa. —Le agarro la mano en una especie de caricia, entrelazo los dedos con los suyos y encorvo los míos para sujetarle la mano con firmeza—. Has dicho que era vuestra.

—Este no es lugar para ti.

Las lágrimas vuelven a acumularse en mis ojos, pero pestañeo para deshacerme de ellas. Ayer por la mañana me convenció para que no me marchara y ahora quiere que me vaya. Quiere que me quede sola. «Siempre estoy sola. Y tú me has enseñado lo que es no estarlo. Y has mentido».

—¿Por qué quiso mi padre que estuviese contigo? —pregunto en un susurro mientras miro hacia fuera a través de la ventana y veo el reflejo de mi tío detrás de mí—. Sabían lo que estaban haciendo. Podrían haber esperado unas semanas, hasta que cumpliese los dieciocho. O podrían haberme dejado con Mirai.

Me inclino hacia atrás para apoyarme más en él y deleitarme con su calidez y con que tenga los ojos clavados en mi cuerpo.

—A lo mejor no lo pensaron —murmuro—. O a lo mejor sabían que era lo único bueno que podían hacer por mí.

Al menos me mencionaron en el testamento. No me habría sorprendido que no lo hicieran.

Me deshago de su mano de un tirón, me apoyo en la encimera para alejarme y echo a andar con brío. Pero no puedo ni dar dos pasos. Jake me agarra del brazo y me empotra de nuevo la espalda contra su pecho. Ahogo un grito mientras él me envuelve el cuerpo en un abrazo que me obliga a levantar la cara para mirarlo.

—¿Lo notas? —pregunta serio y con los labios casi pegados a los míos mientras me empotra contra el fregadero. Noto su grueso y duro pene en el culo y gruño—. Eso me lo haces tú, Tiernan. Y no está bien. En lugar de estar tirándome a lo *piledriver* a la tía que me he traído a casa esta noche, estoy aquí sentado, intentando convencerme para no meterme en tu cuarto y darle un buen beso de buenas noches a tu cuerpazo de adolescente que vive bajo mi propio techo.

Me late el clítoris y me retuerzo aquí, de pie, mientras noto cierta humedad en la entrepierna.

—¿Y tengo que quitarme las bragas para eso? —Exhalo.

Jake cierra los ojos con fuerza y gruñe como si estuviera pasándolo mal. Solo me da tiempo a inhalar brevemente antes de tener su boca pegada a la mía, y a mí se me escapa un gemido al notar esta dulce punzada.

Joder.

Joder...

Él se mueve y a mí casi se me sale el corazón del sitio. Me besa los labios con fuerza y el calor de su lengua me recorre todo el cuerpo, escurriéndoseme estómago abajo, hasta llegarme a la entrepierna. Gimo, pero el sonido de mi voz se pierde en su boca.

Oh, Dios.

Su sabor me llena el cuerpo entero y levanto la mano para agarrarle el cuello por detrás y acercarlo a mí. Quiero más. Tengo tantas ganas que no puedo ni respirar. Siento que se me aviva la sangre bajo la piel; es una sensación tan jodidamente buena... Pero, joder, necesito más.

Necesito más.

Empiezo a mover los labios y a devolverle el beso, colándole la lengua en la boca poco a poco, gimiendo y saboreándolo hasta que

creo que no voy a tener nunca suficiente.

Él me come con la boca, moviéndose unos centímetros por encima de mí, besándome las comisuras de los labios y mordisqueándome el labio inferior. Y yo coloco la mano encima de la suya, que tiene apoyada en mi estómago, para guiarla hacia abajo y situarla en mi entrepierna.

Le flaquea un segundo el beso al sobresaltarse y yo aprovecho la ocasión para respirar. Vuelve a morderme el labio mientras me masajea el coño con mi mano pegada a la suya; deja de agarrarme la cara con la otra y la baja a mi pecho para apretármelo.

Gimo.

—Jake.

Se separa de mis labios y me recorre el cuello con la boca. Yo no puedo hacer otra cosa que no sea echar la cabeza hacia atrás y dejar que me baje la tira del top. El sutil sonido de que lo ha rasgado me llega a los oídos, pero me da igual. Jake me mordisquea, me muerde y me chupa el cuello, los hombros y los omóplatos mientras sigue acariciándome el pecho y haciendo que empape las bragas a más no poder mientras él me acaricia por encima.

—Hostia puta. —Me empotra contra el fregadero y me agarra la cintura con ambas manos mientras me recorre la espalda con los labios, y luego hace lo mismo con los muslos hasta volver a subirme los labios por el culo y pegarme un mordisco ahí.

Grito. Las tiras del top me caen por los brazos mientras yo me agarro al borde de la encimera.

Vuelve a erguirse, me gira para que quedemos cara a cara y me besa mientras yo alargo el brazo hacia atrás en busca de su erección y se la acaricio por encima de los vaqueros.

Me agarra la mano.

—No, Tier...

—No he tocado nunca a un hombre. —Exhalo—. Quiero tocarte.

Suspira, pero me suelta y me besa con más ímpetu y vehemencia, encendiéndome todas las terminaciones nerviosas del cuerpo con la lengua mientras me agarra, me acaricia y me pasa las manos por absolutamente todas las partes habidas y por haber.

Me da un empellón desde detrás. Estoy empapada como la que más, aquí, envuelta en sus brazos, lista para que me lo haga.

—Llévame a la cama —le suplico.

Vuelve a dar otro empellón y yo alargo el brazo y me agarro a su cuerpo.

—Llévame a la cama y dame ese beso de buenas noches.

—Sí —gruñe follándome por encima de la ropa contra la encimera.

Tengo los ojos cerrados y la cabeza me da mil vueltas. Ahora mismo, estoy demasiado embriagada para que me preocupe nada que no sea conseguir que este momento dure para siempre.

Me cubre la boca de nuevo y yo le cojo la mano para colársela debajo de mis bragas.

Pero entonces aparta la boca de la mía de un tirón y la mano también.

—Joder, para. —Se aleja respirando con pesadez y, de repente, el frío me azota la piel—. No. No. No podemos.

Siento un escalofrío y una necesidad tan fuerte que hasta me duele y provoca que cedan mis rodillas. Las lágrimas me resbalan mejilla abajo.

—Aquí no va a pasar nada —gruñe—. Soy tu tío. Soy tu maldito tío.

—Tú nunca has sido mi tío —le espeto, dándome la vuelta—. Eres un desconocido sin ningún tipo de relación conmigo con quien mis

padres me han mandado vivir.

Está sonrojado, al igual que yo, seguro, y el sudor le cubre su bronceada frente.

—Eres responsabilidad mía —me dice.

—Pero era genial —respondo, refiriéndome a lo que estábamos haciendo.

Me mira angustiado y sé que él también opina lo mismo.

—Era genial ahora —contesta—, pero mañana habría sido un marrón de cojones.

Sacudo la cabeza porque no me importa. Me da igual.

—Soy solitario y emocionalmente inmaduro, y tú eres la primera mujer en veinte años con la que he compartido suficiente tiempo para sentir cierta conexión. —Se yergue y se pasa una mano por el pelo—. Y no eres más que una huérfana desatendida que busca atención desesperadamente. Y punto.

—Que busco... —Me lo quedo mirando y se me desfigura el rostro.

No.

No busco atención desesperadamente. He tenido oportunidades, pero nunca he querido que pasase nada. Hasta ahora. Esto lo he elegido yo.

Pero Jake me mira con severidad.

—Te pasas las noches gritando —señala—. Cuando duermes. Nunca hablas de tus padres. Estás huyendo de esa vida tan rápido como puedes y yo no pienso ser tu vía de escape. Me odiaría por ello.

Me muerdo el labio. ¿Me oye por las noches?

—Esto es un numerito.

—No es verdad. —Niego con la cabeza y oigo que alguien da un portazo arriba.

Jake vuelve a acercárseme y dice en voz baja:

—Tiraste las chuches. Rechazas las invitaciones de Noah para ir al circuito cuando va a entrenar. Ante las provocaciones de Kaleb, tú no se las devuelves. Casi nunca comes con nosotros ni te sientas delante de la tele por la noche como hacemos nosotros tres.

Bajo la vista y aprieto los dientes, abrumada. ¿Por qué hace esto? Lo de hace un minuto me sentaba de maravilla.

—No ríes ni juegas ni quieres estar con nadie, y tampoco hay nada que te apasione —prosigue—. No tienes ningún *hobby*, ningún interés, no traes novios a casa... Nunca. ¿O me equivoco?

Aparto la mirada, pero él se aproxima y me agarra la cara con ambas manos. Me aparto con fuerza, pero él aprieta más las manos y yo no puedo contenerme. Las lágrimas empiezan a brotarme de los ojos.

—Nunca sonríes —continúa con un tono de voz bajo en un momento de silencio en el que casi no se oye la música ni el ruido de la casa—. Nunca estás contenta. No tienes sueños de cara al futuro. No tienes planes. No tienes espíritu luchador. Apenas vives la vida, Tiernan.

Me cuesta respirar y sollozo mientras él sigue sujetándome.

—Pero las cosas no siempre han sido así, ¿a que no? —me pregunta; sin embargo, prosigue sin esperar a que responda—: Es imposible. Seguro que hay algo que te ha apasionado antes. Algo que hayas querido. Algo que te haya hecho feliz.

Me besa en la frente.

—Eres preciosa —me dice—, y alejarme físicamente de ti ha sido lo más doloroso que he hecho en la vida, pero creo que es lo correcto.

—Pues no lo parece.

—Porque sentir algo, lo que sea, nos hace sentir bien —contesta —. Ahora mismo, tienes esta cabecita tuya llena de emociones, y tenías que explotar. Te has dejado llevar. Y yo podría haber sido cualquier otra persona.

Niego con la cabeza y me aparto de él.

—Era más que eso.

Él me mira, serio.

—¿Por qué tiraste las chuches, Tiernan?

¿Qué?

—Porque... —Intento encontrar las palabras—. Porque no las quería. Fuiste... Fuiste tú quien me obligó a comprarlas.

—Y una mierda. ¿Por qué las tiraste?

—¡Porque no las quería! —repito—. Son solo chuches. ¿Por qué tanta insistencia? No importan.

—Las tiraste porque algo te importaba —me espeta.

Empiezo a alejarme.

Pero Jake me agarra del brazo.

—¿No lo ves? Esto es justo lo que pasó. —Me da la vuelta, pero yo giro la cara y me niego a mirarlo—. En algún momento empezaste a privarte de cualquier cosa que te hiciera feliz. ¿Por despecho, quizá? ¿Por orgullo? ¿Chuches? ¿Juguetes? ¿Mascotas? ¿Cariño? ¿Amor? ¿Amigos?

Aprieto la mandíbula, pero Jake me sacude y yo respiro con pesadez.

—Y lo sé porque yo también actuaba así —confiesa—. No quieres sonreír, porque si lo haces, significará que todo lo que te hicieron ya no importa. Y tiene que importar, porque de lo contrario, quedarán libres de culpa, ¿verdad? Y eso no puedes permitirlo.

Niego con la cabeza, pero sigo sin mirarlo a los ojos.

—Tienen que saber lo que te hicieron —continúa Jake, haciendo como si me conociera—. Porque si ven cuánto te han hecho sufrir, también sufrirán ellos, ¿no? Porque tienen que saber que te han arruinado la vida. No puedes dejarlo pasar como si nunca hubiese ocurrido y ya está, porque estás enfadada. Necesitas que sepan lo que han hecho. Necesitas que alguien lo sepa.

No. No es...

Tengo *hobbies*. Hay cosas que me gustan. Hay...

—Y así vas a cargarte tu vida —sigue—. Vas a cargarte tu futuro porque has puesto el piloto automático e irás de cabeza a aquello que te ofrezca placer momentáneo...

Niego con la cabeza y las lágrimas siguen acumulándose más y más en los ojos.

No. Sí que tengo intereses. Sí que me permito disfrutar de las cosas. Sí que...

—Y entonces llegará un día en el que, tras tantas peleas, tras trabajar en algo que odias, haberte divorciado y tener unos hijos que te odian...

Sigo negando con la cabeza. Me da igual lo que me hicieran o me dejaran de hacer. No necesito esto.

Sin embargo, me vienen a la memoria las vacaciones que pasamos juntos en Fiyi cuando tenía once años y me acuerdo de que me llevaron con ellos única y exclusivamente porque la prensa se había fijado en que apenas estaba con mis padres.

Y, una mañana, me desperté sola en la *suite* y estuve esperándolos dos días enteros porque se fueron a disfrutar de una noche por las islas y se olvidaron de mí.

Pasé muchísimo miedo.

—Te mirarás en el espejo y verás a una adolescente de diecisiete años en el cuerpo de una mujer de cincuenta y te darás cuenta de

que has perdido tantísimo tiempo agonizando por el hecho de que esos cabrones no te quisieran, que se te ha olvidado que el mundo está lleno de gente que sí te querrá.

Me rompo. Cierro los ojos, me tiembla el cuerpo, empiezo a sollozar y lo suelto todo. El enfado, el dolor y el agotamiento que siento al no poder quitarme a mis padres de la cabeza en ningún momento porque me he pasado muchísimo tiempo viviendo por y para ellos, para que se fijaran en mí.

Jake lleva razón.

Levanto la vista con las mejillas empapadas de lágrimas.

—No me dejaron ni una nota —digo—. ¿Por qué lo hicieron?

Me levanta, me sienta en la encimera y me abraza otra vez. Me agarra el pelo con una mano y yo le hundo la cara en el cuello.

Lloro con tanta vehemencia que ni siquiera emito ruido alguno. Y no podría hacerlo ni queriendo.

—Porque eran unos cabrones, cielo —afirma con un severo tono de voz—. Eran unos cabrones de mierda.

—No sé quién soy... —sollozo.

—Chissst...

Me acaricia el pelo con los dedos para tranquilizarme y me sujeta con fuerza. Dejo caer los brazos a ambos lados, me abandono y suelto todo eso que llevo años soportando y sin querer sentir. Y duele.

—Chissst... —vuelve a susurrarme al oído—. No pasa nada.

Se queda aquí, abrazándome, y no sé cuánto tiempo me paso llorando. No obstante, cuando las lágrimas empiezan a ceder, la vergüenza hace que me sonroje.

Intento levantarme, pero él sigue agarrándome con fuerza para impedir que me escape.

Y así, sin más, lo suelto todo. Las preocupaciones, las dudas, la vergüenza... Soy un puñetero caso perdido, pero él no se mueve.

Le rodeo la cintura con los brazos, despacio, y me agarro las manos a la altura de su espalda mientras respiro el olor de su cuello.

Es cálido. Jake es muy cálido, y los chicos también; aquí, todo es cálido. A pesar de que no vayamos a terminar lo que hemos empezado, esto también es agradable. Creo que la última persona que me abrazó fue Mirai. Dejé que me abrazara en mi cumpleaños, pero creo que yo nunca le di un abrazo de verdad a ella.

Al cabo de un rato, me tranquilizo y el dolor amaina porque ahora sé la verdad. Mis padres no me querían.

Y no era culpa mía.

«Aunque una cosa sí hicieron bien», pienso mientras sigo abrazada a mí tío y él sigue abrazado a mí.

—Bueno, ¿quieres que te arrope? —pregunta Jake—. Eso sí puedo hacerlo.

No puedo evitarlo. Se me escapa una risa y noto que él también ríe porque le tiembla el pecho.

Levanto la cabeza, me seco los ojos y me fijo en que tiene la camiseta empapada a causa de mi llanto.

Se la seco.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Sorbo por la nariz, cojo el trapo de secar los platos y limpio tanto a Jake como a mí.

—Estaba intentando ser feliz, eh —le informo—. Encontrar a un chico y todo eso, pero tú no me has dejado.

—Temía que si te enrollabas con algún tío ahora, lo hicieras solo para llamar la atención. No quería que hicieras algo de lo que fueras a arrepentirte.

Lo miro a sus ojos azules. «Suponiendo que lo hubiese hecho solo para llamar la atención, ¿por qué lo estabas haciendo tú?».

Trago saliva. Aún noto el tacto de sus manos.

—Y puede que yo también tuviese miedo —confiesa, sonriéndome con un poco de fanfarronería—. Todo el mundo quiere estar contigo, pero ahora nos toca tenerte a nosotros.

Siento un aleteo en el estómago. Me gusta que me diga este tipo de cosas.

—¿Te parece bien? —pregunta.

Asiento. Me gusta tener una familia.

Jake me baja de la encimera y me da un azote en el culo.

—Y, ahora, a la cama.

Sonrío y vuelvo a notar el roce de sus manos mientras intenta volver a colocarme la tira del top en el hombro. Pero se me vuelve a caer justo por encima del pecho.

—Y seguramente no deberías ir por ahí con esta indumentaria —me dice en un tono de voz muy bajo otra vez.

Levanto la vista y lo miro a los ojos.

Él ladea la cabeza.

—Sobre todo este invierno —añade.

Capítulo doce

Tiernan

Apoyo la cabeza en la espalda de Jake y levanto la vista. Unas pequeñas nubes blancas manchan el cielo azul y el frescor del aire me llena los pulmones, acompañado del olor a agua y a madera. Creo que nunca me he sentido tan relajada.

Después de que me enviara a la cama anoche, apenas pude dormir, pero tampoco siento que me falten horas de sueño. Ahora, todo parece más llevadero.

—Deja de coger las riendas —suelta Jake.

Sonrío y lo abrazo con fuerza mientras me agarro a las tiras de cuero.

—Pero me gusta controlar al caballo.

—Pues no se hace así —grita por encima del hombro—. Pensaba que sabías montar.

—Yo también lo pensaba, pero es que no me dejas montar sola —bromeo y le apoyo la barbilla en el hombro.

Los rifles que llevamos se balancean a mi espalda mientras cruzamos el establo montados en el caballo y nos dirigimos a la entrada de la casa. Al terminar las tareas programadas para esta mañana, Noah ha vuelto a llevar a todas las chicas al pueblo y Jake me ha acompañado al bosque para que practicase mi puntería de tiro al blanco. No he visto (ni oído) a Kaleb desde anoche.

Sin embargo, cuando pasamos por delante de un montón de gravilla que ha tirado Jake para volver a cubrir la entrada esta

mañana, desvío la vista y descubro a Kaleb subido a una escalera y arreglando el panel de cristal que hay en el techo del invernadero.

Él no me mira.

—¿Tienes hambre? —pregunta Jake.

Frena, baja del caballo, me tiende una mano para ayudarme a bajar. La acepto.

—Sí.

Llevo con hambre desde que hemos desayunado, y eso que en ese momento también he comido un poco. Mucho, en realidad. Podría comerme como tres...

—¡Hamburguesas! —oigo que grita Noah de repente.

Giro la cabeza de inmediato y lo veo salir del establo con los puños al aire.

Sonrío y me fijo en Jake.

Este sacude la cabeza, se saca las llaves del bolsillo y me las pasa.

—Ve —me dice.

Echo a andar hacia la camioneta, pero entonces me detengo, doy media vuelta y le planto un beso a Jake en la mejilla.

Él se queda helado y me mira.

Me quito la camisa de franela de Noah y me la ato a la cintura mientras me alejo, sonriendo.

—Dijiste que debería hacer cosas que me hicieran feliz, que buscara mi dicha.

—Estoy bastante seguro de que yo jamás diría algo así.

A pesar de sus palabras, una sutil sonrisa se le dibuja en los labios mientras se gira y coge un rastrillo para ponerse a esparcir la gravilla.

Abro la puerta de la camioneta y subo. Sin embargo, Noah se planta allí de golpe y me obliga a desplazarme hacia el asiento del

copiloto. Obedezco y él me quita las llaves de la mano.

De todos modos, cuando me muevo hacia mi nuevo puesto, se abre la otra puerta y aparece Kaleb. Nos miramos a los ojos y él me ordena que le deje espacio con un simple movimiento de barbilla. Se me crispan los nervios. Y me sitúo en medio.

Los chicos se sientan a ambos lados y Noah arranca la camioneta mientras Kaleb descansa el brazo en el respaldo trasero de mi asiento.

Giro la cara para mirar a Jake por encima del hombro a través del retrovisor e intento recuperar la sensación de tranquilidad que sentía hace un minuto.

—¡No tardéis mucho! —grita y se quita la camiseta antes de guardársela en el bolsillo del pantalón mientras vuelve a coger el rastrillo y sigue esparciendo la grava—. ¡Necesito que me ayudéis con todo esto!

Noah resopla mientras arranca y acelera sin decir ni una palabra. Ahora que su padre ha comentado que regresemos pronto, seguramente piense tardar tanto como le sea posible.

Cruzamos el bosque en dirección al pueblo por las estrechas carreteras de por aquí. La luz del sol se cuela a través de los árboles y Noah mueve su brazo entre mis rodillas para cambiar la marcha de esta vieja camioneta.

Yo sigo pensando en las palabras que me dijo Jake anoche.

«Sobre todo este invierno».

Estos tres están aprovechando el tiempo ahora porque saben que tendrán que pasarse meses sin hacer nada, pero...

Si Jake no se hubiese apartado anoche, no habríamos parado.

A ver, supongo que tiene razón. Los dos nos sentíamos solos y estallamos. A mí me hace más falta tener una familia que mantener

relaciones sexuales, y haber seguido con lo que empezamos ayer por la noche lo habría complicado todo. Hizo bien en echar el freno.

¿Verdad? Aún noto el sabor de su susurro en mis labios. «Eres preciosa, y alejarme físicamente de ti ha sido lo más doloroso que he hecho en la vida».

Noto cierto aleteo en el estómago y me froto las palmas de las manos en el regazo.

Qué sé yo. Al despertarme esta mañana me he sentido genial porque sabía que no había hecho nada de lo que luego pudiese arrepentirme, pero... sigo pensando que en el caso de que se vuelva a dar algo así, no voy a ser yo quien le pare los pies.

—Tú y mi padre, ¿todo bien? —pregunta alguien.

Pestañeo y me doy cuenta de que lo ha dicho el chico que me queda a la izquierda.

Miro a Noah y pregunto:

—¿Qué?

¿Por qué no íbamos a estar bien su padre y yo? ¿Sabrá algo?

Me mira intentando mantener la vista puesta en la carretera.

—Por eso de... lo de la camioneta, anoche.

Tardo un segundo en caer, pero entonces me acuerdo. La discusión. Cuando me amenazó con azotarme.

—Es un tocapelotas —se queja Noah—. En serio. No dejes que te coma la cabeza. A mí sigue sorprendiéndome cada día que consiguiera que se le empalmase lo suficiente como para engendrarnos.

Ríe y sube una marcha más mientras la camioneta sigue bajando por la carretera mientras el aire se cuela dentro de la cabina.

Sonrío y agacho la cabeza en un intento por esconder mi reacción. «Anoche no le costó en absoluto».

Me muerdo el labio inferior para evitar que se me ensanche aún más la sonrisa.

Alargo el brazo y pongo música. Cuando pillamos la cadena de radio local, suena *Gives You Hell*. Noah sube el volumen, Kaleb baja la ventanilla y yo empiezo a relajarme mientras escuchamos la canción.

Las verdes hojas de los árboles caducos se mezclan con las coníferas y aportan unos matices amarillentos que pronto adoptarán un tono naranja y rojizo antes de que el fiero viento del invierno las arranque de las ramas y las haga volar libremente. La nieve ya ha llegado a los picos más altos del estado; aquí, en cambio, el aire solo huele a heno, a humo y a comida hecha en hogueras que, en parte, me recuerda a las manzanas que caían de los árboles en Brynmor y se quedaban en el suelo hasta que se pudrían. Me siento como cuando los nervios se apoderan de ti porque estás a la espera de que suceda algo.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras Noah canta y la brisa me acaricia la piel desnuda de los brazos.

Pero, entonces, frena de golpe la camioneta, salgo disparada hacia delante y algo se me empotra en el pecho. Hago una mueca de dolor e inmediatamente abro los ojos mientras diviso un coche saliendo justo delante de nosotros.

—¡Anda ya! —grita Noah ralentizando la camioneta justo en medio de la carretera.

El coche da marcha atrás para salir, arranca y avanza por la carretera como si no hubiésemos estado a punto de llevárnoslo por delante.

Inspiro profundamente y enseguida vuelvo a notar ese dolor en el pecho.

Bajo la vista y veo que Kaleb tiene el brazo estirado exactamente enfrente de mí, lo cual ha evitado que acabase con la cabeza encastrada en el parabrisas, porque en el asiento del medio no hay cinturón de seguridad.

Lo miro y él arruga la vista con los ojos puestos en el otro coche antes de volver a fijarse en su móvil.

Hummm.

Noah arranca de nuevo, pero yo voy desviando la mirada hacia Kaleb de vez en cuando. O sea, que sabe que existo.

Conducimos por el pueblo. Nos dirigimos a Ferg's Freeze, que nos queda a la izquierda, y entramos en la zona de autoservicio.

Una mujer habla a través del altavoz y yo ojeo rápidamente la carta.

—Una hamburguesa —le digo a Noah mientras baja la ventanilla.

—Vale. Siete hamburguesas —pide.

¿Siete?

Noah se gira y me pregunta:

—¿La quieres con beicon?

Asiento.

—Todas con beicon —le dice a la cajera—. Tres... no, cuatro patatas fritas de las grandes.

—Para mí no hace falta —respondo.

—Ya me comeré yo las tuyas —me contesta—. Y cuatro batidos: dos de vainilla, uno de fresa y...

Gira la cara para mirarme por encima del hombro.

—Fresa, también —le digo.

—Que sean dos de fresa —se corrige marcando bien el número—. Y una Coca-Cola, también —añade.

La chica le canta el total y yo me recuesto en el asiento mientras aparcamos detrás de otro coche y esperamos a que nos entreguen

el pedido.

Miro a Kaleb, que está con los ojos puestos en el móvil, y bajo la vista hacia el aparato para ver qué lo tiene tan ensimismado.

Sonrío.

—Yo he estado ahí —le digo, señalando las imágenes que aparecen en la pantalla—. Es un hotel en Oregón y todo él es una cabaña. Me encantan las luces que ponen en los árboles... Son bonitas. Le dan un toque mágico.

Desvía los ojos hacia mí y me observa en silencio.

Seguramente esté molesto porque me haya metido en sus cosas. Llevo preparándole el desayuno (que él engulle siempre) toda la semana, pero, por alguna razón, sigue sin fijarse en mi presencia, a no ser que quiera... comer.

—¿Has salido de Colorado alguna vez? —le pregunto.

Aunque no responde, para no variar.

Arrancamos y oigo una voz alegre.

—Hola, Kaleb —lo saluda alguien.

Una chica preciosa, con un corte de pelo con mechas que le llega a la altura de los hombros y con flequillo, nos mira a través de la ventana. Viste un uniforme de rayas azules y blancas y una placa con su nombre (Marnie) pegada a la camisa.

Kaleb no le hace caso y Noah le paga. La chica vuelve a abrir la ventanilla para darle el cambio.

—Ya sabes que la oferta sigue en pie —añade con la vista puesta en Kaleb mientras le entrega la bolsa de comida a Noah—. ¿Seguro que no quieres llevarme al pico contigo y tenerme allí con todo lo que necesites para pasar el invierno? Te ayudaría a que no tuvieras frío.

No sé si solo le está vacilando o si intenta provocarlo.

Aun así, Noah ríe, coge los batidos, me los da y yo me los coloco en el regazo.

—Claro, eso si no te deja encerrada en la despensa las veintitrés horas del día en las que no te utilice.

—¡Noah! —suelto ojiplática.

Sin embargo, la chica se me adelanta. Le pega un manotazo a la Coca-Cola que hay apoyada en la ventanilla y derrama todo el contenido encima de Noah justo antes de volverla a cerrar de golpe y desaparecer.

Yo también acabo salpicada y el asiento termina empapado. Al notar el frío de la bebida, ahogo un grito y Noah gruñe.

—¡Oye! —se queja agitando la mano para deshacerse del refresco que le ha caído encima—. ¿Qué cojones...?

Río. Apenas me doy cuenta de que Kaleb me levanta y me echa a un lado para alejarme del desastre este.

—Te lo merecías —le digo a Noah sin dejar de reír.

Él gruñe y coge servilletas de la bolsa para secarse.

—Era solo una broma.

—Oye, pues a mí la chica me ha caído bien —le vacilo.

Alguien hace sonar su claxon detrás de nosotros y Noah arruga la frente mientras arranca. Seguramente esté cabreado porque ahora se ha quedado sin Coca-Cola.

Kaleb me seca el brazo con una servilleta y yo dejo de reír al percatarme de que estoy sentada en su regazo. Bajo la vista hasta el asiento de color rojo y me fijo en la oscura mancha de Coca-Cola que hay justo donde estaba yo antes.

Kaleb tira la servilleta mojada al suelo y coge otra. Me ejerce presión con esta en el muslo y la empapa del líquido que me mancha los pantalones. Se me corta la respiración y coloco una mano encima de la suya para que deje de secarme.

—Estoy...

Levanta la vista. La última vez que lo tuve tan cerca fue cuando ocurrió aquello en el capó del coche.

—Estoy... Estoy bien —le aseguro, secándome los vaqueros.

Él aparta la mano y me deja que siga limpiándome a mis anchas mientras me envuelve la cintura, como si fuera un cinturón, y vuelve a ponerse a juguetear con el móvil con ambas manos, inmovilizándome a mí entre los dos brazos.

—Puedo volver a sentarme.

Intento bajar de su regazo, pero Kaleb me lo impide sin apartar la vista del móvil y dándole unos golpecitos al asiento del medio para recordarme que está mojado.

Sigue deslizando los dedos por la pantalla del teléfono, pero continúa manteniendo los brazos firmes y se me acelera el pulso.

Noto su presencia durante todo el trayecto hasta llegar a casa. Como si Noah no estuviese en el coche. Como si no hubiese música. Y a pesar de que sopla el aire, dentro de la camioneta hace calor.

Hay un momento en el que lo miro. Él alza la vista y me aguanta la mirada otra vez.

Y ahí me doy cuenta de que me equivocaba. Sí que se fija en mi presencia.



—¡No! —grito moviendo las piernas antes de que pueda agarrarme bien.

Pero no soy suficientemente rápida. Jake me agarra los tobillos mientras yo me aferro al roto de la colchoneta para intentar pegarle

una patada y zafarme de él.

Tira de mí y grito en pleno garaje antes de que se me escape la risa porque no me puedo contener.

Ya hace casi dos días de lo ocurrido en la cocina. Hemos trabajado juntos, hemos cocinado, hemos envasado fruta, hemos llenado la despensa de reservas para el invierno y hasta hemos embotellado algo de agua, porque, según me han contado, suelen congelarse las tuberías.

Me han obligado a ver la primera temporada entera de la serie de kárate que siguen ellos y yo he preparado unos polos que vi en Pinterest como premio para los caballos y las gallinas; Noah se rio de mí, pero a los animales les encantó. Estuvieron una buena hora picoteando aquel maíz congelado. Era graciosísimo de ver.

—Venga —me riñe Jake agarrándome de la mano—. A estas alturas, ya deberías haberle pillado el tranquillo.

—¡Pero si hace solo dos días! Dame tiempo.

Desisto de pegarle una patada y le apunto a la cara con ambos puños. Jake se echa atrás, pero le agarro la nariz.

Me suelta, me apresuro a levantarme y me encaro a él, lista para seguir.

Él se agarra la nariz con los ojos acuosos.

—Ay —se queja.

Ayer decidió que tendría que enseñarme unas cuantas cosas más que a los chicos porque hace unos cuantos días acabé sola en el lago con Terrance y Jake quería enseñarme algo de defensa personal. Kaleb está cazando, y Noah, viendo la tele.

Sorbe por la nariz, se sacude un momento y vuelve a levantar las manos.

—¿Por qué no me das un arma y acabamos antes? —le pregunto —. ¿No es lo que utilizan los hombres de montaña como respuesta

para todo?

—Claro. El día que dejes de comer tostadas con aguacate.

Río y lo empujo a la altura del pecho.

—Yo no como eso.

Noto cómo le tiembla el cuerpo al reír cuando me da la vuelta y me sujeta en una posición de bloqueo.

—¿Qué vas a hacer? —me provoca y me sujeta con más fuerza cuando me retuerzo—. ¿Venga? ¿Cuál es el plan?

Apenas duda antes de soltarme y acercarme los dedos al estómago para hacerme cosquillas. Me retuerzo e intento no reírme mientras tanto él como yo caemos en la colchoneta y acabo con la espalda empotrada en su pecho.

—No, no, no... —Me abrazo a mí misma para protegerme de su ataque; me retuerzo sin cesar y río—. ¡Para!

Al final, para, me coloca ambas manos en la cintura y yo bajo la vista hasta su pecho. E intentamos recobrar el aliento los dos.

—Estoy bastante segura de que vas a tener que acompañarme a todas partes, porque esto no sirve de nada —le digo.

A Jake le tiembla el pecho al reír en silencio. Y por un momento, todo permanece en calma mientras yo permanezco allí tumbada.

Cierta calidez empieza a envolverme el cuerpo. Al notarlo debajo de mí, con todos sus músculos, se me desdibuja la sonrisa. Al notar lo duro que tiene el... cuerpo.

Giro la cabeza, lo miro y me doy cuenta de la vergüenza que esconde su mirada, porque sabe lo que estoy notando.

Se ha empalmado.

Se me eriza la piel bajo sus dedos y Jake me acaricia las caderas con el tacto más sutil del mundo. Y casi se me cierran los párpados.

Frunce el ceño.

—¿Qué ocurre? —pregunta en voz baja.

Y noto que me cuela los dedos bajo la tira de las braguitas.

Sigue el recorrido de la tela a la altura de la cadera, justo en el punto que sobresale de los vaqueros, y continúa hacia atrás, donde casi no hay nada.

Sabe qué tipo de ropa interior llevo y la respiración se le vuelve pesada.

—Hoy he ido al pueblo a comprar un poco —le cuento.

Me gusta llevarlas. Y me gusta cómo me quedan. Las chicas de mi escuela hace años que empezaron a ponerse ropa interior sexi.

Sin embargo, Jake me mira como si tuviese miedo de mí. Y yo me froto la nariz al ver cómo se le mueve la nuez.

No quería ponerlo nervioso. No tiene nada que ver con el sexo en sí. Es solo que me gusta sentirme diferente y comprarme algo que Tiernan de Haas nunca compraría.

«Es lo que sucede cuando tienes que criar a una adolescente, Jake». En algún momento, las verá en la lavadora.

—¿Tiernan? —grita Noah—. ¡Te llaman!

Inhalo y salto de encima de Jake. Cuando me pongo de pie, lo oigo carraspear.

Corro hacia la casa, cojo el móvil que tengo en la isla y veo que en la pantalla aparece el nombre de Mirai.

Lo cojo.

—Hey.

—Tiernan. —Exhala, aliviada de haberme encontrado. ¿Cuánto tiempo me habrá sonado el móvil?—. Cuánto me alegro de oír tu voz —me dice—. Hace mucho que no sé de ti. Estaba preocupada y quería saber cómo estabas.

Jake entra en la cocina, cierra la puerta y me mira a los ojos al acercarse a la nevera.

Mi pulso continúa acelerado.

—Estoy bien —le cuento.

—¿Te gusta estar ahí? ¿Va todo... bien?

—Sí. —Me quedo cerca de la isla mientras Jake abre una cerveza —. Me tienen entretenida. Hace mucho sol y me da mucho el aire.

—Qué bien —contesta con un tono de voz amable. Dulce. ¿Siempre ha tenido la misma voz?— Si son majos contigo...

—Sí —respondo a sabiendas de que Jake está poniendo la oreja —. Son majos conmigo.

Lo miro a los ojos, sonriendo, y él pone los suyos en blanco y sonríe satisfecho.

—Oye, no quiero molestarte, pero el funeral de tus padres es pasado mañana —anuncia Mirai.

Pestañeo y aparto la vista de mi tío. El funeral. Una sensación de culpabilidad se adueña de mí. Me había olvidado del tema hace días.

En realidad, ni siquiera había pensado en el funeral de mis propios padres.

—Siento que sea todo tan apurado —continúa Mirai—. Hemos tenido que adaptarnos a los horarios de ciertos asistentes.

Lo acepto.

—Claro.

Noto la mirada de Jake puesta en mí.

—No tienes por qué venir —me informa—. Todos lo entenderán.

Me da un vuelco el estómago con solo pensar en coger un avión. En marcharme de aquí. Volver allí...

Es lo último que quiero hacer.

Pero no dudo.

—Tú búscame un vuelo, ¿vale? Esta misma noche va bien.

—¿Estás segura?

Jake deja el botellín en la encimera, apoya ambas manos en la superficie y se me queda mirando.

—Sí —confirmo—. Hablamos pronto.

—Vale —contesta—. Dame una hora.

Cuelgo. Noah debe de haber oído la conversación, porque, cuando dejo el móvil, viene enseguida.

—¿Te vas? —me pregunta.

Sin embargo, yo miro a mi tío.

—Pasado mañana entierran a mis padres —le explico—. Mirai intentará encontrarme un vuelo para esta noche. Me sabe muy mal pedirte esto, pero ¿podrías llevarme al aeropuerto?

—¿Seguro que quieres ir? —me pregunta con los ojos entornados —. No tienes por qué hacer nada. Puedes quedarte. O puedo acompañarte yo.

—No puedes —respondo—. Vais atrasados con la personalización de las McDougall. Irá todo bien. No pasa nada.

Él guarda silencio, pensativo.

Al cabo de un minuto, se acerca a la pared y coge las llaves.

Me las pasa por encima de la encimera y me dice:

—Llévate una de las camionetas. Aparca en el aeropuerto; así ya la tendrás allí para cuando vuelvas.

Me quedo mirando las llaves.

Cuando esté allí, tendré que ocuparme de varias cosas. De la casa, de las cuentas, de Mirai, de la gente que me dé el pésame, de las obligaciones que tenían mis padres con organizaciones benéficas y eventos para recaudar fondos, y...

—No vas a volver —dice finalmente Jake cuando ve que no cojo las llaves.

Abro la boca, pero no me sale nada. Siento un nudo inmenso en la garganta y me duele muchísimo. No quiero irme, pero no...

—No sé lo que pasará. No a ciencia cierta. —Al final, lo miro a los ojos—. Tendré que ocuparme de muchas cosas allí. No sé cuánto

tiempo me quedaré.

No aparta su mirada de la mía y, por primera vez desde el día en que llegué, Noah no tiene nada que decir.

Jake suspira y coge las llaves. Le pasa la cerveza a Noah y echa a andar sin volver a mirarme siquiera.

—Avísame cuando estés lista y nos vamos.

Capítulo trece

Tiernan

No llueve.

Pensaba que era lo típico de los entierros.

Como en las pelis. Siempre llueve.

Las sombras de los árboles se escurren a través de las ventanas de la limusina negra mientras atravesamos Glendale para llegar al cementerio. Me apoyo contra la puerta. Mirai está sentada junto a mí y nuestro coche sigue la procesión que tenemos delante y que está llevando a mis padres a la capilla.

«Claro que hace buen día. Mi madre brillaba allí donde fuera, como el sol».

Lo pienso, pero enseguida pongo los ojos en blanco tras mis enormes gafas negras y suspiro en silencio. Sí: debería decir justamente eso en mi panegírico. Seguro que todo el mundo se reiría de la cursilada.

¡Cielo santo!

Me quedo mirando por la ventana y me froto las manos, que llevo cubiertas con los guantes. Aun así, sigo sin inspirarme. Llevo treinta y seis horas en California y no se me ocurre nada que decir que no suene a mentira.

A ver, que rebosaban talento y belleza es verdad. Pero ¿por qué no soy capaz de dar con una sola palabra conmovedora para ofrecerles cuando esté subida a esa tarima para cumplir con mi último deber como hija suya que fui?

Debería poder hacerlo.

Pero no puedo. Todas las mentiras dulces y empalagosas que se me ocurren me hacen sentir como un fraude, y soy incapaz de soltar esas palabras porque ya he perdido el valor de vivir de forma poco genuina.

—Estás morena —dice Mirai.

Desvío la vista hacia ella. Tiene las gafas de sol entre los dedos y lleva el pelo recogido en una diminuta coleta baja.

Me encanta su *look*. Viste una falda de tubo negra y una americana del mismo color, y lo ha combinado con un cinturón también negro y unos taconazos. Sin embargo, a juzgar por el vestido que me tenía preparado, nuestra estilista debe pensar que aún tengo doce años. Me he puesto un abrigo negro largo para taparlo y, como llevo guantes, Mirai solo puede hablar de mi cara, porque es la única zona donde queda la piel al descubierto.

Lo confirmo con la cabeza.

—¿Te encontrabas bien allí?

—Sí —musito.

Me encontraba bien *conellos*.

Noto la pesadez del asiento vacío que tengo al lado. Ojalá Jake estuviese aquí. Aunque él mismo lo propuso, ¿no? Pero tuve que ir yo, abrir esta bocaza que tengo y rechazar su oferta.

Tampoco es que haya comido demasiado desde que llegué. Aquí, la comida sabe distinto.

—Hablé con él por teléfono mientras tú estabas allí —me cuenta Mirai—. Con tu tío, digo. Me preocupaba que fuese a ser un capullo. —Ríe un poco—. Es todo genio y figura.

Río para mis adentros y vuelvo a mirar por la ventana.

—Pues sí, la verdad —susurro.

Pero el orgullo me puede. Me gusta que Jake sea así.

—Los invité —me dice—. Le comenté que podíamos comprarles billetes a ellos también.

—Nunca abandonarán Colorado.

Noah, puede. Jake, a regañadientes. Y Kaleb... A él no me lo imagino en ninguna otra parte.

Al pensar en la hora que es allí y en lo que deben de estar haciendo esos tres ahora mismo, empiezo a respirar de forma irregular. Noah debe de estar fuera, probando las motos y perdiendo más tiempo del que le permite su padre, y Jake le pegará la bronca cuando vuelva a casa y luego le dirá que entre y que me ayude a preparar la comida...

Pero no. Bajo la vista.

Yo no estoy en esa cocina. Noah se hará la comida solo.

O bajará al pueblo a por hamburguesas con queso.

Me pregunto si ya habrá limpiado la mancha del asiento. Conociendo a Noah, la habrá dejado tal cual. Para ciertas cosas, es perezoso como el que más.

—Primero hablará el cura —me informa Mirai—, luego yo, George Palmer, Cassidy Lee y, por último, Delmont Williams.

Me recuesto en el asiento, miro por el parabrisas delantero y me fijo en el coche fúnebre que traslada a mis padres. Primero, al entierro. Y luego, al crematorio.

Siento un nudo en la garganta.

—Entonces, el cura preguntará si alguien quiere decir algunas palabras —prosigue en voz baja y un tono dulce—. Si te apetece decir algo entonces, adelante, ¿vale?

Me lo cuenta con una voz que parece que esté explicándoselo a una niña pequeña. Como si tuviese miedo de que, en caso de hablar demasiado alto, me despierte gritando.

—No hace falta que hables así —le informo—. En voz tan baja. No estoy dormida.

Se me queda mirando y, con los ojos centelleantes, inhala profundamente. A continuación, aparta la mirada para que no la vea.

—¿Te acuerdas de las pesadillas? —me pregunta con la vista puesta más allá de la ventana—. Cuando eras pequeña, hablábamos del tema.

En Colorado volví a tenerlas. Pero Mirai no lo sabe, ni tampoco lo sabrá.

—Cada noche, igual —me cuenta—. Te despertábamos, te calmábamos para que dejases de gritar y luego conseguíamos que te durmieras otra vez.

Casi ni me acuerdo. Era demasiado pequeña.

Mirai traga saliva.

—Hubo una noche que esperé a que te quedases dormida y me acurruqué a tu lado —me explica y vuelve a mirarme—. Nada. Ni una pesadilla —sigue—. Y, a la noche siguiente, más de lo mismo. Cuando dormía contigo, no tenías pesadillas.

Me tiembla la barbilla y aprieto la mandíbula para frenar el temblor.

Le resbala una lágrima mejilla abajo y, en un susurro, añade:

—Solo necesitabas lo que necesitamos todos: un hogar.

Aprieto los puños en un intento por mantener la respiración a raya.

—Y eso no es un lugar, Tiernan. Es una sensación. —Le tiembla la voz—. Incluso cuando ya dejaste de tener pesadillas, seguiste sin poder dormir más de cuatro o cinco horas en esa casa. Con ellos. Por eso no me molesté cuando te enviaron a estudiar fuera al cumplir los once años. —Sorbe por la nariz; aparta la mirada y se le escapa un sollozo—. Así, por fin, tal vez conseguirías dormir.

El chófer frena el coche y nos abre la puerta. Al salir, Mirai se apresura a ponerse las gafas de sol y a secarse las lágrimas.

Yo tardo un segundo en que me reaccionen las extremidades.

«Es una sensación».

«Es una sensación. No es un lugar».

Cierro los ojos un segundo y me imagino el sol del pico acariciándome la cara. Y a mí abrazando a mi tío por la espalda mientras montamos a caballo.

Bajo del coche sin prácticamente prestarle atención alguna a las cámaras y a los comentarios de los periodistas mientras sigo a Mirai y subo los escalones de la iglesia. La gente me habla, me agarra de la mano y me da unos ligeros apretones, pero yo no puedo pensar.

No me siento bien.

¿Por qué he regresado? Pensaba que necesitaba hacerlo. Estar aquí. Porque es lo correcto, ¿no?

Trago saliva para deshacerme de las náuseas que me suben por la garganta.

Estamos rodeadísimas de personas que buscan ávidamente algo. No obstante, a pesar de que fui incapaz de volver a entrar en las redes cuando regresé a la ciudad, resulta evidente que el suicidio de mis padres sigue estando a la orden del día.

Joder, seguro que hay algún director proponiéndole a alguna productora llevar la historia a la gran pantalla para que se pueda llorar la muerte de mis padres en alguna película en la que los pinten tan perfectos y enamorados como el día en que se conocieron. Y yo, su queridísima hija (producto de su tragedia shakespeariana), seré el único personaje significativo que quede al final..., mientras aparezco de pie frente a su lápida, sonriendo porque por fin pueden estar juntos y en paz para toda la eternidad.

Tomo asiento al lado de Mirai, en el primer banco. Lo único positivo de todo esto es que nadie espera demasiado de una hija que está pasando el duelo; de modo que, por una vez, puedo sentarme en silencio sin parecer rarita.

Vuelvo a cerrar los ojos tras mis gafas de sol. Hace dos días, estaba ocupándome de los caballos a base de lecheras repletas de zanahorias y manzanas para que se entretuviesen hasta conseguir sacar la comida. ¿Estarán ya las lecheras vacías? A Kaleb le da igual y Noah seguramente no se haya dado ni cuenta.

No sé en qué momento ha empezado el entierro. Sin embargo, cuando Mirai me da un codazo y me susurra «las gafas» al oído para recordarme que tengo que quitármelas, abro los ojos y veo los ataúdes delante de mí.

Me quito las gafas, doblo las patillas con cuidado y las guardo en el bolsillo.

Durante la próxima hora, los oradores van subiendo uno detrás de otro para contar historias que yo no he oído en mi vida y describir a unas personas que yo no conocía. Permanezco sentada, escuchando a Mirai decir que fue un placer formar parte de sus vidas y apoyarlos en su trabajo; a Cassidy (con «y», que no con doble «e») y al señor Palmer contando historias de su juventud y de sus inicios en el mundo laboral, centrándose sobre todo en sus obras caritativas porque seguramente la publicista les haya insistido para que sacaran el tema a colación y así recordar a la gente que lo más importante no es cómo se fueron de este mundo.

Cuando Delmont, el mejor amigo de mi padre, sube ahí arriba y se pone a hablar de los días en los que jugaban al fútbol americano en la universidad y de los veranos que se fueron a Turquía, Chile o donde fuera en plan mochileros, Mirai me coloca la mano encima de la mía para recordarme que ya casi ha llegado el momento.

Me da un vuelco el estómago. Supongo que podría hablar de su trabajo. Decir que fueron una inspiración para mí; podría mentir y referirme a las tarjetas y a los regalos con los que me sorprendían cuando iba a la escuela, a pesar de que todo esto fuera idea de Mirai (cosa que yo siempre supe), que dejaba que se llevasen ellos todo el mérito.

Podría hablar de lo que he aprendido de mi tío y de mis primos. Y afirmar que me lo enseñaron mis padres.

Ya no quiero seguir callada. Quiero demostrarles que no me anularon. Que no pienso dejar que me impidan alzar la voz o ser valiente.

Sin embargo, cuando intento apoyar bien los pies para levantarme, no puedo.

No quiero mentir.

—Las cosas cambian, la vida sigue y el mundo continúa girando —dice Delmont—. Pero ¿la muerte? Nadie se salva de eso.

Lo miro y escucho atentamente sus palabras.

—Nos llega a todos. —Mira a los asistentes mientras empieza la parte final de su discurso—: Lo único que queda realmente de nosotros una vez que nos hemos marchado es el trabajo que dejamos como legado y la gente que nos quiere.

«La gente que nos quiere...».

—Amelia y Hannes no dejaron nada pendiente —concluye—. Siempre supieron cuál era la respuesta a la pregunta más importante que tenemos que hacernos en esta vida: ¿dónde quiero estar hoy?

Me quedo mirando los ataúdes de mis padres, que están cerrados para que todos podamos recordarlos como eran.

Y las lágrimas me empiezan a resbalar mejilla abajo. Ahora, al cabo de días.

Los odio.

Los odio y he perdido demasiado tiempo odiándolos.

No quiero estar aquí.

«Os quisisteis mutuamente». Me seco las lágrimas y los miro mientras. Las palabras que he sido incapaz de encontrar hasta ahora, por fin vienen a mí. «Ya tuvisteis más suerte que la mayoría».

Al menos, se tuvieron el uno al otro.

«En el plano amoroso, lograsteis muchísimas cosas». Bajo la vista hasta mi regazo y me agarro con fuerza al abrigo. «Y os planteasteis cómo sería vivir sin amor, porque al final decidisteis que no queríais vivir sin el otro. Pero ¿llegasteis a pensar cómo habrá sido para mí vivir todos estos años sin vosotros?».

Las lágrimas me resbalan silenciosas y todo se vuelve borroso. Cierro los ojos y todos los años de enfado que he ido guardando van saliendo a la luz mientras aprieto los dientes con fuerza.

«Odio vuestra casa», les digo mentalmente. «Odio la peste del perfume que utilizabais y la de las velas y la de la laca del pelo. Odio el tacto de vuestra ropa y las paredes blancas con las alfombras blancas y los muebles también blancos». Intento calmar la respiración. «La biblioteca llena de libros que nunca ha abierto nadie y donde todo era frío a más no poder».

«Os odiaba».

No puedo respirar. El aire es demasiado pesado. Tengo frío.

«Odio no haberos dicho nunca nada de esto. Odio no haber opuesto nunca resistencia, no haber dicho nada ni haberos llevado la contraria. Odio no haberme marchado nunca a otro lugar en busca de lo que necesitaba. Odio haberos dejado ganar».

«Odio no haberos dicho nunca que me estabais destrozando».

Así me gustaría haber estado cuando murieron. Ahí, firme.

Y es lo único que deseo.

«Pero era demasiado cobarde para hablar con vosotros», digo en mi interior. Ya he dejado de llorar, y tomo una profunda bocanada de aire. «A los cobardes les toca vivir arrepentidos porque se dan cuenta demasiado tarde de que la vida está llena de gente que tiene miedo».

«Y de que no tenían por qué hacer este viaje solos».

Capítulo catorce

Noah

Oigo la motosierra fuera. Me siento y dejo caer las piernas por el borde de la cama. Me paso una mano por el pelo. Si hoy no me apetece salir de esta puta habitación, ¿me montará un cristo?

Ayer Kaleb nos volvió a dejar tirados para irse a cazar y, en las últimas cuarenta y ocho horas, papá me ha dirigido un total de tres palabras. Todo divertidísimo. Justo igual que antes.

Sacudo la cabeza, me levanto, me pongo unos vaqueros y salgo del cuarto. Me piro de esta casa. De este pueblo. En mitad de la noche, como un cobarde, porque no soporto las confrontaciones, pero me piro. A lo mejor así, cuando ya no pueda mangonearme, se dará cuenta de lo genial que era. Porque a Kaleb seguro que no le plantará cara.

Y tal vez Kaleb por fin pronunciará una palabra cuando no me tenga a mí aquí para que hable siempre por él.

No puedo pasarme otro invierno más con ellos. Me volveré majareta.

Bajo las escaleras, entro en la cocina, voy directo hacia la cafetera y veo que mi padre entra desde el taller. Pillo una taza, la cafetera, y me fijo en que está vacía justo cuando él también se detiene para llenarse la suya.

Suspiro. Cada vez me duele más la cabeza.

—Tú... —Empuja su taza y se marcha airado—. Haz más café.

Arqueo una ceja, pero hago lo que me dice. ¿Cuánto tiempo lleva despierto?

Deja una barra de pan, un poco de beicon ya frito y un par de cajas de cereales en la mesa junto con la leche y la mantequilla, y yo tiro el filtro de café usado y lo reemplazo por uno nuevo.

Una vez cargada la cafetera de granos, lleno el recipiente de agua y espero a que la bebida empiece a hervir mientras pillo una Oreo del paquete que hay en la encimera.

¿Qué haré hoy? Más de lo mismo, pero con cerveza, como siempre. Algo bueno, al menos, ahora que he perdido la oportunidad de un patrocinio con DeltaCorps.

Y ahora que la casa vuelve a estar sumida en el puto silencio, porque...

Mi padre se sienta, se prepara un bocadillo y yo me dejo caer delante de él mientras le doy un mordisco a la galleta.

Al notar el sabor se me revuelven las tripas en el acto. Me obligo a tragarme ese bocado, pero tiro el resto encima de la mesa.

Me siento como el culo.

—Qué puto asco —me quejo.

La echo de menos. Todos la echamos de menos. Hasta Kaleb, creo. Volvió a casa hace veinticuatro horas con una especie de ave acuática y se encontró con que Tiernan se había marchado; al cabo de poco, él también volvió a irse y se perdió de nuevo por las montañas otro maldito día más.

Echo de menos bajar y ver las luces encendidas. A las chicas les gustan los lugares cálidos y agradables. Me gustaba el toque que le daba Tiernan a la casa. Y verla fuera o en el establo o paseándose descalza por la cocina... Hacía de nuestra casa un lugar agradable. Hasta me divertía verla cabreada.

Se abre la puerta principal y aparece Kaleb, que se quita la camiseta de cualquier manera. La lleva ensangrentada de lo que sea que esté metiendo en el congelador para el invierno. Casi puedo

visualizar a Tiernan llevándose el dorso de la mano a la boca con pintas de estar a punto de echar la pota, igual que ocurría siempre que veía a Kaleb haciendo algo por el estilo.

Se me encoge un poco el corazón.

—Ve a buscarla —le digo a mi padre sin mirarlo.

Kaleb se sirve un vaso de agua y yo espero a que mi padre me contradiga, porque nada de lo que manifieste o piense yo tiene valor alguno. Él nunca me escucha; solo responde llevándome la contraria.

—Está lidiando con la muerte de sus padres —responde, y se traga la comida—. Ya es adulta. No puedo decirle lo que tiene que hacer.

—No es adulta —lo corrijo—. Y su lugar es este. La última palabra la tienes tú; no ella.

Se recuesta en la silla y deja el bocadillo en el plato. Ya sé lo que está pensando. Parece que se me haya ido la puta olla. ¿En serio quiero que mi padre vaya a buscarla y la arrastre hasta aquí a regañadientes?

No.

Puede.

—Hace solo un día del funeral —contesta—. Igual vuelve.

Sí, seguro. Fuimos unos cabrones al meternos con ella y Tiernan tardó cero coma en marcharse. ¿Por qué iba a regresar? Yo no lo haría.

Alargo el brazo, cojo el zumo, abro el envase y me lo llevo a la boca.

Pero entonces se oye un portazo arriba y el crujir del suelo.

Me quedo helado, y mi padre y yo nos miramos a los ojos.

Entorna los suyos y me pregunta:

—¿Trajiste a alguien a casa anoche?

—No.

Dejo el zumo y los dos agudizamos el oído.

«A lo mejor Kaleb trajo a alguien...».

Sin embargo, antes de que pueda acabar de pensar eso, oímos que alguien baja las escaleras. Los tres giramos la cabeza y nos encontramos a Tiernan agarrándose a la barandilla, vestida con unos *shorts* vaqueros holgados, mi camiseta, el pelo enmarañado y las gafas de sol puestas para protegerse de los rayos mientras el fresco aire matutino la lleva a abrazarse a sí misma.

¿Qué cojones...?

—Buenos días —saluda con un bostezo.

Me levanto de golpe de la silla y me la quedo mirando boquiabierto a la vez que ella pasa por el lado de la mesa en dirección a la cafetera.

—¿Buenos días? —suelto—. ¿Y tú de dónde has salido?

Ella simplemente echa a andar decidida, como si no se hubiese marchado nunca. ¿Estoy soñando?

—¿Cuándo llegaste? —pregunta mi padre antes de que le dé tiempo a responderme.

Tiernan se levanta las gafas de sol y se las pone como una diadema mientras bosteza de nuevo. Kaleb, que la tiene al lado mientras se sirve una taza de café, se la queda mirando.

—Ayer por la noche —responde ella.

—¿Y cómo viniste desde el aeropuerto?

—En Uber —le cuenta.

—Has vuelto —digo sorprendido, y el corazón me late con fuerza.

¿En serio está aquí? O sea, ¿ha estado en su cuarto todo el puto tiempo que me he pasado aquí abajo haciendo pucheros?

Gira la cabeza y nos mira como si fuésemos un par de idiotas.

Ni de coña es buen momento para abrazarla.

—¿Podríais echarle una ojeada al cambio de marchas de la camioneta? —pregunta, cambiando de tema—. Se engancha. Ah, y la aspiradora hace muchíííísimo ruido. —Le añade un poco de leche al café y revuelve la mezcla—. Que vosotros hagáis motos no significa que tengáis que trucar todo lo que hay por aquí para que pete como un deportivo.

Coge la taza y echa a andar para irse de la cocina.

—Ya me ocuparé yo de Bernadette, les daré de comer a los caballos y a los perros, y recogeré los tomates antes de ponerme a preparar el desayuno —nos informa—. ¿Os importaría llevarme algo de leña a la habitación en algún momento? Ya empieza a refrescar por la noche.

Sale y empieza a subir las escaleras de nuevo. Yo vuelvo a mirar a mi padre, un tanto boquiabierto.

—¡No pienso daros de comer hasta que hayáis limpiado las cuadras y Shawnee haya hecho sus ejercicios! —nos grita mientras sigue subiendo al piso de arriba—. ¡Manos a la obra!

Mi padre abre los ojos como platos y salta de la silla mientras se mete el último trozo de beicon a la boca. Río y le pego un buen sorbo al zumo de naranja antes de salir rápidamente de la cocina.

«Sí, señora».



Acabo de cubrir a la yegua con una manta y le paso una mano por la cara, justo entre los ojos, antes de cerrar la puerta y salir del establo.

Siento un escalofrío. Joder, sí que ha refrescado. El sol se ha puesto por detrás del pico hace una hora y, a pesar de que aún no se ha hecho de noche, extraño la calidez del día. Cojo la sudadera que tengo sobre los troncos, me la pongo por la cabeza y me recoloco bien la gorra.

—¡Tiernan! —grito al verla salir del invernadero y volver a tirar la manguera a un lado—. ¡A emborracharnos!

Me mira y ríe. Yo respiro y huelo los filetes en la parrilla.

Tiernan sube los escalones que llevan a la casa con las botas de agua manchadas de barro seco de la última vez que se las puso. Corro tras de ella y nos dirigimos a la terraza que hay en la parte trasera del edificio.

Pillo un par de cervezas del cubo, les quito el hielo y las abro. Le paso un botellín a Tiernan y nos frenamos al llegar hasta donde está mi padre.

—Qué fresco —exclama ella dando unos pequeños brincos.

Me quito la sudadera y se la ofrezco. Tiernan ya lleva puesta mi camisa de franela azul y blanca, pero no rechista. Acepta la sudadera azul marino, se la pone y coge la cerveza extra que también le brindo.

—Por más frío que haga, siempre es buen momento para una parrillada —señala mi padre.

Ella sonríe y afirma:

—Huele bien. Me muero de hambre.

Mi padre pone los filetes en el plato, yo cojo el maíz asado y Tiernan entra corriendo en la casa para traer la ensalada de macarrones y las patatas de bolsa.

Lo colocamos todo en la mesa de pícnic que tenemos en el taller, con las puertas abiertas y música de fondo mientras el aire de la tarde-noche refresca cada vez más. La cerveza me aporta cierta

tranquilidad, y al terminármela, alargo el brazo hacia atrás para pillar la botella de Patrón que tenemos en la mesa de trabajo.

Les sirvo un chupito a todos y le paso el suyo a Tiernan.

—Eh... No —rechaza ella dejando las guarniciones en la mesa.

—Sí. —Asiento con la cabeza y se lo coloco al lado del plato—. Hoy se lía.

Kaleb viene y se sienta. Me tomo el chupito de un trago y exhalo al notar la quemazón. Vuelvo a dejar el vaso con fuerza en la mesa y se me escapa un grito en el momento que la bebida llega al estómago. Doy brincos alrededor de la mesa, cojo a Tiernan y la subo a mi hombro.

—¡Porque Tiernan es nuestra para todo el invierno! —Doy vueltas y la oigo gritar.

—¡Noah! —se queja ella.

Río. Menos mal que el día ha terminado mejor de lo que ha empezado, joder. Igual habría tenido que alzar la voz y pirarme de aquí de una vez por todas, pero de verdad.

Tener a Tiernan cerca hará que estar en esta casa sea más llevadero. Con Tiernan por aquí, mi padre es menos insoportable.

—Siéntate, por el amor de Dios —me ordena mi padre—. Empecemos a comer como una familia.

Vuelvo a dejar a Tiernan en el suelo, río y la acomodo en la silla.

Pillo otra birra y miro cómo estudia ella el tequila, con una ceja arqueada.

«Venga...». Mi padre nunca bebe lo bastante para emborracharse, y Kaleb podría beberse todo mi peso en Jack Daniel's, Jim Beam y Jose Cuervo juntos sin que se le subiese en absoluto.

Tiernan inhala profundamente, coge el vaso mientras mi padre reparte los filetes y se bebe todo el contenido de golpe.

Sin previo aviso ni nada por el estilo. «Buena chica».

Relleno mi vaso y luego hago lo mismo con el suyo.

—Frena. —Me detiene con la mano—. Tampoco hace falta que acabe potando.

—Mira —le advierto mientras ella nos va sirviendo la ensalada—. Haremos una apuesta. Si vacío el plato antes que tú, tendrás que tomarte dos chupitos más.

Se queda mirando el chuletón que tiene delante y que es más grande que su propia cara.

—¿Y si vacío el mío primero? —pregunta.

—Entonces quien se tomará dos chupitos más seré yo.

—Tú te los ibas a tomar igualmente.

Río por la nariz. Ahí tiene toda la razón.

—Te haré la colada de la semana —sugiero.

—Nadie toca mi ropa interior, gracias.

—No, si eso es obvio.

Abre los ojos como platos y mi padre ríe discretamente. Se miran ambos un segundo y él calla en el acto.

Ella aprieta los labios y me fulmina con la mirada.

—Vale, vale —digo poniéndome serio—. Si vacías el tuyo primero, me ocuparé de preparar el desayuno lo que queda de semana.

Lo medita un momento y luego asiente una única vez.

—Trato hecho.

Cojo el cuchillo y el tenedor, y me fijo en que tanto ella como yo tenemos un trozo de carne igual de grande y la misma cantidad de ensalada de pasta.

Tiernan sigue con las manos en el regazo.

—¿Preparado? —pregunta.

—¿No necesitas cubiertos?

Niega con la cabeza y con una desconcertante sonrisa socarrona en los labios.

—En absoluto.

Vaaale. «Veras tú cómo te tragarás esos dos chupitos».

—¡Al lío! —grito.

Me meto un montón de comida en la boca a la vez que Tiernan coge su plato y lo deja en el suelo.

¿Qué...?

Me quedo petrificado al ver a Danny y Johnny zamparse todo lo que hay en el plato: uno coge el filete, el otro le arranca del hocico la mitad y luego salen pitando hacia una esquina para deleitarse con el premio.

¿Qué cojones?

—¡Ese no era el trato! —le espeto, y casi se me cae la comida de la boca.

—Has dicho que tenía que vaciar el plato.

—¡Tú! —reitero—. ¡Porque tenías que comértelo TÚ!

—Pormenores. —Le da un sorbo a la cerveza con una mirada de autocomplacencia en los ojos.

—Era tu cena, cielo —le advierte mi padre.

Tiernan se encoge de hombros.

—Estoy ahorrando calorías para desayunar mañana. —Me mira y añade—: *Pancakes*, por favor. Con salchichas y tostadas.

Ella ríe y yo gruño por lo bajo.

«Al menos aún puedo tomarme sus dos chupitos».

Nos quedamos sentados, comiendo, y Tiernan coge un pepinillo dulce del tarro y lo muerde.

—Va a nevar pronto —dice mi padre levantando su botellín de cerveza y mirando a Tiernan—. Bajaremos un par de veces más al pueblo e igual podemos comprarte algo sencillo de tu talla para que tengas tu propia ropa.

—Puede ponerse la mía —intervengo con la boca llena—. Tengo de sobra.

—Le queda enorme —señala él antes de volver a mirarla y decirle —: Te encontraremos unos vaqueros que te queden bien y que no cuesten trescientos dólares.

—¡¿Trescientos dólares?! —La miro con una ceja arqueada—. ¿Pero qué diablos te pasa?

Gruñe y abre la boca para responderme, pero se detiene porque se da cuenta de que Kaleb le ha puesto otro plato delante y le ha pasado la mitad de su chuletón, que ya había cortado en trozos pequeños.

Mi hermano no establece contacto visual; simplemente sigue comiendo y bebiendo como si aquí no hubiese pasado nada.

—Eh... —Tiernan intenta dar con las palabras—. Gr-Gracias.

Pongo los ojos en blanco y le doy un sorbo a la birra. Debería habérseme ocurrido a mí.

Tardo un poco en recordar de qué estábamos hablando, pero entonces ella vuelve a fulminarme con la mirada.

—Para empezar —dice—, la ropa me la compra la estilista personal de mi familia; me la compraba, vaya. Y, para terminar... me queda bien.

—No hace falta que te quede bien —tercia mi padre—. Aquí, si llevas ropa que te queda bien, acabas casada y preñada a los dieciocho.

—Tus hijos tienen clarísimo lo que son los preservativos, y yo también.

Río por lo bajo.

—Además —añade ella— no he tenido novio en mi vida. Cuando vaya por el tercero, preocúpate por si me caso y me quedo preñada.

—¿Tercero? —pregunto con la boca llena.

Duda un momento, como si prefiriese no tener que dar explicaciones, y nos cuenta:

—Mi madre decía que ninguna mujer debía casarse hasta que hubiese tenido, por lo menos, tres... —Hace un gesto con la mano como si yo ya supiera cómo acaba la frase.

—¿Tres...? —insiste mi padre.

—Ligues —suelta Tiernan—. Novios. Lo que sea.

Arrugo la frente.

—¿De qué narices estás hablando?

Suspira y endereza la espalda. Es evidente que está incómoda. Al final, coge el kétchup, el bote de Heinz y la botella de salsa A.1. y coloca los tres recipientes uno al lado del otro.

—Ansias, aprendizaje y amor —nos dice colocando bien cada salsa y tocando el kétchup—. Mi madre decía que el primer chico, u hombre, es un *crush*. No es amor. Son ansias. Ansias de sentirte deseada. Ansias de sentir el peligro. Ansias de sentirte especial. —Nos va mirando—. Con el primero, es una cuestión de necesidad. Necesitas que alguien te quiera.

Mi padre se olvida de que está comiendo y se la queda mirando con la boca abierta.

—El segundo te sirve para aprender algo sobre ti misma. —Toca el bote de Heinz—. Lo del primer *crush* se fue a pique. Estás triste, pero, sobre todo, cabreada; lo bastante cabreada para no dejar que la historia se repita —explica—. Para no entregarte tanto. Para no darle el poder a otro para que te llame cuando le pique en mitad de la noche y tener que estar tú esperando a ver cuándo decide presentarse.

Intuyo que nos está describiendo a nosotros.

—Con el segundo, finalmente aprendes de lo que eres capaz —prosigue acomodándose un mechón de pelo que se le he caído de la

coleta detrás de la oreja—. Empiezas a pedir más. Empiezas a ser más atrevida y a no tener miedo de cantar las cuarenta cuando haga falta. Tampoco tienes miedo de pedir más en la cama porque la cosa va de lo que quieres tú, no de lo que quiera él. El segundo está para utilizarlo, en cierto modo.

Mi padre carraspea y yo río para mis adentros mientras dejo el tenedor y centro toda mi atención en ella. Ha dicho «en la cama».

—¿Pero qué cojones te enseñó tu madre? —masculla él.

Aunque yo quiero que Tiernan prosiga.

—Y el tercero, ¿qué? —pregunto cogiendo el bote de A.1.

—Amor. —Me arranca la salsa de las manos—. Cuando ya has aprendido de tus debilidades con el primero y de tu egocentrismo con el segundo, encuentras un punto medio. Cuando ya has descubierto quién eres y estás lista para aceptar al otro tal y como es y ya no tienes miedo. —Vuelve a dejar el bote en su sitio—. Puede que las cosas sigan sin funcionar con el tercero, pero disfrutarás de una relación sana y te desenvolverás tan bien que estarás orgullosa de ti misma.

—¿Y a ti te parece que deberías seguir los consejos de tu madre? —responde papá.

—Como madre fue un fracaso —señala Tiernan—, pero ya está. En realidad, es el único consejo que me dio en vida, así que, en parte, me aferro a él.

De hecho, el consejo tampoco es que sea tan malo. Yo me alegro de no haberme casado con la primera chica con la que estuve. Ni con la quinta. El sexo nos ayuda a aprender cosas de nosotros mismos. Eso es cierto. Y a veces hay que vivir muchísimo para convertirnos en la persona que queremos ser. Me alegro de que mi futura mujer no tenga que lidiar con el pedazo de capullo que era cuando tenía diecisiete años. Porque era mucho peor. Muchísimo.

—Bueno, pues parece que ya sabes lo que hay que saber —le dice mi padre—. Con esto aprendido, ¿para qué pasar por tres hombres antes de conseguirlo?

—Porque hay lecciones que no pueden enseñarse —contesta ella mordiendo un trozo de carne de la que le ha pasado Kaleb—. Hay que aprenderlas. ¿No crees?

Joder, mi padre no sabe qué responder, porque Tiernan lleva razón, y yo me quedo mirando el panorama, divertido. A veces tenemos que cometer nuestros propios errores y sufrir para aprender.

Tiernan coge el botellín de cerveza vacío y se levanta.

—En fin, que no hay nada de lo que preocuparse —lo tranquiliza —. No tengo interés alguno en los dramas que implica meterse en una relación y, en el caso de que sí me interesara, dentro de nada tendremos que quedarnos aquí encerrados durante meses porque habrá nevado ya. Es el cinturón de castidad ideal.

Va hacia la basura, tira la cerveza y se acerca a la nevera para pillar otra.

Nosotros la seguimos con la mirada, prácticamente faltos de aire, mientras vemos cómo se agacha con sus vaqueros de trescientos dólares para coger otro botellín.

Me remuevo en el asiento. La protuberancia que tengo en la entrepierna se me hincha de repente.

—Sí... —murmuro con sarcasmo mientras me acerco la birra a los labios—. Porque aquí el peligro es totalmente inexistente...

Papá me fulmina con la mirada.

Estoy bastante convencido de que, a estas alturas, ya sabe que este invierno se nos hará largo de cojones.

Capítulo quince

Tiernan

—¿Qué es? —pregunto levantando la vista hacia Noah antes de coger la bolsa que me está ofreciendo.

Nos hemos pasado las últimas semanas bajando al pueblo a la mínima que podemos para atiborrarnos de hamburguesas con queso y batidos antes de que tengamos que estar meses sin probarlos. Hoy he tenido que ir a la farmacia para pillar un poco de todo lo que pueda necesitar por si me da a saber qué en invierno en el pico y no puedo venir a por medicamentos. Estoy preparada para los dolores de cabeza, la sinusitis, el dolor articular o de espalda, los retortijones, las alergias (de momento, no tengo ninguna, pero a saber...), y estoy a punto de coger todas las pastillas anticonceptivas que pueda necesitar durante este tiempo.

Me he planteado si dejarlas, pero... Supongo que es mejor seguir con mi rutina.

Noah se encoge de hombros.

—Nunca le he comprado un regalo de cumpleaños a una chica —me dice mientras yo miro lo que hay dentro de la bolsa—. Si no te gusta, puedes cambiarlo.

Meto la mano dentro y saco una camiseta y una gorra. Estamos en la esquina de la tienda esperando a que me rellenen la receta. Deposito la bolsa en el suelo y estiro bien la camiseta.

Es de color azul cielo, con el emblema del pueblo a la altura del pecho. La giro y veo que justo detrás, cubriendo toda la espalda,

aparece el logo de Van der Berg Extreme. Es exactamente igual que la de Noah, aunque la suya es blanca.

Sonrío de oreja a oreja.

—¿Es tu forma de decirme que quieres que te devuelva la ropa?

—Solo he pensado que tal vez te gustaría tener algo que te quede mej... —Deja la frase a medias y se corrige—: En realidad, mi ropa te queda bastante bien. He pensado que igual te gustaría tener algo nuevo; nada más.

Sí. Me encanta. No tengo demasiadas camisetas. Las que tengo son de la escuela y no es que me traigan buenos recuerdos precisamente. Me gustará ponerme esta.

Miro la gorra de color granate con la palabra *SALVAJE* escrita en cursiva.

—Era eso o *DIVA* —me informa.

Río, me la pongo y lo miro por debajo de la visera.

—Soy una diva —reconozco—. Pero prefiero ser una diva salvaje.

Estiro la mano y le rodeo el cuello para darle un abrazo rápido.

—Gracias —añado.

Me separo, pero él no me suelta la cintura y me agarra para obsequiarme un abrazo de los de verdad. Vacilo sorprendida.

Pero entonces lo abrazo con más firmeza.

Abrazar a alguien que no quiere ser el primero en apartarse es agradable.

—A veces me llama mi madre —me cuenta en voz baja y afligido —. Papá no lo sabe.

Me echo hacia atrás y lo suelto para poder mirarlo a los ojos.

—No tengo muy claro por qué te estoy contando esto a ti —prosigue con un hilo de voz—. Quiere que le deposite dinero en su cuenta del economato.

Me lo quedo mirando y lo escucho. Nadie habla de ella. Ni siquiera sé por qué está en la cárcel.

—Y yo se lo deposito porque me permito disfrutar de la idea de que, por un momento, me necesita. —Me sonríe triste pero con una expresión muy solemne. Muy seria. Para nada característica de Noah —. Aunque sé que no soy más que la primera persona de quien cree que puede aprovecharse. Sabe que mi padre no le hablará y que Kaleb no puede hacerlo.

La persona con la que Noah no puede hablar se llama Jake. De eso me di cuenta la primera semana de estar aquí.

Noah no tiene a nadie en esa casa con quien conectar. Y nunca me había percatado realmente de esto hasta ahora.

—Ojalá estuviera muerta —sentencia Noah con la vista puesta en el suelo justo antes de desviar los ojos hacia mí—. Ojalá estuviese muerta, porque así podría quererla.

Me lo quedo mirando y él me aguanta la mirada. Nos falta la respiración a los dos, pero estamos tranquilos.

Él da un paso hacia mí.

—¿Preferirías que te utilizaran a que nunca pensaran en ti?

—Y tú, ¿preferirías que nunca pensaran en ti o que te utilizaran? —Le doy la vuelta a la tortilla.

Ni siquiera ahora lo sé. Al menos su madre sabe que existe y puede fingir que quiere a su hijo, aunque sea todo una patraña.

Aunque, pensándolo bien... Al menos mis padres no me mintieron. No jugaron conmigo ni me manipularon. Yo siempre supe cuál era mi lugar.

¿Qué experiencia ha sido peor? ¿La suya o la mía?

—Pruébate la camiseta antes de que nos vayamos —me dice Noah.

Pestañeo ante este repentino cambio de tema.

Se me acerca un poco más con una severa mirada en los ojos que no estaba ahí hace un momento y vuelve a arrinconarme sutilmente contra la pared.

—No quiero que te quede demasiado ceñida —me advierte.

Me cubre con el cuerpo pegado al mío y me mira.

¿Qué? ¿Aquí? Miro a nuestro alrededor.

—Noah...

—Me alegro muchísimo de que estés aquí —me corta en un susurro—. Me alegro de que hayas vuelto.

—¿Por qué quieres que me quede aquí?

—¿Y por qué no?

Le estudio la mirada.

—Porque, cuando te vayas, yo no te podré seguir.

Guarda silencio, pero continúa con la mirada fija en mí. Quiere irse de aquí a toda costa y lo conseguirá. Algún día.

Y, algún día, yo también me iré. Noah no me necesita. Lo que necesita es un bote salvavidas.

Miro a mi alrededor y, como no veo a nadie, me escondo entre él y la esquina, me quito su camiseta vieja y se la paso.

Me coloco bien la gorra y me pongo la camiseta nueva. Evito mirarlo, pero él tiene los ojos puestos en mí y siento que se me eriza la piel.

El sujetador que llevo me cubre más que un bikini y sigo con los vaqueros puestos. En realidad, llevo más ropa que el día que fuimos al lago hace unas semanas, cuando me llevaron a pescar.

Sin embargo, por primera vez en mi vida, nunca me he sentido más guapa que con el pelo recogido en mis dos trenzas, una gorra y las uñas llenas de barro.

Por cómo me mira él...

Por cómo me mira Jake...

Por cómo se niega Kaleb a mirarme aunque sé que, cuando estamos en la misma habitación, es plenamente consciente de cada paso que doy.

Noto cómo me arde la piel en los pechos (casi al descubierto gracias a estos sujetadores sexis de color rosa) bajo el escrutinio de Noah y me paso la camiseta por la cabeza. Noah me roza los brazos con las manos para ayudarme a bajármela.

Vuelvo a ponerme bien la gorra y él sigue agarrándome el dobladillo de la camiseta a la altura de las caderas.

A pesar de que me da miedo mirarlo a los ojos, noto el calor que emana de su cuerpo.

—Los chicos de por aquí no pueden hablarte —ordena con voz áspera—. Esta noche, no pueden tocarte. ¿Entendido?

Asiento y continúo evitándole la mirada. El corazón me late tan fuerte que me duele y el estómago me da tantos vuelcos que parece que esté montada en una montaña rusa.

Finalmente, me suelta y se aleja un poco.

—Te queda bien.

¿El qué?

Ah, sí, la camiseta. Claro.

—Tiernan —me llama alguien.

Y echo a correr por el lado de Noah para coger la receta. Lo que sea con tal de salir de aquí.



Al cabo de unas horas, me encuentro en mi habitación sin parar de dar giros, sonriente, mientras el pelo y la falda de mi nuevo vestido

de verano vuelan a la vez. Hace demasiado frío para salir así esta noche, pero me lo pongo de todos modos. Cuando lo he visto en la tienda y me he fijado en que estaba de rebajas, me han entrado ganas de limpiarme las uñas y maquillarme un poco para mi cena de cumpleaños, porque podría perfectamente ser la última vez que vayamos al pueblo. Se aproxima una tormenta.

Suena *Dancing Barefoot*, de los U2, y yo me muevo con los ojos cerrados mientras me levanto el pelo por la nuca. Voy atrasadísima con los deberes, tengo llamadas perdidas por responder (seguramente sean Mirai y amigos de mis padres, que querrán desearme feliz cumpleaños) y el envío de libros de bolsillo que he pedido para pasar el invierno está parado en Denver y llegará más tarde de lo previsto, pero... me he borrado de todas las cuentas de redes sociales, y ahora soy adulta con todas las de la ley: tengo control absoluto sobre dónde voy y qué hago; cualquier peso que pudiera sentir antes en los hombros ahora es mucho más ligero. De hecho, por más que los chicos ya se estén agobiando con los aburridos meses que tienen por delante, yo estoy ilusionada.

Sigo dando giros y más giros, pero entonces distingo una silueta por el rabillo del ojo, trastabillo y freno al divisar a Kaleb de pie en el pasillo. Lo más probable es que acabe de bajar de su cuarto; está quieto, a medio ponerse la camiseta, y me mira fijamente.

Se me acelera el pulso. Me resulta un tanto perturbador verlo centrado en mí porque nunca sé qué está pensando, aunque siempre me da la sensación de que no es nada bueno.

Camino decidida hacia allí, cierro de un portazo y sonrío interiormente mientras cojo los tacones y me siento en la cama para calzarme. Me encuentro genial y no pienso dejar que Kaleb me arruine la noche. Carter, el segurata de mis padres, se está ocupando de nuestra casa en Los Ángeles; Mirai y nuestro abogado

están gestionando las cuestiones del negocio de bienes de mis progenitores, y, por primera vez en mi vida, esta noche puedo ser solo una niña. Puedo sonreír, reír, jugar, estar con gente que se preocupa por mí... Me parece una locura que por fin pueda hacer todo esto justo el día en que me convierto en adulta, pero no pienso darle más vueltas al tema. Pienso disfrutar y ya está.

Me ato los Louboutin (regalo de mis padres las Navidades pasadas; cortesía de Mirai, por supuesto) decorados con unos bonitos brillantes y unos tacones de casi trece centímetros, cojo un chal de color crema para ponérmelo por encima de este vestido rosa oscuro y salgo de la habitación.

Ya no hay ni rastro de Kaleb. Con el chal en la mano, me doy un poco de volumen en el pelo, que llevo rizado y suelto, y me aliso el vestido. Es simple e inofensivo, pero para nada mi estilo. Es corto (me llega a medio muslo), y tiene la espalda al descubierto, con un escote importante y unas tiras finísimas. Los tacones repiquetean por las escaleras de madera. Cruzo el salón y, al dejar el chal y el móvil para ir a por el monedero, veo a los chicos alrededor de la mesa.

Saco el carné de conducir y algo de efectivo, me giro y le digo a mi tío:

—¿Te importa meterlo en tu cartera? Así no tengo que coger bolso.

Pero él se limita a mirarme con la frente un tanto arrugada.

—¿Qué? —pregunto.

—Vas demasiado arreglada.

—Uffffffff —contesto y le sonrío coqueta mientras le pongo el carné y el dinero en la mano.

Sí: en comparación con ellos, voy demasiado arreglada. Porque ellos tres van en vaqueros y Noah sostiene dos Budweiser en la

mano.

—Aquí, la gente no se viste así —señala Jake.

Aunque tampoco hacía falta que lo mencionara. Ya me había dado cuenta de eso.

—Nunca encajo en ninguna parte —contesto—. Ya estoy acostumbrada.

«En serio. Estoy bien. Dejad de hiperventilar».

Arquea una ceja y se gira. Y veo que Noah lo mira preocupado.

Al final, Jake me entrega un paquete grande envuelto cuidadosamente con un papel plateado y adornado con un lazo enorme del mismo color.

Lo cojo.

—¿Qué es?

Tiene una forma rara.

Él se limita a responder:

—Ábrelo.

El envoltorio es igual de bonito que el de todos los regalos que había bajo el árbol de Navidad cuando yo era pequeña. No puedo evitar sonreír. Jake sabe lo que hay dentro. Y eso significa que lo ha escogido él. Leches, si hasta puede que lo haya envuelto él mismo.

Arranco el papel, rompiéndolo en unas tiras largas, y me deshago de todos los pedazos que van separándose hasta dejar a la vista lo que hay en el interior del paquete. Me quedo mirando aquel arco compuesto con un patrón de camuflaje de color rosa y sus seis flechas.

Lo cojo.

—Guau.

—¿Sabes tirar? —me pregunta mi tío.

—Un poco. —Lo agarro por la empuñadura y echo la mano hacia atrás, apuntando a la nevera—. Hace mucho que no lo hago.

Y nunca he utilizado un arco compuesto. En el campamento, no había de esos.

—Noah te ha preparado una diana en el establo —me cuenta—. Puedes practicar un poco antes de que vayamos a cazar.

Bajo los brazos y me lo quedo mirando.

—¿A cazar?

Permanecen todos en silencio. Los miro como si me hubiese perdido alguna cláusula estipulada en mi contrato para vivir aquí.

—No sé si quiero cazar —sentencio.

Deposito el arco en la mesa. Puedo preparar la carne, pero no pienso suministrarla yo.

Aun así, Noah simplemente ríe y Jake sacude la cabeza.

—Ya hablaremos de eso —dice el segundo.

Mientras no sea hoy...

—Bueno, gracias. —Le doy un beso en la mejilla—. Me encanta, de verdad.

Asiente una única vez, pero no me mira a los ojos. Carraspea.

—Voy a poner en marcha el coche.

Cojo el chal y me cubro los hombros. Una sudadera de las islas Aran, de Mirai, para que no pase frío en invierno, una camisa y una gorra de Noah para integrarme bien con los locales, y un juguete nuevo. De momento, está siendo mejor que cualquier otro cumpleaños.

Sin embargo, cuando me decido a seguir a Jake, Kaleb se coloca justo enfrente de mí y me corta el paso.

Freno y levanto la vista.

Se detiene un momento antes de llevarse la mano al bolsillo trasero de los pantalones y sacar una oscura tira de cuero.

Me la entrega y entorno los ojos.

Mi tío toca la bocina fuera, pero nosotros seguimos sin movernos de aquí y Noah se me acerca por un lateral.

—¿Qué es? —Alargo el brazo para cogerla, me la coloco en la mano y le doy la vuelta.

—Las hace él —me explica Noah.

Es una correa. Oscura, con unos motivos tallados en el cuero curtido y con una hebilla plateada que parece antigua. Me quedo mirando los grabados. Hay árboles, una cascada y el pico (de hecho, son las vistas que se aprecian desde la ventana de mi habitación), algo que parece una trenza, un caballo y un atrapasueños.

Trago saliva. ¿Por qué habrá incluido un atrapasueños?

Y, entonces, me doy cuenta de otra cosa más y se me escapa la risa.

—Los agujeros llegan a la hebilla —señalo—. Me siento halagada, pero no tengo la cintura tan pequeña.

Noah se inclina hacia mí y susurra:

—Pero las muñecas sí.

Me da un vuelco el corazón y levanto la vista de golpe hacia Kaleb, que me está mirando.

¿Qué?

Sin embargo, Noah se limita a reírse y los dos hermanos me dejan aquí sola mientras salen de la casa.

Y yo no me doy cuenta de que me he quedado ensimismada con la correa otra vez hasta que Jake vuelve a tocar la bocina y me sobresalto.



—¡Dámelo! —grito cuando Noah aparta el móvil lejos de mí para que no pueda cogerlo—. Venga.

Estamos sentados a la mesa. Me pone una mano en la frente y me empuja hacia atrás mientras inspecciona la foto.

—Hostia —dice lo suficientemente alto para que lo oigamos los tres—. ¿Por qué escondes esto?

Salto y le arranco el teléfono de la mano para volver a dejarlo en mi asiento.

—Porque es una foto absurda.

—Y entonces, ¿por qué no la borras?

—Porque... es lo único que he hecho de lo cual me siento orgullosa —confieso.

Intento salir del enlace del único artículo que se ha escrito jamás sobre mí y en el que aparece la sesión de fotos que tanto insistieron en hacerme los de la revista, para acompañar el texto. Sin embargo, Jake me arranca el teléfono de las manos y aprovecha para examinar la foto en cuestión.

Lo fulmino con la mirada y abro mi bocaza para protestar, pero al final decido callarme y miro preocupada a las demás familias, que están intentando disfrutar de una cena en paz en el asador.

Para empezar, ha sido culpa mía, por enseñársela a Noah. La primavera pasada, *Vanity Fair* publicó un reportaje de los hijos de las estrellas y me incluyó en su «colección». Por desgracia, dicha sesión de fotos vino con exigencias y, en una de ellas en concreto, se me ve a mí con dos trenzas, un sujetador de deporte y equipación de *lacrosse*. Salgo sudada y sucia, pero también un tanto sexi y, a pesar de que se lo inventaron todo los publicistas de mis padres para hacer que sonara y pareciera increíble, disfruté mucho de la experiencia. Aunque no he jugado al *lacrosse* en mi vida.

Ha sido la única vez que me he sentido importante.

Sí, en el artículo se mencionaba lo muy aplicada que era en el colegio (una patraña total), y lo que se comentaba sobre mi activismo y mis *hobbies* era todo mentira; además, si aparecí en ese reportaje fue solo por ser «hija de». Cuando me obligaron a hacerlo, aborrecí la idea de inmediato.

Sin embargo, en la sesión de fotos... me sentí bonita. Por más estúpida que me sintiera al terminar.

—Es un fotón. La pondremos en nuestra página web —le dice Noah a su padre antes de levantar los brazos, tenedor y cuchillo en mano, y empezar a recitar una publicidad imaginaria—: «La nueva incorporación de Van der Berg Extreme».

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a desviar la atención hacia Jake.

—Dámelo.

Mi tío le pasa el móvil a Kaleb. Este lo coge y apenas mira la foto antes de devolverle el aparato a Noah.

—Ya —suelto entre dientes en un intento por no levantar la voz.

Jake ha vuelto a tocarme las narices durante la cena con que el vestido que llevo es demasiado abierto de la espalda, así que yo solo quería fanfarronear y demostrarles que me había puesto menos ropa para estar en público en otras ocasiones. Pero no quería que se dedicaran a mirar, boquiabiertos, una foto mía en sujetador. Y en público.

Oigo el ruido de copas y cubiertos en este antiguo restaurante rústico y el olor a salsa barbacoa y a patatas fritas inunda el aire. De vez en cuando, arrugo la nariz.

El filete estaba demasiado pasado, la Coca-Cola tiene un exceso de agua y el suelo está tan sucio que podría escribir mi nombre con el tacón del zapato.

Noah me devuelve el teléfono. Lo cojo, lo apago y me lo guardo debajo del muslo para que no puedan volver a robármelo.

—Bueno, ¿qué dices? —me pregunta—. ¿Quieres posar así de sexi para nuestra página web?

—Calla.

Echo la silla hacia atrás y le doy un sorbo al refresco.

—Es una idea brillante —le insiste Noah a su padre—. Es lo que le falta a nuestra estrategia de *marketing*: algo bonito.

—Por el amor de Dios, Noah... —Jake se retuerce incómodo en el asiento mientras se acerca el botellín a los labios.

—No, en serio —prosigue el otro—. Mira todas las otras webs. Fíjate en todas la demostraciones y expos a las que vamos. ¿Qué tienen en común? Tías buenas. Podríamos pillar a un fotógrafo, traerlo a casa y que saque unas fotos de Tiernan subida a las motos. Quedarán que flipas.

—Mañana por la mañana ya estará nevando —le recuerda Jake—. No habrá fotógrafo que suba a la montaña. —Me mira y añade—: Y nadie bajará tampoco de allí.

Me quedo quieta y, mientras le aguanto la mirada a mi tío, casi noto un escalofrío en la espalda. No tengo muy claro qué esconden sus ojos, si una señal de advertencia o una especie de desafío en relación con los meses que nos esperan, pero yo levanto el vaso para brindar. Sea lo que sea que esté por venir, estoy lista.

Jake sonríe y levanta la cerveza. Noah hace lo propio y brindamos todos juntos, haciendo chocar las bebidas. Kaleb sigue comiendo.

—Además —añade Jake, dejando el botellín en la mesa—, puede que una vez que termine la primavera no volvamos a ver a Tiernan nunca más. No sé hasta qué punto nos interesa añadirla al negocio todavía.

Sacudo la cabeza porque sé que no le importaría que me quedase toda la vida y que le encantaría que lo tranquilizara ahora mismo y le dijera que eso haré.

Me encanta que la gente quiera tenerme cerca.

Pero me falta poco para empezar la uni. Tendré que decidirme pronto.

Noah me mira.

—No te irás, ¿a que no?

Río, porque no sé qué respuesta darle.

Así que en lugar de contestar, señalo a mi tío con un gesto de la barbilla y le pregunto:

—¿Puedo tomarme una cerveza con alcohol para mi cumpleaños?

Sabe perfectamente que me estoy aprovechando del hecho de que, en este estado, cualquier persona que tenga menos de veintiún años puede consumir bebidas alcohólicas en una propiedad privada siempre y cuando esté bajo supervisión parental.

Así que vayámonos a casa, que es una propiedad privada, y allí puedo beber.

Pero Jake tiene otros planes.

—Vayamos al bar —me dice.

Abro los ojos a más no poder y salto de la silla antes que los otros tres.

Noah, Kaleb y yo salimos del restaurante mientras Jake paga la cuenta, y Noah me coge de la mano para atravesar este largo pasillo y adentrarnos en el ruidoso bar que hay junto al restaurante. Suena música *country* a través del tocadiscos y yo voy pisando cáscaras de cacahuete con los tacones mientras seguimos andando bajo las tenues luces del local y pasamos por delante de los taburetes de la barra y de unas mesas de billar.

La música está altísima, y la gente, que se encuentra apiñada en pequeños grupos, se gira inmediatamente hacia nosotros. De pronto, me siento excesivamente arreglada, tal y como me había advertido ya Jake.

Algunos curiosos me han examinado el atuendo de arriba abajo mientras nos sentábamos antes en el restaurante; como no he conocido a demasiada gente del pueblo, debían de preguntarse quién era. Ahora, en cambio... noto el peso de sus miradas en la piel y me agarro con fuerza a Noah, un tanto incómoda. Este lugar está lleno de camisetas, vaqueros y barbas. ¿Quién es la idiota que viene por aquí arreglada con un vestido de fiesta como si fuera a salir por Malibú?

Cruzo la mirada con unas cuantas personas mientras pasamos por el lado de algunas mesas donde hay gente bebiendo y fumando.

Kaleb tira algo de dinero en la barra y nos señala para comunicarse con el camarero. Este ladea la cabeza y me mira con recelo.

—No pasa nada, Mike. —Oigo que dice mi tío de repente detrás de mí.

Me giro y compruebo que sonríe al chico. Parece que le basta con esto, porque el camarero asiente, baja la mano, saca cuatro Bud de la nevera y nos las abre.

—Vamos —me dice Noah tirándome del brazo.

Los sigo. Menos a Kaleb, que ha desaparecido cuando le han dado la cerveza. Vamos hacia la mesa del futbolín: Noah y yo contra Jake. Paso de las miradas que noto a mis espaldas y le doy un sorbo a la bebida antes de dejarla en la mesa, justo al lado de la de Noah y Jake.

—En *Karate Kid* juegan a esto, ¿no?

A Jake se le ilumina la mirada.

—Muy bien.

Casi me río al verlo ilusionado. Igual no soy un caso perdido del todo.

Echamos unas cuantas partidas y Jake nos gana a todas a pesar de estar solo. Cuando terminamos la tercera, tengo que apartarme el pelo de la espalda y colocármelo encima de un hombro, porque estoy empezando a sudar.

La música que suena no es precisamente de mi estilo, pero a los clientes (que gritan y se les ve contentos) parece que les chifla. Yo apenas me doy cuenta de las frías ráfagas de viento que se cuelan por la puerta cada vez que entra o sale alguien. Entra un parroquiano y sacude el sombrero para quitarle la nieve, pero nada interrumpe nuestra diversión.

—Voy a por otra —nos dice Jake al terminar la última partida, señalando su cerveza.

Cojo la mía, que sigue en la mesa porque no la he vuelto a tocar, y miro alrededor de la sala mientras se aleja.

Hay unos cuantos moteros al fondo y reconozco a algunos chicos y chicas del grupo porque los he visto en un par de ocasiones en casa de mi tío. En la barra hay una chica con un velo corto, de esos baratos, rodeada de unas cuantas más con quienes se está tomando unos chupitos; lleva una camiseta negra ajustada donde se lee «Marissa y su última noche de libertad» con unos ostentosos brillantes que centellean bajo la tenue luz del local.

La canción que suena en el tocadiscos llega a su fin y un par de parejas que estaban bailando en un pequeño rincón de la pista se sueltan para volver a sus respectivas mesas.

—¿Quieres jugar al billar? —grita Noah para que lo oiga a pesar del ruido.

Miro hacia el tocadiscos y me acerco el botellín a los labios.

—Quiero poner música —le contesto, y le tiendo la mano para que me dé dinero, sonriéndole como si le pidiera permiso—. Porfa...

Pone los ojos en blanco, pero se lleva la mano al bolsillo y saca unos cuantos billetes de un dólar. Mi dinero lo tiene Jake. Noah sabe que se lo devolveré.

Me pasa un par de billetes y yo los pillo enseguida.

—Gracias.

Me alejo decidida en dirección a la gramola.

Jake está hablando con un tío en la barra, y desde que hemos entrado aquí, no he vuelto a ver a Kaleb. Cuando llego donde está el tocadiscos, me giro y lo busco. Después de darme la correa al principio de la noche, Kaleb apenas ha vuelto a mirarme, pero su regalo tiene algo que sigue reconcomiéndome por dentro, aunque no sé por qué.

La ha hecho él. A mano. Para mí.

Sabía que se acercaba mi cumpleaños.

Me encanta que todos ellos se hayan parado a pensar qué podría gustarme a pesar de que, en el fondo, no tenían que comprarme nada. Me ha gustado abrir un regalo que podría haberme comprado yo misma en lugar de uno lujoso que es sinónimo de haber intentado ponerle precio a algo para impresionar a la otra persona.

Pero Kaleb le ha dedicado un montón de horas de curro. Me lo imagino en el taller que tiene en el establo, trabajando en silencio, concentrado en mi correa, ahí solo durante tanto tiempo... para mí.

Pero entonces sacudo la cabeza.

Le estoy dando demasiadas vueltas. Seguramente tuviese ya la correa hecha y tirada por ahí. Debe de haberla pillado al salir del cuarto; además, con tantos agujeros, es bastante probable que tenga algún trasfondo sexual extraño, tal y como ha sugerido Noah.

Voy mirando la selección de canciones y al final veo una que no es *country*. Pongo un billete y tecleo la letra y el número correspondientes. Empieza a sonar *Do You Wanna Touch Me (Oh Yeah)*, de Joan Jett, y, de repente, alguien empieza a gritar alegremente. Giro la cabeza por encima del hombro y veo que las chicas de la despedida de soltera levantan los brazos y vienen bailando hacia mí.

Sonrío, lista para apartarme de su camino, pero entonces empiezan a cantar a pleno pulmón y una me agarra de la mano para que me una a ellas. Río. No sé muy bien qué tengo que hacer.

Miro a mi alrededor en busca de mi tío o de Noah para que vengan a rescatarme, pero, al cabo de un segundo, estoy atrapada en el grupo de chicas y no veo nada. Entre todas, llenamos la pequeña zona donde se encuentra la gramola y apenas tengo espacio para moverme porque las demás saltan, se mueven y bailan alocadamente, pisoteando este suelo de madera con fuerza.

Algunas de ellas cierran los ojos y, al cabo de unos minutos, cojo una profunda bocanada de aire y hago lo mismo, dejándome llevar por la música y la gente.

Me da vueltas la cabeza.

Cuando estoy rodeada de otras mujeres, siempre me he sentido extraña. Siempre. O porque me preocupaba que les diera la impresión de que tenían que ir de mi mano en encuentros sociales o porque me molestaba precisamente que lo hicieran. Detesto sentirme como una molestia o que me traten como si fuese la típica hermana pequeña que no se entera de nada y a quien tienen que cuidar.

Pero ahora no me siento así. Solo tengo que bailar.

Canto la letra de la canción, sacudo la melena y meneo el cuerpo al son de la música, riendo con las chicas y sintiéndome cada vez

más enérgica. Si tuviese que hablar con ellas, estaría más incómoda; sin embargo, por ahora, puedo disfrutar de la música.

Levanto los brazos y muevo la cabeza mientras suena la canción. No tengo vergüenza de desmelenarme porque todo el mundo está haciendo lo mismo. Y me relajo.

Me relajo, por fin.

Hasta que abro los ojos.

Jake está de pie en la barra, mirándome con el botellín a medio camino de los labios, que los tiene sutilmente separados; si me dijeran que no está respirando, me lo creería. Me da un macrovuelco el corazón y ralentizo el ritmo un segundo mientras voy asegurándome, mentalmente, de que no está enfadado.

No estoy bailando con un chico de por aquí.

No voy desnuda.

He venido con tres familiares (todos tíos), o sea, que tampoco es que no vaya armada ni tenga a gente que me proteja.

No está enfadado (creo). Solo está... mirándome.

Siento un aleteo en el estómago.

Aparto la mirada y diviso a Noah en la mesa de billar con algunos amigos, tomándose un chupito de algo marrón. De repente, desvía la suya hacia mí, como si llevase todo el rato pendiente de dónde estoy por el rabillo del ojo. Me mira con dulzura, pero con los labios apretados.

Me entran ganas de sonreír, pero me contengo.

La futura novia me rodea la cintura con un brazo y yo le paso el mío por el hombro mientras cantamos y bailamos. Sin embargo, todas las sonrisas que se me dibujan a mí en los labios tienen otro dueño. Espero que Jake observe todo lo que hago. Y confío en que Noah se fije en cada uno de mis movimientos.

Me encanta que me presten atención.

Cuando termina la música, río con las chicas y nos dispersamos mientras empieza a sonar algo más lento. Y entonces me giro para buscar a mi tío en la barra.

No obstante, nada más hacerlo, me topo con alguien. Levanto la cabeza y descubro a Terrance Holcomb.

—Hey, California —me dice colocándome ambas manos en la cintura.

Lo empujo y le contesto:

—Aparta.

Jake no mentiría con lo que me contó del local del cual es dueño este tío. No quiero tener nada que ver con él.

—¿Has conocido ya a mi amiga? —me pregunta.

¿Qué?

Y, entonces, alguien se me acerca por detrás. Giro la cabeza y veo a Cici a mis espaldas. Ella también me agarra las caderas y me apoya la barbilla en el hombro.

¿Estos dos son amigos? Entonces, ¿qué pinta Kaleb en todo esto?

Intento zafarme de ellos sin montar un numerito; sin embargo, cada vez que me suelto un poco, vuelven a agarrarme.

Miro a mi alrededor en busca de Jake o de Noah, pero de repente estamos rodeados de una multitud. Enorme.

De hombres.

¿Qué narices...?

Todas las chicas que había en la pista de baile han desaparecido, reemplazadas por los compis de *motocross* de Holcomb.

Y entonces caigo. Nos han rodeado para cubrirnos. Para evitar que nos vean Jake y Noah.

—¿Qué pasaría si te dijera que aquel día, en la cueva, Kaleb sí que me pegó? —pregunta Cici detrás de mí—. ¿Aún querrías pasar el invierno en el pico encerrada bajo el mismo techo que él?

Me detengo, petrificada. ¿Qué?

—¿Y si te dijera... —prosigue Cici recorriéndome las tiras del vestido con las manos— que se muere de ganas de hacerte sangrar a ti también y que lo único que está haciendo es ganar tiempo hasta que no tengas escapatoria?

Se me seca la boca y se me eriza la piel. Kaleb...

Kaleb no es así.

Holcomb sacude la cabeza con una sonrisa socarrona en los labios.

—Te han dicho que tengas cuidado conmigo, ¿a que sí? —me pregunta—. Con quien deberías tener cuidado es con ellos. Solo querían tenerte en su casa porque eres rica y guapa. Piensa en lo bien que le puede venir tu dinero a Van der Berg Extreme y en lo que puedes hacerles con tu cuerpo, en la cama.

Niego con la cabeza. «No».

—A Noah no le harán falta patrocinadores —continúa Holcomb—. Ya te tendrá a ti. Dispondrá de más dinero del que jamás podrá soñar cualquiera de nosotros y ni siquiera tendrá que esmerarse para conseguirlo, porque lo quieres y le darás todo lo que se le antoje.

—No.

—O sea, ¿que ninguno de los tres te ha puesto la mano encima? —pregunta Cici.

Aprieto los dientes. De todos modos, la cabeza me va a mil por hora al acordarme de lo ocurrido con Kaleb en el capó del coche y con Jake en la cocina.

—¿No te has sentido amenazada? —insiste Holcomb—. ¿Ni una sola vez?

«Si hubieses estado bailando con un tío así en público, te habría dado un buen azote».

Al acordarme de las palabras de mi tío, esas con las que me amenazó hace semanas, la respiración se me vuelve pesada y superficial. Cici debió de oírlo cuando me separó de ella y debió de contárselo a Terrance.

—Y ahora ya has cumplido los dieciocho —añade Terrance—. Eres perfectamente mayor de edad en los cincuenta estados del país. Justo cuando va a empezar a nevar.

Las palabras se me amontonan en la garganta. Sacudo los brazos con fuerza y me deshago de sus manos.

—En el fondo, no les caes bien —me dice Cici—. Pero les vienes bien, eso sí. Al igual que el resto, que estamos para servirlos. —Me dibuja unos círculos en el vientre con la mano sin quitarme la cabeza del hombro—. Y cuando te hayan follado y te hayan dejado preñada, te controlarán. A ti y a tu cuenta bancaria. Para siempre.

No. Ellos son mi hogar. El pico es mi hogar.

—Quédate con nosotros —me susurra Holcomb acortando la distancia—. Vente a casa conmigo.

Las lágrimas se me van acumulando en los ojos. Y cuando Holcomb me acerca los labios al cuello, me pongo a gritar.

«No».

Pero justo entonces, alguien me agarra por la muñeca y tira de mí hasta sacarme de ahí en medio. Ahogo un grito y trastabillo por la pista de baile hasta chocar con Kaleb, que me aproxima a él. Me abraza, apoyo la frente en la suya y levanto la vista con lágrimas en los ojos.

Me da un beso en la frente y me quedo helada un segundo.

Kaleb...

Las palabras de Holcomb y de Cici siguen retumbándome por la cabeza, pero cuando me envuelve el calor corporal de Kaleb, todo lo

que me han dicho esos dos empieza a desvanecerse cada vez más hasta que no queda nada; solo él.

Exhalo y cierro los ojos.

Los Van der Berg no son mis padres. Esto es real. Se preocupan por mí y quieren que esté con ellos.

Kaleb se separa y volvemos a quedarnos con las frentes pegadas mientras él me mira fijamente a los ojos. Me pasa el pulgar por debajo y me seca las lágrimas.

Quiero asegurarle que estoy bien. Aun así, antes de que pueda hacerlo, baja las manos, se le ensombrece la mirada y me esconde detrás de él antes de abalanzarse sobre Holcomb.

Lo agarra por el cuello y lo empotra contra el tocadiscos, no sin tirar a otras personas al suelo.

Hago una mueca y me quedo mirando cómo choca el chaval contra la máquina y se agrieta el cristal.

Se desata el caos. Los tíos del *motocross* van a por Kaleb, una botella cae al suelo y se rompe, y unas cuantas mujeres acaban empotradas contra una mesa y arrastrando las piernas por el suelo.

—¡Kaleb! —grito.

Cici aprovecha que mi primo está distraído para empujarme por el pecho; trastabillo hacia atrás y me arde la mirada a causa del enfado. Noah me coge de la mano y me aparta, pero yo sigo fulminando iracunda a la otra chica hasta que esta desaparece entre la multitud.

Tira de mí hasta la otra punta de la barra y yo giro la cabeza hacia el montón de matones que llenan la pista de baile, pero no distingo a Kaleb por ninguna parte. ¿Lo habrán tirado al suelo o algo parecido?

El barman salta por encima de la barra, bate de béisbol en mano, y Jake me aparta de Noah mientras este sale corriendo para ir a

buscar a su hermano.

—¿Estás bien? —me pregunta Jake.

Asiento rápidamente. Estoy demasiado preocupada por los chicos. Ni siquiera puedo decir que todo esto lo haya iniciado alguien más. Técnicamente, el primero en atacar ha sido Kaleb.

Aún noto la calidez de su beso en la frente.

—Sube a la camioneta. —Jake me pasa las llaves y me empuja hacia la puerta.

Camino de espaldas. Ya no suena nada de música, y la gente está pendiente de la pelea. El corazón me late con fuerza en el pecho y, a pesar de que sé que no es el caso, tengo la impresión de que, en cierto modo, todo esto es mi culpa.

Aunque si yo no estuviera aquí...

Jake se mete en la pelea en busca de sus hijos. Doy media vuelta y echo a correr hacia fuera, en dirección a la camioneta que hemos aparcado en la acera.

Subo, tiro los tacones atrás y pongo la llave en el contacto.

Siento un escalofrío, enciendo la calefacción y activo el limpiaparabrisas. Por suerte, aún no se han congelado los cristales y me soplo las manos en un intento por entrar en calor. Mierda, me he dejado el chal dentro.

La puerta del bar se abre de par en par; me giro y veo que Kaleb sale de mala gana, seguido de su padre y de su hermano. Da la vuelta a la camioneta para sentarse detrás del volante.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando abre la puerta.

Aunque sé que no me va a responder.

Me empuja para que me aparte, sube y pone primera a la vez que Jake toma asiento a mi lado y Noah se acomoda en la parte de atrás.

Pillo la indirecta y salto hacia atrás para sentarme con mi primo.

La puerta del bar vuelve a abrirse y salen un montón de tíos a toda prisa. Quien lleva la voz cantante en el grupito es Terrance y a mí casi no me da ni tiempo a mirar a Kaleb antes de que este vuelva a cambiar y ponga la marcha atrás.

—Joder... —exclama Noah como si ya supiera qué va a hacer su hermano.

Y giro la cabeza justo cuando Kaleb pisa el acelerador, decidido. La camioneta va directa hacia la hilera de motos; me sujeto a la agarradera que queda encima de mi puerta y cierro los ojos con fuerza mientras impactamos contra todas esas motos de *cross*.

—¡Kaleb! —lo riñe Jake.

Pero ya es demasiado tarde. Nos balanceamos de un lado para otro, chafando bien las motos. El corazón me da un vuelco y noto un nudo en el estómago, pero hasta casi tengo ganas de reír también.

Se lo merecen.

—¡Hijo de puta! —oigo que lo insulta alguien.

Y luego alguien grita bien alto:

—¡Te voy a matar!

Miro por la ventana y, de repente, me fijo en dos polis al otro lado de la calle. Van vestidos con chaquetones y unos gorros de invierno, y están saliendo del coche patrulla.

—Mierda —me lamento.

—¡Kaleb, arranca! ¡Venga! —le grita Noah cuando ve lo mismo que acabo de ver yo.

Su hermano no duda ni un segundo. Antes de que a los polis les dé tiempo a detenerlo, Kaleb le da al gas y arranca a toda pastilla. Al mirar por el retrovisor, compruebo que los demás chicos corren hacia las motos y los polis vuelven a meterse en el coche.

La camioneta avanza que se las pela y la nieve va azotando los cristales bajo el oscuro manto de la noche. Vuelvo a ponerme los

zapatos.

Kaleb apaga las luces, como si no supiera ya todo el pueblo hacia dónde nos dirigimos. Levanto la vista por encima de su asiento en un intento por corroborar qué ve él a través del retrovisor lateral.

A lo lejos, atisbo unas luces que nos siguen y oigo cómo los neumáticos se deslizan a nuestros pies mientras la nieve se va congelando. Jake enciende el desempañador.

—¿En serio nos persiguen con el tiempo que hace? —suelto con la vista puesta atrás—. Igual deberíamos parar.

Van con las motos de *cross*. Y está helando. Como haya un accidente, la cosa podría ponerse más fea todavía.

Pero no me está escuchando nadie.

—Ralentiza —le ordena Jake.

Sin embargo, Kaleb pasa de él. La camioneta derrapa y Kaleb pega un volantazo para llevar la rueda al arcén, bastándose de la gravilla para conseguir más fricción mientras se aleja cada vez más y nos adentramos en las montañas.

Como van con menos peso, las motos se nos acercan, pero entonces vislumbro un par de faros hacia abajo, como si las motos hubiesen resbalado. Los demás siguen el ejemplo de Kaleb y utilizan el arcén mientras las luces rojas y azules del coche patrulla centellean a lo lejos.

«No, no, no... Esto no para de empeorar».

Seguimos avanzando y me doy cuenta de que ahora ya nos siguen menos luces. Algunos de los pilotos perseguidores han decidido dejarlo para otro día y tirar la toalla gracias a la nevada que está cayendo.

Pero ¿por qué estamos corriendo? Ha sido una pelea en un bar; tampoco es para tanto... Aunque lo que sí es para tanto es que

Kaleb se haya cargado unos bienes materiales. No dejarán de perseguirnos hasta que estemos dentro de casa.

De repente, las luces del coche patrulla desaparecen. Me quedo mirando el faro de dicho vehículo y descubro que ellos también dan media vuelta y regresan al pueblo.

Supongo que ya saben dónde encontrar a Kaleb mañana.

Los neumáticos patinan y la camioneta se desplaza hacia atrás. Inhalo sonoramente y clavo las uñas en la parte trasera del asiento de Kaleb. No deberíamos estar haciendo esto.

—Ay, Dios —musito, y miro hacia el barranco que queda a mi lado de la camioneta. El miedo a caer me paraliza.

A las motos que aún tenemos detrás les cuesta seguir subiendo la cuesta y, justo cuando estoy a punto de sugerir que paremos o que nos bajemos y vayamos a casa caminando porque no nos queda ni un kilómetro y medio para llegar, Kaleb gira hacia la derecha y salimos de la carretera. El vehículo acaba en una cuneta y Kaleb pisa el gas para llevarnos por el bosque. Entre los árboles, la camioneta avanza con más estabilidad.

Me giro y veo que las motos se quedan atrás, perdidas entre la oscuridad y la nieve. Y, como Kaleb ha apagado las luces para que no puedan seguirnos, no saben hacia dónde nos dirigimos.

Creo que me paso sin respirar el trayecto entero hasta llegar a casa.

Kaleb conduce a través del bosque, y cuando frena, una vez en casa, saltamos todos y miramos a nuestro alrededor en busca de los polis o los moteros.

—¡Adentro! ¡Rápido! —nos ordena Jake.

Entramos a toda prisa y cerramos de un portazo. Noah se apoya contra la puerta y respira con pesadez.

¿Qué hemos hecho?

Vamos a tener que pagar por esto. No van a hacer la vista gorda.

Pero, de repente, Noah se echa a reír.

Histérico.

Me enderezo y lo miro con la frente arrugada.

—A mí no me hace gracia —gruño—. Podría haber muerto alguien. Cuando deje de nevar, esos subirán hasta aquí. Y los polis pillarán a Kaleb.

Miro a este último, que está la mar de tranquilo yendo hacia la cocina y quitándose la camiseta como si estuviese listo para irse a dormir o vete a saber qué.

Noah deja de reír, se yergue y se coloca a mi lado.

—No dejará de nevar —me asegura. Me mira a los ojos y me da unas palmaditas en el brazo antes de añadir—: Hasta abril.

Y luego sigue a Kaleb hasta la nevera para pillar una birra.

Capítulo dieciséis

Tiernan

Ya se han acumulado casi ocho centímetros en mi balcón. Es una tormenta de nieve increíble; estos brillantes copos blancos caen al suelo con tal densidad que apenas se aprecia que es de noche. Río por lo bajini y miro a través de las ventanas de mis puertas dobles. La casa está en silencio. Los chicos se han acostado hace rato, pero yo no consigo conciliar el sueño. Quiero disfrutar de esto.

Es precioso. Y, por alguna razón, me siento en el paraíso a pesar de que Noah se queje de que nos pasaremos seis meses alejados de la civilización. Aquí tengo todo cuanto necesito.

Jake nos ha pedido que nos ocupáramos de los caballos antes de irnos a la cama, pero a mí todavía me sabe mal que sigan fuera, en el establo. La nieve se está endureciendo, lo cual quiere decir que el suelo también se está quedando helado.

Me doy la vuelta, temblando, y escondo los puños bajo los brazos. Debería ponerme el pijama que me he comprado, pero no me gusta nada meterme en la cama con pantalones. Echo a andar y decido quedarme con los *shorts* de seda y una camisa estilo Oxford puestos, y me envuelvo en una manta antes de tumbarme en la cama.

No obstante, veo que, al final de esta, hay algo. Me detengo, me acerco y cojo la correa de Kaleb.

La que me ha regalado, vaya. La he tirado aquí mismo antes, al llegar.

La agarro de un extremo, me la coloco alrededor de la muñeca y tiro de ella para estudiar los grabados que ha hecho.

Un poco artista sí que es, ¿no? Me lo imagino confeccionándola, seguramente en el desván o en uno de los cuartos del establo que aún no he explorado; un espacio donde no va a molestarlo nadie. O a lo mejor la hizo en su cuarto.

Ahora que lo pienso, ¿cómo será su cuarto? Nunca me he atrevido a subir, y la única vez que me tío me pidió que doblara la ropa limpia, no había nada de Kaleb, así que tampoco tuve ninguna excusa para entrar en su habitación, como sí hago en la de Noah.

Acaricio el atrapasueños con el pulgar.

¿En qué debía estar pensando cuando se puso a tallar todo esto? Debió de pensar en mí.

Le dedicó tiempo a hacerme la correa. Muchísimo tiempo.

Me quedo mirando las muescas y camino distraídamente hacia el espejo de pared que tengo mientras paso la tira por la hebilla y meto la mano en el agujero que forma.

Tiro de la correa, acabo de pasarla del todo por la hebilla y noto cómo el frío cuero se me ajusta a la piel.

Percibo que me sube algo por la garganta, a medio camino entre el vómito y el vuelco que me ha dado el estómago. Respiro de forma superficial y se me agita el pecho.

Me miro en el espejo.

La correa se me ajusta a la muñeca como si fueran unas esposas. Lo que sobra de la tira se queda colgando. Se me cuela una imagen en la mente y dejo de respirar: Kaleb agarrando la tira y atándola a su cama, sobre la cabeza de alguna chica.

Me imagino a Kaleb tirando de la correa y a ella moviendo el cuerpo, y gimo.

«Dios». Sacudo la cabeza, me quito la correa de la muñeca y vuelvo a tirarla en la cama.

No soy lo suficientemente mayor para esto. Y... tengo dos muñecas. Kaleb solo me dio una. «Qué majo, intentando asustarme, Noah».

Vuelvo a sentir un escalofrío y desvío la vista hacia la chimenea. Me he quedado sin leña. Genial.

Me deshago de la manta, tirándola en la cama, cruzo el pasillo y bajo las escaleras a toda prisa. No voy a ir al taller. Hace un frío que pela.

El fuego de la chimenea del salón principal aún no se ha apagado del todo, y voy directa hacia el montón de leña que hay justo al lado del hogar.

Pero no puedo resistirme.

Me giro, me agacho muy sutilmente y dejo que el fuego me caliente los muslos por detrás. Acerco también los dedos a las llamas y los muevo, disfrutando del calor.

Levanto la cabeza y descubro a Kaleb sentado en la alta silla de cuero negro que tengo a menos de un metro, observándome.

Tiene una pistola en el regazo y el cuello de un botellín de cerveza agarrado entre los dedos.

Me yergo y se me pone la piel de gallina.

—¿Va todo bien?

Se encorva un poco. Sus largas piernas están dobladas a noventa grados por las rodillas y el brillo que emiten las llamas se le refleja en el pecho.

—Sé que me entiendes —señalo—. Sé que puedes asentir. O escribir algo. ¿Por qué no quieres hablarme?

Él continúa observándome y la luz del fuego hace que le centellee la mirada. Arrugo la frente.

Actúa como si fuera un animal. Solo come, duerme y...

Alguien abre y cierra la puerta del taller. Aparto la vista de Kaleb y distingo a Noah entrando en el salón.

Me mira. Él también lleva un arma encima.

—¿Tú tampoco podías dormir? —pregunta.

Lo observo mientras revisa que esté todo bien cerrado.

—Hacía frío —contesto—. He venido a por leña.

—¿Quieres quedarte a ver una peli con nosotros? —sugiere.

—Pensaba que no podían llegar hasta aquí —me limito a responder.

Se deja caer en el sofá y coloca el arma sobre el reposabrazos.

—Y no pueden.

—Entonces, ¿por qué estáis los dos vigilando?

—Por precaución.

—¿Para qué? —insisto, casi divertida—. Como aparezcan por aquí unos agentes de policía, ¿en serio tenéis pensado dispararles con un arma de fuego?

Noah niega con la cabeza.

—A ellos no.

Miro a Kaleb, que le da un sorbo a la cerveza con la vista puesta en el fuego. Luego, desvío la mirada de nuevo hacia Noah.

Debe de percibir la confusión en mi cara, porque se apresura a explicarme:

—Holcomb y sus secuaces saben que aquí estamos a salvo y que no pueden hacernos nada durante el invierno —suelta—, pero..., en el pueblo... La gente y todo en general también está a salvo de nosotros. —Pilla la birra que hay al final de la mesa, le quita el tapón y lo tira al lado de la lámpara—. Si la nieve no cuaja tanto como nos gustaría, lo veo capaz de atacarnos esta misma noche e intentar

llevarte al pueblo antes de que nos despertemos y podamos seguiros mientras el tiempo aguante.

O sea, que...

Alterno la vista entre el uno y el otro.

—¿Estáis protegiéndome a mí?

Sonríe por toda respuesta.

¿Están despiertos a la una de la madrugada, armados y en alerta por mí?

—Oooooh... —canturreo, fingiendo que se me llenan los ojos de lágrimas y llevándome la mano al corazón.

—Calla —refunfuña Noah.

Río por lo bajo y voy hacia la cocina para coger una cerveza de la nevera.

—Bueno, ¿qué sucederá entonces? —pregunto sentándome en el sofá al lado de Noah y cruzándome de piernas—. ¿Kaleb tendrá problemas cuando se derrita la nieve?

Lo de esta noche ha sido culpa de los locales, pero soy consciente de que, si yo no hubiese estado aquí, no habría pasado nada en absoluto.

—No es culpa tuya—me asegura Noah apuntando a la tele con el mando para encenderla—. Para algo te estaban buscando.

—¿Para qué?

Inspira profundamente y suspira.

—Porque a ciertas personas no les basta con lo que tienen —me cuenta—. Lo quieren todo.

Me lo quedo mirando mientras él va haciendo *zapping*. No tengo muy claro de lo que está hablando, pero al menos suena como si todo esto no hubiese empezado por mí. Cojo la manta que hay detrás del sofá, me tapo las piernas y doy un trago de cerveza.

La sala se queda en silencio mientras nosotros vamos viendo qué poner, pero yo no es que esté demasiado concentrada. Noah lleva unos pantalones de pijama negros y una camiseta de tirantes blanca; todavía tiene la piel morena y suave y, al fijarme en eso, me entran ganas de poner los ojos en blanco. Tampoco es que pueda estar holgazaneando con ellos a menudo. Los chicos suelen quedarse viendo la tele hasta tarde por las noches, pero yo estoy tan cansada al final del día que lo único que quiero es meterme en la cama.

Escoge una película (una en la que sale Tom Cruise de joven). Apoyo la cabeza en el sofá y sujeto la cerveza con las manos mientras intento fijar los ojos en la pantalla.

Lo único que sé de la película en cuestión es que se lo ve bailando en ropa interior, y me encuentro mirando a Kaleb constantemente en busca de algo que indique que se está divirtiendo. O para comprobar, aunque sea, si mueve los pies al ritmo de la música.

Sin embargo, el arco del respaldo de la silla le tapa la cara y apenas cambia de posición en toda la película.

Aunque la banda sonora de Tangerine Dream es decente. Por desgracia, Tom (o Joel) es un buen chaval que intenta perder la virginidad a petición de los estúpidos de sus amigos cuando sus padres se van a pasar unos cuantos días fuera del pueblo. Así que, ¿qué hace? Contrata a una prostituta y convierte la casa de sus padres en un burdel. No es más que una fantasía de chicos adolescentes; me parece increíble que esta película lo catapultara a la fama.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Vaya chorrada de película.

—Ah, ¿sí? —pregunta Noah mientras mira a Joel y Lana enrollándose en un tren en público—. Porque te he visto riendo, y ahora estoy confundido.

No me he reído en ningún momento. La comedia esta es mediocre.

—Pues yo perdí la virginidad más o menos así —suelta, y le da un sorbo a la cerveza.

Arqueo una ceja y lo miro.

—¿Con una prostituta?

—Con una mujer mayor que yo que solo quería una cosa.

—¿Tu dinero?

Oigo una risa airada y giro la cabeza para ver cómo se le agitan sutilmente el pecho y el estómago a Kaleb. ¿Acabo de...? ¿Y él acaba de...?

Madre mía. Se ha reído. Por una broma que he hecho yo.

Me termino la birra y dejo el botellín en la mesita. La única luz que ilumina el salón proviene del centelleo del fuego.

—Bueno, pues siento que la cosa no os haya salido mejor esta noche.

—¿A qué te refieres?

—A que era vuestra última oportunidad para traeros a alguien a casa por la noche —les vacilo—. Ya no tendréis nada con qué jugar en todo el invierno.

Noah guarda silencio un momento, como si estuviese planteándose si decir algo o no.

—Puede —dice finalmente.

Entorno los ojos.

«Puede...».

Asiento.

—Tienes razón. A ver, seguro que no somos los únicos que viven aquí arriba, ¿no? —pregunto—. Tiene que haber más hombres.

Me mira y añade:

—¿Disculpa?

—Más cuerpos —aclaro manteniéndome seria—. Que seguro que hay más tíos encerrados en cabañas de por aquí, ¿no? No pasa nada. En la cárcel, es el pan de cada día. Si la necesidad aprieta, puedes hacerte gay temporalmente.

Arquea las cejas de repente.

—¿Discuuulpa? —repite.

Sin embargo, antes de que me dé tiempo a responder, se me echa encima, me agarra de las piernas y tira de mí hacia él para hacerme cosquillas a la altura de las costillas.

Intento contener la risa, pero se me escapa un poco.

—Para.

—¿Qué has dicho? —Me da unos golpecitos en la parte interior del muslo y yo le propino un golpe en la mano.

—Bueno, eres bastante metrosexual.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué? —Me hago un ovillo para cubrirme el estómago y que no pueda hacerme cosquillas allí con los dedos.

—Te vi bailando con Cici en la carrera. —Se inclina hacia mí y sigue con las cosquillas—. Igual a quien le pone eso de los rollos homosexuales es a ti.

Río ligera y discretamente, pero le suplico con la mirada.

—Para ya. —Le aparto las manos, pero él sigue insistiendo—. A ver, que no pasa nada. De alguna forma tendrás que lidiar con tanto aislamiento, ¿no?

Gruñe, me agarra los pies y me hace cosquillas en las plantas.

Yo doy patadas y río con fuerza.

—¡Para ya!

Me rodea con un brazo y me susurra al oído:

—¿Quieres ver cómo lidiamos con tanto aislamiento?

Se me desdibuja la sonrisa, dejo de reír y me lo quedo mirando mientras él va pasando por varios canales hasta quedarse en uno.

Estoy sentada en su regazo, con la espalda apoyada en su pecho, y soy plenamente consciente de que tengo su cuerpo debajo del mío y que nos separa únicamente la fina capa de ropa que llevamos.

Entro en tensión.

Otra sutil luz ilumina la sala, pero me da miedo levantar la vista porque ya sé qué ha puesto en la tele.

No puedo mirar.

Pero tampoco quiero irme.

Oigo besos. Y lluvia.

Los actores son tan malos que hasta dan vergüenza ajena, pero... qué sé yo.

Me quedo sentada encima de Noah.

En la pantalla se ven un chico y una chica. Adolescentes. Están enrollándose en el coche y, a juzgar por la conversación que están teniendo, se encuentran en medio del bosque una noche de lluvia. Aislados y solos.

O eso creen.

Levanto la vista y miro aquella degradada imagen pornográfica, con las ventanas del coche de los protagonistas empañadas mientras la lluvia azota el capó. Entonces se aprecian las luces de unas linternas y un par de polis dan unos golpes en la ventanilla.

Noah me sujeta y me frota el dorso de la mano con el pulgar.

—No, por favor —le suplica el protagonista de la película a los polis—. No tengo dinero para todo eso. Ya lo pagaré. ¿Podemos olvidarnos del tema?

Por lo visto, el muy pringado tiene pendientes un par de órdenes judiciales por no haber pagado unas multas y por tener el seguro caducado. Y quieren meterlo entre rejas.

Sin embargo, en ese momento (cómo no), enfocan con las linternas dentro del coche y se fijan en la novieta del tío.

Uno de los polis ladea la cabeza y le hace una contraoferta al chaval para librarse de la cárcel sin abonar nada.

Me quedo mirando cómo ese par de policías sin uniforme sacan a la chica del coche y la coaccionan. El novio puede volver a casa libre y olvidarse de las órdenes judiciales y ella no tendrá que llamar a su padre para que vaya a recogerla hoy a comisaría. Siempre y cuando les dé lo que quieren.

La lluvia le moja la camisa que lleva atada justo por debajo de los pechos, dejándole la piel y los pezones a la vista. Los policías se los quedan mirando, deseosos. Siento cierta punzada en la entrepierna; una especie de cálidas palpitaciones.

—A esto nos dedicamos —me susurra Noah al oído—. Así es como pasamos el invierno, Tiernan.

Miro a Kaleb. La cara le queda escondida, pero tiene la respiración agitada y distingo cómo se le van hinchando y deshinchando el pecho y el estómago.

—Y a lo que te dedicarás tú también —añade Noah.

¿Con ellos? ¿O...?

Oigo cómo se le desgarra la ropa a la chica y bajo la vista.

Noah empieza a respirar de forma acelerada y se retuerce debajo de mí. Se le ha empalmado la polla y noto cómo me roza el cuerpo.

Inhalo con fuerza.

—Deberías irte ya a la cama —me dice en voz baja.

Me baja de su regazo con delicadeza y me sienta en el sofá para ponerse cómodo mientras el poli levanta a la chica para colocarla

contra la ventana del coche de su novio con las tetas al aire y empotradas contra el cristal para que el chico no pierda ripio.

Me deslizo por el sofá. Debería irme. Debería...

El poli le baja los *shorts* a la chica, le arranca la camisa y le echa las braguitas a un lado antes de agarrarla por el pelo y penetrarla a la fuerza.

Ella gime. Parece que tenga vergüenza y que se sienta culpable, pero no protesta. La cámara enfoca ahora a su novio, que observa cómo los húmedos pechos de su chica rebotan contra el cristal mientras se la follan delante de sus narices.

Me fijo en Noah y descubro que ya no está mirando la película. Está mirándome a mí.

—Último aviso —me advierte con un hilo de voz, tocándose la polla por encima de los pantalones—. Deberías irte.

Pero no quiero. Me sonrojo, me subo la manta para cubrirme las piernas y le aguanto la mirada mientras él me da unos cuantos segundos de margen más para asegurarse de que estoy convencida de quedarme.

Se le dibuja una sonrisa en los labios, pero su humor habitual ha desaparecido. Está cachondo. Tiene el cuerpo entero en tensión y le arde la mirada; sabe que estamos a punto de cruzar los límites.

Me aguanta la mirada, se mete la mano por dentro de los pantalones negros y empieza a masturbarse bajo la tela, sin perderme de vista para comprobar cómo reacciono. Al ver que no me muevo, se la saca.

De inmediato, presto atención a lo que tiene entre la mano y de repente siento cierto aleteo y una ola de calor en el estómago.

«Mierda».

La tiene ancha y dura, y la luz que emite el fuego le ilumina su grueso glande. Me quedo mirando cómo se quita la camiseta y se

lame la mano para frotarse con fuerza una y otra vez sin apartar la vista de mí.

—¿Quieres mirar? —me pregunta en un susurro tan bajo que apenas lo oigo.

«Sí». Su precioso cuerpo resplandece y se tensa mientras él se va masturbando. Y yo me relamo los labios muy pendiente de sus movimientos. Solo quiero mirar.

Vuelve a sonreír y desvía la vista de nuevo hacia el televisor mientras yo voy alternando la mía entre él y la tele; entre una cosa y la otra, el corazón me late cada vez más rápido y con más fuerza. Noto la humedad que se me va acumulando en la entrepierna y me reclino sobre el reposabrazos. Los gemidos de la chica, los gruñidos de los polis y la respiración de los chicos llenan este pequeño espacio mientras a Noah se le empapa el pecho de sudor.

Los polis están tratando a esa chica con muchísima brusquedad. El primero se corre dentro y le aprieta los pechos mientras el segundo enseguida la tira en el asiento trasero del coche del novio, se desabrocha los pantalones y se coloca encima de ella para aprovechar su turno.

El novio de la chica se los queda mirando por el retrovisor. Ella está espatarrada, con una pierna apoyada en el asiento delantero, mientras el poli la embiste con fuerza y su cuerpo se agita repetidamente.

Empiezo a respirar de forma jadeante y superficial; la presión que siento en la entrepierna es cada vez mayor, y me palpita con más y más fuerza. Noto cierta presión también en la parte baja del estómago y me muerdo el labio inferior al ver cómo crece el bulto que se esconde bajo los vaqueros de Kaleb.

Dios mío.

Me hundo en el sofá, apoyo la espalda y aprieto los muslos para aliviar dicha sensación. Noah me coge la pierna, se la coloca sobre el regazo, me apoya una mano en el muslo, cierra los ojos y sigue haciéndose la paja con la otra.

El poli se sienta, se coloca a la chica en su regazo y se la folla por detrás mientras mira a su novio por el retrovisor.

—Menuda zorra —gruñe el poli, es evidente que está cachondo.

Ella se muerde el labio inferior para reprimir una sonrisa.

Gime, grita, se oyen los azotes de dos cuerpos al chocar y a la chica se le pega la melena al cuerpo. Al final, llega el turno del novio. Yo apenas puedo respirar porque se me aviva el cuerpo entero, se me enciende cada una de las terminaciones nerviosas y siento una necesidad tan brutal que no puedo no frotarme la vagina con la base de la palma de la mano.

Se me encienden más terminaciones nerviosas. Gruño.

Con la mano bajo la manta, cuelo un dedo por debajo de los *shorts* y de las braguitas y empiezo a juguetear con el clítoris. Kaleb empieza a frotarse la polla por encima de los pantalones y Noah se masturba con unos movimientos largos y lentos mientras respira a través de los dientes, cada vez más cachondo.

Me levanto la camiseta y noto la maravillosa sensación del roce del tejido lanudo de la manta en los pezones. Me bajo un poco los pantalones, lo mínimo para poder colar la mano más fácilmente.

Cierro los ojos y me dejo llevar por esa fantasía. Me dejo llevar por el momento, por ellos, aprovechando que nadie puede impedirnos que paremos.

Bajo los dedos y me esparzo aquella humedad por encima del clítoris mientras me froto cada vez más y más rápido, imaginándome que tengo la boca de alguien entre las piernas, lamiéndomelo y saboreándome.

Muevo el cuerpo hacia delante y hacia atrás pensando en su boca. En su cara entre mis piernas, comiéndomelo y diciéndome lo dulce que lo tengo.

Oh, Dios. Me froto cada vez más deprisa sin darme cuenta apenas de dónde está el botellín o de que la manta se ha resbalado porque me da igual. Me-da-igual.

Muevo las caderas; se me tensa la piel de los pezones con el frescor del aire y arqueo la espalda hacia atrás. Me cuelo medio dedo dentro y me estremezco de placer.

Dios mío... Me encanta esta sensación. Me muerdo la comisura de los labios. Necesito más.

«Necesito más. Necesito...».

De repente, me doy cuenta de que ya no hay sonido. El de la peli ha desaparecido. El salón se ha quedado en silencio y no oigo ni los gritos ni los gemidos de la protagonista. Abro los ojos sin dejar de dibujar círculos en el clítoris.

Noah y Kaleb ya no tienen la vista puesta en la peli. La tienen puesta en mí.

Respiro sobresaltada y paro de tocarme.

Me quedo literalmente boquiabierta, bajo la mirada y me fijo en que se me ha caído la manta al suelo. Noah continúa mirándome, sentado a mi lado, pero ya no se está tocando, y Kaleb se ha levantado de la silla y está observándome de pie.

Como me he levantado la camiseta, se me han quedado los pechos al aire. Me quito la mano de debajo de los *shorts*. No puedo hablar y apenas consigo respirar.

Mierda.

Me yergo de inmediato, pero Noah se inclina sobre mí antes de que me dé tiempo a saltar del sofá.

—No pares —me susurra.

Tiene la frente arrugada y una mirada vulnerable; hasta parece que estuviera casi sufriendo.

Me coge la mano. Entro en tensión, pero no me aparto, sino que me lo quedo mirando mientras él se lleva mis dedos a la boca. Los mismos con los que me estaba tocando hace un minuto.

Los chupa uno a uno y luego vuelve a bajarme mi propia mano a la entrepierna.

—Vuelve a tocarte —me ordena.

«No. Yo...».

Me da un beso en la frente y se esconde la polla bajo los pantalones.

—No pasa nada —añade—. Frótate el clítoris.

Aún siento la necesidad por todo el cuerpo y una gota de sudor me recorre la espalda. Kaleb sigue sin quitarme los ojos de encima; está tenso de arriba abajo y ni siquiera pestañea.

Los miro alternativamente al uno y al otro, nerviosa, pero vuelvo a colarme los dedos bajo las braguitas y empiezo a jugar con mi propio sexo tal y como me ha pedido Noah. Este vuelve a recorrerme el cuerpo con la vista, estudiándome entera.

—Fíjate en lo que ha estado escondiendo bajo mi ropa —le dice a su hermano.

Kaleb camina hacia el sofá, se coloca detrás de mí y yo levanto la vista para mirarlo a los ojos. Me aparta un mechón de pelo de la frente y Noah me va besando la cara con delicadeza.

Empiezo a tocarme con más fuerza con ellos aquí, mirándome.

—Muy bien —me dice Noah con un tono de voz cortante mientras me sujeta la cara con las manos y me va besando la nariz y los labios—. Buena chica.

Noto que me cuela los dedos bajo la cintura del pantalón y que empieza a bajarme los *shorts*.

Lo miro suplicante y le pido:

—No.

—Sí —responde.

Me baja los pantalones hasta que me quedan justo por debajo de las nalgas para que puedan mirarme bien mientras me masturbo.

Noah desliza sus labios hasta el vientre y me va dejando besos por el cuerpo. En un acto reflejo, yo lo aparto con la otra mano. O a lo mejor lo sujeto para que no se mueva de aquí, ya no lo sé. Sin embargo, Kaleb me agarra por la muñeca y me aparta la mano.

Lo miro a los ojos y gruño mientras sigo dibujándome círculos en el clítoris.

—Al final resultará que igual sí tendremos con qué jugar este invierno —le dice Noah a su hermano.

Hago una mueca con los labios con ánimo de protestar, pero Noah me besa y me susurra:

—Chissst.

Dios, tiene unos labios supersuaves. Jadeo con la boca pegada a la suya.

—Tiernan. —Exhala mirándome la mano que tengo en mi sexo desnudo—. Joder, tío —le dice ahora a su hermano—. Mírala. ¿Habías visto algo tan bonito alguna vez? Y seguro que lo tiene estrecho que flipas.

Agacha la cara, me lame el pezón y algo se apodera de mí. Es como si estuviera a punto de explotar, joder.

—Noah... —gimo.

—Tiernan... —Me besa la piel, jugueteando con mi pezón con los dientes—. Quiero follarte. —Levanta la cara y me la acerca a la boca mientras se frota la polla con el dorso de la mano que tengo en la entrepierna—. Quiero follarte. Todo el invierno.

Reposo la vista en sus labios, dispuesta a bajarle los pantalones y dejar que lo haga. Levanto los ojos y miro a Kaleb fijamente a los suyos mientras beso a su hermano.

—Hemos tenido a la más guapa de todas bajo nuestro propio techo todo el tiempo —gruñe Noah, frotándose conmigo—. Eres nuestra. —Apoya la frente en la mía—. Nuestra dulce pequeñaja. ¿Entendido? —Me besa la frente y la nariz, y yo me quito la mano de la entrepierna porque me gusta más notar su polla allí—. Este cuerpazo es nuestro. Nuestro.

Sí. Asiento. Me da igual. No quiero a nadie más.

Parece que nos hayamos entendido, porque le comenta a su hermano en señal de advertencia:

—No le hagas daño. Al menos, hasta que se haya acostumbrado a nosotros.

¿Qué? Me da la impresión de que debería tener miedo, pero levanto la vista hacia Kaleb y descubro que se le han encorvado los labios en una sonrisa malvada. Así, ahora mismo, me da igual lo que me haga. Lo deseo.

—Yo te desvirgaré —me susurra Noah con la boca pegada a la mía, sonriendo—, siempre y cuando prometa no tocarte el culo. Eso lo querrá él.

Y señala a su hermano con la barbilla.

Cierro los puños y siento un nudo en el estómago, aunque también me da un vuelco, ilusionada. Arqueo el cuello para que Noah me lo bese.

Pero entonces oigo una severa voz que grita de repente:

—Noah.

Me quedo helada y, por un segundo, soy incapaz de moverme.

Ay, mierda.

No.

Noah deja de besarme y yo abro los ojos de golpe al reconocer la voz de Jake.

Las náuseas se apoderan de mí. Vuelvo a subirme los pantalones y a bajarme la camiseta para taparme.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —gruñe Jake.

Noah se levanta. Su rostro es pura tensión e inquietud hasta que se le enfría la mirada y se le dibuja una prieta sonrisa de satisfacción.

Se levanta y se gira hacia su padre para responder:

—Nada que no quiera ella.

Me levanto, Kaleb se yergue detrás de mí y yo soy incapaz de mirar a mi tío, que está en el último escalón, descalzo y con solo los pantalones del pijama.

—A dormir —ordena.

Noah duda un momento antes de apagar el televisor, pillar su camiseta y empezar a subir las escaleras. Kaleb lo sigue. No tengo muy claro si se giran para mirarme o si es que todo esto les parece la mar de divertido, pero me levanto rápidamente y echo a andar a toda prisa en la misma dirección que ellos.

—Tú no —dice Jake agarrándome.

Giro la cabeza y noto cómo me fulmina con la mirada.

—¿Qué habría pasado si no hubiese bajado? —pregunta.

No lo sé. Y no sé por qué me siento avergonzada. Debería ser el caso, sí. Dado el lazo familiar que compartimos, esto está mal. Y entendería que la gente lo juzgara.

Pero tampoco es que él no hiciera algo parecido hace semanas.

—¿Qué habría pasado?

—No lo sé —respondo.

¿Por qué no se lo he preguntado yo a ellos?

—¿Qué querías que pasara? —pregunta.

Solo consigo encogerme de hombros y lo miro a los ojos mientras busco las palabras.

—No... No lo sé.

—¿Que no lo sabes? —Me arranca la manta de un tirón, se agacha y me coge por los brazos para volver a meterme en el salón —. ¿Qué querías que pasara?

—¡Que no lo sé! —grito—. Quería...

—¿Qué?

—Quería...

¿Por qué está echándome la bronca a mí? ¿En serio está enfadado?

¿O es solo decepción?

—¿Qué querías que pasara?

—De todo —respondo finalmente mirándolo con lágrimas en los ojos—. No sé qué me pasa. Es solo que... Que lo siento en todas partes.

Se me queda mirando con los ojos entornados.

—¿Qué sientes en todas partes?

Este lugar, esta casa, el terreno, el viento... A ellos. Me siento viva.

—Tú te pones cachondo; también lo notas —le recuerdo refiriéndome a lo de la otra noche en la cocina—. ¿Es que yo acaso no tengo que sentirlo también?

—¡Tienes diecisiete años!

—Dieciocho —le espeto—. A estas alturas, ya me podría haber tirado a cualquiera. A mis padres les dio siempre igual, pero a mí no. —Levanto la vista para mirarlo mientras Jake me acerca a él y su enfadado y cálido aliento me acaricia la frente—. Nunca nadie me pareció la persona adecuada... Ha-hasta ahora.

Me sujeta por los brazos, apretándomelos, furioso.

Cierra los puños y me clava los dedos en la piel. Me quejo:

—Jake...

Me duele.

Me suelta, me gira y me agacha apoyándome un brazo debajo. Apenas tengo tiempo de respirar. Me azota el culo con la mano y la palmada retumba en el aire.

Ahogo un grito y cierro los ojos con fuerza ante el *shock*.

—¿Aún te gusta lo que sientes? —me pregunta, respirando con fuerza.

No lo miro. La rabia me corre ávida por las venas y, en parte, quiero gritar y devolverle el azote, pero, en parte, también...

En parte, también noto cómo se me van desatando los nudos que sentía en el estómago. Me da un vuelco el corazón y la adrenalina se apodera de mí.

«¿Aún te gusta lo que sientes?».

Hago que sí con la cabeza, despacio.

«¿Qué cojones me vas a hacer?». No sé por qué, pero estoy cachonda. Y pretendo descubrir el motivo.

Guarda silencio un segundo y luego oigo su amenaza:

—¿Quieres más?

Asiento dos veces.

Sigue sujetándome y yo me levanto. Tiene los músculos de los brazos duros y tensos; es como si le vibrase el cuerpo entero. No lo oigo respirar.

Está supercachondo. Lo sé.

—Quítate los pantalones —me espeta—. Para que puedas notarme la mano.

Oigo cómo me late el pulso en las orejas y me empiezan a temblar las manos, pero me bajo los *shorts* por las piernas y me quedo solo con la camiseta y la ropa interior.

Jake se sienta en el sofá, se recuesta, me mira y me recorre el cuerpo con los ojos hasta posar la vista en la entrepierna.

—Ven —me ordena—. Túmbate en mi regazo, princesa.

Estoy temblando a más no poder por culpa de los nervios pero, aun así, cuando le oigo decir «princesa», se me contrae la vagina. Deseo que vuelva a pronunciarlo.

Despacio, me coloco sobre su regazo y me tumbo boca abajo mientras él me pone un brazo en la espalda para que no me levante.

No quiero notarle la mano. Lo que quiero notarle son los dedos.

Me baja las bragas y se me entrecorta la respiración. En un acto reflejo, la vergüenza me lleva a cerrar los ojos.

Pero me gusta. Lo quiero. Quiero que me haga lo que le dé la gana. Quiero...

Me da un azote en el culo; me sacudo y gimo, y siento el dolor en la nalga derecha.

Él exhala y juro que casi lo oigo gemir.

Vuelve a pegarme una y otra vez, y se me enciende el cuerpo entero bajo la piel. Me agarro a la manta del sofá y echo la cabeza hacia atrás para gritar.

—Tres —gruñe—. ¿Volverás a dejar que esos chicos te toquen?

Niego con la cabeza.

—No.

Me azota de nuevo. Dibujo una mueca a pesar de levantar el culo para recibir el golpe.

—¿No qué? —susurra.

—No, tío Jake —respondo educadamente.

Vuelve a darme un guantazo en el culo.

—Cinco. —Exhala—. ¿Les dejarás que te vean desnuda?

Otro azote.

—No —gimo—. No.

Otro.

—¿Serás buena chica?

—Sí, Jake. —Me froto la vagina con su pierna y una pátina de sudor me cubre la frente—. Seré buena. Seré buena chica.

Vuelve a azotarme y doy un empellón con la cadera. El clítoris me palpita con fuerza. Dios, estoy superhúmeda. Hundo las manos en el sofá. Lo necesito. Necesito su polla.

Otro azote. Y otro. Y otro. Me va azotando el culo cada vez más rápido. Una y otra y otra vez, y yo siento cómo se le empalma la polla debajo de los pantalones.

Gimo, doy un empellón y siento una punzada de dolor en el interior. Las braguitas se me tensan alrededor de los muslos mientras intento abrirme más de piernas, pero, joder... Dios santo, estoy empapada.

—¿Serás una buena chica? —Vuelve a pegarme. Y lo noto: estoy a punto de llegar al clímax. Estoy a punto de correrme.

—Sí —contesto con la voz ahogada—. Sí, sí, sí...

Me agarro a la manta y respiro con pesadez mientras espero a que vuelva a pegarme.

Pero... No lo hace.

Aprieto los muslos y noto que se me tensa el cuerpo entero a más no poder. Pero Jake se detiene. «Dios, por favor...». Me sube las braguitas y a mí se me llenan los ojos de lágrimas porque estoy hasta dolorida. Me duele el sexo, y entre Noah, Kaleb y ahora Jake, me voy a volver loca.

Jake me levanta, me baja la camiseta y me da un beso en la frente, la nariz y las mejillas, que tengo empapadas.

No va a seguir. Cierro los ojos para no llorar.

Me limpia la entrepierna con los dedos y veo cómo los levanta. Los tiene empapados con los centelleantes jugos que me resbalan

por los muslos. Se mira los dedos y se los frota.

—Que no tenga que volver a recurrir a esto —me advierte con los labios apretados—. Nos duele a los dos.

Y me aparta de él con un empujón. Sus fuertes pasos al subir las escaleras retumban por toda la casa antes de que Jake cierre la puerta de su cuarto con fuerza.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras yo me quedo aquí sentada, el orgasmo va desapareciendo y el cuerpo sigue pidiéndome a gritos que necesita algo más.

No puedo hacerlo.

No voy a sobrevivir al puto invierno.

Capítulo diecisiete

Jake

Puta niña.

Ella y sus desafíos y su forma de retarme a cada paso que doy, que no me ha dirigido la palabra en toda la semana y siento que me va a estallar la cabeza cada vez más mientras, en otras ocasiones, su preciosa y triste mirada me llama cual canto de sirena.

Esto no es por mi culpa. Tuvo suerte de que apareciera yo. ¿En serio quería perder la virginidad así? ¿Con dos tíos a la vez?

Ellos no la quieren.

Que sí, que seguramente se sienten más atraídos por ella que por cualquier otra mujer, pero Noah no se toma nada en serio y Kaleb nunca se abre con nadie. Yo me alegré un montón de verla regresar después del funeral, pero me preocupaba que el invierno con ella fuese a ser una tentación demasiado grande.

Para mí.

¿Cómo narices no tuve en cuenta toda esta mierda con mis hijos también?

Y como la tía no tiene ni pizca de vergüenza, peor aún se pone la cosa. A la mañana siguiente, bajó las escaleras y se negó a mirarme o a responderme con algo que no fueran monosílabos; sin embargo, dejando eso aparte, no mostró ni la más mínima señal de bochorno. Sonrió a Noah cuando este le sirvió el puto zumo o los huevos, y estaba jodidamente guapa con sus trenzas, la gorra, esos vaqueros ajustados y la correa que le hizo Kaleb.

Dios mío, si es que es guapísima.

En la mesa, lo único que me recordó lo ocurrido la noche anterior fue que Tiernan dibujó una mueca al sentarse, porque unas horas antes de que plantara ese culo en la silla, yo se lo había azotado hasta la saciedad.

Se me hincha la polla con solo pensar en lo mucho que la deseé en ese momento, al tenerla tumbada en mi regazo medio desnuda y oliendo el suave aroma de su sudor mientras ella claudicaba con el castigo.

Gruño, me retuerzo apoyado en el árbol y escondo la boca bajo el abrigo al exhalar. Veo una cola blanca a lo lejos de la duna y levanto la mano lentamente para que Tiernan y los chicos centren su atención en ese punto. Los chicos llevan años cazando y, a estas alturas, ya habrían cazado ese ciervo, pero es hora de que Tiernan pierda la virginidad en este campo.

Da un paso en silencio, con cuidado, y esconde la respiración bajo la chaqueta como le he enseñado, antes de levantar el rifle. En otras circunstancias estaríamos en uno de los puestos que hemos construido a lo largo de los años, pero salir a cazar cuando hace frío significa que podríamos acabar sentenciados a pasarnos días en un mismo árbol antes de que viéramos nada. Tiernan ha de aprender a buscar las presas.

Noah le susurra al oído para guiarla. «Apunta, respira, fíjate bien en la presa, respira... Y, cuando tu cuerpo esté en sincronía con el animal, dispara».

Pero no lo hace. Tiernan baja el rifle otra vez y se yergue.

Aprieto la mandíbula.

Voy hacia ella intentando no hacer ruido al pisar la nieve. Alargo el brazo y le cojo la barbilla para obligarla a que me mire.

Pero Tiernan se aparta.

—No puedo, ¿vale?

—Si no lo haces, comerás pepinillos en vinagre todo el invierno.

—Déjala —murmura Noah—. Ya lo haré yo.

Sin embargo, antes de que pueda darse la vuelta y levantar el arma, lo interrumpo:

—Lo hará ella. —Con un gesto con la barbilla, le indico a Noah que vaya con Kaleb, que está agachado contra un árbol—. Tiernan también contribuirá.

—Vete a la mierda —me espeta ella.

Noah se aparta con indecisión hacia su hermano y me mira con la frente arrugada mientras se pone en cuclillas.

—Agacha el culo —le ordeno a Tiernan a la vez que tiro de ella para que se esconda tal y como hago yo.

Me coloco boca abajo, rozando la nieve con la barriga, y el calor se cuela a través de la ropa de camuflaje. Le lanzo una mirada de advertencia.

A ella se le dibuja una mueca en los labios, pero se tumba a mi lado y clava la mirada en el ciervo a través del follaje.

Ese gorro blanco le cubre las puntas de las orejas, pero tiene los lóbulos y la punta de la nariz rojos. Lleva dos coletas bajas y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Válgame Dios.

—¿Quieres que te explique el proceso por el cual pasa la carne que compras tan bien envuelta en la tienda antes de llegar allí? —le digo con un gruñido—. Estos animales de aquí viven muchísimo mejor que los de la carne que compras, niña, así que espabila y alimenta a tu maldita familia.

Le tiembla la barbilla con los ojos puestos en el animal, y aprieta la mandíbula.

—Te odio.

—No lo suficiente para dejar de comer.

Levanta el arma, apoya los codos bajo el cuerpo y centra su atención en la mira.

Aprieta el gatillo y se le escapa un sutil gemido.

Se le desviará la bala. Se le desviará, porque con los ojos llenos de lágrimas, es imposible que vea bien.

—Tiernan —le digo—. Mírame.

El cielo está completamente azul, sin una nube siquiera, y nos envuelve el olor a hielo. Y, aun así, al ver su inocente cara y sus perfectos labios, siento que una sutil capa de sudor me cubre los poros de la piel.

—Cielo, mírame —vuelvo a decirle en voz baja.

Gira la cabeza y me mira con sus ojos grisáceos.

Le seco una lágrima de la mejilla.

—Si nos pasa algo a mí o a los chicos, tú tienes que saber cómo sobrevivir aquí arriba —le comento en voz baja, pasándole el pulgar por debajo del ojo para secarle otra lágrima antes de que le resbale —. Lo que tenemos en la despensa no durará para siempre. Tengo que enseñarte a cazar, ¿de acuerdo?

Tiembla, pero asiente. Parece tan dulce y vulnerable... Dios, si es que me duele el corazón.

Me inclino hacia delante y le doy un beso en la frente.

—Me mata imaginarte desprotegida. Hazlo, por favor.

Traga saliva, toma una profunda bocanada de aire, se tranquiliza para dejar de llorar y respira un poco antes de volver a fijar la vista.

—Vale —susurra.

Me la quedo mirando hipnotizado; a ella, no al ciervo. Es tan inocente y pura... Es una chica prístina que se está despertando por vez primera. Y bajo su superficie se esconde algo inmenso; algo que quiero sentir cómo se desintegra por completo en mis brazos. Es como si Tiernan le diera vida a nuestra casa.

Tiernan le *da* vida a nuestra casa.

A lo mejor es que me puse celoso la noche que encontré a Noah encima de ella y a Kaleb mirándola cual animal hambriento. O a lo mejor es que tenía miedo de lo que le pasaría a ella si la cosa iba a más. Todos la deseábamos antes de que empezara a nevar y ahora Tiernan se ha convertido en un recuerdo constante de que nos tendremos que pasar el invierno mirándola solo y exclusivamente a ella. Me preocupa que ese límite que hemos establecido (tengamos o no que pasar el invierno sin algo bonito por casa obligatoriamente) esté empezando a tornarse borroso. Si ya es difícil a estas alturas, ¿cómo será resistirse a ella cuando los fríos, oscuros y solitarios meses del invierno empiecen a hacer mella?

Aunque creo que la cuestión se resume, simplemente, en que la deseo.

Y no debería.

Oigo un disparo en el aire, pestañeo y vuelvo a la realidad. Tiernan solloza en silencio mientras agacha la cabeza y cierra los ojos. Cojo los prismáticos y estudio el terreno en busca del ciervo.

—¡Le ha dado! —grita Noah.

A Tiernan le tiembla la respiración mientras llora en silencio. Hoy ya ha hecho todo cuanto podía; no querrá ver el animal.

—Id a buscarlo —ordeno a mis hijos—. Y llevadlo a casa. Nosotros os seguimos.

Los chicos pasan por nuestro lado en dirección al ciervo. Se oye el crujir de la nieve bajo sus botas y a mí me arde el cuerpo del frío que se me está colando a través de la ropa.

—No quería decepcionarte —me dice con la cabeza agachada y la vista puesta en el suelo.

—No me has decepcionado.

Gira la cara hacia mí de repente y me clava su fiera mirada en los ojos.

—Lo he hecho porque no quería decepcionarte —me cuenta—. ¿Por qué me importa satisfacerte o no? Total, tampoco lo pretendo.

Vuelve a apartar la mirada y se quita el gorro. Parece asqueada de sí misma.

Unos mechones de pelo suelto le caen por encima de los ojos y me entran ganas de apartárselos.

—Todo lo que haces me satisface —le susurro con la voz entrecortada.

Podría culparla tanto como quisiera. A su belleza, a su aroma, a su risa y sus nervios, a su mirada cuando sonríe y al hecho de que nos haga un poco más felices a todos, incluso a que se pasee por mi casa y a que seguramente estaría guapa hasta con una bolsa de basura puesta... Pero la verdad es que todo se resume en lo que he dicho. Cada día pierdo más fuerza de voluntad para resistirme y me odio por ello.

Y la odio más a ella, porque no puedo tenerla.

—La próxima vez te será más fácil —le digo.

—No habrá una próxima vez.

—A no ser que quieras morirte de hambre, sí.

Se impulsa con fuerza, echa el puño hacia atrás y me propina, gruñendo, un golpe en toda la mandíbula. El dolor se me esparce por toda la cara; acto seguido, se pone a gritar y a aporrearme.

Aparto la cara intentando protegerme y la agarro por las muñecas. Aprieto bien los puños, le doy la vuelta y me coloco encima de ella. A pesar de todas las capas de ropa que llevamos, aún noto su cuerpo.

Agita las manos para zafarse de las mías como buenamente puede bajo el peso de mi cuerpo, y la sangre empieza a bajarme

ávida hasta la ingle mientras Tiernan grita y se mueve.

—Te odio —me espeta entre dientes, sin dejar de pegarme—. Te odio. Eres un estúpido de mierda.

Gruño e intento cogerle los puños. «Serás zorra».

—Mis padres me mandaron contigo porque me odiaban. —Intenta apartarme —. Querían que sufriera, y lo peor que podían hacerme era enviarme contigo.

—Puede... —suelto, cortándola—. Puede que se sintieran mal por lo que me habían arrebatado y lo compensaran contigo. —La agarro por detrás del cuero cabelludo y me la acerco a la boca—. Para saldar su deuda. Eso eres, Tiernan. Eres una puta transacción.

Se le agita el cuerpo mientras me mira a los ojos con la misma pasión desenfrenada que le vi en la cocina la noche que la besé por primera vez.

Me susurra con la boca pegada a la mía y la voz llena de lágrimas:

—Una transacción con la que nunca harás nada, porque eres demasiado viejo y estás demasiado amargado para hacer algo útil con ella.

Se me enciende la mirada.

Empotro su boca en la mía. Me trago su aliento y le muerdo los labios con tanta fuerza que gime.

Pero me devuelve el beso. Joder si me lo devuelve.

Le abro el abrigo, le cuelo la mano bajo el jersey, le subo la camiseta y le agarro uno de sus generosos pechos.

Gime, mueve la cabeza a izquierda y derecha, me muerde y me besa los labios, delirante, a la vez que me desabrocha los pantalones de caza y me cuela la mano dentro para agarrarme la polla.

—Ah —gruño, y se la empotro contra la mano—. Tiernan...

Me besa apasionadamente, colándome la lengua en la boca para que se la saboree y se la relama; cierro los ojos y todo me da vueltas. La quiero en mi cama. Y la quiero ya.

Apoyo la frente en la suya y la abrazo para acercarla a mí. Es deliciosa.

Y nuestra. A la mierda su padre.

Empezamos a mover los cuerpos mientras yo voy dándole embestidas contra la mano y ella mueve las caderas al compás; jadeamos y nos besamos hasta que estoy listo para arrancarle la maldita ropa, pero hace un frío de cojones y no puedo hacer esto aquí. Aunque tampoco quiero parar ni esperar a llegar a casa.

—Joder, tío, vigila por dónde pisas —grita Noah, y yo me trago el aliento, congelado.

Tiernan sigue besándome el cuello, pero entonces se detiene y nos quedamos los dos escuchando cómo cruje la nieve bajo los pasos de mis hijos.

Mierda.

Le suelto el pecho y le bajo la camiseta y el jersey antes de quitarle la mano de mi polla.

—Joder. Métete en la camioneta —suelto en un susurro.

Me levanto y veo que Noah está caminando detrás de Kaleb, que lleva el animal colgando de los hombros. Me giro de inmediato y me abrocho los pantalones para la nieve.

Mierda.

Tiernan tendría que estar con alguno de ellos. ¿Por qué los interrumpí la otra noche? Si los hubiese dejado hacer, ahora no estaríamos así.

Cuando ella se levanta, le pillo el arma y recojo la mía. Echo a andar hacia las camionetas y ella me sigue.

—Ahora estamos con vosotros —les digo a los chicos mientras dejan el ciervo en la caja de la Chevrolet negra—. Empezad a preparar el ciervo.

—Okey —responde Noah animado, abriendo un botellín de cerveza mientras se quita el abrigo.

Pongo la llave de contacto en la otra camioneta y enciendo la calefacción mientras Tiernan abre la puerta de atrás que queda al otro lado, se quita el abrigo y los pantalones de caza y lo tira todo en la caja del vehículo.

Cierro de un portazo, paso por detrás de la camioneta, me quito el abrigo y lo tiro en la caja con una mano mientras la envuelvo a ella con el otro brazo.

La aprieto contra mí con fuerza e inhalo el olor de su pelo mientras nos escondemos en el otro lado de la cabina para que los chicos no puedan vernos.

Tiernan se gira y me cuela las manos debajo de la camisa para deslizarlas en dirección ascendente mientras yo intento quitarle el jersey.

—¡Tiernan! —la llama Noah.

Arqueo una ceja y miro a través de la puerta abierta para ver más allá de la ventana, que está congelada. Noah no puede vernos mientras yo le quito el jersey a ella y nuestros cuerpos se rozan en el momento que Tiernan me desabotona la camisa de franela.

—Ven con nosotros —le dice mi hijo—. Tenemos biiiiirraaaaa.

Tiernan jadea y reposa la mirada en mis labios. La agarro de las caderas y empotro su cuerpo contra el mío.

—Puedo volver a casa con ellos —me susurra con los labios pegados a los míos—. Si quieres.

Gruño. La puta polla se me está empalmando tanto que me duele bajo los pantalones.

La abrazo de nuevo contra mí y la beso apasionadamente.

—No —le digo con la boca pegada a la suya—. Quédate conmigo.

Me mira con desesperación y asiente.

Le bajo las manos hasta los pantalones, se los desabrocho y le cuelo una mano dentro para acariciarle el coño mientras ella gime y se me agarra a la camisa.

Sonrío un poco.

—¡Id tirando! —grito a mis hijos—. ¡Ya la llevo yo a casa!

Al notar su estrecho y cálido coño, desnudo y suave, y la ola de calor que me sube por el brazo y me recorre el cuerpo entero, se me entornan los párpados.

Dios mío, qué gusto. Le paso los labios por la frente y la voy besando mientras le acaricio el sexo.

—¡Con matar el ciervo no basta para que llegue la comida a la mesa! —grita Noah—. ¡Tiene que aprenderlo todo!

Gruño y ella gime a la vez.

—¡Hoy va a cumplir con lo que le toca! —contesto gritando—. ¡Vosotros a lo vuestro!

La oigo reír sutilmente mientras me va besando el cuello. Cierro los ojos y oigo cómo arranca la otra camioneta.

«¡Por fin, hostia!».

La agarro por la nuca y la acerco a mí para cubrirle la boca; las trenzas se le aguantan de milagro. Voy besándole la boca mientras ella muerde la mía con ímpetu; desvío la vista hacia un lado sin quitarle los labios de encima y vislumbro cómo los faros de la otra camioneta avanzan montaña abajo, envuelta por ese cielo cada vez más oscuro.

Ya se ha puesto el sol. Pronto oscurecerá del todo, pero me da igual.

La camioneta vira un poco y entonces... desaparece.

Me quito la camisa de franela y ella se deshace de mi camiseta mientras yo le hundo la boca en el cuello y le bajo los pantalones.

Se los bajo justo hasta el final de las nalgas, bajándole a la vez las medias y mirándole el sexo, desnudo, mientras se lo acaricio.

—¿Vas sin bragas? —Exhalo.

La camisa le resbala por los brazos y ella se recuesta en el mío. Echa la cabeza hacia atrás mientras le voy besando el cuello en dirección descendiente hasta sus preciosos y firmes pechos antes de seguir por el vientre y llegarle a la entrepierna. Se la lamo, la muerdo y le tiro de la piel; al notar su sabor y calidez, me da vueltas la cabeza.

Me sujeta la cara mientras yo le beso el sexo e intento bajarle esos malditos vaqueros ajustados por las piernas.

—Tengo frío. —Jadea.

Vuelvo a levantarme, la envuelvo con los brazos y la beso de nuevo.

—No puedo estar parado tanto tiempo como para meterte en la maldita camioneta —digo entre risas.

Ella me besa los labios apasionadamente, pero se aparta un segundo para subir al vehículo y sentarse. Se apoya con las manos en la espalda, mirándome con una discreta sonrisa remilgada, y estira las piernas hacia mí, enseñándome los pies.

Sonrío y le quito la bota; cojo la otra y tiro las dos en la caja del vehículo. Sin embargo, cuando se mete aún más adentro de la camioneta, la agarro por los tobillos y vuelvo a tirar de ella hacia mí. La camisa le cuelga de un hombro, y al verle los pezones, tensos y endurecidos, se me seca la boca. Le cojo los pantalones y se los bajo con fuerza por las piernas; los tiro en el asiento delantero y ella hace lo mismo con su camisa.

Subo a la camioneta.

Cierro la puerta de un golpe y me inclino hacia Tiernan mientras se aleja hacia la otra puerta para dejarme espacio. Le estudio el cuerpo con la mirada. La única prenda que lleva puesta son esos calcetines blancos con un par de rayas azules arriba del todo de la caña que le llegan a las rodillas. Se apoya en las manos, levanta las rodillas y cruza las piernas a la altura de los tobillos mientras baja la vista, vergonzosa.

Una de las trenzas le resbala por encima del pecho. Se la cojo y se la acaricio con los dedos.

«Que alguien me frene. Por favor. Lo suplico».

Le cojo la rodilla por detrás y le echo la pierna a un lado para abrírselas. Su coño, rosado, estrecho y precioso, está aquí a mi disposición, pero...

Joder.

Agacho la cabeza, falto de respiración.

—Estoy a nada de perder la cordura, Tiernan —suelto entre dientes—. Frénname. Por favor, frénname de una vez.

Se arquea y me provoca con unos cuantos besos en el cuello, la mandíbula, la barbilla y los labios.

La miro a los ojos y veo que tiene la mirada llena de lágrimas.

—¿Sabes por qué me enviaron mis padres contigo? —me pregunta, con un hilo de voz—. Porque no supones una amenaza para nadie.

Entro en tensión mientras ella sigue besándome.

—Porque no ibas a aprovecharte de mi herencia antes de que fuera lo suficientemente mayor para acceder a ella —me dice alegre, mientras me recorre el estómago con los dedos—. Jamás se te ocurriría obligarme a que me quedase a vivir aquí ni... —Me besa los labios y me mira a los ojos—. Ni tendrías los cojones de enfrentarte a mí: una De Haas. —Aprieto los dientes y el corazón me late

salvaje. ¿Disculpa?—. Así que no te preocupes. —Exhala—. No te tengo miedo. Sé que no te aprovecharás de mí. Contigo estoy a salvo. Porque eres débil. Me lo dijo mi padre. —Me sonríe condescendiente—. Nunca me ha preocupado.

Se me acerca para darme otro beso en los labios, pero yo aparto la boca de inmediato y la fulmino con la mirada.

Conque eso le dijo, ¿eh?

Estallo. Cojo a la niñita de Hannes de Haas, arrastro su culo por el asiento y oigo cómo gime.

Bajo la cara y le hundo la boca en su rosado coño, abriéndola más aún de piernas para tener espacio.

—Ah —jadea—. Era broma. Lo siento.

Le paso un brazo por debajo de los muslos y la sujeto contra mí al mismo tiempo que ella se arquea y grita.

—¿Que qué? —la reto, dibujándole unos meticulosos círculos con fuerza sobre su pequeña protuberancia.

—Que lo... Lo siento —tartamudea—. Lo siento, Jake. Oh, Dios.

Exacto, joder. Quiero que, desde donde narices esté ese pedazo de mierda, oiga a su hijita gritando mi nombre. Quiero que sepa lo mucho que desea a su tío Jake.

Succiono, chupo, mordisqueo y beso alrededor de su coño y por la parte interna de los muslos, excitando su estrecha entrada con la punta de la lengua. Cuando lo hago, ella gime; repito ese mismo movimiento, saboreándoselo y disfrutando de su estrechez. Se me hincha la polla y empieza a gotearme, y yo sigo comiéndoselo mientras me desabrocho los pantalones de caza y los vaqueros. «Joder. Imagínate lo estrecho que lo tiene...».

Tiernan se clava las uñas en los muslos y yo le succiono el clítoris, mordiéndoselo con delicadeza mientras a ella se le va hinchando y deshinchando el estómago al respirar cada vez más y más rápido.

Me levanto, le froto su pequeña protuberancia con el pulgar y observo cómo se le van moviendo los pechos.

—Estoy tan contento de que hayas venido a vivir con nosotros, cielo... —le digo—. ¿Quieres que pare?

Me mira la mano que tengo en su sexo.

—No —se apresura a responder en un susurro—. Por favor, sigue un poco más.

Se aprieta los muslos con fuerza.

—¿Que siga haciendo qué?

—Chupándome.

—¿Chupándote el qué? —la provoco, haciendo que esta putita se trague sus propias palabras, con las que me ha llamado débil.

—El coño —contesta relamiéndose los labios—. Me gusta que lo hagas. Sigue un poco más, por favor.

Se recuesta en el asiento, cierra los ojos y me mueve las caderas contra la mano, buscando, ávida, más fricción.

—Sigue chupándome ahí, por favor —insiste.

Hostia puta, cómo me ponen esas palabras. Deberíamos estar en una cama. Me agarro la polla con una mano y me masturbo mientras bajo la cabeza para seguir comiéndoselo, porque le encanta.

Voy moviendo la lengua, mordiéndoselo, succionándoselo y lamiéndoselo en sincronía con su respiración, cada vez más deprisa y con más fuerza, mientras ella va respirando agitadamente sin cesar.

—Sí, sí... —Jadea abriéndose más de piernas y apoyando una de ellas sobre el asiento delantero y la otra sobre el trasero—. Joder, me corro. Oh, Dios... —Tiembla y un escalofrío le azota el cuerpo entero mientras respira de forma superficial—. Oh, Dios, Jake, qué pasada...

Inhala con los dientes apretados y sé que está llegando al orgasmo y...

Paro. Detengo los movimientos de mi lengua justo encima del clítoris un segundo y luego levanto la cabeza.

Tiernan sigue con los ojos cerrados pero, tras un momento, se le dibuja una expresión de dolor en el rostro y abre los ojos. Y me encuentra mirándola.

—No —me suplica—. No pares. Por favor. ¿Qué haces?

Le doy un sutil beso en el clítoris y siento cómo le palpita el interior con fuerza, como si acabase de correr una maratón. Casi me siento mal por ella.

Me levanto y la miro.

—Jake —me interpela con una voz que parece que esté a punto de llorar.

En ese instante, desliza una mano hacia su entrepierna e intenta terminar ella sola lo que yo he empezado, pero le agarro las muñecas y se las sujeto a ambos lados.

—Por favor —me suplica, retorciéndose de necesidad.

Me agacho y voy dejándole besos en el vientre.

—Jamás me aprovecharía de tu herencia, porque no me interesa tu dinero —le explico entre besos—. Jamás se me ocurriría obligarte a que te quedaras a vivir aquí, porque no me hace falta, porque ya te gusto. —Sonrío con picardía; le beso las tetas y le chupo un pezón—. Así que no te preocupes —la provoco—. No quiero que me tengas miedo. Odiaba a los asquerosos de tus putos padres, pero me dejaron con una niña con un cuerpazo a quien le gusta que le chupe el coño.

Le agarro la entrepierna con una mano y le froto el clítoris con la palma mientras le cuelo la punta del dedo corazón en la hendidura.

Levanta las caderas del asiento en un acto reflejo.

Le ejerzo presión en el estómago con la mano para volver a bajarle las caderas y repito el movimiento, esparciéndole su propia

humedad alrededor del sexo.

Le hundo un poco más el dedo.

Se arquea, me agarra la muñeca con ambas manos y dice:

—No...

La beso en los labios y ella me devuelve ese cariñoso gesto.

—Ya lo sé. Eres virgen. No pasa nada. —Se lo acaricio un poco más, sacándole el dedo húmedo y empapándole la vagina—. Yo te preparo.

Le dejo el dedo hundido y vuelvo a agacharme. Empiezo a chuparle el clítoris para que vuelva a sentirlo otra vez y llegue al orgasmo que le he arrebatado antes a modo de castigo por lo que ha dicho con esa boquita que tiene.

—Tío Jake —dice, gimiendo—. No pares. No pares, por favor.

—No paro, cariño —le digo—. Es todo tuyo. Disfruta.

Se lo succiono y se lo chupo cada vez más rápido mientras noto cómo se enciende cada vez más, jadeando con más y más intensidad. Le voy metiendo y sacando el dedo (solo la punta) sin parar y, cuando empieza a menear las caderas en busca de más y apoya la mano en la puerta que tiene detrás de la cabeza para mover el cuerpo con fuerza, al unísono con mi dedo, sonrío para mis adentros porque sé que ya está preparada para que la llene. Y sabe que lo necesita.

Gruñe, se le mueven las tetas y yo sigo masturbándola y chupándoselo. Me estoy muriendo; tener el dedo dentro de su estrechísimo coño me está avivando el cuerpo entero. Lo tiene húmedo y suave, y se le contrae alrededor de mi dedo de tal forma que ya puedo intuir, sutilmente, lo que notaré en la polla en un minuto.

Se le contrae el sexo y se le entrecorta la respiración. Se muerde el labio inferior, cierra los ojos con fuerza y gime.

—¡Jake! —grita.

Lo noto enseguida. Su sexo, ahora más húmedo y cálido aún, me envuelve el dedo; estoy a punto de correrme hasta yo, hostia.

Joder.

Me levanto, la miro y alargo el brazo hasta el salpicadero para sacar un condón.

—No —dice entre gemidos, levantándose y mirándome—. Sin eso. Porfa. Quiero sentirlo todo la primera vez.

Se me contrae la polla. Yo también lo quiero. No quiero que haya nada de por medio que nos separe.

Pero sacudo la cabeza.

—No podré sacártela —le digo—. La primera vez no.

Me besa el estómago.

—¿Sueles utilizar protección?

Le agarro la cabeza para acercármela y me deleito con sus labios.

—Siempre.

La última mujer a la que me tiré sin preservativo fue la mía, hace dieciséis años.

Me mira.

—Llevo mucho tiempo tomando anticonceptivos —me explica—. Fóllame a pelo.

Me lame los abdominales y se me tensa el torso.

Una delicada pátina de sudor le cubre la nuca y yo la vuelvo a tumbar en el asiento, me coloco encima de ella y le cubro los labios con los míos.

Me agarra por las caderas y me ayuda a quitarme los vaqueros y los pantalones de caza. Cuando me queda la polla al aire, me agarra toda mi larga y gruesa erección con la mano.

Se me hincha y se me enciende todo. Siento que me va a explotar el estómago a la mínima.

—Hostia, Tiernan —murmuro con la boca pegada a la suya—. Joder.

Me pasa la lengua por los labios mientras yo me acomodo sobre su entrada y me levanto para poder bajar la vista mientras se la meto.

—Separa más las piernas —le pido.

Cuelga una entre los asientos delanteros y vuelve a colocar la otra sobre el asiento trasero. Me agarro a la puerta que le queda detrás de la cabeza con una mano y a sus caderas con la otra, embistiendo para meterle la polla dentro.

—¡Ahhh! —grita, y me clava las uñas en el pecho.

Casi me ceden los brazos.

—Tiernan —gimo y cierro los ojos de placer.

Lo tiene supercaliente y estrecho. Joder, está empapada.

Tiembla y abre la boca, no sé si porque está sorprendida o porque le duele.

Me inclino para besarla.

—Lo estás haciendo bien. Tú agárrate a mí.

Se le relaja la respiración. Odio tener que hacerlo, pero es mejor no decírselo. Se la saco casi del todo y luego doy otro empellón para hundírsela toda, hasta el final.

Tumbada en ese asiento de la camioneta, Tiernan arquea la espalda. Tiene una expresión dolorida en el rostro; gime y cierra los ojos con fuerza.

Le doy un suave beso en los labios.

—Buena chica.

—Oh, Dios.

Tarda un segundo en abrir los ojos. Sin embargo, cuando se le relajan el cuerpo y la respiración, me pasa las manos por la espalda y me besa.

—Eso era lo más difícil —le digo mordisqueándole los labios y acomodándome entre sus piernas—. Ahora viene lo divertido.

Me mueve y le hundo la polla hasta el fondo, como a ella le gusta. Tiernan se va abriendo más y más de piernas y yo me levanto un poco para mirarle el cuerpo ahora que está aquí tumbada, llenándose conmigo.

Sus bonitos pechos se le agitan constantemente y yo le acaricio el cuerpo con la mano que me queda libre. Le aprieto una de las tetas, el cuello, y al final le sujeto la cara.

—Dios —exclama, gimiendo—. Cuando me la clavas hondo...

Sonrío y me echo hacia atrás, embistiéndola mientras le succiono el cuello y la oreja antes de bajar hasta su boca.

—¿Te gusta? —la provoco.

Asiente. Acto seguido, me agarra de la cintura y me guía para que me hunda en ella mientras mueve las caderas para recibir todo mi empuje.

Joder. Así sí. Unas cálidas olas me recorren el cuerpo y yo voy embistiéndola cada vez con más fuerza.

—Sí. —Jadea y se agarra a mí mientras se arquea para besarme el cuello—. Me encanta notarte así. No pares. —Me cubre los labios con los suyos; tiene el aliento húmedo y cálido—. Así. Sigue.

Se me encienden todas las terminaciones nerviosas y noto cómo me abraza su calor corporal mientras le levanto aún más las piernas para hundirme en ella.

—Tiernan...

La beso profundamente, lamiendo su sudor, disfrutando del calor dentro de la camioneta y saboreando mi vida de hace muchísimos años; una época en la que habría muerto felizmente haciéndole esto a una misma persona por el resto de mi vida.

Bajo la vista hacia Tiernan, cuyo cuerpo recibe todo lo que le hago, y juro que quiero tenerla entera. Se me había olvidado cómo era sentir todo esto.

Cómo era querer hacer feliz de verdad a alguien.

Se yergue, se aparta un mechón de la cara y me cuela la lengua en la boca. Se le tensa el cuerpo, tiembla y el gemido que se le escapa se pierde en mi garganta.

Se le contrae el coño y ahí sé que no hace falta que me siga conteniendo.

Grita, doy un empellón, echo la cabeza hacia atrás y se la voy metiendo y sacando una y otra y otra vez, más y más rápido.

Una ola de calor me llena la ingle y la sangre me corre ávida por las venas. Me corro vaciando todo el semen en su interior con una última embestida.

Me quedo sin aire y casi me dejo caer. Le apoyo la cabeza en el hombro.

—Hostia puta —murmuro con la respiración aceleradísima.

Me abraza y me envuelve la cintura con las piernas. Le paso la mano por una de las suyas, acariciándole esos calcetines tan bonitos y sus sexis muslos hasta llegarle a la curvatura del culo y, luego, se la subo por el torso.

Levanto la cabeza y la miro.

—No digas nada —me propone de inmediato—. Te lo vas a cargar. Ya te sentirás culpable luego.

Río, le beso la frente y los labios, y luego me agacho para llevarme uno de sus pezones a la boca.

—No quiero irme, pero si nos quedamos sin gasolina, también nos quedaremos sin calefacción —le explico.

—No pasa nada. —Se arquea para acomodarme su pecho en la boca—. Ya estoy sudando.

Me rasca la espalda con las uñas en dirección ascendente y yo le voy besando el cuerpo antes de volver a mirarla.

Le brilla el cuerpo a causa del sudor. Está preciosa, así destrozada en el asiento trasero de mi camioneta.

Se acomoda, separa un poco más los muslos y se lleva una mano a la entrepierna mientras intenta mirarse ahí abajo, como si estuviese tratando de ver algo.

Sonrío.

—¿Esperabas que hubiese cambiado algo?

Sonríe para sus adentros y se sonroja sutilmente.

Y, entonces, vuelve a mirarme con los ojos como platos.

—¿Podemos repetir?

Me quedo literalmente boquiabierto y se me empalma de nuevo.

Santo cielo.

Joder, si podemos. Vale. Da igual. Cuanto más tiempo nos quedemos en esta camioneta, más tiempo pasará hasta que tenga que mirarme a mí mismo en el espejo.

—¿Alguna vez te has subido a un toro mecánico? —le pregunto.

—Una vez, en una feria.

Me siento y la coloco en mi regazo para que quede ella encima.

—Pues esto es lo mismo.

La beso y me hundo en ella otra vez.

Capítulo dieciocho

Jake

Estamos a siete bajo cero y estoy sudando, joder. Cojo a Tiernan en brazos, ella me envuelve con los suyos y sus piernas mientras subo las escaleras de mi casa con nuestros labios pegados y nos besamos de camino a la puerta.

—No te caigas —musita entre besos.

—No me voy a caer.

Y, entonces, me doy en la espinilla con una de las sillas de la terraza y gruño.

«Joder».

Nos abrazamos con más fuerza, pero ella ríe igual.

Todavía lleva los pantalones desabrochados y casi no se ha abotonado la camisa; la mía sigue completamente abierta. Ahora mismo, estoy ardiendo. Al llegar a la puerta, la levanto más y la miro a los ojos.

—¿Malas sensaciones por algo de esto?

No me refiero a nivel físico, sino... qué sé yo.

Yo soy demasiado viejo. Y ella es demasiado joven. Lo que hemos hecho ha sido un error.

Pero soy plenamente consciente de que lo repetiría a la mínima que pudiera. Hacía muchísimo tiempo que no lo disfrutaba tantísimo.

Me toca la cara y me mira con dulzura.

—No —responde al final—. Me alegro de que hayas sido mi primero.

La miro.

Tiernan se inclina hacia mí y cierro los ojos mientras ella me besa la frente, la mejilla y la boca.

—No habría sido tan perfecto con nadie más —añade—. Has ido despacio y con cuidado, y has hecho que me sintiera bien. —Apoya la frente en la mía—. Me alegro de que hayas sido mi primero —repite.

Se me cierra la garganta. La agarro por la nuca y la acerco a mí para besarla. Yo todavía me siento culpable, pero... al menos ella no se siente así. Y, por ahora, es por lo único que puedo sentirme bien.

Además, parte de lo que dice hace que me tranquilice un poco. Los capullos como Holcomb no se habrían preocupado por asegurarse de que Tiernan disfrutara y alguien de su edad no habría tenido tanta experiencia como para estar pendiente de su placer. A los dieciocho, yo tampoco lo sabía ni de coña. Al menos he podido darle esto.

Pero ¿habrá sido especial?

Su dulce boca, su sabor y el calor de su entrepierna llenándome el estómago se apoderan de mí y yo la abrazo con más firmeza. Es como si estuviese colocadísimo y me entran ganas de sonreír por primera vez en muchísimo tiempo. Tiernan me hace sentir como...

Como Flora.

Solo que con Tiernan, por alguna razón, es todo más fácil. Como si a ella no fuera a hacerle daño. Como si ella fuera fuerte.

—Pero esto no puede volver a ocurrir —le digo.

Asiente con una mirada divertida en los ojos y me mira.

—Vale.

Sin embargo, su tono es demasiado dócil. Como si no me creyese.

—Lo digo en serio —suelto—. Te vas a ir a la universidad. Ni se te ocurra enamorarte de mí.

—No lo haré.

No me está tomando en serio.

—Hemos soltado algo de frustración acumulada y espero haberte dado una experiencia digna de alguien que acaba de cumplir los dieciocho —le digo—. Pero ya está. Esto se acaba aquí.

—Entendido.

Será zorra.

Busco el pomo de la puerta a tientas y dejo a Tiernan en el suelo. Tanto ella como yo intentamos reprimir una sonrisa. Tiernan es consciente de que le esperan meses de noches frías y solitarias para provocarme con su precioso cuerpo.

—¿Tienes más calcetines de esos altos? —le pregunto mientras abro la puerta.

—¿Y qué más te da? —me vacila.

Río. Al entrar en casa, nos encontramos a los chicos sentados en el salón, que nos queda justo enfrente; se giran en el acto y nos miran. Dejamos de reír, frenamos en seco y los miramos.

Noah me estudia de arriba abajo y entonces caigo en que yo llevo la camisa desabotonada y en que Tiernan va tan despeinada que parece que la haya vapuleado un huracán.

«Mierda». Se me desdibuja la sonrisa por completo.

Kaleb está sentado en la silla que hay al lado de la chimenea, con la vista puesta en nosotros. Noah nos observa por encima del hombro. A juzgar por lo que oigo, alguien está barajando cartas, pero no sé cuál de los dos es.

Tiernan entra en tensión y me mira.

—¿Por qué no te vas a la cama? —le murmuro.

Asiente, mira a los chicos y va directa hacia las escaleras mientras se lleva una mano al torso para cerrarse la camisa.

No vuelvo a mirar a mis hijos. Me quito la camisa, cruzo la cocina, entro en el taller y oigo cómo se levantan de los asientos para

seguirme.

Abro el grifo del fregadero y meto la cabeza bajo el agua fría. Los músculos y los nervios se contentan con esa sensación y se me relaja el cuerpo bajo la gélida ducha.

Veo que Kaleb sigue en las escaleras, apoyado contra la pared, pero Noah está mirándome más de cerca.

—La he cagado —digo, secándome la cara y el cuerpo.

¿Qué cojones pensará Tiernan de todo esto de aquí a veinte años?

—Ya sé que la he cagado.

Noah se queda aquí pasmado, como si fuera una estatua, pero entonces estalla. Pega un manotazo y tira todo lo que hay encima de la secadora.

Los tarros y la cesta de la ropa sucia caen al suelo. Coge un bote de pintura y lo tira al suelo del garaje. Este cae con fuerza contra la superficie y se tambalea un poco antes de quedarse quieto.

Respira con pesadez.

—¿Y si yo también quería estar con ella?

—Tú no quieres estar con Tiernan. —Sacudo la cabeza y tiro la toalla—. Tú te aferras a cualquier cosa que te mantenga atado aquí.

—¿Y tú? No te casarás con ella y viviréis aquí los dos. No tendréis hijos ni mierdas de esas —objeta—. Se marchará en primavera. Se irá a la universidad y seguirá con su vida. Y puede que yo me vaya con ella.

Aprieto la mandíbula y me acerco a él. Es casi tan alto como yo.

—No pienso compartir una mujer con mis hijos —suelto.

—Vaya, qué oportuno, ahora que ya nos la arrebataste la otra noche... —escupe—. Nosotros la tuvimos primero.

—Qué va. La noche de la última carrera, cuando vosotros dos estabais arriba con vete tú a saber quién, nosotros estábamos aquí

en la cocina. Tuve que... —Aparto la mirada, avergonzado—. No fuimos demasiado lejos, pero esa noche ya hubo algo.

—Kaleb ya estuvo primero con ella la noche en que llegó de la cabaña hace semanas —argumenta Noah.

¿Qué? Levanto la vista de inmediato hacia Kaleb y él hace lo propio, despacio, para mirarme.

Tiene que ser coña.

—Pero la has desvirgado tú, así que... —añade Noah con desprecio.

Lo miro con rudeza. Sé que lleva razón. Mis hijos pegarían muchísimo más estando con ella que yo.

Pero...

—Me gusta —confiesa Noah con un tono delicado poco habitual en él—. A ratos, lo único que quiero es tenerla cerca. —Lo miro a los ojos—. Y no pienso contenerme a no ser que me frene Tiernan —me advierte.

¿Y qué se supone que tengo que decir yo? «Es mía. Tú te apartas. No puedes estar con ella, porque...». ¿Por qué? ¿Por qué no puede estar con ella?

No puedo hacerla mía. Tiernan se irá y la cosa se acabará aquí, porque no hay otra opción. No voy a arrebatarle la vida y a atarla a este lugar.

No debería haberla tocado.

Empiezo a asentir despacio.

—Solo actúa como es debido —le digo—. Tiernan es libre para decidir lo que quiera. Tú actúa correctamente.

Se le dibuja una sonrisa en los labios y se aleja. Tanto él como Kaleb vuelven dentro de la casa.

Es lo correcto, ¿no? Para empezar, yo no tenía que haber estado con ella. No quiero que Tiernan piense que no la deseo, pero

tampoco quiero que se pille por mí. Es mejor echar el freno antes de que sea demasiado tarde.

Me quito los zapatos con los pies, regreso a la casa y me agencio una birra de la nevera. Al pasar, observo que los chicos están viendo la tele; cruzo la mirada con Kaleb cuando subo las escaleras y este me la aguanta muchísimo más de lo común. Lo bueno de mi hijo mayor es que su cabreo nunca es verbal. Lo malo es que la cosa suele acabar con Kaleb yéndose a las montañas y desapareciendo durante semanas. Mañana tendré que hablar con él. No me gusta que se marche cuando ha nevado, pero siempre es lo suficientemente estúpido como para hacer lo que le sale de las narices.

Ninguno de mis dos hijos ha querido quedarse nunca conmigo y, después de lo ocurrido esta noche, no los culparía si me odiasen. Ellos tampoco es que vayan a casarse con Tiernan o a enamorarse de ella, pero yo no tenía derecho alguno a hacer lo que he hecho.

Le doy un sorbo a la cerveza y voy hacia mi cuarto. La puerta de la habitación de Tiernan está cerrada y no veo que haya luz en el interior. Qué rápido se ha ido a dormir... No habrá oído nuestra conversación, ¿verdad?

Al llegar a mi cuarto, me quito la ropa y me pongo unos pantalones de franela. Me lavo la cara y me cepillo los dientes.

Debería ducharme. Pero me gusta oler a ella.

Me froto la nuca e intento ir a la cama. Estoy cansado y mañana será otro largo día de encargos, trabajo y reparaciones que hay que dejar listas antes de que caiga otra tormenta, que a saber cuándo será.

Sin embargo, no me tumbo en la cama. Abro la puerta de la habitación y cruzo el pasillo para ir hacia la de Tiernan. Llamo a la

puerta. Solo quiero asegurarme de que está bien. Como esté llorando, me pego un tiro, joder.

—Adelante —dice.

El corazón me late con fuerza. Abro la puerta.

La habitación está a oscuras y el único brillo que se aprecia proviene de la estufa. Me apoyo en el marco de la puerta y observo que está en la cama.

Se sienta y la manta le cae hasta la cintura mientras me mira.

Le recorro esa corta camiseta blanca con los ojos y, al atisbar las bragas que se aprecian por debajo de las sábanas, se me seca la garganta.

—¿Te has duchado? —pregunto.

Tiernan asiente.

No puedo verle demasiado bien los ojos; no obstante, cuando se yergue y se estira de cuerpo entero, bajo la vista hasta su estómago. Y siento que me duelen los brazos ante este vacío.

—¿Tienes hambre? —le pregunto con un tono neutral que me esmero en mantener.

Niega con la cabeza.

Le doy otro sorbo a la birra sin apartarle la mirada.

—¿Y frío?

Tiernan ladea la cabeza, juguetona, y asiente.

Sonrío para mis adentros, a pesar de notar el vuelco que me da el estómago.

Ojalá me hubiese sorprendido a mí mismo y hubiese sido más fuerte. Ojalá no fuera un mierda de manual.

Tiernan salta de la cama y camina hacia mí. Me quita el botellín de la mano y me abraza por el cuello para que pueda levantarla.

Me envuelve la cintura con las piernas, a modo de cinturón, y yo la agarro por el culo.

—¿Quieres dormir en mi cama esta noche?

Me hunde la cara en el cuello y se sujeta a mí con fuerza. Noto su respiración, la calidez de su cuerpo y el deseo que siente pegados a la piel.

Dios, qué maravilla.

La llevo hasta mi cuarto, doy un portazo y nos escondemos ahí dentro.

Esto tiene que acabar.

Pero esta noche no.

Capítulo diecinueve

Tiernan

Me despierto sobresaltada. Estoy agarrando las sábanas y voy abriendo los puños poco a poco con los dedos doloridos. Pestañeo repetidamente y me fijo en la hora del reloj: la una y veintiún minutos.

La habitación está a oscuras. Me giro boca arriba y el fresco aire me acaricia los pechos, desnudos. Mientras tiro de las sábanas para cubrirme, me acuerdo de todo lo que hemos hecho hace solo dos horas.

Y ayer, en la camioneta.

Bajo la mano y me la llevo a la entrepierna. Tengo la piel un poco dolorida, al igual que los muslos.

Sonrío suavemente.

Me alegro de que mi primera vez fuese con él.

Lo que le dije anoche iba en serio. La primera vez nunca es buena para nadie; sin embargo, la mía sí lo ha sido. Me dolió, pero Jake me trató con mimo.

No fue egoísta ni mezquino ni impaciente.

Desvío la vista hacia mi lado, pero no está en la cama. De hecho, tal vez yo debería volver a mi cuarto.

Compruebo que hay luz en el baño. Me siento y meto la mano debajo de las sábanas en busca de mis braguitas y de la camiseta. Cuelgo las piernas por el lateral de la cama, me visto, me levanto y me estiro. Me relamo los labios, secos, para humedecérmelos y me

quito la goma del pelo de la muñeca para volver a recogérmelo mientras voy a por un vaso de agua al lavamanos.

Sin embargo, cuando entro en el baño, me encuentro con Jake de pie delante del espejo, de lado, con el brazo levantado y la vista puesta en el tatuaje que tiene en la cadera.

«Mi México».

Me busca los ojos a través del espejo, bajo la mirada y retrocedo para salir.

—¿Adónde vas? —oigo que me pregunta.

Me detengo y entro de nuevo en el baño. Vuelvo a ser visible para él, pero ahora solo me apetece irme. No entrometerme en su camino.

Me froto los dedos.

—Solo estaba dándote privacidad —musito, e intento escabullirme de nuevo.

—¿Por qué?

Me balanceo, dubitativa.

«Porque...».

«Porque no me has pedido que entre. Y no quiero molestar».

«Porque ya sé de qué va esto».

«Y yo no soy ella».

Abre el grifo y llena un vaso de agua sin dejar de mirarme a través del espejo.

No me doy tiempo a pensar. Echo a andar, le apoyo la frente en la espalda, cierro los ojos y lo rodeo con mis brazos por la cintura.

Él se queda quieto y me deja.

No sé por qué lo hago, pero tenerlo (tener la calidez y la fuerza de alguien) entre los brazos hace que sienta algo extraño en el pecho. Le apoyo la mejilla en la columna vertebral y oigo cómo le late el corazón.

Me gusta sentir esto. Que me toquen. Que pueda pedir lo que quiero a pesar de que Jake desea que me marche. Aunque sea solo por un minuto.

Al final, suspiro y me separo. No obstante, él me coge los brazos que aún tengo apoyados en su torso antes de que pueda irme y vuelve a colocarme como estaba.

—Quédate.

Me tiembla la barbilla, se me acelera el corazón y se me llenan los ojos de lágrimas.

Le apoyo la cabeza en la espalda de nuevo e intento no llorar.

«Jake no es como mis padres».

Él no es como mis padres.

Él quiere tenerme cerca.

Va todo bien.

Tomo una profunda bocanada de aire y lo suelto despacio. «Todo va bien».

Se queda aquí, en silencio, y por suerte no me pregunta nada sobre por qué estoy a punto de llorar otra vez mientras lo abrazo, joder. Simplemente me agarra los brazos a la altura de su vientre, como si, en parte, estuviese aferrándose a mí.

—¿Estás pensando en ella? —pregunto.

Pero Jake se queda callado. Se bebe el agua y vuelve a dejar el vaso.

—No pasa nada —añado.

—Nunca he hablado de ella con nadie; solo contigo —confiesa casi susurrando.

Vuelvo a pasarle la mano por la cintura y respiro para notar el aroma de su piel.

—¿Qué hacía que te gustara? —pregunto.

Respira profundamente, me coge la mano y me lleva hacia la ducha.

—Me ponía las manos en el pelo —responde abriendo el grifo de la ducha.

Prueba el agua y se gira. Se coloca detrás de mí y me tira de la goma del pelo para hacerme un moño más alto arriba del todo de la cabeza.

Sonrío ante ese gesto. ¿Sería así con ella? Seguramente fuera así y más. Si es así de dulce conmigo, ¿cómo sería con alguien a quien amaba?

Le noto los dedos bajo el dobladillo de la camisa y lo detengo. Me doy la vuelta y niego con la cabeza.

Le aguanto la mirada, aparto la cortina, me meto en la ducha y dejo que el agua me empape entera. Me estudia el cuerpo con la mirada mientras los chorros de la ducha me resbalan por el estómago y por los muslos, y me pegan la camisa y las braguitas de seda a la piel.

Es justo como debió de estar ella cuando nadaron juntos.

Me apoyo en la pared y veo que se quita los pantalones. Ya se le ha empalmado.

Dios. Tres veces en la camioneta. Una en la cama. Por lo visto, tampoco ha tenido tanto problema conmigo. O yo con él.

Corre la cortina y la oscuridad y el vapor llenan la ducha. Nos aguantamos la mirada.

Se empotra contra mí, pero yo sigo con las manos a ambos lados.

—¿Qué hacíais luego? —le pregunto—. Después de que ella te pasara las manos por el pelo.

Me levanta una pierna y yo me muerdo el labio mientras él me echa las braguitas, mojadas, a un lado y me penetra.

Le clavo las uñas en los brazos. El dolor y el escozor que siento ahora que me la ha metido otra vez se mezclan con el placer que me da el sentirme llena. Respira con los dientes apretados y con la boca justo encima de la mía mientras me embiste con la polla.

—Cierra los ojos —le digo jadeando mientras él me va penetrando —. Hazle el amor a ella.

Jake cierra los ojos y yo le paso los brazos por el cuello, colgándome de él mientras Jake levanta a Flora y se la folla contra la pared. Le paso la mano por la nuca y se la subo por la cabeza, hundiéndole los dedos en el pelo y disfrutando de la dulce molestia que noto dentro de mí.

Gimo entre besos. El agua que le resbala por la boca es dulce y cálida. Yo también cierro los ojos y dejo que Jake vuelva atrás en el tiempo. Que vuelva a perderse en aquella fantasía, porque quiero que recuerde cómo la amaba y lo afortunada que fue ella de tenerlo. Que lo que sucedió no fue culpa suya.

Que no tiene la culpa de lo que hicieron mis padres.

Gruñe mientras me la mete y me la saca. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que me recorra el cuello con los labios mientras vuelvo a hundirle los dedos en el pelo.

—Te quiero —murmura—. Pero, Tiernan, clávame las uñas, eso me gusta más.

Las mariposas me revolotean por el estómago. Apoyo la frente en la suya y enseguida le clavo las uñas, arrastrándoselas con delicadeza por la nuca.

—Abre los ojos, cielo —me pide.

Le hago caso y veo que me está mirando fijamente a través del vaho que nos rodea.

—Jamás podría fingir que eres otra persona —me dice—. Y tampoco quiero.

Le aguanto la mirada mientras nuestros cuerpos se mueven aún más deprisa y él me agarra las nalgas con fuerza.

—Me recuerdas muchísimo a ella —susurra sin ralentizar—. Estoy acordándome de cosas en las que hacía muchísimo que no pensaba.

Me llega al punto exacto con la punta de la polla y yo echo la cabeza hacia atrás y arqueo la espalda, gimiendo.

—Lo posesivo que era con ella. —Me agarra la cara para acercarme a él y besarme—. Se me había olvidado. O que nos peleábamos un montón de veces por cualquier estupidez. O lo inconsciente e impaciente que era yo.

Nosotros también nos peleamos por estupideces, pero eso no se lo digo. Si Jake no me hubiese cantado las cuarenta, ahora yo seguiría siendo la misma de antes.

Me sujeta, lo sujeto y respiramos con pesadez con la boca pegada a la del otro.

—Lo apabullante que era el sexo —sigue—, porque lo que sentíamos era descomunal y perdíamos el control. Y lo muy jóvenes que éramos, y que cuando se nos venía un problema encima, follábamos hasta olvidarnos del tema. Ya no quiero algo así.

—¿Y qué quieres? —le pregunto.

Abre la boca para responder, pero no pronuncia palabra alguna.

En ese instante, baja la voz y contesta prácticamente susurrando:

—Quiero que te guste esto.

Y me gusta.

Sin embargo, antes de que me dé tiempo a responder, me baja al suelo, me da la vuelta y me empotra contra la pared. Me separa las piernas, ahogo un grito y vuelve a colarse en mi interior. Me pongo de puntillas y él me agarra el muslo con una mano, me envuelve la cintura con el otro brazo y me cuela la mano dentro de las braguitas.

—Quiero que seas feliz, Tiernan —continúa en voz baja y ronca con los labios pegados a mi oreja—. Quiero que mis hijos sean felices.

Me folla contra la pared, embistiéndome cada vez más deprisa, y yo giro la cara para besarlo.

—Y quiero que sepas que, vayas donde vayas, siempre serás nuestra. —Me dice entre besos—. Nosotros somos tu hogar.

—Ya lo sé. —Gimo.

Nos aguantamos la mirada con la frente apoyada en la del otro.

—Y quiero verte en mi mesa cada mañana y en mi cama cada noche —añade.

Me muevo contra los azulejos del baño y voy golpeándome los pechos con la pared, pero no me importa. Giro la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Me encanta ver cómo me lo hace.

—Resulta que ese gilipollas de mierda sí hizo algo bien. —Tira de mí para acercarme a él y me besa con vehemencia mientras me pellizca el pezón—. Te mandó con nosotros. Nuestra princesita. Nuestra. Toda nuestra.

Y me basta con esas palabras. Una sutil punzada de dolor y la posesividad de sus palabras hacen que me agite contra él, muerta de ganas de correrme. Me agarra las caderas para ayudarme mientras los dos gemimos y gritamos, y a mí se me contrae el sexo a su alrededor.

—Los despertaremos. —Exhalo.

Pero ni él ni yo podemos parar.

Se me va formando el orgasmo y me froto el clítoris mientras él me la mete hasta el fondo.

—Oh, Dios. No pares —le suplico—. No pares.

—Hostia —gruñe—. Joder.

Me embiste con más y más fuerza, y yo planto las manos contra la pared mientras vuelvo a gritar, me estalla el cuerpo entero y un fuerte hormigueo me recorre la piel.

Respiro con pesadez, gimiendo, y él se deja caer encima de mí sin parar de apretarme los muslos con las manos.

—Joder. —Jadea falto de aire—. Deberíamos... —Noto en la espalda cómo se le mueve el pecho al respirar—. Creo que deberíamos utilizar preservativos, por más que te tomes la píldora. Esto es arriesgarnos demasiado.

Asiento. Estoy demasiado cansada para llevarle la contraria. Seguramente tenga razón. No vamos a enrollarnos cada día cinco veces en solo doce horas, eso está claro; sin embargo, cuanto más lo hagamos, mayor es el riesgo.

Se yergue.

—Aunque nunca había visto nada tan sexi en toda mi vida —añade, y me frota la parte interna del muslo con el pulgar.

Me sonrojo y noto cómo sale de mí. Visualmente, no tengo ni idea de qué pinta tengo, pero sé que me gusta la sensación que me provoca.

Me quito la ropa, la escurro, me enjuago y salimos de la ducha para secarnos.

Entro en su cuarto, cojo un bóxer suyo, lo enrollo unas cuantas veces para que se me ajuste bien y le robo una camiseta. Necesito ponerme algo seco para regresar a mi habitación.

Cojo la ropa mojada y le doy un beso en la mejilla a Jake.

Él se detiene a medio ponerse la camiseta y me pregunta:

—¿Qué haces?

—Irme a la cama —contesto—. Antes de que me fallen las piernas.

A pesar de que arquea una ceja, me fijo en que está reprimiendo una sonrisa.

Ahora en serio: necesito dormir.

Y espacio. Me asusta que ocurran demasiadas cosas demasiado rápido. Me gusta lo que he encontrado aquí. No quiero volver a perderme.

—Nos vemos mañana por la noche —le susurro al acercarme a él para darle otro beso; esta vez, en los labios.

—Hasta mañana —responde.

Doy media vuelta para marcharme, pero entonces me detengo y le pregunto:

—¿Aún tengo que despertarme temprano para llevar a cabo las tareas de primera hora?

Entorna los ojos, confundido.

—Como ahora me toca el turno de noche... —le cuento.

Abre los ojos a más no poder y se queda boquiabierto. Alarga la mano y me da un azote en el culo.

Río, salgo corriendo hacia el pasillo y cierro la puerta tras de mí.

Pero no sin antes ver cómo sonríe y sacude la cabeza.

Me gusta su sonrisa. No suele mostrarla a menudo. Exhalo y voy hacia mi cuarto; sin embargo, el aroma que huelo de repente hace que me frene en seco, y miro a la derecha.

Ahí, en la estrecha y oscura escalera que lleva al tercer piso, brilla centelleante un ascua anaranjada y un hilo de humo vuela entre la oscuridad.

Dejo de sonreír.

«Kaleb». Miro hacia la puerta de Jake y maldigo el hecho de que su cuarto esté lo suficientemente cerca de las escaleras para que se cuele cualquier ruido que provenga de ahí. ¿Cuánto tiempo lleva Kaleb aquí sentado?

Se mueve, y cuando se levanta, la madera cruje. Entro en tensión mientras él sale de esa negrura y me mira fijamente a la vez que le da otra calada al cigarrillo, antes de tirar la colilla al suelo y pisarla con el pie, descalzo.

Se me retuercen las tripas y levanto la vista de golpe para volver a mirarlo a los ojos.

—¿Qué? —le pregunto.

Aunque, cómo no: Kaleb no dice ni mu.

Se me acerca y yo me aparto caminando hacia atrás para alcanzar mi habitación. Aun así, él alarga la mano para bloquearme el paso. Choco de espaldas con la pared y, cuando se me acerca y me empuja, se me cae la ropa mojada al suelo.

Mierda. ¿Qué estará pensando? ¿Que ahora iremos al taller para terminar lo que empezamos hace semanas? ¿Que ahora seré una presa fácil?

Noto el calor que emana su cuerpo y también su pecho, desnudo, más cerca. Aparto la cara y casi tiemblo al percibir la calidez de su aliento en la mejilla.

Se agacha, coge mis braguitas rojas, que siguen empapadas por la ducha, y vuelve a levantarse. Las frota con los dedos y se queda mirando la prenda.

La culpa me embarga por un segundo, aunque no sé por qué.

Intento arrebatarle las braguitas, pero él las aparta de golpe y siento un nudo inmenso en el estómago. Le pego una bofetada.

Kaleb se gira un poco, pero no se tambalea.

Vuelvo a alargar el brazo para coger mi ropa interior, pero Kaleb aparta el suyo y el tejido se rompe. Hace una bola con mis braguitas en la mano y empotra el puño en el trozo de pared justo al lado de mi cabeza con una mirada ardiente y cabreada en los ojos.

Acobardándome, inhalo con fuerza con los dientes apretados, en un acto reflejo.

¿Qué he hecho yo? Ni que le importase algo.

Todo lo que he sentido hace un minuto con Jake desaparece. Me yergo, dispuesta a apartar a su hijo de mí; sin embargo, antes de que pueda hacerlo, Kaleb me agarra.

Me coge por los brazos, me guía caminando hacia atrás, hasta mi cuarto, me empuja contra la cama y me inmoviliza ahí mismo.

—Apártate —gruño defendiéndome con los brazos, aunque él se apresura a mantenerme ahí.

Se separa un poco y yo apenas tengo tiempo de darme cuenta de nada. Me giro, cierro los ojos con fuerza y noto cómo me escupe en el pelo.

Los ojos se me llenan de lágrimas en el acto y se me hincha el pecho al gritar.

Kaleb coge algo de la mesita de noche y me lo pasa por la frente. Y entonces me doy cuenta de que es mi rotulador permanente.

Se aparta de mí a toda prisa, tira el rotulador y yo me quedo aquí tumbada, demasiado sobresaltada para moverme siquiera.

No es necesario que me mire en el espejo para descubrir qué ha escrito.

Sale de mi cuarto y sus pesados pasos me indican que está subiendo las escaleras que llegan hasta el ático. Y, cuando por fin oigo que cierra su habitación de un portazo, me siento.

Sigo con los ojos inundados de lágrimas, pero ya no estoy llorando.

Me quedo con la mirada perdida. De repente, me siento sucia.

No obstante, al cabo de poco, la vergüenza se convierte en más rabia y casi sonrío.

Está cabreado.

Y a mí casi me hace gracia.

Desde que llegué yo aquí, Kaleb ha tenido, como mínimo, a tres mujeres en su cuarto. Y eso sin contar a Cici, con quien se enrolló en el establo ese día. Pero a quien ha escupido por zorra es a mí. ¿Me habría considerado igual de zorra si hubiese dejado que me compartieran entre él y Noah aquella noche, la semana pasada?

Noto el peso de su maldito escupitajo en el pelo. Noto eso y nada más. El cabreo me va llenando los pulmones a cada respiración que tomo y es prácticamente suficiente para ahogar el dolor.

«Nuestra», me ha dicho Jake. «Toda nuestra».

Sin embargo, envuelta por el silencio de mi habitación y con el sordo zumbido que proviene de la vibrante música del cuarto de Kaleb, que me queda justo encima, sacudo la cabeza.

—Tuya —murmuro—. Suya no.



—Nada de ordenadores en la mesa —dice Jake a la hora del desayuno.

Me coge el ordenador y yo pillo la libreta y el lápiz que tengo encima justo a tiempo para que no se caigan al suelo.

—Se me acaba el plazo para enviar este trabajo —me quejo—. Llevo una hora intentando mandarlo, pero no para de fallar Internet.

—Lo entenderán. —Baja la tapa del aparato y lo deja en la encimera—. Luego vuelves a intentarlo.

Arrugo la frente, pero me rindo y tiro la libreta y el lápiz en la encimera, al lado del ordenador. Ahora que estaba concentrada... Nunca me había costado tanto encontrar la motivación para hacer

los deberes hasta ahora. No os podéis imaginar la de distracciones que hay en un pequeño lugar remoto, alejado de todo y aislado en Chapel Peak, Colorado; siempre prefiero hacer un millón de cosas más antes que los deberes.

Como acariciar a los animales.

Preparar premios para los animales.

Jugar con los animales.

Desvío la vista hacia Jake mientras me llena el bol de copos de avena. «Alejada de todo en algún lugar silencioso con un animal en concreto».

Debe de notar que lo estoy mirando, porque desvía la vista hacia mí para mirarme fijamente a los ojos mientras vierte unas cucharadas llenísimas de avena en los boles de los chicos. Me fijo en la sutil sonrisa que tiene dibujada en los labios porque es plenamente consciente de lo que estoy pensando; de todos modos, vuelve a esconderla en el mismo instante en que vuelve a guardar el utensilio en el bote.

Me muerdo los labios para reprimir la sonrisa y cojo mi cuchara.

Los chicos entran. Noah se quita el abrigo temblando y se sienta a la mesa mientras Kaleb se acerca al fregadero y se lava las manos. Miro por la ventana.

No hay ni rastro de los rayos de sol que suelen iluminar la terraza a estas horas y tampoco percibo ese olor tan fuerte a establo (a paja y a animales) en los chicos. Hace demasiado frío.

—¿Cuántos centímetros caerán esta noche? —pregunto, a sabiendas de que va a nevar sin necesidad de mirar las noticias.

A Noah se le escapa la risa como si acabase de soltar alguna broma, y Jake se detiene en el acto, ladea la cabeza y lo fulmina con la mirada.

Y entonces caigo. «Centímetros». Pongo los ojos en blanco y me echo un poco de azúcar moreno en los copos de avena. «Será idiota...».

Mira a su padre y levanta las manos como para defenderse.

—Habría hecho la broma sí o sí.

Kaleb coge la silla que queda frente a mí y se pone a comer. Me lo quedo mirando un momento y, en parte, hasta desearía que me mirase a los ojos. Todavía me duele la frente de haber tenido que fregármela tanto para quitarme la marca del rotulador permanente.

Pero él ni me mira. Otra vez. Como si yo ni siquiera estuviese aquí.

Bajo la vista y me meto una cucharada de comida en la boca. Debería contarle a Jake lo que ocurrió anoche cuando me marché de su habitación; sin embargo, eso, a Kaleb, no le dolería lo más mínimo. A él le da igual lo que piensen los demás, y Jake no puede controlarlo. Lo único que puedo hacer para seguir molestando a Kaleb es lo mismo que he estado haciendo hasta ahora.

Me llevo otra cucharada más a la boca, vuelvo a bajar la vista hacia mi ejemplar de *Beloved* y paso la página.

—¿Alguna vez has visto la nieve? —oigo que pregunta Noah—. Ufff, déjalo. Culpa mía. Eres la típica niña que va a los Alpes suizos.

—Franceses, gracias —respondo sin levantar la vista del libro.

Mastico y me pongo a pensar en la última vez que fui a esquiar. Me encantaba porque era otra actividad más que podía hacer sola. La nieve y el invierno no están nada mal si tienes cómo divertirte.

Levanto la vista de nuevo.

—Sí, la he visto —le cuento a Noah, bromas aparte—. Aunque no he jugado demasiado en ella. Ni tampoco he conducido ni he vivido en un lugar nevado. Pero he visto *El resplandor* y sé lo que les

ocurre a los que se quedan todo el invierno encerrados en un lugar remoto en Colorado. Puede resultar bastante mortífero.

Ríe y yo vuelvo a bajar la vista hacia la comida. Sin embargo, al hacerlo cruzo la mirada con Kaleb y me detengo un segundo. Se me queda mirando, tieso y con sus increíbles ojos verdes clavados fijamente en mí.

Carraspeo.

—No por mucho madrugar amanece más temprano —me dice Noah en plan broma mientras me hace cosquillas en los costados.

Me aparto del asiento de inmediato.

—Para.

—Y si no amanece más temprano puedo seguir jugando un rato más —canturrea acercando la silla a la mía para hacerme cosquillas con más ímpetu todavía.

Antes de mudarme aquí, no me habían hecho cosquillas. Y no me gusta.

Aun así, no puedo parar de reír.

Sacudo la cabeza y le pego una patada por debajo de la mesa. Los cubiertos tintinean. Me muero de ganas de darle una bofetada, pero estoy demasiado ocupada intentando alejarme de sus dedos a la vez que se me llenan los ojos de lágrimas de tanto reír.

—Deja las manos quietas —oigo que tercia Jake—. Ya.

Pero Noah no le hace caso.

Me pone la mano bajo el cuello y yo hago ademán de mordérsela, pero entonces la aparta. Se la devuelvo, lo imito y le hago cosquillas a él también. Apartamos las sillas hacia atrás y las patas chirrían contra el suelo mientras yo me defiendo.

Cuando era pequeña, los amigos de mis padres tenían una hija que me invitó a la fiesta de pijamas que organizó por su cumpleaños (por quiénes eran mis padres y no porque fuésemos amigas), pero

recuerdo ver a su padre peleándose con el hijo pequeño en el suelo esa noche. Reían y jugaban, rodaban de un lado a otro y el hombre permitía que el crío le hiciera cosquillas. Presenciar eso me resultó extrañísimo. Había familias que jugaban juntas.

Alargo la mano de inmediato para coger su vaso, dispuesta a amenazarlo con bañarlo con el contenido. No obstante, antes de que pueda pillarlo, Kaleb aparta su bol de un manotazo y le da al bote que hay en medio de la mesa.

Este choca con mi taza de leche. La bebida se tambalea, cae contra la mesa y el líquido acaba derramado por toda la superficie. No me da tiempo de apartarme: la leche cae por el lateral y me mancha las piernas.

De inmediato, echo la silla hacia atrás. Voy con los muslos al aire porque llevo los *shorts* del pijama, que ahora están empapados. Levanto la vista hacia Kaleb en el acto.

—Mierda —musita Noah.

Veo que se levanta y espero que vaya a por un trapo. A su vez, Jake le lanza una mirada a Kaleb.

Aprieto la mandíbula.

«He hablado demasiado pronto». Supongo que en esta familia no juegan todos juntos. Y hay alguien en concreto que no está para juegos. Levanto la mirada y miro a Kaleb a los ojos.

Se me queda mirando desde el otro lado de la mesa. La cocina se ha quedado en silencio, y si había alguna duda sobre si había sido deliberado, ahora ya se ha disipado. La leche, fría, me resbala por los muslos y va goteando hasta el suelo. Jake mira a su hijo, con la respiración pesada.

Noah me tira un trapo en el regazo y se apresura a coger otro para limpiarlo todo. Kaleb y yo continuamos aguantándonos la mirada.

Hay ratos en los que no puedo quitármelo de encima y otros en los que me odia. Un día me sienta en su regazo para que no me manche de refresco y al siguiente es él quien me tira la bebida encima.

Escondo los dedos debajo de la sudadera y me bajo los *shorts* lentamente hasta quitármelos. La prenda me queda justo por debajo del culo. Levanto la vista y descubro cómo le centellea la mirada mientras la baja un segundo por mis piernas. Y yo me quedo donde estoy. No va a conseguir que salga corriendo. Ni que me eche a llorar. Puede que no le guste tener a alguien nuevo (o a una chica) viviendo en casa, pero tampoco lo pedí yo.

Permanezco aquí sentada para ir mostrándole que ya no va a lograr que salga por patas ni que me esconda. Y cuando vuelve a recostarse en su silla y se le empiezan a relajar los músculos bajo la camiseta, creo que lo he conseguido.

Pero entonces veo cómo mete la cuchara en el bol de copos de avena otra vez y la levanta en dirección hacia mí en lugar de acercársela a la boca.

—Kaleb, no —le ordena Jake, acercándosele.

Sin embargo, él propulsa el utensilio por la punta y ese montón de avena sale volando por encima de la mesa. Aparto la cabeza hacia un lado y cierro los ojos con fuerza; justo entonces, la mezcla termina impactando contra mi barbilla y noto ese cálido pringue manchándome la cara entera.

—¡Hostia ya! —grita Jake, levantándose y yendo a por Kaleb.

De todos modos, me interpongo y me trago el dolor que siento en el pecho.

—No pasa nada.

—¿Qué demonios te ocurre? —le grita Jake agarrándolo de la camisa con el puño.

—No pasa nada —repito más alto, dejando que la comida se me pegue en la piel y sin hacer nada por limpiármela.

Pero Noah empieza a echarle la bronca:

—Kaleb...

Jake levanta a Kaleb.

—¡Basta! —grito—. No pasa nada.

Jake gira la cabeza, me mira y me corrige:

—Sí que pasa.

—Los bebés se comunican así —argumento.

Él entorna la vista. Desvío la mirada hacia Kaleb y levanto un poco la barbilla.

—¿Verdad? —lo provoco—. Se dedican a lanzar cosas porque no saben hablar. —Me quito parte de la avena de la cara y la tiro en el bol—. ¿Querías más? ¿Eso estabas intentando decirme, Kaleb?

Junto las manos y acerco las puntas de los dedos de la derecha y las de los de la izquierda.

—Así —le explico—. «Más».

Como los bebés, que aprenden ese gesto de lengua de señas en inglés antes de saber hablar. Solo que Kaleb sabe hablar. Y escribir y hacer señas. Yo pensaba que simplemente era que no quería comunicarse, pero no es el caso. No tiene problema alguno en hacerlo.

—¿Puedes repetirlo? —le pregunto con un tono de voz ligero y dulce, como si estuviese hablando con una criatura—. «Máááááás».

Gruñe, empuja a su padre, coge la mesa y la gira por completo. Ahogo un grito y veo cómo el mueble acaba contra el suelo, al lado de Kaleb, y todo lo que había encima se desparrama sobre los azulejos. Los platos se rompen, los copos de avena que había en el bote acaban contra la nevera y el zumo de Noah le mancha los vaqueros a Jake en su recorrido hasta el suelo.

No sé qué cara ponen Jake y Noah. Aun así, no me muevo e intento esconder lo fuerte que me late el corazón.

Levanto la vista hacia Kaleb y casi sonrío a pesar del miedo que tengo. Se le está yendo la olla.

Y, encima, es malo.

¿Acabo de ganar yo y se detendrá ya?

¿O he empeorado aún más la situación y ahora tendré que esperar a que vuelva a atacar?

Desaparece antes de que a nadie le dé tiempo a reaccionar. Se gira, sale de la cocina y escucho cómo abre la puerta y la cierra de golpe al abandonar la casa.

Por desgracia, no puede irse demasiado lejos.

Jake hace ademán de seguirlo, pero lo detengo:

—Para.

Esto tenemos que solucionarlo Kaleb y yo.

Jake se gira y me mira un segundo.

—¿Qué narices ocurre aquí? Nunca se ha comportado de este modo.

Al oír esas palabras, siento cierto orgullo en mi interior.

Sin embargo, me limito a encogerme de hombros y a levantarme. Cuando voy a coger unas cuantas servilletas de papel para limpiarme, la sudadera me tapa la ropa interior.

—Solo estábamos jugando —respondo.



Al pobre Noah le ha tocado fregar la cocina porque Jake ha salido en busca de su hijo y, al hacerlo, ha descubierto que Kaleb había cogido

la moto de nieve para irse a cazar. Bien. Espero que no regrese en todo el día.

Leches, si es que se puede pasar varios días cazando. Además, como ayer ya conseguimos un ciervo, tampoco necesitamos más carne, cosa que quiere decir que tiene tantas ganas él de no estar aquí como las tengo yo de que no lo esté.

No entiendo a Kaleb. Me gustaría entenderlo, pero es como un animal. Come. Se relaciona. Se pelea. Y punto.

Es imposible que esté celoso. El otro día, cuando Noah se colocó encima de mí, Kaleb no parecía molesto.

Noah... Bajo la vista.

Y Jake.

Se me avivan las mejillas y la culpabilidad que he ido echando a un lado vuelve a adueñarse de mí.

Siempre me parecerá evidente por qué ocurrió con Jake. O por qué podría haber ocurrido con Noah. Esta casa (esta gente) tiene algo que le da veracidad a lo que yo siempre supe que necesitaba. Y no hablo de sexo. Ni de un chico.

Hablo de un lugar. De un sitio o una persona que me hagan sentir que estoy en un hogar.

Y ayer Jake van der Berg necesitaba eso tanto como yo. Supongo que me siento culpable porque los demás no lo entenderían. Pensarán lo que quieran, sí, pero lo mejor es que seguramente nunca descubrirán la verdad. Mirai no está aquí. No estamos rodeados de los teléfonos de gente ajena. Los de TMZ tampoco están aquí.

Somos libres.

Me paso el resto de la mañana poniéndome al día con cosas del colegio y, al final, cuando por fin pillo conexión, consigo entregar el proyecto en línea. Luego me pongo el abrigo, las botas, los guantes

y el gorro, y salgo. La nieve cae centelleante y unos pequeños y húmedos copos me acarician la cara cuando cierro la puerta. Me detengo y levanto la vista hacia el nublado cielo.

La nieve no es como la lluvia. La lluvia es pasión. Es un grito. Es el pelo que se pega a mi cara mientras lo envuelvo a él con los brazos. Es espontáneo y ruidoso.

La nieve es como un secreto. Son susurros y la luz del fuego que crepita en la chimenea, y la búsqueda de su calor corporal entre las sábanas a las dos de la madrugada cuando el resto de la casa está en silencio.

Es abrazarlo a mí y quererlo despacio.

Abro los ojos, exhalo y veo cómo el vaho de mi aliento bailotea por el aire antes de disiparse.

Oigo el destornillador inalámbrico en el taller y echo a andar. La nieve cruje bajo mis pasos mientras desciendo las escaleras. Noah y Jake trabajan a puerta cerrada. Paso por delante del taller y, en parte, desearía que me dejaran ir a pasear a mí también, a solas.

Pero lo entiendo. Bastante peligrosa es ya la naturaleza como para que me aleje yo sin compañía, que soy una novata en esto de la nieve.

Llego al establo y me acerco a Shawnee. Es una yegua baya preciosa, con un pelaje de color cobrizo y las patas negras, al igual que los ojos y la crin. Hasta tiene las puntas de las orejas negras. Parece un zorro. Y es evidente que está planeando su próxima escapada.

—Hey —la saludo.

Sonrío y me llevo la mano al bolsillo para sacar un tubo de plástico lleno de su chuche favorita. Lo abro con los dientes y saco ese zumo de fruta helado para quitarle el envoltorio, cortarlo e ir dándoselo con la mano. Me hunde el morro en la palma para

comerse su helado preferido. Me aproximo y el animal pasa la cabeza por encima de la puerta de la cuadra. Rompo otro trozo y otro más, y se los voy dando. Mastica sin parar y me quito los guantes para acariciarle primero el hocico y luego la frente.

—¿Estás calentita? —le pregunto acariciándole la cabeza y acercándole la mía. Me parece increíble lo caliente que está. Jake tapa a los caballos más viejos por la noche, pero no quiere hacerlo con la pequeña Shawnee. Esta tiene paja de sobra y Jake me asegura que la yegua ya está acostumbrada a las gélidas temperaturas del invierno, siempre y cuando no se moje el pelaje. De momento, va todo bien. Supongo que es algo relativo. Estar a cuatro grados y medio es mejor que estar a menos siete, pero disfrutar de menos siete también es muchíííísimo más cálido que sufrir veintitrés bajo cero.

Sonrío de medio lado al animal.

—Qué variable es la realidad, ¿eh? —le digo—. Podemos acostumbrarnos a prácticamente cualquier cosa.

Todos nos aclimatamos. Aprendemos algo, solucionamos situaciones, nos detenemos en nosotros mismos... No es que las cosas se vuelvan más fáciles ni más complicadas. Es que simplemente aprendemos a lidiar mejor con todo. No tengo muy claro que estos hombres hayan cambiado porque yo haya aparecido en sus vidas, pero yo sí cambiaré por haberme cruzado con ellos. Y me gusta.

Aunque, al mismo tiempo, no es así.

Saco otro helado de zumo y Shawnee empieza a mover las pezuñas con fuerza y a sacudir la cabeza de inmediato. Sonrío y abro la chuche. Ahora tengo un montón de cosas que me encantan.

Termino de darles de comer y de cuidarlos a todos, y me aseguro de que los tres caballos tengan suficiente paja y agua. Luego me

pongo el guante de nuevo y voy hacia el granero desde el establo. Noah ha dejado los cubos que necesito ahí.

Busco en todas las esquinas, detrás de las balas de paja y en todos los ganchos que hay en la pared, pero no los veo. Me detengo y sacudo la cabeza con la mente perdida. ¿Cómo puede perder las cosas con tanta facilidad?

No obstante, cuando hago ademán de marcharme, oigo un fuerte ruido y me sobresalto. Pensaba que estaban todos en el taller.

Escucho tres golpes más y paseo la vista por las cuadras, pero no distingo nada ni a nadie. ¿Qué...?

Me olvido de los cubos, giro hacia la izquierda y voy bajando por las cuadras. A medida que me acerco a la puerta, el ruido es cada vez mayor. Oigo otro golpe. Pestañeo y alargo el brazo lentamente hasta apoyar la palma de la mano contra la puerta. No está cerrada con pestillo y, a pesar de que aprecio movimiento a través de las grietas y que sé quién hay detrás, la empujo para abrirla de todos modos. Las bisagras chirrían mientras la puerta va dejando a la vista lo que hay al otro lado.

En la esquina de esta sala a oscuras aparece un calentador enorme encendido. Las rejillas escupen chispas mientras Kaleb sigue de pie delante de la mesa y de espaldas a mí. Levanta el hacha y la baja con fuerza. La sangre sale a chorros y él arranca la pata del animal antes de coger el cuchillo de caza. Siento un nudo en la garganta; no puedo respirar.

Dios mío.

Retrocedo, pero no me da tiempo a escapar. Los sonidos que oigo mientras él va descuartizando el animal que sea que ha cazado junto con el ruido de ese cuchillo dentado clavándosele en la piel, los músculos y la caja torácica me inundan los oídos mientras observo cómo le va cayendo la sangre a los pies.

Me sube la bilis y trago saliva para deshacerme de ella.

Kaleb se gira, me ve y sus ojos verdes hacen que me quede allí helada mientras él levanta los dedos. Tiene el pecho y los brazos sudados, y el pelo pegado a la sien. Se le va dibujando una perezosa sonrisa burlona en los labios y se lleva un dedo a la boca para chupárselo y limpiarse la sangre.

Coge el cuchillo con la otra mano, baja la barbilla y me mira como si no existiese nada más en el mundo. Si ahora me echara a gritar, con el ruido de las máquinas en el taller, no me oiría nadie.

Ni de broma.

Agarro la puerta y cierro de golpe mientras salgo pitando de allí. Él ríe sutilmente mientras yo desaparezco a toda prisa de su vista. Cabrón.

Pero entonces me detengo y me doy cuenta de algo. Se ha reído. En voz alta.

Ha sido un instante, pero he oído lo grave que tiene la voz. Lo he oído gruñir y rugir alguna vez, pero ahora ha dejado que lo escuchara reír. Entorno los ojos y me pierdo en mis cavilaciones. ¿Se habrá dado cuenta?

¡Ha dejado que lo oyera!

Me encojo de hombros, me deshago de dichos pensamientos y voy hacia la salida. Pero entonces distingo algo por el rabillo del ojo, desvío la vista hacia la derecha y me fijo en la escalera que hay. No suelo pasar demasiado tiempo en el granero, sobre todo porque es donde le gusta esconderse a Kaleb.

Vuelvo a mirar hacia la puerta, tras la cual él sigue trabajando. Me acerco a la escalera, coloco el pie en el peldaño más bajo y me sujeto al que me queda a la altura de la cabeza.

La voy subiendo hasta que llego a la puerta que hay en esa planta y me pongo de pie. Estoy en un cuarto pequeño lleno de objetos

ocultos por sábanas.

¿Serán muebles?

Alargo el brazo, cojo uno de los trozos de tela y tiro de él.

Capítulo veinte

Tiernan

—¿Qué quieres hacer con esto? —me pregunta Jake.

Jake agarra la cómoda de tres cajones por un lado mientras Noah sujeta el otro y la llevan al taller. Me fijo en las plumas y filigranas talladas en la madera y sonrío.

—Lo que me dejéis, supongo. —Me encojo de hombros porque todavía no lo tengo demasiado claro—. Es un mueble superchulo y ahí arriba hay muchísimos más.

Había más cómodas, un par de tocadores, unas cuantas mesas auxiliares y una mesita de noche, un par de puertas y un escritorio. Ninguno de los muebles está en un estado maravilloso; sin embargo, cuando los he visto, me ha dado un vuelco el corazón. En la casa donde crecí, todo era nuevo.

Me acerco a ellos y paso la mano por la áspera madera de la parte superior de la cómoda. Las cosas nuevas no esconden historia alguna. No tienen ningún misterio. Me gusta lo viejo.

Jake se separa un poco, me imita y se queda mirando el mueble. En cierto modo, parece que lo hayamos sacado de *La Bella y la Bestia*. De la versión de Disney. Por la curvatura de la madera y porque la cómoda es más ancha por arriba que por abajo; además, tanto las patas como los extremos están repletos de detalles. Estoy segura de que, en su día, fue un mueble espectacular.

—Pillamos un montón de cosas de rastrillos para cuando termináramos de construir esta casa con mi ex —me cuenta Jake—, pero luego todo se fue a la mierda y...

Abro los cajones para comprobar si se desplazan correctamente.

—Que sí, vaya: toda tuya —añade—. Una cosa más con la que mantenerte ocupada este invierno.

Giro la cabeza y lo miro.

«Una cosa más».

Sonríe.

Noah me da un golpe en el brazo.

—Ven, que te enseño las pinturas.

Lo sigo.



Al cabo de unas horas, Noah y yo nos encontramos trabajando en el taller. Hemos cenado el chili que ha preparado Jake y los boles, ya vacíos, descansan en el suelo de cemento. El viento sopla con fuerza al otro lado de la compuerta; sin embargo, la leña crepita de fondo, ardiendo en la estufa, y ni siquiera necesito ponerme un abrigo para estar aquí fuera.

De todos modos, mientras me entretengo por ahí vestida con unos vaqueros y la camisa de franela de Noah, lo que sí llevo puestos son dos pares de calcetines y mis zapatillas peludas.

Me arremango, meto el trapo en el disolvente y lo saco antes de pasarlo por la parte superior de la cómoda para quitar los restos del acabado.

—¿Todo bien? —pregunta Noah.

Levanto la vista y veo que está rebuscando en un bote de café. Las tuercas y los tornillos que hay dentro tintinean.

—Ajá.

—¿Y este repentino interés en la restauración de muebles?

Río por lo bajo y vuelvo a meter el trapo en el bote de disolvente.

—A lo mejor es una excusa para estar con vosotros —bromeo—. Para que hagamos algo todos juntos.

Se le ensancha la sonrisa y deja sus blancos dientes al descubierto.

—O a lo mejor es solo que no quiero quedarme sola en casa con tu hermano y su ira —murmuro.

Después del numerito de los copos de avena de esta mañana, he tenido que lavarme el pelo. Kaleb a veces echa una mano arreglando las motos; no obstante, nada más llegar me di cuenta de que Jake no era tan exigente con él como lo es con Noah. Seguramente porque no podía mangonear a Kaleb y tampoco quería presionarlo tanto como para acabar alejándolo demasiado.

En ocasiones, Kaleb echa un cable en el taller. Y en otras, se encarga de los animales, corta leña, se ocupa de ciertas reparaciones del terreno, caza, juega con los perros o se encierra en su cuarto, en el último piso. No se limita a hacer aquello que le apetece, pero sí se decanta por actividades que le permitan estar solo. Eso es todo cuanto me ha quedado claro.

Sigo con lo mío y las trenzas me van chocando con el pecho a medida que continúo frotando la madera, hasta que empieza a recuperar su color natural.

«A lo mejor es una excusa para estar con vosotros».

Puede que no lo haya dicho en broma. Ahora mismo, los folletos de las universidades y los catálogos sobre varios cursos están aguardando en la cocina porque, cuando me he sentado con el ordenador en la mesa esta mañana en un intento de conectarme a Internet y rellenar los formularios, he notado que me faltaba el aire

de inmediato. Elija la universidad que elija, tendré que irme lejos de aquí.

—No es nada personal, eh —suelta Noah.

Levanto la vista para mirarlo.

—Lo de Kaleb —aclara.

Bajo la mirada y vuelvo a centrarme en mi trabajo. Me cuesta creerlo. ¿Le escupe a todo el mundo en el pelo? Noah no sabe toda la historia.

Dejo el trapo en el bote de nuevo, echo a andar hacia el fregadero y me lavo las manos. Noah se agacha y se tumba boca arriba antes de volver a deslizarse hasta quedar debajo de la moto.

—¿No quieres saber qué le pasó? —me pregunta.

—Si quiere contármelo él...

De hecho, sí que me interesa, pero soy demasiado orgullosa para demostrarlo.

Agito las manos para sacudirme el agua y, a continuación, cierro el grifo.

—Es igual que mi padre. —Noah gira la llave inglesa y vuelve a desviar la vista hacia el vehículo—. No confían en las mujeres. Hasta que llegaste tú, vaya.

¿Que confía en mí? ¿Cómo? ¿Y a que seguro que fue una única mujer la que la lio y ahora tenemos que jodernos todas? Qué historia tan original. Y para nada estúpida.

Noah tira la herramienta y observo que sus dedos están completamente teñidos de negro.

—Pásame la llave que tiene una cinta amarilla, porfa.

Voy hacia la mesa de trabajo y cojo esa larga herramienta plateada con un mango negro y una cinta adhesiva amarilla. Vuelvo a acercarme a él, me agacho y me coloco debajo de la moto, a su lado.

—¿Y vosotros? —le pregunto a la vez que le paso la llave—. ¿Confiáis en mí?

Gira la herramienta para apretar o soltar lo que sea sin mirarme a los ojos siquiera. Aunque yo no tengo ni idea de a qué me refiero con eso. ¿A si confían en que estoy de su parte? ¿En que no les haré daño? ¿En que voy a serles leal? ¿En que no los abandonaré jamás?

Guarda silencio unos segundos, y cuando empiezan a alargarse en exceso, el miedo se apodera de mí y se me remueven las tripas.

—Anoche te oí —me suelta en un susurro.

Que me oyó...

Va apretando un tornillo junto con la inercia de sus labios.

—Como tu padre no te quería, ahora dejas que te folle el mío para que te quiera él.

Me lo quedo mirando mientras Noah sigue trabajando y, a pesar de que su enfado me desestabiliza (porque estamos hablando de Noah y yo lo considero un amigo), sus palabras tampoco es que me duelan. Necesita decir algo.

Y prosigue:

—A lo mejor te has pasado tanto tiempo sin acostarte con nadie que ahora confundes sexo con amor.

Me pasa la herramienta y yo la cojo.

—A lo mejor es que harás lo que sea con tal de que él nunca se olvide de que existes —continúa en voz sumamente baja—. Aunque eso implique abrirte de piernas.

Se le tensa la mandíbula de su moreno y suave rostro, y sigue sin mirarme a los ojos. Sin embargo, a pesar de sus punzantes palabras, no me enfado.

Noah arruga la frente y eso me indica que está dándole vueltas a algo mentalmente.

—O quizá... —prosigue—. Quizá seas como yo y estés dispuesta a hacer lo que sea con tal de sentirte bien. —Por fin se gira para mirarme a la cara—. Aunque eso implique no acordarte nunca de sus apellidos.

Le aguanto la mirada y permanecemos los dos aquí, tumbados boca arriba, mientras Jake y Kaleb están en alguna otra parte de la casa.

Las motas verdes que le salpican el iris de color azul se le ensombrecen y casi me siento cómoda, hasta que veo que me mira con más dureza.

—Quería estar ahí contigo —susurra.

La sombra que nos envuelve bajo la moto hace que no se nos vea desde la puerta. Pero yo sigo quieta aquí porque no tengo miedo de Noah.

Y de él sí. Me gusta que me hable.

Aunque, a veces, eso también me da miedo.

—Conmigo tampoco hablan —murmura—. ¿Sabes? Yo iba a hacerte el amor.

Me flaquea la mirada. Por como lo ha dicho, es como si nunca lo hubiese hecho.

—Iba a hacerte el amor —repite.

Y entonces lo pillo.

No iba a acostarse conmigo y ya está. No iba a follarme.

Iba a hacer que fuese especial.

Se le hincha y deshincha el pecho al respirar y, a pesar de que sé que en esta casa hay una cama llena de calor y con un hombre que me abraza fuerte y que siempre se preocupará por mí...

Quiero ver a Noah.

Quiero oír a Noah.

—Dime algo —me pide.

—¿Qué quieres que diga?

Duda un segundo, con la gorra puesta del revés, y veo cómo empieza a separar los labios lentamente.

—¿Te gustó mirarme la otra noche en el sofá? —me pregunta con un hilo de voz.

Le busco la mirada. El miedo me retiene, pero el deseo me mantiene firme.

—¿Hasta dónde habríamos llegado si mi padre no hubiese entrado? —insiste.

Inspiro y exhalo con los ojos clavados en los suyos; de repente, es como si volviésemos a estar en ese sofá. El espacio que nos separara es ínfimo, el aire está cargado y noto que sucede algo, aunque no sabemos ni lo que es ni si deberíamos dejarnos llevar por eso, pero lo que sí sabemos es que no queremos que termine aún.

Baja el brazo, pero yo no desvío la mirada para ver qué hace. Oigo que se abre la hebilla del cinturón y se baja la cremallera. Me busca con la mirada; debe de estar preguntándose si voy a salir por patas. O igual es que está esperando a que lo haga.

Pero no; me quedo aquí quieta. Noah cuela su mano dentro de los vaqueros y veo cómo se masturba por el rabillo del ojo.

—¿Hasta dónde? —vuelve a preguntarme.

¿Hasta dónde habría dejado yo que llegasen Noah y Kaleb esa noche? ¿Les habría permitido que se fuesen turnando? ¿O nos habríamos ido a la cama y habría consentido que me poseyeran los dos a la vez? Eso nunca lo sabremos, aunque hay algo que yo sí sé.

—No habría echado el freno —le digo. Me tumbo de lado y me coloco las manos debajo de las mejillas mientras lo miro—. Solo quería dejarme llevar y disfrutar del momento. A pesar de que me utilizaras para sentirte bien, porque yo también quería sentirme así.

Asiente poco a poco.

—Menuda mierda, ¿eh? —Se le dibuja una preciosa sonrisa en los labios—. Anhelar tantísimo esa puta válvula de escape solo porque alguien te ha dejado vacío de cojones...

Me acerco a él y le coloco una mano en el pecho mientas le rozo la mejilla con la nariz.

—Tú no estás vacío —le susurro—. Te noto el corazón.

Le late contra la palma de mi mano. Cierro los ojos, siento el calor que irradia su cuerpo y me pongo a pensar en cómo sería notarlo a él. En cómo habría sido tenerlo la noche en que nos interrumpieron.

«No fue solo una válvula de escape, Noah». No lo fue. Fue conexión.

Una conexión que, seguramente, sea más fuerte entre él y yo que entre él y cualquier otra persona de por aquí. Nadie lo ha querido suficiente. Le ha costado demasiado ganarse el respeto de Jake y Kaleb no le habla. A Noah le sucede lo mismo que a mí: que no acaba de encajar en ningún sitio. Entiende perfectamente cómo me siento, interpreta lo mismo que yo y sabe cómo es la mochila que llevo a cuestas porque, a pesar de que él no está solo, se siente solo. Aquí no ha tenido a nadie con quien hablar y, al igual que en mi caso, que no me sentía en casa al vivir en la residencia de mis padres porque no tenía la calidez de un hogar, él tampoco se siente en casa en el pico. Noah no se siente cómodo aquí.

Hasta ahora, tal vez.

Acelera el ritmo, abro los ojos y bajo la vista hasta la mano que tiene escondida dentro de los vaqueros. Me palpita el clítoris por más que intente reprimirlo y la calidez que siento en la entrepierna se vuelve hasta dolorosa.

—Noah... —profiero—. Ve más lento —le suplico—. Me gusta mirarte. Me gusta despacio.

Gira la cara hacia mí y nos rozamos los labios.

—Tiernan...

Me relamo los labios.

—Bájate más los pantalones.

Levanta las rodillas y se baja los vaqueros y el bóxer.

Se saca la polla, gruesa y dura, y veo cómo se pasa el pulgar por la punta, húmeda, antes de seguir masturbándose. Sé que está mirándome a mí mientras yo lo miro a él, pero me da igual.

Alguien (tal vez yo) está encima de él y me lo voy imaginando mentalmente. Noah le hace el amor a ella habiéndose colocado él abajo y levantando la cadera para que la chica lo reciba.

Voy desabotonándole la camisa poco a poco, con una mano. Se la abro por completo y me encuentro con la desnuda piel que le recorre el cuerpo del cuello hasta la ingle, esperándome. Me vibran los dedos de deseo. Quiero tocarlo.

Pero no lo hago.

—Más lento —le digo.

Todavía no quiero que se corra.

—Desabróchate la camisa.

Lo miro a los ojos.

—No lo va a ver —musita—. Desabróchate la camisa para que pueda verte.

Dudo un segundo y siento cómo me laten las venas en el cuello. Quiero hacerlo.

Quiero...

—No se va a enterar —me dice Noah mirando hacia la puerta que me queda detrás y que da a la cocina.

¿Y si se enterara? ¿Qué ocurriría? Alguien puede abrir esa puerta en cualquier momento.

—Desabróchate la puta camisa, princesa —gruñe en voz baja.

Me llevo la mano al pecho, le aguanto la mirada mientras él sigue tocándose y me desabrocho la camisa que llevo puesta, que es suya. Llevo un top ajustado debajo y Noah ni siquiera pregunta nada. Con los dientes apretados, me lo levanta de sopetón hasta dejármelo por encima de los pechos. Exhala con fuerza al mirarme el cuerpo y yo vuelvo a tumbarme boca arriba mientras dejo que me repase con la mirada.

El frescor del aire hace que se me endurezcan los pezones a más no poder.

—Noah...

Se lame la palma de la mano con un lengüetazo y vuelve a bajarla para continuar su paja con más ímpetu sin quitarme los ojos de encima en ningún momento.

Se agarra la polla con fuerza y el líquido preseminal se le va escapando de la punta. Se acerca para tocarme y yo niego con la cabeza.

«No».

Se detiene y me mira enfadado.

—A mí nadie me dice que no —susurra.

Sonrío un poco.

—Quiero recorrerte todo el cuerpo con la boca —me dice con la vista puesta en mis pechos—. Déjame que los saboree.

Niego otra vez con la cabeza; sin embargo, me vibra la piel con solo imaginármelo. Tenerlo encima comiéndome el cuerpo entero con la boca... Joder.

Noah hace que me sienta poderosa. Con él no me da vergüenza pedir ni rechazar nada. Soy yo quien lo tiene comiendo de la palma de la mano y no al revés.

—Más rápido. —Me cojo las tetas para él—. Hazlo más rápido.

Exhala con los dientes apretados, masturbándose más rápido y con más fuerza, y veo cómo se le abre y se le cierra la boca, como si se muriese de ganas de comerme los pechos.

Me meto una mano por debajo de los vaqueros y de la ropa interior.

Gruñe y mira cómo me toco.

—Bájatelos.

Niego con la cabeza y me acaricio el clítoris, húmedo, en círculos.

Noah vuelve a gruñir:

—Bájate los pantalones y enséñame lo húmeda que estás.

—Noah, no.

No puedo. No puedo perder el control. Eso es lo que más me gusta de estar con Noah y lo que no quiero perder. Puedo amarlo y seguir manteniendo la cabeza fría.

Jadea.

—Me muero por tener tus bragas hechas jirones en el suelo de mi habitación, pero te follaré aquí si hace falta, Tiernan.

Desvío la vista hasta el sofá que hay en el taller y, por un segundo, la rendición casi se apodera de mí.

—Déjame meterme en tu cama esta noche —me pide—. No se enterará.

Abro la boca para decir algo (para negarme), pero soy incapaz de pronunciar esas palabras. No quiero rechazarlo. Deseo que sea feliz.

—No se enterará —susurra de nuevo—. Nunca lo descubrirá, Tiernan. Suelta la mochila que llevas. Suéltala ya.

Todo lo que siento viene a mí de golpe y casi le digo que sí.

«Suelta la mochila que llevas».

Como ese día en el océano, cuando llevaba tanto peso encima que me habría acabado hundiendo de verdad. «Suéltala ya».

Y casi lo hago.

Sin embargo, en lugar de eso, me acerco a él, le agarro la cara y le doy un beso en la sien mientras Noah sigue haciéndose una paja.

—Lo siento.

Salgo de debajo de la moto, me pongo de pie y voy corriendo hacia la puerta de la cocina mientras me bajo el top y me vuelvo a abotonar la camisa de franela.

—Tiernan —gruñe detrás de mí.

Suena decepcionado, pero no me detengo.

Entro en la casa a toda prisa, cierro el taller de un portazo y subo las escaleras con brío hasta llegar a mi cuarto.

¿Qué diablos me pasa? Noah es la única persona con quien puedo ser yo misma. ¿Por qué complicar esa relación?

Lo deseaba. Quería sentarme a horcajadas encima de él, amarlo, abrazarlo y asegurarme de que no estuviera solo.

Abro la puerta de par en par y me quito la camisa y los zapatos (calcetines incluidos) con los pies porque estoy sudando.

Joder con estos hombres. Cierro los ojos con fuerza. Todavía me duele la entrepierna. Siento que la ropa me escuece y que el corazón me late con fuerza.

—Tiernan.

Al oír mi nombre, pestañeo. Giro la cara y desvío la vista hacia la puerta. Jake está al otro lado del pasillo, justo enfrente de su habitación, envuelto en una toalla. Se está secando la nuca con otra y veo cómo el vaho que sale del baño se cuela en su cuarto.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me quedo mirando la desnudez de su pecho y sus musculadas piernas. Lleva la toalla justo encima de la ingle y el clítoris me empieza a palpitar con más fuerza aún.

Niego con la cabeza.

Empiezo a desabrocharme los vaqueros lentamente y a bajármelos. Él se me queda mirando y yo me quito el top por encima de la cabeza.

La respiración se le vuelve pesada y me estudia el cuerpo con la vista. No dudo ni un segundo más. Me bajo las bragas, dejando mi sexo al aire, y Jake pierde el control de inmediato. Tira la toalla que tiene en la mano, atraviesa el pasillo decidido, entra en mi habitación y cierra de un portazo antes de abalanzarse. Solo tengo un segundo para respirar antes de que me coja en brazos, yo le rodee la cintura con las piernas y él me dé un azote en el culo.

Gimo pero sonrío mientras me empotra contra la pared, agarrándome el pecho y colándose en mi interior con una fuerte embestida antes de empezar a penetrarme con fuerza y rapidez, gruñendo y gimiendo con la boca pegada a mi cuello.

Gimo y siento cómo todo se me aviva y se enciende bajo la piel. Me ha encantado ver en Jake lo mismo que me ha encantado no ver en Noah, pero... A lo mejor estaba equivocada.

Jake tampoco me tiene comiendo de la palma de su mano.

Capítulo veintiuno

Tiernan

Arranco la hoja, la arrugo con la mano y la tiro sobre la mesa. Odio el dibujo. Llevo dos horas con lo mismo y cada diseño que hago me sale diez veces peor que lo que visualizo en mi cabeza. No sé dibujar.

Cojo un lápiz recién afilado y vuelvo a empezar, acordándome de las curvaturas de la cómoda que hay en el taller, mientras suena *Blue Blood*, de LAUREL, en el móvil, que tengo en la mesa. Voy rellenando las plumas y filigranas con trazos delicados, sin preocuparme demasiado por la base del diseño y centrándome más bien en los colores. Sigo un sistema un tanto infantil, pero quiero tener una idea de qué hacer antes de lanzarme a pintarla.

Apoyo la cabeza en el brazo, cojo el lápiz de color dorado y repaso las puntas de las plumas mientras la nieve sigue cayendo al otro lado de la ventana. Me gusta este momento del día. Cuando aún no ha acabado de salir el sol, la casa está en silencio y solo oigo la suave melodía de mi música; estoy despierta antes que los demás, pero me encuentro descansada. A diferencia de lo que me ocurre por la noche, cuando toco la almohada con la cabeza a las diez, que me quedo frita en el acto porque me puede el cansancio.

Sigo moviendo los dedos, que me sobresalen por la larga manga del jersey, pero alguien se detiene tras de mí y su sombra oscurece el papel. Detengo mis movimientos.

Aunque solo durante un instante.

Tomo una bocanada de aire y sigo dándole brillo al ribete de la cómoda mientras Kaleb va hacia la cafetera y se sirve una taza. Sabía que era él porque, de haberse tratado de Jake o de Noah, me habrían dado los buenos días.

Se queda de pie al lado de la encimera y, a pesar de que me siento tentada a levantar la vista para comprobar si me está observando, no lo hago. Dejo el lápiz y paseo la mano por encima de los demás mientras pienso en cuáles escoger. Me decanto por el lila y el azul cielo. Sin levantar la cabeza del brazo, pinto la sombra de la esquina izquierda de la cómoda y voy bajando en diagonal antes de cambiar de color y seguir con el azul.

Él se acerca y vuelve a colocarse detrás de mí.

«¿Qué, Kaleb?».

Arrugo la frente, entro en tensión y me preparo ante la gilipollez que vaya a hacer ahora. Sin embargo, al cabo de un segundo, decido ignorarlo.

Y sigo sombreando con el azul.

Por desgracia, vuelve a ocurrir lo mismo y me detengo. Pretendo conseguir una mezcla de tonalidades, pero el cambio del lavanda al azul sigue siendo demasiado brusco. Ejerzo más presión, cambio de dirección e intento que los colores se sobrepongan unos con otros; no obstante, con Kaleb detrás de mí, no consigo concentrarme. Levanto la cabeza; no estoy obteniendo el resultado que deseo y paso de hacer las sombras a base de trazos en línea a hacerlas en círculos.

Y, aun así... La transición sigue siendo demasiado brusca. Alargo el brazo para arrancar la hoja y tirarla.

Sin embargo, Kaleb apoya la mano sobre la mía para detenerme. Estoy a punto de apartarlo de un manotazo cuando, de repente, me coge el lápiz de la mano con delicadeza, deposita la taza de café y

apoya la otra mano en la mesa, encorvándose sobre mí. Miro cómo sujeta el lápiz entre los dedos con fuerza, justo por encima de la punta, y empieza a pintar las sombras en círculo a lo largo de la línea que he dibujado yo; luego, con el pulgar, frota los colores para mezclar los tonos, justo como yo había imaginado.

Kaleb sigue pintando. Al otro lado de las ventanas, el viento silba y sigue cayendo una cortina de nieve, y a mí se me relajan sutilmente los hombros mientras él vuelve a coger el color violeta para dibujar unas corrientes y gotas en medio del azul, casi como si fuera...

«Como si fuera una acuarela». Sonrío. Es justo lo que tenía en mente.

Me decanto por el aguamarina y me pongo a pintar en la parte de abajo, dibujando las sombras en círculos al igual que hace él. Kaleb continúa y mezcla su azul con el aguamarina y, mientas frotamos los colores con los dedos, nos rozamos las manos.

¿Dibujará mucho? Muevo la cabeza con ánimo de levantar la vista y mirarlo, pero logro refrenarme a tiempo.

Acabo de pintar las patas de la cómoda y añado algunos tiradores elegantes a los cajones. Cuando veo que desarruga uno de los diseños que he descartado antes, me detengo una milésima de segundo. Kaleb coloca dicho diseño sobre la mesa, lo alisa y me lo pasa.

Trago saliva. Es el diseño que he hecho con turquesa y negro.

—Este me gustaba —musito.

Aunque parece muy... No sé... ¿*Bitelchús*? Me ha parecido infantil.

Me quedo mirando ese boceto de aficionada, cojo el lápiz y la regla, y me pongo a dibujar unas cuantas tiras más en los cajones.

—De pequeña solía dibujar un montón —le cuento—. Dibujaba mi casa, con árboles y ventanas, y colgaba los dibujos en la nevera

para que mis padres los vieran. Los ponía bien bonitos y en un lugar que quedase alto para que se fijaran cuando llegasen a casa. —Kaleb sigue con las manos apoyadas en la mesa, a mi lado. Cojo el lápiz negro y pinto las sombras de las tiras—. Estaba contentísima porque me habían quedado geniales: estaban llenos de color y me daban ganas de saltar y adentrarme en ellos, como si fuesen aquellos dibujos de tiza que aparecen en *MaryPoppins*. —Río un poco—. Tenían un toque precioso y mágico. —Cambio de lápiz y cojo uno turquesa mientras noto cómo se me instala un nudo en la garganta. Con un hilo de voz, añado—: Al cabo de unas horas, los encontraba tirados en la basura. —Aprieto la mandíbula y noto unas punzadas en la garganta—. No pegaban con la decoración.

Las lágrimas se me amontonan en el pecho. Se me había olvidado todo eso. Sin embargo, ahora que ya han transcurrido tantos años, me duele más que nunca. ¿No podrían haberlos dejado allí ni un solo día? ¿Tanto les costaba soltar un único halago?

Quiero estallar y desprenderme de todo. Sin embargo, Kaleb me pilla justo a tiempo. Y, de repente, lo noto. Noto sus labios pegados a mi pelo mientras se inclina sobre mí.

Cierro los ojos y dejo de respirar mientras noto cómo nos arropa la casa, sumida en silencio. Kaleb me abraza. Apenas me toca, pero me abraza.

Me roza el pelo con la boca y siento un escalofrío en los brazos. Es como si estuviese ahogándose en mi aroma. Dejo de dibujar y él alarga la mano para agarrarme la cara.

Me acaricia la sien con la nariz y percibo la pesada calidez de su aliento en la mejilla.

Es como si Kaleb estuviese haciendo algún tipo de esfuerzo.

Levanta la otra mano para abrazarme contra él y yo noto que, al estar en sus brazos, me envuelve una especie de calidez de los pies

a la cabeza. Es como si fuera una manta.

Nada de besos. Nada de toqueteos por ninguna otra parte.

Solo calidez. Ninguno de los dos tiene al otro comiendo de la palma de su mano y, a pesar de que tengo todas las terminaciones nerviosas en llamas bajo la piel y de que se me ha avivado la sangre, ya no cierro los puños y no se me vuelven a tensar los músculos. Me siento segura.

Y cuando Kaleb me envuelve, ahora sí, para abrazarme con fuerza, trato de contener las lágrimas otra vez.

Kaleb...

Simplemente me abraza. O se me abraza. Sea como sea, no quiero que termine nunca.

Sin embargo, sé lo que quiere, de modo que también sé que no puede siquiera empezar. Kaleb no puede hacerlo y yo no puedo dejar que suceda.

Aparto la cara, me separo de su abrazo y casi me entran todos los males de golpe porque no quiero dejar de sentir su tacto, pero...

—Supongo que viene bien una puta cuando la necesidad aprieta —murmuro.

Me separo de él, cojo el lápiz y noto cómo se yergue Kaleb y se queda ahí helado mientras yo me apresuro a secarme las lágrimas de los ojos y me pongo a trabajar de nuevo.

Espero a que estalle. A que me escupa o se meta conmigo como hace siempre, porque cuando Kaleb no se sale con la suya, monta un buen berrinche. Pero...

Sencillamente se marcha. Se impulsa en la mesa, se gira y se aleja.

Y no vuelvo a verlo en todo el día.



Encojo los dedos de los pies, secos, dentro de los calcetines y de mis cálidas botas; el frío de la nieve ya está empezando a traspasar el material por la punta. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que los copos me caigan sobre la nariz y las pestañas.

Me pongo a girar, fingiendo que hago *ballet*, y veo que Jake me está mirando desde el granero. Seguramente esté sacudiendo la cabeza mientras les tira las pelotas de tenis a los perros para que jueguen.

¿Qué? Como he crecido en el sur de California, no es que haya adquirido mucha experiencia con las precipitaciones. Me alegran el día, eso es todo.

Me detengo, la cabeza me da vueltas, y al final lo miro fijamente a los ojos. A pesar de que está intentando contener la sonrisa, fracasa estrepitosamente.

Me da igual parecer estúpida ahora mismo. Hace tres meses estaba amargada; ahora no. Voy corriendo hacia él y la nieve cruje bajo mis pies mientras Noah y Kaleb cargan la moto de nieve y vuelven a desaparecer dentro del taller.

Miro a Kaleb y le pregunto a Jake:

—¿Va contigo?

—No.

—Pero ¿no suele hacerlo?

En parte, tenía la esperanza de que Kaleb fuese a unirse a Jake en su aventura de cuatro días en la otra cabaña. Ahí es donde estaba Kaleb cuando llegué al pueblo, y desde ese momento he descubierto que, cuando no hay ninguna entrega a la vuelta de la

esquina, a los dos les gusta ir allí. Es la cabaña que tienen para salir a cazar durante unos cuantos días o para cuando quieren pescar en mejores condiciones y estar más cerca.

No cabemos todos allí ni de broma; además, tampoco hay electricidad, ni wifi ni tuberías. O sea, que yo paso y me quedo aquí, aunque me han contado que el lugar es precioso; sobre todo, en verano.

A pesar de que, cuando llegue ese momento, igual ya no estaré aquí para verlo.

Jake se limita a encogerse de hombros por toda respuesta y doy por sentado que él tampoco tiene ni idea de por qué Kaleb ha decidido quedarse. Con Noah, puedo apañármelas solita. Sobre todo ahora que se ha frenado un poco desde lo de aquella noche en el taller, bajo la moto, hace unas cuantas semanas.

Y desde entonces Kaleb tampoco es que haya vuelto a mirarme mucho siquiera.

Me quedo ensimismada con la vista puesta en la barba de cuatro días que se está dejando crecer Jake, como si fuese una especie de manto invernal o algo por el estilo. Supongo que puedo aprovechar los días que esté fuera y avanzar con cosas del insti.

—Tuviste una buena idea —me dice.

Le sigo la mirada mientras se adentra en el granero. Nos detenemos justo enfrente del corral y de los neumáticos que Noah me ayudó a cortar por la mitad. Hay tres mitades amontonadas la una encima de la otra y el interior está lleno de paja y de pollitos.

Sonrío.

—Reutilización de materiales y, además, se supone que tiene que impedir que pase el viento —le cuento.

Otra de mis manualidades. Parece que a los animales les gusta bastante su casa de invierno.

—¿Estarás bien esta noche? —pregunta.

Casi se me escapa la risa.

Sin embargo, me acuerdo de la última vez que estuve a solas con ambos chicos a la vez y sin él, y bromeo:

—Seguramente no. Deberías llevarme contigo.

Se le enciende la mirada y veo cómo me desliza la vista por el cuerpo un segundo.

No es que quiera vivir a la intemperie exactamente, pero tampoco me supondría un sacrificio enorme ir a hacerle compañía.

—Me pasaría todo el tiempo intentando que entraras en calor —musita.

«Ya. Seguramente».

Imágenes de nosotros dos, de una cama y de una hoguera me empiezan a inundar la mente. ¿Para qué queremos comida?

Sonrío interiormente.

—¿Qué? —pregunta.

Me obligo a contener la sonrisa.

—Nada.

Me mira con cierta sospecha y yo vuelvo a sonreír sin querer.

Jake pone los ojos en blanco y me baja la gorra hasta cubrirme los ojos. Luego, pasa por mi lado y me comenta:

—Te queda bien.

Vuelvo a subírmela y finjo estar arrugando la frente mientras salimos los dos del granero.



Paso la página del Kindle. Oigo que el programa de la secadora llega a su fin y voy a por la cesta. Dudo un instante y leo, rápidamente y en diagonal, el siguiente párrafo antes de dejar el aparato.

Abro la secadora y extraigo la ropa. «Sistemas económicos comparativos en distintos tipos de gobierno...». Habría sido mejor seguir esta clase en persona. Tampoco es que sea especialmente difícil, pero sí me van surgiendo preguntas, y hablar con los Van der Berg de cuestiones mundiales sería como ver a Yoda haciéndose la manicura.

Jake no vota porque «mientras no se me acerquen al pico, no tendremos problemas». Como si las leyes fiscales, la contaminación o una guerra nuclear fueran a respetar los confines de su propiedad. Noah no vota porque «es demasiado trabajo» y estoy bastante convencida de que a Kaleb le da igual.

Una buena persona con quien conversar del tema sería Mirai. Además, hace demasiado tiempo que no la llamo.

Saco el resto de mi ropa de la lavadora, cojo la cesta y cierro la puerta del electrodoméstico con un puntapié antes de subir al segundo piso. Una vez en mi cuarto, vacío toda la ropa encima de la cama.

Cojo los vaqueros y todas las prendas que tengo que colgar y las dejo en una pila separada. Luego, vuelvo a rebuscar para ver si encuentro todas mis bragas y sujetadores.

Sigo buscando. Saco las braguitas azules de encaje y los sujetadores negros. Sin embargo, estudio con atención el resto de la ropa y no encuentro nada más.

Arrugo la frente.

Aquí hay ropa de seis días, como mínimo. ¿Dónde habrán acabado las otras cinco bragas?

Vuelvo a buscar y encuentro mis dos sosos sujetadores de deporte, pero ni rastro de las bragas. Deben de haberse quedado enredadas con algunos pantalones o camisas; a pesar de que sigo buscando entre el montón, no las encuentro.

¿Qué narices...?

Me detengo un segundo y me pongo a pensar. «Jake me rompió unas hace semanas en la camioneta, pero no debería faltar ningún otro par». Busco en los cajones de mi habitación, debajo de la cama y en el baño antes de bajar otra vez al cuarto de la lavadora e inspeccionar si se han caído por el suelo. Miro también dentro del tambor de la lavadora y del de la secadora, porque igual me las he dejado dentro.

Nada.

El único sitio donde pueden estar...

Voy hacia arriba y entro en el cuarto de Jake. Oigo que está en la ducha, preparándose para irse unos días de pesca. Me agacho y miro debajo de la cama y de las mesas, y también entre las sábanas.

Solo me he quitado las bragas o aquí o en mi cuarto.

¿Dónde...?

Y entonces caigo.

Dibujo una mueca.

—Ufff, Dios.

Voy decidida hacia el cuarto de Noah, donde no hay nadie porque tanto él como Kaleb siguen trabajando en el taller. Empiezo a rebuscar por su cama, dentro de la almohada, debajo de esta...

Qué asco. Por favor, que alguien me diga que Noah no haría algo así. ¿Y con cinco pares, además? ¿Qué tiene, catorce años?

Sin embargo, tras varios minutos buscando, sigo sin encontrar nada.

Vuelvo a dejar la almohada en la cama con un fuerte golpe, desprovista ya de paciencia. A mi ropa interior no le pueden haber salido patas de repente.

Y entonces levanto la vista y me acuerdo de que hay un único sitio donde aún no he mirado.

Kaleb.

Se me empieza a acelerar el pulso. «No lo haría».

¿O sí?

Imaginarme a Kaleb envolviéndose mis estrechas braguitas alrededor de su...

Y masturbarse luego... Me...

Enseguida noto cierta calidez en la entrepierna, pero sacudo la cabeza. Sigue siendo una transgresión. Y como el único sitio que me queda por mirar es su cuarto, pienso transgredirlo yo también.

Salgo de la habitación de Noah, cierro la puerta de golpe y me dirijo hacia esas estrechas y oscuras escaleras; por lo que oigo, Jake sigue en la ducha. Dudo solo un segundo antes de empezar a subir hasta el tercer piso. El corazón me late con fuerza ante la idea de ver un lugar aún desconocido para mí.

Y ante la idea de que Kaleb me pille. Tendré que apresurarme. Es una mierda cuando se cabrea.

Giro el pomo casi esperando que haya cerrado la puerta con llave, pero cede, entro y enseguida vislumbro que un rayo de luz se cuela a través de la ventana que hay a lo lejos. «Gracias a Dios». No me apetece tener que encender la luz y que él se dé cuenta desde fuera.

Entro, cierro la puerta con cuidado tras de mí y miro alrededor de esta habitación enorme. De pronto, se me ha olvidado dónde estoy.

Exhalo y se me dibuja una sonrisa en los labios. Hay una cama grande entre dos grandes ventanas que deben de ser los frontones

que hay en la zona oeste de la casa (donde da mi balcón justo en el piso de abajo). Las paredes están recubiertas de estanterías empotradas repletas de libros, metidos en cualquier hueco que haya: en vertical, en horizontal, unos encima de otros... Ninguno tiene sobrecubierta, y eso que los hay muy antiguos. No los leerá todos, ¿verdad? Nunca lo he visto leer.

El suelo de madera oscura, opaca y desgastada está cubierto por una alfombra de estilo persa, y a unos cuantos metros de la pared donde se encuentra la puerta por la cual acabo de entrar, hay una pequeña chimenea. Voy hacia allí y veo las ascuas chamuscadas de los últimos troncos que ha quemado. Al inhalar, huelo a corteza quemada y a algo más. Algo parecido al pachuli. O a la bergamota.

Al lado de la mesa, hay una pared con los cinturones y las correas, y las herramientas que utiliza para hacerlos, y distingo que también tiene más libros en el suelo, junto a la cama. Las paredes son de la misma madera de tono claro que el resto de la casa. Esta habitación se parece más bien a la planta alta de un *pub* anglosajón. Me sorprende que no tenga ningún cuadro colgado.

Me acerco a la mesa y cojo unos cuantos huesos de animales en busca de más información. Este cuarto en sí dice muchísimo.

Y, a la vez, muy poco.

A Kaleb le gusta la marroquinería. Le gusta leer. No veo ningún televisor, ningún ordenador ni tampoco ningún aparato electrónico, a pesar de que sé que tiene un altavoz o algo parecido por aquí porque, de vez en cuando, oigo su música.

De todos modos, la habitación es acogedora. Oscura, cálida y cómoda. Tiene una silla grande acolchada en una esquina y, justo al lado de esta, otra estantería repleta de libros.

Me acerco a la mesita de noche, abro el cajón y encuentro un ejemplar antiguo de *Los tres mosqueteros*, un bolígrafo y unos

cuantos preservativos. Cojo el libro y lo huelo.

Un escalofrío me recorre entera. Huele igual que el cuarto.

Seguro que, cuando tiene la chimenea encendida, es agradable estar aquí. Es un espacio tranquilo, calmado..., cálido. Bajo la vista hacia la cama y se me seca la boca de golpe.

Echo la sábana y la manta hacia atrás de un tirón y paso las manos por encima de la cama en busca de mis braguitas. Supongo que debía de estar tumbado aquí cuando se masturbó con ellas.

Como no encuentro nada, me agacho y me pongo de cuatro patas para revisar la cama gateando mientras examino que no estén por el suelo.

Sin embargo, cuando llego a los pies de la cama, veo algo y me detengo. Tres surcos tallados en la madera. Alargo el brazo y enseguida coloco el dedo índice, el medio y anular en cada muesca.

Algo ha arañado el suelo. O alguien.

Tengo los labios agrietados y me los relamo. Y entonces caigo en lo lejos que estoy de una comisaría, desde aquí. Debería haberme fijado en eso hace meses.

Me levanto y me pongo a rebuscar entre los cajones, la otra mesita de noche y cualquier recoveco que pueda encontrar, pero no tengo suerte. Es absurdo, joder. ¡Jake no es el típico hombre que va robando bragas, y Noah no me robaría casi toda la ropa interior sexi que tengo, porque lo que él querría es verme con ella puesta! Sé que es cosa de Kaleb.

Cojo su almohada y meto la mano dentro para buscar en el último lugar que se me ocurre. A continuación, hago lo propio con la otra almohada.

Noto algo y me detengo para tocarlo bien con los dedos. Tela. Una tela sedosa... La saco y me quedo mirando el lazo rojo que tengo en la mano.

El lazo de pelo rojo.

Mi lazo de pelo rojo.

La sangre se me aviva bajo la piel y noto cómo una ola de calor se abre paso en mi estómago.

Se me encorva la comisura de los labios bajo una sonrisa pícara. Bueno, no son mis bragas, pero sí es algo mío. Suelto la almohada, que vuelve a caer en la cama, y me ato el lazo en el pelo, con gracia.

No es mucho, pero poco a poco voy descifrando a Kaleb.

Puede que me odie.

Pero piensa en mí.



—Cuánto silencio.

Noah se sienta a mi derecha, en la silla de su padre, y yo levanto la vista, aunque apenas lo miro a los ojos antes de volver a centrarme en mi libro. En lugar de responder, le doy otro mordisco a la galleta.

Jake se ha marchado hace horas. Ojalá se hubiese ido antes, porque se ha puesto a nevar otra vez y ahora ya ha oscurecido. No me gusta nada pensar que está ahí fuera, solo. ¿Por qué no lo ha acompañado Kaleb? ¿Por qué no hemos ido todos? Yo podría haberme aguantado. Tampoco es que nos haga tanta falta el pescado.

Paso la página y mastico la comida a la vez que el viento hace repiquetear una de las tejas del tejado y unos cuantos cubitos de la máquina de hielo caen al congelador. El lazo me hace cosquillas en

la sien e intento no sonreír, porque noto que Kaleb me está taladrando con la mirada desde la otra punta de la mesa.

—No me había dado cuenta de que mi padre fuera el alma de la fiesta a la hora de comer —añade Noah, intentando que hablemos.

Sin embargo, yo estoy disfrutando bastante con la atención que me está prestando Kaleb como para entablar conversación alguna ahora mismo.

Noah alarga el brazo y me toca el lazo.

—Qué guay.

Le sonrío, pero vuelvo a desviar la vista hacia Kaleb de inmediato y compruebo que se le tensa la mandíbula.

—¿Quieres que veamos una peli esta noche? —pregunta Noah.

—¿Una peli?

—Hay una secuela de cuando los mismos polis pillan a la tía fumando maría y se la llevan a comisaría —me cuenta moviendo repetidamente las cejas—. Toda la noche. Con un montón de prisioneros.

Río.

—Interesante. —Cierro el libro de clase y dejo lo que queda de la galleta en el plato antes de frotarme las manos—. Pero tengo que acabar de responder quince preguntas más. —Me levanto y cojo el plato y el vaso—. Aunque me aseguraré de no pasar por el salón —añado mientras lo dejo todo en la encimera y me giro para coger el libro y el marcador.

Sin embargo, cuando rodeo la mesa para irme a mi cuarto, Noah desliza su silla hasta quedar delante de mí y bloquearme el paso.

Me detengo y me cuadro de hombros.

Él recorre mi cuerpo bajando la vista, como si le encantase que fuera con una sudadera *oversize* y unos pantalones cortos de pijama cuando, en realidad, lo que sucede es que lleva más tiempo del que

le gustaría sin haberse enrollado con una mujer y, llegados a este punto, todo le parece bien.

Vuelve a recorrer mi cuerpo en sentido ascendente y me mira a los ojos.

—Ven aquí —me dice.

—Aparta —contesto.

Aprieta los labios y su humor habitual desaparece.

—Te he dicho que vengas aquí.

Miro a Kaleb, que alterna su visión entre su hermano y yo. Se acaba de poner tenso, pero aún no está listo para defenderme.

—Él no te va a ayudar —me dice Noah como si me leyera el pensamiento.

Y, entonces, alarga el brazo, me coge por la sudadera y tira de mí hacia él. Se me cae el libro al suelo, Noah me separa las rodillas y me sienta en su regazo. Me rodea la cintura con un brazo y, con el otro, me agarra el cuero cabelludo con fuerza.

Le apoyo las manos en el pecho e intento darme impulso para separarme de él, pero Noah me agarra el pelo con fuerza.

—Noah, para. Estás borracho.

Los cuatro botellines de cerveza que hay en la mesa tintinean cuando forcejeo para separarme y le doy una patada a la pata de la mesa.

—No, estoy aburrido. —Levanta la cara hacia la mía—. Quiero hacerte el amor, Tiernan. Quiero follarme a la putita de mi padre.

Echo la mano hacia atrás y le pego una bofetada en la mejilla con todas mis fuerzas. Él gira la cara hacia un lado e inhala con los dientes apretados. Sin embargo, ríe y casi gime de placer.

—Y tú también quieres —continúa mirándome y ejerciéndome presión en la entrepierna con la ingle—. Quieres cabalgarme en esta posición. Y aquí mismo, en esta silla. Y decirle que yo te obligué a

hacerlo. —La calidez de su aliento hace que se me ponga la piel de gallina—. Decirle que fui yo quien te hizo hacer lo que se supone que tienes que hacer para todos los hombres de esta casa. Aquí mismo, en la mesa de esta cocina, cada mañana, justo después de que nos sirvas el puto desayuno.

Le agarro la camiseta con fuerza y le noto la erección rozándome a través de sus vaqueros y de mis delgados *shorts*. Respiro con fuerza e intento apartarme de él una vez más.

Noah me suelta el pelo y apoya la frente en la mía para susurrarme:

—Quiero estar contigo. —Se le entrecorta la respiración, como si estuviese pasándolo mal—. Quiero estar contigo.

El anhelo que acompaña su voz me cala hondo y, a pesar de que noto cierta calidez en los muslos y de que siento cierto deseo por algo más que no sé explicar (o no quiero hacerlo), lo aparto de un empujón.

—Hasta que se haya derretido la nieve —suelto entre dientes.

En cuanto ambos puedan volver a ver a las mujeres del pueblo, ya no les haré ninguna falta.

Le doy un golpe en el pecho, lo aparto y vuelvo a ponerme de pie. Me alejo de él y cojo el libro del suelo.

Noah se levanta y se me acerca. Kaleb también se levanta.

—Necesitabas su cariño —me dice Noah refiriéndose a su padre —. Y él abusó de su autoridad contigo. Conmigo puedes jugar. Conmigo puedes llevar tú las riendas.

Lo miro con los ojos entornados y confundida. ¿En serio cree que eso es lo que hay entre su padre y yo? ¿Cree que soy una huerfanita perdida que necesita amor?

Y está convencido de que Jake se ha aprovechado de la situación.

—Cuando tenía dieciséis años, un tío de diecinueve me llevó a casa después de una fiesta y quería hacerme exactamente lo mismo que me hace tu padre —le cuento a Noah—. No lo dejé, porque con él no sentía nada. —Los dos guardan silencio mientras yo continúo —: Cuando el hijo del senador De Haven y un par de sus amiguitos de la fraternidad me arrinconaron en el Baile del Gobernador y me prometieron que me tratarían bien, tampoco quise nada con ellos y, como consecuencia, el tío acabó con el labio ensangrentado. Cuando Terrance Holcomb se metió en el lago con su increíble cuerpazo y soltando todas esas chulerías, las mismas que vas diciendo tú, no me escapé con él para disfrutar de unos cuantos minutos de satisfacción instantánea. —Puede que al llegar aquí fuese virgen, pero no era estúpida—. Y cuando me llevasteis a cenar fuera por mi cumpleaños y algunos de los tíos de por aquí se me quedaron mirando mientras bailaba me dio absolutamente igual porque no me importaba nadie más que no fueseis tú y Jake y... —desvío la vista hacia Kaleb—, y cómo me mirabais vosotros. Porque no quería ni necesitaba nada más por parte de nadie que no fueseis vosotros porque, en esta casa, ya tengo todo cuanto quiero.

No soy ninguna tontaina que se lanza a los brazos de quien sea que le preste un poco de atención o que la engatusa con afecto y cariño. Jake no fue a por mí como si fuese suya. Fui yo quien lo eligió.

—Sé cómo frenar a la gente cuando no quiero algo —le digo a Noah—. Sé decir que no.

—¿Entonces?

—Que no —respondo.

Cojo el libro, paso por su lado y me voy de la cocina.

Capítulo veintidós

Noah

Si se abriera conmigo...

Sé que me desea. Lo supe la noche de su cumpleaños en el sofá y también en el taller mientras reparábamos la moto. Y cuando le dije que yo le haría el amor, se lo dije en serio. No saldría corriendo del cuarto ni rezaría por acabar pronto. Me encantaría hacer que se sintiera bien.

Me quedo con la vista puesta en el techo y el brazo debajo de la cabeza mientras me trago la mierda de esta noche. La he cagado. Me he emborrachado y la he liado.

Kaleb está dormido y Tiernan lleva horas en la cama. Trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta y cierro los ojos mientras noto cierta calidez y se me hincha la polla. Bajo el brazo, me la agarro por encima de los vaqueros y casi gruño del dolor que siento, joder.

«Tiernan debería estar en mi cuarto». Debería estar cabalgándome dulcemente y en silencio, aprovechando que hoy mi padre no está aquí y que Kaleb no nos delatará. Cierro los ojos, me masajeo y noto que se me empalma más y más a cada segundo que pasa.

«O yo debería estar en el suyo». Besándola y avivándole el cuerpo. Poniéndoselo difícil a más no poder para que así no pueda decirme que no. Porque se lo comeré tan bien que me suplicará que se lo haga.

Y antes de que pueda pensarlo dos veces siquiera, ya se la habré metido y se lo haré a buen ritmo, igual que ella, porque soy joven.

Me agarro la polla con fuerza y la necesidad que siento es tan grande que gruño. Tengo que masturbarme. No podré quedarme dormido ni de coña.

Salto de la cama, me abrocho los pantalones, dejo la camisa en el suelo y voy hacia la puerta.

Sin embargo, oigo un grito acallado y pongo el oído.

¿Qué es?

Parece que salga del cuarto de Tiernan. Desvío la vista de inmediato hacia la pared que nos separa, confundido. Mi padre no está aquí. O sea, que Tiernan no se encuentra ahí con él. ¿Por qué...?

Oigo otro grito y, a continuación, algo que suena como un sollozo. ¿Qué narices...?

Abro la puerta y miro hacia la izquierda. Tiene la puerta del cuarto cerrada. Me acerco, pero entonces descubro que Kaleb baja de su habitación decidido; también va en vaqueros y descamisado. Tienen los ojos entornados y el pelo enmarañado, como si se acabase de despertar.

No me detiene ni me mira a los ojos; simplemente abre la puerta del cuarto de Tiernan, como si lo hiciera siempre. Entra y yo lo sigo. Oigo que Tiernan grita y él rodea la cama en silencio. Dibujo una mueca al verla cogerse la camiseta con fuerza, con los ojos cerrados y la cara medio hundida en la almohada mientras sigue gritando. Se me entrecorta la respiración un segundo. Parece que lo esté pasando mal. ¿Qué...?

Le cae el pelo por la cara, tiene la piel empapada en sudor y está en tensión absoluta de los pies a la cabeza.

Me la quedo mirando y entonces caigo.

No está despierta.

—¿Qué le ocurre? —pregunto apoyándome en el marco de la puerta.

No obstante, Kaleb levanta una mano para indicarme que me vaya mientras se tumba detrás de Tiernan en la cama y la acerca a él. Me quedo mirando cómo ella se deja envolver enseguida y le hunde la cabeza en el cuello a mi hermano mientras va parando de gritar y se le empieza a calmar la respiración. Kaleb bosteza y tira de la sábana y de la manta para cubrirlos a ambos, como si fuera algo habitual.

—¿Lo hace a menudo?

Técnicamente, si alguien tiene pesadillas no grita así, ¿no? Sin embargo, mientras Kaleb se va acomodando, Tiernan se queda totalmente en silencio, acurrucada en él mientras sigue durmiendo tranquila y en paz.

Kaleb se queda tumbado a su lado, abrazándola y apoyándole la barbilla en la cabeza mientras vuelven a dormirse los dos.

Y yo sigo aquí de pie, mirándolos. ¿Sabe Tiernan de qué forma grita por las noches?

¿Sabe que mi hermano se mete en su cuarto? Yo nunca la había oído gritar.

Claro que no siempre duerme sola. A lo mejor Kaleb solo tiene que entrar cuando no está acompañada.

Mi hermano solía tener pesadillas cuando éramos pequeños, pero se despertaba.

Huelo algo, pestañeo y, mientras intento descifrar qué es ese olor, oigo que los perros ladran. Giro la cabeza hacia el pasillo y frunzo el ceño. El olor es tan fuerte que casi se me humedecen los ojos.

—¿Hueles eso? —le susurro a Kaleb.

Huele a fuego, pero no hemos dejado nada encendido. Salgo de la habitación, desciendo las escaleras y me aseguro de que hayamos apagado la chimenea antes de dirigirme a la puerta de entrada. Sin embargo, mientras camino veo algo brillante a través de la ventana de la cocina. Entorno la vista y me freno en seco. ¿Qué nari...?

Echo a correr por la cocina. Los perros hacen lo mismo y casi tropiezo con ellos antes de ir hacia el fregadero y mirar por la ventana. Me da un vuelco el estómago.

—Mierda —exclamo en voz baja—. ¡Kaleb! —grito dándome la vuelta y corriendo hacia la puerta principal—. ¡Hay fuego en el granero!

Los animales. El granero está justo al lado del establo. ¡Mierda!

Cojo la sudadera que hay colgada en el fondo del armario, me calzo las botas y pillo los guantes que tengo en el bolsillo del abrigo.

—¡Kaleb! —vuelvo a gritar—. ¡Corre!

Oigo sus fuertes pasos en el piso de arriba y baja las escaleras decidido, pero no lo espero. Abro la puerta de par en par y salgo corriendo. Me cojo a la barandilla y casi me caigo de culo mientras me alejo de las escaleras del porche a toda prisa. La nieve cruje bajo mis pasos y me entra un poco en las botas porque hoy ha vuelto a nevar quince centímetros más y no me ha dado tiempo de atármelas.

Pero me da igual. Me detengo y miro hacia el granero; permanezco inmóvil durante casi un minuto. ¿Qué narices...? La parte alta del tejado está en llamas. Será un milagro que la manguera no se haya quedado helada; de lo contrario, lo perderemos todo. ¿Cómo diablos se ha originado el fuego?

Kaleb me agarra por el cuello de la sudadera, inhalo con los dientes apretados y lo miro a los ojos. Mi hermano arruga la frente y señala el granero con la barbilla para sacarme del trance. Asiento.

Él echa a correr hacia el taller y abre la compuerta, y yo corro hacia el granero. Entro dentro a toda prisa e intento respirar a pesar de que el humo sea pesado y sofocante. Me tapo la nariz y la boca con el brazo y tiro de los neumáticos de Tiernan con fuerza; los pollitos que había dentro pían y baten las alas con fuerza. Tosiendo, sigo avanzando y cojo una cuerda para pasarla por el maldito cuello de la vaca y sacarla de ahí. Intento respirar, pero no puedo dejar de toser. Me pica y me escuece todo mientras intento encontrar la salida a través del humo como buenamente puedo.

Oigo un chirrido en lo alto y alzo la vista justo a tiempo para ver cómo se rompe un pedazo de techo antes de que empiece a colgar y se caiga. Corro y el tablero golpea al animal mientras lo arrastro fuera, bajo la fría noche.

Kaleb tira de la manguera de incendios que tenemos en el taller y yo me apresuro a alejarlo todo del granero tanto como puedo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Tiernan en voz alta.

Levanto la vista y compruebo que está en medio de la nieve, con las botas puestas pero con solo su camiseta y los pantalones cortos del pijama.

Me giro hacia Kaleb y observo que no para de darle a la manija, pero no sirve de nada. El agua no sale.

—¡Joder! —grito y me agarro el pelo con el puño con fuerza.

—¡Ve a mirar si se ha congelado! —grita Tiernan.

Desvío la vista y confirmo que se lo dice a Kaleb y que está señalando el depósito de agua.

Sacudo la cabeza. Ayer hizo calor. Puede que no se haya congelado, pero no nos servirá ni de coña. ¿Qué vamos a hacer? ¿Llenar cubos de agua y echarlos a las llamas desde aquí?

De todos modos, Kaleb deja la manguera y le hace caso. Casi lo sigo, pero Tiernan pasa por mi lado corriendo como una loca. Me da

un vuelco el corazón y siento un maldito nudo en la garganta.

—¡Los caballos! —grita.

Escombros del desván caen en el granero; con toda la madera y la paja que hay ahí, el fuego no tardará en llegar al establo. Tiernan entra y desaparece.

—¡Tiernan, no! —grito.

Echo a correr tras ella, pero antes siquiera de que pueda entrar, Tiernan sale con Rebel. Le cuesta tirar del caballo con fuerza y el viento le azota el pelo en la cara.

Putos caballos, joder. Mira que pueden llegar a ser listos a veces; sin embargo, la casa se les cae encima y los muy tontos se quedan ahí dentro, quietecitos.

La ayudo. Tiramos los dos del arnés y entonces... oigo un ruido y el caballo sale corriendo del establo, hacia el exterior, hacia la oscuridad de la noche.

Oigo un motor y desvío la vista hacia un lado. Kaleb está subido a la excavadora y está intentando apartar la nieve para llegar al depósito.

Me quedo helado. Va a...

Mierda.

—¡Kaleb! —grito.

Sin embargo, callo de inmediato porque sé que tiene razón. No nos queda otra. Aunque tenemos que sacar a los caballos de aquí.

Tiernan vuelve a entrar en el establo y yo la sigo. Pillo a Ruffian, y ella a Shawnee. El calor y el crepitar del fuego nos envuelven y escucho un ruido en el granero; el techo debe de estar a punto de ceder. «Dios mío...».

—¡Venga, Tiernan! —grito—. ¡Sal de aquí!

Azoto a Ruffian para que salga corriendo por la puerta. Sin embargo, oigo un fuerte chillido y me giro para ver a Tiernan pegada

a la puerta del establo mientras Shawnee la empuja y pasa por su lado. El humo se va volviendo más espeso y gotas de sangre van cayendo en la madera. Tiernan vuelve a chillar y a azotar de nuevo al caballo. Shawnee sale como una bala; me aparto de su camino mientras el animal pasa corriendo por mi lado y salgo pitando hacia donde está Tiernan. Le sangra muchísimo el brazo derecho. La cojo y le paso un brazo por la cintura.

Abandonamos el establo tosiendo y Tiernan cae al suelo mientras yo oigo que algo cruje y se sesga tras de mí. Me giro justo para ver cómo Kaleb empotra la excavadora contra el depósito de agua, cada vez con más y más fuerza, hasta que el tanque cede y el agua empieza a salir a chorros antes de caer, cual cascada, sobre el granero y el establo, y va ahogando las llamas.

Bajo los hombros. Me escuecen los labios y las orejas porque el viento sopla fuerte y miro cómo el brillante color de las llamas se va apagando, el viento se va llevando el humo y el fuego se va extinguiendo poco a poco.

Exhalo, me giro y me arrodillo.

Tiernan...

Le cojo el brazo con una mano y la cara con la otra, y le levanto la barbilla.

—Mírame —le digo.

Abre los ojos. Los copos de nieve que se van levantando con tanto alboroto se le van pegando a las pestañas. Su sangre me mancha los dedos y yo le giro el brazo lentamente para ver el corte que se ha hecho en la piel en la parte superior.

—¿Cómo es que sabes azotar a los caballos? —le pregunto en un intento por evitar que siga centrada en el dolor que siente.

—No lo sé —responde con la voz ahogada—. Pero lo había visto en las pelis.

Río para mis adentros.

Está temblando. Tenemos que llevarla dentro.

—¿Cómo ha empezado el fuego? —pregunta con la vista puesta en los restos que quedan a mis espaldas.

Niego con la cabeza.

—Igual por algún cable. O por la calefacción. A saber.

—Nos echará la culpa a nosotros.

—Y que lo digas —gruño y me coloco el brazo que Tiernan no tiene herido alrededor del cuello para levantarla de nuevo—. Pero lo has hecho bien.

La miro a los ojos. No ha dudado ni un segundo. Ha ido directa a por los caballos.

Me ha asustado de cojones, sí, pero ha sido valiente.

—Aunque no vuelvas a hacer eso nunca más, ¿vale? —le pido.

Intento ayudarla dirigiéndonos hacia la casa. Sin embargo, Kaleb aparece de repente, la coge en brazos apartándola de mí y señala el granero con la barbilla.

No me da tiempo a rechistar porque mi hermano se gira de inmediato y lleva a Tiernan dentro, en brazos. Mientras se marchan, ella clava sus ojos, de mirada dolorida, en él y solo en él.

Aprieto la mandíbula y me quedo viendo cómo entran en la casa y desaparecen.

Y luego doy media vuelta y me pongo a limpiar el puto lío del granero, tal y como me ha ordenado.

Capítulo veintitrés

Tiernan

Siseo con los dientes apretados. El corte es demasiado profundo.

Se me escapa un sollozo y dejo de mirarme la sangre mientras Kaleb me examina el brazo.

¿Qué hago? Estamos aislados por la nieve y las carreteras están tan mal que conducir hasta cualquier hospital es hasta peligroso. Y me duele. ¿Y si se me infecta?

Me tiemblan las rodillas. Quiero que venga Jake.

Después de llevarme dentro de la casa, Kaleb me ha sentado en la mesa de la cocina, me ha vendado el brazo y ha encendido la chimenea antes de volver a salir corriendo para ayudar a Noah. El fuego ya casi se había extinguido, pero tenían que poner a los animales a salvo otra vez y, como el taller es lo único que sigue intacto y no está lleno de humo, he visto cómo metían la paja en el garaje antes de hacer lo mismo con los animales. Han dejado la compuerta abierta para que corra el aire fresco, aunque no servirá de nada para evitar el descomunal desastre con el que se encontrará Jake cuando regrese a casa en un par de días.

Dios, se cabreará un montón. Ahora la mitad del granero ha quedado inutilizable y el taller pronto olerá a mierda de caballo.

Pero, eh, por lo menos los animales estarán en un lugar con calefacción durante un tiempo.

Los pobres perros caminan alrededor de la mesa de la cocina y me miran preocupados.

Kaleb me aprieta el brazo y el dolor se me cala hasta los huesos.

—Kaleb... —le suplico.

No sé si es que de verdad me duele tantísimo o es que simplemente estoy asustada. Y en caso de necesitar que me examine un médico, no puedo bajar al hospital.

Me giro para mirarlo a los ojos. Con la frente arrugada, coge una toalla limpia y me la coloca prieta en la mano mientras va hacia los armarios que hay sobre la nevera.

—Hostia puta —oigo que se queja Noah antes de cerrar la puerta principal de un portazo—. Nunca se había prendido fuego a nada aquí arriba. ¡Nunca! —Abre el armario que hay al lado del lavamanos y saca la botella de Cuervo que tienen ahí guardada—. Menos cuando lancé una flecha en llamas contra un bidón de gasolina a los doce años, pero en ese caso ya sabía lo que iba a pasar —musita—. Lo único que sucedió ese día fue que me quedé sin escondite.

Reiría, pero no tengo fuerzas. La sangre que está empapando la toalla me mancha la mano y yo me quedo quieta, con las piernas colgando por el borde de la mesa. Oigo el ruido del tequila al caer detrás de mí mientras Noah le da un par de sorbos a la bebida y yo me giro para observar a Kaleb, que lanza una caja roja de hojalata en la mesa.

Se me acelera un poco el pulso. Sin embargo, en lugar de volver hacia la mesa, echa a andar detrás de mí y escucho que abre el grifo. Giro la cabeza y veo que se está lavando las manos.

Se me revuelven las tripas, noto un nudo en el estómago y me muerdo el labio.

—Toma —me dice Noah dándome un golpecito en el hombro con esa fría botella de cristal—. Bebe.

Niego con la cabeza. Ahora mismo, si me meto algo en el estómago, lo sacaré en el acto.

Kaleb se acerca, abre la caja y coge algunos utensilios.

—¿Estabais despiertos? —les pregunto, mirándolos—. Porque menos mal que habéis pillado el incendio a tiempo.

Noah desvía la vista hacia Kaleb, pero ninguno de los dos responde. Kaleb me coge el brazo y me quita esta pegajosa toalla con cuidado; gimo y se me cae una lágrima.

Cambio de opinión. Le arranco la botella de la mano a Noah y le doy un par de tragos bien grandes.

El ardor me quema la garganta y toso. Alguien vuelve a quitarme la botella y las arcadas empiezan a apoderarse de mí. Voy a vomitar. Qué puto asco de bebida.

Aun así, vuelvo a coger la botella y me obligo a dar otro trago.

Kaleb se inclina sobre la caja para sacar una aguja y un poco de hilo. Lo miro mientras el tequila me abrasa por dentro hasta llegarme al estómago y él utiliza una especie de sargento para ensartar la aguja antes de encender un mechero y desinfectarla.

¿Qué cojones...?

Y entonces caigo.

Ah, no.

Niego con la cabeza.

—Kaleb, no.

Levanta sus oscuros ojos verdes hacia mí con una mirada imperturbable.

Sin embargo, respira con pesadez y se le tensan los abdominales (tiene el torso desnudo, porque, cuando ha salido fuera, no iba del todo vestido). Es como si, en parte, estuviera... nervioso.

Lloriqueo.

—No, Kaleb. Para.

No puedo hacerlo. Giro la cara y respiro con los dientes apretados.

—No te queda otra —me dice Noah y vuelve a pasarme la botella —. Si no, igual se te infecta. Y entonces ya verás como preferirías estar muerta.

Doy otro trago de tequila.

Kaleb me mira una vez más a los ojos antes de apretarme la piel con los dedos (rojos por mi sangre) para cerrar la herida después de clavarme la aguja.

Se me revuelven las tripas y tiemblo. Un sudor frío me envuelve el cuerpo mientras él va pasándome el hilo. Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que, al final, la boca me sabe a sangre.

—Noah. —Sollozo.

Duele un huevo. Quiero que venga Jake. Estos dos no saben lo que hacen. ¿No han inventado ya una especie de cola para estas cosas? En plan, ¿una cola de esas fuertes para que se te pegue la piel?

Kaleb aprieta bien el hilo y noto una lacerante punzada de dolor en el brazo. Aprieto los dientes y las lágrimas amenazan con brotarme de los ojos.

Hostia...

Noah vuelve a pasarme la botella, pero la aparto. Siento cierta calidez en el estómago y algo de ligereza mental, pero estoy a punto de vomitar, joder.

Respiro profundamente, inhalando y exhalando mientras intento tranquilizar mi maldito estómago. Aun así, Kaleb vuelve a clavarme la aguja en la piel y yo noto cómo me resbala la sangre por el brazo al mismo tiempo que una cegadora punzada de dolor me azota el cuerpo entero.

—Por favor... —Lloriqueo—. Para, por favor.

Lo aparto de golpe en un intento por zafarme de su mano. No puedo. Tendremos que esperar. Jake sabrá qué hacer. No puedo.

Faltan cinco meses para que pueda visitarme un médico. ¿Y si el dolor no desaparece nunca? ¿Y si no se me cura la herida?

Le aparto la mano y escupo:

—Suéltame. ¡Que hace daño!

Kaleb se levanta y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está ocurriendo, me pega una bofetada en toda la cara con tanta fuerza que hasta se me gira el cuello del impacto y por poco no me parte un tendón.

Los ojos casi se me salen de las órbitas y me quedo boquiabierta a más no poder. Dejo de llorar e inhalo con fuerza mientras me quedo aquí sentada, con un pitido en los oídos y petrificada.

¿Qué cojones...?

Me ha pegado.

¡Me ha pegado!

Apoya los puños a ambos lados de mis muslos y se inclina hasta tener la cara casi pegada a la mía. La sala me da vueltas y tardo un segundo en volver a ubicarme.

—¡¿Qué coño haces?! —grito, y me doy la vuelta. Levanto la mano y le devuelvo la bofetada, aunque a él prácticamente ni se le gira la cara con mi ataque—. ¡Me has pegado! —grito, cabreadísima.

Vuelvo a pegarle; esta vez, lo empujo con ambas manos por el pecho.

—¿Pero a que ya no te duele? —me pregunta Noah al oído desde detrás.

Fulmino a Kaleb con la mirada, pero voy procesando las palabras de Noah y me centro en lo que noto en el brazo.

Sigue doliéndome, pero es un dolor más bien apagado. Ahora mismo estoy demasiado cabreada.

Ya no tengo náuseas.

La respiración se me vuelve superficial y me quedo mirando a Kaleb, que sigue inclinado sobre mí.

De todos modos, él no espera a que se me vaya el estado de *shock*. Vuelve a sentarse en la silla y le hace un gesto a Noah con la barbilla, como para indicarle algo, antes de volver a clavarme la aguja e ir cosiéndome la piel.

Noah salta a la mesa y se acomoda a mi espalda. Me rodea la cintura con un brazo y me coloca la otra mano detrás de la cabeza.

Me agarra el pelo con fuerza y yo dibujo una mueca porque me duele un poco. Aun así, respiro profundamente, porque, con la distracción, están consiguiendo que no me fije tanto en lo mucho que me duele el brazo.

Kaleb vuelve a tirar del hilo y yo cierro los ojos. Ante la arremetida, empiezo a sudar de los pies a la cabeza. «Joder, macho».

Kaleb sigue cosiéndome la piel, Noah me tira del pelo con fuerza, echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en él y giro la cara hasta que tengo los labios pegados a su cuello y grito.

Una y otra vez. Dos más. Y se me retuercen las tripas. Jadeo.

—Kaleb... —le suplico.

De pronto, levanta la vista hacia mí. Lo miro y asiento.

«Tira, venga. Rápido...».

Frunce el ceño y respira con pesadez. Sin embargo, se levanta y duda un solo segundo antes de volver a pegarme una bofetada. Grito y cierro los ojos con tanta fuerza que las lágrimas me resbalan mejilla abajo.

Todo me da vueltas y exhalo largo y tendido, despacio.

De repente, me envuelve la cara con las manos y me la acaricia con tanta dulzura que parece que lo esté haciendo con unas plumas. Y, entonces, me besa los labios con ternura. Me los mordisquea y me

los acaricia, se lleva mi labio inferior entre los dientes y a mí se me aviva la sangre.

Una ola de calor me inunda entera y me siento como si estuviese flotando. Me acaricia la lengua con la suya, ardiente, y... Oh, Dios. Me siento tan ligera... Y es tan agradable...

Le paso las manos por el vientre y por el pecho, y hago ademán de abrazarle la cintura con las piernas, pero me detengo.

—Te... Ter... Termina —tartamudeo en un susurro—. Termínalo ya, por favor.

Me separa los labios de la boca y yo giro la cabeza mientras él vuelve a clavarme la aguja. Grito, pero el aullido se pierde en Noah. Ahora, son sus labios los que me besan y yo grito y tiemblo mientras él me abraza.

Mierda.

—Tiernan —susurra—. Chissst...

El olor a fuego que le inunda la ropa me envuelve y, acto seguido, Noah me hunde la cara en el cuello, no besándomelo sino mordisqueándomelo por delante.

—Más fuerte —le pido.

Me clava los dientes en el cuello para apretármelo justo en el mismo momento en que Kaleb me clava la aguja. Agarro a Noah por detrás del cuello y me giro hacia él para respirar con pesadez con los labios pegados a los suyos.

—Tiernan —me susurra Noah. Noto un sabor salado en la boca, pero no sé si la lágrima se le ha escapado a él o a mí—. Te quiero. Eres jodidamente nuestra. Te queremos.

Me besa la mejilla y la frente mientras Kaleb sigue cosiéndome la herida y yo intento ralentizar la respiración, dejando que el cosquilleo que me provoca su boca vaya adueñándose de mí.

Me roza los labios con la botella y le doy otro trago a la bebida mientras Kaleb muerde el hilo para cortarlo y me limpia la sangre del brazo antes de ponerme un vendaje.

Noto la calidez del alcohol en mi interior y el dolor que siento en el brazo ya no es tan intenso como antes.

Aunque me arde la mejilla.

Abro los ojos de par en par e inhalo con fuerza.

—Me podrías haber advertido —le digo a Kaleb con la voz llena de lágrimas mientras lo miro fijamente—. Me podrías haber pegado en cualquier otra parte.

¿Por qué me ha pegado en la cara?

Cierra el kit, se levanta y tira la gasa llena de sangre a la basura.

Dejo la botella en la mesa y la empujo para apartarla.

—Ese día, Cici Diggins salió de la cueva que hay detrás de la cascada contigo y le sangraba la nariz.

—¿Qué? —pregunta Noah, que también salta de la mesa.

Sin embargo, Kaleb pasa de mí. Me quedo con la vista puesta en su espalda mientras él se lava las manos en el fregadero. Se le tensan los músculos y respira despacio y metódicamente. Demasiado calmado.

¿No quiere defenderse? Igual Cici estaba diciendo la verdad. Lo he visto siendo violento. Tirando cosas, escupiendo, no aceptando un «no» por respuesta...

Esta noche, hasta me ha pegado sin dudar siquiera.

En cambio, a quien más quieren los perros es a él, ¿o no? Lo siguen siempre, duermen con él y, cuando cree que nadie lo mira, incluso lo hacen sonreír.

Siempre está dispuesto a mantenerme alejada del peligro y a defenderme. Intenta conectar conmigo, como el día en que yo estaba dibujando.

Por más que Noah suelte algún comentario mordaz o que su padre le exija algo con un tono severo, Kaleb nunca rechista ni se pelea con ellos. Simplemente hace lo que le piden para que lo dejen en paz.

Aparto la mirada y sacudo la cabeza. Aunque esto es justamente lo que hacemos las mujeres, ¿verdad? Le buscamos los tres pies al gato para encontrarle significado al más mínimo detalle, por más que no lo tenga.

Se me arrugan los labios y me escuecen los ojos.

—Kaleb... —le suplico con un hilo de voz.

No obstante, quien responde es Noah:

—Cici Diggins es capaz de decir cualquier chorrada con tal de que le presten atención.

—Estaba sangrando —aclaro—. La chica no tenía ni idea de que yo iba a coincidir con ella.

—Kaleb no pega a las mujeres, Tiernan. —Noah pasa por mi lado y saca un ibuprofeno del armario—. A no ser que se pongan histéricas y no le dejen salvarles la vida —responde soltando un par de pastillas en mi mano y mirándome a los ojos—. Has sido tú quien le ha dicho que lo hiciera.

Me meto las pastillas en la boca, me las trago sin beber nada y noto cómo me rozan la garganta.

«Sí, he sido yo quien se lo ha dicho».

«La segunda vez».

Le he dicho que me pegara en parte porque así mitigaba el dolor y en parte porque...

Bajo la vista. «En parte porque me gustaba». Me gustaban el enfado y el deseo de pegarle luego, porque, a pesar de que doliese, era algo que nos implicaba a él y a mí. Me implicaba a mí y no quería que parase jamás. No quería dejar de sentirme nunca así.

El dolor es un recordatorio constante de que estamos vivos. Y el miedo que lo acompaña es un recordatorio de que queremos que esto no cambie nunca.

Kaleb es así. Como mínimo, me recuerda que soy más de lo que creo.

Sin embargo, cuando me ha sujetado la cara después de pegarme esa bofetada y me ha besado con dulzura, el corazón me ha dado un vuelco inmenso y me he olvidado absolutamente de todo.

Me he olvidado de por qué debía mantenerme tan alejada de él como me fuera posible.

Me paso la mano por el pelo y me muerdo el labio inferior mientras el alcohol se ocupa de paliar el dolor del brazo.

—Quiero que venga Jake —susurro por lo bajini.

¿Y si se me infecta la herida? Él sabría qué hacer. Noah y Kaleb no pueden cuidarme. Son volátiles, irresponsables...

—Pues hace solo unos minutos, no tenías la lengua hundida en su boca, que digamos —suelta Noah con la cara girada por encima del hombro para mirarme mientras llena una jarra—. Para eso sí te hemos venido bien.

Me muevo un poco y aparto la mirada.

Él se gira y se seca las manos con una toalla.

—¿Sabes en qué acabo de caer? —Me estudia con una mirada centelleante—. En que, ahora que me fijo, soy el único hombre de esta casa que no te ha pegado —señala—. Y soy el único al que no quieres. Pero ¿a ti qué cojones te pasa?

Al oír sus palabras, entorno los ojos. No es... ¿Qué?

Yo no...

—Igual si yo también te doy un buen tortazo, te pones cachonda, ¿no? —me pregunta.

Y entonces se me desdibuja la expresión. Nos vio. Esa noche vio cómo me pegaba su padre.

Siento cómo me late el corazón con fuerza en el pecho, y Noah sacude la cabeza. Es el primer indicio que muestra de desprecio, y va dirigido a mí.

Ahora está cabreado.

Vuelvo a pensar en lo que ha sucedido solo hace unos minutos. En lo tiernos que eran los labios de Kaleb y en la calidez de la boca de Noah.

Hace unos minutos, me quería. «Te quiero. Eres jodidamente nuestra. Te queremos».

Creo que Noah hasta estaba llorando cuando me lo ha dicho porque detestaba que yo estuviese pasándolo tan mal y no podía hacer nada para arrebatarme ese dolor.

Sigo notando cómo me palpita la herida, pero me siento mejor que antes.

Me han cuidado ellos. No Jake. Ellos son quienes se han ocupado de la situación.

Noah cree que no lo entiendo.

Se gira para llenar otra jarra mientras Kaleb limpia la mesa y yo me los quedo mirando a los dos sin darme apenas cuenta de que las luces se apagan en algún momento.

La cocina se queda completamente a oscuras a causa de la tormenta y ocurre justo lo mismo fuera, al otro lado de la ventana. Los chicos dejan lo que están haciendo mientras la nieve empieza a caer en medio de esta oscura noche y el silencio lo envuelve todo.

Noah tira un trapo con fuerza y se queja:

—Hostia puta.

Kaleb sale de la cocina de mala gana y va hacia el cuarto de la lavadora. Noah se quita la camiseta y la tira al suelo mientras se

pone a arreglar el grifo.

—Solo nos queda el agua caliente de la cisterna —rezonga—. Joder.

Cierro los puños. De golpe, siento que tengo los brazos sumamente vacíos.

Doy un paso hacia delante y me acerco a Noah por detrás, despacio.

Y le rodeo la cintura con los brazos.

—Noah siempre es amable —digo en voz baja—. Es con quien más me gusta hablar.

Deja de moverse y le apoyo la frente en la espalda mientras lo envuelvo con los brazos y le acaricio su cálido torso con las manos.

«Te entiendo».

—Es el que siempre me sonríe y el que siempre hace que me sienta llena de vida. —El viento sopla en el ático y hace que la casa cruja envuelta por la oscuridad y el silencio. Noah apenas respira—. Mis brazos encajan a la perfección cuando lo abrazo y me encanta ver cómo cocina. Solo quiero quedarme aquí y verlo cocinar todo el rato. —Sonrío para mis adentros e inhalo su aroma—. Huele que alimenta y, ese día que fuimos a pescar, no quería que se fuera de la ducha en ningún momento. Quería que me tocase. —Le cede el pecho y yo bajo la vista para ver cómo se agarra con fuerza a la encimera de madera. Trago saliva y susurro—: Hasta he fantaseado con que lo haga. Estando los dos en la ducha, escondiéndonos ahí cada mañana y guardándonoslo para nosotros como si fuera nuestro secreto.

Se gira de golpe con expresión cabreada. Me agarra por debajo de los brazos y me levanta hasta que quedo de puntillas.

Me acerca hasta tener mi nariz pegada a la suya e inspiro con fuerza.

—La noche de mi cumpleaños, cuando estábamos en el sofá, me pusiste muy cachonda —susurro en el poco espacio que nos separa —. Muchísimo.

«Sí que te deseo».

Algo cae al suelo detrás de mí y Noah me fulmina con la mirada; tiene pinta de estar a punto de volverse loco. Tiene la misma mirada que Kaleb cuando me mira así.

Me levanta y me deja de pie en una bañera de hojalata. Encojo los pies contra la superficie oxidada.

—Deja de hablar —me dice.

Aunque suena a amenaza. Me pongo tensa.

—Tengo que...

—Chissst... —me suelta, y me coloca un dedo en la boca.

Me quedo sin aliento.

Tiene una mirada penetrante y no tengo ni idea de lo que va a hacer, pero sí sé lo que quiere. Esta versión de Noah me da un poco de miedo.

Se me tensan los muslos. Tengo que ir al baño.

Pero no me muevo. No quiero cargarme este momento.

Kaleb está a mi lado y solo le veo las piernas, porque me da demasiado miedo levantar la vista y mirarlo a la cara.

Me muevo en la bañera.

«La bañera de hojalata», pienso en mi interior.

Las jarras de agua caliente.

Es un baño.

Noah me levanta el dobladillo de la camiseta y se detiene un solo segundo para que me dé tiempo a pararle los pies. Sin embargo, yo permanezco con la vista puesta en el suelo mientras él, finalmente, me quita la camiseta por la cabeza.

Oigo cómo inhala y el frío aire me azota los pechos a la vez que la camiseta cae al suelo. Kaleb, escondido entre la oscuridad, me abrasa la piel con la mirada y yo a duras penas puedo respirar.

«Sí».

La placentera sensación que noto en la entrepierna es cada vez mayor, y junto los muslos para frotarme. Despacio, Noah me va acariciando el pelo, me lo separa por detrás y yo me quedo quieta mientras me hace un par de trenzas.

—No quiero mojarte la cabeza —me dice tajante.

Se me endurecen los pezones mientras él me hace primero una trenza y luego la otra, y Kaleb empieza a caminar a mi alrededor como si fuese un tiburón. Todavía llevo el lazo que robé de su cuarto.

Noah pilla una de las gomas baratas que hay en el cajón y me ata una trenza antes de juguetear con las dos y levantármelas.

—Está guapísima —le dice a Kaleb—, ¿no?

Las puntas de las trenzas me hacen cosquillas en la piel y yo levanto la vista justo a tiempo para ver cómo Noah se humedece el pulgar y me dibuja círculos en el pezón izquierdo, jugueteando con mi pequeña protuberancia.

Gruño y siento tal escozor que cruzo las piernas.

—Voy a mearme en los pantalones.

—Pues mejor quítatelos —responde la mar de tranquilo.

Cierro los ojos un segundo. No tengo claro si es que debo ir al baño o es que simplemente estoy nerviosa.

Apoya una rodilla en el suelo y levanta la vista para mirarme mientras me baja los *shorts*. Saco los pies de los agujeros. Kaleb se detiene para mirarme con lo que a mí me parece una amenaza.

Noah vuelve a levantar la mano para cogerme las braguitas de seda azul cielo y bajármelas por las piernas, desnudándome por

completo ante ellos.

Miro a Kaleb. Está estudiándome fijamente, con los brazos tensos y los puños apretados mientras me recorre el cuerpo de arriba abajo con la mirada. Parece que se haya quedado sin aliento.

Noah va vertiendo agua en la bañera y luego se levanta. Empiezan a rodearme los dos. Se me acelera el pulso y me da la impresión de que me atacarán en cualquier momento.

El agua me llega a los tobillos y oigo a Noah detrás de mí mientras Kaleb se detiene justo enfrente y me pasa un dedo por el torso solo para detenerlo justo debajo de la cadera. Tiemblo.

Noto una toalla cálida en la nuca y oigo el ruido que emite la espuma mientras Noah estruja la tela en cuestión.

—¿Te importa que estemos así, niñita Van der Berg?

Niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco. Noah me baja esa toalla caliente por la espalda antes de volvérmela a subir hasta los hombros.

Me encanta esta sensación.

—¿Qué harías sin nosotros? —me pregunta Noah al oído, susurrando.

Echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en él y cierro los ojos.

—Tú y yo ya la cuidamos bastante bien —le dice a Kaleb, pasándome la mano por delante para humedecerme los pechos con ese tejido impregnado de agua caliente—. No necesita a papá. ¿A que no? —me pregunta a mí.

Kaleb me agarra la pierna y me apoya el pie en su rodilla para lavarme. Me pasa la toalla por el muslo y luego me la acerca a la entrepierna sin llegar a rozarme en ese punto en concreto. Gimo.

—Así. —Noah me mordisquea la oreja—. Buena chica.

Me da la toalla y me enjabona ambos pechos con las manos, masajeándomelos en círculos. Una ola de calor se abre paso en mi

entrepierna. Quiero más. Quiero sentir las manos de Noah y de Kaleb por todas partes.

Noah me agarra la mano con la toalla, me la baja y me ordena:

—Lávate la vagina.

Me muerdo el labio inferior, pero obedezco. Bajo la mano hasta la entrepierna y aprieto la toalla para obtener más espuma y limpiarme el sexo.

Kaleb me levanta la otra pierna para lavármela, aunque en ningún momento deja de mirar cómo lo hago yo, enjabonándome la vulva, sin decoro.

—¿Me lo mojas otra vez? —le pregunto tendiéndole el trapo.

Lo mete en el agua y vuelve a pasármelo. Respiro con pesadez al ver cómo me observa mientras me lavo y el agua me resbala por las piernas.

Ni siquiera pestañea con sus penetrantes ojos. Se le escapa un gruñido, bajo la vista y compruebo la erección de su polla bajo los vaqueros.

—¿Está limpio? —pregunta Noah.

Por un segundo pienso que me lo está preguntando a mí, hasta que Kaleb se echa hacia delante y lame mi raja con su cálida lengua para comprobarlo.

Me estremezco. ¡Joder!

Le agarro la cabeza a Kaleb para que no se aparte de ahí, y Noah me gira la mía a un lado para besarme en los labios.

Kaleb me lo lame y succiona mientras Noah me besa con tanto ímpetu que no puedo ni respirar.

«Por Dios, no paréis».

—Dinos que sí —me susurra Noah con los labios pegados a los míos.

Me lo quedo mirando y guardo silencio un instante.

Si lo hacemos, puede que todo cambie para siempre. No quiero perderlo. No...

Kaleb cuela la lengua en mi vagina y yo le paso los dedos por el pelo mientras me lame y succiona el clítoris.

Noah me levanta la barbilla y me ordena:

—Abre la boca, Tiernan.

Obedezco y me introduce la lengua. Noto su beso por todo el cuerpo; hasta en los dedos de los pies.

—Dinos que sí —me repite.

Kaleb vuelve a hundir la lengua en mí y me agarra el culo con fuerza para acercarme más a él. Me cubre el coño entero con la boca.

Gimo.

—Sí. —Jadeo—. Sí.

Noah me suelta y gruñe:

—¡Vamos, joder!

Kaleb se yergue, me levanta agarrándome por detrás de los muslos y yo lo rodeo con brazos y piernas (que siguen goteándome) y los ojos clavados en los suyos.

«Míos».

De aquí a unos meses, la nieve ya se habrá derretido y volveremos a estar rodeados de civilización, pero por ahora... son míos. «Este invierno son míos».

Le rozo la nariz con la mía y Kaleb abre la boca como si fuera a decir algo, aunque luego se limita a besarme en la frente.

Siento un aleteo en el estómago. Me encanta que haga esto.

Se gira y me lleva a la cama.

Lo abrazo y miro cómo nos sigue Noah por la casa, que sigue estando a oscuras. Hundo la nariz en el cuello de Kaleb e inhalo para olerlo.

Quiero esto. Deseo estar con ellos. Lo deseo a él.

Kaleb se comporta al mismo tiempo como un matón y un bebé, pero yo también, y quiero que me hable, aunque a veces creo que ya lo hace, solo que yo no pongo bastante la oreja. Lo hace agarrándome fuerte con un brazo por la cintura. Aportándome seguridad al sujetarme la cabeza con la otra mano mientras yo escondo la cara en la curva de su cuello.

Oliéndome el pelo y alejándome del peligro incluso cuando creo que, para él, apenas existo. Sabe lo que me ocurre y dónde estoy a cada momento.

Al pensar en los últimos meses, las lágrimas me escuecen en los ojos. Me dio su carne para cenar, me sentó en su regazo cuando el asiento estaba empapado y me alejó de Cici y de Terrance ese día en la pista de baile. Piensa en mí en todo momento.

Me habla a través de sus gestos y de sus acciones.

—Kaleb —le susurro a la oreja mientras le voy dejando besos por la sien, la barbilla y el cuello.

Exhala y me levanta todavía más, agarrándome por el culo, mientras llegamos al segundo piso. Bajo la vista para mirarlo y casi volvemos a rozarnos los labios. Abre la puerta y Noah pasa por nuestro lado, porque Kaleb y yo hemos vuelto a perdernos en el otro de nuevo.

La puerta que hay arriba del todo de la escalera se abre y oigo la respiración de Noah desde aquí.

—Súbela ya. —Exhala—. Me estoy muriendo.

Saco la lengua de repente y le lamo el labio a Kaleb antes de hundirme en su boca. Me muevo justo encima de sus caderas, mordisqueándolo y saboreándolo, mientras él cierra la puerta de abajo y va subiendo las escaleras que dan a su cuarto. Se me

ensancha el corazón y casi me entran ganas de reír o de llorar, porque las emociones que siento son exageradamente fuertes.

Al llegar arriba, también cierra la puerta. El fuego chisporrotea, el aire es cálido y el olor corporal de Kaleb hace que se me encienda la piel.

Mi coño se aprieta y atisbo la enorme cama asomando detrás de mí.

Súbitamente, intento poner los pies en el suelo. Noah envuelve sus brazos alrededor de mis pechos y me atrae hacia él. Los dedos de mis pies tocan el piso de madera y miro a Kaleb mientras su hermano me susurra al oído:

—Mi padre podría estar fuera días —me dice, alargándome la mano y pellizcándome el clítoris con los dedos—. Días, Tiernan.

Arqueo la espalda y esta sutil punzada de dolor, junto con la promesa de lo que podrían hacerme estos dos en la ausencia de su padre, hace que una ola de sensaciones me inunde el cuerpo entero.

«Sí, joder».

Ya no noto dolor alguno en el brazo. Ahora mismo no siento nada, a excepción de los latidos de mi corazón.

Me separo, trastabillo hacia atrás y percibo que se me estrechan los pulmones. Me falta el aire. Los tengo a los dos delante y echan a andar despacio hacia mí. Kaleb lo hace mientras se acaricia la polla por encima de los pantalones.

Me doy con la parte de detrás de las rodillas contra la cama y caigo de culo sobre las sábanas.

Gateo de espaldas hacia atrás, moviéndome por la cama mientras observo cómo los dos chicos vienen a por mí.

—Te hemos cuidado —dice Noah dibujando una sonrisa mientras imita a su hermano y se toca por encima de los vaqueros—. Ahora cuídanos tú a nosotros.

Se abalanza, me agarra y me coge la cara mientras tanto él como yo caemos contra la cama.

Yo caigo de espaldas y acabo con la cabeza contra la almohada mientras Noah se tumba a mi lado.

—Noah... —gimo en voz baja.

—Chissst...

—Tengo miedo —susurro.

Kaleb rodea la cama y mira cómo Noah me acaricia el pelo.

Me coge una trenza con los dedos y me dice:

—Vamos a follarte, cariño.

Baja la mano hasta mi pubis y Kaleb me agarra por los tobillos para separarme las piernas.

Noah me cuela dos dedos y yo ahogo un grito mientras me los hunde con facilidad a causa de lo mojada que estoy.

Me besa los labios mientras me masturba lentamente con los dedos.

—Ábrete más, cielo —me pide.

Separo más las piernas mientras él me introduce la lengua en la boca antes de bajármela hasta los pechos para succionarme y morderme los pezones.

Miro a Kaleb mientras me muevo con la mano de su hermano en mi sexo, en busca de sus dedos, porque quiero moverme a mi propio ritmo.

—Por Dios —suelta Noah entre dientes—. Tío, lo tiene superestrecho.

Me llena ya, pero quiero sentirlo más hondo. Me muero de ganas de más, de su cuerpo, de sus músculos. Quiero que me folle con todo.

—No pares —gimo.

Dios, qué bien me sienta tenerlo.

Pero necesito más. Todavía más.

Le cojo la cara y acerco su boca a la mía. Noah sigue tocándome con los dedos mientras me roza los labios con los suyos y me provoca, bajándomelos hasta el vientre.

Algo hace que se aparte y deje de besarme y, antes de que pueda abrir los ojos siquiera, Kaleb empieza a besarme la boca desde arriba, con ímpetu. Noah me hunde los labios en el cuello y me besa detrás de la oreja. Yo tiro del cinturón de Kaleb e intento desabrochárselo.

Sin embargo, él me detiene y abro los ojos para ver cómo se levanta de la cama y se lo desabrocha él mismo.

Noah lo imita. Se levanta y se baja los pantalones, y el cinturón cae al suelo con un golpe seco. Se detiene un segundo y se me queda mirando. Quiero volver a notar sus dedos en mi sexo. Sus dedos o lo que sea.

Bajo la vista y me fijo en su polla, la tiene tiesa y recta como si fuera un bastón de acero. Me levanto de golpe y noto que el lazo que tengo en el pelo me cae por la sien.

Abro la boca. Quiero saboreársela.

Sin embargo, él me empuja de nuevo contra la cama y se coloca encima de mí antes de cubrirnos con las sábanas.

—Primero yo —gruñe con la boca pegada a la mía.

Alarga el brazo, abre el cajón y saca algo.

Noto su polla en la vagina y me froto con ella. Estoy lista a más no poder para tenerlo dentro, joder.

—Para, Tiernan —dice apretando los dientes, frustrado, y abre el preservativo de un tirón antes de bajar la mano y ponérselo.

Le beso la barbilla un millón de veces y lo envuelvo con los brazos antes de morderle el labio inferior.

Apoya la punta del pene en mi orificio, se yergue para mirarme, me agarra la cadera y hace fuerza en mi interior con un empellón.

Me dilato con estrechez alrededor de su polla y, en el momento en que me la hunde hasta el fondo y da justo en ese punto, cierro los ojos con fruición. Gimo.

—Dios mío —gruñe y arruga la cara en una mueca de dolor. Respira deprisa y con pesadez mientras me la saca y vuelve a embestirme—. Lo tiene estrecho de cojones. Joder.

Le agarro las caderas y le araño la piel con las uñas mientras separo aún más las piernas.

«Noah siempre es amable. Es el que siempre me sonríe y el que siempre hace que me sienta llena de vida».

—Me encanta tenerte dentro —le digo en voz baja—. No pares, Noah.

Sonríe y baja un poco para apretarme los pechos mientras empieza a menear las caderas con ímpetu, más rápido y más fuerte.

—Como sigas hablando, me correré enseguida —me advierte con un tono divertido en la voz.

Le busco los labios y lo beso intensamente aunque con calma mientras follamos en la cama de su hermano. Me la saca y vuelve a embestirme con fuerza, y yo le agarro las caderas para guiarlo a la vez que muevo las caderas para acompañarlo en todos sus movimientos.

Gimo mientras nos besamos y el mundo gira a mi alrededor. Recorre mi cuerpo con su mano, tocándome por todas partes, y me roza la frente con la cabeza.

—Qué bien te portas, Tiernan —me susurra antes de bajar los labios para succionarme los pezones.

Le sujeto la cabeza contra mi piel y, al oír sus palabras, me entran ganas de sonreír. Sabe que no me porto bien.

Me porto mal. Pero soy así con ellos.

Gimo y arqueo la espalda para acercarme más a su boca y porque me encanta notar su polla dentro.

Noah vuelve a levantarse, embistiéndome más fuerte todavía, y la vagina se me contrae a su alrededor mientras voy llegando al orgasmo.

—Qué suerte tenemos, joder. —Jadea besándome la nariz y los labios—. Mira qué coño tan estrecho y dulce tenemos.

Gimo y nos mecemos en sincronía, acelerando el ritmo. Empiezo a correrme.

Pero entonces levanto la vista y veo a Kaleb.

Detengo mis movimientos, a pesar de que Noah sigue embistiéndome sin apenas darse cuenta de que yo he parado.

Kaleb está de pie en una sombría esquina, con los vaqueros desabrochados pero quieto, mirándome. Me agarro a Noah mientras mi cuerpo sigue deslizándose por el colchón con cada uno de sus empellones. Que Kaleb me esté mirando fijamente aún me pone más cachonda. Se me contrae la vagina, no pestañeo, se me tensan todos y cada uno de los músculos del cuerpo mientras me corro.

Grito mirando a Kaleb, temblando, y siento que un escalofrío me azota entera. Me cuesta respirar. El orgasmo se apodera de mi cuerpo, él sigue mirándome sin parar mientras su hermano me folla, y la calidez me empapa cada vez más el sexo. Quiero saber qué está pensando. Quiero que sepa lo que significa esto para mí y que solo me siento valiente cuando les ofrezco mi amor.

Me muevo para cambiar de posición con Noah, que acaba de espaldas contra el colchón, y yo me siento encima de él.

Ahora le toca a Kaleb.

Noah inhala con los dientes apretados y hace además de agarrarme, pero yo no me quedo quieta. Me doy la vuelta, quedando

de espaldas a Noah, y giro la cabeza para que Kaleb me vea bien.

Bajo la mano y vuelvo a colocarme la polla de Noah en la vagina antes de hundírmela otra vez.

Voy moviendo las caderas lentamente y giro la cabeza hacia Kaleb, que sigue de pie en esa esquina mientras yo cabalgo a su hermano. Noah me va metiendo y sacando la polla, y me agarra el culo con ambas manos, gruñendo.

—Joder, Tiernan —dice, y gime.

Levanta las rodillas para que me apoye en ellas mientras me muevo, pero yo sigo aguantándole la mirada a Kaleb.

«Quiero verte feliz».

Me deshago las trenzas y me dejo solo el lazo en el pelo. Kaleb me recorre la espalda con la mirada hasta llegar a mi culo mientras lo muevo follándome a otro tío.

Encojo un dedo para que se acerque.

Y jugaría que lo veo sonreír con discreción.

Viene hacia mí y yo le señalo el espacio de la cama que tengo justo enfrente. Al darse cuenta de qué le estoy diciendo, va hacia el final del colchón, se baja los vaqueros, se sube a la cama y se arrodilla.

Bajo la vista y, al vérsela, me da un vuelco el corazón y se me seca la boca. Ese día en el granero apenas pude ver nada.

Sin dejar de follar con Noah, me inclino hacia delante y me meto la gruesa, larga y empalmadísima polla de Kaleb en la boca. Le sujeto la base porque no puedo metérmela entera y se la voy chupando lentamente y con cuidado, provocándolo con la lengua.

Me cuela los dedos en el pelo y yo continúo cabalgando con Noah. El frío invernal azota el exterior mientras nuestros gemidos inundan el cuarto. Me basto de mi brazo bueno para levantarme y

hacerle una paja despacio mientras voy besándole los abdominales, disfrutando de su tensa y suave piel y de su sabor.

Vuelvo a bajar la cabeza y me meto su polla en la boca de nuevo; esta vez, me la hundo aún más, hasta que me llega al fondo de la garganta. Se sacude con fuerza y se le escapa un gruñido ahogado.

Me muevo mientras sigo cabalgando con Noah y se la chupo a Kaleb, parando de vez en cuando para succionarle la punta y saborear un poco su líquido preseminal.

Noah me agarra con fuerza por las caderas, embistiéndome desde abajo, y sé que está a punto de correrse. Sin embargo, Kaleb me coge y me aparta de su erecta polla mientras me besa con fuerza y ferocidad en los labios. Salta de la cama y me lleva con él antes de volver a tirarme contra el colchón. Ahora, permanezco cara a cara con Noah.

Entorno los ojos porque no lo entiendo. ¿Qué hace?

Me empuja desde atrás para obligarme a que me acomode de nuevo contra la cama. Me siento encima de su hermano en la típica postura de la amazona. Vuelvo a meterme el pene de Noah dentro y Kaleb me empuja para que quede más cerca del cuerpo de su hermano. Se me para la respiración un segundo. ¿Qué está...?

Y entonces lo noto.

A él, detrás de mí. Entre nuestras piernas y ejerciéndome presión con los dedos en... otra parte.

Entro en tensión.

Eh... Me apunto a muchas cosas, pero no creo que esto sea... buena idea.

Kaleb me levanta y me gira la cara para que lo mire mientras me guía moviéndome las caderas. Sigo meneándome con Noah dentro y aguantándole la mirada a Kaleb mientras me provoca por el culo y me cuela la punta de un dedo en el interior.

Trago saliva y me pongo tensa, pero él me baja la mano hacia la vagina como para indicarme que vaya preparándome yo misma.

Me froto el clítoris en unos círculos lentos y suaves, y nos quedamos así un minuto. Noah me acaricia las tetas mientras yo juego con mi propio sexo y Kaleb permanece con un dedo dentro de mí, por detrás. Voy relajándome poco a poco.

Y, tras un par de minutos, empiezo a moverme contra él y siento cómo voy llegando a otro orgasmo.

Me gusta notar su dedo dentro. No tiene nada de bueno, en el mejor de los sentidos.

Me empuja con cuidado hacia delante y yo beso a Noah en los labios sin dejar de cabalgar con él.

Kaleb ejerce presión con la polla contra mí, por el culo, y yo exhalo con fuerza y me meneo contra él mientras me la va metiendo.

Una llamarada de fuego se apodera de mí. Inhalo con los dientes apretados mientras él me va llenando muy lentamente. Kaleb me la hunde un poco más a cada respiración que doy y yo voy ajustándome y relajándome poco a poco.

—Buena chica —me dice Noah—. Yo ya te había advertido.

Exhalo y suelto una débil risa. «Pues sí, la verdad».

Me dijo que a Kaleb le gustaba así.

Mi cuerpo se amolda a ambos y empezamos a movernos. Noah me coge un pecho con una mano y me sujeta por el cuello con la otra mientras Kaleb me coloca una mano en el otro pecho y me agarra la cadera con la que le queda libre. Voy sacándome la polla de Noah mientras siento la de Kaleb y luego me separo, alejándome del pene de Kaleb para llenarme con el de Noah.

Cierro los ojos, arqueo la espalda y pongo el culo en pompa para Kaleb. Me embiste con fuerza y enseguida aceleramos el ritmo. Tras

un segundo, son los chicos quienes lo hacen todo. Noah me folla desde abajo mientras noto los empellones de Kaleb en el culo una y otra vez mientras él va llenándome entera. Me arde el cuerpo.

—¿Te gusta? —pregunta Noah.

Asiento, delirante de placer.

—Sí —contesto.

Kaleb me folla el culo, pero me gira la cara hacia él y me besa con dulzura y suavidad.

Me mira y ninguno de los dos chicos ralentiza el ritmo, sino que van a por lo que quieren.

Para mí, en cambio, es como si se hubiera detenido el tiempo.

Me aguanta la mirada mientras me acaricia la cara y tengo la impresión de que quiere decir muchísimas cosas, a pesar de que no lo hará. Aun así, lo percibo.

Me siento segura.

—Kaleb —digo con un hilo de voz y con la boca pegada a sus labios—. ¿Me lo volverás a hacer mañana?

Asiente y me hunde la cara en el cuello. Sonrío.

Los dos me masajean los pechos y a mí me cuesta mantener los gemidos a raya.

Dios, ¿qué dirá Jake? ¿O qué hará?

—Será nuestro secreto —me comenta Noah, que se levanta un poco para succionarme el pezón—. Nuestro dulce secreto.

Beso a Kaleb mientras Noah me besa a mí y le sujeto la cabeza contra el cuerpo porque me encanta notar su lengua en la piel.

Los golpes de piel chocando contra otra piel llenan la habitación mientras le ofrezco a Kaleb mi culo y Noah se tensa y gruñe debajo de mí.

Me clavo las uñas en los muslos mientras Noah me embiste con fuerza y se corre, y Kaleb me sujeta la cara y me aguanta la mirada

con severidad mientras follamos.

Me pongo tensa a su alrededor y siento que el orgasmo vuelve a apoderarse de mí. Me froto el clítoris para ayudarme.

Una ola de calor me envuelve entera y noto cómo se me encienden todas las terminaciones nerviosas mientras la sensación de estar llena tanto por delante como por detrás hace que estalle. Grito y me corro mientras Kaleb me agarra del pelo con fuerza y me embiste con más rudeza, metiéndomela hasta el fondo.

—¡Ah, Dios! —grito.

Se mecen mis pechos mientras él me folla el culo. Ya no puedo más. Me dejo caer hacia delante y, si no acabo contra el colchón, es porque me tiene agarrada por el pelo.

Gruñe, exhala de forma entrecortada y me da un fuerte empellón mientras se corre dentro de mí e inhala profundamente.

—Dios. —Exhalo temblando.

Una gota de sudor me recorre la espalda. Kaleb me suelta y caigo boca abajo contra Noah. Estamos sudados y pegajosos, pero me da igual. Noah me envuelve en un abrazo mientras Kaleb intenta calmarse detrás de mí, con la mano apoyada en mis lumbares.

Cierro los ojos, eufórica y saciada. No tengo ni idea de qué nos espera mañana, pero me da igual. Ahora mismo estoy justo donde quiero estar, y esta noche, al menos, me quedaré aquí.

Tengo la impresión de que Los Ángeles y la vida que tuve ahí en su día están a años luz. Este es mi hogar.

Al cabo de un rato, el fuego crepita mientras Noah duerme como un tronco y Kaleb me abraza contra su cuerpo. Yo voy pegando cabezaditas y oigo cómo sopla el viento fuera; sin embargo, aquí dentro no paso frío y estoy a salvo.

Noto que algo me tira del pelo con mucho cuidado y me fijo, muy sutilmente, en la suave tira de tela que me cae por la frente.

Pestañeo para abrir los ojos y compruebo que Kaleb tiene mi lazo rojo en la mano, que se lleva bajo la cabeza para volver a guardarlo en la funda de la almohada.

Sonrío y contengo las ganas de reír antes de volver a dormirme.

Capítulo veinticuatro

Tiernan

Me despierto con la luz del día acariciándome la cara y me sobresalto. Cierro los ojos con fuerza y vuelvo a girarme.

Sin embargo, cuando me giro sobre el brazo izquierdo, noto una ola de dolor que me baja hasta la punta de los dedos y los recuerdos vuelven a mí en cascada. Gruño y me siento de inmediato.

Las sábanas me caen por las caderas, miro alrededor de la habitación (la de Kaleb) y descubro que estoy sola.

Bajo la vista hasta la venda del brazo y observo que está manchada de sangre. Dios, ¿en qué estaba pensando anoche?

Me duele la cabeza y me estremezco a la vez que me froto la nuca. Después del incendio y de hacerme daño, decidí soltarme sin miramientos y...

Me van viniendo imágenes de nosotros tres y sacudo la cabeza para deshacerme de ellas. No puedo enfrentarme a esto ahora. Todavía no. Lo cual no significa que no me encantase muchísimo absolutamente todo lo que ocurrió aquí anoche, pero no debería haberlo hecho.

Dios... Salto de la cama y me noto las piernas débiles mientras pillo la primera prenda de ropa que encuentro en el suelo. Necesito un ibuprofeno y una ducha. Siento que me arde el cuerpo entero.

Según el reloj de la mesita de noche, son las dos y dieciséis de la madrugada, aunque sé que, en realidad, es más tarde. Ya deben de haber arreglado el problema de la corriente. Gracias a Dios.

Me visto con una camiseta negra. Me envuelve el olor de Kaleb y se me pone la piel de gallina en las piernas al acordarme del placer que sentí al tenerlo dentro.

Y por un segundo, casi me pierdo otra vez. Siento una pequeñísima punzada en el corazón y es como si siguiera notando su mirada. Su boca. Sus brazos.

Oigo un pitido en el exterior, pestañeo y vislumbro que es la excavadora. Es el ruido que hace al dar marcha atrás. Deben de estar limpiando los desperfectos.

Salgo del cuarto, bajo las escaleras y echo una ojeada a la habitación de Noah, cuya puerta está abierta, antes de meterme en el baño. No hay nadie en su cuarto. Es extraño que Noah ya esté despierto y manos a la obra tan temprano; al menos, de forma voluntaria. Debe de tenerle bastante miedo a su padre.

¿Cómo se originó el incendio? Ahora que tengo la cabeza más despejada, no entiendo nada. Los chicos llevan viviendo aquí toda la vida. Jake les ha enseñado a ser diligentes: a que apaguen las máquinas y a que si hacen fuego, lo vigilen constantemente.

Entro en el baño con cautela y alargo el brazo por detrás de la cortina de la ducha para abrir el grifo. Debió de ser por algo que supusimos que no podía causar problemas. Como bien dijo Noah, igual tuvo que ver con la corriente.

Me apoyo contra el lavamanos, levanto un poco el brazo y gimoteo porque me duele. Tengo los músculos tensos; bajo la vista y empiezo a quitarme la venda.

Sin embargo, oigo los pasos de alguien que entra en el baño y, al levantar la mirada, me encuentro con Kaleb. Duchado, afeitado y vestido con unos vaqueros de color claro y una camiseta azul marino. Me sonrojo al pensar en lo mucho que me encantó todo lo que tuvo que ver con él anoche.

Y yo aquí: sucia, con el pelo cayéndome por la cara, manchada de sangre y con el cuerpo empapado en sudor. Y no solo el mío, encima.

Sujeta con la mano esa caja roja de hojalata. Se acerca, la apoya en el lavamanos y me echa el pelo hacia atrás para inspeccionarme el rostro. Se me aviva la sangre al notar su tacto y, cuando me gira la cara y me acaricia la mejilla, tardo un segundo en asimilar qué está haciendo.

Las bofetadas. Está asegurándose de que no me hayan salido moratones.

Me quedo con la vista puesta en su boca. Ojalá anoche le hubiese oído la voz. Me dio la sensación de que casi se la oía en un par de ocasiones.

Levanto el brazo y le acaricio la mejilla mientras empiezo a pensar que todo lo que sentí que le salía de dentro anoche fueron imaginaciones mías. Pero... se gira y se aparta un poco.

Y yo sigo con la mano levantada, suspendida en el aire, mientras él baja la suya y se pone a buscar algo en la caja.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. He aquí el antiguo Kaleb.

—Kaleb... —musito.

Evita el contacto visual. Me quita la venda del brazo y procede a limpiarme los puntos de sutura con los párpados entornados.

—No sé lo que dijiste anoche —le digo—, pero lo noté.

Me sienta en el borde de la bañera y se pone en cuclillas para envolverme la herida con una venda limpia.

Me lo quedo mirando y, al ver que no me va a devolver el gesto, la vergüenza comienza a adueñarse de mí.

Anoche no me sentí mal. No me sentí avergonzada.

Ahora él seguramente deba de estar calculando el horario de esta zorra. ¿Con quién me iré los martes? ¿Y los jueves? ¿Nos lo

montamos en mi cama o voy yo a la tuya?

Las lágrimas me brotan de los ojos e intento tragar saliva a pesar de tener la boca seca.

—Lo noté —le repito en un susurro.

Lo noté a él y noté lo perfecto que era todo y lo mucho que quería ser suya para siempre. Fue un momento perfecto durante el cual todo lo que tengo y lo que soy se alineó en un puto instante y me sentí llena y fuerte. Y esa clase de momentos no se dan a menudo.

Forma una mueca con los labios y ralentiza un poco el ritmo de sus manos. Sin embargo, vuelve a centrarse enseguida y acaba de atarme bien el vendaje alrededor del brazo.

Alargo el mío.

Despacio, voy levantando el brazo derecho como si estuviese tendiéndole la mano a un perro para que me la huela antes de acariciarlo.

Noto a Kaleb mientras le subo el dorso de la mano por la cara y aguanto la respiración.

Tengo un nudo en la garganta. Aun así, reprimo las lágrimas y le acaricio la sien.

—No quiero seguir peleándome contigo —confieso—. Me iré, ¿vale? No hace falta que me tengas miedo.

Abre los ojos y arruga la frente en una expresión de dolor. Pero no me mira.

—Me iré. No voy a hacer que no quieras estar en esta casa. No te haré daño —le susurro—. Me iré; te lo prometo.

«Solo deja que disfrutemos del tiempo que nos queda».

Sacude la cabeza a pesar de que no sé qué intenta decir. No obstante, justo cuando creo que va a dar un salto y salir por patas, deja caer la cabeza y me la apoya en el regazo.

Me quedo helada y bajo la vista hacia él. Su pelo negro (aunque, ahora que se lo veo de cerca, me doy cuenta de que no es negro del todo, sino muy muy oscuro). El tatuaje que se le aprecia bajo la oreja y que le recorre el cuello en vertical; a pesar de tenerlo tan cerca ahora, sigo sin descifrar qué dicen esas letras en cursiva.

Da igual. Kaleb tiene cosas que decir. Pero no quiere que las oiga todo el mundo.

Me agarro al borde de la bañera sin levantarme. Me da la sensación de que se me parte algo en el pecho mientras él sigue con la cabeza agachada, respirando con dificultad.

Se me llenan los ojos de lágrimas y empiezo a ver a Kaleb borroso. No me va a resultar para nada fácil marcharme... y dejarlos.

Trago saliva.

«Es una sensación, no un lugar».

Quererlos ha hecho que se despertara algo en mi interior, y no quiero volver a ser la de antes. Igual me gustaría que este cambio se hubiese dado de otra forma, pero las hay que no aprendemos sin más. Necesitamos pegarnos la hostia.

Alargo los brazos, le paso las manos por la nuca y me agacho para envolverlo en un abrazo.

Cierro los ojos con fuerza y saboreo el momento.

Pero entonces escucho los fuertes pasos de alguien que sube las escaleras a toda prisa y una sombra se cierne sobre el baño.

—¿Qué cojones ha pasado? —grita alguien.

Abro los ojos. «Jake».

Sorbo por la nariz y me seco las lágrimas mientras me yergo a pesar de evitarle la mirada. Él se queda en la puerta. Kaleb se levanta y se separa de mí.

¿Qué narices hace ya Jake aquí? ¿Y qué le digo?

Aun así, parece que ni se haya dado cuenta de que Kaleb y yo estábamos abrazados.

Viene corriendo hacia mí.

—Por el amor de Dios... —dice cogiéndome el brazo y levantándolo con cuidado para inspeccionar el vendaje antes de agacharse para coger la tela ensangrentada del suelo.

—No pasa nada —le aseguro.

Aun así, él fulmina a Kaleb con la mirada.

—¡Os dejo solos una noche!

Kaleb le devuelve la mirada y a mí me da un vuelco enorme el estómago de inmediato. Dios, hay que ver lo mucho que se parecen cuando están cabreados.

Sin embargo, Kaleb sonríe socarrón y, aunque no entiendo muy bien por qué, Jake se cabrea aún más. Gira la cabeza de golpe y le ordena a su hijo que se marche.

Kaleb obedece sin volver a mirarme siquiera.

—No pasa nada —le repito cuando Kaleb ya se ha ido—. Los animales están bien. Y yo también.

Jake cierra de un portazo, se me acerca y se arrodilla justo donde estaba Kaleb hace un momento. Me quita el vendaje y le echa una ojeada a la herida. Tiene las mejillas y la nariz quemadas por el viento, y la barba de cuatro días que le cubre la mandíbula es de un tono un tanto más oscuro que el de su cabello.

—Hubo un incendio en mitad de la noche —le cuento—. Menos mal que nos despertamos. Pudimos extinguirlo, pero me hice daño mientras intentaba sacar a Shawnee del granero. No fue culpa de los chicos.

Jake tira la venda y examina los puntos de sutura.

—Joder —exclama—. La madre que los parió.

—La herida no me la hicieron ellos —insisto—. Aunque sí me la curaron.

Sacude la cabeza sin apartarme la vista del corte. Se levanta, coge una toalla de las estanterías, la humedece y saca la vaselina del armario de los medicamentos.

Levanto la vista hacia él y la preocupación va abriéndoseme paso en el estómago.

—Sí que has vuelto pronto...

Si hubiese llegado diez minutos antes, me habría encontrado en la cama de Kaleb.

Y si hubiese regresado anoche, me habría...

No es que tuviera pensado escondérselo, pero tampoco quiero que piense que nos hemos deleitado con su ausencia o que lo teníamos todo planeado.

—No pude seguir —me explica dejándolo todo y colocándose un par de ibuprofenos en la palma de la mano antes de pasármelos—. Había muchísima nieve y el viento soplaba demasiado fuerte. No habría aguantado una noche más ahí afuera.

Se agacha, se arrodilla y me limpia alrededor de los puntos de sutura. Me tomo las pastillas y Jake me pone un poco de vaselina en la herida.

Me lo quedo mirando mientras vuelve a cubrirme la herida con sus labios a treinta centímetros de los míos.

—Anoche también pasó algo más —confieso con un hilillo de voz.

Se detiene un segundo, pero entonces continúa poniéndome la venda sin mirarme.

—Cuando ya hubimos extinguido el incendio... —prosigo—. Con los chicos.

Ni yo pestañeo ni él tampoco, a pesar de que sigue sin establecer contacto visual. Se me retuercen las tripas.

—Me...

—¿Con los dos? —me pregunta bajando la mirada para recoger un trozo de venda que se le ha caído al suelo.

—Pues... Eh....

Sin embargo, no soy capaz de decirlo. Y él tampoco me obliga a hacerlo.

Aprieto los labios mientras Jake me cubre el brazo.

—¿Se portaron bien contigo?

Se me llenan los ojos de lágrimas y asiento. No está gritando. Y no sé si es que me duele que no se haya puesto celoso o si me alegra que no esté asqueado conmigo.

Aunque sí que está celoso. Lo sé por cómo se le tensa la expresión y por la sequedad de sus palabras.

Abro la boca para contárselo. Quiero a Jake, pero...

«Qué sé yo».

Agacho la cabeza. no tengo ni idea de cómo contarle nada de esto. Ni de lo que siento cuando estoy con ellos.

Simplemente, no me siento nunca mal. Y eso es todo cuanto sé.

Antes siempre me sentía mal. Pero aquí no. Con ellos, no.

—Lo...

—¿Has terminado ya las solicitudes de la universidad? —pregunta sin dejarme terminar la frase.

Pestañeo y enmudezco.

«¿Qué?».

«Las solicitudes de la universidad».

O sea, ¿que ya está? ¿No va a ponérmelo más difícil?

Busco qué decir y aprovecho que me esté ofreciendo una salida tan fácil.

—¿Qué, ya intentas deshacerte de mí? —bromeo.

—Bueno, con un solo brazo, ya no nos sirves de cocinera.

Tras oír esas palabras, me inclino hacia delante y lo abrazo por el cuello. Se queda inmóvil un instante y, acto seguido, se relaja, me devuelve el abrazo y me levanta mientras él también se pone de pie.

«Gracias».

—¿Ya estás bien? —Levanta la cabeza y me mira—. ¿O necesitas que te ayude a ducharte?

Señala la ducha, cuya agua sigue bajando y llena el baño de un cálido vaho.

—Estoy bien.

Intuyo que podré lavarme el pelo con una sola mano.

Me rasco la cabeza, abrumada. No tengo ni idea de qué pasará con estos tres cuando salga del baño.

Aunque no tiene por qué pasar nada si yo no quiero. Evidentemente.

Puedo poner el punto final a todo esto ahora mismo.

Me quito la camiseta y Jake me coge la mano para que no pierda el equilibrio mientras me meto en la ducha. Hago ademán de cerrar la cortina, pero lo miro a los ojos y veo cómo me devuelve la mirada. Está planteándose si meterse aquí conmigo.

Sin embargo, a pesar de cómo le centellea la tentación en los ojos, suspira, sacude la cabeza, pone los ojos en blanco y cierra la cortina que nos separa.

Y, al cabo de un segundo, abre la puerta del baño solo para volver a cerrarla de golpe. Sonrío para mis adentros. «Menos mal que me lo ha puesto así de fácil».

Aunque si algo está claro es que lo bueno, en exceso, es peligroso.

Esta noche dormiré sola.



—Lleva los caballos al cercado y limpia los escombros.

—Ya lo he hecho —oigo que le dice Noah a su padre mientras bajo las escaleras—. Voy a barrer las cuadras. Ah, y Henderson nos ha enviado un *e-mail* sobre su pedido, así que tú ve a ocuparte de eso, que ya me ocupo yo del granero.

Entro en la cocina y veo que Noah saca un plato de los pequeños del microondas mientras paso por el lado de la isla y me acerco al fregadero a por un poco de agua.

Deja el plato en la encimera y me mira el brazo.

—¿Todo bien?

Me lleno un vaso y lo saludo con la cabeza y una sonrisa de medio lado.

—Todo bien.

En realidad, ahora que ya me he duchado y el ibuprofeno va haciendo efecto, estoy incluso mejor. El calor me ha aliviado el dolor que sentía en distintas partes del cuerpo.

Se me queda mirando con una sutil sonrisa dibujada en los labios y el aleteo que noto en el estómago hace que se me entrecorte la respiración. Anoche hizo justamente lo que ya me había dicho que haría. Me hizo el amor. Me besó muchísimo.

«Anoche me besó muchísimo». Al acordarme de eso, me sonrojo.

Me pasa el plato y sonríe como si supiera exactamente en lo que estoy pensando.

—Tienes la magdalena caliente.

Arqueo una ceja. Pillo el plato, cojo el vaso y me voy. Lo oigo reír por lo bajo detrás de mí.

Dejo el plato en la isla y le doy un mordisco a la magdalena mientras Noah se va. Al notar ese dulce sabor, se me hace la boca agua. Anoche cené, pero me muero de hambre; es como si me hubiese pasado días sin comer.

Levanto la vista y me fijo en que Jake tiene la frente arrugada, y está mirando hacia la puerta por donde acaba de salir Noah.

—¿Qué ocurre?

Pestañea y sacude la cabeza.

—Que está ayudando —responde—. Por voluntad propia.

Se acerca a la jarra del café y se sirve una taza. Yo agacho la cabeza para que no me vea sonreír.

—Y ya hay café hecho —añade confundido y con la vista clavada en el recipiente.

Doy otro mordisco al desayuno. Cuando la gente está contenta, se muestra más predispuesta. Eso lo tengo claro. Hoy Noah está siendo responsable porque está contento.

—¿No tienes frío? —oigo que pregunta Jake.

Desvío la vista y veo que está mirándome el brazo, desnudo, porque llevo un top y solo he pasado el otro brazo por la manga de la sudadera. La otra me la he metido por encima del hombro.

—La manga me roza —respondo, me acomodo el pelo detrás de la oreja y sigo comiendo.

Jake se me acerca.

—Deberías quedarte en la cama en lugar de ir pululando por aquí. Podemos ocuparnos nosotros de todo.

—No quiero quedarme en la cama.

Me lo he planteado. Aunque sea solo para recuperar unas cuantas horas de sueño, pero...

No quiero estar en mi habitación. Solo quiero estar donde estén ellos.

Mastico más despacio. Cuando empiece a derretirse la nieve, me va a doler tener que marcharme, ¿a que sí? Los echo de menos cuando no estoy cerca de ellos. ¿Cómo me sentiré cuando esté en otro estado si ahora ya no quiero permanecer en otro cuarto sin ellos?

—¿Lo has hecho tú?

«¿Qué?». Vuelvo a la realidad y me giro, siguiéndole la mirada. Ambas puertas de la nevera están cubiertas con los borradores de los nuevos diseños que estoy haciendo para los muebles. Me enderezo y camino hacia la nevera, desconcertada. Pensaba que los había tirado.

Uno de los papeles de estraza está arrugado porque lo tiré a la basura y alguien lo sacó de allí. Los demás los escondí bajo el sofá cuando terminé de dibujarlos en el salón el otro día y quería quitármelos de encima.

Y ahora están aquí expuestos.

No tardo ni un segundo en darme cuenta de quién los ha colgado en la nevera. Giro la cabeza y veo que Kaleb se coloca en el hombro una silla de montar y vuelve a meter a Shawnee en el establo. Sonrío levemente.

—Son buenos —señala Jake—. Qué ganas de ver cómo queda el resultado final.

No tengo muy claro si podré hacer mucho con una sola mano, pero me apetece volver al taller. Jake coge su taza y se dispone a marcharse de la cocina, pero entonces regresa y me mira con una expresión repentinamente seria.

—No quiero que salgas a aventurarte fuera de las premisas de la casa —me dice—. Y no salgas por la noche, ¿vale?

—¿Por qué?

Me ha enseñado a enfrentarme a animales salvajes. Aun así, responde:

—El incendio comenzó en el desván. Y ahí no hay nada que pudiese provocarlo.

Y entonces caigo. ¿Fue premeditado?

—Pensaba que dijiste que nadie podía subir aquí... —digo.

—No —me corrige, negando con la cabeza—. Dije que las carreteras estaban cerradas.

Se marcha de la cocina y yo me quedo aquí, boquiabierta. Tiene que ser una broma. ¿Puede ser que anoche alguien estuviera aquí?



Giro el dial para regular el pulverizador y bajar un poco la intensidad, y retrocedo un poco antes de rociar las zonas más fuertes de azul, violeta y verde de la cómoda con una ligera capa de dorado. Pinto la parte de arriba, las patas y las cuatro esquinas.

Apago el pulverizador, lo dejo y me quito la máscara y las gafas de trabajo. El azul y el dorado se van mezclando y me encanta cómo va tiñéndose el verde de azul. El dorado le aporta cierto brillo, y cuando vuelva a ponerle los tiradores creo que quedará genial.

Sonrío. Me gusta.

Me quito el cabestrillo que Jake me ha obligado a ponerme, bajo la vista hacia el vendaje y no veo que se me haya manchado de sangre. En realidad, no necesito el cabestrillo, sobre todo porque me he hecho daño en el brazo izquierdo y no he tenido problemas para apañármelas con el derecho durante todo el día; aun así, Jake tenía razón: inmovilizarlo ha servido para que me doliese menos.

Me tomo un par de aspirinas con un vaso de agua y paso por el lado de Noah y de Jake mientras regreso dentro de la casa.

Me lavo las manos, miro por la ventana. Los pinos y las ramas de los árboles están cubiertos de nieve y el viento levanta la que hay en las paredes rocosas que envuelven el granero y el establo al soplar con delicadeza. Desde aquí, el granero parece igual que siempre. No puedo ver el otro lado y toda la zona que se quemó. Gracias a Dios, sigue siendo casi todo amortizable. Los chicos se han pasado la mañana deshaciéndose de los escombros y remendando lo que han podido con provisiones que teníamos a mano antes de poner paja nueva.

Se me enciende una luz roja en el móvil mientras me lavo las manos. Lo giro y descubro que tengo una llamada perdida de Mirai. Suspiro.

Si hablo con ella, ¿con qué empiezo? ¿Con que ayer me lesioné con los escombros que cayeron de un granero en llamas, con que participé en una persecución policial o con que si no llego a verano con un bombo, será por suerte divina?

No. No estoy preparada para hablar con el resto del mundo.

Ignoro la llamada.

Aun así, veo la fecha que aparece en la pantalla y vuelvo a mirarla con más precisión. Ya casi es diciembre. «Navidad».

De repente, desvío la vista hacia afuera y me fijo en los árboles que nos rodean. Son iguales que los árboles de Navidad. Me inclino por encima del lavamanos y me los quedo mirando. Dudo que Jake decorase demasiado la casa cuando los chicos eran pequeños, pero seguro que les traía un árbol. Ni que fuera el Grinch.

Y estoy segura de que el árbol en cuestión lo sacaba de su propio jardín.

Me separo de la encimera con un impulso y casi brinco de camino al armario para coger el chaquetón, los guantes y el gorro. Me abrigo en un santiamén, me quito las deportivas con los pies y me pongo las botas. Me envuelvo el cuello con la bufanda, cruzo la cocina a toda prisa, entro en el taller, pillo un par de tijeras de podar de una de las estanterías de herramientas y salgo antes de que Jake o Noah aparten la vista de las motos y empiecen a interrogarme.

El frío me azota la nariz y las mejillas, y las nubes pasan corriendo en lo que parece una promesa de más nieve; no dejo de sonreír. Avanzo por la nieve, que me llega a las rodillas, y subo la pequeña pendiente que hay entre el establo y el taller en busca del árbol más perfecto de todos, ese que me queda justo enfrente. Lo vi hace meses; sin embargo, ahora que está nevado, todavía es más bonito. Mide poco más de cuatro metros y medio, y tiene muchísimo follaje en la parte de abajo y una afilada punta que le da la forma ideal para el adorno de arriba del todo.

Aunque no voy a cortarlo ni le pediré a Jake que lo haga. No; sería una pena.

Lo que sí necesito es un poco de pinaza. Y de eso tiene a montones.

Me acerco y encojo los dedos de los pies dentro de las botas porque me ha entrado algo de nieve y hace frío. Sacudo las ramas del árbol para quitarle la nieve.

Me inclino y cierro los ojos.

Entre el pino y la nieve, huele a Narnia y a Navidad. Ya casi huelo el papel de regalo.

Alargo la mano con las tijeras y corto un poco de pinaza de una de las ramas. Aprieto el mango de las tijeras y muevo la rama de un lado para otro, pero está helada.

La nieve, gélida, cae de la rama y aterriza en una zona de la muñeca que me queda al descubierto. Casi puedo notar el agradable sabor del aire. Tiro de la rama y la tuerzo pero, de repente, alguien me pasa la mano por el lado y la arranca con un sutil movimiento.

Giro de golpe la cabeza y veo que Kaleb me está mirando. La duda que suele centellearle en los ojos ha desaparecido y, en su lugar, ahora reina la calma. Me ofrece la rama y la cojo.

—Quería hacer algo para la casa —le digo en voz baja.

Aunque él no responde, claro. A Kaleb le da igual lo que yo haga o por qué.

Alarga el brazo, corta otra rama y la nieve de la pinaza me cae en las botas cuando me la entrega.

Asiento y la cojo. Abro la boca para darle las gracias, pero me contengo. En lugar de eso, lo miro a los ojos y se lo agradezco con una delicada sonrisa. No espero a que se aleje: le señalo otra rama y él, pasándome ambos brazos por los laterales, la corta y me la da. Le señalo otra que queda más alta y él estira el brazo por encima de mi cabeza y también la corta.

Vamos haciendo lo mismo por todo el árbol, escogiendo ramas largas y bonitas, llenas de pinaza. No sé muy bien cuánto va a durar esta breve tregua, pero estoy segura de que cuanto más rato me pase sin hablar, más se alargará.

Al cortar la siguiente rama, la nieve que la envuelve me espolvorea y me cae en las pestañas y en la nariz. También un poco en la mejilla, hago una mueca y sacudo la cabeza para quitármela. Sonrío, pero no río. No emito sonido alguno. Cuando levanto la vista hacia Kaleb, compruebo que me está mirando con una divertida expresión en los labios.

Cojo la rama y se la sacudo delante. Él aparta la cara para que no le caigan los copos encima, pero veo cómo sonríe.

Paro y siento cierto escozor detrás de los ojos mientras sigo mirándolo. Es la primera vez que lo he visto así. Que le he visto algo que denotase felicidad en el rostro.

Me mira a los ojos y pestañeo rápidamente para deshacerme de las lágrimas; no entiendo qué diantres me pasa. Si la sonrisa es bonita, es porque nunca se la he visto.

Vamos a por la siguiente rama, y con un gesto de la cabeza le pido que corte esa y otras de alrededor. Él me las va dejando en los brazos mientras el viento empieza a soplar más fuerte y se oyen truenos en lo alto. Siento que un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Vuelve a estirar las manos a mi alrededor y me coloca una última rama en los brazos. Y espero a que vaya a ir a por otra rama pero...

No lo hace.

Cierro los ojos y noto cómo me cae un poco de nieve en las mejillas.

Quiero darme la vuelta.

Pero no lo hago.

Kaleb me da miedo. Hacerle el amor fue como... «Como si no fuera a despertarme jamás».

Como si estuviese suspendida en el aire. No me gustó.

Pero sí me encantó.

Me sentí perdida pero en paz. Como si estuviese a la deriva. Con Noah y con Jake veo el futuro. Sé lo que ocurrirá después; con Kaleb, en cambio, no presiento nada. No sé cómo serán los siguientes cinco minutos, porque los sentimientos cambian. Kaleb me cambia.

Tengo miedo de perder esta estabilidad. No quiero volver a ser la de antes. Una persona asustadiza, que estaba a la espera, que se

sentía insegura... No quiero que nadie vuelva a tener tanto poder sobre mis emociones.

Kaleb se queda detrás de mí y me entra un escalofrío al notar la calidez que le emana del cuerpo. Bajo la vista hacia sus brazos, que sigue teniendo a mi costado, y noto cómo apoya la cabeza detrás de la mía.

Se me instala un nudo en la garganta.

Sin embargo, me recuesto en él y siento cómo se me aviva la sangre.

Así es como se comunica conmigo.

Su cálido aliento me acaricia la nuca mientras me quita el gorro lentamente y el pelo vuela alrededor de mi cara. Me pongo tensa.

Y entonces baja el brazo con fuerza y me tira las ramas de las manos.

Se me encoge el pecho.

La pinaza cae al suelo y yo aprieto los puños. Me hierve la sangre. Siento que se me remueven las tripas a más no poder y me quedo helada. «Mierda».

Me baja las manos por las mangas del chaquetón, ejerciéndome presión con los dedos, y apenas me da tiempo a hacer nada antes de que me coloque una mano en la espalda y me empuje hacia delante.

Ahogo un grito y trastabillo con la nieve. El miedo produce que me dé un pequeño vuelco el estómago, aunque también noto cierta calidez y siento que todo da vueltas a mi alrededor. Me enderezo dispuesta a girarme de golpe, pero él vuelve a empujarme no en dirección a la casa sino... hacia el granero.

Desvío la vista hacia la puerta del taller. Noah y Jake deben de seguir trabajando en silencio, a puerta cerrada.

Vuelve a empujarme. Y otra vez. Hasta que empiezo a caminar.

Mi aliento forma unas nubes blancas al exhalar y el pelo me cae por delante de los ojos. Giro la cara y veo que Kaleb está mirándome fijamente, siguiendo cada paso que doy.

«No seas amable. No dejes que me olvide de lo que soy para ti».

Vuelve a empujarme y ahora sí que me giro de repente, dispuesta a devolverle el golpe. Sin embargo, Kaleb carga contra mí y me empotra contra el granero.

Así es él. Un segundo es como una suave brisa, y al siguiente, como un ciclón.

Hace literalmente lo que le da la gana.

Apenas puedo respirar cuando coloca su boca cerca de la mía. Me abre los puños, me quita los guantes con rudeza y me va desabotonando el chaquetón. Tira de las solapas para acercarme a él y hace ademán de besarme los labios.

Pero yo giro la cabeza.

Nada de besos. Esta vez, no.

Me sujeta con más fuerza, empotrándome contra él de nuevo y acercándome la boca, pero no consigue rozarme los labios. Me contengo y sacudo la cabeza.

«No».

El ardor que emana de su arrugada frente me abrasa la piel.

Me agarra por la mandíbula y yo aprieto los dientes mientras Kaleb me obliga a levantar la cara y empotra los labios contra los míos. La ira que le desprende la boca es ardiente como la que más, pero yo me mantengo firme, con los labios cerrados, y lo empujo para apartarlo de mí.

—¡Ajjj! —gruño.

Trastabilla hacia atrás y echo a correr para escaparme, pero él me alcanza, me agarra por el chaquetón con una mano y por el pelo con la otra, y me sujeta contra su cuerpo mientras forcejea con la lengua

para introducírmela en la boca. Noto una húmeda calidez, una especie de *shock* me invade de arriba abajo y me ceden las rodillas. Quiero abrazarlo.

Quiero disfrutar de esto.

Aun así, aparto la cara y él termina con los labios pegados a mi cuello.

—Kaleb, no —escupo.

«Nada de besos».

Me quita la boca de encima, abre la puerta de un golpe y me empuja dentro; me sigue y cierra la puerta al entrar. Me quito el chaquetón y la lana me roza los puntos de sutura mientras me zafo de su abrazo. Inhalo entre dientes porque me duele el brazo, pero se me olvida casi de inmediato.

Voy caminando hacia atrás, de cara a él pero incapaz de mirarlo. Como lo haga, perderé el control. Deseo demasiado a Kaleb.

—Nada de besos —murmuro más para mí que para él—. Por favor.

«Me das miedo».

Avanza decidido hacia mí y yo miro preocupada hacia la puerta que le queda a él detrás. Esta se mueve un poco cada vez que el viento se vuelve más bravo y ruge en el exterior y siento que me he quedado encerrada. Estamos aquí solos.

Sigue avanzando lentamente hacia mí, retrocedo y me doy contra una viga de madera. Dibujo una mueca en la cara y paso junto al travesaño en cuestión. Sigo sin desviar la mirada y veo que Kaleb tira la camisa de franela negra y azul al suelo antes de hacer lo mismo con la camiseta negra.

Aun así, cuando me detengo y él acorta la distancia que nos separa, no alzo la vista. Me envuelve la cintura y me levanta con cuidado para acercarme a la pared y apoyarme allí.

Niego con la cabeza. No me gusta que sea así. No me gusta que sea delicado.

Apoya el brazo en la pared, encima de mi cabeza, se inclina hacia mí y me acaricia la cara.

Siento un cosquilleo justo donde tiene los dedos y tengo que apretar los puños para no temblar. Vuelvo a negar con la cabeza, despacio.

—No seas delicado —le susurro.

Me agarra con fuerza por la nuca y me empotra contra él. Casi sonrío aliviada. Hasta que me roza la frente con los labios. Ejerce presión con la boca en mi piel y una ola de calor me baja de la frente a las mejillas mientras él me acaricia la mandíbula con el pulgar. Abro la boca, muerta de ganas de saborearlo.

«Kaleb». Los ojos se me llenan de lágrimas. «Por favor...».

Su calor corporal me envuelve a pesar de que cualquier otra persona se estaría helando aquí. Aunque yo ni me doy cuenta. Me baja los labios hasta la sien y respira con la boca pegada a mi piel. Una ola de calor se me cuela en el estómago y me entran unas ganas inmensas de abrazarlo.

Me acaricia la mejilla con la nariz antes de agarrarme la barbilla y levantarme la cara para obligarme a mirarlo. Aun así, yo sigo con la vista baja y respirando con pesadez.

«Adelante y házmelo ya». Así nos corremos los dos y puedo salir de aquí. ¿Qué está haciendo?

Me coge la mano y se la acomoda en su desnudo pecho. No obstante, yo aprieto la mandíbula y me apresuro a bajarle la mano hasta el cinturón. Le desabrocho los pantalones y le introduzco la mano dentro; le agarro la polla y le hago una paja con fuerza. Aun así, Kaleb me agarra la muñeca enseguida y me quita la mano de ahí.

Vuelve a colocármela en su pecho.

El calor se me cuela en los dedos y noto un escalofrío por todo el cuerpo, que me pide notar la misma calidez.

Me agarra la barbilla de nuevo y, al ver que no levanto la vista, me sacude la cara con más fuerza antes de hundir su boca en la mía. Le apoyo ambas manos en el pecho en un intento por apartarlo.

—¡No!

Giro la cara hacia un costado y él pega un fuerte golpe con la mano en la pared, justo al lado de mi cabeza, cabreado.

Me estremezco. Vuelve a agarrarme la mano y, ahora, se la lleva a la cara, suplicándome que lo toque, que lo mire, que lo observe. Mientras tanto, Kaleb va besándome los pómulos, rogando besarme la boca. Su cálido aliento busca el mío desesperadamente.

—Kaleb, no.

Al final, se aleja de mí con fuerza y el fresco aire se apresura a ocupar el espacio que nos separa. Respira con pesadez y sé que es porque he vuelto a cabrearlo.

Por fin, levanto la vista.

Me fulmina con la mirada y se le tensa el cuerpo entero. No lo entiende.

A su padre sí lo miro. A su hermano también. A ellos dos, los toco.

Anoche, en su cama, no me contuve. Hoy, en cambio, sé que no puedo repetir eso. Y Kaleb no lo entiende porque es como un puto crío. Todo el mundo tiene que aceptar que el chaval no da explicaciones de nada de lo que hace. Pues ahora ya sabe cómo nos sentimos los demás.

Me agarra por el cuello de la camisa y tira de mí hacia él; me desabrocha la prenda de un tirón y los botones salen volando

mientras me la quita sin concesiones. Levanto los brazos para taparme el sujetador y me da un vuelco el estómago mientras Kaleb agarra la camisa de Noah con ambas manos y la desgarra por el medio para asegurarse de que no vuelva a ponérmela nunca más. La tela se raja con un fuerte ruido.

Me agarra por la nuca, me empuja contra el capó del coche que hay debajo de esa lona gris y ni siquiera tengo tiempo de levantarme. Me baja los vaqueros y me quita las botas (y, con ellas, los calcetines).

Gruño y me doy impulso para levantarme, pero me tira la camisa rota de Noah en la cara y casi ni dudo antes de pegarle una bofetada en la mejilla. Kaleb sonríe con una mirada llena de ira y desafío mientras vuelve a empujarme contra el capó, tira de mí hacia él para que quede apoyada en el borde del coche y me planta una mano en la entrepierna, cogiéndomela con los dedos para indicarme que le pertenece. Ahogo un grito, pero él me planta la mano en la boca para acallarme mientras me quita el sujetador de golpe con la otra y me cubre el pezón con los labios.

Y, por un segundo, volvemos a estar como al principio, terminando lo que él mismo empezó la noche en que nos conocimos. En un coche, él yendo a por lo que quiere y yo sin protestar lo suficientemente rápido porque no quiero que pare. Me agarro con fuerza a la camisa de Noah en un intento por taparme, pero él va a por mi otro pecho con una expresión de sumo cabreo mientras me acaricia el coño, me lo frota y me cuela los dedos por debajo de las bragas. Y, entonces, me levanta las manos por encima de la cabeza, me devora los pezones y el corazón me late con fuerza mientras cierro los párpados y pongo los ojos en blanco. Joder.

«No pares. Así. Sigue así. No me beses los labios ni me mires ni me abraces, joder. Tú sigue así».

Se levanta, me coge por detrás de las rodillas y me coloca bien, abriéndome de piernas mientras se saca la polla.

Me acerco la camisa de su hermano al cuerpo para cubrirme los pechos. Kaleb enseguida me agarra por las caderas y se cuela en mi interior.

Agarro la camisa y cierro los ojos con fuerza mientras él empieza a darme empellones y yo voy chocando con la espalda contra el coche mientras Kaleb me embiste con fuerza y rapidez para hundírmela hasta el fondo.

Se me escapa un gemido. «Oh, Dios». Abro los ojos y lo veo encima de mí, mirándome y agarrándome el muslo con una mano. Me la saca mirándome a los ojos mientras me la vuelve a meter y sigue embistiéndome cada vez más deprisa. Encuentra el ritmo y, con el rostro lleno de tensión mientras sigue follándome sin quitarme los ojos de encima, agarra la camisa de Noah e intenta quitármela.

Pero yo me aferro a ella con firmeza. «Fóllame y punto».

Aun así, él se me queda mirando. Soy lo que su hermano desea, pertenezco a su hermano y a su padre aunque sea solo un poco, y sabe que, en el fondo, no soy suya.

Aunque ¿aquí? Aquí puede aprovecharse un poco de la ocasión. Esto es todo cuanto puede tener. Este pequeño y absurdo pedazo de mierda al que odia pero al que puede castigar con una follada descomunal cuando quiera recordarme para qué sirvo. Eso somos.

Me llena por completo con la polla y se me encoge el estómago porque me encanta lo que siento, pero no quiero que sea así.

Respiro con pesadez, cierro los ojos y me impido gemir. Sin embargo, noto cómo me arranca la camisa de las manos. Abro los ojos, gruño y me levanto. «Cabrón...».

Pero no me da ni tiempo de pelearme con él. Me envuelve con los brazos y me cubre la boca con la suya, manteniéndome bien cerca.

Se me entrecorta la respiración.

De repente deja de embestirme y su olor me inunda entera mientras entrelaza los dedos con mi pelo por detrás de la cabeza para mantener mi cara pegada a la suya. Sigo con los ojos cerrados y, al notar la calidez que nos rodea, todo me da vueltas.

Kaleb...

Respira con pesadez con los labios pegados a los míos; me mordisquea, de pronto me tira lenta y dulcemente de la piel con los dientes y yo, como si estuviera en piloto automático, abro la boca y le doy lo que quiere. Ahora me duele pensar en que puede parar de hacerme todo esto.

Me coge en brazos, me lleva hacia la puerta, levanta la lona, abre el coche y el pesado metal emite un ruido. Se agacha, me tumba en los asientos delanteros de este viejo vehículo y noto las punzadas del cuero agrietado en la espalda.

Y luego vuelve a colocarse encima de mí y a metérmela.

—No vayas tan lento —le suplico con un hilo de voz—. Por favor.

Me acaricia la boca con la lengua y me suda la piel justo encima del labio superior. Me muero de ganas de besarlo.

En lugar de eso, lo agarro por las caderas y lo obligo a ir más rápido.

—Por favor —le susurro al oído—. No seas delicado. Pónmelo fácil para que pueda marcharme.

Hacerlo lento con Jake es una cosa. Hacerlo lento con Noah también.

Me gusta hacerlo lento.

Pero hacerlo lento con Kaleb... duele. Las lágrimas me inundan los ojos.

Se hunde en mi boca con un beso lento aunque apasionado y un tornado me azota el cuerpo entero, bajándome con fuerza a la

entrepierna. Grito con los labios pegados a los suyos.

—¡Tiernan! —Oigo que grita alguien—. ¿Kaleb? ¿Hay alguien ahí?

Abro los ojos e inhalo profundamente. «Noah».

Kaleb me tapa la boca de un manotazo y empieza a embestirme con fuerza mientras me succiona el pezón y tira de él hasta dejármelo en tensión.

—¿Hola? —vuelve a gritar Noah, que parece irritado porque no nos encuentra.

La lona sigue encima del coche y, a pesar de que la puerta está entreabierta, por las ventanas sigue viéndose la parte del vehículo que está cubierta, así que estamos ocultos de los demás.

Kaleb me llena entera y el gruñido que se le escapa me vibra en el pecho mientras me lo lame y succiona y, al oír el sonido de su voz, noto un escalofrío recorriéndome la espalda. Inhalo a pesar de que sigo teniendo su mano en la boca y me muevo contra él en un intento por zafarme de su abrazo. Sin embargo, me aprieta el pecho con la otra mano y se lo lleva a la boca para devorarme.

Arqueo la espalda para acomodárselo y gimo con su mano pegada a la boca.

«Joooooodeeeeer».

Me provoca con empellones lentos, besos y mordiscos, y hace que todo en mi interior empiece a agitarse como si acabase de golpearme un ciclón. Aprieto los puños. Quiero notarlo bien, abrazarlo y darle la misma atención.

Quiero tocarlo. Joder si quiero tocarlo... Empiezo a notar cómo el orgasmo se va apoderando de mí y abro la boca para gritar. Para llamar la atención de Noah para que le ponga punto final a esto o se una a nosotros o qué sé yo. Lo que sea con tal de frenar a su hermano y parar lo que está pasando ahora aquí, pero...

Aguanto la respiración porque estoy a punto de correrme, joder, y...

No grito.

Abro los ojos, me aparto de la boca la mano de Kaleb y lo envuelvo en un abrazo. Lo beso con tanta vehemencia que hasta el muy maldito se queda inmóvil y se le sacude el cuerpo en señal de sorpresa.

«Kaleb».

«El maldito Kaleb van der Berg».

Mantengo los ojos abiertos y voy besándole los labios mientras distingo cómo arruga más la frente a medida que le acaricio la lengua con la mía y gimo con la boca pegada a la suya. Las lágrimas amenazan con brotarme de los ojos, pero aprieto los muslos con Kaleb dentro y vuelvo a ponerme tensa con sus empellones.

No quiero correrme todavía.

Me hundo en su boca, le paso los dedos por el pelo y por la parte superior de la cabeza y noto cómo se me derrite en los brazos. Le subo las manos por el pecho para llegarle al cuello y luego se las bajo por la espalda antes de rodearle la cintura y abrazarlo a mí.

Al final, se oye un portazo en el granero. Debe de ser Noah, que se va, pero ya me da igual. Esto no es real. En el fondo, no está pasando. Cuando salgamos de este coche, Kaleb volverá a ser el de siempre y yo volveré a ponerme a rellenar solicitudes para ingresar en la universidad. Sin embargo, aquí, ya no puedo resistirme a él. Quiero sentir todo esto. Quiero sentir lo mismo que sentí anoche en su cama.

La herida que tengo en el brazo está a años luz.

Lo beso en todas partes. Le beso la mandíbula, la barba de tres días que me hace cosquillas en la piel, el cuello y detrás de la oreja, y lo voy alternando todo con besos en los labios. Cuando noto que

no se apresura para seguir embistiéndome y cierra los ojos, le aguanto la cabeza y le acaricio los párpados y la frente con los labios, besándolo con delicadeza. Casi me mareo con su sabor. Apoya la frente en la mía con cuidado y follamos lentamente y en silencio, abrazados el uno al otro. Bajo la vista hacia el punto donde se unen nuestros cuerpos y veo cómo entra y sale de mí con la boca a menos de tres centímetros de la suya. Sé que me está mirando. Quiero decirle algo. Quiero suplicarle que me dé más. Aunque lo que más quiero es oírlo diciéndome algo; él a mí.

Lo miro a los ojos. Se relaja con el cuerpo pegado al mío, me agarra la cara sin separar su frente de la mía y yo me abro más de piernas. Estamos empapados en sudor. Le clavo las uñas en el culo, con sus vaqueros justo debajo.

Una ola de calor penetra en mi estómago y noto cómo se va formando algo dentro de mí. Cierro los ojos dispuesta a chillar mientras él me embiste más deprisa y con más fuerza, pero me sacude la cara con una mano para que siga mirándolo.

Aguanto la mirada de sus ojos verdes y el orgasmo se apodera de mí sin tregua. Una ola de placer me estalla en la entrepierna y empiezo a correrme.

Continúo mirándolo a los ojos y no pestañeo ni una sola vez.

Mi aliento se mezcla con el suyo entre el espacio que separa nuestros labios. Se me tensa el vientre y... exploto. Un cosquilleo enorme me va bajando por las piernas y me va subiendo hasta el pecho, y Kaleb me mira sin cesar.

Abro la boca mientras noto que el orgasmo va adueñándose de mí. No hago ruido alguno; simplemente me contraigo a su alrededor y dejo que esa ola de calor me cale bien hondo.

Y, por fin, se escapa un pequeño gemido.

Me dejo caer en el asiento y finalmente cierro los ojos mientras Kaleb me cubre la boca con la suya y me da unos cuantos empellones más antes de correrse. Su cálido aliento es como una droga que me debilita mientras le late la polla y vacía el semen en mi interior. Noto las pulsaciones en el cuello; el corazón me va a mil por hora. No puedo abrir los ojos. Lo único que puedo hacer es seguir abrazada con fuerza a él mientras Kaleb me apoya la cabeza en el hombro, jadea y me acaricia el cuello con su aliento.

Quiero repetir. Quiero repetir un millón de veces más. Toda la vida.

Pero tengo la ligera sospecha de que me costará volver a sentirme así con nadie más.

Giro la cabeza y sus labios enseguida encuentran mi frente mientras, posesivo, me aprieta el muslo con la mano.

«Kaleb van der Berg, eres un cabrón».

Capítulo veinticinco

Tiernan

—¿Tiernan? —oigo que grita Noah fuera.

Miro detrás de mí y descubro que Kaleb está poniéndose la camiseta con la cremallera de los pantalones ya subida, a pesar de que sigue teniendo el cinturón desabrochado a la altura de su estrecho y fornido vientre. Me muerdo el labio y, al verlo, se me vuelve a secar la boca.

Cierro los ojos y los pongo en blanco. «Madre mía...».

Me abotono el cuello de la camisa de franela de Kaleb. Desvío la vista hacia la camisa rota de Noah, que está encima del coche, y me encasqueto el gorro antes de abrir la puerta.

—¡Tiernan!

—Estoy aquí —digo saliendo, pisando la nieve y poniéndome el chaquetón mientras Noah se gira de repente, siguiendo la dirección de mi voz.

—¿Qué narices...? —Arruga la frente y se acerca a mí con las mejillas del mismo color rojo que el de su sudadera y el viento azotándole los mechones de pelo que le sobresalen por debajo del gorro—. He estado buscándote por todas partes. Me he metido en el granero hace nada. ¿Dónde te escondías?

Intento contestarle, pero la puerta se abre detrás de mí con un crujido y Noah desvía la vista hacia allí de inmediato, por encima de mi hombro. Kaleb abandona el granero y la nieve que cae le va mojando el pelo mientras se abrocha el cinturón mirando a su hermano, serio.

Gruño para mis adentros.

—Ah... —musita Noah.

Exhalo, me giro y vuelvo a mirarlo.

Noah alterna la mirada, dubitativo, entre Kaleb y yo, pero, por suerte, se calla lo que sea que fuera a decir. Tiene mi móvil en la mano y me lo pasa.

—No paran de llamarte.

Desbloqueo la pantalla y compruebo que tengo varias llamadas perdidas de Mirai.

Mierda. Algo va mal.

Le devuelvo la llamada y echo a andar hacia la casa con el teléfono pegado a la oreja.

—Tiernan —responde ella después del tercer tono.

—Hey, ¿qué pasa?

Subo las escaleras y voy hacia la puerta con los nervios a flor de piel. A juzgar por su voz, Mirai parece alarmada.

—No quería llamarte, pero tampoco me gustaría que te enteraras por alguien más —me cuenta.

Abro la puerta y me quito la nieve de los zapatos con unos cuantos puntapiés antes de entrar en la casa. ¿Que me entere de qué?

—Han publicado un artículo en *The Daily Post* en el que dicen que, según varias fuentes, tu padre...

El terror se apodera de mí y casi cuelgo. No me había dado cuenta de lo bien que me sentía al no estar en contacto con el exterior, y ahora no sé hasta qué punto deseo saber eso que quiere decirme.

Aunque no me habría llamado a no ser que fuese importante.

—¿Qué? —pregunto mientras me quito el chaquetón.

—Que tu padre abusaba de tu madre —contesta—. Que la obligó a morir con él.

—¿Que qué? —escupo.

¿Cómo habrán llegado a esta conclusión? ¿Y las fuentes?

Porque yo no recuerdo que esa noche hubiese nadie en casa como para que fueran testigos de nada.

Agarro el móvil con fuerza, pero relajo la mano en el acto. ¿Por qué iba alguien a especular sobre algo así? ¿De qué les sirve?

—¿Tiernan? —me llama Mirai.

Trago saliva.

—Sí.

Entro en la cocina. El olor a estofado de ciervo que Jake tiene cociendo a fuego lento permea el aire, y Kaleb y Noah entran justo detrás de mí. Jake, que está delante del lavamanos, se gira y me mira a los ojos. Yo aparto la vista.

—Sabemos que no es verdad —prosigue Mirai—, pero no podemos hacer mucho al respecto y...

Sacudo la cabeza y cuelgo. Pillo el portátil de encima de la mesa, lo giro y entro en Internet.

¿Por qué estoy molesta? Me importa un bledo lo que digan de mis padres. Puede que sirva para demostrar que no eran perfectos, por más que el tema en cuestión ahora mismo sea una tontería como una catedral.

Los chicos se colocan alrededor de la mesa; seguro que están a la expectativa de saber qué ocurre. Sin embargo, cuando se carga la página y yo tecleo los nombres de mis padres, los titulares me asaltan todos a la vez.

El corazón me late con fuerza tras la caja torácica.

—¿Qué dice? —pregunta Noah mirando por detrás de mí.

Niego con la cabeza. Me cabreo y siento un nudo en la garganta. No sé cómo frenar esta sensación.

—Hay fuentes que acusan a mi padre de controlador —le cuento echando una ojeada a uno de los artículos— y autoritario, y afirman que mi madre le tenía miedo. Que hizo que se suicidara con él porque no confiaba en que siguiera siéndole fiel cuando él ya no estuviese.

«Menuda gilipollez». Mi padre vivía por y para ella, para verla feliz.

Salgo del artículo en cuestión, escaneo otros titulares, menciones en Twitter y enlaces a vídeos de YouTube. ¿En serio? ¿Tan poco han tardado en subir vlogs conspirativos?

Alguien coge la pantalla, gira el ordenador y me lo aparta.

—No lo mires. —Jake cierra el aparato—. Ya sabías toda la mierda que iban soltando. Por algo decidiste desconectar de Internet.

Clavo las uñas en la mesa.

—Y... ¿podría ser? —oigo que tercia Noah.

Su padre lo fulmina con la mirada.

—A ver... Que al final da igual, ¿no? —se apresura a añadir Noah —. Eran unos capullos.

Tomo una profunda bocanada de aire en un intento por no escucharlo.

Pero tiene razón. ¿Acaso importa? ¿Por qué me ha cabreado el tema?

—No es cosa tuya —me dice Jake, serio.

Levanto la vista y miro a sus ojos calmados. Paciente, pero... preparado por si lo necesito.

Me levanto, pillo el móvil y busco entre mis contactos.

Y llamo.

—Bartlett, Snyder y Abraham, ¿con quién quiere hablar?

—Soy Tiernan de Haas —me presento—. Tengo que hablar con el señor Eesuola.

Tras una breve pausa, se oye:

—Sí, señorita De Haas. Espere, por favor.

Kaleb se recuesta con la vista baja contra la viga de madera que separa la cocina del salón. Su padre y su hermano me miran fijamente desde su lado de la mesa.

—Tiernan —me saluda el señor Eesuola—. ¿Cómo estás?

Me doy la vuelta, dándoles la espalda a los chicos, en busca de algo de privacidad.

—¿Ha visto el artículo del *Daily*? —le pregunto en voz baja.

—Sí. Esta misma mañana —me cuenta con un tono de voz solemne—. Ya he enviado una orden de cese y suspensión.

Niego con la cabeza.

—No.

El señor Eesuola guarda silencio un minuto y pregunta:

—¿Quieres que se retracten y lo publiquen?

Suspiro y echo a deambular por la cocina.

—El daño ya está hecho —le digo—. Los lectores van a creérselo se retracten o no. Pero no quiero que se repita.

—¿Quieres que esto sirva de ejemplo?

—Exacto.

Tanto él como yo nos quedamos callados un minuto; tengo la esperanza de que sepa qué le estoy pidiendo sin tener que verbalizarlo. Estoy convencida de que ahora mismo parecerá ruin y puede que luego yo misma cambie de opinión, pero, de puertas para fuera, la gente cree que yo adoraba a mis padres. Hay que ser muy mala persona para publicar algo que no puedes demostrar a sabiendas de que lo verá su hija, ahora huérfana.

—Hablamos pronto —me dice, entendiendo mi postura.

—Adiós.

Cuelgo, voy hacia el fregadero y me sirvo un vaso de agua.

Jake se me acerca y sugiere:

—Podrías emitir un comunicado.

Río por lo bajo y cierro el grifo.

—¿Su hija, defendiéndolos? Qué creíble —musito—. Si los llevan a juicio, van a verse obligados a presentar sus fuentes.

—Y estás convencida de que se las han inventado.

—Sé que se las han inventado. —Me acerco el vaso a la boca—. Tanto Mirai como yo vivíamos en esa casa. A mi madre no la controlaba nadie. Ella estuvo a su lado hasta el final porque era donde quería estar.

Doy un trago y me giro para salir de la cocina y subir las escaleras. Necesito darme una ducha.

—¿Por qué te importa ahora esto? —oigo que pregunta Noah a mis espaldas—. Se portaron fatal contigo.

Me detengo en el tercer escalón e intento obligarme a seguir caminando porque no sé cómo responder a su pregunta. Al cabo de un segundo, me giro y lo miro a los ojos.

Sinceramente, no lo sé. No es que haya desarrollado cierto cariño hacia ellos, pero desde que estoy aquí, algo en mí ha cambiado. Es como si ahora tuviese un límite que antes no tenía. Un límite respecto a lo que toleraré o no toleraré de ahora en adelante.

Me encojo de hombros mientras busco las palabras, pero es que no sé cómo explicarlo.

—Eran mis padres —me limito a responder.

Se me queda mirando con los ojos entornados.

Aun así, no añado nada más.

Doy media vuelta y sigo subiendo las escaleras; hasta me entran ganas de sonreír un poco. Que mi madre y mi padre sean

merecedores de mi lealtad es cuestionable, pero defenderlos hace que me sienta bien.



Retuerzo el alambre y ato las ramas a la percha que he robado del armario de Jake. Como las mías son todas de plástico, no había manera de formar un círculo.

Cojo las tijeras, corto el alambre que sobra y coloco la pinaza alrededor de la corona. Sonrío porque me gusta que sobresalga un poco sin orden ni concierto. De pequeña, las decoraciones de Navidad de mi casa (con un montón de blanco) eran cosa de profesionales; ahora me hace ilusión poder decorarlo todo con un aire (y un aroma) más navideño y natural.

Reviso las demás ramas que he atado en la corona, me arrodillo, me apoyo en el suelo con las manos en medio del salón y con los perros durmiendo delante del fuego que arde en la chimenea, y estudio la guirnalda que he hecho para la repisa de la chimenea con las ramas que cortamos Kaleb y yo hace unos días. Con los dedos manchados de dorado (porque esta noche he vuelto a darle otra capa de pintura a la cómoda), separo un poco la pinaza para ver si hace falta añadir un poco más de alambre.

Tengo la sensación de que alguien me está mirando; levanto la vista y me encuentro con Jake observándome desde el sofá. Me aguanta la mirada un segundo y, a continuación, pestañea y la aparta para volver a centrarse en la película. Desvío la vista hacia Kaleb, que está sentado en una butaca y, a pesar de que tiene la vista puesta en el televisor, es más consciente de absolutamente

todo lo que ocurre en la sala que de lo que está sucediendo en la peli. Atisbo su mandíbula apretada y yo me sonrojo.

Noah revisa que las puertas estén bien cerradas y luego viene hacia aquí.

Me levanto del suelo y le pregunto:

—¿Me ayudas?

Coge un extremo de la guirnalda y yo el otro; ahora que se está pasando el efecto de la aspirina, el brazo ya empieza a dolerme más. Levantamos el adorno y lo colocamos sobre la repisa de la chimenea para cubrir los más de tres metros del borde. Noah se separa y deja que sea yo quien la coloque bien; acto seguido, me agacho y cojo la corona del suelo. La agarro por el gancho, se la entrego a Noah y le señalo la puerta.

Él la cuelga y yo doy un paso hacia atrás para admirar mi obra de arte. Ojalá tuviese algún lazo rojo para ponerle. Faltan unas cuantas semanas para Navidad y, por primera vez en mi vida, tengo ganas de celebrar las fiestas.

No obstante, cuando desvío la vista hacia Jake, observo que tiene las cejas arqueadas como si estuviese esperando que fuera a ocurrir algo más. Como si las ramas con las que he estado trabajando tanto toda la noche fuesen a iluminarse o algo por estilo.

Retrocedo un poco y me muerdo la comisura del labio.

—Si no te gusta...

Es solo para darle un poco de ambiente navideño a la casa. Tampoco es que les haya cosido volantes a las cortinas.

De todos modos, Jake se levanta, me acerca a él y me da un beso en la frente.

—Es precioso, Tiernan. Me encanta.

Sonrío.

—Genial. —Asiento una única vez—. Mejor mantenerme ocupada que aburrirme.

Ríe, pero entonces Noah tira de mí, me sienta en su regazo y dice:

—Si no sabes qué hacer...

Intenta hacerme cosquillas, pero salto de su regazo.

Jake le da una colleja a Noah y va hacia la cocina.

—¿Qué? —le espeta su hijo—. No me refería a eso.

Ya, claro. Trata de contener la risa, pero aparece una sonrisa pícara en sus labios. Y sin comerlo ni beberlo, a mí también me entran ganas de sonreír. Pero aparto la mirada para que no se dé cuenta.

Aun así, al girarme, veo que Kaleb sigue sentado en su butaca con la frente bien arrugada y la vista puesta en el televisor, aunque no está prestando atención a la película.

Noto un escalofrío que me recorre las piernas en dirección ascendente. Llevo unos *shorts* de pijama de seda y tiro del jersey a conjunto para cubrirme el trozo de vientre que me queda al aire y así protegerme del frío.

—Ven —me dice Noah. Me giro y veo que se levanta del sofá y me coge la mano—. Venga.

Jake desaparece en el taller y cierra la puerta tras de sí mientras Noah y yo vamos hacia la cocina, que está a oscuras. Me pone de espaldas al fregadero, saca una silla, se sienta y me cuela las manos bajo el jersey.

—Dame el brazo —me pide.

Saco el brazo de debajo de la prenda. Noah coge el botiquín que hemos dejado en la encimera y me quita la venda mientras yo me sujeto el jersey por encima del pecho, que tengo al desnudo.

Me lo quedo mirando mientras me limpia la herida; siseo y me mira preocupado. Ya no tengo el brazo tan hinchado; sin embargo, cuando noto cualquier tipo de presión, es como si me abrasaran la piel con un atizador caliente.

Me cura con cuidado y guardamos silencio. Me mordisqueo el labio por dentro. Noah solo calla cuando tiene algo que decir.

—Me alegro de que defiendas a tus padres —confiesa en voz baja —. A pesar de que no se lo merezcan.

Lo miro. Ese tono de voz sincero es tan atípico en él que le da un aire más conmovedor a sus palabras, porque no es habitual.

—Yo haría lo mismo por mi padre —me cuenta—. Pero él sí se lo merecería.

Me alegro de que se dé cuenta.

Tira la venda al suelo y ríe amargamente.

—Soy un mierda. Mi padre se ha pasado todos estos años solo, haciéndolo todo por su cuenta y sacando esta familia adelante sin la ayuda de nadie. —Sacude la cabeza más para él que para mí—. Pero, en el fondo, no nos hemos cuidado mutuamente. Hasta ahora.

Me acuerdo de cómo se sorprendió Jake el otro día cuando vio que Noah estaba echando un cable en casa sin rechistar siquiera. Siempre se han cuidado mutuamente. Para tener comida, para seguir disfrutando de un techo bajo el cual dormir, con el trabajo... Supongo que se referirá a otra cosa. Como yo, que soy feliz y he dejado el pasado atrás. Cuando la gente se preocupa por ti, tú también te preocupas por los demás.

La respiración se le vuelve entrecortada y sigue sin mirarme.

—¿Qué pasará cuando te vayas? —pregunta.

Aunque, en el fondo, más bien parece que esté pensando en voz alta. ¿Seguirán cuidándose tanto como la familia que son?

Y entonces caigo... ¿Qué me pasará *a mí* cuando me vaya? El pico se ha convertido en mi hogar.

«Ellos se han convertido en mi hogar».

—¿Y si no te dejo marchar nunca? —murmura con la boca prácticamente pegada a la mía.

Me tiembla la barbilla.

—¿Y si...? —Me rodea la cintura con los brazos y me acerca mucho a él—. ¿Y si cambiaran mucho las cosas antes del verano?

Lo escucho.

—¿Y si...?

Me muerde el labio inferior y yo inhalo con fuerza antes de que me lo suelte.

—¿Y si te follamos hasta dejarte preñada? —susurra.

—¿Para que me quede aquí? —lo reto.

¿Me harían un bombo a propósito?

Noah niega con la cabeza.

—Para que te quedes conmigo.

Entorno los ojos.

Abro la boca para decir algo, pero no sé el qué. Si tuviese que estar con alguno de los tres, debería estar con Noah. Es joven, amable, atento... Me habla. Con él, puedo crecer.

Es bueno.

Visto lo visto, ¿por qué no se lo digo?

Le cojo la cara con las manos porque no tengo muy claro qué decir. Sin embargo, antes de que pueda expresar nada, una oscura figura aparece detrás de él.

Miro más allá de su hombro y descubro que es Kaleb. Aparto las manos de Noah.

Este se gira y Kaleb alterna la vista entre su hermano y yo con una ardiente mirada en los ojos. Alarga el brazo y yo, que casi dibujo

una mueca, me preparo para que me agarre con fuerza o le pegue a Noah. Sin embargo, él se limita a cogerme la mano y a aguantarme la mirada mientras me acerca a él con calma.

Voy hacia él y el calor enseguida me recorre el brazo entero hasta llegar al punto en el que me está sujetando Kaleb.

Me acaricia un mechón de pelo con los dedos sin apartarme la mirada en ningún momento.

Hago ademán de hablar, pero no sé qué decir. Kaleb es joven, no es amable y no es atento. No me habla, y con él no puedo crecer.

Kaleb no es bueno.

Pero sí es a quien deseo. Lo quiero solo para mí. Y lo quiero ya.

En la ducha, a oscuras, los dos solos, y Kaleb envolviéndome con los brazos.

«Seré estúpida...».

Desvía su oscura mirada hacia su hermano y, con un gesto de la barbilla, obliga a Noah a marcharse.

Oigo cómo se mueve este y me pregunta:

—¿Estás cómoda?

Asiento, sin apartar los ojos de Kaleb.

«Lo siento, Noah. Hay cosas que solo pueden aprenderse por las malas».

Noah suspira y va hacia el taller, con su padre, mientras Kaleb entrelaza sus dedos con los míos y me guía hasta el piso de arriba. Estoy dolorida, cansada, y me siento culpable, como si debiera estar confundida por un montón de cosas, aunque no es el caso. Lo único que me importa son los próximos cinco minutos. La próxima hora. El tiempo que vaya a estar con él.

En lugar de llevarme hacia su cuarto, abre la puerta del mío y me mete dentro de un empujón, haciéndome pasar primero. Cuando me suelta la mano, trastabillo y me detengo.

¿Qué narices hace?

Me doy la vuelta y veo que se queda de pie en el umbral. Mira la cama con una repentina seriedad en los ojos y la señala con la barbilla para obligarme a que vaya hacia allí.

«¿Qué?».

Tardo un segundo en entender lo que me está indicando.

—¿A dormir? —le pregunto.

¿Quiere que me vaya a dormir?

—Pero si no son ni las nueve —me quejo.

Me señala a mí con un dedo y, luego, a la cama para volver a darme la misma orden, solo que ahora lo hace con el ceño fruncido.

Acto seguido, se gira y se marcha de mi habitación con un buen portazo. ¿Qué cojones hace?

Y entonces lo oigo. Metal con metal. Un pestillo al cerrarse. Y abro los ojos de par en par.

Corro hacia la puerta y giro el pomo.

—¿Kaleb?

La puerta no se abre. Llamo con fuerza con una mano y voy girando el pomo con la otra.

—¿Qué haces? —grito—. ¿Estás de coña?

Sabía que la cosa iba demasiado bien para que fuera real. La calma que emanaba cuando estábamos abajo era una patraña inmensa. Estaba cabreado.

Jugueteo con el pomo de la puerta y golpeo la madera con el brazo bueno.

—¡A mí no me hace gracia!

¿Me ha cerrado la puerta con pestillo? Pero si esta mañana no había ningún pestillo al otro lado de la puerta. ¿Cuándo lo ha puesto? ¿Me está vacilando? Ay, Dios.

—¡Jake! —grito—. ¡Noah!

Aunque no me oyen, porque están en el taller.

Oigo que Kaleb baja las escaleras, pero en lugar de llenarse mis ojos de lágrimas, una llamarada de fuego me corre iracunda por las venas. Lo mato, joder. Será hijo de puta, el muy celoso, inmaduro y chiflado este... ¡Yo lo mato!

Golpeo la puerta con las manos y los pies.

—Y si tengo que ir al baño, ¿qué? —grito con fuerza.

¡Arrrrrggggg!

Capítulo veintiséis

Él rodea la cama sin apartar su vista de ella, que está envuelta bajo las sábanas. Está agotada como la que más. Cuando la ha encerrado en su cuarto, se ha pasado una puta hora gritando como una condenada y ahora se ha quedado frita.

La luz de la luna le acaricia la cara a Tiernan y el silencio en el que está sumida la casa entera hace que el repiqueteo de la nieve al caer contra las ventanas de cristal parezca un metrónomo. Tac, tac... tac. Tac, tac... tac.

Se sube a la cama y se coloca encima de Tiernan, apoyándose en las manos y las rodillas, mientras ella duerme.

Por suerte, su padre y su hermano no se han enterado de lo ocurrido. Esos dos estaban en el taller, lejos del berrinche que ha montado Tiernan; sin embargo, aunque no hubiesen estado allí, él estaba preparado por si venían a rescatarla.

Está harto de verla zorreando por ahí. Primero se lo tira hoy a él en el granero, luego deja que su padre la toque y la bese por la noche, y después va y casi se enrolla con su hermano cuando él no estaba mirando.

Está harto de verla sonreír mientras trabaja en sus estúpidas mierdas varias en el taller.

Harto de verla tan ilusionada porque nieva o tan contenta cuando le da de comer a los caballos.

Harto de ver cómo le cae el pelo por la mejilla mientras se pone a leer en la mesa o de verla arrugar los labios hacia un lado cuando está concentrada en algún proyecto.

Harto de oírla gritar por la noche y de lo patética que suena cuando tiene pesadillas.

Se la queda mirando y arquea la cabeza. Tiernan comienza a respirar de forma entrecortada y se agarra el cuello de la camiseta con fuerza; se le tensa el rostro y empieza a sacudirse. Ya está empezando a tener otra pesadilla.

Se inclina hacia ella, le roza la nariz con la suya y cierra los ojos mientras nota cómo jadea ella, tensándose y retorciéndose mientras sueña. Tiernan arruga la frente y le tiembla la barbilla. En parte, él quiere hacer lo mismo que hace siempre: abrazarla, tranquilizarla y lograr que siga durmiendo en paz.

Pero cuando está despierta, Tiernan no es así. Es cruel, y él está harto de que se le vaya olvidando una y otra vez.

Le hunde la boca en los labios y la besa. A Tiernan se le escapa un gemido que se pierde en la garganta de Kaleb mientras a ella se le tensa el cuerpo antes de relajársele de nuevo. Él casi ríe. Ahora mismo, Kaleb podría ser cualquiera. Podría bajarle las bragas y colarse en su interior y Tiernan ni siquiera abriría los ojos para identificar cuál de los tres es, porque, en el fondo, tampoco le importa.

La va besando por la mejilla mientras ella sigue con los ojos cerrados; aún no se ha despertado. Le acerca los labios a la piel y mueve la boca a pesar de que no consigue que le salga el sonido. «Qué zorra tan preciosa».

Se frota con ella un segundo. Eso es Tiernan. Una zorra.

Se separa de ella y le mira la cara mientras le baja los pantalones lentamente. Los tira al suelo y luego vuelve a colocarse encima mientras le introduce los dedos por debajo de las bragas sin dejar de mirarla a la cara.

Le recorre la entrepierna con los dedos, incitándola a que las separe, pero tiene que frenar un momento y cerrar el puño porque Tiernan lo tiene muy liso y suave. Le encanta tocárselo. Empuja un poco la mano hasta encontrarle el clítoris y ella separa las piernas como una puta, joder. Kaleb sonríe y le dibuja círculos sobre su pequeña protuberancia. ¿Le hará eso su padre? ¿O su hermano? Con ellos gime, ¿no?

Kaleb levanta el dedo, se lo chupa y vuelve a bajárselo mientras escucha su dulce respiración y cómo gime mientras la toca. Le mira la cara. Pronto sabrá que es él.

A Tiernan se le escapa un precioso gemido y arquea el cuello hacia atrás mientras empieza a mover las caderas contra su dedo en busca de más. El padre de Kaleb y Noah están durmiendo, y ahora la tiene solo para él.

—Kaleb... —murmura Tiernan, bajando la mano y agarrándole la suya sin quitársela de ahí—. Eres un cabrón.

Sonríe con socarronería. Lo es, y a ella le gusta fingir que le importa, joder. Primero se pelea con él, y al cabo de nada, le suplica que se la meta. Y ahora no lo frenará, porque mientras alguien la folle, Tiernan puede olvidarse de que no es nada.

—Lentamente. —Jadea—. Por favor.

Pero él no le hace caso. Le aparta la mano de la suya y se la acerca al pecho para que se desprenda de la camiseta y se quede desnuda ante él.

Tiernan se sube la camiseta, dejando sus bonitas tetas al aire, y él mira cómo se le mecen mientras ella se frota con su cuerpo. Kaleb se echa hacia atrás, se sienta sobre los talones, sigue acariciándole el clítoris a Tiernan con una mano y baja un poco más los dedos de la otra.

La provoca por el culo. Le frota ese estrecho agujero y ve cómo a ella se le entrecorta la respiración.

—¿Kaleb? —lo llama ella, nerviosa.

Pero él no se detiene. Sigue frotándola sin cesar, le mete la punta del dedo dentro y se la deja ahí mientras le toca el clítoris todavía más rápido. A Tiernan se le contrae su pequeño y cálido culo alrededor del dedo de Kaleb y a él se le hincha dolorosamente la polla, lo cual no hace sino cabrearlo todavía más.

Le mete un dedo en la vagina y luego se humedece los otros para seguir masturbándola sin retirarle el del culo. Al final, ella se acostumbra a esa presión que nota detrás y se relaja; vuelve a ponerse cachonda y a acomodarse mientras se contornea contra las manos de él. Le gusta que la llenen por delante y por detrás.

Cómo no.

Al cabo de poco, Kaleb le hunde el dedo entero detrás y se acomodan a un mismo ritmo mientras Tiernan va acercándose al orgasmo y empieza a llenar el cuarto de gemidos y jadeos.

Él casi flaquea. Baja la vista para mirarla y casi quiere dárselo porque Tiernan es preciosa y le encanta verla sonreír.

Le encanta verla tan ilusionada porque nieva o tan contenta cuando le da de comer a los caballos, y lo bien que se ha sentido cuando lo ha abrazado con fuerza antes en el coche del granero.

Aun así, le quita las manos de debajo de las braguitas rojas y la deja temblando, sin responder a sus gemidos.

—No, por favor —le suplica ella con la voz entrecortada y susurrando—. Ya casi había llegado.

Una pátina de sudor le cubre la frente a Kaleb, que se siente mal de cojones. De todos modos, salta de la cama y la deja ahí tirada.

Hasta aquí, todo bien.

Y, ahora, a por la segunda ronda.

—Kaleb... —le suplica.

Pasa de ella. Se quita los vaqueros, los deja en el suelo y la levanta de la cama. Tiernan se queda de pie, tambaleándose agotada, y él se pone en cuclillas para bajarle las bragas del todo. Tiernan apoya las manos en los hombros de Kaleb para sujetarse mientras saca los pies de la prenda.

—¿Te gusto? —le pregunta casi en un hilillo de voz.

Al oírla, él se detiene.

—¿Aunque sea un poco?

Con lo dulce e inocente que acaba de sonar Tiernan, Kaleb habría pensado que esas preguntas acababa de hacérselas una criatura, de no ser porque tiene el cuerpo de una mujer justo enfrente.

Tiernan traga saliva.

—Pensaba que, en parte, me gustaba que no hablases. —Ella levanta los brazos para quitarse la camiseta por la cabeza mientras Kaleb se levanta—. Porque así puedo soltar lo que quiera y no tengo que oír tu respuesta. A mí tampoco me gusta hablar.

Kaleb se saca un preservativo del bolsillo, lo abre y se lo pone sin desviar la vista hacia Tiernan en ningún momento.

Y ella sigue quieta, de pie.

—Lo único que puedes hacerme es alejarte —murmura y suspira —. Odio que te alejes. —Él vuelve a tirarla en la cama y se coloca encima de ella, evitando el contacto visual—. A veces, odio cómo me miras —le susurra, y él le nota las lágrimas en la voz—. Como si yo no fuera nada.

Kaleb le levanta una rodilla y se cuela en su interior. Empieza hundiéndole la punta y nota cómo Tiernan se va dilatando, acomodándose mientras él se la mete y se la saca hasta hundírsela hasta el fondo. Se coloca encima de ella y se obliga a deshacerse del

placer y de la calidez que le envuelve el cuerpo, y sacándose las palabras de Tiernan de la cabeza.

—Y, a veces... —Lo besa, lo envuelve en un abrazo y encaja la punta de su lengua en la boca de él. A Kaleb se le pone todavía más dura e inhala con fuerza con los dientes apretados—. Yo tampoco sé cómo comunicarme —le confiesa—. Tú y yo nos comunicamos así. Y es el único momento en el que siento que te gusto.

A Kaleb le escuecen los ojos por detrás y la besa con ímpetu, saboreando las lágrimas que acarician las mejillas de Tiernan. La besa por todas partes. Sí que le gusta Tiernan. Lleva queriendo tocarla desde el primer momento en que la vio, y se ha quedado aquí, observándola, mientras ella empezaba a reír y a convertirse en una parte de todos ellos.

Le da un empellón y su torso se amolda al de Tiernan cuando le rodea la cabeza con los brazos y la besa.

—Kaleb... —balbucea ella mientras se le contrae el sexo—. Kaleb. Dios...

Kaleb sabe que Tiernan está a punto de correrse. Y siempre se corre que da gusto. Empieza a menear las caderas más y más rápido porque desea quererla. Quiere dárselo porque Tiernan está hecha para él. Ninguno de los dos sabe cómo dejar que los demás le quieran; aunque no tienen que hablar entre ellos. Se lo dicen así.

Kaleb no saborea a nadie como quiere saborearla a ella. El aroma de Tiernan, el sonido de Tiernan, el tacto de Tiernan... El sabor de Tiernan. Cuando nota a Tiernan envolviéndolo con los brazos se siente como jamás pensó que se sentiría.

Quiere quererla.

Quiere satisfacerla.

Quiere confiar en ella y verla sujetando a su bebé algún día.

La embiste despacio mientras se pregunta cómo deben de habérselo hecho ellos. Qué palabras debe de haberles susurrado ella estando en la cama de los otros dos.

Satisfacer a Tiernan no es difícil.

Y mientras algunas imágenes de su padre y de su hermano con ella esta noche le atraviesan la mente, se acuerda de que...

Las mujeres a las que él quiere se olvidan de él.

Kaleb se detiene mientras Tiernan gime y tiembla con un segundo orgasmo que la sacude de arriba abajo. Aun así, él pierde fuerza y se separa, dejando que ella vuelva a bajar de esa nube.

—No —dice Tiernan, exhalando—. Por favor... Kaleb, ¿qué haces?

Capítulo veintisiete

Tiernan

Se levanta, me coge y me da la vuelta. Me envuelve la muñeca con algo y tengo claro lo que es antes incluso de mirar.

La correa que me regaló por mi cumpleaños y que tenía en la mesita de noche. La coge, me la ajusta bien alrededor de la muñeca y la ata al cabezal de hierro forjado que tengo justo encima.

«Ay, mierda». Tira de ella para levantarme y a mí no me queda más remedio que sujetarme con ambas manos a las barras del cabezal mientras él me ata bien allí.

Me separa las rodillas con fuerza.

—Kaleb —protesto.

Noto cómo me resbalan los fluidos por el muslo y me arde el cuerpo entero. Tiemblo. ¿Qué hace?

Me agarra con brío por las caderas y vuelve a acercarme a él con brusquedad antes de apresurarse a meterme la polla dentro. Cierro los ojos con fuerza y las lágrimas amenazan con saltarme de la brutalidad con la que casi me perfora. Esto no me gusta.

—Kaleb...

Lo llamo, pero no sé qué quiero decir, y todo me da vueltas.

Me folla con duros golpes de cadera por detrás mientras yo me agarro al cabezal y el pelo me rebota en la espalda.

Me hunde la mano en la melena para sujetarme por el cuero cabelludo y se me corta la respiración un segundo. Solo oigo el ruido de mi piel chocando contra la suya mientras él cierra los puños con fruición y hace que me duela todo el cuerpo.

—Kaleb, para.

Me empuja un poco hacia abajo para que mi culo quede más en pompa mientras me suelta el pelo y me pasa la mano por delante para acariciarme los pechos a la vez que me clava los dientes en el cuello.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos y, por un segundo, todo cuanto puedo hacer yo es aguantarme mientras él sigue embistiéndome más deprisa y con más rudeza.

Aunque me la mete demasiado hondo. Me hace daño.

Está yendo a por todas. Follándome como si yo no fuera nada.

—Kaleb, para.

Pero no me oye. Me pega una sonora bofetada y empieza a respirar con pesadez. Ahogo un grito porque la correa se me está clavando en la piel.

—¡Para! —grito.

Consigo ensanchar el hueco de la correa, saco la mano, me giro y lo golpeo tantas veces que pierdo la cuenta. Echo a llorar y salto de la cama. Su expresión es pura rabia. Desnuda, salgo corriendo del cuarto. Me pilla y tira de mí hacia él otra vez, pero yo le pego un sopapo con todas mis fuerzas y me meto corriendo en la habitación de Noah antes de cerrar con pestillo.

Kaleb aporrea la puerta de madera y oigo que Noah se mueve en la cama.

—¿Qué coño...?

Me alejo de la puerta porque creo que Kaleb la echará abajo, pero...

No lo hace. Intento recuperar la respiración, pero empiezan a cederme las rodillas.

—¿Tiernan? —pregunta Noah.

Subo a su cama y vuelvo a empujarlo contra el colchón antes de hacerle la cucharita desde atrás. Lo abrazo tan fuerte como puedo.

—Sigue durmiendo —musito, intentando contener las lágrimas.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada. —Le hundo la cara en la espalda. Su cálida piel huele a mi gel de ducha, ese que siempre me roba—. Solo déjame abrazarte.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta, e intenta darse la vuelta, aunque no le dejo—. Sé sincera.

No me salen las palabras. Simplemente niego con la cabeza. «Quien se hace daño a sí misma soy yo». Pensaba que era real. Que lo que hemos tenido durante no sé cuánto rato era real.

Me odia. Eso no era amor.

Kaleb no vuelve al cuarto de Noah, y creo que, en algún momento, lo oigo subir las escaleras. Al cabo de poco, se me tranquiliza la respiración y las lágrimas remiten. Y Noah se queda aquí y permite que lo abrace.

Vuelvo a envolverlo con fuerza.

No entiendo qué pasa. Primero me quiere y al cabo de nada se deshace de mí. Es amable y luego horrible. Vulnerable y abominable.

Me comparte con Noah y luego se vuelve posesivo. ¿Qué quiere?

—Estaba con mamá —me cuenta Noah, rompiendo el silencio.

Abro los ojos y noto cómo su voz reverbera en mi cuerpo.

—Era un día lluvioso de primavera, y también había un tío con el que mi madre se había ido escabullendo —prosigue Noah—. Fueron a comprar, o eso le dijo ella a mi padre. En lugar de eso, llegaron a una narcocasa que hay perdida por algún camino de tierra y dejó a Kaleb en el coche. Cerró con llave y dijo que volvería pronto. —Guarda silencio un segundo y luego continúa—: Entró en esa casa y esa parada momentánea se convirtió en una fiesta. Acabó colocada,

perdió la noción del tiempo y se quedó dormida allí mismo. —Es la segunda vez que Noah menciona a su madre. Cuando todo eso ocurrió, él debía de ser un niño—. Los minutos se convirtieron en horas y Kaleb seguía solo en el coche; no había nadie cerca que pudiera oírlo gritar o llorar. Y las horas se convirtieron en días. —Cierro los ojos. No quiero saber cómo sigue la historia—. En el coche no había comida y las gotas que se colaban por el techo cuando llovía eran la única agua que tenía Kaleb.

Intento no visualizarlo, pero la imagen de un niño pequeño solo, con frío y hambre se agolpa en mi mente. En su día, Kaleb fue un niño. Y en ese instante, estaba indefenso.

—En algún momento se quedó sin voz de tanto gritar —continúa contándome Noah—. Pero cuando mi padre lo encontró, ni lloraba ni gritaba. Ya no. Solo estaba sentado en su asiento, sucio porque se lo había hecho todo encima y con la vista perdida en la lejanía; tanto que apenas se dio cuenta de que por fin alguien había abierto la puerta.

—¿Cuánto? —le pregunto—. ¿Cuánto tiempo estuvo así?

Noah tarda un segundo en responder.

—Cuatro días.

Se me desdibuja la expresión y me resbala una lágrima.

—Se le desconectó algo en el cerebro —prosigue Noah—. ¿Qué se te pasa por la mente cuando te ocurre algo así? ¿Cuando un día se convierte en dos y dos se convierten en tres? A la edad de cuatro años. Y no puedes salir. Y no sabes qué hacer para ayudarte a ti mismo. Cuando te estás muriendo de hambre. Y tienes frío. Y estás solo. Y no puedes defenderte. Y no sabes cuándo vendrá alguien a ayudarte...

Por un segundo, lo voy procesando todo mentalmente en un intento de imaginarme lo largas que se le deben de haber hecho las

horas a ese niño de cuatro años. Los minutos, cargados de miedo, deben de parecer horas. Y las horas, cargadas de miedo, deben de parecer una eternidad.

—Debió de tener la sensación de que lo habían enterrado vivo —añade Noah—. Los médicos dicen que se rindió. Que levantó un muro, y con los años, no hablar se convirtió en la forma de mantener el control cuando, durante esos cuatro días en el coche, no pudo controlar nada. Que su voz era lo único que no podía exigirle nadie. Era su forma de castigar a los demás. Su forma de hacer que todo el mundo compartiese su dolor.

Las lágrimas se me amontonan en la garganta. Sí, ya sé cómo va todo esto. Yo misma me privé de cualquier cosa que me hiciese sentir bien porque no podía soltarlo. No podía caer en el olvido.

Kaleb lleva toda su vida castigando al mundo entero; casi como yo. Por desgracia, el mundo sigue girando, y al final lo único que haces es castigarte a ti mismo.

—No llores por él —susurra Noah finalmente—. Y menos en su presencia.

Minutos más tarde, Noah vuelve a quedarse dormido. Y yo continúo tumbada durante no sé cuánto tiempo, pensando en lo que acaba de contarme.

Kaleb casi murió. Despacio. Dolorosamente. Pasar por algo así tiene que ser una pesadilla para cualquier persona, tenga la edad que tenga. ¿Hasta qué punto debe acordarse de lo sucedido?

Espero que no se acuerde de mucho.

Aunque eso lo cambió. Se encerró en sí mismo y no volvió a confiar en nadie nunca más. Por eso no habla. No es que lo haga necesariamente por despecho. Es que no quiere volver a abrirse ni un poquito con nadie más; nunca. Porque *gente* es sinónimo de *dolor*.

Incluso puede que ya se le haya hasta olvidado cómo hablar. Para empezar, tampoco es que los niños de cuatro años sepan pronunciar largos discursos. A fin de cuentas, no se puede perder una habilidad que nunca se ha tenido.

Y es algo que hirió a toda la familia. Si su madre lleva tanto tiempo en la cárcel, debe de ser por otros motivos; aunque para ellos es como si estuviese muerta. Jake tuvo que criar a dos hijos completamente solo, sin la ayuda que Kaleb necesitaba. Y, en el fondo, Noah nunca ha llegado a conocer a su hermano; nunca ha sabido cómo habría podido ser Kaleb. Han estado siempre los tres solos y, en algún momento durante el tiempo que llevo yo aquí, los cuatro hemos aprendido a cuidarnos mutuamente, aunque yo también he abierto otra brecha en todo esto. Kaleb no sabía cómo lidiar con tener que vivir con otra mujer en casa y, cuando lo intentó, los límites se desdibujaron que flipas. ¿Cómo encajaba yo en la ecuación? ¿Era su prima? ¿Su amiga? ¿El ligue de su hermano?

¿El suyo?

Separo los brazos de Noah y cuelgo las piernas por el borde de la cama. Me siento y empiezo a asimilar el peso de mi papel en todo esto. No actúa bien. Esta noche no me ha tratado bien. Yo también estoy confundida. Yo también estoy cometiendo errores.

Sin embargo, no pretendo hacerle daño. Y lo único que tengo clarísimo es que puedo estar ahí para él. Quizá, con el tiempo, confiará en mí como una amiga.

O como mínimo, por lo menos confiará en mí como alguien que se preocupa por él.

Me levanto. Miro el reloj y compruebo que son las cuatro de la madrugada pasadas. Cojo una camiseta del cesto donde tiene Noah la ropa limpia y que nunca guarda donde corresponde y me la pongo. Salgo de la habitación, cierro la puerta y voy hacia la ducha.

No obstante, cuando abro la puerta del baño, me doy cuenta de que está lleno de vaho. El grifo de la ducha está abierto y me encuentro a Kaleb sentado en el borde de la bañera. El corazón me empieza a latir con fuerza otra vez y me detengo.

Aún lleva los vaqueros puestos y está en silencio, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada. No levanta la vista.

Casi me giro y me voy. Necesito espacio. Kaleb necesita espacio. Al menos, por ahora.

Pero no lo hago. Entro y cierro la puerta.

Camino despacio y me coloco delante de él. Y espero. Igual espero a que sea él quien haga algo o que estalle y salga cabreado por la puerta, pero es que todavía me quedan unos cuantos meses así. No puede escaquearse y evitarme siempre.

Cuando veo que no hace gesto de marcharse, alargo el brazo y le acaricio con dulzura su oscuro y suave pelo.

Enseguida lo agarra con la mano y apoya la cabeza.

Exhalo.

Me arrodillo, me acerco a él, le rodeo la cintura y le apoyo la cabeza en el pecho para abrazarlo. Ojalá supiera qué quiere. Ojalá confiara en él y ojalá él confiara en mí.

Es mejor empezar por una amistad. ¿Podemos volver atrás en el tiempo?

Cuelga los brazos a los costados y permite que lo abrace, aunque no me devuelve el gesto. Lo suelto y le dejo el espacio que necesita.

Levanto la vista hacia él, pero Kaleb no me mira a los ojos. Me agarra la camiseta y se la queda mirando. La camiseta de Noah.

—No pasa nada —le digo midiendo mis palabras—. No he hecho nada con Noah. —Le acaricio los brazos con las manos—. No estoy intentando...

Le cojo la mano derecha con la mía y me doy cuenta de que está sujetando algo. Me detengo, le levanto la mano y cojo ese trozo de madera que tiene en el puño.

—¿Qué es? —le pregunto.

Aunque no tardo ni un segundo en darme cuenta de qué es.

Es la pata azul-verdoso de mi cómoda; la que pinté con un toque dorado. La giro y el corazón me late con tanta fuerza que incluso noto una fría pátina de sudor en la frente.

—¿Qué ha pasado? —Levanto la vista hacia él de golpe y empiezo a respirar con pesadez—. ¿Qué has hecho?

Las lágrimas se me amontonan en los ojos. Suelto la pata del mueble y echo a correr hacia la puerta. «No». Salgo corriendo del baño y me dirijo al piso de abajo. Una punzada de enfado y dolor se me arremolina en el estómago mientras voy hacia el taller a toda prisa. El gélido aire me azota porque las compuertas están abiertas. Bajo las escaleras, entro en el taller y me doy la vuelta frenéticamente en busca de la cómoda. Mi primera pieza. La que él mismo me ayudó a diseñar.

Ya no está aquí. Y entonces descubro que, en el exterior, en la entrada cubierta de nieve, hay un barril al que ha prendido fuego y de donde sobresalen los restos de la madera de colores que yo misma pinté. Están ardiendo.

Me llevo las manos a la cabeza y todo se vuelve borroso ante mí. Tiemblo y sollozo en silencio.

«No».

Me quedo de pie en la puerta y voy viendo cómo las chispas del fuego bailotean por la oscura noche y que lo que quedaba de mi pieza se va deteriorando a toda velocidad dentro de ese barril. El pelo se agita por mi cara y me cubro los ojos con las manos, incapaz de mirar.

Aunque, mentalmente, no hago más que visualizar mis absurdos dibujos de niña pequeña en la basura.

«Serás estúpida...». Lloro con la cara hundida en las manos.

Oigo crujir las escaleras a mi espalda y aprieto los dientes porque me han entrado ganas de matarlo. De hacerle daño. ¿Por qué lo ha hecho?

Me doy la vuelta, descalza, voy hacia la pared donde tienen un montón de tubos y pillo uno. Cuando me giro, me encuentro a Kaleb cerca. Levanto el tubo como si fuera un bate de béisbol y lo fulmino con la mirada, dispuesta a matarlo. Estoy harta. Ya no aguanto más.

Me doy impulso pero, en lugar de estampárselo contra la cabeza, empotro el maldito tubo de acero en la estantería de libros que he terminado hoy. El lateral se quiebra, cede, y estallo. La rabia se adueña de mí y me cargo la maldita pieza, golpeándola con el tubo con todas mis fuerzas tanto por los laterales como por la parte superior. Luego, hago lo mismo con el escritorio que empecé a reparar hace unos días.

—¡No puedes hacerme daño! —grito—. ¡No puedes arrebatarme nada! Me da igual todo. ¡No valgo nada! —gruño cargándome todo lo que yo misma he hecho y pegando golpes a los muebles con las mismas ganas que tengo de dárselos a él.

Hasta aquí hemos llegado. Ahora ya sabe que no puede hacerme nada, joder. Que nadie puede hacerme nada. Ya nadie tiene ese poder. No me importa nadie.

Lloro y oculto el sonido con otro gruñido. «Nadie».

«Soy más fuerte que tú. No puedes hacerme nada».

—¿Qué narices pasa aquí? —oigo que grita alguien—. ¿Qué cojones es todo esto?

Alguien me agarra y me arranca de las manos el tubo. Me giro enfadada y me topo con Jake. Lleva la camisa abierta y va descalzo.

Noah mira la escena desde la puerta, aterrado.

Jake alterna la vista entre su hijo y yo, respirando con pesadez.

Kaleb me aguanta la mirada un segundo y veo cómo le late el pulso con fuerza a la altura del cuello. Aun así, se gira, coge la ropa de la secadora y acaba de vestirse. Ni siquiera se ata las botas antes de ponerse la chaqueta, coger su mochila ya llena de provisiones e ir hacia la puerta.

—Un momento. ¿Qué coño está pasando? —pregunta Jake pillando a su hijo por banda.

Kaleb se zafa de su mano de un tirón y sigue andando.

—¡Tú no te vas a ninguna parte con este tiempo! —le grita Jake.

Kaleb se detiene, se gira y me mira. Sus ojos titubean un momento, como si estuviese arrepentido, o a saber qué leches piensa, y por un segundo, creo que va a volver.

Pero se limita a aguantarme la mirada con la mano en el pecho y se da un par de golpes justo ahí.

No tengo ni idea de lo que significa, pero me importa una puta mierda.

Da media vuelta sin perder ni un segundo más y desaparece en la fría noche.

Capítulo veintiocho

Tiernan

Le pego un mordisco a la tostada que tengo entre los dedos mientras abro el libro encima de la mesa. Me están mirando fijamente y me arden las mejillas; aun así, evito el contacto visual mientras voy tomando apuntes en la libreta.

Doy otro mordisco.

—¿Estás bien? —me pregunta Jake.

Giro la libreta de lado y acabo de escribir la frase.

—Sí —respondo.

Fuera sopla el viento y la nieve azota las ventanas. Ya nos hemos ocupado de los animales, pero hoy tampoco haremos mucho más en el exterior. Estamos a unos veinte grados bajo cero.

—Que sí, dice —suelta Noah—. Igual que toda la semana, que llevas repitiendo que estás bien y, aun así, casi ni nos hablas.

La culpabilidad se adueña de mí y se me olvida lo que estaba escribiendo. Tardo un segundo en acordarme de la palabra que estaba deletreando y prosigo.

Noah no se merece que lo ignore. Y, en el fondo, Jake tampoco.

Pero es que me duele. No tengo muy claro qué me duele ni por qué, pero estoy enfadada y no puedo fingir lo contrario. Esa noche, Jake salió detrás de Kaleb y yo me fui directa a la ducha, que Kaleb había dejado abierta. Me quedé media hora ahí sentada hasta que paré de temblar y de llorar.

De todos modos, cuando Jake regresó, lo hizo solo. No he vuelto a llorar desde entonces. Y tampoco hemos vuelto a ver a Kaleb.

—Siento que quemara tu mueble —me dice Jake, con una taza de café en la mano.

Yo me limito a encogerme de hombros y respondo:

—Da igual. Tampoco es que fuera a llevarme la cómoda conmigo en abril.

—¿En abril? —pregunta Noah, y oigo cómo se mueve en la silla—. La uni no empieza hasta agosto.

—Pronto terminaré los trabajos del insti —les cuento sin levantar la vista—. Y en cuanto hayan limpiado las carreteras, regresaré a casa.

Tengo dieciocho años, soy independiente a nivel económico y aquí no pinto nada. ¿Por qué debería quedarme?

Me percato de que Jake se inclina hacia mí, tenso.

—Ya estás en casa.

Me arden los ojos y aprieto la mandíbula para evitar que me traicionen las emociones y dejen entrever que me gusta lo que me ha dicho.

—Te queremos —añade.

Aun así, río entre dientes.

—¿Qué pensabais? —los interrogo sin dejar de escribir—. ¿Que iría saltando de una cama a la otra cada noche durante el resto de mi vida como si no estuviésemos todos locos de remate? La idea nunca ha sido quedarme.

¿Qué pensaba Jake que iba a ocurrir? ¿Que me casaría con uno de ellos? ¿Que viviría aquí, en el quinto pino, y pariría hijos de los tres?

¿O que volveríamos a ser una familia y punto? Tío, primos y sobrina. ¿Y qué? ¿Traería aquí a mi marido algún día sin que el pobre chaval supiera que me había tirado a todo lo que se movía en esta casa?

¿Cómo creía Jake que terminaría todo esto?

—Habríamos parado —me dice—. Kaleb está enamorado de ti.

—Kaleb... —Se me escapa una risa—. Kaleb es un animal. Me sorprendería que se acordase siquiera del color de mis ojos. Al igual que con cualquier otra tía, lo único que le interesa de mí es lo que tengo ahí abajo. Es para lo único que le importo.

Termino de escribir la frase.

—No estaba bien —dice Jake mirándome mientras Noah se sienta en silencio delante de mí—. Y su forma de comunicarse es perdiendo el control. La pifió, sí, pero estaba herido. La única mujer a la que ha querido en toda su vida se olvidó de él. Y casi lo mató. —Guarda silencio un segundo—. Está enamorado de ti, Tiernan. Estaba celoso.

Las lágrimas se me van amontonando en los ojos y me duele la garganta de tanto contener los sollozos. Quiero negar con la cabeza. Quiero gritar y decirles que da igual. Que Kaleb no puede tratar así a la gente y que la forma en que se comunica es cosa suya y de nadie más. ¿Qué pasa, que tengo que leerle la mente cada vez que cambie de opinión? Este chico no es humano. Es un oso. Y no tiene ni puta idea de querer a la gente.

Me enderezo, cierro el libro de mala manera y recojo las cosas mientras me levanto. Cruzo la cocina y me apresuro a deshacerme de todos mis pensamientos mientras salgo de aquí.

—Tiernan —me llama Jake.

Me detengo. Dudo un instante y, a continuación, giro la cabeza.

Me mira desde la silla donde está sentado y me dice:

—Cuando Kaleb dejó de hablar, intenté enseñarle lengua de signos —me cuenta—. Todavía recuerdo algunas cosas.

Se lleva la mano al pecho y se da un par de golpes justo ahí, imitando el gesto que hizo Kaleb antes de marcharse la semana pasada.

—Esto... significa *mío* —sentencia.



El aliento se me escapa en una pequeña nube que se forma en la boca. Se ve el pico a lo lejos. La vista es muy parecida a la del primer día que salí a este balcón en agosto; sin embargo, también ha cambiado muchísimo.

El frío me atraviesa el gorro blanco de punto que llevo puesto y, con una taza de chocolate caliente en las manos, me arrebujo con la manta de cuadros escoceses marrones que me envió Mirai en otoño y me abrazo a mí misma.

Me castañetean los dientes. El viento que sopla está por debajo de los veinte grados bajo cero.

Y, por un segundo, bajo la guardia y me pongo a divagar. ¿Dónde se encontrará?

Con la vista puesta a lo lejos, me fijo en los árboles cubiertos de nieve que van desde aquí hasta el precioso y desolado pico, también nevado. Frío y solitario.

Solo pudo haber tomado dos caminos. Uno que lo llevase a adentrarse todavía más por el bosque hasta llegar a la cabaña de pesca que tienen u otro que lo condujese hasta el pueblo.

Y Kaleb odia el pueblo.

El gélido aire de invierno me abrasa los labios. Como la temperatura baje otros once grados, en quince minutos ya se habrá congelado todo. Me deleito notando el calor que desprende la taza; sin embargo, por más fuerte que la sujete, la sangre me corre fría por las venas y me cuesta mover los dedos.

Intento quedarme aquí fuera un rato más para sentir lo que debe de estar sintiendo él, allá donde esté, pero hace demasiado frío. Me encanta la nieve; no obstante, cuando la temperatura alcanza niveles tan bajos, ya no me hace tanta gracia. Me giro y la nieve que hay en el balcón cruje bajo mis zapatillas de suela gruesa.

Corro la puerta de cristal. Me descalzo con los pies justo al entrar en mi cuarto y cierro la puerta con pestillo. Tengo la chimenea encendida y la leña crepita a mi derecha.

Echo a andar hacia la cama y cojo la almohada para oler la funda. Huele a detergente. Lavé las sábanas en cuanto Kaleb se hubo marchado, pero, aun así, todavía seguían oliendo un poco a él. Ahora ya no.

Suelto la almohada con fuerza, dejo la manta en la cama, me quito el gorro y permanezco unos tres segundos aquí plantada antes de que mis piernas tomen la iniciativa. Salgo del cuarto, cruzo el pasillo y arrastro un poco los pies para desaparecer a continuación por las escaleras que llevan a la habitación de Kaleb. Aún son las tres de la tarde. Dada la ausencia de Kaleb y a pesar de la tensa conversación que hemos mantenido esta mañana mientras desayunábamos, Jake y Noah están trabajando codo con codo y felizmente en el taller. ¿Cómo puede ser que no estén preocupados? Yo estoy cabreada con él, pero estamos en invierno. Podría morirse ahí afuera. ¿Y si ni siquiera llegó a la cabaña?

Giro el pomo y abro la puerta de su cuarto. Está todo a oscuras y la única luz que ilumina la habitación es la que se cuela a través de las ventanas. Entro.

Cierro los ojos e inhalo su olor. Me da todo vueltas y me siento un tanto mareada. ¿Por qué no puede ocurrirme lo mismo con el olor de Noah? Estaría tan contento de tenerme entre sus brazos esta

noche... Se ha esmerado en que no sea demasiado evidente, pero sé que quiere abrazarme. Que quiere que lo mire.

Me adentro un poco más en el cuarto, me acerco a la cama y cojo una de las almohadas de Kaleb. Tiene las sábanas arrugadas y una manta que le cuelga de la cama y casi le cae al suelo. Me acerco la almohada a la nariz y el frío glacial de la funda hace que me estremezca antes de que pueda oler su aroma siquiera.

Inhalo, y al principio no noto nada; después, sin embargo, es como si siguiera aquí. Sigue aquí. El olor a árboles y a cardos; a madera y a cuero. Y a algo más. A algo que solo aprecias cuando le hundes la cara en el cuello. Una ola de calor se agolpa en mi estómago; flaqueo y me siento en la cama.

Hace frío. Y está todo a oscuras y lleno de polvo. La chimenea está negra de haber acumulado años de ceniza y, a pesar de que se marchó sin coger nada (al menos, que yo viera), el lugar respira un aire a abandonado.

Echo a andar hacia la pared de la otra punta. Me planto delante del ventanal y me quedo con la vista puesta en el bosque, en aquel precioso paisaje que tanta paz aporta.

Sigo enfadada.

Pero si ahora mismo cruzase la puerta y me dijera que hiciésemos las paces, yo seguramente cedería y me contentaría con cualquier migaja que me ofreciera. Kaleb saldría ganando.

Ya lo está haciendo ahora mismo. Hace una semana y yo ya vuelvo a estar en el mismo punto en el que estaba cuando vine aquí por primera vez. Sintiéndome infeliz, porque...

Porque mi valía se calcula solo en función del hecho de que alguien me quiera.

Igual que les ocurre a ellos.

Se me secan las lágrimas que llevan haciendo que me escuezan los ojos toda la semana. Tomo una profunda y larga bocanada de aire, lo suelto todo y dejo que el peso que notaba en los hombros también desaparezca.

Puedo con todo esto. Quiero vivir.

Me doy la vuelta, salgo de la habitación y echo una última ojeada al cuarto antes de cerrar la puerta.

Y entonces bajo las escaleras, entro en el taller, subo el volumen de la música que están escuchando los chicos y me dispongo a trabajar en un armario.

Noah me sonríe. Me pongo las gafas de trabajo y seguimos todos manos a la obra.

Capítulo veintinueve

Tiernan

Giro el manillar, doy marcha atrás y la rueda de atrás resbala bajo mi peso y dibuja una semicircunferencia en la nieve. Me siento, pongo las botas en los pedales y salgo disparada hacia la carretera, llena de sal, mientras las nubes van cubriendo el cielo.

Me encanta este tiempo. Estamos a seis grados bajo cero y, a pesar de que diciembre y enero fueron un par de meses duros, no me costó demasiado adaptarme. Ahora ya casi salgo fuera sin chaquetón.

No tengo muy claro a qué día estamos, pero sé que es febrero. Creo.

Freno en la puerta del taller, me quito el casco y lo cuelgo en el manillar mientras bajo de la moto.

—¡Cómo mola! —le digo a Jake.

—¿Quieres una?

Sonrío y lo miro mientras se limpia la grasa de las manos.

—Igual mejor algo que pueda conducir legalmente.

Sacude la cabeza y yo me inclino sobre la lavadora para quitarme las botas. Se me está descosiendo el puño de mi precioso jersey Aran Islands y me cuelga un hilo de lana por la mano. Sin embargo, estoy contenta porque ahora sé que la ropa que tengo la he amortizado bien; me la he puesto durante horas y días mientras hacía cosas que me encantan.

En el taller hay cinco muebles: dos mesitas auxiliares, un cabezal, otra cómoda y el armario. Podría haber terminado más en los

últimos dos meses, pero ya he hecho todos los trabajos del instituto, he rellenado las solicitudes de la universidad y he intentado cocinar un montón de recetas nuevas antes de que la comida se pusiera pocha del todo.

Eso sí: aún faltan, como mínimo, unas ocho semanas más para que pueda probar una manzana fresca y crujiente. Me muero de ganas de bajar al pueblo.

Aunque hay días en los que preferiría que la nieve no se derritiese nunca.

Tengo las uñas llenas de mugre y no me maquillo nunca porque, como me paso el rato fuera, mis mejillas adoptan un tono rosado natural.

Jake deja el trapo y me mira.

—No tiene por qué ser estrictamente legal si únicamente la conduces aquí —señala.

Lo miro a los ojos pero me inclino para sacar la ropa de la secadora.

—Cuando vengas a visitarnos, digo.

Asiento, pero sigo sin mirarlo. Ya sé qué quiere. Le encantaría que me quedase, pero está dispuesto a aceptar que me marche siempre y cuando prometa que volveré cuando tenga vacaciones.

Está dando por supuesto que me he tranquilizado y que me quedaré a pasar el verano.

Pero no puedo. Puede que Kaleb no haya vuelto aún a casa por mi culpa. Igual regresará cuando me marche.

No respondo. Dejo la ropa limpia sobre la secadora, meto la mojada dentro y subo las escaleras de casa con brío.

Me soplo las manos, me las froto y facilito que el fuego de la chimenea caliente la sala. Les pongo agua y comida nueva a los perros sin poder dejar de sentirme culpable. No quiero hacer caso

omiso de lo que quiere Jake, pero todavía me quedan dos meses. Por lo menos.

No hace falta que me preocupe ya por tener que abandonarlos.

Claro que parece que fuera ayer cuando dije exactamente lo mismo en diciembre.

Cruzo el salón y voy hacia las escaleras, pero alguien abre la puerta principal tras de mí. Me giro y veo que entra Noah. Se da unos golpecitos en los pies para deshacerse de la nieve de las botas y se quita el gorro y los guantes de trabajo.

Levanta la vista y lo miro a los ojos.

Sonríe pícaro y a mí se me detiene un segundo el corazón.

«No».

Ahogo un chillido y subo las escaleras a toda prisa. Oigo que él hace lo mismo y se pone a perseguirme. Grito y, cuando pasa por mi lado, le agarro el brazo. Trastabillamos y reímos mientras corremos hacia la ducha.

—¡Yo primero! —grito.

Nos dirigimos hacia el baño a toda prisa y nos empotramos contra la puerta antes de entrar a trompicones. Caigo al suelo y, a continuación, cae Noah, que me agarra las piernas para impedir que pueda levantarme. Le doy una patada entre gritos y risas, y levanto el brazo para cogerme al lavamanos y poder levantarme.

Voy directa hacia la ducha, pero él se pone en pie y me empotra el cuerpo para bloquearme el paso.

Al notar cómo me envuelven su aliento y su calor, me da un vuelco el estómago.

Por un segundo, todo se sume en un fuerte silencio y dejamos de reír.

Está inclinado sobre mí y se le agita el pecho, pegado al mío, al respirar. La ropa le huele a fuego porque ha hecho una hoguera

fuera.

Le noto la polla por encima de la ropa y entro en tensión.

—Dúchate tú primero —le digo—. Tiene pinta de que has de ocuparte de algo.

Intento echarme a un lado, pero Noah me detiene.

—Dirás que *tú* tienes que ocuparte de algo.

Me mira y noto todo el calor que le emana del cuerpo. Si no hace nada es única y exclusivamente por mí.

—¿Lo quieres? —me pregunta—. Porque, si no lo quieres, métete en la ducha conmigo porque el cuerpo me lo está pidiendo a gritos.

Me quedo inmóvil.

Igual debería. Me sentiría bien.

A fin de cuentas, si Kaleb se ha ido lejos de aquí, por algo será. Igual es porque no piensa volver hasta que yo me haya marchado y así no tener que verme. O tal vez sea porque sabe que, llegados a este punto, no puede regresar y esperar que yo no haya hecho nada con nadie teniendo en cuenta la de tiempo que se ha pasado fuera, y menos aún en una casa como esta, llena de tíos con los que ya me he enrollado.

Todo el mundo quiere que pase.

Aun así, cuando Noah se me acerca, le coloco las manos en el pecho y le digo:

—No.

Sacudo la cabeza y lo mantengo alejado de mí.

—¿Lo quieres? —pregunta.

—No lo sé —contesto arrugando la frente.

«Aunque sé que no te quiero a ti». Al menos, no igual.

Noah necesita muchísimo más a su hermano que a mí. Y yo no pretendo interponerme.

—No utilices toda el agua caliente —le digo antes de salir del baño.

Bajo las escaleras y hago ademán de entrar en la cocina para comprobar cómo va el guiso que he dejado cociéndose a fuego lento. Sin embargo, oigo un sutil ruido y levanto la vista. Jake está al teléfono.

—¡Como no le pases la llamada, te juro que la saco de ahí por vía aérea!

—Hostia puta —se queja Jake apartándose el aparato de la oreja y fulminándome con la mirada—. Tiernan...

Me tira el móvil mientras sigue aguantando el café con la otra mano.

—No quiero que esta mujer vuelva a llamarme nunca más —me advierte—. Cógele las llamadas.

¿Qué?

Me acerco el teléfono a la oreja.

—¿«Esta mujer»? —repite Mirai con desdén—. Pero ¿de qué va? Será salvaje...

—Hey.

—Hola —me saluda al darse cuenta de que soy yo—. Felices fiestas, Tiernan.

Dibujo una mueca.

—Ya, sí... Lo siento.

Nos hemos pasado los últimos diez días comunicándonos estrictamente por mensaje de texto o *e-mail* y, a pesar de que Mirai me ha llamado, yo no le he cogido el teléfono. No me apetecía hablar. Con los mensajes de texto podemos comentar lo que haga falta rápidamente sin tener que intentar inventarnos mierdas varias para alargar la conversación.

—Tiernan...

—Lo siento muchísimo —repito—. He estado...

—Haciendo la tuya —acaba la frase por mí—. Lo entiendo. Pero no puedes deshacerte de mí, ¿vale?

—Ya lo sé. —Me apoyo en la encimera mientras Jake se aparta y se pone a rebuscar por la nevera intentando fingir que no está husmeando—. Recibiste mi regalo, ¿no?

Se le escapa una risa.

—Sí. Muy generoso. ¿Era una forma de decirme que necesito unas vacaciones?

—O un ligue —bromeo—. Un lío alocado, sexi y pasional con algún hombre. U hombres.

Jake gira la cabeza y me mira por encima del hombro.

Le compré un viaje a las Fiyi a Mirai. Para ella y un acompañante.

—¿Y tú qué sabes? —pregunta Mirai y vuelve a reír.

—¿Está buena? —pregunta Jake en un susurro.

Lo miro. De repente, la exasperación ya le ha desaparecido del rostro. Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, ¿eres feliz? —pregunta ella.

Noah enciende la música en el piso de arriba; Jake levanta la tapa del guiso y mete la cuchara para probarlo. Hoy me harán ver *Starship Troopers(Las brigadas del espacio)* por primera vez en mi vida. Estoy en una casa con calefacción, bien alimentada, y me quieren.

No me falta nada de lo que pueda necesitar.

Aun así, bajo la vista y murmuro:

—Casi.

Charlamos un poco y Mirai me cuenta que el señor Eesuola se puso en contacto con ella para explicarle lo de los chismes y consiguieron que el periódico se retractara en otro artículo; también despidieron al periodista que escribió todo eso. Con un poco de

suerte, este caso servirá de ejemplo y a la gente le quedará claro que no pienso tolerar que se rumoreen cosas acerca de mis padres nunca más.

Cuando colgamos, le echo una ojeada a la cena y añado las patatas que he pelado por la mañana.

Me lavo las manos, desvío la vista a través de la ventana y me fijo en que la nieve que hay alrededor de la entrada está empezando a derretirse. Aún llegarán unas cuantas tormentas de nieve más, pero ha estado bien tener un poco de tregua en los últimos días; estaba siendo un invierno duro.

Me inclino un poco y miro hacia el cielo. Parece que las nubes vengan cargadas. «Ya va a volver a nevar».

Noto a Jake detrás de mí. Me baja la mirada hacia los labios en un gesto íntimo.

Da un paso hacia atrás.

—Perdona.

—No pasa nada.

No hemos vuelto a estar juntos desde antes del incendio. Desde que Kaleb se marchó, he dormido sola todas las noches.

Me seco las manos mientras él le da un sorbo al café.

—Se avecina otra tormenta —señala.

Asiento y miro a lo lejos, más allá de los árboles. Está empezando a oscurecer.

—¿Se había marchado tanto tiempo alguna vez?

Detesto preguntárselo, pero no ha habido día en el que no haya querido hacerlo. Ya hace más de dos meses. ¿No habrá celebrado la Navidad alguna otra vez? ¿Se habrá quedado tanto tiempo fuera de casa?

—No —responde Jake finalmente.

—¿Y no te preocupa?

Guarda silencio un momento y luego manifiesta en voz baja:

—No pienso llevarte al bosque en invierno. Y no podemos dejarte aquí sola. Si no ha regresado cuando tú te hayas ido, saldré a buscarlo.

Cuando me haya ido...

Y entonces caigo por primera vez. Puede que no vuelva a ver a Kaleb.

—Tiernan, quiero que te lleves a Noah cuando te marches —me pide.

Me giro.

—¿Y tú?

¿Está cediendo? Noah se muere por largarse de aquí. ¿En qué momento ha aceptado Jake la situación?

Y con Kaleb fuera, además. Si me llevo a Noah, Jake se quedará solo.

Él se limita a mirarme con una sonrisa de medio lado y llena de resignación en los labios.

—Me las arreglaré —contesta.

Me escuecen los ojos y pestañeo. No quiero que Jake se quede aquí solo. Si Kaleb ha sobrevivido ahí fuera durante tanto tiempo, puede que ya no vuelva nunca más. E imaginarme a Jake completamente solo el invierno que viene, alrededor de estas fechas... me duele.

Me pongo de puntillas, lo abrazo y él me devuelve el gesto.

Lo agarro por la cabeza, le hundo la nariz en la mejilla y casi se me escapa un sollozo. Separo los labios y por poco lo beso en la boca. Quiero besarlo. Quiero cuidarlo y darle amor porque, aquí arriba, sin compartir su vida con nadie, se va a morir.

Y yo puedo hacer que se sienta bien.

Acerca la boca a la mía y sé que desea besarme. Me agarra con fuerza por la cintura.

Pero tiene el pelo de la nuca demasiado corto. Y me rasca la mano, a diferencia de lo que me ocurre con el suave y negro pelo de Kaleb.

Bajo los brazos poco a poco y él me acerca para, simplemente, abrazarme fuerte.

Le devuelvo el abrazo y cierro los ojos. No puedo dejarlo solo. O Noah se queda o Jake también viene o...

Qué sé yo.

Regreso sola arriba. ¿Qué sucederá cuando vuelvan a abrir las carreteras dentro de ocho semanas, más o menos? Tampoco falta tanto. ¿Acabará así todo?

Me planto delante de las escaleras que llevan al cuarto de Kaleb y levanto la vista hacia su puerta. No he vuelto a abrirla desde diciembre. Nadie ha vuelto a abrirla, pero estoy convencida de que tampoco ha cambiado nada. Seguirá haciendo frío, aunque seguramente haya acumulado un poco más de polvo.

Subo.

La tenue luz del atardecer se cuela a través de la ventana y cierro la puerta tras de mí antes de frotarme los brazos porque sí: hace frío. Me acerco a la chimenea, pillo un par de troncos y los meto dentro junto con otros más pequeños. Cojo una cerilla para encender el fuego y me quedo mirando las llamas, que crecen poco a poco y cuyo brillo y calor me envuelven enseguida.

El sutil brillo que desprende el fuego ilumina el suelo de la habitación. Acto seguido, saco otra cerilla para encender unas cuantas velas que Kaleb tiene en la repisa de la chimenea y una que se encuentra junto a la cama.

Kaleb tiene velas. Vaya, vaya...

Enciendo su viejo iPod y empieza a sonar una canción de Amber Run mientras yo me acerco a la cama y aliso las sábanas y la manta para dejarla bien hecha. Luego, me dejo caer encima, me tumbo y me quedo con la vista puesta en el techo mientras me acaricio la mejilla con una mano.

Igual que hizo él cuando me llevó en brazos hasta aquí.

Noto una punzada de dolor en el pecho.

Cierro los ojos y las lágrimas se me amontonan en los laterales. «Mío». Kaleb es mío. Debería haberse quedado y haber discutido conmigo.

Permanezco aquí tumbada un rato más, con la vista y la mente perdidas. El sol se va poniendo y el cuarto va quedándose a oscuras, pero el fuego sigue calentando la habitación y, después de no sé cuánto tiempo, alguien llama a la puerta.

—¿Tiernan?

Pestañeo. Ahora mismo, quiero estar sola. Aun así, me siento.

—¿Sí?

—A cenar —me dice Noah.

Debe de haberme buscado por todas partes antes de darse cuenta de dónde estaba.

—Luego bajo —respondo—. Estoy cansada.

Ni siquiera miro qué hora es, aunque deben de ser las seis, más o menos. Hoy no tengo ganas de ver ninguna peli.

Tras un minuto de silencio al otro lado de la puerta, al final escucho cómo crujen las escaleras cuando Noah desciende por ellas.

Me giro y hundo la cara en la almohada.

Pero entonces noto algo duro y toco lo que hay dentro de la funda con la mano. ¿Qué es? Levanto la cabeza, meto la mano dentro y saco el objeto en cuestión.

Es un libro de tapa dura marrón y desgastado. Lo giro para leer lo que pone en el lomo bajo la tenue luz de una vela.

Don Quijote de la Mancha (II).

Sonrío y me siento mientras sacudo la cabeza. Este chico es una caja de sorpresas. Ahora resulta que lee.

Normal, si es que todas las estanterías que tengo a mi derecha están repletas de libros. Aunque la verdad es que pensaba que estaban aquí porque alguien los había guardado en estos estantes en su día y Kaleb era demasiado perezoso para quitarlos y meterlos en otro sitio.

Me siento con las piernas cruzadas, me coloco el libro en el regazo y paso las páginas rápidamente, dejando que me envuelva el olor a libro antiguo y admirando el color amarillento de las hojas.

Lo abro por el medio y oigo que la tapa cruje.

Casi río. «Ya decía yo...».

El libro tiene sus años, pero no ha sido utilizado. No se lo está leyendo.

Entonces... ¿Por qué lo tiene en la cama?

Hago ademán de cerrarlo y, cuando casi ya estoy, veo algo. Pongo el dedo, vuelvo a abrir la portada y me lo acerco para leer aquella escritura en negro.

> Tiene gracia que las mujeres vengan tan fácilmente a por mí. Cuando iba al cole, decían que era estúpido.
> Esssssshtúpido.
> Esshtúpido.

Entorno los ojos e intento leer la irregular escritura que hay en la portada:

> Soy esshtúpido.
> Aunque hay que ver lo que les gusta follarme.

Siento un nudo en la garganta y empiezo a respirar de forma entrecortada.

¿Kaleb?

Me apresuro a seguir pasando las páginas y busco en la contraportada, pero no veo que haya nada más escrito. Me quedo aquí sentada, ilusionada y en *shock*. ¿Son las palabras de Kaleb?

Desvío la mirada hacia la estantería; esta montaña de textos esparcidos y metidos en unos estantes que están a rebosar. Salto de la cama, voy corriendo hacia allí y pillo un libro. Uno cualquiera.

Hay dibujos de una cabaña en la solapa. Lo giro y, cuando veo que hay más cosas escritas, casi se me detiene el corazón.

> En el bosque. Siempre quiero estar ahí. Odio quedarme aquí. Quiero estar allí. En el valle, donde fluye el río y sopla el viento. Rodeado de los sonidos de la naturaleza. Huele a bosque. Sabe a bosque. Quiero que el mundo sea más pequeño.
> Odio quedarme aquí.

Apenas me doy cuenta de que las lágrimas me brotan de los ojos mientras, frenética, voy cogiendo libros de la estantería en busca de más.

Kaleb no lee estos libros. Escribe en ellos.

Tras rebuscar entre algunos que siguen vacíos, encuentro otro con marcas y garabatos hechos con tanta fuerza sobre el papel que es como si hubiese rajado la página con el boli.

En este pone:

> Joder.
> JODER.

Y más garabatos oscuros y violentos; es como si las páginas tuvieran una hemorragia de tinta. ¿Cuándo lo escribió? ¿Qué pasó?

Abro otro:

Hoy la he visto sonreír. Me gusta que haya una chica cerca.

Vuelvo a leerlo cinco veces en busca de más texto en las otras páginas, pero eso es todo. Nada de fechas. ¿Está hablando de mí o...?

En otro, escribe:

Ahora solo me gritas. Y sé que es culpa mía. Sé que no puedo hablar. Poder, puedo. Pero es que no puedo. No... Todavía no. Esto es todo cuanto tengo y todo cuanto soy. No puedo. Todavía no.

Me fijo en que hay un marcapáginas. Paso la hoja y veo una foto de Jake con los chicos. En ella, Noah, que debe de tener, como mucho, cinco años, está sentado en una moto de *cross* con su padre justo detrás.

Kaleb, sobre los seis años, tiene el pelo mucho más largo y, en lugar de estar montado en la moto, se encuentra de pie y con la mirada perdida a lo lejos. Siempre ha estado en otra onda.

Rebusco entre más libros de la estantería y encuentro que casi todo lo que hay escrito está tachado; aun así, consigo leer lo que pone:

Hoy, el señor Robson nos ha preguntado cuál era nuestro sueño. Yo tenía un montón de cosas por responder.

¿Sería el señor Robson un profesor?

Y sigue:

El mío es estar fuera. Quiero estar en un árbol. Quiero mojarme. Quiero estar en el bosque mientras la lluvia cae sobre las copas de los árboles. Me gusta ese sonido.
Quiero notar el calor. Quiero abrazar algo. Quiero hablar con papá. Quiero estar cansado para poder dormir más y quiero caminar.
Quiero estar enamorado. Quiero estar a salvo.
Quiero estar muerto.

Quiero que todo lo que me inunda la mente desaparezca.

Pero, entonces, tacha todo esto y deja solo una simple línea por tachar en la que se lee:

Quiero ser todo lo que vea ella.

Me quedo mirando su caligrafía. ¿«Ella»? Niego con la cabeza, más para mí misma que por otra cosa. ¿No hay fechas en ningún libro? Tampoco parece que estén colocados en ningún orden en concreto. Hay cosas escritas en mayúsculas y otras en letra ligada. A veces, las palabras aparecen con la letra ligada de un niño de ocho o nueve años y, a veces, con la de un hombre. En estas cubiertas hay años de reflexiones y Kaleb las ha escondido aquí porque sabía que nadie iba a abrir unos libros tan antiguos y destartalados.

Ha escrito todo lo que no podía decir.

Me conocías hace muchísimo tiempo. Ahora ya no me conoces y lo sabes. Enseñándome a cantar como si no pudiera hablar... Si me quedo en silencio es porque quiero que me dejes en paz. Cantar no servirá de nada.

Cojo otro libro y separo los que ya he leído en un montón aparte.

Hoy he visto cómo unos lobos mataban a una gacela. Debería haber disparado al cervatillo. Sin ella, no sobrevivirá al invierno. Ahora estará ahí afuera, muriéndose de hambre, joder. Debería haberlo puto...
Mañana iré a buscarlo y le pegaré un tiro.
Noah no dice nada, ¿a que no? Cuando yo siempre necesito tener las ventanas del coche bajadas, incluso en invierno, porque si no me cuesta respirar... Noah me cae bien. Me deja a mi bola. Deja que todo el mundo vaya a su bola y no siente esa necesidad de entenderlo todo. No se pasa el día preguntando. Simplemente deja que todo fluya.

Me seco los ojos y me humedezco los labios a la vez que pillo otro libro. Noah sabe por qué tiene que bajar las ventanas del coche.

Hoy la he visto sonreír otra vez. Ha levantado la vista hacia el cielo y ha cerrado los ojos. En parte, lo entiendo. Yo no necesito hablar todo el puto tiempo y ella tampoco necesita abrir los ojos para ver el pico. Le gusta estar aquí. Lo sé por cómo sonríe cuando cree que nadie la ve.

Siento un nudo en la garganta y se me vuelve a nublar la vista. El texto sigue:

Cuando lo hace, siempre exhala, como si hubiese estado aguantando la respiración.

Soy yo. Está hablando de mí. Lo sé.

He encontrado caramelos en la basura y col rizada en mi *pizza*. Esta niña es rara de cojones.

Río entre lágrimas.

Dios, qué pasada estar con ella. Tiene pinta de que, si la coges, vaya a convertirse en un flan. Es suave. MUY suave. Aunque ha sido increíble. Esos segundos en el coche, cuando me ha dejado que le hundiese la cara en el cuerpo... Su piel es como el agua. Quiero que mi cama huela a ella. Y mi pelo. Y no quiero que se aleje nunca de mí.

Me lo imagino por las noches aquí solo. Escribiendo en los libros sin parar. Un montón de noches perdidas. Igual escribió todo esto antes de verme salir del cuarto de su padre. Tanto él como yo podríamos haber hecho las cosas de una forma tan distinta...

Zorra. ¿Por qué no puedo irme, joder? Tengo que ir ahí. Me he quedado en esta casa demasiado tiempo. Será zorra, la muy puta. Menuda zorra de mierda.

«Ahí». O sea, al bosque. Ahí es donde va cuando todo le duele.
En otro libro, pone:

Tiernan...

Solo esto. Mi nombre y nada más.
Lo giro y, cuando veo que hay más, tomo una bocanada de aire.

Tienen el sueño tan profundo que no te oyen por la noche. Solo te oigo yo. Cuando te he tocado la cara, has callado. Cuando he intentado marcharme, has empezado a tener pesadillas otra vez. O sea, que me he quedado. Y bajo cada noche. Me pones los pies, fríos, entre las piernas y yo te abrazo a mí; te apoyo la mano en la espalda y noto cómo se te relaja el cuerpo mientras te acurrucas encajada a mi cuerpo. ¿Te sientes a salvo conmigo? Me gusta cuidarte.

Me quedo con la vista puesta en este texto. ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Cuánto tiempo se ha pasado entrando en mi cuarto? ¿También lo hacía cuando nos peleábamos?

Sé que me tienes miedo y sé que es por mi culpa. Cici intentó pegarme ese día en la cueva porque a quien deseaba yo no era a ella y, en lugar de pegarme, tropezó, se dio un golpe con mi hombro y le sangró la maldita nariz, pero todo eso acabó siendo la menor de tus preocupaciones. Yo solito os he hecho cosas terribles a todos. Y detesto no haber hecho nunca nada para que me quieras. Nunca me querrás.

Aprieto los dientes. Se me llenan los ojos de lágrimas y me cuesta leer.

Me haces temblar. Hoy, cuando estaba contigo al lado del árbol, me temblaban las manos. Es nuevo para mí y no entiendo por qué me pasa. Simplemente lo noto. No quiero que te alejes demasiado de mí, nunca.

El árbol. En diciembre, cuando cortamos las ramas para decorar la casa. Escribió esto después de que hiciéramos el amor en el granero.

Me das miedo. Y yo a ti. No me dejes que vuelva a hacerte daño. ¿Por qué no puedo dejar de hacerte daño? Sigue tirándotelos a ellos; así ya no te querré tanto, hostia. Estoy hecho un lío porque desearte es una pasada y no sé qué hacer cuando me siento tan bien. Es todo un lío y yo la liaré aún más, pero...
Voy a echarte de menos.

Te echaré de menos.

Suelto el poco aire que me queda.

Me está matando.

Llevo todo este tiempo apartándolo e intentando sobrevivir, fingiendo que podía ganar yo esta batalla. Pero Kaleb tiene razón. Está hecho un lío; estamos hechos un lío, pero yo siempre supe que si Kaleb cruzaba la puerta y me decía algo (o se comunicaba conmigo de la forma que fuera), me derretiría. Lo único que he querido todo este tiempo era saber qué le pasaba por la cabeza aunque fuera un segundo.

Retrocedo, miro las estanterías y las decenas de libros que siguen esperando que los lea. Hasta ahora, no ha mencionado a su madre en ningún momento.

Le da igual.

Estas páginas están llenas de lo que le gusta.

No pienso dejar a Jake aquí solo. No pienso marcharme sin haber aclarado las cosas con Kaleb. No pienso llevarme a Noah sin que se despidan.

Quiero que vuelva a casa.

No sé cuánto tiempo me paso rebuscando entre más libros y volviendo a leer las partes que más me han gustado. Sin embargo, cuando por fin salgo de su habitación y bajo las escaleras, ya no hay luz en la casa. Me he perdido la peli, pero no pasa nada. Me alegro de que Jake esté dormido.

Me cuelo en el cuarto de Noah y oigo el sutil sonido de la música. Me acerco a su cama y lo muevo para que se despierte.

—¿Qué? —gruñe y se gira, frotándose los ojos.

Me agacho.

—Vamos a buscar a Kaleb.

Capítulo treinta

Tiernan

—Estamos a ocho bajo cero —le digo a Noah exhalando y tapándome la boca con el abrigo para entrar un poco en calor. Levanto la vista hacia el cielo encapotado—. Esas nubes están a menos de dos kilómetros. Tenemos que darnos prisa.

El viento sopla a nuestro alrededor, pero esto es solo el principio. Se avecina una tormenta.

Me pongo las gafas de nieve y me ajusto la capucha del chaquetón mientras lo sigo en dirección norte, abriéndome camino entre la nieve con las botas y los pantalones impermeables.

Cuando anoche ya lo hube sacado de la cama, cargamos las motos de nieve, preparamos lo que nos hiciera falta y salimos aprovechando que aún hacía buen tiempo. Cuando salió el sol, aún se podía soportar el frío; sin embargo, ahora ya se van acercando las nubes y veo que me equivoqué al pensar que nos salvaríamos de la tormenta, joder.

No ha sido el caso.

Jake se cabreará fijo. Le he dejado una nota en la mesa para que sepa que nos hemos adentrado en el bosque y que vamos a la cabaña de pesca. Claro que nadie nos garantiza que Kaleb esté allí, pero es lo más probable. Me da igual que Jake nos siga. Si no lo desperté anoche fue solo porque sabía que no nos dejaría salir.

Noah frena justo delante de mí. Los copos de nieve que nos azotan la cara son cada vez más grandes.

Se quita las gafas, se frota los ojos y mira el mapa.

—Pensaba que sabías llegar —le digo deteniéndome a su lado.

—Dame un respiro. —Gira el mapa y busca el terreno—. He subido aquí cinco veces en toda mi vida y todas antes de los doce años. Quienes disfrutan subiendo aquí son Kaleb y papá, yo no.

—Genial.

Sacudo la cabeza.

Le arranco el papel plastificado de las manos y examino el boceto de Jake. Él mismo trazó la zona hace años y marcó sus propios lugares de interés: estanques, riachuelos, cuevas... Cosas que él pudiera reconocer.

Aunque a mí todo esto me suena a chino. Miro a nuestro alrededor; las montañas y los árboles que aparecen en el mapa me parecen todos iguales.

Se lo vuelvo a pasar malhumorada a Noah y suspiro. ¿No hay GPS o algo así, ahora? ¿Algo que vaya por satélite? Me tiemblan ligeramente las piernas y encojo un poco los dedos de los pies dentro de las botas. Doy un paso al frente y me hundo hasta las rodillas en la nieve antes de hacer una vuelta de trescientos sesenta grados para mirar todo lo que nos rodea.

Las ramas de los árboles, de las cuales cuelgan montones de piñas, centellean cubiertas de nieve y atisbo un pequeño barranco a la izquierda. Saco la botella de agua que tengo en la mochila. Cuando nos hemos visto obligados a abandonar las motos de nieve porque no podíamos seguir subiendo por el bosque con ellas, tanto Noah como yo nos hemos cargado con todo lo que hemos podido. Llevamos caminando desde las ocho de la mañana con los rifles atados a las mochilas.

Vuelvo a levantar la vista hacia el cielo. Ni siquiera veo dónde está el sol, aunque deben de ser las dos de la tarde, más o menos.

—Kaleb dijo «en el valle» —le cuento a Noah—. «Donde fluye el río y sopla el viento».

—¿Que Kaleb lo dijo?

Lo miro y musito:

—Encontré un diario. O algo parecido.

Se me queda mirando un segundo antes de fijar la vista en el horizonte de este blanco y solitario bosque.

—Un valle con un río... —murmura para sí mismo.

Estudia el mapa de nuevo mientras se muerde el labio, seco. Parece confundido.

—No tengo ni idea —me suelta—. Aquí no veo nada parecido. ¿Decía algo más?

—¿«Rodeado de los sonidos de la naturaleza»? —le cuento, aunque ahora dudo de si lo leí bien—. No, de nidos de pájaros. De los ruidos —vocalizo bien la palabra—, como si desde ahí oyera algo.

Noah se yergue y se pone a divisar el horizonte mientras le da vueltas al tema mentalmente. Me pongo delante de él, de espaldas al viento.

«Joder, qué frío hace».

—¿Qué? —le pregunto.

Pestañea.

—Era como un conducto de humo —me cuenta—. Como el de una chimenea. El valle era más bien pequeño y estaba rodeado de árboles y paredes rocosas. Cuando el viento se colaba en el valle, soplaba con un sonido parecido al que emiten los conductos de las chimeneas. —Levanta la barbilla, se le relajan los hombros y exhala. Se oyen truenos en lo alto y yo miro hacia el cielo abrazándome a mí misma—. Y, cuando se derretía la nieve del pico, caía en una cascada que quedaba más allá del valle y que nosotros no podíamos ver, pero luego el agua se separaba en dos riachuelos —recuerda

finalmente—. Uno desemboca donde pescamos. Y el otro... —Me mira a los ojos—. Ya sé dónde está.

Cierro los ojos. «Gracias a Dios».

Sin decir ni una palabra más, Noah sale escopetado hacia la izquierda, cerca del precipicio, y se baja la capucha para quedarse solo con el gorro de esquí y así tener mejor visibilidad. Me coge la mano mientras avanzamos y bajamos por el monte a trompicones.

El cielo vuelve a rugir y el viento se cuela por este estrecho valle mientras la nieve va cayendo sobre mi cara. Me tapo la boca y la nariz con el chaquetón y un relámpago ilumina el cielo.

Me giro de repente, preocupada.

—Mierda —exclama Noah, que tira de mí para que acelere el ritmo—. Venga.

Nos abrimos camino entre la acumulación de nieve lo más rápido que podemos, pero me arden los músculos y, a pesar de que llevo los guantes puestos, tengo los dedos congelados. Cierro los puños.

El viento sopla fuerte entre dos montañas y lo único que oigo yo es cómo ruge la sangre en mis oídos.

—¡¿Cuánto queda?! —grito.

—¡No tengo ni idea! —me contesta Noah señalando la hilera de nieve que hay entre los árboles—. ¡Vamos a seguir este recorrido!

De repente cae un rayo sobre un abeto que hay en la cuesta que nos queda justo encima y grito.

Noah se sobresalta y cae, y yo me inclino hacia delante para agarrarlo.

—¡Noah!

Aprieto los dientes y echo mano de toda mi fuerza para levantarlo de entre la nieve.

Él vuelve a ponerse la capucha y se agarra a mí antes de abrazarme para darme calor corporal.

—Esto solo irá a peor —señala—. ¡Tenemos que acampar y esperar a que pase!

—¡¿Cómo quieres que montemos una tienda de campaña con varillas de metal en medio de la montaña en plena tormenta eléctrica?! —exclamo, retrocediendo—. ¡Vamos!

Echo a andar primero. Cruzamos el valle y escalamos los peñascos cubiertos de nieve que nos llevarán hasta Kaleb. Canturreo para mí misma y cierro los puños para activar el flujo sanguíneo porque sé que cada paso que damos nos acerca más y más a la cabaña.

Me preocupa que no esté bien. Ha transcurrido muchísimo tiempo.

También me preocupa que tal vez me entren ganas de matarlo por haber desaparecido así. ¿Cómo se atreve a venir a instalarse aquí arriba como si nada importase? Me da igual que nos peleemos. De hecho, me muero de ganas de pelearme con él. Siempre y cuando Kaleb esté allí y siempre y cuando lo encontremos con vida.

Unas piedras me golpean la capucha; caen de forma esporádica, pero con fuerza. Levanto la cara y el hielo me congela las mejillas.

Vuelvo a agachar la cabeza bajo esa embestida.

—¡Graniza!

—No me jodas, hostia —se queja Noah.

Me coge de la mano y, al ver una cueva a lo lejos, echamos a correr. Nos metemos en el interior enseguida y nos cobijamos del viento, la nieve y el hielo. Me quito la capucha y me desabrocho el chaquetón antes de secarme la cara con la mano, con el guante aún puesto.

—¿Estás bien? —me pregunta Noah.

—Sí.

Me arde la cara y me da miedo mirármela. Ya me imagino a Jake diciéndome: «¿En qué momento se te pasa por la cabeza una estupidez como esta?».

Y tendría razón. Ha sido una estupidez.

Aunque seguramente volvería a hacerlo.

Noah tiembla, se sacude el anorak puesto para quitarse la nieve y se sopla las manos.

—¿Pero tú no habías crecido aquí? —le vacilo.

—Tú calla.

Sonrío. «Novaaato».

Hago ademán de quitarme la mochila pero, en cuanto levanto la vista, me doy cuenta de que sigue cayéndome nieve en la cara. La luz se cuela por algún punto en lo alto y, al desviar la vista hacia la derecha, descubro que se aprecia más luz a lo lejos.

Esto no es una cueva.

Es un túnel.

Voy hacia la salida agarrándome a las tiras de la mochila, me pongo la capucha de nuevo y salgo fuera. Sigue nevando, todavía sopla el viento y el granizo repiquetea en el chaquetón, pero el tiempo aquí es menos violento que en el otro lado.

Mucho menos violento.

Un montón de pinos y abetos cubiertos de nieve se yerguen altos, por encima de nuestras cabezas, y escucho el agua. El valle, que mide, más o menos, la mitad de un campo de fútbol americano, está envuelto de paredes rocosas y, por lo visto, solo se puede acceder aquí por donde acabamos de venir nosotros. La zona queda protegida por rocas y árboles, y el frío, el viento y la nieve que caen del cielo lo hacen con menos intensidad.

Levanto la vista y reparo en la cabaña que se encuentra en lo alto del monte.

—Uf, ¡gracias a Dios! —suelta Noah detrás de mí.

Me da un vuelco el corazón y cierro los ojos con una sonrisa en los labios.

—¡Kaleb! —grita Noah.

Echa a correr y yo hago lo mismo detrás de él, en dirección a la cabaña. Dejo que se me caiga la mochila y la arrastro hasta ese pequeño pórtico.

Noah también hace lo mismo con la suya. Aún llevamos los rifles atados ahí y damos unos cuantos golpes con las botas en la pared de la pequeña casa para quitarnos la nieve.

—Al menos, no me moriré ahora —gruñe—. Porque como te hubieses muerto por mi culpa, me habrían matado a mí.

Río, deposito la mochila en el suelo y abro la puerta de golpe.

—¡Kaleb! —digo entrando en la casa.

Sin embargo, antes de que pueda orientarme, se me desdibuja la sonrisa.

No está aquí.

Noto cómo me corre la sangre por las venas y creo que dejo de respirar. Cuando Jake comentó que este lugar no era para mí, tenía razón. Es una sola estancia con una cocina, una chimenea y dos camas. Hay tres ventanas y ni una puerta más, y tampoco hay ningún baño. Es un lugar para que puedan cocinar y dormir cuando van a pescar; punto.

Un aire húmedo impregna el lugar. Miro a mi alrededor en busca de algo que me dé esperanzas y me indique que nuestros esfuerzos no han sido en vano.

—No está aquí —dice Noah pasándome por el lado.

—Pero ¿ha estado? —le pregunto—. Igual ha salido a cazar.

Se acerca a la cocina y coge una olla. Desde donde estoy, distingo que hay restos de algo dentro.

—Está helado. —Sacude la cabeza—. Creo que ha estado aquí. Los platos no están llenos de polvo, o sea, que alguien los habrá lavado hace poco, aunque hará, como mínimo, dos días o así.

Me aproximo a la cama. Las sábanas están arrugadas y me las acerco a la nariz. Sin embargo, solo huelen a frío y a la cabaña.

—¿Dónde más puede haber ido? —Las suelto—. ¿Puede que haya regresado a casa y no nos lo hayamos cruzado?

—No habría dejado las armas aquí —afirma Noah cogiendo un rifle.

En la esquina hay más.

Armas.

«¡No ibas protegida!».

Me acuerdo de las palabras de Noah y me dirijo a la esquina donde están los rifles. Kaleb usa mucho uno de los tres. Si hubiese salido, se lo habría llevado. ¿Por qué no lo ha cogido?

Retrocedo y siento que un sollozo amenaza con escapárseme. ¿Dónde cojones está?

Los platos, la olla sucia, las armas... Ha estado aquí. ¿Dónde se ha ido? ¿Y cuándo?

Empiezo a respirar con pesadez, incapaz de controlar los pensamientos inducidos por el miedo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Noah se me acerca y me coge por los hombros.

—Vamos a tomárnoslo con calma. No sabemos nada.

Aun así, me giro y me separo de él. Pillo uno de los rifles que hay en la esquina y miro si está cargado. Fuera vuelve a tronar y la nieve azota las ventanas.

—Vamos —le digo.

—No volveremos a salir con este tiempo.

—¡Noah! —Me giro hacia él decidida—. Kaleb no estará ahí afuera, con el tiempo que hace, por voluntad propia. Igual se ha hecho daño o...

—¡Como salgas ahí, la palmas! —gruñe—. ¡Y luego la palmaré yo porque tendré que seguirte y sé casi menos que tú cómo sobrevivir aquí arriba! Basta. Vamos a esperar a que pase la tormenta.

Tiene razón. Sé que tiene razón, pero ¿cómo puede decírmelo en serio? No puedo quedarme aquí esperando toda la noche. ¿Él sí?

Desvío la vista hacia la puerta.

¿Y si lo ha atacado un oso o un lobo? ¿Y si está congelándose y muriéndose ahí afuera?

Una lágrima me resbala mejilla abajo mientras los pies me piden a gritos que eche a correr. «¿Y si murió ahí afuera hace meses y su cuerpo está pudriéndose bajo la nieve?».

Me planteo salir por patas para comprobarlo.

—Ni se te ocurra —me espeta Noah, que se quita el anorak y enciende el fuego del fogón—. Al final te ataré, Tiernan. Te lo juro.

Así que cierro los ojos antes de plantarme delante de la ventana y pasarme la noche aquí, en busca de Kaleb.



Bostezo con los párpados cansados y los brazos que parece que me pesen diez toneladas. Me llevo la mano al ancla que noto en la cintura y me doy cuenta de que es el brazo de Noah, que está en la misma cama que yo, haciéndome la cucharita. Pestañeo para despertarme acurrucada en su cuerpo y con los vaqueros, el jersey y los calcetines de lana puestos.

—Hey —dice con voz adormilada.

Giro la cabeza y le pregunto:

—¿Ya está? ¿Ya ha pasado la tormenta?

—Sí. —Me abraza con más fuerza—. Escucha.

Pongo la oreja. Las gotas caen a un ritmo constante contra las ventanas y el tejado de hojalata, y repiquetean contra el móvil de viento que cuelga en el pórtico. Cuando nieva, el sonido es distinto.

Ay, Dios.

—¿Está lloviendo?

—¿Has visto? —responde, alegre.

Aunque ha dejado de soplar el viento y ya no graniza como anoche.

Llueve. No nieva. Con lo cual, no hará tanto frío.

—Pero... ¿resbalará la nieve, con la lluvia? —le pregunto.

Noah se levanta y bosteza sonoramente.

—De hecho, si llueve, será que no ha nevado demasiado.

Salta de la cama y se pone la camiseta. Yo me siento y me acomodo el pelo detrás de las orejas. ¿Cómo puede ir solo en vaqueros? Vale, el fuego ayudó, pero por la noche aquí seguía haciendo frío.

Se pone el anorak y, antes de pillar una caña, me pasa unos mueslis. A continuación, añade:

—Tú quédate en la cama, come e hidrátate. Voy a pescar algo para desayunar y, cuando vuelva, saldremos.

Me colapso.

—No nos iremos a casa.

Abre la puerta con pintas de estar agotado.

—Cielo, me refería a que saldremos a buscarlo.

Me relajo, aliviada.

—Oye —lo llamo.

Noah se gira y me mira.

—Ten cuidado —le pido.

Se le relaja la expresión y me dedica una de esas sonrisas tan suyas.

Inmediatamente, cierra la puerta y se marcha. Como el río está detrás de la cabaña, dudo que vaya a ir lejos, así que aprovecho que no está para salir yo también y calmarme un poco. Derrito un poco de nieve para lavarme y como y me hidrato, tal y como me ha ordenado.

Me pongo un par de calcetines más, me cambio el jersey y me hago una coleta alta. En realidad, he dormido bien porque Noah se ha asegurado de que no pasase frío, pero creo que insistió en que compartiésemos cama porque debería tener miedo de que yo me largase en mitad de la noche para ir a buscar a Kaleb.

Me alegro de no haberlo intentado. Bastante estúpido fue ya venir hasta aquí Noah y yo solos. Salir sin compañía sería ir directa al suicidio.

Tras lavar los platos que utilizamos y acercarme a la chimenea para asegurarme de que se me han secado las botas, cojo la mochila y reviso qué me queda.

No obstante, cuando atisbo que se mueve algo al otro lado de la ventana, me detengo.

Levanto la vista y entorno los ojos para enfocar mejor.

Dejo la mochila y voy hacia la puerta. Giro el pomo con cuidado y la abro lentamente.

Relajo la respiración con la vista puesta más allá de la lluvia mientras abro un poco más la puerta y me estremezco cuando crujen las bisagras. No quiero asustarlo.

Salgo al pórtico. El agua que resbala del techo va cayendo al suelo a la vez que ese ciervo se planta ante mí como si fuera una

estatua.

Se me ensancha el pecho. «Guau».

La cornamenta se le abre en una U gigantesca justo encima de la cabeza, dispersándose en distintas puntas, mientras el animal se me queda mirando con sus grandes ojos marrones como si estuviese esperando algo.

La lluvia nos envuelve. Tiene las pezuñas hundidas en la nieve y yo titubeo al pensar en el arma que tengo justo detrás, dentro de la cabaña. Jake me diría que disparase. Estamos en medio de la nada, sin gran cosa para comer, y a saber si vuelve a nevar esta noche o mañana y nos quedamos aquí atrapados. No debería negarme a cazar comida cuando tengo la oportunidad.

Y llevaría razón.

Aun así, estiro los brazos rápidamente y le grito en un susurro:

—¡Vete!

El animal sale escopetado delante de mí y yo lo sigo con la mirada para asegurarme de que se marcha antes de que Noah pueda verlo.

Y entonces me fijo en algo más y me quedo helada. Kaleb, escondido en un arbusto y apuntando al animal de cola blanca con un rifle.

Permanezco boquiabierta. «Kaleb».

Oigo el trote del animal que se aleja a lo lejos y descubro el rifle de Kaleb apuntándome a mí. Tiene el ojo puesto en la mira, pero ya no sigue al ciervo. Levanta la cabeza y, cuando exhala, el aliento forma pequeñas nubes blancas.

Pestañeo para asegurarme de que es él de verdad, que no estoy teniendo alucinaciones. Lleva una sudadera de color gris oscuro y su gorro de esquí negro, y una barba descuidada le cubre la mandíbula. Deja caer los brazos a ambos lados mientras se me queda mirando fijamente y respira de manera tan profunda que le tiembla el pecho.

Bajo por los escalones mojados con los calcetines, como si hubiese puesto el piloto automático, y también echa a andar hacia mí, despacio.

—Hola —lo saludo.

Kaleb se queda ahí de pie y yo no sé muy bien qué hacer. Lo hemos encontrado. Está bien.

Creo.

Le observo el cuerpo para asegurarme de que no ha perdido peso ni está lesionado.

¿Dónde narices ha pasado la noche?

Aunque me da igual, la verdad. Sus preciosos ojos. Sus pómulos. Su boca y la tez morena a la altura del cuello, que tan cálido es. Cómo no; si es que Kaleb también tiene que estar moreno hasta en invierno.

Trago saliva y le explico en voz baja:

—Noah ha salido a pescar algo río abajo para desayunar. Estábamos preocupados por ti.

Da un paso más al frente y yo bajo la vista hasta sus tobillos. Tiene los vaqueros empapados hasta las rodillas.

—Te has perdido la Navidad —señalo.

Las lágrimas se me amontonan en la garganta. Me muero de ganas de que hable. Que me desee como la noche del incendio con Noah y como aquella tarde en el granero.

Y lo que más quiero, por encima de todo, es entender a Kaleb.

Me muerdo el labio.

—¿Vuelves a casa? —le pregunto en un susurro.

«Vuelve a casa».

«Empecemos de cero y seamos amigos. Seré maja y tú también lo serás conmigo, y no tendremos que hablar. Reiremos y

trabajaremos e iremos a pasear y me enseñarás a utilizar el arco y...».

Viene corriendo hacia mí, me abraza y solo se oye un gemido antes de que incruste sus labios en los míos.

El mundo me da vueltas y la euforia se apodera de mí. Me besa apasionadamente, con lengua, y se me enciende el cuerpo entero. Le paso los brazos por el cuello y le devuelvo el beso en un subidón espectacular porque no puedo ir más lenta; es como si me hubiese estado muriendo por este beso, joder.

—Te quiero, Kaleb —gimoteo en voz baja—. Te quiero.

Deja el rifle, me mete dentro de la cabaña en brazos y cierra la puerta con el pie. Nos mordemos y nos besamos sin parar; le quito la sudadera y él se deshace de las botas. Me quito el jersey y los calcetines y él me desabrocha los vaqueros, pero no dejamos de besarnos en ningún momento.

«No seamos amigos. Peleémonos y riamos y tengamos bebés algún día y volvámonos locos porque estoy jodidamente enamorada de ti».

Se separa de mí, me levanta el brazo y me estudia ese pequeño trozo de piel levantada que ya apenas se nota.

—Se ha curado —le aseguro—. Me lo cosiste bien.

La última vez que me vio, estaba herida. Ahora solo queda una ligera cicatriz.

A pesar de que respira con pesadez, se le relajan los hombros, aliviado. Me coge la cara con ambas manos y me besa de forma contundente aunque sin lengua, pero sí pasional, posesivo y feroz. Me echaba de menos.

Nos dejamos caer en la cama. Le ha crecido el pelo y ahora le cae por los ojos mientras nos deshacemos de la ropa y él se acomoda en mi entrepierna, ya empalmado. Le cojo la cara y se la apoyo en la

curva de mi cuello mientras le acaricio el cuerpo entero con las manos.

Él se cuela en mi interior y yo lo envuelvo en un fuerte abrazo porque tengo miedo de dejar que vuelva a alejarse demasiado de mí. Me mira fijamente a los ojos con la frente apoyada en la mía.

—No ha vuelto a haber nadie más después de ti —le confieso en un susurro.

Tal vez él no necesite dicha información, pero yo sí quiero que lo sepa.

Me besa los labios, la nariz y las mejillas mientras me embiste. No puedo soltarlo.

No quiero soltarlo jamás. Ni en abril cuando deje de nevar. Ni en agosto cuando empiece la uni. Nunca.

Baja la vista hacia mí y yo levanto la mía para mirarlo. Sonrío. Casi ni oigo que llaman a la puerta.

—¡Eh! —grita Noah—. ¡Abre!

Abrazo a Kaleb, que sigue dándome empellones, y cierro los ojos mientras él me llena y me la mete hasta el fondo. La cama se mueve y golpea la pared. Kaleb me agarra el pelo con fuerza y gimo.

—¡Intuyo que has encontrado a Kaleb, ¿no?! —vocifera Noah—. ¡Venga, que aquí fuera hace frío!

Pero es que me corro y no puedo parar. Abrazo a Kaleb y lo beso con ímpetu sin oír apenas lo que sea que esté gritando Noah al otro lado de la puerta.

Capítulo treinta y uno

Tiernan

Le acaricio la cara, recorriéndole toda la nariz, pasando por la piel que le envuelve el labio inferior hasta llegar a su boca. Está abrazándome con los ojos cerrados, pero sé que no está dormido.

Noah está durmiendo en la otra cama y, a pesar de que desconozco la hora que es exactamente, estamos en la madrugada. Afuera, la lluvia sigue repiqueteando contra el tejado y las ventanas.

«Te quiero».

Aunque él no me contestó ni me lo dijo también.

Puede que nunca me lo diga.

Hay que ver qué paradójica es la vida. Hace seis meses hui de una en la que la gente que tenía a mi alrededor no me hablaba y va y me enamoro de un tío que puede que no me dirija ni una sola palabra a lo largo de todo lo que me queda de existencia. Me lo quedo mirando y le paso los dedos por su pelo negro mientras me imagino al chiquillo que perdió toda esperanza ese día, en un coche, cuando solo había cumplido cuatro años.

Bajo la vista hacia el tatuaje que tiene detrás del cuello, entre la oreja y la columna vertebral.

«Veracidad». Ahora estoy lo bastante cerca como para leerlo. Es decir: «el hecho de que algo sea verdad».

No tengo muy claro si sé por dónde van los tiros.

O igual sí.

Si no me dice que me quiere, ¿cómo sabré que es el caso? ¿Y si quiere estar conmigo hasta que se derrita la nieve y luego prefiere

irse con Cici o con cualquier otra chica del pueblo?

¿Y si en el fondo no estoy acabando de entender qué ocurre aquí y resulta que lo deseo más yo a él que él a mí?

La verdad es que... da igual. Pienso quererlo todo el tiempo que me permita, porque eso sí que me hace feliz.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —le pregunto.

Abre los ojos y me mira. Niega con la cabeza y arruga la frente como si se me acabase de ocurrir la peor idea del mundo.

Siento que me ha herido el ego hasta que, al final, decido pensar que lo que sucede es que no quiere que me quede en este cuchitril sin agua corriente.

—¿No te has sentido solo? —insisto.

Me acaricia los brazos con los dedos y, tras una breve pausa, asiente.

Le apoyo la cabeza en el pecho y oigo que Noah ronca.

—Recuerdo que Mirai me abrazaba cuando estaba enferma —le explico a Kaleb—. Yo era pequeña, pero recuerdo que me gustaba que me abrazaran. —Lo abrazo con más fuerza—. Y me gustaba abrazar. Seguramente sea lo que más me aportaba en la vida, que yo recuerde. Hasta que llegué a este valle.

Cuando llegué, no me fijé porque estaba demasiado centrada en ubicarme y buscar la cabaña, pero esto es precioso. Es un lugar recóndito, plácido, puro... Ahora que sé como es, entiendo las entradas de sus diarios. Yo le añadiría algunas comodidades más modernas y agradecería que hubiera unas cuantas personas más con quienes hablar, pero no me extraña que le encante todo esto.

Aquí no tiene que hacerle frente a nada. Y lo entiendo. A veces, todos necesitamos desaparecer.

—Cuando el mundo parece un lugar pequeño, no hay nada que pueda hacerte daño —le digo acariciándole el estómago y noto cómo

se le tensan los abdominales bajo mi roce—. Quieres quedarte aquí porque te sientes protegido. Al menos, durante un tiempo. —Me pierdo mirando a la nada y pensando en nosotros dos, en cómo me he pasado todos estos años encerrándome en mí misma porque no quería que volvieran a rechazarme o a hacerme daño—. Pero luego te das cuenta de que, en un mundo tan pequeño, no hay espacio para nadie más aparte de ti, y descubres que sentirte solo es peor que no sentirte seguro.

Evitar lo malo también significa que te arriesgas a no experimentar lo bueno, y yo preferiría que me hicieran daño a no sentirme nunca así. Huelo su aroma.

—Y hablando de sentirse seguro... —Tomo una profunda bocanada de aire y ladeo un poco la cabeza para mirarlo antes de cambiar de tema—: ¿Dónde narices estabas anoche? ¿Atrincherado en una cueva? Casi acabamos electrocutados.

Sonríe, me da la vuelta y me va dejando besos por el estómago.

—Uy, no. —Lo freno y lo obligo a mirarme—. Ahora que ya vuelvo a pensar con claridad, estoy enfadada contigo. Estábamos preocupados. Mucho. Dime que lo sientes.

Me da un beso en el vientre sin apartarme la mirada.

—Otra vez.

Sube un poco y vuelve a darme otro beso con una sonrisa en sus oscuros ojos.

—Sigo enfadada.

Me mordisquea el pezón y tira de él con cuidado. Ahogo un grito.

—Ahora ya solo estás intentando que me calle —me quejo, aunque, en realidad, una ola de calor me empieza a aparecer en la parte baja del vientre—. Que te guste que adivine todo lo que te pasa por la cabeza no...

Baja y empieza a mordisquearme y a provocarme en la entrepierna.

—Vale, de acuerdo —suelto—. Ahora sí sé lo que se te pasa por la cabeza.

Siento que ríe con la boca pegada a mi clítoris antes de ponerse a succionármelo.

Se me han resbalado las sábanas por completo. Desvío la vista hacia Noah y compruebo que está boca abajo y durmiendo como un lirón.

—Noah está aquí mismo —le digo a Kaleb en voz muy baja.

Él se detiene y arquea una ceja.

—Calla —le digo—. Anoche nos dejamos llevar.

A pesar de que soy plenamente consciente de que ya nos hemos enrollado antes con su hermano a unos pocos metros de nosotros, aparto a Kaleb de mí y me cubro con las sábanas. Puede esperar a que estemos solos.

Resopla, vuelve a acomodarse a mi lado y me abraza. Me acurruco en él y disfruto de su calor corporal.

Coge algo de la barra que hay al lado de la cama y me lo acerca.

Levanto esa edición de bolsillo.

—¿Qué es? —le pregunto leyendo el título—: *¿Las sirenas de Titán*?

Miro a Kaleb, que abre el libro por la página que está doblada.

Me lo pasa y señala la página.

—¿Quieres que te lo lea? —le pregunto.

Asiente.

Sonrío de medio lado. O sea, que igual sí que lee...

Y como no voy a dejarle que me haga nada físicamente, supongo que está buscando otra forma de que lo mantenga entretenido...

Me recuesto boca arriba sin apartarle el brazo de encima de mí y carraspeo antes de empezar a leer:

—Capítulo diez...



Giro la rueda hacia la derecha de golpe, apoyo el pie en el suelo y dejo que la moto frene antes de volver a bajar a toda velocidad hasta la casa. Noto a Kaleb pegado a mí mientras los perros lo persiguen moviendo la cola y río bajo el casco.

Hace ya dos semanas que regresamos. A Noah y a mí no nos costó lo más mínimo arrastrar a Kaleb para que bajara de la montaña. Creo que sabía que yo no me sentiría cómoda en la otra cabaña y no quería que me fuera lejos de él.

Jake ha arado la entrada esta mañana y ha tirado sal. Cuando se ha dado la vuelta, hemos pillado las motos y nos hemos ido.

Acelero hasta llegar a la casa y me da unos cuantos vuelcos el estómago tanto por la velocidad que estoy cogiendo como por el viento que me azota al correr. Freno, detengo la moto y me giro. Kaleb también frena; se le tensan los brazos y se le hincha esa vena que tiene en su maldito y precioso cuello.

Quiero volver a la ducha. Con él y con sus manos y con todo lo que me susurra con sus ojos y sus sonrisas cuando estamos a solas.

Desde que regresamos aquí, no he vuelto a dormir en mi cama ni una sola noche.

—¡Vosotros dos! —oigo que vocifera Jake.

Giro la cara de golpe y me yergo mientras él sale a toda prisa del taller. «Mierda».

—¡Basta! —grita enfadado—. ¡Venga!

Aparco la moto y bajo al mismo tiempo que intento esconder la sonrisa.

Se nos acerca con la vista puesta en las McDougall y se queja:

—Genial, ahora están sucias. Voy a tener que volver a limpiar... No, ¿sabéis qué? Que las vais a limpiar vosotros. —Señala primero a Kaleb y después a mí—. ¡Los dos!

—Ya teníamos pensado hacerlo —le digo, quitándome el casco—. ¿Quieres que prepare *pancakes* o alguna otra cosa?

Arquea una ceja y se gira, ignorando por completo mi repentino cambio de tema.

Desvío la vista hacia Kaleb y él sacude la cabeza.

Últimamente, a Jake le ha ido cambiando el humor y me preocupa que sea por mi culpa. ¿Se sentirá culpable? ¿Estará preocupado por mí? ¿Tendrá celos?

No he tenido ocasión de hablar con él. Kaleb y yo estamos siempre juntos.

O Kaleb se asegura de que estemos siempre juntos.

Que tampoco me quejo, eh. Solo espero que sepa que tengo la mar de claro de quién estoy enamorada y que no debe preocuparse por si tengo a su padre o a su hermano cerca.

Salgo corriendo detrás de Jake y le pregunto:

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pues a mí no me lo parece.

Va hacia la mesa de herramientas y coge lo que le conviene antes de girarse y ponerse a trabajar en algo más.

No me mira.

—Estoy contenta —le digo, porque sé que es lo que de verdad le importa.

—Ya lo sé.

Entonces, ¿por qué está así? Me quedo aquí de pie y Kaleb pasa por mi lado para ir al fregadero y lavarse las manos, aunque sé que nos está mirando.

—Tú... no te quedes preñada —dice finalmente Jake entre dientes —. Que tienes dieciocho años.

—Ya lo sé. Y no pasará —le aseguro.

—E irás a la universidad.

—Sí.

«Creo».

Mira la moto que está reparando, furioso.

—Y dile a esa mujer —espeta cerrando los ojos como si fuese a darle algo con solo mencionarla— que como no pare de llamar cada dos días solo para tocarme las narices y sacarme de quicio con todas sus malditas preguntas y respuestas arrogantes, ¡quemaré todos los teléfonos y ordenadores que hay en esta casa para que no pueda volver a ponerse en contacto contigo! ¡Y luego instalaré una valla electrificada antes de que se derrita la nieve para que no pueda ni pisar mi propiedad!

Me muerdo los labios y aguanto la respiración porque está a punto de escapárseme la risa.

O sea, que por eso está así. Porque Mirai llama para hablar conmigo, pero lo hace muchísimo más a menudo de lo necesario. Y si no le cojo el teléfono, lo llama a él.

Y lo mejor es que... por más frustrado que parezca Jake, él siempre se lo coge.

Y siempre se pelean. No hay persona en el mundo que lo crispe tanto como Mirai. Ni siquiera nosotros.

Contengo las ganas de reír y asiento.

—Se lo diré.

Tira una llave inglesa en la mesa de herramientas y coge otra. Kaleb y yo entramos en la casa.

—¡Y cambiad la bombilla esa! —nos grita Jake antes de que cerremos la puerta.

Río y Kaleb sonríe antes de plantarme un beso en la frente.

Se acerca al armario, saca una bombilla y me guiña un ojo de camino a la escalera.

El olor a los rollitos de canela que he puesto a hornear hace media hora impregna el aire. Paro el temporizador porque ya solo le quedaban unos cuantos segundos y saco el plato de dulces.

Apago el horno, dejo los rollitos en una rejilla para enfriar y desvío la vista hacia Kaleb, que se sube a la barandilla antes de poner el pie en una viga y escalar hasta la lámpara de araña. Hay una bombilla que lleva días fundida. Al verlo subiendo por la pared, me da un vuelco el corazón.

—Ufff, qué bien huele —exclama Noah entrando en la cocina.

Lo miro un segundo, pero enseguida vuelvo a centrar toda mi atención en Kaleb.

—¡Ten cuidado! —le digo.

Al final, aparto la vista, saco un cuchillo rebanador del bloque y corto los rollitos. Noah me observa desde un lado de la isla.

—Bueno, ya no nieva tanto —señala.

Añado algo de leche al glaseado que he preparado esta mañana y bato la mezcla antes de calentarlo en la cocina de gas.

—Sí —respondo.

Aunque todavía estamos a finales de febrero, de modo que aún falta mucho para que se termine el invierno.

Ojalá siguiésemos en noviembre y todavía estuviese empezando esta estación.

—¿Ya has terminado todo lo que tenías que hacer del insti? —pregunta Noah.

Apago el fogón y acerco el glaseado al plato para echárselo a los rollitos.

—No tendré que hacer los exámenes, pero sí he de escribir un ensayo y entregarlo con un diario fotográfico antes del 13 de abril.

Veo cómo asiente por el rabillo del ojo.

—Me voy a Los Ángeles en primavera —me cuenta—. Tengo una reunión con un patrocinador y quería ver cómo está el panorama allí. ¿Puedo quedarme contigo?

¿Quedarse conmigo?

Y entonces me acuerdo (como si me hubiese olvidado por completo del tema) de que poseo una casa allí. Y les dije que me iría en abril, ¿no?

—Claro —respondo tan bajo que casi ni se me oye—. Ningún problema, puedes quedarte en casa. Quédate el tiempo que necesites.

Yo igual no estaré.

Aunque, ya puestos, que amortice él la casa.

Noah guarda silencio, pero no tengo el valor de mirarlo. Sé que está preocupado. Tal vez, hasta esté un poco enfadado. Se merece algo mejor.

Siempre ha hecho lo correcto. Frenó el carro y me dejó ser feliz.

Pero eso no significa que yo haya dejado de importarle. En parte, yo también extraño no hablar más con él. Noah espera otra cosa de mí y, si decido quedarme, no será feliz conmigo. Aunque las cosas han cambiado.

Se me acerca y baja la voz mientras Kaleb sigue trabajando a lo lejos, subido a la pared.

—Me pelearía con cualquier persona que le hiciera daño a mi hermano —me cuenta—. Lo quiero, Tiernan, eso es cierto, pero esta vida no está hecha para ti. Tú te vienes conmigo.

Me tiembla la barbilla porque me preocupa que, en parte, tenga razón.

—Te quiero —me susurra—. Como tu primo, como tu amigo... Lo que sea. Pero voy a sacarte de aquí porque esto, cuando deja de ser una novedad, ya no mola tanto, y vas a echar de menos lo que hay ahí afuera. Y con él vas a ser miserable.

Levanto la vista de golpe hacia Noah dejando que el glaseado chorree por el lateral de uno de los rollitos. Ojalá no añada nada más. ¿Cómo puede decir esto? Que es su hermano.

Me mira fijamente con sus ojos azules y continúa:

—Él necesita estar con alguna estúpida de esas a quienes no les importe morir en un pueblo como este, donde lo único que cambia son las estaciones del año. Puede que hasta ahora no te haya interesado, pero sé que ahí afuera hay un mundo entero que igual te gustaría ver más adelante. Kaleb es demasiado volátil, demasiado tozudo, y nunca se irá del pico, Tiernan. Nunca.

Aparto la vista y pestañeo porque me escuecen los ojos. Maldito Noah.

—Tú quieres más —sentencia arrancándome el recipiente de las manos y dejándolo en la mesa—. Lo sé.

Puede. Puede que quiera ver mundo y experimentar cosas y hacer carrera e intentar que el planeta Tierra sea un lugar mejor y dejar mi huella.

O puede que nada de eso merezca la pena sin alguien con quien compartirlo.

Miro a Noah siendo plenamente consciente, en todo momento, de que él es una mejor opción para mí en muchos aspectos.

Él es mi consciencia. La que me dice lo que ya sé. Lo que tengo que escuchar.

Mi corazón, en cambio... Mi corazón es quien sabe qué es sin lo que no puedo vivir.

Echo la cabeza hacia atrás y miro a Kaleb, que nos observa desde lo alto ahora que ya ha terminado de cambiar la bombilla.

—Es tu primero —oigo que dice Noah—, pero no tiene por qué ser con quien te pases toda la vida, ¿no?

Capítulo treinta y dos

Tiernan

Dos meses después

Bajo la vista hacia el papel de váter y veo que está manchado de color rojo. Se me relajan los hombros en el acto y exhalo.

¡Gracias a Dios! Río de forma silenciosa y me apresuro a cambiarme. Por fin se han acabado estos tres días de sufrimiento.

Ya sabía yo que debería haberme puesto un implante anticonceptivo. Me he ido tomando la píldora, pero hay otros métodos más eficaces y no quiero convertirme en una madre adolescente ahora mismo. Si me marcho de esta montaña embarazada, la prensa y Chapel Peak se lo pasarían bomba.

Aunque tampoco sé cómo se lo tomaría Kaleb.

Estamos a finales de abril y el terreno sigue cubierto de nieve, pero los días ya son más cálidos y se van viendo pedacitos de hierba. En este preciso instante, Jake está limpiando las carreteras.

Los últimos dos meses desde que fuimos a buscar a Kaleb han sido... una fantasía. Después de que Noah me criticase ese día en febrero, dejé de pensarlo todo tanto y decidí disfrutar del tiempo que me quedaba aquí. Del aislamiento, de la paz y de las noches largas. Nunca había dormido tan bien ni había sido tan feliz, y hace tiempo que dejé de tener pesadillas de esas tan tormentosas. Kaleb y yo leemos; cuando estamos los cuatro juntos, o vemos pelis o jugamos a las cartas y, por San Patricio, enseñé a Kaleb a bailar un vals en medio del salón. Me he subido a los árboles, he aprendido a

confeccionar cinturones y, de forma autodidacta, he aprendido a actualizar la página web de Van der Berg Extreme.

Hasta se me da bastante bien ir en moto.

A pesar de que ya queda poco para que podamos volver a mezclarnos con la civilización, nunca había tenido tantas ganas de que el tiempo pasara lento. Porque no quiero que llegue el día en el que tenga que tomar ciertas decisiones.

Salgo del baño y voy hacia nuestro cuarto, en el tercer piso. Me abrazo a mí misma por encima de la camiseta de manga larga que llevo puesta porque voy con los *shorts* del pijama y un escalofrío me recorre la desnudez de las piernas, de arriba abajo.

Esta noche llega Mirai y yo me he asegurado de que la casa esté tan limpia y bonita como sea posible para que así no encuentre ningún motivo para pelearse con Jake. Eso si es que puede llegar hasta aquí, claro. Como Jake no consiga sacar la nieve de la carretera, Mirai tendrá que quedarse en un motel del pueblo y esperar a que se derrita la nieve.

Aunque, al menos, no estoy embarazada. Y, de estarlo, habría tenido suerte porque no se me notaría aún. Kaleb y yo lo hacemos cada día (en ocasiones, más de una vez), y he tenido suerte de que no me haya fallado la píldora. Buen susto me he llevado ya con este retraso de tres días.

Me detengo delante del largo espejo que subí de mi cuarto y me pongo de lado para acariciarme el estómago. Esta ajustada y suave camiseta blanca se me adapta al vientre plano; de todos modos, durante estos días que he estado temerosa, he llegado a pensar que tenía una parte de Kaleb ahí dentro. Una parte de Kaleb y mía.

Me levanto la camiseta, me imagino que me va creciendo la barriga con un bebé suyo e intento ignorar la calidez que noto en el cuerpo al pensar en eso. No debería quererlo. Es un cliché enorme

como una catedral. Un bebé es sinónimo de familia y de un felices para siempre.

Aunque me encantaría tener un hijo suyo. Algún día. Me encantaría ser suya para siempre y verlo a él de padre.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza porque sé la verdad. Solo quiero tener un hijo suyo porque no estoy segura de tenerlo a él. Si me quedase embarazada, no tendría que tomar ninguna decisión porque mi futuro ya estaría servido y me quedaría aquí. Nada de estrés.

De repente, oigo un fuerte ruido procedente de las escaleras y Noah y Kaleb entran a toda pastilla por la puerta; trastabillan, caen al suelo y ríen. Me quedo helada con la camiseta aún levantada y las manos en el vientre.

Dejan de reír, levantan la cabeza y se me quedan mirando.

Me bajo la camiseta de inmediato.

Kaleb se pone de pie, me mira fijamente sin pestañear siquiera y Noah se pone en pie y se queda ahí pasmado un momento hasta que al final decide marcharse.

Kaleb baja la vista hacia mi barriga.

—No —le digo—. Solo estaba... jugando.

Entorna los ojos sin quitármelos de encima y atisbo algo de incertidumbre en su mirada.

—Se me había atrasado la regla —le cuento—, pero me ha bajado esta mañana. Solo estaba... pensando en... cómo... sería... estarlo. Soy... —Gesticulo al aire—. Soy tonta.

Me quedo un poco pillada y río nerviosa. Yo estaba fantaseando, pero él seguramente se raye por si dejo de tomarme las pastillas anticonceptivas.

Sin embargo, camina hacia mí, me coloca una mano en el vientre y se queda mirando sus dedos mientras me cubren la barriga por

completo. Siento un aleteo en mi interior y casi me da vueltas todo.

Nos miramos a los ojos y, a continuación, me coge la mano y me guía escaleras abajo.

—Kaleb —me quejo.

Pero ¿qué hace?

Me mete en el baño, abre el armario de los medicamentos y saca las pastillas anticonceptivas.

Se gira y me mira a los ojos con el rostro lleno de emociones. Abre la boca y yo aguanto la respiración porque parece que vaya a decir algo.

Me roza los labios con su aliento mientras me abraza y me besa la frente, la nariz y la boca.

Y, seguidamente, vuelve a mirarme a los ojos y tira las pastillas a la papelera.

—Kaleb, no —lo reprimo antes de agacharme y sacarlas de allí.

Él intenta arrancármelas de la mano, pero yo las agarro fuerte. Le apoyo la cabeza en los labios y cierro los ojos casi sonriendo. Quiere que tengamos un bebé. No se sentiría para nada acorralado ni enfadado.

Quiere estar conmigo.

Y eso es todo cuanto yo quería saber.

—No quiero dejarte nunca, pero... —Levanto la vista hacia él—. Somos demasiado jóvenes. Somos demasiado... Hemos pasado por demasiada mierda. Todavía no estamos preparados.

Va tirando de las pastillas lentamente y a mí me empieza a costar seguir sujetándolas con tanta fuerza.

—Te quiero —le susurro—. Tenemos toda la vida por delante.

Me besa cada vez con más ímpetu y fuerza mientras me coge la cara con las manos e intenta arrancarme las pastillas con la otra. Su lengua hace que un frenesí me envuelva de los pies a la cabeza;

gimo y mis músculos ceden. Me quita las pastillas y, acto seguido, oigo cómo las vuelve a tirar a la papelera.

Me acoge y no me doy cuenta de que me está llevando en brazos hasta que me tumba en nuestra cama, arriba.

Siempre se sale con la suya. Maldita sea.

Me anoto mentalmente que voy a tener que ir a sacar las pastillas de la papelera antes de que Jake se deshaga de la basura.



Kaleb y yo nos miramos fijamente a los ojos mientras él le da un mordisco al pollo y me da la otra mitad a mí. Estamos sentados a la mesa (yo en su regazo); intento esconder la sonrisa, pero él no puede porque es como si tuviésemos un secreto.

Que es el caso. Tampoco es que estemos intentando quedarnos embarazados, ¿no? Todavía no he rescatado de la papelera las pastillas, pero lo último que quiero hacer es romper con él. Construir una familia a su lado me parece bonito. Kaleb ya casi tiene veintidós años. Parece preparado para todo lo que supondría.

Exhalo, mastico el montón de huevos revueltos que me he metido en la boca y vuelvo a rellenar el tenedor para darle un poco a él. Estamos desayunando una mezcla de las sobras que había por la cocina porque esta mañana hemos vuelto a la cama y no me ha dado tiempo a más.

Supongo que, técnicamente, todavía no vamos a concebir ningún bebé. Total, me ha bajado la regla hace nada, o sea, que no puedo quedarme embarazada en los próximos siete días. Aún me da tiempo a volver a tomarme la píldora.

—Bueno, ya está —dice Jake entrando en la cocina decidido, se quita la nieve de los guantes y los lanza sobra la encimera, junto con las llaves—. Las carreteras ya están abiertas.

Fuera se oye el ruido de una moto que arranca y sale disparada a toda velocidad e intuyo que será Noah, que no quiere esperar ni un minuto para estar con sus amigos.

De todos modos, bajo la vista y noto cómo se me encoge un poco el estómago. Preferiría que aún quedase un poco más de invierno por delante. Miro a Kaleb y compruebo que me está mirando; ahora mismo, hasta me siento un poco tentada de arrastrarlo hasta el garaje, coger las motos de nieve e irnos a la cabaña de pesca. Ahí arriba, la nieve aguantará otro mes más. Otro dichoso mes de tranquilidad.

—¿Dónde va a dormir hoy esa mujer? —me pregunta Jake mientras se gira hacia nosotros, con una taza de café en la mano.

Ah, cierto. Que no podemos escaparnos e irnos a la cabaña. Ahora que las carreteras ya están limpias, Mirai puede subir y pasar la noche en casa.

—En mi cuarto. —Salto de encima de Kaleb y limpio el plato que hemos utilizado, ya vacío—. Gracias por... acogerla —le digo a Jake.

Este me mira con los ojos entornados, molesto, y responde:

—Preferiría que el invierno durase unos cuantos meses más.

Se marcha y desaparece por el taller.

«Pues sí».

«Ya somos dos».



Cojo un buen cucharón de Swedish Fish, lo meto en la bolsa de papel blanca y la cierro.

Tengo aros de melocotón, ositos de canela, gominolas la mar de sabrosas y Spencer está metiéndome unas cuantas rocas de almendras de chocolate en una caja.

Miro por la ventana y veo que Kaleb está al otro lado de la calle, cargando madera en la caja de la camioneta. Va a construir un cabezal para constatar qué tal se le da eso de la carpintería y yo lo pintaré.

Ojalá no hubiese insistido en bajar aquí conmigo. Después de lo que ocurrió el día de mi cumpleaños en ese bar, la policía (o los chavales del *motocross*) no tardarán demasiado en enterarse de que está por el pueblo.

A alguien se le escapa una risita a mi lado y yo desvío la vista hacia el tarro lleno de Hot Tamales; hay un par de chicas junto a las chuches clásicas y se susurran cosas entre ellas con la vista puesta en mí. Pasan por el lado de la isla, me estudian la ropa y luego ríen para sí mismas antes de salir del local.

Bajo la vista y me miro la ropa, confundida. No me he puesto nada extraño.

Aunque sí que llevo las botas de moto de Noah, que están llenas de barro, y tengo los pantalones algo manchados porque esta mañana he estado haciendo cosas por casa.

Cuando Jake ha terminado de limpiar las carreteras, hemos decidido vestirnos, terminar las tareas que teníamos asignadas cada uno y bajar al pueblo. Es mejor arrancar la tirita de golpe y volver a acostumbrarnos a estar rodeados por la civilización. Quedamos con Noah para comer hamburguesas con queso, compramos gasolina por si se diese otra tormenta y nos quedáramos atrapados en el pico, y vamos a por productos frescos a la tienda de comestibles.

Kaleb se ha pasado por la ferretería y yo he ido a por caramelos.

Sigo mirándome el atuendo. Tampoco es que esté tan fuera de lugar. Puede que no vaya con las manos tan cuidadas como en septiembre, pero...

Me miro las uñas y descubro que las tengo roñosas. También tengo algunos cortes en las manos por todo el trabajo que he hecho durante el invierno.

Vale, ya no presento en absoluto unas manos cuidadas. Me miro en el espejo que hay detrás de una estantería y veo que tengo el suéter de punto algo deshilachado y con una mancha negra porque un día me coloqué demasiado cerca del fuego. Necesito cortarme el pelo desesperadamente, pero estoy un poco morena de haber estado tanto tiempo en el exterior y nunca se me habían marcado tanto las pecas.

Hace meses que no me maquillo ni me aliso el pelo. Mirai ni me reconocerá.

Río y voy hacia la caja.

—Mi madre me dijo que llevase a una chica como tú a casa algún día —comenta alguien.

Desvío la vista y dejo la bolsa en el mostrador mientras se me acerca un chico joven. Spencer pesa la bolsa y yo estudio al desconocido en cuestión con la mirada. Me resulta ligeramente familiar. ¿Será uno de los amigos de Noah?

—Eres su prima, ¿no? —me pregunta apoyándose en el tarro de caramelos de cristal—. ¿La de Noah y Kaleb van der Berg?

Asiento y miro que Spencer vuelve a pasarme la bolsa.

—Te lo sumo a tu cuenta —me dice.

Sonrío. «Mi cuenta». Mola.

Vuelvo a centrar mi atención en el otro chico y le tiendo la mano antes de presentarme:

—Tiernan. Hola.

Me da un apretón y responde:

—Kenneth. —Me observa la cara—. ¿Te apetece que vayamos a por una *pizza*?

Uy. Eh... Abro la boca para rechazar su oferta, pero entonces aparece alguien que me aparta la mano de la de Kenneth. Levanto la vista y descubro a Kaleb fulminándolo con la mirada. El chico, rubio, se yergue y coge aire con los dientes apretados como si ya supiera que más le vale parar.

Kaleb entrelaza los dedos con los míos y me aleja de ese atractivo joven; cruzamos la puerta y salimos fuera.

—Solo estaba tonteando conmigo —bromeo.

Kaleb arquea una ceja y dibuja una sonrisa de medio lado.

—Sí, ¿eh? —le vacilo—. Vigilar a una belleza como yo no es nada fácil.

Ríe por la nariz y yo sonrío a la vez que nos detenemos delante de la camioneta.

—Te he cogido unos cuantos gusanitos.

Le sacudo la bolsa delante de los ojos, pero él se muestra cero interesado. Me coge la cara con ambas manos y me roba un beso. Me deleito con su suave barbilla, su mandíbula y su mejilla. Me encanta besarlo. Sobre todo cuando está recién afeitado.

—Venga. Llegaremos tarde —le digo mientras agarro la manilla de la puerta.

Él hace ademán de abrirla por mí, pero se detiene en el acto. Alza la vista, mira por detrás de mi hombro y palidece.

Le sigo la mirada.

Cici Diggins pasa decidida por nuestro lado, aunque ralentiza su marcha y mira a Kaleb a los ojos.

Pero yo bajo la vista hasta su barriga. Está embarazada.

Me quedo sin aire. «No».

Desvío la vista hacia Kaleb de golpe. Aprieta la mandíbula y la respiración se le vuelve entrecortada. ¿De cuánto estará? Nos hemos pasado seis meses alejados de la sociedad.

A no ser que esté embarazada de mellizos, tiene que estar de más de seis meses. Lo cual significaría que...

¿Será de Kaleb?

No puedo tragar saliva. No puedo respirar.

Vuelvo a girarme para mirar por encima del hombro. Cici se nos acerca y dice:

—A ver si lo adivino... ¿Estáis haciendo cálculos?

Sonríe socarrona y alterna la mirada entre Kaleb y yo antes de susurrarle a él:

—Ya hablaremos.

Se aleja, pestañeo e intento no llorar. «Por favor...». Me llevo la mano al estómago porque me duele. «Ahora esto no».

—¿Kaleb...? —murmuro.

Cici estaba embarazada antes de que empezara a nevar. Estaba embarazada mucho antes de que empezara a nevar.

Aun así, él no se inmuta. Simplemente abre la puerta de la camioneta y se apresura a meterme dentro.

Cierra de un portazo, pasa por delante del vehículo y se sienta detrás del volante antes de arrancar y conducir hasta casa a toda velocidad. La madera que hay en la caja golpea la puerta y todo lo que hemos comprado acaba desparramado por los asientos traseros.

Me agarro al asidero que queda encima de la puerta y miro a Kaleb.

—¿Sabías que estaba embarazada? —pregunto.

Él se agarra al volante con tanta fuerza que los nudillos se le quedan blancos, pero ni siquiera me mira.

—Ya está muy avanzada. ¿La criatura es tuya?

Nada, otra vez. ¿Lo sabía Kaleb? Parecía sorprendido. Aunque a lo mejor por eso estaba Cici enfadada con él, el día que los pillé en la cueva. Estaba embarazada y Kaleb no quería estar con ella.

El enfado se apodera de mí y respiro con pesadez.

—¿Lo sabías? —pregunto molesta—. ¿Lo sabías ya en otoño?

Pisa el gas, cruzamos las vías del tren y tomamos la autopista que nos lleva a casa.

Como sea suyo, no nos quitaremos nunca a Cici de encima. Ella dará a luz al primogénito de Kaleb, no yo. Eso yo ya nunca lo tendré.

¿Y Kaleb no dirá nada? ¿Ni asentirá ni negará con la cabeza? ¿Por qué no hace nada? ¡Sé que puede!

—Déjame salir —suelto con las lágrimas amenazando con brotarme de los ojos—. Para el coche.

Sigue conduciendo.

—¡Que pares el coche! —grito.

Al final, me mira y niega con la cabeza.

—¿No? —pregunto—. ¿Que no qué? Habla. ¡Sé que sabes hablar! ¿Ese bebé es tuyo?

«Comunícate. ¡Haz algo!». Sin embargo, Kaleb sigue a la suya. Ya estoy harta.

Me deslizo por el asiento, piso el freno y detengo la camioneta. Kaleb gira el volante y paramos. Salto del vehículo y veo que me sigue.

Me detiene justo enfrente del vehículo y se acerca para abrazarme o besarme.

Pero yo retrocedo.

—No —le digo. Nada de besos. Ni de abrazos—. Habla. Ya. ¿La criatura es tuya? ¿Lo sabías?

Respira deprisa y de forma superficial con los ojos clavados en mí y sin decir ni mu. Si no lo sabía, podría negar con la cabeza y yo no lo odiaría. Y ya veríamos cómo lo gestionamos.

Si lo sabía, tal vez no dijo nada porque era consciente de que acabaría pasándose el invierno en la montaña y a lo mejor no pensaba que terminaríamos enamorándonos. Tal vez pensaba que podría huir de eso como huye siempre de todo.

«Háblame».

Baja sus preciosos ojos verdes hasta el espacio que nos separa sin querer decirme nada.

Se oye el rugido de un motor acercándose y sé que es Noah, que regresa a casa.

Se detiene a nuestro lado y apoya los pies en el suelo antes de preguntar:

—Hey, ¿qué pasa?

Le doy cuatro segundos más a Kaleb a la espera de que haga o diga algo.

Al ver que no lo hace, me subo detrás de Noah y lo abrazo para sujetarme.

—Vámonos —le digo hundiéndole la cara en la espalda—. Rápido.

Acelera y, por primera vez desde que lo conocí, Kaleb no me coge y ni me arranca de allí para que esté con él.

Capítulo treinta y tres

Tiernan

Subo corriendo hacia el desván a toda velocidad, pasando por el lado de mi tío y atravesando el bullicio del taller. Oigo los neumáticos de la camioneta al entrar en contacto con la gravilla detrás de mí y acelero el ritmo.

Noah cumplió con su amenaza de que saliese en la página web y ha concertado una sesión de fotos improvisada con las motos. Hoy no voy a salir bien en ninguna, pero al menos estaré lejos de Kaleb.

Me seco las lágrimas de la cara.

—¿Qué ocurre? —oigo que pregunta Jake.

—No lo sé —contesta Noah mientras yo voy corriendo hacia la puerta delantera—. Ha huido de Kaleb.

—¡Tiernan! —me llama mi tío.

—Al lío, venga —digo abriendo la puerta. «¿Dónde está el fotógrafo?».

En la entrada hay un *jeep* y un todoterreno aparcados, y sé que están preparando la iluminación y todo lo demás en el garaje, pero yo igual debería tomarme un minuto para tranquilizarme.

Tengo que ir a mi cuarto (al mío) y encerrarme ahí un rato.

¿Por qué tenía tanta prisa por tirarme las pastillas anticonceptivas esta mañana? Ni siquiera lo ha pensado dos veces. No ha dudado lo más mínimo. Ha sido como si se le hubiese iluminado la bombilla y, de repente, hubiese encontrado la solución a un problema con el que había estado lidiando.

Echo a andar decidida hacia el salón, pero alguien me agarra el brazo con la mano y me da la vuelta. Me zafo de Kaleb y lo fulmino con los ojos llenos de lágrimas.

—Kaleb, para —le ordena su padre cuando entra en casa.

Noah lo sigue y nos pregunta:

—¿Qué os ha pasado?

Me quedo mirando a Kaleb y le digo:

—Por eso querías que me quedase embarazada. Querías atarme antes de que me enterase de lo que pasó con ella.

—¿Embarazada? —repite Jake y desvía la vista hacia Kaleb para preguntarle—: ¿Qué has hecho?

Kaleb está rojísimo, el sudor le envuelve el cuello y el dolor le inunda los ojos. Está destrozado.

Y callado. Callado, como siempre, porque, mientras no tenga que hacer frente a sus problemas, será como si no existieran.

Apenas tengo fuerza para respirar.

—Mira cómo estamos, y ni así me hablas —digo en voz baja.

Jake da un paso hacia delante y me pregunta:

—¿Estás embarazada?

—No —contesto y niego con la cabeza. Miro a Kaleb y la tristeza que siento se convierte en enfado—. Y menos mal —escupo.

Kaleb da un paso hacia mí, con su alta figura y con perspicacia en la mirada. Ahora está cabreado.

Noah lo agarra para echarlo hacia atrás y le advierte:

—Kaleb, déjala.

Jake le coloca una mano en el pecho para que se esté quieto.

Aun así, Kaleb se los quita a ambos de encima, gruñendo, y yo retrocedo. Las lágrimas me inundan los ojos de nuevo mientras él me rodea la cintura con el brazo, me levanta y me coge la cara para empotrarme la boca en la suya. Me atraganto con un sollozo y el

asalto que me supone su aroma me recuerda a lo felices que éramos esta misma mañana.

Antes de que volviésemos a estar rodeados de civilización.

Lo empujo chillando mientras Noah y Jake lo apartan de mí.

Respiro con pesadez, caigo al suelo y reculo para alejarme de él.

—Cici Diggins está embarazada —les cuento a Jake y a Noah—. Muy embarazada.

Kaleb solo me mira a mí, y Jake y Noah también, perplejos.

—El bombo se lo podría haber hecho cualquiera —argumenta Noah.

—¿Tú?

—No —contesta como si me hubiese vuelto loca—. Dios, no. Yo no me he acostado con ella.

—¿Os ha dicho que sea de Kaleb? —pregunta Jake, irguiéndose y soltando a su hijo.

—No ha hecho falta —respondo mirando a Kaleb a los ojos.

Si es suyo, puede que yo aprenda a vivir con ello a pesar de que esto signifique tener que lidiar con Cici el resto de nuestras vidas.

Pero como Kaleb lo supiera ya...

—Di algo —le pido—. Dime algo.

«Lo que sea, por favor».

—O escribe algo —sugiero—. Dime algo. Dime que me quieres.

Pero él se queda allí plantado.

Y yo dejo de llorar. Tengo el corazón roto, y a la vez, no. A lo mejor es que ya no tengo corazón, porque, siendo consciente de que alguien tendrá los hijos de Kaleb y de que esa persona no seré yo, me limito a tomar una profunda bocanada de aire. No puedo vivir en una casa donde alguien a quien quiero no me habla; otra vez no.

—Todo listo —escucho que dice una mujer desde la cocina.

Tardo un segundo, pero entonces pestañeo para deshacerme de las lágrimas y la sigo hasta el taller, desesperada por alejarme de él.

—Vamos a prepararte —me propone alegre.

Asiento y me quito a Kaleb y a Cici de la cabeza.

Me han vestido con unos *shorts* vaqueros muy cortos y con un top negro que me deja los hombros y el estómago al descubierto. Me siento para que me peinen y me maquillen. Por lo visto, Noah lo tuvo todo en cuenta cuando organizó la sesión. Parece que esté en uno de los sets de rodaje de mis padres.

—No te pases —le sugiere la fotógrafa de pelo azul al maquillador —. Quiero que salga natural. Que parezca la típica chica con la que puede acostarse cualquiera.

Alguien carraspea detrás de nosotros.

—Es coña —se apresura a añadir la chica; supongo que tendré a Jake detrás. A continuación, vuelve a decirle al maquillador—:Pero entiendes a lo que me refiero, ¿no? Que salga mona, no porno.

El rubio de pelo corto y dedos tatuados asiente mientras me pone corrector en las bolsas de los ojos; debe de querer ocultar las manchas que me han quedado en la piel después de llorar.

La estilista me ahueca las ondas y me pone laca en el pelo. Abro la boca en un intento de estirar la cara, porque hace tanto tiempo que no me maquillo que me la noto pegajosa a más no poder.

Noah pilla un taburete y se sienta. Me mira y arquea las cejas repetidamente mientras la estilista empieza a peinarlo a él también.

—Mantened a Kaleb alejado de mí —le digo en voz baja, aunque es más bien una súplica.

—Hecho. —Suspira—. Mira que hoy tenía ganas de una buena pelea.

Le dedico una sonrisa tristona. Terminamos de prepararnos y yo me muevo como si hubiese echado el piloto automático. Mirai vuela

esta noche y la verdad es que me da igual que me reconozca o no. Sabrá que aquí han pasado cosas que no entenderá y no la culparé por ello. Creo que, llegados a este punto, ni yo misma lo entiendo.

Estoy dolida, pero por lo menos me marcharé de aquí siendo más fuerte que cuando llegué.

—¿Noah? —oigo que pregunta la fotógrafa, de nombre Juno.

Me siento a horcajadas sobre la moto de *cross* y, a mi izquierda, al lado de las puertas del taller, atisbo la camiseta negra de Kaleb; aun así, no me atrevo a mirar. Noah se monta detrás de mí con unos vaqueros y el pecho desnudo porque se supone que tenemos que salir sexis, como si esta imagen tuviese algún fundamento en la vida real. Los competidores de *motocross* seguramente se rían y critiquen nuestra vestimenta, totalmente inadecuada, pero parece ser que el sexo vende.

Así que vamos al lío.

Él se acomoda detrás de mí y me apoya las manos en las caderas. A mi izquierda, Kaleb se mueve, y creo que Jake se acerca para detenerlo.

Me recuesto en el pecho de Noah, y cuando me arqueo un poco, la brisa me acaricia el vientre, que tengo al descubierto.

—Tampoco muy cerca —le dice alguien a Juno—, que son primos.

Noah ríe por la nariz y, al hacerlo, noto cómo le tiembla el pecho.

Aprieto los dientes y le digo:

—No tiene gracia.

—Es graciosísimo.

Pongo los ojos en blanco. Sospecho que yo también debería reír. O llorar. Los primos en esta casa tienen una relación muchísimo más cercana de lo que se imaginan los de la sesión de fotos. Lo que menos me ha tocado Noah son las caderas.

Desvío la vista hacia Kaleb antes de que pueda contenerme. Está apoyado contra el marco de la puerta, de brazos cruzados, y tiene la mirada más afligida que le he visto nunca. Se nos queda mirando (a mí, vaya) como quien mira algo que ya ha perdido y no tiene ni idea de cómo recuperar lo que más quiere en el mundo.

Lo único que tiene que hacer es hablar. Encontrar la forma de comunicarse.

Bajo la vista mientras ladeo la cabeza hacia un lado y me giro para una instantánea porque no puedo mirar hacia la cámara, no vaya a ser que se me haya corrido el rímel.

—Así; me encanta, Tiernan —canturrea Juno—. Estás preciosa, cielo.

Me apoyo las manos en los muslos y levanto un poco la barbilla. Supongo que la idea de todo esto es que salgan caras jóvenes en Van der Berg Extreme, y Noah sabía que a Kaleb no le van estas cosas. Aunque me alegro de tener a Noah detrás. Con él me siento segura.

—Ahora míralo —me dice Juno.

Se me cierra la garganta y me siento abrumada. Respiro profundamente unas cuantas veces e intento volver a centrarme.

—Tiernan, mírame —me susurra Noah.

Levanto la vista poco a poco para mirarlo por detrás del hombro.

La fotógrafa suelta algunos disparos.

—No vamos a dejarte ir —me susurra para que no pueda oírlo nadie—. Somos familia.

No puedo evitar sonreír. Para bien o para mal, tampoco estoy huyendo de ellos, ¿no? «Somos familia».

Y ellos, pase lo que pase entre Kaleb y yo, tampoco huirán de mí. Yo también quiero a Jake y a Noah. Día a día, le dan veracidad a lo

que me ocurrió y a la necesidad que siento de formar parte de todo esto. Validaron cómo era yo y lo que sentía cuando no tenía nada.

Jake estaba aferrándose a su pasado y castigándose a sí mismo, al igual que yo. Noah no tenía a nadie con quien hablar, al igual que yo. A Kaleb le cuesta conectar con los demás a causa del dolor que sintió cuando lo abandonó alguien que debería haberlo querido lo suficiente como para no olvidarse nunca de él.

Al igual que yo.

Estaba perdida, pero está bien sentir dolor, y ellos tres le dan veracidad a todo esto. Nos encontramos los unos a los otros y me da igual lo que pueda decir la gente sobre lo que ha ocurrido aquí este invierno: la única persona que tiene que entenderlo soy yo.

—Apóyate en él, Tiernan —me ordena Juno.

Hago lo que me pide y me recuesto en Noah. Levanto la vista hacia mi primo y no puedo evitar que se me ensanche la pequeña sonrisa que tengo en los labios. Noah me guiña un ojo.

—Bien. —Sacan unas cuantas fotos más—. Y, ahora, Noah, mira a un lado y hacia abajo.

Él duda un segundo, pero al final aparta la mirada. Cuando obedece y baja la vista, cual héroe atormentado, se parece a Kaleb.

—Perfecto. ¡Quedáis genial!

Bajo de la moto y me pongo detrás de Noah. Separo las piernas y le coloco las manos en la cintura.

—Muy bien —afirma Juno moviéndose a nuestro alrededor para sacar unas cuantas fotos más.

Oigo unas risas y, al levantar la vista, descubro que han llegado más personas: pilotos de motos y sus novias, a quienes recuerdo muy ligeramente porque los vi por el taller en otoño.

Una chica se pone al lado de Kaleb y se lo queda mirando. Parece nerviosa aunque embelesada.

Trago saliva. Al menos él no se está fijando en ella.

—Noah, baja de la moto —le pide Juno—. Tiernan, quiero que te inclines hacia delante y cojas el manillar. Noah, tú haz lo mismo desde el otro lado: siéntate encima de la rueda delantera y retaos con la mirada. Como si fueseis hermanos.

Noah vuelve a reír, pero acata las órdenes. Levanto el culo del asiento con los pies apoyados en el suelo y Noah separa las piernas a ambos lados de la rueda de delante mientras se agarra al manillar y se inclina hacia mí.

—Tiernan, ¿te importaría arquear la espalda? —me pregunta la fotógrafa.

Le hago caso, saco un poco más el culo en pompa y se me tensan los músculos de los muslos.

—Más, cielo.

Suspiro. Trato de echarme un poco más hacia delante y sacar culo.

Pero Noah insiste:

—Más —susurra—. Como si tuvieses a un tío detrás.

Arqueo una ceja. Solo él podría hacer una broma con connotación sexual ahora mismo.

Desvío la vista hacia Kaleb y veo que nos estudia con los rabillos de los ojos un tanto arrugados. La chica se ha separado un poco de él, pero continúa fascinada.

Visto lo visto, no creo que tenga problemas para encontrar a otras mujeres que le ayuden a olvidarse de mí cuando me marche.

—¿Listo para ir a Los Ángeles? —le pregunto a Noah mientras Juno sigue disparando su cámara.

—Desde hace tiempo. ¿Y tú? —me pregunta—. ¿Lista para irte de este lugar de mierda?

Deseo fulminarlo con la mirada, pero no quiero cargarme la foto.

—No pretendo que se enfade contigo —le digo a Noah, refiriéndome a Kaleb.

Si me marcho con Noah, Kaleb pensará lo que no es.

—Si quiere seguirnos y traerte aquí otra vez, igual es justamente lo que tendrá que hacer —responde Noah—. De lo contrario, me quedaré contigo. Ganaría por partida doble.

Me ahueco el pelo y me coloco bien otra vez antes de decir:

—Tú no quieres estar conmigo. Tú lo que quieres es correr.

—Pero me encantaría estar con mi familia.

Claro.

Eso sí puedo dárselo.

—No voy a olvidarme de ti —le digo.

Sonríe, pero vuelve a ponerse serio, como si acabara de acordarse de algo.

Desvía la vista hacia Kaleb y luego vuelve a mirarme a mí.

—Está a cinco segundos de desconfigurarme la cara.

Ahora mismo no podía darme más igual que Kaleb esté enfadado.

—Dios, ¿no os parece la leche? —dice alguien al lado de la puerta —. Me encantan las mujeres en esta posición. Solo tiene que seguir sujetándose así.

Alguien le ríe el comentario, aunque no sé quién es. Los ignoro.

—Ahora está más sexi que en otoño —añade el mismo tío, hablando de mí—. A saber qué ha cambiado.

—No lo sé, pero ojalá me quedara aquí encerrado toda la temporada con ella —agrega otro.

Oigo un ruido, ahogo un grito y, de repente, se desata el caos. Cae una mesa al suelo y, acto seguido, la gente empieza a chillar.

—¡Kaleb! —grita Jake.

Me levanto y veo que Kaleb tira a uno de los moteros al suelo del taller y que Jake echa a correr para apartar a su hijo. Juno y los

estilistas retroceden para quitarse de ahí en medio y las chicas que han venido con los tíos salen y se quedan en la entrada de la propiedad.

Bajo de la moto y me fijo en que Noah también va hacia allí corriendo para evitar que Kaleb se mueva mientras su padre levanta al tío que está en el suelo.

—¡Hijo de puta! —le grita este a Kaleb.

Jake empuja al chico y a su amigo fuera del taller.

—Largaos —les ordena—. ¡Es una sesión de fotos a puerta cerrada, mocosos de mierda!

Deben de haber sido los capullos que iban soltando esos comentarios.

Kaleb vuelve a ir a por el chaval en cuestión, pero Jake se apresura a pillarlo por banda y le grita:

—¡Para! Basta ya.

Apunta a su hijo con un dedo, pero Kaleb está que echa humo. Los chavales pillan a sus novias, se suben a las motos y salen a toda pastilla; los demás nos quedamos en el taller, agitados.

Al final, Jake sacude la mano para deshacerse del personal y dice:

—Venga, ya basta. Ya tenemos lo que necesitábamos.

Juno asiente y apaga la cámara. Todos se apresuran a recoger y a guardar el material que hemos utilizado.

Kaleb viene hacia mí.

No obstante, Jake lo intercepta y le dice:

—No. Sube a la camioneta. Vamos.

Fulmina a Kaleb con la mirada y lo empuja para que salga del taller.

Kaleb trastabilla de espaldas sin dejar de mirarme.

—¡Venga! —vuelve a gritarle Jake.

Veo cómo se le hincha la vena del cuello a Kaleb desde aquí. Duda un segundo, pero... se va y echa a andar hacia la entrada.

—Y tú también —le ordena Jake a Noah.

Este pilla la camiseta y sigue a su hermano hasta el vehículo.

Jake viene decidido hacia mí. Se detiene no muy lejos e, intentando mantener la voz lo más baja posible porque aún hay gente alrededor, me explica:

—Voy a ir a hablar con el *sheriff* y luego me llevo a los chicos al bar a ver si aclaramos toda esta mierda de una vez.

—Al bar —suelto entre dientes—. ¿Y yo tengo que quedarme aquí?

—Sí. —Me mira con la frente arrugada—. Y no salgas de casa o te arrepentirás.

—¿Pero qué he hecho yo? —le espeto—. ¡No quiero quedarme aquí encerrada toda la noche mientras vosotros estáis por ahí en busca de carne fresca!

—¡Tú te quedas aquí porque como no aleje a Kaleb de ti no te va a dejar en paz! —responde de mala gana; es como si, de repente, le diese igual quién pueda escucharnos—. Lo máximo que habéis estado separados han sido dos meses y, ahora mismo, todos necesitamos algo de espacio durante unas cuantas horas. Si hago esto es *porti*. Dúchate. Cálmate.

Niego con la cabeza. ¿Cree que esto se solucionará con una ducha? Tengo todo el derecho del mundo a estar cabreada. No voy a calmarme.

Guarda silencio un minuto, se le relajan los hombros y se serena.

—Tengo que hablar con él, Tiernan —me explica con un tono menos agitado—. Debo asegurarme de que no hay ninguna orden judicial contra Kaleb y hemos de ir a hablar con la hija de los Diggins. Y tú tienes que quedarte aquí. Luego volvemos.

Me quedo mirando cómo se marcha y se saca las llaves del bolsillo.

Y me quedo aquí, de pie, a pesar de que la fotógrafa y los estilistas ya se han ido y estoy sola en casa a sabiendas de que lo único que nos pasa a Kaleb y a mí es que tenemos un problema que, justamente, no se solucionará con lo que tiene planeado Jake para esta noche.

Es algo de lo que no puede ocuparse su padre. Lo único que lo solucionará tiene que salir de Kaleb.



Nos vemos pronto.

Me quedo con la vista clavada en el mensaje de Mirai, que me ha enviado hace horas, cuando embarcaba en el avión antes de despegar del aeropuerto de Los Ángeles.

No puede venir aquí. Kaleb no tiene control alguno. Le importan un bledo las apariencias; la asustará y Mirai intentará sacarme del pico.

De pie al lado de mi cama, bajo la vista hacia la maleta medio llena que he empezado a preparar en cuanto he recibido el mensaje. Al principio, he metido unas cuantas cosas para quedarme con ella en el motel que hay en el pueblo, solo para mantenerla alejada de aquí.

Y luego he ido metiendo más cosas de las que necesitaba sin saber muy bien por qué. Tal vez porque Jake ha hecho bien en llevárselos por ahí esta noche para que así todos pudiéramos disfrutar de algo de espacio. Tal vez, lo que nos convenga a todos

ahora mismo sea precisamente eso: un poco de espacio. Podría irme a casa un tiempo. Existen los mensajes de texto, el correo electrónico, el FaceTime... Seguiré en contacto con ellos. Podría decir que me llevo a Noah a California para que vaya instalándose en mi casa mientras queda con algunos patrocinadores y, así, aprovechar yo esta oportunidad para que me dé un poco el aire. Y coger un poco de perspectiva.

Sin embargo, he dejado de hacer la maleta en cuanto me he dado cuenta de que no iba a volver. A menos que venga Kaleb a buscarme en persona.

¿Estoy preparada para poner ya un límite?

¿Esta misma noche?

Me guardo el móvil en el bolsillo trasero y subo al cuarto de Kaleb para sacar todo lo que tengo ahí y que necesitaré en un futuro inmediato. Cuando entro en su habitación, veo el brillo de unos relámpagos al otro lado de la ventana; enciendo la lamparita y e inhalo el ya familiar aroma a madera, fuego y libros que ahora me hace sentir como en casa porque, en los últimos meses, me he pasado un sinfín de horas aquí arriba.

Cojo el raído libro de tapa dura que descansa en su mesita de noche, lo abro justo por donde está un lápiz metido y me fijo en el boceto que le vi haciendo anoche. Soy yo, en la ducha, y el agua me resbala por el pecho mientras me enjuago el pelo.

Le conté que había leído algunas de las entradas de su diario y, a pesar de que no se molestó, no he visto que haya vuelto a escribir desde entonces. Ahora, cuando se zambulle de nuevo en las guardas de los libros, lo hace para dibujar.

Le prometí que no seguiría leyendo más entradas a no ser que él quisiera que lo hiciese, pero no se siente cómodo. En cierto modo,

se me ha abierto más. Y, en cierto modo, en otros aspectos, se me ha cerrado más.

Cojo el lápiz y me pongo a escribir en la otra página.

Noah me dijo algo hace unos meses. Dijo que tú eras mi primero y, si seguía el consejo de mi madre, no debería acabar contigo.

La lluvia empieza a aporrear el techo y fuera vuelven a verse unos relámpagos, seguidos de un retumbo de truenos.

Pero, en esa época, yo no te veía como el primero. Te veía como con quien debería estar porque por fin me gustaba a mí misma y me gustaba que me chincharas porque así me obligabas a devolvértela. Hiciste que aprendiera a pedir lo que quería.
Y, por eso, te estaré eternamente agradecida.

Siento un nudo en la garganta y no puedo sino respirar de forma entrecortada y superficial.

Ahora estás en el bar con ellos y yo estoy sola en tu cuarto a sabiendas de que debería estar haciendo la maleta, pero es que no quiero porque, cuando estamos bien los dos, estamos muy bien. Y quiero que esto siga así.
Pero cuando estamos mal...
Cuando estamos mal es como si volviese a tener nueve años y siguiera queriendo que me quieran.

No puedo seguir dándole las gracias por los golpes. Necesito que me dé más.

No vas a cambiar y, en resumidas cuentas... Yo no me voy a quedar. Tú no eres como mis padres. No me ignoras; me castigas. Ejerces el único poder que tienes, y no sé por qué pensé que iba a sacarte algo más porque, si llevas diecisiete años sin hablarle ni a Noah ni a Jake, ¿por qué ibas a hablarme a mí?
A lo mejor es una cuestión de control. Una forma de dominarnos. No lo sé, pero duele.

Aunque creo que me querías. Y yo te quiero. La primera noche, cuando me cogiste en brazos en el taller sin decirme tu nombre siquiera, ya era tuya. Hemos pasado por mucho para llegar hasta aquí e, incluso en ese momento, yo ya sabía que ibas a ser tú.

Alzo la vista al techo y me paro a escuchar la tormenta. Kaleb era lluvia. Pasión, un grito y sentir el pelo pegado a la cara mientras lo envolvía con los brazos. Espontaneidad y ruido inundándome el cuerpo.

Aunque también era susurros. Nieve, la luz de la hoguera y el buscar su calor entre las sábanas a las dos de la madrugada cuando la casa entera estaba dormida.

Te acuerdas de las tres A: ¿Ansias, Aprendizaje y Amor? Hay otra. Una de la que mi madre no me habló y que no estoy convencida de que encaje en la lista pero sé que es necesaria.
Necesito algo de tiempo para escucharme a mí misma.
Ha llegado el momento de poner en práctica la Audición.

Cabeza y corazón me dicen lo mismo. Necesito que me dé más. Dejo el lápiz entre las páginas del libro y lo cierro antes de soltarlo en su cama y apagar la lamparita.

Cierro la puerta y, mientras me dirijo hacia las escaleras, le mando un mensaje a mi tío: *Voy a recoger a Mirai al aeropuerto*.

No hace falta que sepa que he decidido que pasaremos la noche en el motel del pueblo. Total, es lo más sensato que puedo hacer. Puede que vuelva a nevar en el pico y dudo que Mirai y Jake pudieran quedarse encerrados tan cerca el uno del otro.

Meto unos cuantos productos de aseo en la maleta, la cierro y la bajo. La dejo al lado de la puerta, me pongo las botas de lluvia y el chaquetón, y oigo que los perros ladran en el granero.

Me acerco a la ventana y miro fuera. Ya están acostumbrados a los truenos aquí arriba. ¿Por qué ladran?

La puerta del establo se abre de par en par y luego se cierra a causa del viento, y la luz que aún hay encendida ilumina las gotas de lluvia que van cayendo. Al tocar el suelo, repiquetean contra los charcos de barro. Me abrocho bien el chubasquero y salgo por la puerta del taller.

Cruzo la estancia, abro la compuerta y salgo.

Danny aúlla y Johnny viene corriendo hacia mí. Lo acaricio rápidamente y oigo a Shawnee embravecida en su cuadra. Relincha, salta y no para de golpear el suelo con las pezuñas.

¿Qué narices...?

Voy hacia ella a toda prisa, la cojo por la crin y la agacho hasta que me queda a la altura de la cara. Le acaricio el morro.

—Hey, hey... Que solo es lluvia. —Se me escapa una risita y la acaricio largo y tendido—. A estas alturas, ya tienes que estar acostumbrada a las tormentas.

—Lo que la molesta no es la tormenta —dice alguien.

Capítulo treinta y cuatro

Tiernan

Me doy la vuelta y se me acelera el corazón cuando descubro que un encapuchado sale de la cuadra contigua. Un hilo de humo bailotea por el aire mientras el chico en cuestión tira el cigarrillo al suelo y lo pisa para apagarlo contra el cemento.

La luz del techo se mece con el viento y va ensombreciéndole la figura de vez en cuando.

—¿Quién...?

Y, entonces, se quita la capucha del anorak y aparece Terrance Holcomb, girándose para mirarme. Tiene la sudadera más oscura por culpa de la lluvia y unas cuantas gotas le resbalan por la cara mientras él me examina de arriba abajo.

«No».

No he oído la moto. No hay ningún vehículo fuera. Ha venido sin que nadie lo viese u oyera.

Se ha colado en la propiedad.

Me apresuro a mirar a mi alrededor en busca de alguien más y retrocedo un poco hacia la salida.

—No te hemos invitado —le suelto—. Nadie quiere verte por aquí.

—Pero, ahora, aquí, solo estás tú —señala con una tranquilidad espeluznante—. Estás sola, ¿a que sí?

Le aguanto la mirada, alargo el brazo y cojo un rastrillo que cuelga de la pared y que he visto por el rabillo del ojo mientras me llevo el brazo atrás, despacio, para coger el móvil del bolsillo trasero. Él sigue con la vista puesta en mi arma.

Ríe por lo bajo y se me acerca mientras yo doy un paso atrás.

—Al menos no es una escopeta —bromea y me acuerdo de Kaleb y de Noah, armados y yendo hacia el estanque a toda prisa para alejarme de este mismo tío hace unos meses—. Qué valientes; cómo intentan protegerte.

—No les hace falta. —Agarro el largo mango con fuerza—. Vete.

—¿Y si solo he venido a hablar contigo?

—¿Y por eso te ocultas en nuestro establo a altas horas de la noche y en plena tormenta?

Seguro. Esto no es ninguna visita social. O ha visto que los Van der Berg estaban en el pueblo sin mí y ha aprovechado la oportunidad o ya estaba aquí antes y ha esperado a que se fueran.

Doy otro paso hacia atrás y él avanza lentamente con sus botas.

—A Kaleb lo acusarán de haberse cargado esas motos en noviembre —señala.

Aprieto el botón de encendido del móvil e intento trazar el patrón de seguridad del dispositivo sin apartarme el móvil de la espalda. A pesar del ruido de la lluvia, escucho el sutil clic que emite el aparato: lo he desbloqueado.

—Y, aun así, quien está aquí eres tú y no el *sheriff* —recalco.

Lo intento unas cuantas veces más. Me tiemblan los dedos pero, al final, oigo otro clic.

—Diré que fue un accidente —me cuenta—. Me pondré de su parte y lo apoyaré.

—Y eso, a mí, ¿por qué crees que me importa?

Doy un golpe a la pantalla, justo donde sé que tengo el icono de las llamadas.

Terrance sonríe sabiondo.

—Hoy os ha visto todo quisqui por el pueblo —contesta—. En realidad, estaba cantado. A las mujeres os gustan los capullos; sobre

todo, los calladitos. Y él siempre iba a acabar teniéndote; aunque fuese solo un rato.

Noto semejante peso en el pecho que hasta me cuesta respirar. Terrance intenta acortar la distancia que nos separa y yo reculo. La lluvia no para de caer cada vez más y más fuerte al otro lado de la puerta que tengo detrás.

—Conviértete en mi patrocinadora y no iré a por él —sugiere—. Haré que tanto el *sheriff* como mi equipo lo dejen en paz y podréis vivir felices para siempre.

—Ya tienes patrocinador.

—Lo tenía —me corrige—. Me dejaron tirado cuando Kaleb se cargó sus motos.

Ladeo la cabeza y lo miro a los ojos. ¿Perdió a su patrocinador porque Kaleb la lio? ¿En serio?

Se encoge de hombros porque sabe que no me lo he tragado.

—Y porque también se enteraron de algunas cosillas más —reconoce.

Asiento. Claro. Como ese local suyo, tal vez. O cualquiera de las miles de cosas turbias que estoy segura que tiene en mente porque este tío es un sinvergüenza. Ninguna empresa respetable querría que la representara alguien así.

—Bueno, ¿qué me dices? —pregunta.

Le aguanto la mirada. No quiere oír un no por respuesta; ha venido hasta aquí cuando sabía que yo estaría sola porque está dispuesto a coaccionarme.

Si miento y acepto, ¿se irá?

El sonido de una llamada entrante rompe el silencio y me vibra el móvil en la mano. Se me detiene el corazón.

Holcomb va a por mí y yo le tiro el rastrillo antes de dar media vuelta y salir corriendo hacia la casa. Salto por los charcos y la lluvia

me empapa la cabeza; la tormenta es aún más intensa. Chillo y corro hacia la compuerta, aún abierta, sin mirar atrás siquiera. Me meto en el taller y subo las escaleras que dan a la casa.

Abro la puerta de par en par y entro a toda prisa para coger el teléfono. En la pantalla aparece el nombre de Jake. Me lo acerco a la oreja, pero veo una oscura figura en la cocina y me detengo. Bajo la mano.

Me quedo sin aire.

—¿Hola? —oigo que dice mi tío al otro lado de la línea.

Sin embargo, yo miro a mi alrededor, centrando mi atención única y exclusivamente en los dos hombres que hay en la cocina y a quienes no conozco. Bajo esta tenue luz, no los veo bien.

—¿Hola? —vuelve a gritar Jake.

—¡Fuera! —chillo más por alertar a Jake que para que me hagan caso estos desconocidos.

Se me retuercen las tripas y yo paso por el lado de la isla, lanzando botes y sartenes hacia ellos para mantenerlos alejados. ¿Por qué ha venido Terrance con refuerzos? ¿Cuál es su plan?

No quiero que sepan que tengo a alguien al otro lado del teléfono porque, si no, me lo arrebatarán. Me lo meto en el bolsillo sin colgar.

Terrance entra a toda velocidad por el mismo sitio por donde he entrado yo, respirando con pesadez y mirándome con sus ojos azules casi con diversión. Me los quedo mirando a los tres.

—Tú piénsalo —insiste—. Tendrás las riendas de la situación, tanto conmigo como con las carreras en las que compita. Aunque también se me dan bien otras cosas... Para cuando te apetezca.

Sacudo la cabeza. ¿Cree que la cosa va así? ¿Que lo apoyaré en lo que haga porque soy una pequeña huérfana, rica y patética, que necesita que la quieran?

—No soy romántico —confiesa mirándome con determinación el rostro—. No te seré fiel. Pero estaré siempre a tu servicio. Puedes jugar conmigo tanto como desees. ¿No quieres ser tú quien tenga ahora la sartén por el mango?

¿Está ofreciéndome convertirse en mi juguete sexual? Que lo utilice cuando necesite cariño sin complicaciones románticas. Sin involucrarme emocionalmente.

Y, a cambio, yo solo tengo que pagarle.

—Te lo estás planteando, ¿a que sí? —canturrea.

Me enderezo. No me había sentido tan asqueada en la vida. Ahora ya sé cómo es tener algo perfecto. No quiero nada menos.

—Lo que estoy haciendo es pensar en lo mucho que me recuerdas a mi padre. —Pillo un cuchillo del bloque—. La gente como vosotros le pudre el alma a los demás.

—Tiernan de Haas...

—Soy una Van der Berg —gruño corrigiéndolo y lanzándole el cuchillo.

Él se aparta para protegerse y yo saco un par de cuchillos más y también se los tiro. Los otros dos chicos caen al suelo del salón.

No pierdo tiempo alguno. Echo a correr hacia el taller con las luces apagadas y salgo por la compuerta.

—¡Cogedla! —Oigo que grita Holcomb.

Me da un vuelco el corazón y siento un nudo en la garganta. Me planteo echarme a correr, pero cambio de plan.

Si pudiese conseguir que salieran de casa...

Me escondo detrás del guardarropa que hay en el taller y que pinté hace meses, y me quedo bien quieta con los brazos pegados a los costados para que no me vean.

Escucho que bajan las pocas escaleras que hay aquí y echan a andar por el suelo de cemento del taller.

—¡No puede haber ido lejos! —grita Holcomb—. ¡Traedla aquí otra vez, joder!

Distingo que uno de los chicos sale escopetado hacia fuera, y me escondo todavía más por miedo a que me vea.

Pero, entonces, él también desaparece y alguien enciende la luz del taller porque los otros dos empiezan a moverse.

¿Qué piensa que conseguirá así? Supongo que, si se sale con la suya, saldrá ganando. Y, si no, yo no podré demostrar que haya hecho otra cosa aparte de asustarme. No me ha puesto la mano encima.

Me cubro la boca con la palma de la mano para acallar la respiración.

—Pillad las motos —espeta Holcomb entre dientes—. Nos lo deben.

—¿Y ella qué?

—Me pienso follar a esa zorra en cuanto mande al desequilibrado de su novio a la cárcel —responde—. Su estúpido coño acabará en mi pared.

«Su pared». El marcador donde apunta la nota de la tía en cuestión y del cual me advirtió Jake. Dios...

—¿Estás seguro de que a nosotros no van a detenernos? —pregunta el otro—. Antes he visto a Jake por el pueblo e iba hacia la comisaría con Kaleb y Noah.

—No pueden demostrar que fuimos nosotros quienes provocaron el incendio. —Remueven las herramientas, abren el armario y cierran algo de un golpe—. Y, como vuelva a no encontrar las putas llaves, esta vez le prenderé fuego al establo entero, con los caballos dentro.

Al darme cuenta de todo, se me hielan las manos. «Incendio».

«Llaves».

Jake tenía razón. Alguien provocó el incendio. Como no pudieron escapar con las motos que pretendían robar esa noche, decidieron prenderle fuego al granero.

—Esto se nos está yendo de las manos —le dice el otro chaval—. En invierno, casi morimos, primero para llegar hasta aquí y luego para bajar. ¿Y si se hubiese propagado el fuego? Podrían haber muerto —señala con un tono cada vez más severo—. Si hubiesen necesitado ayuda, ¡aquí arriba no la habrían tenido!

—Ya lo sé. —Terrance ríe por lo bajo—. Y eso es lo mejor de todo.

Miro por la esquina y veo que se pone a rebuscar entre los bancos de trabajo y el escritorio. Como el otro chico tiene la cara girada, no se la vislumbro, pero sí me fijo en que tiene el pelo oscuro y casi rapado, y lleva anillos en los dedos.

Terrance se gira para mirarlo y tengo que volver a esconderme detrás del armario. Mi arco descansa en las mesas de atrás. Aprovecho que fuera truena para cogerlo con cuidado.

—¿Y qué preferirías? —le pregunta Holcomb—. ¿Alistarte en la armada como quiere que hagas tu padre? ¿O prefieres las carreras? Pienso pillar nuestras motos y conseguir otro patrocinador. ¡No pienso irme sin esto!

Me guardo unas cuantas flechas detrás de los vaqueros y coloco una en el arco.

—La tía esta va a firmarme un cheque y, luego, tal vez me vaya —dice—. Después de que me la haya follado por todas partes, aunque no hace falta que te quedes para eso.

«Kaleb, ¿dónde estás?».

La cuerda del arco cruje y yo dibujo una mueca mientras espero para comprobar si lo habrán oído.

—Bueno, quedarte puedes quedarte, pero yo voy primero —añade.

Exhalo en silencio, me coloco la flecha entre los dedos y me preparo.

—¡Toma! —dice el chico y oigo el ruido de unas llaves—. A ver si son estas.

Las motos arrancan y entonces me doy cuenta de que han encontrado las llaves de las motos en las que ha acabado de trabajar Jake y que tiene que enviar ya. No sé quién es el tercer tío, y el sudor me resbala por la espalda.

«Idos ya. Pillad las motos e idos. Por favor».

«Idos, venga».

—No vamos a salirnos con la nuestra —dice el otro.

—Claro que sí —contesta Terrance de mala manera—. Se calcinaron en el incendio.

—¿Qué incendio?

Oigo que ríen y me quedo helada mientras voy asimilando cuál es su plan.

Holcomb me amenazará cuando me encuentre. Como sé que Kaleb no se meterá en ningún lío serio por haberse cargado esas motos, su intento de chantaje ha fallado.

Así que el plan B es que, si yo no obedezco, le firmo un cheque y le doy todo lo que quiera, Terrance se lo arrebatará todo a los Van der Berg. Provocará otro incendio.

Y tiene dos testigos que alegarán que esta noche estaba a saber dónde; en cualquier lugar, menos aquí. Se irán con las motos y los bomberos nunca llegarán a tiempo.

Me trago la bilis.

Jake, Kaleb y Noah han construido este lugar. Este es el hogar de Kaleb. A excepción de la cabaña de pesca, es el único lugar donde se siente bien.

Casi me detengo y me llevo una mano al bolsillo de nuevo. Podría llamar a la policía.

Sin embargo, si intentara avisarlos, Terrance Holcomb se me echaría encima. Y cuando la poli hubiese conseguido rastrear la llamada, Holcomb ya se habría salido con la suya.

Salgo disparada desde detrás del mueble, tenso la cuerda del arco, echo la flecha hacia atrás y la suelto en un movimiento rápido y decidido. Le rozo el hombro al otro tío.

El chaval sale volando hacia atrás, cae al suelo y la flecha acaba clavada en la pared que tiene detrás. Y Terrance sale pitando de ahí en medio, sorprendido.

Paso por su lado, en dirección a las escaleras que dan a la casa, mientras pongo otra flecha en el arco, apunto a Holcomb y disparo con rapidez.

Solo quiero que salgan por patas. «¡Idos ya!».

Pero no se marchan. Holcomb arremete contra mí y grito.

«¡Mierda!».

Entro corriendo en la casa y cierro la puerta con pestillo. Voy hacia el salón a toda pastilla y subo las escaleras. Me encerraré en mi cuarto, llamaré a la policía y, si hace falta, me escaparé por el balcón. Quería evitar que le prendiera fuego a la casa entera, pero no a riesgo de que me haga daño.

Está loco de remate, joder.

Trastabillo por las escaleras y me golpeo la espinilla con un escalón. Grito, pero entonces se oyen un par de golpes en la puerta de abajo y oigo cómo se desgarra la madera cuando esta se abre de repente e impacta con la nevera.

Se me corta la respiración.

Vuelvo a ponerme de pie y echo a correr decidida hacia el segundo piso mientras oigo a alguien subiendo detrás de mí. Paso

de largo de mi puerta y a trompicones sigo subiendo las escaleras que dan al cuarto de Kaleb; cierro la puerta tras de mí y paso el pestillo. Me separo de la puerta y cojo otra flecha; sin embargo, tropiezo con mi propio zapato y caigo al suelo, pero me apoyo con las manos.

Me alejo todavía más, encajo la flecha en su sitio y oigo que Holcomb sigue subiendo las escaleras. Tenso la cuerda del arco justo cuando él echa la puerta abajo.

Y la disparo.

Le doy en el hombro y salto para ponerme de pie y preparar la última flecha de las que tenía guardadas en los pantalones.

Exhalo. Tengo los pulmones y el estómago cerradísimos.

Se oyen más pasos por las escaleras y, cuando veo a su amigo en el marco de la puerta, sigo tensando la cuerda.

Está preocupado. Pasea su oscura mirada de mí a Holcomb, que está tumbado en el suelo.

Lo apunto con el arma. El chico en cuestión se yergue y estira los brazos para defenderse.

—¿Ya te tienta más la idea de alistarte a filas o qué? —gruño.

Asiente y yo, con un gesto con la barbilla, le indico que se largue.

Él vuelve a mirar a su amigo una vez más antes de pirarse a toda prisa y desaparecer escaleras abajo.

Terrance gruñe y arruga la cara en una mueca de dolor mientras intenta levantarse. Tiene la sudadera empapada de sangre.

Lo tiro al suelo de un puntapié. Cae de espaldas, justo por donde le sobresale la flecha, y aúlla mientras yo lo apunto con la última que me queda.

Tengo que llamar a la poli, pero no pienso quitarle el arma de encima aún.

—Joder —se queja apretando los dientes.

Se gira para colocarse a cuatro patas antes de levantarse. Retrocedo y me preparo para volver a atacarlo, pero Holcomb sale del cuarto a trompicones y se apoya en la pared para bajar las escaleras. Me importa una puta mierda que se escape; con tal de que se pire de aquí...

Lo sigo y veo que cae al suelo y que va gateando hacia la escaleras. Las manos le ceden y Holcomb cae escaleras abajo, con la flecha aún clavada en el hombro y gritando de dolor.

—¡Tiernan! —me llama Noah desde el salón—. ¡Tiernan, contesta, venga!

—¡Aquí! —respondo.

Holcomb acaba de caer por los últimos escalones y yo me aferro al arco, con la flecha preparada, justo cuando veo que Kaleb viene corriendo hacia mí y me coge la cara con las manos.

Noah me quita el arma de encima y oigo que vuelve a abrirse la puerta delantera.

—Por el amor de Dios —suelta Jake al ver la escena.

—No te muevas —le ordena Noah a Holcomb y, con la bota aún puesta, le apoya el pie en la espalda para que siga tumbado en el suelo—, o te enseñaré cómo tratamos las heridas aquí, sin ambulancias cerca.

Kaleb clava sus ojos en los míos con la respiración agitada a más no poder, me da una sacudida y me planta un fuerte beso en la frente.

—¿Estás bien? —pregunta Jake acercándosenos.

Asiento. El corazón continúa latiéndome desbocado.

—Estoy bien —confirmo.

Creo. No lo sé. Me duele todo y, aun así, no soy capaz de descifrar qué es lo que me duele exactamente.

Me separo y miro a Jake, que está alternando la vista entre Holcomb y yo.

—Tiernan, lo siento —se disculpa mi tío—. ¿Estás bien? ¿Seguro?

—Sí.

—No lo pensé. —Se lleva la mano a la cabeza—. No deberíamos haberte dejado sola.

—¿Has oído la llamada? —le pregunto.

—Sí. —Dibuja una débil sonrisa—. Hemos subido a toda leche.

Sabía que vendrían.

—¿Seguro que estás bien? ¿No ha... intentado nada?

—Por intentar, ha intentado muchas cosas. —No sé si quiero reír porque Terrance ha fracasado de un modo miserable o llorar de lo muy aliviada que me siento—. Pero yo estoy como una rosa.

Holcomb gruñe desde el suelo y Jake lo fulmina con la mirada y la frente arrugada. Pilla el móvil y se aleja.

—Pasadme con Benson.

El *sheriff*. Y, como ya han ido a verlo esta noche y Kaleb sigue aquí, supongo que nadie ha presentado cargos, a diferencia de la amenaza que ha soltado antes Terrance.

—Oye, pero al menos no has fallado —intenta bromear Noah.

Finjo una risa y respondo:

—Había poca distancia.

Mi primo sonríe. Luego, ejerce más presión con el pie contra Holcomb y le aprieta bien la espalda restregándole la bota.

—Qué hijo de puta... —lo provoca—. Me acabas de alegrar el día.

Pues sí. Puede que Kaleb esté fuera de peligro, pero Holcomb acaba de ocupar su lugar en la lista del *sheriff*.

Levanto la vista hacia Kaleb.

Pero él ya no está mirándome a mí.

Se ha separado unos cuantos metros y tiene los ojos clavados en la maleta que he dejado antes al lado de la puerta. Desvía su mirada, ahora severa, hacia mi persona.

Se me cierra la garganta y trago saliva.

—¿Había más? —pregunta Jake cuando regresa donde estamos nosotros.

Tardo un segundo en apartar los ojos de Kaleb.

Al final, asiento y digo:

—Sí. Se han ido. No los he reconocido. Aunque puedo describir a uno.

Kaleb sale al exterior con su padre para inspeccionar la propiedad. Me siento abajo del todo de las escaleras con Noah y apoyo la cabeza en las manos durante unos largos minutos intentando tranquilizarme.

Al cabo de un rato, llega el *sheriff* con la ambulancia detrás y suben a Holcomb a la camilla mientras Benson me toma declaración. Le explico lo del incendio que sufrimos en invierno y la confesión de Holcomb cuando pensaba que yo no lo oía, y él nos dice que ha pasado por delante de su coche de camino a aquí. Supone que aparcaron antes, en algún lugar tranquilo, para colarse en la propiedad sin que nadie se enterase.

Kaleb y Jake vuelven a entrar y Kaleb se pasa el rato mirándome desde la otra punta de la estancia, como si estuviese asustado y arrepentido. Aun así, lo que más miedo me da es su distancia. ¿Por qué no viene a mi lado?

De repente, está tan lejos... Y, de vez en cuando, desvía la vista hacia mi maleta.

Los polis y la ambulancia por fin se marchan y Noah sale para cerrar bien el establo y asegurarse de que los animales se

encuentren en perfecto estado. Mientras tanto, Jake sale al porche para acabar de hablar con Benson.

Yo voy hacia la cocina, donde me encuentro a Kaleb sentado a la mesa, en medio de la oscuridad. Tiene los codos apoyados en las rodillas y está inclinado hacia delante, con la cabeza agachada y las manos entrelazadas.

Levanta los ojos y me mira.

Y la realidad vuelve a apoderarse de mí de golpe.

Supongo que ni yo misma sé lo que esperaba. No he sido yo quien le ha pedido a Holcomb que se presentara aquí arriba, por supuesto; sin embargo, cuando Kaleb ha entrado corriendo, me ha cogido la cara con las manos y ha confirmado lo que podría haber sucedido, tal vez se haya dado cuenta de que quiere pasar el resto de su vida conmigo.

Que quiere vivir en lugar de seguir encerrándose en sí mismo.

En vez de eso, se ha vuelto a encerrar porque se ha encontrado con mi maleta hecha y cree que soy como su madre y que lo voy a abandonar. Piensa que lo he traicionado. Aun así, de lo que no se da cuenta es de que, de adultos, ya no es una cuestión de abandonar al otro: es cuestión de alejarse o no; y en sus manos está el poder de impedírmelo.

Esta noche, la cosa podría haber salido mucho peor. ¿Acaso no se percata de ello?

—La criatura no es suya —me susurra Noah desde detrás—. Papá ha conseguido sonsacarle información al médico. Cici se quedó embarazada en agosto. Kaleb se pasó el mes entero encerrado en la cabaña de pesca; no volvió a dar señales de vida hasta principios de septiembre.

La noche que nos conocimos.

—¿Holcomb? —intuyo.

—Eso creemos nosotros también.

Holcomb es el padre de la criatura. Él y Cici estaban juntos en el bar la noche de mi cumpleaños. Cici nos ha dicho eso antes para tocarnos los cojones.

Miro a Kaleb fijamente, pero en lugar de sentirme aliviada, me invade una terrible sensación. Kaleb no va a luchar por mí. No me escribirá. No se comunicará por señas.

Nunca me hablará.

Nunca se comunicará con sus hijos, si es que los tiene.

Quiere a todas las personas que vivimos en esta casa, pero no nos lo dirá nunca.

Algo me estruja el corazón y se me van llenando los ojos de lágrimas mientras sigo con la vista puesta en él.

—¡Tiernan! —grita una mujer fuera—. ¡Ay, Dios!

Pestañeo.

—¿Está Tiernan aquí? —escucho que pregunta Mirai mientras sube alterada los escalones del porche.

Jake dice algo que no oigo y, a continuación, ella grita:

—¡Sal de en medio!

«¿Mirai?».

Las lágrimas me resbalan mejilla abajo. Me doy la vuelta, veo que entra en la casa a toda prisa, me mira a los ojos, suelta la bolsa de mano y viene corriendo hacia mí.

Me envuelve en un abrazo. Me quedo quieta un segundo y luego... la abrazo con fuerza; tanta que seguramente ella no pueda ni respirar.

Contengo los sollozos, pero me es imposible reprimir las lágrimas. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que la echaba de menos. La abrazo con más fuerza todavía y las emociones me abruman de repente.

—¿Qué diablos ha pasado? —me pregunta.

La suelto y me seco los ojos.

—No pasa nada. Estoy bien.

—No estás bien —grita y, justo detrás de Mirai, observo que Jake vuelve a entrar en la casa—. ¡Estás sangrando!

Me gira la cara para inspeccionarme la mejilla; me la toco y, al apartar la mano, veo que la tengo un poco ensangrentada. Debo de haberme hecho algún rasguño en algún momento, con tanto correr.

La abrazo de nuevo. Su oscura melena es larga y suave, algo que solo se consigue con champús de lujo, y huele a *spa*. Los recuerdos me invaden.

Me separo para mirarla. Está igual que como solía estar yo antes. Se me había olvidado lo muy arreglada que iba yo misma en su día. Con las uñas hechas, maquillada, bien peinada...

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto—. Pensaba que habíamos quedado en que te recogería yo en el aeropuerto.

—He encontrado un vuelo de conexión que salía antes y he alquilado un coche —me cuenta sin dejar de inspeccionarme de arriba abajo para asegurarse de que estoy bien—. Tenía la sensación de que ibas a impedirme que subiese hasta aquí o algo parecido.

Pues sí; muy astuta.

Miro a mi alrededor. Noah y Jake no nos quitan ojo, y Kaleb sigue en silencio en la cocina.

—Vayamos fuera un momento —le digo a Mirai.

—Tiernan... —me llama Jake al pasar, pero lo ignoro.

Pillo una chaqueta y la bolsa de mano de Mirai y se la doy mientras vuelvo a guiarla hacia su coche. El motor y las luces siguen encendidos. Debe de haber saltado de inmediato cuando ha visto la gorra de poli de Benson. Además, también debe de haberse cruzado con la ambulancia, al subir.

—¿Es ese? —me pregunta desviando la vista hacia atrás mientras bajamos los escalones de nuevo—. ¿Tu tío?

—Tú sígueme —respondo poniéndome la chaqueta.

Debería presentarlos. Deberíamos sentarnos todos y hablar.

Pero no puedo hacerlo. Tengo que aclararme las ideas antes de decidir qué es lo debe y no debe saber Mirai. Además, han pasado tantísimas cosas en las últimas doce horas que ni siquiera lo he procesado todo. Tengo que hacer que se marche, ver qué hacemos con Kaleb y, luego, ver qué hago con ella.

—Necesito que te alojes en un motel del pueblo —le digo deteniéndome al lado del coche—. Yo bajaré en un rato. Nos vemos allí.

—¿Qué? —exclama—. ¡No!

—Por favor... —le suplico mirándola fijamente a sus ojos marrones, adornados con unas cálidas motas de color ámbar—. Primero tengo que ocuparme de algo aquí. Por favor. No te preocupes.

—Tiernan... —empieza a decir.

Pero alguien se nos acerca y, cuando desvío la vista hacia la persona en cuestión, veo que Kaleb abre la puerta trasera del coche y mete mi maleta dentro antes de volver a cerrarla.

Me quedo helada.

Va hacia el asiento del copiloto y, mirándome a los ojos, me abre la puerta.

Y, de repente, Mirai ya no está aquí. Jake y Noah ya no están observándolo todo desde el porche y yo no noto que la lluvia, ahora más suave, me va mojando el pelo.

Kaleb me está ayudando a marchar.

Me está diciendo que me marche.

Me lo quedo mirando. Las lágrimas me abrasan los ojos, pero estoy tan estupefacta que no puedo ni llorar. Está marcando un límite. Ese que yo tenía miedo de marcar antes cuando he hecho la maleta. Porque yo no quería irme.

Solo pensaba que lo haría para darnos algo de espacio.

O a lo mejor tenía la esperanza de que cuando viese que me había ido, viniese a por mí.

Pero me está diciendo que me vaya. Prefiere que me vaya a tener que pronunciar una sola palabra.

Fijo mi mirada en sus preciosos ojos verdes, llenos de sentimientos que intenta esconder. Sin embargo, mientras intento encontrar las palabras que vayan a arreglar todo esto y a salvarnos, me doy cuenta de que ya no tengo nada más que decir.

Tal vez las palabras nunca fueron el problema. ¿Cómo era la expresión esa? «No es lo que dices, sino lo que haces», ¿no?

Y él, con este gesto, me lo está dejando todo más claro que el agua.

Subo al coche como si me moviese en piloto automático, me apresuro a cerrar la puerta y siento que se me encoge el estómago y se me remueven las tripas porque la idea de estar marchándome me parece irreal. No puede estar pasando.

No está pasando.

—Kaleb —escucho que gruñe Noah.

Mirai camina alrededor del coche, se sienta detrás del volante y pone marcha atrás.

—¡Tiernan! —grita Jake, a quien veo bajando los escalones del porche a toda prisa por el rabillo del ojo.

—¡No! —chilla Noah.

Jake pega un manotazo en la puerta del coche, nos mira a través del parabrisas y vuelve a gritar:

—¡Para!

—Arranca —le digo a Mirai girando la cabeza para que Kaleb no me vea llorar—. Por favor. Tú... arranca, por favor.

Mirai bloquea las puertas, pisa el gas con decisión y yo hundo la cara en las manos hasta que ya nos hemos adentrado en la oscura autopista que baja al pueblo, lejos de la casa, donde ya no puedo volver a ver su cara.

Capítulo treinta y cinco

Tiernan

Remuevo la sopa con la cuchara mientras pongo la oreja y solo oigo silencio. Dios, esta casa es como una tumba. Siempre lo he sabido, pero joder...

Ahora mismo, los chicos estarían viendo la tele y Noah estaría riendo a carcajada limpia mientras Jake, desde la cocina, le echaría la bronca por los malditos platos.

Habría música de fondo.

Bromas y diversión.

Vida.

Estaría Kaleb.

Me tiembla la barbilla. Hace veintidós horas que no lo veo.

Ahora todo me resulta extraño. Paseo la vista por la casa de mis padres, con encimeras de mármol impecables y electrodomésticos inmaculados. Esta no es mi casa.

Mirai me pasa una carpeta de cuero por encima de la isla. Me la quedo mirando.

—Te lo dejaron todo, por supuesto —me cuenta—. Esto es para que te quede constancia.

El testamento de mis padres me devuelve la mirada y yo vuelvo a desviar la vista hacia la sopa.

Dios, si es que me da igual. Me han arrancado el corazón y, ahora mismo, está tirado en la entrada de Chapel Peak.

Pestañeo para deshacerme de las lágrimas. Tengo que dejar de intentar entender cómo pudo dejarme ir. Tampoco es que sea algo a

lo que no esté acostumbrada.

Por lo menos, mis padres me dejaron dinero. Por lo menos, me mencionaron en el testamento. Lo cual demuestra que les importaba lo suficiente como para asegurarse de que yo fuera a estar bien.

Con ellos tenía garantizado vivir una vida llena de comodidades; eso y tal vez más. Soy tan rica que si no quiero, no tendré que levantar un dedo en toda mi vida ni salir de esta casa nunca más.

Hace seis meses, igual lo habría agradecido.

—No te quedes aquí —me suplica—. Quédate conmigo. O... ¿Y si alquilas un apartamento? Necesitas estar con gente.

Me enderezo sentada en la silla, aparto el bol que tengo delante y le contesto:

—Ya me conoces. Puede que tenga una personalidad de acero, pero... No necesito a nadie.

No es verdad. Necesito a gente a la que le gusten las chuches y... a la que le guste ver Netflix.

—No vas a ser débil por necesitar a alguien —señala Mirai con los ojos puestos en mí—. Menos a esos idiotas. Si hubiese sabido lo que iban a hacer, no te habría dejado subir a ese avión. Dos veces.

—Basta. —Sacudo la cabeza; de repente, me siento cansada—. La cosa no fue así, y yo ya no soy una niña. Ya hace mucho que no lo soy.

Aparta la mirada con los labios apretados, pero no dice nada.

Anoche, de camino al aeropuerto, se lo conté todo. Mirai se puso furiosa y casi nos salimos de la carretera; casi da media vuelta para regresar ahí arriba y cantarle las cuarenta a mi tío. Tuve que suplicarle que lo reconsiderara. Me pasé el vuelo entero de regreso a Los Ángeles llorando.

No quería soltarlo todo, pero necesitaba perspectiva. Supongo que necesitaba una nueva amiga.

—Son mi familia —afirmo con amabilidad en la voz—. Tuvimos que vivir juntos por obligación y pasaron cosas.

Fui yo quien estuvo allí. No ella.

Lo único que hice mal fue enamorarme de uno de ellos.

Parece que quiera decirme algo más pero, al final, asiente y deja el tema.

—Carter está paseándose por la propiedad para controlarlo todo —me dice mientras vuelve a calzarse los tacones—. Luego regreso con algo de ropa.

—Estoy bien —le aseguro.

Tengo seguratas en casa. No necesito que se quede a pasar la noche.

Aun así, ella me mira fijamente y me dice:

—Tú solo déjame que te cuide, ¿vale?

El tono que le aprecio en la voz tiene algo que me hace callar. Es como si Mirai estuviese harta de ir de maja y de preguntar.

Un poco como Jake. Le sonrío con discreción.

Me da un abrazo, cierro los ojos y le devuelvo el gesto.

Se despide y se va. Apoyo los codos en la encimera y me quedo con los ojos puestos en el testamento.

Sin embargo, lo único que veo en realidad es el recipiente plateado que me queda a la izquierda y que atisbo por el rabillo del ojo.

Miro esa urna que parece un joyero grande y chapado en oro, con unos grabados muy elaborados. La había guardado Mirai hasta ahora y me la ha traído esta noche. Una sola urna para los dos.

Mis padres querían que los enterráramos en el árbol con columpio que tenemos en el jardín. Ni siquiera se plantearon el hecho de que yo fuera a quedarme aquí o a vender la casa, claro está.

Hundo la cara en las manos y suelto un gruñido. Me duele el estómago; es como si tuviese una excavadora dentro. Y, a pesar de que no me he mirado en un espejo desde ayer por la mañana, cuando me imaginé embarazada con el bebé de Kaleb, estoy convencida de que tengo los ojos hinchados.

Dios mío, ayer por la mañana. ¿Cómo puede ser que haya cambiado tanto todo en un solo día?

Bajo del taburete, me meto las manos en el bolsillo de la sudadera y deambulo por la casa mientras voy asimilando lo mucho que ha cambiado este lugar. Todo sigue en su sitio; en el fondo, no hay nada distinto. Lo que sí es distinta es la forma en la que yo la concibo.

La chimenea era para fanfarronear y punto; solo la encendían en las fiestas o para las fotos de Navidad. Y, además, va con gas: no necesita leña, no hay troncos que crepiten y no huele a madera quemada.

Redecoraban las habitaciones cada equis años y reemplazaban muebles que apenas se habían utilizado por otros de estilo más moderno. Nunca jamás me tumbé a holgazanear y ver la tele en el sofá ni tampoco preparé nunca palomitas para una noche de cine.

Los chicos destrozarían este lugar en un santiamén. Al imaginarme una cabeza de ciervo sobre la repisa de la chimenea, sacudo la mía.

Subo las escaleras y me detengo en el rellano, arriba del todo, dispuesta a dar un esquinazo hacia la izquierda e irme a mi cuarto; aun así, me detengo y desvío la vista hacia la derecha. La puerta de la habitación de mis padres está cerrada; voy hacia allí y coloco la mano sobre el pomo.

El frío del metal me cala hasta los huesos; todavía oigo la voz de mi madre al otro lado de la puerta. El sonido de la copa de la cual

bebía cuando la apoyaba en el mármol de las mesas que hay dentro y el repiqueteo de las pastillas que se tomaba mi padre para encarar el estrés del día.

Debería haberles dicho algo.

Debería haber gritado, chillado, llorado...

Debería haberles preguntado.

Suelto el pomo, dejo la puerta cerrada, echo a andar hacia mi cuarto y abro la mía. No obstante, en cuanto entro, siento que se me llenan los pulmones y, sin saber muy bien por qué, se me escapa la risa y me resbalan las lágrimas mejillas abajo, todo a la vez.

He aquí los siniestros pósteres de Virginia Woolf y las fotos en las que salgo yo con una pose reflexiva, mirando a la nada.

Por Dios...

Mis padres siempre tenían fotos mías recientes a modo de referencia para las entrevistas, pero a la decoradora le pareció la mar de normal poner algunas en mi propio cuarto.

Y gris. Gris por todas partes.

Una colcha de piel de color gris. Las paredes de color gris. La alfombra también gris... Es como Pleasantville. Casi me da hasta miedo mirarme en el espejo.

Me quedo aquí de pie sin ánimo de seguir andando. Esta nunca fue mi habitación.

Doy media vuelta, vuelvo a bajar las escaleras y me dirijo a la cocina; no tengo muy claro qué narices estoy haciendo, pero por algo se empieza. Cojo una vela de las pequeñas y un mechero del cajón y me meto la urna de mis padres debajo del brazo mientras cruzo la casa y entro en el garaje. Rebusco entre los cajones hasta que encuentro la pala de jardín que estaba buscando y también la cojo.

«Hazlo y punto». El día de su entierro, fui incapaz de levantarme y demostrarles, a ellos, a mí misma o a cualquier otra persona que no tengo el alma hecha pedazos, joder, pero sí puedo hacer esto por mis padres.

Salgo fuera a toda prisa y voy hacia el árbol. Ni rastro queda ya del neumático que hacía de columpio y que Mirai cortó y dejó en el suelo en su día.

Me arrodillo, enciendo la vela y la dejo en la hierba para que me ilumine un poco.

Me pongo a cavar. Clavo la pala en la hierba y voy haciendo un hoyo en el suelo, cada vez más hondo y más ancho. Al tener la urna aquí al lado, como si fuese una puta bomba que estuviese a punto de explotar, se me remueven las tripas. No me puedo creer que mis padres se hayan convertido en cenizas.

Putas cenizas. Antes eran muchísimo. Eran grandiosos. Muy importantes.

Y ahora... Caben en una caja de zapatos.

Una puta caja de zapatos.

Se me escapa un sollozo, pero me trago el resto y tiro la pala a un lado.

«Dios...».

Abro la urna poco a poco, con sumo cuidado, y quito la bolsa de plástico transparente.

Pesa una tonelada y nada a la vez.

Voy esparciendo las cenizas con cuidado por el hoyo y vuelvo a guardar la bolsa vacía en la urna antes de cubrir las cenizas con tierra para volver a tapar el hoyo.

Me atraganto con las lágrimas y me froto las manos. Caigo al suelo y me siento con la espalda apoyada en el árbol.

Conque es así de fácil, ¿eh? Así de fácil es darles entierro, tirar las cosas... Pero esto no significa que nosotros dejemos de sentir su presencia. O que lo que hicieron vaya a desaparecer. Porque no es el caso.

Ojalá hubiesen llegado a conocerme.

Ojalá no hubiesen tenido que morir para que yo pudiese conocerme a mí misma.

Supongo que, a veces, no nos basta con las nubes. Necesitamos la maldita tormenta al completo.

Me quedo aquí afuera un buen rato, con la vista puesta en la frondosa rama que planea justo encima de mi cabeza y de donde mi padre colgó la cuerda para el columpio. El roce que se aprecia en la madera es testigo de todas las noches que mis padres se pasaron jugando aquí durante años. Sigue pareciéndome surrealista que yo no saliera ni una sola vez para sentarme en el columpio.

Aunque, claro: tampoco tenía quién me empujase.

Apago la vela de un soplo y vuelvo a llevármelo todo dentro; lo guardo y cierro la casa. Apago las luces y me aseguro de que la puerta trasera esté bien cerrada pero no cierro la delantera con llave y pestillo porque luego vendrá Mirai.

Subo las escaleras y bostezo; estoy agotadísima. Aquí ya son las siete pasadas, o sea, que en Chapel Peak es poco más de las ocho. ¿Qué estará haciendo ahora mismo? A estas horas, él no estaría yéndose a la cama aún. No a menos que fuera yo, porque va donde yo esté.

Me duele el corazón. Creo que no esperaba que fuese a llamarme, pero tampoco sé si esperaba que Kaleb simplemente fuese a aceptar que estuviésemos alejados. Pero aquí estamos: ya ha pasado un día y nada.

Me detengo arriba del todo de las escaleras, dispuesta a irme a la cama. Sin embargo, giro a la derecha y voy hacia el cuarto de mis padres; esta vez, sí abro la puerta.

El olor a vainilla y a bergamota me asalta y, en un acto reflejo, casi aguanto la respiración. Me gustan ambas fragancias, pero no juntas. Esta mezcla siempre me recordará a ella.

Entro en el cuarto y miro a mi alrededor. Todo sigue igual de impoluto; es como si continuaran vivos. La cama está hecha, no hay señal alguna de que sus cuerpos se pasaran horas aquí tumbados hace meses y el cristal que cubre el tocador que tenía mi madre para maquillarse centellea bajo la luz de la luna que se cuela por esas claras cortinas blancas. Los cristales que cuelgan de la lámpara de mamá titilan y yo enciendo la luz antes de girar sobre mí misma por completo y examinar el cuarto.

Aun así, por más que intente encontrar alguna especie de conexión con ellos, no lo consigo. No tengo ningún recuerdo aquí. Nada de noches que me colase en su cama. Ni de jugar con el maquillaje de mi madre o ayudar a mi padre a ponerse la corbata.

Me adentro en el vestidor, enciendo la luz y me fijo en la gran colección de vestidos preciosos que tanto anhelé probarme durante años, pero que nunca pude.

—Hey —oigo que me saluda Mirai a mis espaldas.

Ya ha regresado.

Giro la cabeza despacio mientras estudio el montón de ropa y la exposición de joyas y relojes que hay en el vestidor de mis padres. Pienso en todas las obras de arte esparcidas por esta casa y los coches que tenemos en el garaje y que ya no tienen nada que ver conmigo. Este sitio está lleno de cosas que nunca formaron parte de mi vida y ya no quiero que formen parte de ella.

—¿Te importaría llamar a Christie's por la mañana? —le pregunto a Mirai mientras cierro la puerta y me doy la vuelta para mirarla—. Organizaremos una subasta. Y donaremos las ganancias a las asociaciones benéficas favoritas de mis padres.

—¿Estás se...?

—Sí —la corto entrando por la puerta—. Estoy segura.



—Gracias. —Sonrío, cojo el burrito para desayunar y el tique.

Salgo de esta pequeña tienda, me cubro la cabeza con la capucha y protejo los AirPods de la ligera lluvia que está cayendo mientras sigo escuchando *The Hand That Feeds*. Atravieso el paseo, donde apenas me cruzo con nadie, paso de largo del muelle y me dirijo a la playa. Cuando los talones se me hunden en la arena, esta empieza a colárseme en las Vans.

Unas nubes bajas y oscuras cubren el cielo, ocultando el sol de la mañana, mientras las olas acarician la arena. La playa está tranquila y prácticamente vacía; solo hay unas cuantas personas corriendo por aquí. Un par de surfistas reman para salir del agua y sus empapados trajes de neopreno resplandecen desde mi posición. Me siento y me quito la mochila; cojo la botella de agua y me cruzo de piernas mientras desenvuelvo el burrito.

Le doy un mordisco y me quedo con la vista puesta en el océano. El aire me trae el olor a sal y a mar, y sonrío un poco.

Seis semanas.

Regresé a California hace seis semanas y los días cada vez se me hacen más llevaderos. Pronto haremos la subasta. He redecorado mi

cuarto y he renovado algunos muebles que había por casa; también me he apuntado a una escuela de Diseño en Seattle y, en otoño, me iré a estudiar allí. Todavía tengo unos cuantos meses para viajar o hacer lo que me dé la gana antes de que empiece la uni.

He llamado a Jake. Y él me ha llamado a mí.

Aun así, tampoco es que sea muy hablador por teléfono. Sigue manteniéndose firme en que tengo que volver al pico y que, cuando esté allí, ya hablará conmigo.

Pero no voy a volver. Tengo que hacer esto.

Me termino el burrito, guardo la basura en la mochila y me llevo la botella de agua a la boca. Puede que ahora mismo no sea más feliz que cuando me fui, pero, por lo menos, me respeto. No me queda otra.

Me recuesto y me tumbo en la arena, lista para que unas pequeñas gotas me acaricien la cara.

Sin embargo, cuando levanto la vista, veo que alguien me está mirando de pie, justo encima de mí.

—Hey —me saluda.

—¿Noah?

Me quito los AirPods, salto de golpe y me bajo la capucha.

—Conque esto es Surf City, ¿eh? —me dice dejando las botas en la arena y sentándose a mi lado.

Me lo quedo mirando boquiabierta e incapaz de pestañear.

—¿Qué...? ¿De dónde has salido?

Sonríe con esa sonrisa tan suya y yo pierdo el control. Se me encoge el pecho, me entran ganas de llorar y me abalanzo sobre Noah para abrazarlo por el cuello.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunto.

—Bueno, no estabas en casa... —me explica y me devuelve el abrazo con fuerza—. Y, como llovía, he probado suerte.

Me acuerdo de que le conté que me encanta venir a Huntington Beach cuando llueve y se me escapa una risa. Chico listo.

—De hecho... —Me suelta y yo me siento para mirarlo bien: se ha cortado el pelo y está más moreno—. En agosto, tras el incidente ese con Holcomb en el lago, mi padre aprovechó cuando no estabas mirando y te instaló una *app* de seguimiento en el móvil.

¿En serio? Pongo los ojos en blanco.

«Holcomb».

Hacía un tiempo que no pensaba en él. Por lo que me contó Jake, se declaró culpable y le cayeron quince meses por incendio premeditado junto con unos cuantos cargos más.

—Bueno y... ¿cuándo has llegado?

Lo piensa un segundo y responde:

—¿Hará seis semanas?

—¿Seis semanas? —suelto—. ¿Llevas seis semanas en Los Ángeles? ¿Cómo no has venido a mi casa?

Lleva el mismo tiempo aquí que yo. Solo he conseguido hablar con él por mensaje. ¿Será que quería que fuera una sorpresa? Porque si es así, se lo ha tomado con calma.

«Seis semanas...».

Adopta una expresión pensativa, y su voz, un tono más dulce:

—En parte, yo también necesitaba estar solo.

Me lo quedo mirando, pero no tengo nada que decir. Lo entiendo. Fue todo un poco caótico.

El viento me azota el pelo, que se me va mojando despacio con la lluvia, y me lo aparto de la frente.

—Me alegro de verte —le digo.

—Eso esperaba —responde él.

O sea, ¿que ya tiene donde quedarse? No se habrá estado hospedando en hoteles desde que llegó, ¿verdad?

Sea como sea, espero que esto signifique que, a partir de ahora, lo veré más. Al menos, hasta que me marche a la uni.

—Ya tengo patrocinador —afirma alegre.

—Qué bien. —Le dedico una ancha sonrisa—. O sea, que ahora tienes un equipo.

—Lo está formando, sí. —Asiente—. He tenido suerte y he sido su primer fichaje.

—¿Quién lo lleva?

—Jared Trent, de JT Racing —me cuenta—. Es un tipo interesante. Es como una mezcla entre mi padre y Kaleb.

Al oír el nombre de su hermano, me quedo petrificada un instante. Es como si me hubiese pasado todo este tiempo fingiendo que nada de eso fue real y, de repente, aparece Noah y me da una patada en el estómago. De pronto me duele todo.

Aun así, me obligo a reír y contesto:

—Puaj.

—Y que lo digas... —Arruga los labios un poco melancólico—. No habla mucho, y cuando lo hace, casi desearías que no lo hubiese hecho.

Pues sí. Kaleb y Jake son justamente así.

—Pero... le gusta cómo corro —prosigue Noah—. Y yo necesito a alguien como él a mi lado.

Me alegro de que haya encontrado lo que andaba buscando. Aunque detesto que piense que no tenía ya todo eso antes.

—Tienes a mucha gente así a tu lado —le recuerdo con la vista puesta en él—. Tú solo espera.

Le envuelvo el brazo con los míos, le apoyo la cabeza en el hombro y nos quedamos mirando cómo se mecen las olas del mar. Iré a todas las carreras que pueda y presumiré de primo con todos mis amigos.

En cuanto haga algunos.

—Puedes preguntarme por él, ¿eh? —me dice con un hilo de voz.

Bajo la vista y guardo silencio. Me muero de ganas de saber algo sobre Kaleb, lo que sea.

Y al mismo tiempo, no quiero saber nada. Está vivo, eso por descontado, o sea, que come, duerme y respira perfectamente sin mí a pesar de que haya días en los que yo sienta que se me desgarra todo por dentro.

—Papá dice que se fue a la cabaña de pesca justo después de que te marcharas y que no ha regresado desde entonces.

Sacudo la cabeza.

—Mejor no hablemos de él. —Levanto la vista y miro a Noah a los ojos—.Y tú, ¿qué? ¿Eres feliz?

Me mira y me pregunto por qué no podía haberme enamorado de él.

Es tan fácil querer a Noah...

—¿Me guardas rencor? —le pregunto en un susurro al ver que no responde.

Entorna los ojos y se le dibuja una dulce sonrisa en los labios.

—Tenías razón, Tiernan —contesta—. Estaba enamorado, pero de otra cosa.

De las carreras.

—Ahora tengo futuro —manifiesta—. Y soy muy feliz.

Vuelvo a apoyarle la cabeza en el hombro y suelto todo el aire que, sin darme cuenta, llevaba meses conteniendo.

Apoya la cabeza en la mía, me da un beso en el pelo y seguimos observando el océano.

—Te quiere con locura, lo sabes, ¿no? —me dice.

Siento que se me instala un nudo en la garganta y las lágrimas me resbalan por las mejillas.

—Kaleb sigue en ese coche, Noah.

Capítulo treinta y seis

Tiernan

Noah regresa al hotel de larga estancia que le está costando un dineral para ir a recoger sus cosas mientras yo vuelvo a casa y le preparo una habitación. Su patrocinador está en las afueras de Chicago, así que puede que mi primo tenga que viajar mucho, pero el equipo también tiene una rama comercial aquí, de modo que esta será su casa-base cuando permanezca en la ciudad.

Nos hemos pasado el resto del día caminando y charlando y, después de comer, lo he llevado a uno de los sastres favoritos de mi padre: le confeccionará un traje a medida por si tiene que asistir a algún acontecimiento de etiqueta de cara al futuro, ahora que empieza esta nueva aventura. Cuando terminamos, ya es tarde. Cenamos, volvemos a su hotel para que acabe de meter las cosas en la maleta y pueda descansar, y dejamos el *check-out* para mañana. Y yo regreso a casa.

Pedí que cambiaran la cama del antiguo cuarto de mis padres, así que le dejaré esa habitación a Noah, porque tiene un baño privado. No necesito encontrarme a nadie deambulando por aquí en mitad de la noche en caso de que mi primo decida invitar a alguna chica.

—¡Deberían pegarte un tiro! —escucho que grita Mirai cuando entro en casa.

Me detengo y pongo bien la oreja antes de cerrar la puerta con cuidado. ¿Qué narices...?

—¡A quien deberían pegarle un tiro es a la persona que ha diseñado este cuarto! —le espeta Jake—. Estas cortinas parecen la

mierda esa que se pone en los ataúdes.

¿Jake? Me animo un poco más. Él también está aquí.

—Ufff —gruñe Mirai.

Algo cae al suelo y se rompe. Cruzo la entrada de puntillas y me escondo detrás de la pared que da al salón.

—¡Uy! —exclama Jake—. Adiós a la bombonera. Debió de costar trescientos dólares y seguro que nunca la utilizó nadie, porque esta casa no ha visto nada de carbohidratos desde 2002.

Río por lo bajo, pero me tapo la boca para que no se enteren de que estoy aquí.

—Vete —le ordena ella.

—No.

—¡Llamaré a la policía!

—Llegarán antes los de TMZ que la poli.

Sacudo con la cabeza y miro por la esquina. Jake mete la mano en una de mis bolsas de *snacks* fritos vegetales y Mirai, que está cerca de él, resopla con las manos en las caderas.

Levanta las garras como si quisiera estrangularlo.

—No tenía tantas ganas de darle un bofetón a alguien desde...

—¿Desde anoche, cuando soñaste conmigo?

Me echo hacia atrás y me apoyo contra la pared. Mirai sigue cabreada por lo que ocurrió entre los Van der Berg y yo en la casa de la montaña, pero, eh, a mi tío eso no le asusta.

—¿Dónde está? —le pregunta él.

—No lo sé.

—¿Mirai? —canturrea.

—Que te jodan.

Vuelvo a mirar por la esquina. Quedan de espaldas a mí y mi tío está detrás de ella, incitándola.

—No pasó como tú crees —le cuenta—. Somos su familia. Mataríamos con tal de protegerla.

Al oír eso, me sonrojo. Sin embargo, Mirai sigue sin estar convencida.

—Vete a la mierda —le dice ella.

Paso por debajo del arco para escabullirme por las escaleras y subo pitando antes de que puedan verme. No tengo la energía suficiente para lidiar con esto esta noche. Ya saludaré a Jake mañana.

—Voy a llamar a seguridad. —Oigo que le advierte Mirai.

—No pienso marcharme —la provoca él—. Si hace falta, me quedaré aquí toda la noche. Y esperaré contigo...

—No, qué va.

—A tu lado... —prosigue mi tío.

—Bas-ta.

—Mirándote...

—Ufff.

—Tú y yo solos... —bromea Jake.

Tras una pausa, escucho:

—¡Aah! —grita Jake—. ¡Que me ha dolido! ¡Y me sangra la nariz, hostia!

—¡Apártate de la alfombra! —le grita ella.

Voy corriendo hacia mi cuarto, agarro el pomo y cierro la puerta sigilosamente.

No sé si Noah ha venido a buscarme porque sabía que su padre iba a venir o si Jake ha venido para ver qué tal le va a Noah y ha decidido pasarse por aquí también. La cuestión es que, sea como sea, están los dos aquí. Solo espero que, si Kaleb sigue desaparecido, Jake le haya pedido a alguien que vigile la propiedad y se ocupe de los animales mientras él no esté.

Aunque, de momento, voy a dejar que se las apañen con Mirai. Tienen que pasar algo de tiempo juntos y arreglar sus problemas. Le guste a Mirai o no lo que sucedió, Jake no va a marcharse. Y si ella quiere seguir formando parte de mi vida, va a tener que aguantarlo a él también.

Me dejo caer en la cama y hundo la cara en la almohada. El día ha estado bien, pero ha sido largo. En cierto modo, he vuelto a notar el aleteo que dejé de sentir en el pecho cuando me marché del pico hace seis semanas, ese que antes sentía a todas horas. Ahora que Noah y Jake están aquí, me siento más en casa. Un poquito, aunque sea.

El catálogo de cursos de la universidad me acecha con todo su esplendor desde la mesita de noche. A pesar de que me siento bien, cuando desvío la vista hacia él esa sensación cambia. Por la mañana, tenía ganas de ir a la uni.

Ahora que están ellos aquí, en cambio...

«Joder... Estos tres siempre me confunden». Alargo el brazo, tiro de la cadenita de la lámpara para que la oscuridad envuelva la habitación y cierro los ojos.



Me despierto sobresaltada por culpa de un ruido. Pestañeo para deshacerme de la somnolencia y me giro para quedar tumbada boca arriba mientras espero a que los ojos se me adapten a la oscuridad.

¿Qué ha sido eso? Sonaba igual que cuando graniza. En Los Ángeles no graniza.

Enciendo la lamparita, me siento y me froto los ojos. Desvío la vista hacia la ventana; la noche es oscura pero no hay ni una nube, y fuera reina el silencio.

Salto de la cama, voy hacia allí y aparto la cortina transparente.

Me cubro la boca con una mano para bostezar y me fijo en el tono azul que le da la noche a la hierba y en la sombra que dibuja el árbol sobre el jardín, ya a oscuras.

Pero, entonces, una sombra se mueve y yo enfoco más la visión.

Una cuerda cuelga de la misma rama que utilizaron mis padres para montar el columpio y, al final de esta, hay un pequeño neumático. Se me acelera el pulso. ¿Lo estoy viendo bien? Mirai cortó el neumático en agosto y, cuando regresé aquí, no había ninguna cuerda en el árbol. Lo...

Voy decidida hacia la puerta del cuarto, la abro y cruzo el pasillo a toda prisa. Alguien ríe en la cocina y el aroma al chili de Jake me inunda los pulmones y hace que rujan mis tripas. Aun así, yo paso de largo, sigo andando por el pasillo y salgo por la puerta trasera.

¿Cuándo fue la última vez que miré a través de esa ventana? Ayer, ¿quizá? ¿Lo habrá colgado Mirai? ¿Para que ahora tenga un columpio yo?

Sería todo un detalle, supongo.

O a lo mejor lo ha puesto por mis padres, porque sabe que he enterrado aquí sus cenizas. Como si fuera una especie de homenaje final.

Rodeo la casa y lo veo a lo lejos, meciéndose con la suave brisa que sopla. No es el mismo neumático. Este es más pequeño y tiene una tira blanca alrededor. Podría servirle a un niño pequeño.

Alguien sale de detrás del árbol y me detengo cuando cruzamos nuestras miradas.

Kaleb me está observando.

Me quedo completamente sin aliento y me da la sensación de que nada de esto es real. Sin embargo, se mueve, apoya la mano en la cuerda que hay justo encima del neumático y lo echa hacia delante para que me siente.

¿Lo ha hecho él?

¿Cuándo...? ¿Cómo...?

Mis pies echan a andar por voluntad propia y me acerco más a Kaleb.

—¿Qué haces aquí?

Se lo pregunto con un hilo de voz prácticamente inaudible, porque, de repente, tengo la boca seca. No me puedo creer que Kaleb haya abandonado Chapel Peak. ¿Se ha subido a un avión para venir hasta aquí?

A lo mejor ha venido en coche, pero aun así...

Es surrealista. Me resulta imposible imaginármelo en cualquier parte que no sea allí, pero aquí está.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto.

Evidentemente, no responde. Se limita a tenderme la mano para que se la coja.

Bajo la vista hacia la vena que le atraviesa la palma de la mano y me acuerdo de las noches en las que recorrí todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo. Y de esa noche, en concreto.

Le cojo la mano y él, en lugar de hacerme pasar por dentro del neumático, me coge por debajo de los brazos para levantarme bien alto. Paso las piernas alrededor de la cuerda y me sujeto mientras él me sienta.

Estoy ilusionadísima y feliz. Tanto que casi me mareo. Dios, cuánto lo quiero.

Está aquí. Puedo tocarlo.

¿Qué significa esto?

La rama cruje bajo mi peso y, al estar aquí sentada, me da un vuelco el estómago. Me he pasado la vida imaginándome cómo sería estar así, aquí. Quiero sonreír, pero no lo hago.

Kaleb me echa hacia atrás y me suelta, y yo me mezo con la brisa. No puedo seguir conteniéndome. Sonrío de forma involuntaria, cierro los ojos y siento cómo vuelo por el aire. El columpio vuelve hacia atrás y Kaleb me empuja otra vez; ahora, con más fuerza. Me agarro con firmeza a la cuerda, acercándomela bien al cuerpo, y disfruto de la ligereza que noto en la mente y de cómo se me revuelve el estómago.

Kaleb agarra el neumático, le da vueltas y nos manda al columpio y a mí girando bastante alto en mitad de la noche, acercándonos a la casa y retrocediendo de nuevo hacia él. Río, sonrío y, finalmente, alargo bien los brazos y echo la cabeza hacia atrás mientras dejo que me despeine el viento.

Es precioso, maravilloso, y me siento libre. Con razón a mi madre le encantaba estar aquí.

Es casi suficiente para que no recuerde lo dolida que estaba. No quiero que se vaya.

Pero no estoy segura de si Kaleb debería haber venido.

El neumático gira y frena un poco porque él deja de empujarme, y el columpio empieza a ir cada vez más lento. Ya no noto esa agitación en las tripas, y el mundo deja de girar. Cuando Kaleb lo detiene detrás de mí, sin moverse, yo bajo la vista al suelo.

—¿Cómo sabías lo del columpio? —le pregunto, aunque no espero que me responda, claro.

Me tiende un trozo de papel doblado muchísimas veces. Lo cojo y lo abro.

En cuanto veo la imagen, lo tengo clarísimo. Es una copia impresa de un artículo: uno sobre mis padres. Se ve a mi padre empujando a

mi madre en el columpio que había antes aquí, en este mismo lugar, y sonríen como no los había visto sonreír jamás.

Arriba a lo lejos y sin que se me vea casi, salgo yo. Debería de tener unos siete u ocho años y los miraba desde la ventana de mi cuarto, con la barbilla apoyada en las manos.

Vuelvo a doblar el papel y se lo devuelvo.

—No me puedo creer que estés aquí —confieso casi susurrando —. Has salido de Colorado...

—Ya iba siendo hora —contesta.

Sus palabras me calan hondo e inhalo con fuerza.

«¿Qué?».

Bajo del neumático y me giro para mirarlo porque no me creo lo que acabo de oír. Profundo pero dulce. Claro y fuerte. Ha hablado.

Kaleb ha hablado.

Pasa por el lado del neumático y viene hacia mí.

—Tú eres mi hogar, estés donde estés —pronuncia en voz baja.

Sacudo la cabeza. No sé si es que no me puedo creer que por fin esté oyendo esto o si es que no puedo creerme que no recuerde por qué narices estaba enfadada para empezar. Es como si todo se desvaneciera y esas palabras fuesen todo cuanto necesitaba oír.

Se lleva la mano detrás y saca una edición de bolsillo gris que me resulta familiar.

—He encontrado el libro —me dice y me lo pasa.

Lo cojo y veo que es el que leímos en la cabaña de pescar: *Las sirenas de Titán*. Teníamos que terminarlo cuando llegásemos a casa, pero una vez allí nos dimos cuenta de que nos lo habíamos olvidado en la cabaña.

—Cuando te fuiste, me pasé un buen tiempo en la cabaña y empecé a leerlo desde el principio.

Lo escucho mientras habla. Me encanta su voz; es preciosa. Es aterciopelada y relajante, a pesar de que siga pronunciando las palabras con fuerza. Porque son todas nuevas para él.

—En voz alta —añade.

Se ha pasado las últimas seis semanas leyendo en voz alta para practicar y poder hablar.

Me paso un dedo por el rabillo del ojo.

Él se me acerca, me acaricia la cara y me seca una lágrima antes de que me resbale mejilla abajo.

—¿Te escuchas mejor a ti misma, ahora que estás sola? —me pregunta.

Sonrío discretamente. Encontró mi nota. Sigue teniendo una mirada asombrosa, pero su tono de voz... traiciona su escrutinio. Está preocupado por si ya no quiero estar con él.

—Creo que estoy preparada para escucharnos a los dos —contesto—. ¿Y tú?

Asiente.

—Yo también tenía que aprender a hacerlo —afirma—. Necesitaba escucharme a mí mismo. Siento... haber tardado tanto.

Sonrío. Kaleb se inclina y me besa. Le rodeo la cintura con los brazos y una ola de calor me recorre el cuerpo al instante.

«Kaleb...».

Me besa lentamente y luego lo hace con más ímpetu; me introduce la lengua y me mordisquea el labio inferior antes de tirar de él.

—Iré allá donde estés —me susurra entre besos.

—¿Pero serás feliz?

A mí me encantaría volver a Chapel Peak algún día y quedarme allí. O mejor aún: en la cabaña de pesca. Aunque tendríamos que

renovarla y ampliarla un poco. Sin embargo, antes tengo que hacer otras cosas. ¿Vendrá a una ciudad tan grande conmigo?

Deja de besarme y me mira a los ojos.

—No seré feliz si no estoy contigo —sentencia—. Eso lo tengo clarísimo.

Y eso es todo cuanto necesito saber yo. Mientras estemos juntos, nos sentiremos en casa; estemos donde estemos.

—Te quiero —le digo.

Me roza la nariz con la suya y me dice:

—Yo también te quiero.

Se me encoge el pecho e intento no sollozar como si fuera una idiota. Aunque es genial oírselo decir. Por fin.

Nos besamos y nos abrazamos, y yo ya casi empiezo a imaginarme lo que haremos durante los meses que quedan hasta que empiecen las clases de Diseño.

—Sigue hablando —le suplico.

Me encanta su voz.

Ríe por lo bajo con un sonido grave y embriagador.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo que sea. —Sonrío—. O léeme.

Me coge por detrás de los muslos, me levanta y yo me ciño a su torso con las piernas.

—A ver qué libros tienes. Enséñamelos —murmura con los labios pegados a los míos.

—Están en mi cuarto.

Me mordisquea los labios y, con un tono oscuro, responde:

—Menos mal.

He aquí una promesa escondida en sus palabras.

Sonrío y lo abrazo con más fuerza mientras él me lleva dentro.

Epílogo

Kaleb

Cinco años después...

Le acaricio los labios con el pulgar mientras se mueve encima de mí, frotándose y metiéndosela dentro.

Hay que ver lo que le gustan las tiendas de campaña a esta chica. ¡Hostia puta!

Arquea la espalda y el pelo le cae por detrás mientras cabalga sobre mi cuerpo. Me recuesto un poco hacia atrás con una mano y la agarro por la cadera con la otra.

«Joder, cielo». Gruño.

—Kaleb... —dice Tiernan, gimiendo.

Me clava las uñas en los hombros y se inclina hacia mí para besarme. Su sabor y el calor corporal que desprende hacen que me dé vueltas la puta cabeza. Ya es la segunda vez en seis horas; se me ha colocado encima hace solo diez minutos, justo cuando empezaba a amanecer, y me ha despertado para que me activase.

Y qué rápido me activo cuando algo tiene que ver con la preciosa de mi chica.

Se oye cómo crujen y se mueven un poco las piedras de la playa; alguien más se ha despertado en el campamento. Le agarro el pelo y sujeto a Tiernan con fuerza para que no haga ruido.

Ralentiza el ritmo y relaja la respiración para que pasemos desapercibidos porque hay más gente a nuestro alrededor, pero no

deja de mover las caderas. Con dulzura. En silencio. Pasándome la lengua por los labios y haciendo que me dé un vuelco el estómago, porque esta mujer me vuelve jodidamente loco, hostia.

—Me encanta sentirte dentro —me dice con los labios pegados a la boca—. Te quiero, cariño.

Se me ensancha el pecho. Le acaricio la teta y se la aprieto; quiero llevármela a la boca.

Pero me empieza a latir la polla, cálida, y yo aguanto la respiración mientras Tiernan acelera el ritmo y me folla con garbo con su cuerpazo.

Nos corremos con la respiración agitada e intentamos guardar silencio mientras su estrecho coño se contrae a mi alrededor, húmedo y cálido. Me corro en su interior y echo la cabeza hacia atrás mientras me continúa palpitando la polla y se la hundo tanto como puedo.

Inhalo con fuerza en busca de aire. Jo-der.

Tiernan se deja caer encima de mí y chocamos con los sacos de dormir mientras gotas de rocío repiquetean en la parte superior de nuestra tienda de campaña.

Llevamos años yendo de excursión a la montaña y de viaje, y durmiendo en tiendas de campaña, cabañas, moteles y camionetas. Sin embargo, ella se pone mucho más cachonda en las tiendas de campaña; a saber por qué.

Le agarro el pelo por la parte superior de la cabeza para mantenerla pegada a mí y la beso.

—No quiero soltarte nunca. —Exhalo—. Ni para mear.

Tiernan ríe y responde:

—Pues vas a tener que hacerlo. Hoy te toca a ti.

Gruño ante su desagradable recordatorio. Detesto tener que hacerle comer esa mierda asquerosa al pobre crío.

Tiernan baja de mí y yo le acaricio lentamente el culo unos cuantos valiosos segundos más antes de ponerme los vaqueros y pillar la bolsita que me pasa ella.

Salgo de la tienda, me levanto y estiro los brazos por encima de la cabeza mientras respiro el cálido aire de julio. El estanque y la cascada quedan a lo lejos, y mi padre está en la orilla de arena, preparando la caña otra vez. Sonrío. Lo que más nos gustaba hacer juntos era cazar y pescar. Debería haberlo hecho más cuando aún era un niño.

Me aseo con el recipiente de agua y me lavo la cara antes de secarme y llevarme la bolsa que me ha dado Tiernan a la tienda verde que tenemos al lado. Abro la cremallera, me agacho y entro. Noah sigue dormido boca arriba, con mi hijo envuelto en un brazo.

Me quedo aquí, disfrutando un segundo de la vista. Griffin tiene dieciocho meses y, a pesar de que a Tiernan no le fue nada fácil terminar la carrera siendo madre primeriza, lo consiguió. Y yo la ayudé un poco. Después de que se graduara, nos quedamos un año más en Seattle, donde criamos a nuestro hijo e hicimos algunos viajes por carretera; sin embargo, ahora, por fin estamos en casa, en Chapel Peak.

Noah abre los ojos, bosteza y dice:

—Hey.

Me arrodillo y despeino a Griff, que sigue dormido.

—Gracias por cuidarlo —le susurro a mi hermano—. Necesitábamos una noche para nosotros dos.

Intento arrancarle el crío de los brazos. Tengo que cambiarle el pañal, clarisísimamente.

Aun así, Noah lo abraza con más fuerza y rechista:

—No. —Me mira con la frente arrugada—. El liante este y yo hemos hecho buenas migas.

Río por lo bajo y le arranco a mi hijo de los brazos igualmente mientras le contesto:

—Ya sabes lo que te toca.

Cojo a mi hijo en brazos y el niño se despereza y bosteza. Tiene los ojos verdes y el pelo rubio. Lleva los pies descalzos y miden la mitad que mi mano. Es un niño increíble.

Intento despertarlo con unos cuantos besos en las mejillas. Cojo el biberón que me ha dado Tiernan y se lo coloco en los labios; al final, Griff abre los ojos y empieza a beberse la leche.

—¿Qué coño es esto? —pregunta Noah con la vista puesta en la bolsa.

Saco el recipiente de plástico, lo abro y cojo la cuchara.

—No sé qué mierda de aguacate y tofu —le informo llenando el cubierto en cuestión.

Tiernan está empeñada en que este niño sea tan californiano como coloradeño. Ella que siga esperando, que en cuanto pruebe las costillas a la barbacoa, este pequeñajo se sumará a mi equipo sin pensárselo.

—No puede comer tofu en Chapel Peak —señala Noah—. Le harán *bullying*.

—Tú calla.

Griff se zampa la comida con sus pequeños y arrugaditos labios y yo río para mis adentros. El crío se come lo que le echen. Supongo que cuanto más tarde en descubrir lo malo que está esto en comparación con cualquier otra cosa, mejor.

—¿Contento de haber vuelto a casa? —pregunta Noah.

Asiento sin dejar de darle de comer a mi hijo.

—Sí —respondo.

—¿Y vas a dejar de meterte en líos?

—¿Puedo?

Noah ríe tumbado a nuestro lado.

Ahora, papá viaja mucho a California porque Van der Berg Extreme se unió a JT Racing hará unos cuatro años. Como los propietarios de JTR preferían seguir teniendo su sede principal en Shelburne Falls, en Illinois, la cosa fue ideal. Papá dirige la franquicia que tienen en California y Noah compite con nuestras motos y con los motores de los otros.

Tiernan y yo nos hemos mudado a la casa de aquí, pero solo hasta que acaben de construirnos la nuestra, que sigue estando en la montaña, aunque un poco más abajo. Estoy seguro de que aún falta más de un año para trasladarnos allí.

Lo único que me pidió Tiernan además de nuestra propia casa fue que tuviéramos el terreno suficiente para que pudiese aterrizar un helicóptero. En el caso de que nuestro hijo se hiciera daño, no pensaba dejarme que lo cosiera yo ni de coña: quería que al niño lo llevasen en helicóptero hasta el hospital, con anestesia local.

Yo seguiré personalizando motos; ella diseñará casas, artículos de decoración y muebles siempre y cuando el tiempo lo permita, y viviremos por y para el invierno, la calidez y nuestra familia, sumándole algunas aventuras a todo esto.

Sigo dándole de comer a Griffin, pero noto que Noah no me quita los ojos de encima, como si aún tuviese algo por decir.

—¿Qué quieres que haga con las cenizas? —me pregunta finalmente.

«Las cenizas...».

No lo miro. Rebaño el recipiente y acabo de darle lo que queda al niño.

Me encojo de hombros y contesto:

—Quedártelas, supongo.

Por eso ha regresado mi hermano. Por eso lo ha hecho también mi padre. Por eso decidimos venir de acampada y pasar un tiempo juntos: para recordar todo lo que tenemos que agradecer como familia.

Anna Leigh ha muerto. Mi madre.

Nuestra madre.

Griff me mira con sus grandes ojos color esmeralda y siento un nudo en la garganta.

Me obligo a sonreírle.

—Me parece surrealista —dice Noah en voz baja—. Creo que, en el fondo, sí era muy distinta. Menos por las drogas...

¿Y qué le hace pensar eso? En la cárcel no se drogaba. Estuvo quince años ahí encerrada, aunque se pasó algunas épocas fuera; además, solo se puso en contacto con nosotros una vez y porque necesitaba dinero. Robo, atraco, tráfico... Negligencia con su hijo... Era mala persona.

Y me acuerdo. Todavía tengo que conducir con las ventanas del coche bajadas.

—Igual quería ser diferente —prosigue—. Reír con sus hijos. Jugar con nosotros y tener un marido que la amara.

Me viene una imagen a la cabeza: mi madre tumbada boca arriba mientras me levantaba con los pies para que a mí me pareciese que estaba volando. Ella sonreía. Y yo reía.

—Es lo que todos queremos, ¿no? —me interroga Noah—. ¿No estar solos?

Él no se acuerda de nuestra madre. Noah solo tiene un año menos que yo, pero era demasiado pequeño. El cáncer se manifestó en marzo y se la llevó rápido. Murió en prisión hace un par de semanas.

Igual tiene razón. Si nunca hubiese probado la droga por primera vez, a lo mejor habría sido una persona distinta.

—Yo solo quiero recordarla como debería haber sido —añade en un susurro—. Estoy demasiado cansado como para seguir odiándola. Igual, ahora que ya se ha acabado todo, solo quiere dejar de estar sola. Saber que nos acordamos de ella de vez en cuando.

Se me llenan los ojos de lágrimas; no quiero hacer esto ahora, pero no puedo evitarlo, joder. Toso y me atraganto con tantas emociones. Vaya huevos tiene Noah.

Está muerta. Y yo me siento arropado cada noche por una familia a la que amo. ¿Por qué debería odiarla?

—Ufff, a la mierda. —Me seco los ojos y recojo la comida y el biberón—. Déjame la mitad de las cenizas. Las esparciré por la montaña.

Dejo esta porquería aquí y cojo a mi hijo para salir de la tienda sin volver a mirar a mi hermano. Tampoco hace falta que me deje más en evidencia.

Abrazo a Griff con fuerza, respiro profundamente unas cuantas veces y suelto el aire poco a poco. «Puto Noah».

Mi padre está justo al lado del agua. Me acerco a él y le doy la vuelta al niño para que pueda admirar la cascada. La primera vez que trajimos aquí a su madre, ella también se sentó más o menos en este mismo punto, sobre una toalla de playa.

Papá desvía la vista y sonríe a Griff.

—No sé a quién se parece más.

Observo a mi hijo. Tiene el pelo más oscuro que Tiernan, pero mucho más claro que yo. Aunque sí, sus ojos son idénticos a los míos.

—Mientras se sienta amado, a mí me da igual —le digo.

—Eso seguro que sí —contesta y vuelve a guardar el hilo de la caña—. Si queréis unos cuantos más, yo no me opondré. Eso de volver a tener a un crío correteando por aquí está bien. Con él podré ser mejor que con vosotros dos.

Contemplo el paisaje y pienso en mi infancia. De joven, nunca sentí resentimiento alguno hacia mi padre. Jamás se me pasó por la cabeza que no estuviera haciéndolo todo tan bien como sabía y podía.

Hasta que estuvo con ella. Ahí sí le guardé un poco de resquemor, aunque fue temporal.

De todos modos, bajo la vista. Ahora soy demasiado feliz para que me siga importando eso. Estábamos todos perdidos y hechos una mierda; cada uno a su manera. Y Tiernan nos necesitaba tanto como nosotros a ella. Mataríamos por ella.

—No somos unos alcohólicos ni vamos por ahí robando bancos —contesto finalmente—. A Noah y a mí nos va bien. —Me giro hacia él y añado—: Aunque si quieres tener unos cuantos más, una hermana tampoco estaría mal.

Ríe y yo desvío la vista hacia la tienda azul a sabiendas de quién está dentro, por más que ella intente ocultar lo que todos sabemos que hay desde hace años. Tiene treinta y siete años y ningún hijo. A lo mejor querría tener uno.

Mi padre suspira, guarda el hilo y cambia de tema:

—¿Te has puesto ya con el encargo de los Robinson?

—Sí, tranquilo.

Vuelvo a mirar hacia la izquierda y descubro que Mirai sale de la tienda de campaña de mi padre. Al vernos, se apresura a meterse de nuevo en la suya, como si fuésemos todos idiotas.

Aunque la situación es graciosa.

—Lleva tu camiseta —le digo a mi padre—. Mejor ve a recuperarla.

Me sonríe y contesta:

—Voy.

Tiernan sale de nuestra tienda. Giro la cabeza para observarla y sonrío.

Lleva ese bikini marrón que tanto me gusta y mueve un pañal para el agua en mi dirección.

Voy hacia ella y le paso al niño para que lo cambie mientras yo me meto otra vez en la tienda, me pongo el bañador y cojo el chaleco salvavidas de Griff.

Lo vestimos para la ocasión y nos lo llevamos al estanque.

—Halaaaaaaaa —exclama Tiernan y sonríe ilusionada a Griffin, que salpica el agua con las manos y los pies—. Qué fría, ¿a que sí?

Vamos adentrándonos un poco más, sujetando a nuestro hijo y jugando con él. Griff gorgoritea maravillado con la cascada.

—¿A ver cómo dices *cascada*? —le pregunta Tiernan.

Al crío se le iluminan los ojos, mira a su madre y chapurrea como lo hacen los niños.

Nos metemos debajo de la cascada y el agua nos empapa el pelo. Reímos y Griffin coge aire con fuerza, algo aturdido.

Tiernan mira a nuestro alrededor y nos fijamos en los nuevos garabatos que hay en las paredes.

—La última vez que estuvimos aquí me asustaste un montón —confiesa ella.

Cojo a Griffin por el chaleco y dejo que chapotee a sus anchas con las manos y los pies.

—Es que tú te asustas con facilidad —bromeo.

—No. Te pusiste muy intenso.

—¿Me puse? —pregunto, fingiendo sentirme insultado.

Tiernan sabe que, ahora, soy intenso cuando hace falta.

Vamos hacia una zona un poco más profunda y paseamos al pequeño por el agua.

—Debería haberte traído aquí en esa época —le digo—. O haberme quedado aquí contigo ese día.

—¿Y por qué crees que no habría salido corriendo?

—Porque yo hacía que te temblaran las piernas.

Ríe por la nariz.

—¿Qué dices? —contesta.

—¿No eras tú la que gemía apoyada en ese coche la noche que nos conocimos?

—¡Te dije que parases!

—Lo siento —me disculpo con dulzura—. Es que, con tantos jadeos, no te oí.

—Calla.

Cojo al niño con un brazo y me acerco a Tiernan con el otro.

—¿Quieres volver a probar suerte? —le pregunto.

Arquea las cejas ante mi reto y le digo:

—Esta noche podemos volver a dejar a Griffin con Noah un rato. —La miro a los ojos; tiene el cuerpo pegado al mío y yo ya vuelvo a encenderme—. E igual... ¿podríamos quedar aquí a las diez? Así puedes enseñarme lo mucho que odias todo lo que hago.

Se muerde el labio inferior, me mira a la boca y yo sigo visualizándola ese día: alejándose de mí, intranquila. Pero, joder: si es que yo solo quería quedarme aquí con ella.

Aun así, Tiernan ríe nerviosilla y se zafa de mi abrazo. Coge a nuestro hijo y vuelve hacia la cascada para salir de la cueva.

—Aquí, a las diez, estará muy oscuro —señala.

«Muy oscuro...».

Voy hacia ella y la miro exactamente igual que lo hice ese día, hace ya tantos años.

—Te encontraré.

—Si puedes... —me provoca.

Y, a continuación, desaparece con Griff a través de la cascada y yo sonrío al pensar en todas las noches que nos quedan por vivir.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, a los lectores. Tengo la impresión de que, cuando empecé a publicar en 2013, me adherí a un estilo. Quería complacer a la gente y, como les gustó mi última obra, me ceñí a lo que funcionaba. Y hubo lectores a quienes les gustó. A fin de cuentas, está bien saber qué esperar de un escritor cuando te apetece leer algo parecido a lo que te hizo disfrutar la última vez.

Sin embargo, no tardé demasiado en darme cuenta de que yo no era feliz. No estaba creciendo y me aburría. Así pues, ahondé más, le di rienda suelta a la imaginación y fui escribiendo *Corrupt* (el primer libro de la saga *Devil's Night*) de la misma forma en la que había escrito *Bully*, con una mezcla de todo lo que más me gustaba y sin perder mi propia personalidad en el camino. *Corrupt* acabó ofendiendo a muchas personas, pero... también es uno de los libros favoritos de muchos de mis lectores.

Y entonces me di cuenta de que eso valía para algo.

Creo que mi mayor miedo como escritora es acabar en una posición que me lleve a publicar libros que la gente olvide con facilidad cada seis semanas, como una especie de cadena de montaje. Sé que para algunos de vosotros puedo ser impredecible, aunque eso tampoco tenga por qué ser una virtud. Así que gracias. Gracias a quienes leéis mis historias y volvéis a por más. Espero que sepáis que, escriba lo que escriba para vosotros, mis textos son siempre el resultado de mucho amor y un sinfín de sueños. Es algo especial para mí y lo hago con la mejor de las intenciones. Siempre.

Besos,

Pen

Y, ahora, dejadme que continúe...

A mi familia: a mi marido y a mi hija, que no se quejan a pesar de mis alocados horarios, mis envoltorios de caramelos y mis divagaciones cada vez que se me ocurre una conversación, un giro de acontecimientos o una escena mientras cenamos. Gracias a los dos por aguantar todo esto y por tener tanta paciencia.

A Jane Dystel, mi agente en Dystel, Goderich & Bourret LLC. Nunca podría dejar de trabajar con vosotros. Ya no podéis deshaceros de mí.

A los PenDragons: me encanta leeros en Facebook. Gracias por apoyarme siempre y por vuestra positividad. Gracias, en especial, a las aplicadísimas administradoras del grupo: Adrienne Ambrose, Tabitha Russell, Tiffany Rhyne, Kristi Grimes y Lee Tenaglia.

A Vibeke Courtney, mi editora independiente, que mira con lupa absolutamente todo lo que escribo. Gracias por enseñarme a escribir como es debido.

A todos mis maravillosos lectores y, en especial, a los que están en Instagram y hacen diseños para los libros. Nos mantenéis a todos ilusionados, motivados e inspirados. ¡Gracias por todo! Me encanta la visión que tenéis.

A todos los blogueros y *bookstagrammers*. Sois demasiados para mencionaros uno a uno, pero sé quiénes sois. Veo las publicaciones, las menciones y todo vuestro ahínco. Os pasáis el tiempo libre leyendo, haciendo críticas y promocionando mis libros, y sin cobrar. Sois el alma del mundo literario. No sé qué haríamos sin vosotros.

Gracias por vuestros incansables esfuerzos. Lo hacéis porque es vuestra pasión, y esto lo convierte en algo todavía más increíble.

A T. Gephart, que se toma el tiempo de preguntarme cómo estoy y ver si necesito que me envíe un paquete de Tim Tams australianas, pero de las de verdad. (¡Eso siempre!).

A B. B. Reid, KD Kimberly Carrillo y Charleigh Rose por leerme, por vuestra positividad y por darme el empujón que a veces necesito.

A cada autor o aspirante a autor: gracias por las historias que habéis compartido conmigo, muchas de las cuales me han permitido ponerme el sombrero de lectora y disfrutar de un rato de desconexión. Hacéis que quiera ser mejor escritora; ojalá algún día pueda llegar a vuestro nivel. Escribid y cread, y no dejéis de hacerlo nunca. Vuestra voz importa y, siempre que os guieis por el corazón, lo que digáis será válido y estará bien dicho.

Notas

Capítulo nueve

1. Barrio marginal de Los Ángeles. (*N. de la t.*)

Capítulo diez

1. «Nadie conduce gratis». **(***N. de la t.***)**

Credence
Penelope Douglas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Credence*
© del texto: Penelope Douglas LLC, 2020
Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través International Editors and Yañez' Co.
© de la traducción: Mariona Gastó, 2025

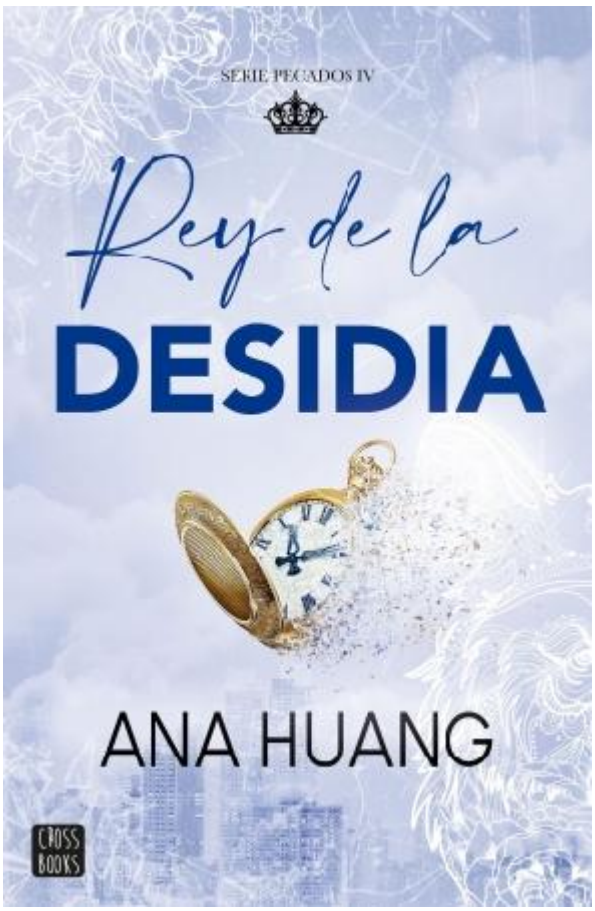
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibros.com

© Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN 978-84-08-30417-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realització Planeta



Pecados 4. Rey de la desidia

Huang, Ana
9788408304005
544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Déjate tentar por la cuarta entrega de la serie Pecados de Ana Huang.

Encantador. Tranquilo. Despreocupado.

Xavier Castillo tiene el mundo a sus pies, pero, para disgusto de su padre, no tiene ningún interés en el **imperio familiar**.

Nada le alegra más que irritar a su **publicista** y vivir de **fiesta** en fiesta, pero cuando una **tragedia** los acerca más que nunca, debe lidiar con la **incertidumbre** de su futuro y la comprensión de que la única persona inmune a sus encantos es la única a la que realmente quiere.

***

Reservada. Inteligente. Ambiciosa.

Sloane Kensington es una **publicista** poderosa que está acostumbrada a tratar con **clientes difíciles**.

Sin embargo, nadie la enfurece o tienta más que cierto heredero **multimillonario**, con sus estúpidos hoyuelos y su actitud relajada.

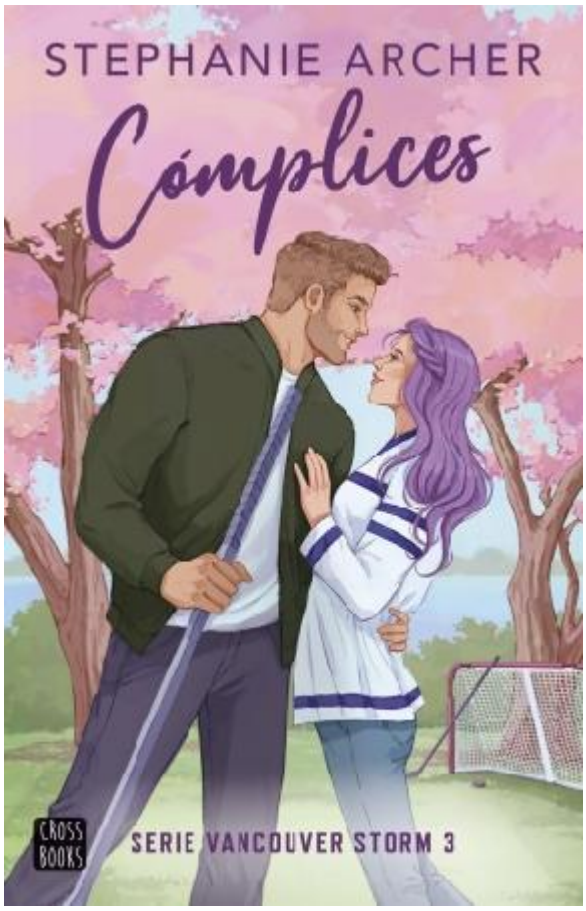
Puede que se vea obligada a **trabajar con él**, pero nunca se **enamorará** de él... no importa lo rápido que le haga latir **el corazón** o lo considerado que sea bajo su personalidad fiestera.

Él es su cliente y eso es todo lo que será...

- Proximidad forzada
- *Grumpy/sunshine*
- Billonarios

- *Spicy*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cómplices

Archer, Stephanie

9788408305651

472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

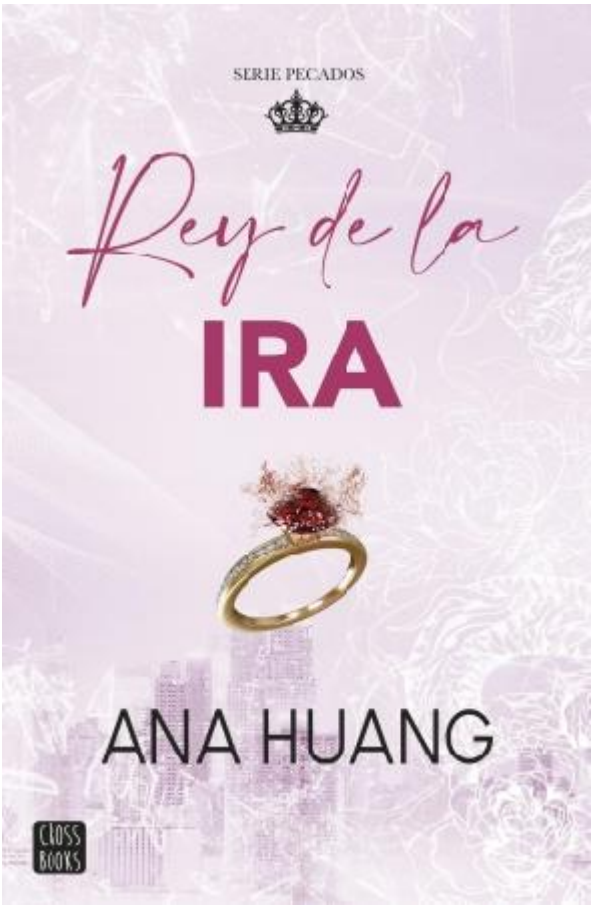
La tercera entrega de la serie Vancouver Storm.

¿Cuál es la mejor manera de **recuperar la confianza en ti misma** después de perder el tiempo en una relación con el chico equivocado? **Hayden Owens** tiene la respuesta. Él es el **defensa más atractivo del hockey** profesional, **mi mejor amigo** y ahora también mi cómplice, mi nuevo entrenador sentimental: **me va a enseñar cómo comportarme en una cita** y me convence para practicar con él.

Al fin y al cabo, somos amigos desde hace años, **¿qué podría pasar?** Pues justamente que **nuestras lecciones de flirteo y nuestros besos de práctica** traspasan los límites de la amistad.

Todo lo que Hayden siempre ha evitado en una relación parece no importarle ahora, y cuando me ve ligando con otros chicos, se pone tan celoso que… **no puedo evitar preguntarme si esta complicidad no se estará convirtiendo en otra cosa, en algo más.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pecados 1. Rey de la ira

Huang, Ana
9788408290520
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Déjate tentar por la nueva serie Pecados de Ana Huang.

Ella es la esposa que él nunca quiso… y la debilidad que no vio venir.

Implacable. Meticuloso. Arrogante.

Nada escapa al control del multimillonario Dante Russo, ya sea en su trabajo o en su vida.

Nunca planeó casarse… pero el chantaje lo obliga a **comprometerse con Vivian Lau**, la heredera de un imperio de la joyería e hija de su mayor enemigo.

No le importa lo **hermosa o encantadora** que sea. Hará todo lo que esté en su mano para liberarse de la **extorsión y de su compromiso**.

El único problema es que **ahora que la tiene, no quiere dejarla ir.**

Elegante. Ambiciosa. Cortés.

Vivian Lau es la **hija perfecta**.

Casarse con un Russo significa abrir las puertas de un mundo que ni su familia es capaz de comprar. Dante está lejos de ser el marido que ella imaginaba para sí, pero el deber es más fuerte que cualquiera de sus deseos.

Ansiar su tacto nunca fue parte del plan...

Y enamorarse de su futuro marido, tampoco.

- Matrimonio de conveniencia
- *Fake dating*

- *Enemies to lovers*
- Proximidad forzada
- Billonarios
- *Spicy*

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Fair Catch

Steiner, Kandi

9788408305637
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Llega el sports romance que arrasa en booktok.

Zeke Collins es un **jugador de fútbol americano** arrogante, el mejor amigo de mi hermano… y tan exasperante como atractivo.

Como si las cosas no fueran ya bastante difíciles siendo **la única chica** en un equipo de fútbol americano universitario, el entrenador tuvo que asignarme a Zeke como compañero de piso. **Lo odio**, y con razón: cree que, como crecimos juntos, tiene que protegerme, pero lo único que hace es interponerse en mi camino, hacerme parecer débil y enfadarme aún más.

Le digo que puedo con todo y estoy empeñada en demostrárselo tanto a él como al resto del mundo. La presión no me afecta, pero ¿compartir paredes tan delgadas con Zeke Collins? Para eso sí que no estaba preparada.

Y cuanto más nos vemos obligados a estar juntos, más difícil es distinguir esa delgada línea entre odiarlo… y desearlo.

Advertencia de contenido: sexo explícito.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana

9788408263142

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.… Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos… A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!» **kay_entreletras**

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Portada de 'Credence' de Penelope Douglas, con un bosque y el texto «El amor es un tabú que no conoce reglas.» Publicado por CrossBooks.